SALMAN RUSHDIE

MEMOIRS

Joseph Anton

Annotation

El esperado lanzamiento mundial de la autobiografía del polémico y conocido autor Este libro recoge los años decisivos de la vida de Salman Rushdie: desde el día en el que fue condenado a muerte por el ayatolá Jomeini y tuvo que pasar a la clandestinidad bajo la identidad de Joseph Anton hasta la actualidad. Después de tantos años de aislamiento, Salman Rushdie afronta el relato de aquel período oscuro en el que vivió amenazado de muerte. Son numerosos los rumores e historias que se han escrito sobre ello, y en esta esperada autobiografía el novelista anglo-indio da su versión de lo ocurrido durante esa fatídica década. Rushdie tuvo que cambiar radicalmente de vida después de 1988, año de publicación de Los versos satánicos. Dicha obra trajo consigo una fuerte polémica, desde la prohibición y quema del libro en los países musulmanes hasta graves disturbios tanto en Inglaterra como en Estados Unidos. El 14 de febrero de 1989, el ayatolá Jomeini proclamó una fatwa instando a la población musulmana a ejecutar a cualquier persona relacionada con la publicación del libro. Se llegó incluso a ofrecer una recompensa en efectivo por la muerte de Rushdie. Joseph Anton recoge este período de miedo y frustración.

SALMAN RUSHDIE

Memorias Joseph Anton

Traducción de Carlos Milla Soler

Mondadori

Sinopsis

El esperado lanzamiento mundial de la autobiografía del polémico y conocido autor Este libro recoge los años decisivos de la vida de Salman Rushdie: desde el día en el que fue condenado a muerte por el ayatolá Jomeini y tuvo que pasar a la clandestinidad bajo la identidad de Joseph Anton hasta la actualidad. Después de tantos años de aislamiento, Salman Rushdie afronta el relato de aquel período oscuro en el que vivió amenazado de muerte. Son numerosos los rumores e historias que se han escrito sobre ello, y en esta esperada autobiografía el novelista anglo-indio da su versión de lo ocurrido durante esa fatídica década. Rushdie tuvo que cambiar radicalmente de vida después de 1988, año de publicación de Los versos satánicos. Dicha obra trajo consigo una fuerte polémica, desde la prohibición y quema del libro en los países musulmanes hasta graves disturbios tanto en Inglaterra como en Estados Unidos. El 14 de febrero de 1989, el ayatolá Jomeini proclamó una fatwa instando a la población musulmana a ejecutar a cualquier persona relacionada con la publicación del libro. Se llegó incluso a ofrecer una recompensa en efectivo por la muerte de Rushdie. Joseph Anton recoge este período de miedo y frustración.

Título Original: *Joseph Anton. A memoir*
Traductor: Milla Soler, Carlos
©2012, Rushdie, Salman
©2012, Mondadori
ISBN: 9788439725855
Generado con: QualityEbook v0.75

A mis hijos Zafar y Milan y a sus madres Clarissa y Elizabeth y a todos cuantos han contribuido

Y de suerte que actuemos en un drama en que el pasado sea el prólogo y la acción la ejecutemos vos y yo.

La tempestad, WILLIAM SHAKESPEARE

Prólogo

EL PRIMER MIRLO

Más adelante, cuando el mundo estallaba en torno a él y los mortíferos mirlos se apiñaban en el trepador del patio del colegio, se enfadó consigo mismo por haber olvidado el nombre de la periodista de la BBC que le anunció que su antigua vida había terminado y una existencia nueva, más tenebrosa, estaba a punto de empezar. Lo telefoneó a casa por su línea privada sin explicarle cómo había conseguido el número. «¿Qué siente uno -preguntó la periodista- al saber que el ayatolá Jomeini lo ha condenado a muerte?» Era un martes soleado en Londres, pero esa pregunta extinguió la luz. Esto fue lo que él dijo, sin saber en realidad qué decía: «Uno no se siente bien». Esto fue lo que pensó: *Soy hombre muerto*. Se preguntó cuántos días de vida le quedaban y concluyó que la respuesta era probablemente un número de una sola cifra. Colgó el auricular y corrió escalera abajo desde su cuarto de trabajo en la estrecha casa adosada de Islington donde vivía. Las ventanas del salón tenían postigos y, absurdamente, los cerró y atrancó. Luego echó el cerrojo a la puerta de entrada.

Era el día de San Valentín, pero desde hacía un tiempo no se llevaba bien con su mujer, la novelista estadounidense Marianne Wiggins. Seis días antes ella le había dicho que no era feliz en su matrimonio, que «ya no se sentía a gusto con él», pese a que llevaban casados poco más de un año, y también él sabía ya que aquello había sido un error. En ese momento ella lo miraba con extrañeza mientras él, nervioso, iba de un lado a otro de la casa, corriendo cortinas, comprobando los pestillos de las ventanas, galvanizado todo él a causa de la noticia como si circulara por su cuerpo una corriente eléctrica, y tuvo que explicarle qué ocurría. Ella reaccionó bien: empezó a plantear qué debían hacer a continuación. Empleó la primera persona del plural. Eso fue una demostración de valor.

Llegó un coche a la casa, enviado por la CBS. Tenía una cita en los estudios de la cadena norteamericana en Bowater House, Knightsbridge, para una aparición en directo, vía satélite, en su programa de entrevistas matutino. «Debo ir -dijo él-. Es en directo. No puedo dejar de presentarme sin más.» Un rato después, esa misma mañana, tenía lugar el oficio conmemorativo por su amigo Bruce Chatwin en la iglesia ortodoxa de Moscow Road, en Bayswater. Menos de dos años antes él había celebrado su cuadragésimo cumpleaños en Homer End, la casa de Bruce en Oxfordshire. Ahora Bruce había muerto de sida, y la muerte llamaba también a su puerta. «¿Y el oficio?», preguntó su

mujer. Él no tenía una respuesta para ella. Abrió la puerta de la calle, salió, subió al coche y se lo llevaron, y si bien él aún no lo sabía -razón por la cual no atribuyó un significado especial al momento de abandonar su hogar-, no regresaría a esa casa, donde vivía desde hacía un lustro, hasta pasados tres años, y para entonces ya no era suya.

En Bodega Bay, California, los niños cantan en el aula una canción sin sentido. «She combed her hair but once a year, ristle-te, rostle-te, mo, mo, mo.» Fuera del colegio sopla un viento frío. Un solo mirlo desciende del cielo y se posa en el trepador del patio. La canción de los niños es un rondel. Tiene principio pero no fin. Da vueltas y vueltas. «With every stroke she shed a tear, ristle-te, rostle-te, hey bombosity, knickety-knackety, retroquo-quality, willoby-wallaby, mo, mo, mo.» Hay cuatro mirlos en el trepador, y llega un quinto. Dentro del colegio los niños cantan. Ahora hay centenares de mirlos en el trepador y millares inundan el cielo, como una plaga de Egipto. Ha empezado una canción para la que no hay final.

Cuando el primer mirlo baja a posarse en el trepador, parece individual, particular, específico. No es necesario inferir de su presencia una teoría general, un orden de cosas más amplio. Más tarde, cuando se ha desatado ya la plaga, para la gente es fácil ver ese primer mirlo como un augurio. Pero cuando llega al trepador, no es más que un pájaro.

En los años posteriores él soñará con esta escena, comprendiendo que su propia historia es una especie de prólogo: el relato del momento en que se posa el primer mirlo. Al principio, trata solo de él; es individual, particular, específico. Nadie tiende a extraer conclusiones de ello. Transcurrirán una docena de años y más antes de que la historia crezca hasta colmar el cielo, como el arcángel Gabriel de pie en el horizonte, como un par de aviones en pleno vuelo incrustándose en altos edificios, como la plaga de pájaros asesinos de la gran película de Alfred Hitchcock.

Ese día, en las oficinas de la CBS, él era la gran noticia de cabecera. En la sala de redacción y en varios monitores, la gente empleaba ya la palabra que pronto sería su cruz. La usaban como si fuera sinónimo de «pena de muerte», y él deseó precisar, pedantemente, que no era ese su significado. Pero a partir de entonces significaría eso para casi todo el mundo. Y también para él.

Fetua.

«Comunico al orgulloso pueblo musulmán del mundo que el autor del libro *Los versos satánicos* -libro contra el islam, el Profeta y el Corán- y todos los que hayan participado en su publicación conociendo su contenido están condenados a muerte. Pido a todos los musulmanes que los ejecuten allí donde los encuentren.» Alguien le entregó una copia del texto mientras lo acompañaban al estudio para la entrevista. Una vez más su antiguo yo deseó plantear un reparo, ahora con relación a la palabra «condenados». Aquello no era una condena decidida por un tribunal que él reconociese como tal, ni con jurisdicción sobre él. Era el edicto de un viejo cruel, moribundo. Pero también sabía que los hábitos de su antiguo yo ya no servían de nada. Ahora tenía un

nuevo yo. Era la persona en el ojo del huracán: no el *Salman* que sus amigos conocían, sino el *Rushdie* autor de *Los versos satánicos*, el título sutilmente distorsionado mediante la omisión del artículo *Los* inicial. *Los versos satánicos* era una novela. *Versos satánicos* eran unos versos que eran satánicos, y él era su satánico autor, «Satán Rushdy», la criatura cornuda que mostraban las pancartas enarboladas por los manifestantes en las calles de una ciudad lejana, el ahorcado con la lengua roja colgante en las burdas caricaturas que exhibían. *Ahorcad a Satán Rushdy*. ¡Qué fácil era borrar el pasado de un hombre y construir una versión nueva de él, una versión aplastante, contra la que parecía imposible luchar!

El rey Carlos I negó la legitimidad de la sentencia dictada contra él. Eso no impidió a Oliver Cromwell exigir su decapitación.

Él no era rey. Él era el autor de un libro.

Miró a los periodistas que lo miraban a él y se preguntó si era así como miraba la gente a los hombres llevados a la horca o la silla eléctrica o la guillotina. Un corresponsal extranjero se acercó en actitud cordial. Él preguntó a ese hombre cuál era su opinión sobre las palabras de Jomeini. ¿Debía tomárselo en serio? ¿Era pura retórica, o entrañaba verdadero peligro?

«Ah, no se preocupe demasiado -dijo el periodista-. Jomeini condena a muerte al presidente de Estados Unidos todos los viernes por la tarde.»

Ya en el aire, cuando le preguntaron cuál era su reacción a la amenaza, contestó: «Lamento no haber escrito un libro más crítico». Se enorgulleció, entonces y ya para siempre, de haber dicho eso. Era la verdad. No tenía la impresión de que su libro fuera particularmente crítico con el islam, pero, como declaró esa misma mañana a la televisión norteamericana, a una religión cuyos líderes se comportaban así quizá no le venía mal alguna que otra crítica.

Cuando terminó la entrevista, le dijeron que había llamado su mujer. Telefoneó a su casa. «No vuelvas aquí -aconsejó ella-. En la calle hay doscientos periodistas esperándote.»

«Iré a la agencia -respondió él-. Llena una maleta y reúnete conmigo allí.»

Su agencia literaria, Wylie, Aitken & Stone, tenía su sede en una casa blanca estucada de Fernshaw Road, en Chelsea. No había periodistas acampados fuera -por lo visto, la prensa mundial consideraba poco probable que visitara su agencia en un día como aquel-, y cuando entró sonaban todos los teléfonos del edificio y todas las llamadas tenían que ver con él. Gillon Aitken, su agente británico, lo miró con cara de estupefacción. Hablaba por teléfono con Keith Vaz, parlamentario indio-británico electo por Leicester East. Tapó el micrófono del auricular y, en un susurro, preguntó: «¿Quieres hablar con este individuo?».

En esa conversación telefónica, Vaz dijo que lo ocurrido era «bochornoso, absolutamente bochornoso» y le prometió «todo su apoyo». Unas semanas más tarde fue uno de los principales oradores en una manifestación contra *Los versos satánicos* en la que se congregaron más de tres mil musulmanes y describió el acto como «uno de los grandes días en la historia del islam y Gran

Bretaña».

Descubrió que era incapaz de pensar en el futuro, que no tenía la menor idea de cómo debía configurarse su vida en adelante ni de cómo hacer planes. Solo podía concentrarse en lo inmediato, y lo inmediato era el oficio conmemorativo por Bruce Chatwin. «Pero ¿de verdad crees que debes ir?», preguntó Gillon. Él tomó una decisión. Bruce había sido íntimo amigo suyo. «A la mierda -dijo-, iremos.»

Llegó Marianne, con una expresión un tanto enloquecida en los ojos, alterada aún por el acoso padecido a manos de los fotógrafos al salir de la casa del número 41 de St. Peter's Street. Al día siguiente esa expresión aparecería en todos los periódicos del país. Un diario le dio nombre, en letras de cinco centímetros: LA CARA DEL MIEDO. Ella apenas dijo nada. Ni ella ni él. Subieron al coche, un Saab negro, con él sentado al volante, y cruzaron el parque hacia Bayswater. Se sumó al paseo Gillon Ait ken, que, con semblante preocupado, encogió su largo y lánguido cuerpo en el asiento trasero.

Su madre y su hermana menor vivían en Karachi. ¿Qué sería de ellas? Su hermana mediana, distanciada de la familia hacía tiempo, vivía en Berkeley, California. ¿Estaría ella a salvo allí? Su hermana mayor, Sameen, su «gemela irlandesa», residía con su familia en un barrio periférico del norte de Londres, Wembley, no lejos del gran estadio. ¿Qué debía hacerse para protegerlos? Su hijo, Zafar, de solo nueve años y ocho meses, estaba con Clarissa, su madre, en su casa del 60 de Burma Road, a un paso de Green Lanes, cerca de Clissold Park. En ese momento el décimo cumpleaños de Zafar se le antojó lejísimos. «Papá -había preguntado Zafar-, ¿por qué no escribes libros que yo pueda leer?» Eso le recordó un verso de «St. Judy's Comet», una canción de Paul Simon compuesta a modo de nana para su hijo de corta edad. *Porque si no puedo dormir a mi niño con una canción... en fin, tu famoso papá queda como un tonto*. «Buena pregunta -había contestado él-. Tú déjame acabar este libro con el que estoy ahora, y escribiré uno para ti. ¿Trato hecho?» «Trato hecho.» Así que había terminado el libro y este se había publicado, y quizá ahora no tendría tiempo de escribir otro. *Nunca debe incumplirse una promesa hecha a un niño*, pensó, y a continuación, con la cabeza dándole vueltas, agregó la estúpida apostilla: *Pero ¿es la muerte del autor una excusa justificada*?

Los asesinatos ocupaban su pensamiento.

Cinco años antes había viajado con Bruce Chatwin por el «centro rojo» de Australia, donde tomó nota de una pintada en Alice Springs que rezaba RÍNDETE, HOMBRE BLANCO, TENEMOS RODEADA TU CIUDAD, *y subió a duras penas al Ayers Rock mientras Bruce, que estaba orgulloso de haber llegado recientemente hasta el campamento base del Everest, trepaba a toda marcha por delante de él como si ascendiera por la más ligera cuesta, y escuchó a los lugareños hablar del llamado caso del «bebé del dingo», y se alojó en un cuchitril llamado motel Inland. Precisamente en ese motel, un año antes, un camionero de treinta y seis años especializado en largos recorridos, Douglas Crabbe, a quien se le había negado una copa porque ya estaba*

borracho, empezó a insultar al personal del bar, y cuando lo echaron embistió el bar con su camión, y acabó con la vida de cinco personas.

Crabbe prestaba declaración en un jurado de Alice Springs por esas fechas, y fueron a escucharlo. El camionero vestía indumentaria formal, mantenía la mirada dirigida al suelo y hablaba en voz baja y uniforme. Insistió en que no era propio de él obrar así, y cuando se le preguntó por qué estaba tan convencido de eso, respondió que conducía camiones desde hacía muchos años y «cuidaba de ellos como si fueran sus propios...» (aquí se produjo un breve silencio, y la palabra no pronunciada en ese silencio podría haber sido «hijos»), y destrozar prácticamente un camión era algo del todo ajeno a su manera de ser. Los miembros del jurado se pusieron visiblemente tensos al oírlo, y quedó claro que Crabbe había perdido la causa. «Pero no cabe la menor duda de que dice la verdad, eso desde luego», susurró Bruce.

La mente de un asesino atribuía más valor a los camiones que a los seres humanos. Cinco años más tarde era muy posible que hubiera personas dispuestas a ejecutar a un escritor por sus palabras blasfemas, y la fe, o una peculiar interpretación de la fe, era el camión que apreciaban más que la vida humana. Esa no era su primera blasfemia, se recordó él. Su ascensión al Ayers Rock con Bruce ahora estaría prohibida. El Rock, devuelto a los aborígenes y llamado ahora de nuevo por su antiguo nombre, Uluru, era territorio sagrado, y a los excursionistas ya no se les permitía subir.

Fue en el vuelo de regreso tras ese viaje a Australia, en 1984, cuando empezó a comprender cómo debía escribir Los versos satánicos.

El oficio, en la catedral ortodoxa griega de Santa Sofía de la archidiócesis de Thyateria y Gran Bretaña, construida y profusamente ornamentada ciento diez años atrás a imagen de las grandes catedrales del antiguo Bizancio, se celebró íntegramente en sonoro y misterioso griego. Los ritos fueron de un recargado bizantinismo. Blablabla Bruce Chatwin, entonaban los sacerdotes, blabla Chatwin blabla. Se ponían en pie, se sentaban, se arrodillaban, volvían a ponerse en pie y luego otra vez a sentarse. El hedor del humo sagrado impregnaba el aire. Recordó que, de niño, en Bombay, su padre lo llevó alguna vez a rezar el día del Eid-ul-Fitr. Allí en el *Idgah*, el campo de oración, todo era en árabe, en medio de mucho golpe de frente contra el suelo, arriba y abajo, y mucho ponerse de pie con las manos abiertas delante del pecho como un libro, y un continuo murmullo de palabras desconocidas en una lengua que él no hablaba. «Tú haz lo mismo que yo», decía su padre. No eran una familia religiosa y rara vez asistían a esas ceremonias. Nunca aprendió las oraciones ni su significado. Esa manera de rezar de vez en cuando por imitación, ese murmullo aprendido de memoria, era lo único que él sabía. Por consiguiente, aquella ceremonia sin sentido en la iglesia de Moscow Road no le resultó del todo ajena. Marianne y él se sentaron al lado de Martin Amis y su mujer, Antonia Phillips. «Estábamos preocupados por ti», dijo Martin, abrazándolo. «Yo también estoy preocupado por mí», contestó él. Bla Chatwin bla Bruce bla. El novelista Paul Theroux se hallaba sentado en el banco de detrás.

«Supongo que la semana que viene estaremos aquí por ti, Salman», dijo.

Cuando llegaron había fuera, en la acera, un par de fotógrafos. Los escritores no suelen atraer a muchos *paparazzi*. No obstante, conforme avanzó el oficio, empezaron a entrar periodistas en la iglesia. Una religión incomprensible acogía una noticia generada por el ataque incomprensiblemente violento de otra religión. *Uno de los peores aspectos de lo ocurrido*, escribió más tarde, *fue que lo incomprensible se volvió comprensible, lo inimaginable se volvió imaginable*.

El oficio concluyó y los periodistas se abrieron camino hacia él a empujones. Gillon, Marianne y Martin intentaron obstaculizarles el paso. Un individuo persistentemente gris (traje gris, pelo gris, cara gris, voz gris) atravesó el gentío, blandió un dictáfono ante él y le formuló las preguntas obvias. «Lo siento -contestó él-. He venido al oficio conmemorativo por mi amigo. No me parece la ocasión indicada para una entrevista.» «No lo entiende -insistió el individuo gris con tono de perplejidad-. Soy del *Daily Telegraph*. Me han enviado aquí *especialmente*.»

«Gillon, necesito tu ayuda», dijo él.

Gillon se inclinó hacia el periodista desde su descomunal estatura y, recurriendo a su tono más solemne, dijo con firmeza: «Váyase a la mierda».

«No puede hablarme así -respondió el hombre del *Telegraph*-. Fui a un colegio privado.»

Después de eso no hubo ya más humor. Cuando salió a Moscow Road, había allí una caterva de periodistas arremolinándose como zánganos en busca de su reina, fotógrafos encaramados a hombros de otros fotógrafos para formar oteros tambaleantes que despedían destellos. Se quedó allí parado, pestañeando, sin rumbo, y por un momento no supo qué hacer.

En apariencia no había escapatoria. Era imposible llegar hasta el coche, aparcado a unos cien metros calle abajo, sin que los persiguieran las cámaras y los micrófonos y hombres que habían estudiado en los más diversos colegios y habían sido enviados especialmente. Lo rescató su amigo Alan Yentob, de la BBC, el realizador y alto ejecutivo a quien había conocido ocho años antes cuando Alan preparaba un documental para el programa *Arena* sobre un joven escritor que acababa de publicar una novela titulada *Hijos de la medianoche*, muy bien acogida. Alan tenía un hermano gemelo, pero a menudo la gente le decía: «Es Salman quien parece tu gemelo». Pese a que ninguno de los dos coincidía con esta opinión, la idea persistía. Y puede que aquel no fuera el mejor día para que alguien confundiera a Alan con su no-gemelo.

El coche proporcionado a Alan por la BBC se detuvo ante la iglesia. «Subid», dijo, y en el acto se alejaron del vocerío de los periodistas. Circularon por Notting Hill durante un rato hasta que se dispersó la muchedumbre congregada ante la iglesia y entonces regresaron a donde tenían aparcado el Saab.

Montó en su coche con Marianne, y de pronto, allí solos, el silencio se les

antojó un peso opresivo. No encendieron la radio, conscientes de que las noticias rebosarían odio. «¿Adónde vamos?», preguntó él, pese a que los dos conocían la respuesta. Hacía poco, Marianne había alquilado un pequeño apartamento en un sótano de la esquina sudoriental de Lonsdale Square, en Islington, no lejos de la casa de St. Peter's Street, en principio con el pretexto de usarla como lugar donde trabajar, pero en realidad debido a la creciente tensión entre ellos. Muy pocas personas conocían la existencia de dicho apartamento. Les proporcionaría espacio y tiempo para evaluar la situación y tomar decisiones. No parecía haber nada que decir.

Marianne era una excelente escritora y una mujer hermosa, pero él había empezado a descubrir en ella cosas que no le gustaban.

Cuando ella se mudó a la casa de él, dejó un mensaje en el contestador de Bill Buford, amigo de él y director de la revista *Granta*, para anunciarle que había cambiado de número. «Quizá reconozcas el nuevo número -proseguía el mensaje, y después, tras lo que Bill consideró una pausa alarmante, añadía-: Ya lo he pillado.» Él le había pedido matrimonio en el estado sumamente emotivo posterior a la muerte de su padre en noviembre de 1987, y las cosas no continuaron yendo bien entre ellos por mucho tiempo. Sus amigos más íntimos -Bill Buford, Gillon Aitken y el colega norteamericano de este, Andrew Wylie, la escritora y actriz guyanesa Pauline Melville- y su hermana Sameen, que siempre había mantenido con él una relación más estrecha que nadie, habían empezado a admitir que Marianne no les caía bien, que era lo que hacían los amigos cuando la gente estaba a punto de romper, claro está, y por tanto, pensaba él, parte de eso debía desecharse. Pero él mismo la había descubierto en alguna que otra mentira, y eso le había dado que pensar. ¿Qué opinión tenía ella de él? Se irritaba a menudo y tenía la costumbre de mirar al vacío por encima del hombro de él cuando le hablaba, como si le dirigiera la palabra a un fantasma. A él siempre lo había cautivado su inteligencia y su ingenio, y eso seguía presente, así como la atracción física: la ondulada melena de color castaño rojizo, la sonrisa americana de sus labios carnosos. Pero ella se había convertido en un misterio para él, y a veces pensaba que se había casado con una desconocida. Una mujer oculta tras una máscara.

Era media tarde, y ese día sus dificultades personales le parecían intrascendentes. Ese día se manifestaban en las calles de Teherán multitudes enarbolando pancartas en las que se veía su rostro con los ojos arrancados, lo que le confería el aspecto de uno de los cadáveres de *Los pájaros*, con las cuencas de los ojos picoteadas, sanguinolentas, ennegrecidas. Ahora ese era el tema dominante: la tarjeta del día de San Valentín, sin ninguna gracia, enviada por aquellos hombres barbudos, aquellas mujeres con velo y aquel viejo mortífero que, agonizando en su habitación, realizaba ese último esfuerzo para alcanzar una gloria macabra y criminal. Cuando el imán llegó al poder, asesinó a muchos de quienes lo habían ayudado a alcanzarlo y a todos aquellos que no eran de su agrado. Sindicalistas, feministas, socialistas, comunistas, homosexuales, prostitutas, y también a sus propios lugartenientes.

Los versos satánicos incluía un retrato de un imán como él, un imán transformado en un monstruo cuya boca gigantesca devoraba su propia revolución. El verdadero imán había arrastrado a su país a una guerra inútil con el país vecino, y había muerto toda una generación, centenares de miles de jóvenes de su país, antes de que el viejo le pusiera fin. Declaró que aceptar la paz con Irak era como ingerir un veneno, pero lo ingirió. Después de eso los muertos clamaron contra el imán y su revolución pasó a ser impopular. Necesitaba algo para volver a unir a los fieles y recuperar su apoyo, y lo encontró en un libro y su autor. El libro era obra del diablo y el autor era el diablo, y eso le proporcionó el enemigo que necesitaba. Ese autor acurrucado en aquel piso de un sótano de Islington con la esposa de la que ya estaba medio distanciado. Ese era el diablo necesario para el moribundo imán.

Ahora que había acabado la jornada escolar, tenía que ver a Zafar. Telefoneó a Pauline Melville y le pidió que hiciera compañía a Marianne mientras él visitaba a su hijo. Pauline había sido vecina suya en Highbury Hill a principios de los años ochenta, una actriz mestiza de ojos radiantes, exuberante gesticulación y buen corazón que contaba una historia tras otra: de Guyana, donde un Melville antepasado suyo había conocido a Evelyn Waugh y le había servido de guía de aquí para allá, y fue probablemente, pensaba ella, el modelo para el señor Todd, el viejo chiflado que, en *Un puñado de polvo*, capturó a Tony Last en la selva amazónica y lo obligó a leerle la obra de Dickens a perpetuidad; o de cuando rescató a su marido, Angus, de la Legión Extranjera plantándose ante las puertas del fuerte y vociferando hasta que lo dejaron salir; o anécdotas en torno a su papel como mamá de Adrian Edmonson en la exitosa telecomedia *Los jóvenes*. Había sido humorista y creado un personaje masculino que «acabó siendo tan peligroso y aterrador que tuve que dejar de interpretarlo», según contaba ella misma. Escribió algunas de sus historias sobre Guyana y me las enseñó. Eran muy, muy buenas, y cuando aparecieron publicadas en su primer libro, *Shape-Shifter*, recibieron elogios generalizados. Era inquebrantable, perspicaz y leal, y me inspiraba plena confianza. Vino de inmediato sin rechistar pese a que era su cumpleaños, y pese a las reservas que albergaba respecto a Marianne. Para él fue un alivio dejar a Marianne en el sótano de Lonsdale Square e ir solo en el coche a Burma Road. El hermoso día soleado, cuyo extraordinario resplandor invernal había sido como una increpación a la fea noticia, había terminado. En febrero Londres era una ciudad oscura a la hora en que los niños volvían a casa. Cuando llegó a donde vivían Clarissa y Zafar, la policía ya estaba allí. «Aquí está -dijo el agente-. Nos preguntábamos adónde había ido.»

«¿Qué pasa, papá?» Su hijo tenía una expresión que nunca debería asomar a la cara de un niño de nueve años. «Ya le he dicho -explicó Clarissa, muy alegre- que cuidarán perfectamente de ti hasta que las cosas se calmen, y todo acabará bien.» A continuación lo abrazó como no lo abrazaba desde hacía cinco años, cuando terminó su matrimonio. Era la primera mujer a quien él había querido. La conoció el 26 de diciembre de 1969, cinco días antes del

final de la década de los sesenta, cuando él contaba veintidós años y ella veintiuno. Clarissa Mary Luard. Tenía las piernas largas y los ojos verdes, y aquel día llevaba un abrigo de piel de borrego y una cinta en torno al pelo rojizo ensortijado, a lo hippy, e irradiaba un resplandor que alegraba todos los corazones. Ciertos amigos suyos del mundo de la música pop la llamaban «Happily» (aunque ese apodo, también felizmente, feneció junto con la agonizante década que lo había generado), y su madre bebía más de la cuenta, y su padre, que volvió traumatizado de la guerra tras combatir pilotando un Pathfinder, se tiró de lo alto de un edificio cuando ella contaba quince años. Clarissa tenía un beagle llamado Bauble que se orinaba en su cama.

Una gran parte de ella quedaba oculta bajo la alegría; no le gustaba que los demás viesen las sombras en su interior, y cuando la asaltaba la melancolía se encerraba en su habitación. Tal vez sentía entonces la tristeza de su padre dentro de ella y temía que, como a él, esa tristeza la arrojara desde lo alto de un edificio, y por eso se recluía hasta que se le pasaba. Llevaba el nombre de la heroína trágica de Samuel Richardson y había estudiado, por un tiempo, en el instituto tecnológico de Harlow. Clarissa de Harlow, curiosa resonancia de Clarissa Harlowe, otro suicidio en su ámbito, este ficticio; otra resonancia que temer y encubrir con su deslumbrante sonrisa. Su madre, Lavinia Luard, también cargaba con un deplorable sobrenombre, «Lavvy-Loo», y revolvía la tragedia familiar en un vaso de ginebra y ahí la disolvía para poder desempeñar el papel de viuda alegre con hombres que se aprovechaban de ella. Al principio fue un ex oficial de la Guardia casado, un tal coronel Ken Sweeting, que venía de la isla de Man para cultivar su idilio con ella, pero nunca dejó a su mujer, ni tuvo intención de hacerlo. Más tarde, cuando ella emigró al pueblo de Mijas, en Andalucía, hubo una sucesión de haraganes dispuestos a vivir de ella y gastar cuanto más dinero suyo mejor. Lavinia se había opuesto enérgicamente a la decisión de su hija primero de vivir y luego de casarse con un raro escritor indio de pelo largo, cuyo origen familiar le suscitaba ciertas dudas, y que al parecer no andaba sobrado de dinero. Ella mantenía buenas relaciones con la familia Leworthy de Westerham, en Kent, y el plan era que el hijo contable de los Leworthy, Richard, un tipo pálido y huesudo de pelo rubio blancuzco a lo Warhol, se casara con su hermosa hija. Clarissa y Richard salieron juntos, pero ella empezó a verse también, en secreto, con el escritor indio de pelo largo, y a ella le costó dos años decidirse, pero una noche de enero de 1972, cuando este daba una fiesta para inaugurar su piso recién alquilado en Cambridge Gardens, Ladbroke Grove, ella llegó con una determinación tomada, y a partir de entonces fueron inseparables. Siempre eran las mujeres quienes elegían, y el papel de los hombres se reducía a dar gracias por la suerte de ser elegidos.

Todos sus años de deseo, amor, matrimonio, paternidad, infidelidad (sobre todo por parte de él), divorcio y amistad estaban presentes en el abrazo que ella le dio esa noche. El acontecimiento del día había arrollado el dolor que existía entre ellos y se lo había llevado consigo, y bajo el dolor quedaba algo

antiguo y profundo, todavía intacto. Y además, claro está, eran padres de aquel hermoso niño, y como padres siempre habían estado unidos y de acuerdo. Zafar había nacido en junio de 1979, cuando *Hijos de la medianoche* estaba casi terminado. «Mantén las piernas cruzadas -dijo él-, escribo todo lo deprisa que puedo.» Una tarde se produjo una falsa alarma, y él pensó: *El niño va a nacer a medianoche*, pero eso no ocurrió; nació el domingo 17 de junio a las 14.15 horas. Él lo puso en la dedicatoria de su novela. *Para Zafar Rushdie que, contra todo lo esperado, nació por la tarde*. Y ahora tenía nueve años y medio y preguntaba, intranquilo: ¿*Qué pasa*?

«Necesitamos saber -decía el agente de policía- cuáles son sus planes inmediatos.» Él se detuvo a pensar antes de responder. «Seguramente me iré a casa», dijo por fin, y la súbita rigidez en las posturas de aquellos hombres uniformados confirmó sus sospechas. «No, caballero, eso no se lo aconsejaría.» Les habló entonces, como ya sabía que haría, acerca del sótano de Lonsdale Square, donde Marianne esperaba. «¿No es un sitio que usted frecuenta y todo el mundo lo sabe?» No, agente, no lo es. «Eso me parece bien. Cuando vuelva allí esta noche, ya no salga más por hoy, si no tiene inconveniente. Habrá ciertas reuniones, y mañana, lo más temprano posible, se le comunicará el resultado. Hasta entonces conviene que se quede allí.»

Le habló a su hijo, abrazándolo, decidiendo en ese momento que contaría al niño lo máximo posible, que le presentaría lo que ocurría desde un prisma tan positivo como pudiera; y que la manera de ayudar a Zafar a afrontar el hecho era inducirlo a sentirse incluido en ese hecho, ofrecerle una versión paterna en la que confiar y a la que aferrarse mientras lo bombardeaban con otras versiones, ya fuera en el patio del colegio o por televisión. En el colegio estaban portándose de maravilla, explicó Clarissa; habían mantenido a distancia a los fotógrafos y a un equipo de televisión que pretendía obtener imágenes del hijo del hombre amenazado, y también sus compañeros habían tenido una reacción fenomenal. Sin mayor deliberación, habían cerrado filas en torno a Zafar y le habían permitido vivir un día normal, o casi normal, en el colegio. Casi todos los padres habían manifestado su apoyo, y uno o dos que habían exigido que se apartara a Zafar del colegio, porque su presencia podía representar un peligro para sus hijos, se habían encontrado con la repulsa del director y, avergonzados, se habían batido en retirada. Resultó alentador, aquel día, ver en acción el valor, la solidaridad y los principios, los mejores valores humanos oponerse a la violencia y el fanatismo -el lado oscuro del género humano- en el momento mismo en que la marea creciente de oscuridad parecía tan irrefrenable. Lo que hasta ese día había sido inconcebible empezaba a ser concebible. Pero en Hampstead, en Hall School, el colegio de su hijo, la resistencia ya se había iniciado.

«¿Nos veremos mañana, papá?» Él movió la cabeza en un gesto de negación. «Pero te llamaré -aseguró-. Te llamaré todas las tardes a las siete. -Dirigiéndose a Clarissa, añadió-: Si no vais a estar aquí, déjame un mensaje en el contestador de casa para decirme a qué hora puedo llamar.» Esto ocurrió

a principios de 1989. Los términos *PC, ordenador portátil, teléfono móvil, internet, wi-fi, sms, e-mail* eran desconocidos o muy nuevos. Él no tenía ordenador ni teléfono móvil. Pero sí tenía una casa, por más que no pudiera pasar la noche allí, y en la casa había un contestador automático, y él podía llamar a su número e *interrogarlo*, un uso nuevo para una palabra antigua, y obtener, no, *recuperar* sus mensajes. «A las siete -repitió-. Todas las tardes, ¿vale?» Zafar asintió con total seriedad. «Vale, papá.»

Volvió a casa en coche él solo, y en la radio las noticias no eran buenas. Dos días antes se habían producido «disturbios por Rushdie» frente al Centro Cultural de Estados Unidos en Islamabad, Pakistán. (No estaba claro por qué consideraban a Estados Unidos responsable de *Los versos satánicos*.) La policía había abierto fuego contra la multitud y el resultado era de cinco muertos y sesenta heridos. Los manifestantes llevaban pancartas donde se leía: RUSHDIE, ESTÁS MUERTO. Ahora el peligro se había multiplicado enormemente debido al edicto iraní. El ayatolá Jomeini no era solo un clérigo poderoso. Era un jefe de Estado que ordenaba el asesinato de un ciudadano de otro Estado, sobre quien no tenía jurisdicción; y disponía de asesinos a su servicio, que ya habían sido utilizados antes contra los «enemigos» de la revolución iraní, incluidos los enemigos radicados fuera de Irán. Había otra palabra nueva que debía aprender. Acababan de decirla por la radio: *extraterritorialidad*. También conocida como *terrorismo patrocinado por un Estado*. Voltaire dijo en una ocasión que para un escritor era buena idea vivir cerca de una frontera internacional, y así, si encolerizaba a hombres poderosos, podía escabullirse al otro lado de la línea de demarcación y ponerse a salvo. El propio Voltaire abandonó Francia para instalarse en Inglaterra después de ofender a un aristócrata, el Chevalier de Rohan, y permaneció siete años en el exilio. Pero vivir en un país distinto de aquel donde se hallaban los perseguidores de uno ya no era seguro. Ahora existía la *acción extraterritorial*. En otras palabras, venían a por ti.

En Lonsdale Square la noche era fría, oscura y despejada. Había dos policías en la plaza. Cuando él se apeó del coche, simularon no darse cuenta. Patrullaban en la zona, vigilando la calle cerca del piso, cien metros en ambas direcciones, y él oyó sus pasos incluso después de entrar. En medio de ese silencio roto por los pasos, cayó en la cuenta de que ya no entendía su vida, ni en qué se había convertido, y por segunda vez ese día pensó que quizá ya no quedara gran cosa de la vida que entender. Pauline se marchó a su casa y Marianne se acostó temprano. Era un día para olvidar. Era un día para recordar. Se metió en la cama junto a su mujer y ella se volvió hacia él y se abrazaron, rígidos, como la pareja infelizmente casada que eran. Luego, cada uno por su cuenta, absortos en sus respectivos pensamientos, fueron incapaces de conciliar el sueño.

Pasos. Invierno. Un ala negra agitándose en un trepador. *Comunico al orgulloso pueblo musulmán del mundo, ristle-te, rostle-te, mo, mo, mo. Que los ejecuten allí donde los encuentren. Ristle-te, rostle-te, hey bombosity,*

knickety-knackety, retroquo-quality, willoby-wallaby, mo, mo, mo.

I

UN CONTRATO FÁUSTICO A LA INVERSA

Cuando era niño, su padre le contaba, a la hora de acostarse, los grandes y prodigiosos cuentos de Oriente; se los contaba y recontaba y recreaba y reinventaba a su manera: los relatos de Scheherezade en *Las mil y una noches*, relatos contados contra la muerte que demostraban la capacidad de los relatos para civilizar e imponerse incluso a los tiranos más mortíferos; y las fábulas de animales del *Panchatantra*; y las maravillas que se vertían como una cascada del *Kathasaritsagara*, el «Océano de las Corrientes de Historias», el inmenso lago de historias creado en Cachemira, donde habían nacido sus antepasados, y los cuentos de poderosos héroes reunidos en el *Hamzanama* y las *Aventuras de Hatim Tai* (esto fue también una película, cuyos muchos aderezos respecto a los cuentos originales fueron añadidos y aumentados en aquellas renarraciones a la hora de acostarse). Crecer inmerso en estas narraciones fue aprender dos lecciones inolvidables: primero, que los relatos no eran verdad (no había genios «reales» en botellas ni alfombras voladoras ni lámparas maravillosas), pero, sin ser verdad, lo llevaban a sentir y conocer verdades que la verdad no podía revelarle; y segundo, que todos le pertenecían, tal como habían pertenecido a su padre, Anis, y a todo el mundo, eran todos suyos, como lo eran de su padre, los relatos luminosos y los relatos oscuros, los relatos sagrados y los profanos, suyos para modificarlos y renovarlos y desecharlos y rescatarlos como y cuando le viniese en gana, suyos para reírse de ellos y regocijarse en ellos y vivir en y con y por ellos, para dar vida a los relatos amándolos y para recibir vida de ellos a cambio. El hombre era el animal narrador, la única criatura en el mundo que se contaba cuentos para comprender qué clase de criatura era. El relato era su derecho inalienable, y nadie podría privarlo de él.

Su madre, Negin, también tenía relatos para él. De soltera, Negin Rushdie se llamaba Zohra Butt. Cuando se casó con Anis, no se cambió solo el apellido, sino también el nombre, reinventándose para él, dejando atrás a la Zohra en la que él no quería pensar, porque antes había estado profundamente enamorada de otro hombre. Si en el fondo de su corazón era Zohra o Negin, su hijo nunca lo supo, ya que ella nunca le habló del hombre que dejó atrás, optando, en cambio, por difundir los secretos de cualquiera excepto los suyos. Era una chismosa de talla mundial, y él, su primogénito y único hijo varón, se sentaba en su cama y, presionándole los pies como a ella le gustaba, se empapaba de las deliciosas, y a veces escabrosas, noticias locales que ella llevaba en la

cabeza, los gigantescos bosques de ramaje entretejido formados por susurrantes árboles genealógicos que albergaba dentro de sí, colmados de la jugosa fruta prohibida del escándalo. Y también estos secretos, llegó a pensar él, le pertenecían, porque un secreto, una vez contado, no pertenecía ya a quien lo había contado sino a aquel que lo recibía. Si uno no quería que un secreto se propagara, debía atenerse a una única regla: *No contárselo a nadie*. También esta regla le sería útil en su vida futura. En esa vida futura, cuando era ya escritor, su madre le dijo: «Voy a dejar de contarte estas cosas, porque las pones en tus libros y luego me veo en apuros». Lo cual era cierto, y quizá lo más prudente por parte de ella habría sido no hablar más, pero el chismorreo era su adicción, y no podía dejarlo, como tampoco su marido, el padre de él, podía abandonar la bebida.

Villa Windsor, Warden Road, Bombay 26. Era una casa en una colina y tenía vistas al mar y a la ciudad que se desplegaba entre la colina y el mar; y sí, su padre era rico, aunque dedicó su vida a gastar todo ese dinero y murió en la ruina, incapaz de saldar sus deudas, con un fajo de billetes escondido en el cajón superior izquierdo de su escritorio, que era todo el capital que le quedaba en este mundo. Anis Ahmed Rushdie («Licenciado en Derecho, Universidad de Cambridge», anunciaba orgullosamente la placa de latón atornillada a la pared junto a la puerta de entrada en la Villa Windsor) heredó una fortuna de su padre, un magnate textil del que era hijo único, la gastó, la perdió, y luego murió, lo que podría ser la historia de una vida feliz, pero no lo fue. Sus hijos sabían ciertas cosas sobre él: que por las mañanas estaba de buen humor hasta que se afeitaba, y después, cuando la Philishave había hecho su trabajo, se convertía en una persona irascible, y ellos lo rehuían; que cuando los llevaba a la playa, el fin de semana, estaba animado y bromeaba a la ida pero se avinagraba en el camino de vuelta; que cuando jugaba al golf con su madre en el Willingdon Club, ella tenía que procurar perder, pese a jugar mejor que él, porque no le compensaba ganar; y que cuando se emborrachaba hacía muecas horrendas, contrayendo las facciones de formas extrañas y aterradoras, que les causaban un miedo atroz y que ninguna persona ajena a la familia vio jamás, así que nadie entendía a qué se referían ellos cuando decían que su padre «ponía caras raras». Pero cuando eran pequeños estaban también los cuentos, y luego se dormían, y si oían vocerío en otra habitación, si oían llorar a su madre, nada podían hacer al respecto. Se tapaban la cabeza con las sábanas y soñaban.

Anis llevó a su hijo de trece años a Inglaterra en enero de 1961, y durante una semana poco más o menos, antes de que él iniciara su educación en Rugby School, compartieron una habitación en el hotel Cumberland de Londres, cerca de Marble Arch. Durante el día iban a comprar todo aquello indicado por el colegio, chaquetas de tweed, pantalones grises de franela, camisas Van Heusen de cuello postizo semirrígido para el cual se requerían unos gemelos que se hincaban en la garganta del niño y le dificultaban la respiración. Tomaron batidos de chocolate en el Lyons Corner House de

Coventry Street y fueron al Odeon Marble Arch a ver *The Pure Hell of St. Trinians*, y él lamentó que a su internado no fueran niñas. A última hora de la tarde, en el Kardomah de Edgware Road, su padre compraba pollo asado para llevar y obligaba a su hijo a introducirlo a escondidas en el hotel debajo de su nuevo impermeable cruzado azul de sarga. Por la noche Anis se emborrachaba y luego, a las tantas de la madrugada, despertaba bruscamente a su hijo aterrorizado para gritarle con un vocabulario tan soez que al niño se le antojaba imposible incluso que su padre conociera tales palabras. Por último fueron a Rugby, compraron una butaca roja y se despidieron. Anis sacó una fotografía de su hijo frente al internado con su gorra a rayas azul y blanca y su impermeable con olor a pollo, y si uno se fijaba en la expresión de tristeza en los ojos del niño, podía pensar que lo entristecía ir a un colegio tan lejos de su casa. Pero de hecho el hijo estaba impaciente por ver marcharse a su padre para empezar a tratar de olvidar las noches de vocabulario malsonante e ira inmotivada y explosiva. Deseaba dejar la tristeza en el pasado e iniciar su futuro, y después de eso quizá fuera inevitable que se forjara una vida lo más lejos posible de su padre, que pusiera océanos de por medio y los mantuviera ahí ya para siempre. Cuando se licenció en la Universidad de Cambridge y le dijo a su padre que quería ser escritor, escapó de la boca de Anis un incontrolado grito de aflicción. «¿Qué voy a decirles a mis amigos?», exclamó.

Pero diecinueve años después, en el cuadragésimo cumpleaños de su hijo, Anis Rushdie le envió una carta de su puño y letra que se convirtió en la más valiosa comunicación que ese escritor había recibido o recibiría jamás. Eso ocurrió cinco meses antes de la muerte de Anis a la edad de setenta y siete años a causa de un mieloma múltiple de evolución rápida: cáncer en la médula ósea. En esa carta Anis demostraba lo atentamente que había leído los libros de su hijo y lo profundamente que los había comprendido, la impaciencia con que esperaba la lectura de otros más, y lo hondo que era el sentimiento paternal que durante media vida había sido incapaz de expresar. Vivió el tiempo suficiente para alegrarse del éxito de *Hijos de la medianoche* y *Vergüenza*, pero para cuando se publicó el libro en el que mayor era la deuda con él, ya no estaba ahí para leerlo. Quizá fue mejor así, porque se perdió también el posterior furor; no obstante, si de algo estaba totalmente seguro su hijo era de que en la batalla por *Los versos satánicos* habría contado con el apoyo incondicional e inquebrantable de su padre. Sin las ideas y el ejemplo de su padre para inspirarlo, de hecho, esa novela jamás se habría escrito. ¿*Te dejaron bien jodido, tu madre y tu padre*? No, no fue así ni mucho menos. Bueno, quizá sí, pero también te permitieron convertirte en la persona, y en el escritor, que podías llegar a ser.

El primer obsequio que recibió de su padre, un obsequio como un mensaje en una cápsula del tiempo, que él no entendió hasta su vida adulta, fue el apellido de la familia. «Rushdie» era una invención de Anis; el nombre de su propio padre era todo un trabalenguas, Khwaja Muhammad Din Khaliqi

Dehlavi, un buen nombre de la Vieja Delhi muy adecuado para aquel caballero de la vieja escuela que miraba con fiereza desde la única fotografía que se conservaba de él, aquel industrial de éxito y ensayista a tiempo parcial que vivía en una *haveli* ruinosa en el viejo y famoso *mohalla*, o barrio, de Ballimaran, un laberinto de tortuosas callejas adyacente al Chandni Chowk que antaño había sido hogar de Ghalib, el gran poeta del farsi y el urdu. Muhammad Din Khaliqi murió joven, dejando a su hijo una fortuna (que él dilapidaría) y un nombre que pesaba demasiado para acarrearlo en el mundo moderno. Anis adoptó el apellido «Rushdie» por su admiración a Ibn Rushd («Averroes» en Occidente), el filósofo cordobés hispano-árabe del siglo XII que llegó a ser *qadi* o juez de Sevilla, traductor y reconocido comentarista de las obras de Aristóteles. Su hijo llevó el apellido durante dos décadas sin comprender que su padre, un auténtico erudito del islam que a la vez carecía por completo de fe religiosa, lo había elegido en señal de respeto a Ibn Rushd por haber estado en su época a la vanguardia del argumento racionalista contra el literalismo islámico; y transcurrieron otras dos décadas hasta que la batalla por *Los versos satánicos* resonó en el siglo XX a modo de eco de esa discusión con ochocientos años de antigüedad.

«Al menos -se dijo cuando la tormenta se desencadenó sobre su cabeza- entro en esta batalla llevando el apellido idóneo.» Desde la tumba su padre le había proporcionado la enseña bajo la que él estaba dispuesto a luchar, la enseña de Ibn Rushd, que abogó por el intelecto, el razonamiento, el análisis y el progreso, por la filosofía y el conocimiento libres de los grilletes de la teología, por la razón humana y contra la fe ciega, la sumisión, la aceptación y el estancamiento. Nadie ha querido nunca ir a la guerra, pero si una guerra se te cruzaba en el camino, bien podía ser una guerra justa, librada por las cosas más importantes de este mundo, y si ibas a luchar, bien podías llamarte «Rushdie» y permanecer donde tu padre te había colocado, en la tradición del gran aristotélico, Averroes, Abul Walid Muhammad ibn Ahmad ibn Rushd.

Tenían la misma voz, su padre y él. Cuando él contestaba el teléfono en casa, los amigos de Anis empezaban a hablar con él como si fuera su padre y debía interrumpirlos antes de que dijeran alguna inconveniencia. Físicamente se parecían, y cuando, durante los tramos más llanos de su accidentado viaje como padre e hijo, se sentaban en una veranda en las noches cálidas con el perfume de las buganvillas en los orificios nasales y discutían apasionadamente sobre el mundo, los dos sabían que, si bien discrepaban en muchos temas, tenían una mentalidad afín. Y lo que compartían por encima de todas las cosas era la incredulidad.

Anis era un hombre irreligioso, afirmación todavía hoy sorprendente en Estados Unidos, aunque nada fuera de lo común en Europa, e idea incomprensible en casi todo el resto del mundo, donde la noción de *no creer* es difícil incluso de formular. Pero eso era él, un hombre irreligioso que sabía y reflexionaba mucho sobre Dios. El nacimiento del islam lo fascinaba, porque era la única de las grandes religiones del mundo, surgida dentro de la

historia documentada, cuyo profeta no era una leyenda descrita y ensalzada por «evangelistas» cien años o más después de la vida y la muerte del individuo real, o un plato refrito para fácil consumo mundial por el brillante proselitista san Pablo, sino un hombre de cuya vida se tenía constancia en gran medida, cuyas circunstancias sociales y económicas eran bien conocidas, un hombre que vivió en una época de profundo cambio social, un huérfano que de mayor llegó a ser un comerciante de éxito con tendencias místicas, y que un día vio en el monte Hira, cerca de La Meca, al arcángel Gabriel de pie en el horizonte, llenando el cielo e indicándole que «recitara» y así, lentamente, creara el libro conocido como la Recitación: *al-Qur'an*.

Esto se transmitió del padre al hijo: la convicción de que el relato del nacimiento del islam era fascinante porque fue un acontecimiento *circunscrito a la historia* y, como tal, estuvo obviamente bajo la influencia de los acontecimientos y las presiones y las ideas de los tiempos de su creación; de que historizar el relato, intentar comprender la magnitud de la idea a la que esas fuerzas dieron forma, era el único enfoque posible del tema; y de que uno podía aceptar a Mahoma como auténtico místico -tal como uno podía aceptar que Juana de Arco oyó realmente las voces, o que las revelaciones de san Juan el Teólogo fueron experiencias «reales» de aquella alma desazonada- sin necesidad de aceptar también que, de haber estado uno mismo al lado del Profeta del islam en el monte Hira aquel día, habría visto también al arcángel. La revelación debía entenderse como un acontecimiento interior, subjetivo, no como una realidad objetiva, y un texto revelado debía someterse a examen como cualquier otro texto, recurriendo a todas las herramientas de la crítica, ya fuese literaria, histórica, psicológica, lingüística o sociológica. En resumen, el texto debía considerarse una creación humana y por tanto, como cualquiera de tales creaciones, sujeta a la falibilidad y la imperfección humanas. El crítico estadounidense Randall Jarrell definió magníficamente la novela como «una obra en prosa de cierta extensión en la cual hay algo que está mal». Anis Rushdie creía saber qué estaba mal en el Corán; en algunas partes se advertía cierta confusión.

Según la tradición, cuando Mahoma bajaba de la montaña, empezaba a recitar -él personalmente era, quizá, analfabeto- y aquel de sus compañeros que estuviera más cerca anotaba lo que él decía en lo que tuviese a mano (pergamino, piedra, cuero, hojas de árbol y a veces, se decía, incluso huesos). Esos pasajes se guardaron en su casa, dentro de un cofre, hasta después de su muerte, y entonces los Compañeros se reunieron para determinar la secuencia correcta de la revelación; ese proceso nos dejó el ahora texto canónico del Corán. Para que ese texto fuese «perfecto» era necesario que el lector creyese (a) que el arcángel, al transmitir la Palabra de Dios, lo hizo sin errores, proposición que puede ser aceptable, ya que, supuestamente, los arcángeles son inmunes a la equivocación; (b) que el Profeta o, como él se hacía llamar, el Mensajero, recordó las palabras del arcángel con absoluta precisión; (c) que las apresuradas transcripciones de los Compañeros, anotadas a lo largo de

veintitrés años de revelación, estuvieron también libres de toda falta, y, por último, (d) que cuando se juntaron para dar al texto su forma final, su memoria colectiva de la secuencia correcta también fue perfecta.

Anis Rushdie no veía necesidad de refutar las proposiciones (a), (b) y (c). La proposición (d), en cambio, le costaba más tragársela, porque como podía advertir fácilmente cualquiera que leyese el Corán, varias suras, o capítulos, presentaban discontinuidades radicales, cambiando de tema sin previo aviso, y a veces los temas abandonados surgían inesperadamente en una sura posterior que, hasta ese punto, trataba de algo por completo distinto. Era el deseo de Anis, acariciado durante largo tiempo, poner en orden esas discontinuidades y construir así un texto más claro y fácil de leer. Debe añadirse que este no era un plan secreto o furtivo: hablaba de él abiertamente con sus amigos durante la cena. No existía la menor sensación de que la empresa pudiera entrañar algún riesgo para el estudioso revisionista, ni el menor estremecimiento ante un posible peligro. Quizá corrían otros tiempos, y tales ideas podían contemplarse sin miedo a represalias; o la compañía era digna de confianza; o acaso Anis fuese un necio inocente. Pero ese era el ambiente de investigación sin restricciones en el que se criaron sus hijos. Nada estaba prohibido. No había tabúes. Todo, incluso las sagradas escrituras, podía explorarse y tal vez mejorarse.

Nunca lo llevó a término. Cuando murió, no se encontró ningún texto entre sus papeles. Sus últimos años se vieron dominados por el alcohol y los fracasos en los negocios, y no tenía tiempo ni ganas para la ardua labor de una profunda exégesis coránica. Quizá había sido siempre una quimera, o pura jactancia alimentada por el alcohol. Pero dejó huella en su hijo. Ese fue el segundo gran obsequio a sus hijos: un escepticismo en apariencia exento de miedo, acompañado de una casi absoluta libertad religiosa. Se advertía, no obstante, cierto formulismo. La «carne del cerdo» no se comía en la casa de los Rushdie, ni tenían cabida en su mesa los igualmente proscritos «carroñeros de la tierra y el mar»; nada de curry goanés de langostinos en sus comidas. Estaban aquellas visitas muy esporádicas al *Idgah* para el ritual movimiento arriba y abajo de las oraciones. Estaba, una o dos veces al año, el ayuno durante lo que los musulmanes indios, hablantes de urdu -más que de árabe-, llamaban Ramzán en lugar de Ramadán. Y una vez, brevemente, hubo en la casa un *maulvi*, un erudito religioso, contratado por Negin para enseñar a sus paganos hijo e hijas los rudimentos de la fe. Pero cuando los paganos niños se rebelaron contra el *maulvi* -una réplica de Ho Chi Minh que no levantaba un palmo del suelo-, tomándole el pelo tan despiadadamente que él se quejó con amargura a sus padres de su falta de respeto por las cosas más sagradas, Anis y Negin se echaron a reír y se pusieron del lado de los niños. El *maulvi* se marchó hecho un basilisco, para no volver, mascullando imprecaciones contra los infieles a su paso, y después de eso no hubo ya más intentos de instrucción religiosa. Los paganos se criaron más bien a lo pagano, y en la Villa Windsor eso ya estaba bien.

Cuando volvió la espalda a su padre, con su gorra azul y blanca a rayas de Bradley House y el impermeable de sarga, y se sumergió en su vida inglesa, el pecado de la *extranjería* fue lo primero que le dejaron claro. Hasta ese momento nunca se había visto a sí mismo como Otro respecto a nadie. Después de Rugby School nunca olvidó la lección aprendida allí: que siempre habría personas a quienes sencillamente no les caería bien, para quienes era tan de otro mundo como los hombrecillos verdes o el Cieno Verde del Espacio Exterior, y no tenía sentido intentar siquiera hacerlos cambiar de idea. La marginación: fue una lección que en el futuro reaprendería en circunstancias más dramáticas.

Enseguida descubrió que en un internado inglés a principios de la década de los sesenta uno podía cometer tres errores graves, pero si cometía solo dos de los tres, podía ser perdonado. Los errores eran: ser extranjero, ser listo, y ser malo en los deportes. En Rugby, los chicos extranjeros y listos que lo pasaban bien eran a la vez elegantes jugadores de críquet o destacaban en algún otro juego, como fue el caso de uno de sus coetáneos, el paquistaní Zia Mahmood, que era tal hacha con los naipes que de mayor se convirtió en uno de los mejores jugadores de bridge del mundo. Los chicos sin aptitudes atléticas debían procurar no ser demasiado listos y, a ser posible, tampoco demasiado extranjeros, que era el peor de los tres errores.

Él cometió los tres. Era un chico extranjero, listo, sin interés en los deportes. Y como consecuencia sus años allí fueron, casi siempre, infelices, pese a tener un buen rendimiento académico y marcharse de Rugby con la perdurable sensación de haber recibido una educación excelente, y el edificante recuerdo de haber tenido magníficos profesores, recuerdo que, con un poco de suerte, podía acompañarlo a uno durante el resto de su vida. Allí estaba P. G. Lewis, conocido, inevitablemente, como *Pig* («Cerdo»), que hasta tal punto le insufló el amor por el francés que en el transcurso de un trimestre pasó de ser el último de la clase a ser el primero; y estaban sus profesores de historia, J.B.Hope-Simpson, alias *Hope Stimulus* («Esperanza Estímulo»), y J.W. Hele, llamado *Gut* («Panza»), bajo cuya tutela obtuvo una beca menor para estudiar historia en el alma máter de su padre, el King's College, Cambridge, donde conocería a E. M. Forster y descubriría el sexo, aunque no al mismo tiempo. (Menos valioso, quizá, fue el hecho de que Hope Stimulus le dio a conocer *El señor de los anillos* de Tolkien, que penetró en su conciencia como una enfermedad, una infección de la que ya nunca se liberó.) Su antiguo profesor de lengua y literatura inglesas, Geoffrey Helliwell, aparecería en la televisión británica al día siguiente de la fetua, cabeceando apesadumbrado y preguntando con actitud tierna, distraída y un tanto delirante: «¿Quién habría pensado que un chico tan bueno y callado iba a meterse en tantos líos?».

Nadie lo había obligado a ir a un internado en Inglaterra. Negin se había opuesto a enviar a su único hijo varón a océanos y continentes de distancia. Anis le había ofrecido la oportunidad, y fomentado la idea, de presentarse al

examen de acceso a secundaria, pero, aun después de superarlo con mención especial y ganar la plaza en Rugby, la decisión final de ir o quedarse le correspondió por completo a él. Más adelante en la vida se maravillaría de haber hecho esa elección, él, un niño de trece años arraigado en su ciudad, feliz con sus amigos, a gusto en el colegio (salvo por cierta dificultad con el idioma maratí), el ojito derecho de sus padres. ¿Por qué ese niño decidió dejarlo todo atrás y recorrer medio mundo hacia lo desconocido, lejos de todos aquellos que lo amaban y de todo lo que conocía? ¿Tuvo la culpa, acaso, la literatura (ya que era ciertamente un ratón de biblioteca)? Y si fue así, quizá la responsabilidad deba atribuirse a sus queridos Jeeves y Bertie, o posiblemente al conde de Emsworth y su imponente cerda, la emperatriz de Blandings. ¿O fueron acaso los dudosos atractivos del mundo de Agatha Christie lo que lo persuadió, pese a residir la Miss Marple de Christie en el pueblo más insufrible de Inglaterra, el letal St. Mary Mead? También estaban la serie *Golondrinas y Amazonas* de Arthur Ransome, con sus historias de niños que andaban enredando en barcos en el Distrito de los Lagos, y, mucho pero que mucho peor, las atroces aventuras literarias de Billy Bunter, el «Búho de Cuarto Curso», el niño gordo del absurdo colegio de Grayfriars creado por Frank Richards, donde, entre los compañeros de Bunter, había al menos un indio, Hurree Jamset Ram Singh, el «oscuro nababo de Bhanipur», que hablaba un inglés estrambótico, grandilocuente y sintácticamente tortuoso («la tortuosidad -como el oscuro nababo bien podría haber dicho- era fenomenal»). ¿Fue, pues, una decisión *infantil* aventurarse a ir a una Inglaterra imaginaria que solo existía en los libros? ¿O fue, alternativamente, una señal de que bajo la apariencia del «chico bueno y callado» acechaba un ser más extraño, un muchacho de corazón insólitamente aventurero, con redaños suficientes para dar un salto en la oscuridad precisamente *porque* era un paso hacia lo desconocido, un joven que intuía la capacidad de su futuro yo adulto para sobrevivir, o incluso prosperar, en cualquier lugar del mundo al que lo llevasen sus andanzas, y que era capaz, con excesiva facilidad, incluso con cierta desafección, de perseguir el sueño de la «lejanía», desprendiéndose de la atracción (que era también el tedio, naturalmente) que ejercía su «casa», dejando a sus pesarosas madre y hermanas atrás sin mucha pena? Quizá un poco de lo uno y de lo otro. Comoquiera que fuese, dio el salto, y los caminos bifurcados del tiempo se separaron ante sus pies. Tomó por el ramal que iba hacia el oeste y dejó de ser aquel que podría haber sido si se hubiera quedado en casa.

Una placa de piedra rosa encastrada en el Muro del Doctor, así llamado en honor del doctor Arnold, legendario director, y orientado hacia los fabulosos campos del recinto deportivo, contenía una inscripción con la que se pretendía celebrar un acto de iconoclasia revolucionario. «Para conmemorar la hazaña de William Webb Ellis -rezaba-, quien, con magnífica indiferencia hacia la reglas del fútbol tal como se jugaba en sus tiempos, fue el primero en coger la pelota con las manos y echar a correr, dando origen así a la principal

característica del rugby.» Pero la anécdota de William Webb Ellis era apócrifa, y el colegio era cualquier cosa menos iconoclasta. Estudiaban allí los hijos de los agentes de Bolsa y los abogados, y la «magnífica indiferencia hacia las reglas» no formaba parte del plan de estudios. Meterse las dos manos en los bolsillos contravenía las reglas; también «correr por los pasillos». Sin embargo, el «novateo» -actuar como criado no remunerado de un alumno mayor- y las palizas aún se permitían. Los castigos corporales podían ser administrados por el prefecto o incluso por el chico nombrado edil de residencia. Durante su primer trimestre, el edil de residencia era un tal R. A. C. Williamson, que tenía la palmeta colgada a la vista sobre la puerta de su estudio. Había muescas en ella, una por cada tanda de azotes que Williamson había propinado.

A él nunca le pegaron. Era un «chico bueno y callado». Aprendió las reglas y las respetó escrupulosamente. Aprendió la jerga del colegio: *dics* para las oraciones de antes de acostarse en los dormitorios (del latín *dicere*, «decir»), *topos* para los lavabos (de la palabra «lugar» en griego) y, groseramente, «paletos» para los habitantes del pueblo -localidad más conocida por la fabricación de cemento- ajenos a Rugby School. Aunque los Tres Errores jamás fueron perdonados, hizo todo lo posible por integrarse. En sexto ganó la Medalla de la Reina por un trabajo de historia sobre el ministro de Asuntos Exteriores de Napoleón, Talleyrand, el libertino cínico y amoral con un pie deforme, a quien defendió enérgicamente. Se convirtió en secretario del club de debate y habló con gran elocuencia en favor del «novateo», que fue abolido no mucho después de concluir su etapa en el colegio. Provenía de una familia india conservadora y no era ni remotamente un radical. Pero el racismo fue algo que no tardó en entender. Cuando regresaba a su pequeño estudio, más de una vez encontraba hecho trizas un trabajo que había escrito, los trozos esparcidos en el asiento de su butaca roja. Una vez alguien escribió en su pared: LARGO DE AQUÍ, MORENOS DE MIERDA. Apretó los dientes, se tragó los insultos e hizo su trabajo. No contó a sus padres lo que había sido el colegio para él hasta después de dejarlo (y cuando se lo contó, ellos se horrorizaron al saber que había guardado dentro de sí tanto dolor). Su madre sufría por su ausencia, su padre pagaba una fortuna para que él estudiara allí, y quejarse, se decía, no habría sido justo. Así que en la correspondencia con su familia creó sus primeras obras de ficción, sobre idílicos días de sol y críquet en el colegio. La verdad era que el críquet no se le daba nada bien y el invierno en Rugby era de lo más crudo, en especial para un chico llegado del trópico que nunca había dormido tapado con gruesas mantas y tenía serios problemas para conciliar el sueño bajo tanto peso. Pero si las apartaba, se ponía a tiritar. También a ese peso tuvo que acostumbrarse, y lo hizo. De noche, en los dormitorios, después de apagarse las luces, las armazones metálicas de las camas empezaban a sacudirse cuando los chicos aplacaban sus impulsos adolescentes, y con el golpeteo de las camas contra los tubos de la calefacción tendidos a lo largo de las paredes aquellas habitaciones grandes

y oscuras se llenaban de la música del deseo inexpresable. A este respecto, al igual que en todo lo demás, se esforzaba en ser como los otros chicos, y también en eso participaba. Repitamos: no era, por naturaleza, rebelde. En esos primeros tiempos prefería los Rolling Stones a los Beatles, y cuando uno de sus compañeros de residencia más amistosos, un chico serio y angelical llamado Richard Shearer, lo hizo sentarse y escuchar *The Freewheelin' Bob Dylan*, se convirtió en un seguidor entusiasta de Dylan; pero en el fondo era un conformista.

Aun así, casi tan pronto como llegó a Rugby se rebeló. El colegio insistía en que todos los alumnos se alistaran en la CCF, o Combined Cadet Force («Fuerza Conjunta de Cadetes»), y en que luego, los miércoles por la tarde, se pusieran el uniforme caqui militar completo y jugaran a la guerra en el barro. Él no era un niño a quien divirtieran esas cosas -a decir verdad, se le antojaban más bien una tortura- y la primera semana de su estancia en el colegio fue a ver al prefecto, el doctor George Dazeley, una especie de científico loco de talante afable con una resplandeciente sonrisa exenta de alegría, para explicarle que no deseaba participar. El doctor Dazeley se tensó, resplandeció y señaló, solo un poco fríamente, que los alumnos no estaban autorizados a excluirse. El chico de Bombay, poseído súbitamente de una desacostumbrada terquedad, se cuadró. «Señor Dazeley -dijo-, la generación de mis padres libró no hace mucho una guerra de liberación contra el Imperio británico, y por tanto no puedo de ninguna manera acceder a unirme a sus fuerzas armadas.» Este inesperado arranque de pasión poscolonial desarmó al doctor Dazeley, que lánguidamente se rindió y dijo: «Ah, muy bien, entonces quédese en su cuarto y lea». Cuando el joven objetor de conciencia salía del despacho, Dazeley señaló un retrato colgado en la pared. «Ese es el comandante William Hodson -dijo-. Hodson, el de la Caballería de Hodson. De niño estuvo en la Residencia Bradley.» William Hodson era el oficial de la caballería británica que, tras reprimir la Rebelión de la India en 1857 (en Rugby la llamaban el «Motín de la India»), capturó al último emperador mogol, el poeta Bahadur Shah Zafar, y asesinó a sus tres hijos: los desnudó, los mató a tiros, se apropió de sus joyas y arrojó los cuerpos al suelo ante una de las puertas de Delhi, que en adelante se conocería como *Khooni Darvaza*, la puerta de sangre. La circunstancia de que Hodson hubiese sido antiguo alumno de Rugby, alojado en la Residencia Bradley, avivó aún más el orgullo del joven rebelde indio por haberse negado a formar parte del ejército en el que había servido el verdugo de los príncipes mogoles. El doctor Dazeley añadió distraídamente, y quizá incorrectamente, que, según creía, Hodson había sido uno de los modelos para el personaje de Flashman, el matón del colegio en la novela de Thomas Hughes ambientada en Rugby, *Tomás Brown en la escuela*. Había una estatua de Hughes en el jardín frente a la biblioteca del colegio, pero en la Residencia Bradley el antiguo alumno predominante era la supuesta versión original en la vida real del matón más famoso de la literatura inglesa. Lo cual resultaba más que apropiado.

Las lecciones que uno aprende en el colegio no son siempre las que el colegio cree estar enseñando.

Durante los cuatro años siguientes pasó las tardes de los miércoles leyendo novelas de ciencia ficción con sobrecubiertas amarillas, que sacaba en préstamo de la biblioteca del pueblo, mientras comía sándwiches de huevo y ensalada con patatas fritas, bebía Coca-Cola y escuchaba en su transistor el programa *Two-Way Family Favorites*. Llegó a ser todo un experto en la llamada edad de oro de la ciencia ficción, devorando obras maestras como *Yo, robot* de Isaac Asimov, donde se establecían las Tres Leyes de la Robótica, *Los tres estigmas de Palmer Eldritch* de Philip K. Dick, *El libro del pueblo: peregrinación* y otras novelas de la serie de Zenna Henderson, las descabelladas obras de literatura fantástica de L. Sprague de Camp y, sobre todo, el impactante relato de Arthur C. Clarke «Los nueve mil millones de nombres de Dios», acerca de un mundo que tocaría a su fin plácidamente en cuanto se cumpliera su finalidad secreta: elaborar la lista de todos los nombres de Dios, llevada a cabo por unos cuantos monjes budistas provistos de un superordenador. (Al igual que a su padre, Dios lo fascinaba, pese a sentirse poco atraído por la religión.) Acaso no fuera la mayor revolución de la historia, esa inmersión de cuatro años y medio en la fantasía alimentada por tentempiés de tienda de chucherías, pero cada vez que veía a sus compañeros regresar tambaleantes de sus juegos bélicos, desfallecidos, manchados de barro y magullados, se recordaba que a veces hacerse valer merecía la pena.

En cuanto a Dios: los últimos vestigios de fe se borraron de su mente debido a la intensa aversión que le inspiraba la arquitectura de la capilla de Rugby. Muchos años después, cuando pasó por el pueblo casualmente, se sorprendió al descubrir que el edificio neogótico de Herbert Butterfield era en realidad de una gran belleza. En sus años de colegial, la capilla le parecía horrenda, y había llegado a la conclusión, en esa etapa de su vida colmada de ciencia ficción, de que a nada se semejaba tanto como a un cohete de ladrillo a punto de despegar; y un día, mientras la miraba por la ventana de un aula del edificio New Big School durante una clase de latín, lo asaltó una duda. «¿Qué clase de Dios -se preguntó- viviría en una casa tan fea como esa?» Al cabo de un segundo la respuesta cobró forma por sí sola: Obviamente ningún Dios que se preciara viviría allí; de hecho, obviamente, no *había* Dios, ni siquiera un Dios con mal gusto arquitectónico. Al final de esa clase de latín era ateo a ultranza, y para demostrarlo, entró resueltamente en la tienda de chucherías del colegio y se compró un sándwich de jamón. Ese día pasó entre sus labios por primera vez la carne de cerdo, y el hecho de que el Todopoderoso no lo fulminara con un rayo fue para él la prueba de algo que sospechaba desde hacía tiempo: no había allí arriba nadie con rayos que lanzar.

Un trimestre, en la capilla de Rugby, ensayó y cantó junto con el resto del colegio el «Coro del Aleluya», como parte de una representación del *Mesías* completo con solistas profesionales. Participaba en los oficios matutino y vespertino obligatorios -como en Bombay había estudiado en Cathedral

School, no tenía argumentos en que basarse para que lo eximieran de mascullar mal que bien las oraciones cristianas-, y no podía negar que le gustaban los himnos, cuya música le levantaba el ánimo. No todos los himnos; no necesitaba, por ejemplo, «contemplar la portentosa cruz / en la que murió el príncipe de la gloria»; pero un chico solitario no podía por menos de conmoverse cuando se le pedía que cantase «la noche es oscura y estoy lejos de casa, / guíame en el camino». Le gustaba cantar «Acudid, fieles», pero en latín, porque así perdía el ardor religioso: *venite, venite in Bethlehem*. Le gustaba «Abide with Me» («Quédate conmigo»), porque lo cantaba una muchedumbre de cien mil personas en el estadio de Wembley antes de la final de la Copa de fútbol, y lo que él consideraba el «himno a la geografía», «The Day Thou Gavest, Lord, Is Ended» («El día que nos has dado, Señor, ha terminado»), le producía una dulce añoranza: «El sol que nos concede descanso despierta / a nuestros hermanos bajo el cielo occidental [él lo sustituía por "oriental"]». El lenguaje del descreimiento era a todas luces más pobre que el de la fe. Pero al menos la música del descreimiento empezaba a equipararse plenamente a las canciones de los fieles, y a medida que se adentró en la adolescencia y la edad de oro del rock con sus *pet sounds*, sus *I-can't-get-no* y *hard rain* y *try-to-see-it-my-way* y *da doo ron ron*, incluso los himnos perdieron parte de su capacidad para conmoverlo. Pero en la capilla de Rugby otras cosas llegaban al alma de un descreído con afición por los libros: las placas conmemorativas dedicadas a Matthew Arnold y sus ejércitos ignorantes que se enfrentan por la noche, y a Rupert Brooke, muerto por la picadura de un mosquito mientras luchaba contra uno de esos ejércitos y que yacía en algún rincón de algún campo que sería por siempre Inglaterra; y, sobre todo, la placa de piedra en recuerdo de Lewis Carroll, con sus siluetas de Tenniel ejecutando en el contorno del mármol blanco y negro una danza, una... cómo, una especie de... ¡sí!, una cuadrilla. «No querría, no podría, no querría, no podría, no querría bailar también -cantaba para sí en un susurro-. No querría, no podría, no querría, no podría, no podría también bailar.» Era su himno particular para sí mismo.

Antes de marcharse de Rugby hizo una barbaridad. Los alumnos que dejaban ese año el colegio estaban autorizados a organizar un «mercadillo», lo que les permitía traspasar sus escritorios, lámparas y demás cachivaches viejos a chicos de menor edad a cambio de módicas sumas de dinero. Colgó una hoja de subasta en la cara interior de la puerta de su estudio, estableció precios de partida razonables y esperó. La mayoría de los objetos en estos mercadillos presentaban un grado de desgaste considerable; él, en cambio, contaba con su butaca roja, que era nueva cuando su padre se la compró. Una butaca que solo había pasado por un usuario era una pieza poco común, de gran calidad, y muy codiciada en los mercadillos, y la butaca roja atrajo pujas nada despreciables. Al final quedaron dos firmes licitantes: uno de los novatos a su servicio, un tal P. A. F. Reed-Herbert, conocido como «Weed Herbert» («Herbert Mala Hierba»), un tipo menudo, con gafas, un tanto rastrero, que lo

idolatraba un poco; y un alumno mayor llamado John Tallon, que vivía en Bishop's Avenue, la calle de los millonarios en el norte de Londres y, cabía suponer, podía permitirse una puja alta.

Cuando la licitación aflojó -el máximo postor era Reed-Herbert con una oferta de alrededor de cinco libras-, él tuvo una idea espantosa. En secreto, propuso a John Tallon que hiciera una puja francamente alta, algo así como *ocho libras*, y le prometió que no le exigiría el pago si al final era esa la oferta más alta. Luego, durante las *dics*, dijo solemnemente a Weed Herbert que le constaba que su acaudalado rival, Tallon, estaba dispuesto a subir todavía más, quizá incluso hasta llegar a las doce libras. Vio el desánimo en el rostro de Weed Herbert, reparó en su semblante apagado, y se dispuso a dar la puntilla. «Ahora bien, si tú me ofrecieras, pongamos, diez pavos en el acto, podría rematar la subasta y declarar la butaca adjudicada.» Weed Herbert parecía nervioso. «Eso es mucho dinero, Rushdie», dijo. «Tú piénsatelo -respondió Rushdie, magnánimo- mientras dices tus oraciones.»

Cuando las *dics* terminaron, Weed Herbert mordió el anzuelo. El Rushdie maquiavélico le dirigió una sonrisa tranquilizadora. «Excelente decisión, Reed-Herbert.» Despiadadamente, convenció al chico para que licitara contra sí mismo, doblando su propia puja. La butaca roja tenía nuevo dueño. Ese era el poder de la oración.

Eso ocurrió en la primavera de 1965. Nueve años y medio después, durante la campaña para las elecciones generales británicas de octubre de 1974, encendió el televisor y vio el final de un discurso del candidato del Frente Nacional Británico, un partido ultraderechista, racista, fascista y en vehemente oposición a los inmigrantes. En la pantalla apareció un rótulo con el nombre del candidato. *Anthony Reed-Herbert*. «¡Weed Herbert! -exclamó, horrorizado-. ¡Dios mío, inventé a un nazi!» Todo quedó claro al instante. Weed Herbert, inducido dolosamente por un moreno embaucador e irreligioso a gastar demasiado dinero, se había guardado su enconada rabia durante su rastrera infancia hasta una rastrera adultez y se había convertido en un político racista para poder vengarse de todos los morenos, con o sin butacas rojas sobrevaloradas que vender. (Pero ¿era el mismo Weed Herbert? ¿Era posible acaso que existieran dos? No, pensó, tenía que ser el pequeño P. A. F., ya no pequeño.) En las elecciones de 1977 Weed Herbert obtuvo el seis por ciento de los votos en la circunscripción de Leicester East, 2.967 votos en total. En agosto de 1977 volvió a presentarse, para las elecciones parciales al escaño vacante por Birmingham Ladywood, y quedó en tercera posición, por delante del candidato liberal. Por suerte, esa fue su última aparición destacada a nivel nacional.

Mea culpa, pensó el vendedor de la butaca roja. *Mea maxima culpa*. En la verdadera historia de su época de colegial, hubo siempre mucha soledad y algo de tristeza. Pero también estuvo ese borrón en su personalidad, ese delito del que no quedó constancia ni tuvo expiación.

En su segundo día en Cambridge acudió a una reunión de nuevos alumnos en el King's College Hall y contempló por vez primera la magnífica cúpula brunelleschiana de la cabeza de Noel Annan. Lord Annan, rector del King's College, la sonora catedral de hombre a quien pertenecía dicha cúpula, estaba plantado ante él en todo su esplendor de mirada fría y labios carnosos. «Estáis aquí -dijo Annan a los alumnos de primero allí congregados- por tres razones: ¡Intelecto! ¡Intelecto! ¡Intelecto!» Uno, dos, tres dedos aguijonearon el aire mientras enumeraba las tres razones. Más adelante en su discurso llegó incluso a superar esa perspicaz revelación. «La parte más importante de vuestra educación aquí no tendrá lugar en las aulas ni en las bibliotecas ni en las tutorías -entonó-. Se producirá cuando estéis sentados en la habitación de un compañero, de noche, fecundándoos mutuamente.»

Se había marchado de casa en medio de una guerra, el absurdo conflicto indo-paquistaní de septiembre de 1965. La eterna manzana de la discordia, Cachemira, había desencadenado una guerra de cinco semanas en la que murieron casi siete mil soldados, y al final la India se había adueñado de mil ochocientos kilómetros cuadrados más de territorio paquistaní en tanto que Pakistán se había hecho con quinientos kilómetros cuadrados de tierras indias, y en definitiva no se había conseguido nada, menos que nada. (En *Hijos de la medianoche*, esta sería la guerra en la que pereció la mayor parte de la familia de Saleem a causa de los bombardeos.) Había pasado unos días con unos parientes lejanos en Londres, en una habitación sin ventanas. Era imposible ponerse en contacto con su familia por teléfono, y los telegramas enviados desde la India, le dijeron, tardaban tres semanas en llegar. No tenía manera de saber cómo estaban todos. Lo único que podía hacer era coger el tren rumbo a Cambridge, y conservar la esperanza. Llegó al Market Hostel del King's College bajo de ánimo, estado agravado por el temor a que los años de universidad fuesen una repetición de los años, en general desventurados, de Rugby. Había suplicado a su padre que no lo mandara a Cambridge, pese a haberse ganado ya la plaza. No deseaba volver a Inglaterra, dijo, para pasar más años de su vida entre aquella gente fría y antipática. ¿No podía quedarse en la India e ir a la universidad entre criaturas de sangre caliente? Pero Anis, él mismo antiguo alumno del King's College, lo convenció de que fuese. Y luego le dijo que debía cambiar de carrera. Era inútil malgastar tres años cursando historia. Debía decir a la universidad que quería pasarse a económicas. Incluso expresó una amenaza: si no obedecía, Anis no pagaría la matrícula.

Bajo el peso de sus tres temores -los antipáticos jóvenes ingleses, la economía y la guerra-, el primer día de curso en el King's College descubrió que no podía levantarse de la cama. El cuerpo le pesaba más que de costumbre, como si la propia gravedad intentara retenerlo. Abatido, hizo caso omiso de las llamadas a la puerta de su habitación, decorada más o menos al estilo escandinavo moderno. (Fue el año que salió a la luz *Rubber Soul* de los Beatles, y se pasaba buena parte del tiempo tarareando el tema «Norwegian

Wood».) Pero a media tarde un aporreo especialmente insistente lo obligó a levantarse de la cama. En la puerta, con una amplia sonrisa de ex alumno de Eton y un cabello rubio ondulado a lo Rupert Brooke, estaba la figura alta e implacablemente cordial de «Jan Pilkington-Miksa... verás, soy de familia polaca», el ángel de la hospitalidad a las puertas del futuro, que lo arrastró hacia su nueva vida en una ola de bulliciosa afabilidad.

Jan Pilkington-Miksa, la viva imagen platónica del alumno de colegio privado inglés, ofrecía el mismo aspecto que todas las criaturas de Rugby que le habían hecho la vida tan desagradable, pero era el más encantador de los muchachos, y parecía enviado como señal de que esta vez las cosas serían distintas. Y lo fueron; Cambridge curó en gran medida las heridas que Rugby había abierto en él y le demostró que existían otras Inglaterras más atractivas donde habitar en las que podía sentirse fácilmente como en casa.

Con eso quedó zanjado el primer temor. En cuanto a la economía, fue rescatado por un segundo ángel de la hospitalidad, el director de estudios, el doctor John Broadbent, un profesor de literatura tan extraordinariamente «genial» que bien podría haber sido (aunque no lo era) uno de los modelos para el superenrollado y ultrapermisivo doctor Howard Kirk, el héroe de la novela *El dueño de la historia* de Malcolm Bradbury. Cuando él, taciturno, le comentó al doctor Broadbent que en principio debía cambiar de carrera porque su padre insistía en ello, el director de estudios preguntó: «¿Y *tú* qué quieres hacer?». Bueno, obviamente no quería estudiar económicas; tenía una beca para historia y quería estudiar historia. «Déjalo en mis manos», dijo el doctor Broadbent, y escribió a Anis Rushdie una carta amable pero contundente en la que declaraba que, a juicio de la universidad, el hijo de Anis, Salman, no reunía los requisitos para estudiar economía, y que si él seguía insistiendo en eso, sería mejor retirarlo de la universidad y dejarle la plaza a otro.

También el tercer temor se lo quitó de encima. Terminó la guerra en el subcontinente, y todos sus seres queridos estaban sanos y salvos. Se inició así su vida universitaria.

Hizo lo habitual en tales circunstancias: entabló amistades, perdió la virginidad, aprendió a jugar al misterioso juego de las cerillas que aparecía en *L'année dernière à Marienbad*, jugó un melancólico partido de cróquet con E. M. Forster el día que murió Evelyn Waugh, comprendió lentamente el significado de la palabra «Vietnam», empezó a ser menos conservador, y fue admitido en Footlights, la compañía teatral amateur de Cambridge, se convirtió en una lámpara menor de ese deslumbrante grupo de iluminados - Clive James, Rob Buckman, Germaine Greery vio a Germaine en su número de la Monja Stripper, despojándose de su hábito de hermana a fuerza de vaivenes y contoneos para revelar un traje completo de hombre rana, en el pequeño escenario de la compañía en Petty Cury, debajo de la oficina de los Guardias Rojos chinos, donde se vendía el Libro Rojo de Mao. También esnifó, vio a un amigo morir a causa de un mal ácido en la habitación de

enfrente, vio a otro padecer daños cerebrales inducidos por las drogas, y conoció la música de Captain Beefheart y la Velvet Underground por mediación de un tercer amigo que murió poco después de su licenciatura; disfrutó de las minifaldas y las blusas transparentes; escribió durante una breve etapa para el periódico universitario *Varsity*, hasta que este decidió que no necesitaba sus servicios; actuó en obras de Brecht, Ionesco y Ben Jonson; y se coló en la fiesta de fin de curso del Trinity con el futuro crítico de arte del *Times* de Londres para escuchar a Françoise Hardy cantar el himno sobre la angustia de una joven sin amor, «Tous les garçons et les filles».

En su vida posterior habló a menudo de la felicidad de sus años en Cambridge, y llegó al acuerdo consigo mismo de olvidar las horas de atroz soledad cuando se quedaba solo en una habitación y lloraba, pese a que tenía frente a su ventana la capilla del King's College, de radiante belleza (eso fue en su último curso, cuando vivía en la planta baja de la escalera S en el propio college, en una habitación con vistas donde las hubiera: la capilla, el jardín, el río, las bateas... un cliché de la buena vida). Ese último año había vuelto de las vacaciones bajo de ánimo. Era a finales del verano de 1967, el Verano del Amor, cuando, si uno viajaba a San Francisco, debía prenderse flores en el pelo. Él, por desgracia, se quedó en Londres sin nadie a quien amar. Por puro azar se encontró en el meollo mismo de la «movida», por usar la jerga de la época, alojado en una habitación alquilada encima de la boutique más en la onda de todas, Granny Takes a Trip, en el tramo de King's Road conocido como World's End. Cynthia, la mujer de John Lennon, se vestía allí.

Se rumoreaba que el mismísimo Mick Jagger se vestía allí. También en ese entorno había una educación que adquirir. Aprendió a no decir «guapo» o «enrollado». En Granny's decías «precioso» para expresar una aprobación moderada, y cuando querías calificar algo de precioso, decías «muy bonito». Se acostumbró a asentir mucho con la cabeza, sabiamente. En la búsqueda de todo aquello que estuviera en la onda, le fue útil ser indio. «India, tío -decía la gente-. Lejísimos.» «Sí -decía él, asintiendo-. Sí.» «El maharishi, tío -decía la gente-. Precioso.» «Ravi Shankar, tío», contestaba él. Llegados a este punto, la gente por lo general se quedaba sin indios de que hablar y todos se limitaban a seguir asintiendo, beatíficamente. «Pues sí, sí -decían todos-. Sí.»

Aprendió una lección aún más profunda de la chica que atendía la tienda, una presencia etérea sentada allí dentro en elegante penumbra, en aquel espacio con aroma a aceite de pachuli y música de sitar donde, al cabo de un rato, percibía un débil resplandor morado en el que distinguía unas cuantas siluetas inmóviles. Probablemente eran prendas de ropa, probablemente a la venta. No le gustaba preguntar. Granny's lo intimidaba. Pero un día se armó de valor y bajó a presentarse. «Hola, vivo en el piso de arriba, soy Salman.» La chica de la tienda se acercó para que pudiese ver el desprecio en su cara. Luego, despacio, elegantemente, se encogió de hombros.

«La conversación se ha acabado, tío», dijo.

Por King's Road paseaban las chicas más preciosas del mundo,

absurdamente escasas de ropa, risueñas, acompañadas de figurones también absurdamente peripuestos, con levitas de cuello alto y camisas con chorreras y pantalones de terciopelo acampanados y arrugados y botas de piel de serpiente de imitación, igualmente risueños. Daba la impresión de que él era el único que no sabía lo que era ser feliz.

A la provecta edad de veinte años, regresó a Cambridge con la sensación de que el tren de la vida se le escapaba. (También otros andaban con la depre del último curso. Incluso Jan Pilkington-Miksa, invariablemente alegre, presentaba un hondo abatimiento; aunque por suerte sí se recuperó lo suficiente para anunciar que había decidido ser director de cine y tenía previsto marcharse al sur de Francia en cuanto terminase en Cambridge, «porque -dijo como quien no quiere la cosa- seguramente allí necesitan directores de cine».) Buscó refugio en el trabajo, como había hecho en Rugby. *El intelecto del hombre se ve obligado a escoger / entre la perfección de la vida y la del trabajo*, dijo Yeats, y como para él la vida perfecta era inasequible, más le valía volcarse en el trabajo.

Ese fue el año que descubrió los versos satánicos. En los exámenes finales de historia debía elegir tres «materias especiales» entre una amplia selección y concentrarse en ellas. Escogió la historia de la India durante el período de la lucha por la independencia contra el Reino Unido, desde la rebelión de 1857 hasta el día de la Independencia en agosto de 1947; el extraordinario primer siglo poco más o menos de la historia de Estados Unidos, 1776-1877, desde la Declaración de Independencia hasta el final de la etapa conocida como Reconstrucción, posterior a la guerra de Secesión; y una tercera materia, ofrecida ese año por primera vez, que se titulaba «Mahoma, el surgimiento del islam y los inicios del califato». En 1967 eran pocos los estudiantes de historia en Cambridge interesados en el Profeta del islam, tan pocos, a decir verdad, que el profesor designado para ese curso suspendió las clases propuestas y declinó supervisar a los escasos estudiantes que habían elegido esa asignatura. Esa era una manera de decir que la materia ya no era una opción disponible, y debía escogerse otra. En efecto, los demás alumnos renunciaron a centrarse en el estudio de Mahoma y buscaron otra cosa. Él, en cambio, sintió brotar dentro de sí una antigua obstinación. Si la materia se ofrecía, no podía eliminarse mientras hubiese un solo estudiante que deseara cursarla; esa era la norma. Y él quería cursarla. Era digno hijo de su padre, irreligioso, pero sentía fascinación por los dioses y los profetas. Era asimismo producto, al menos en parte, de la arraigada cultura musulmana del sur de Asia, heredero de los tesoros artísticos, literarios y arquitectónicos de los mogoles y sus predecesores. Tenía la firme determinación de estudiar esa materia. Lo único que necesitaba era un historiador dispuesto a supervisarlo.

De los tres grandes historiadores pertenecientes al claustro en aquella época, Christopher Morris era el que contaba con mayor cantidad de material publicado y un prestigio más afianzado, especialista en el pensamiento político del período Tudor, la historia eclesiástica y la Ilustración, en tanto que

John Saltmarsh era uno de los más extraordinarios excéntricos de la universidad, con su pelo blanco alborotado, patillas en forma de hacha, calzoncillos largos asomando bajo el dobladillo por encima de los pies calzados en unas sandalias, experto sin parangón en la historia del college y la capilla y, más ampliamente, en la historia local de la región, a quien a menudo se veía de excursión por los caminos campestres de las inmediaciones de Cambridge con una mochila a hombros. Tanto Morris como Saltmarsh fueron discípulos de sir John Clapham, el erudito que estableció la historia económica como un campo de estudio serio, y ambos coincidían en que el tercer miembro de esa trinidad de historiadores del King's College, Arthur Hibbert, un medievalista, era el más brillante de todos, un genio que, según la leyenda universitaria, en sus propios exámenes finales de historia había contestado las preguntas de las que sabía menos para poder completar las respuestas en el tiempo asignado. Hibbert, se decidió, era la persona más apta para ocuparse del asunto que los atañía; y él accedió sin rechistar. «No soy un especialista en esa área -dijo, modestamente-, pero sé un poco, así que, si me aceptas como supervisor, estaré encantado de supervisarte.»

Este ofrecimiento fue aceptado con suma gratitud por el obstinado alumno mientras tomaba una copa de jerez allí de pie en su estudio. Fue así como se llegó a una insólita situación. La materia especial sobre Mahoma, el surgimiento del islam y los inicios del califato no se había ofrecido antes; y ese año académico, 1967-1968, solo la cursó ese testarudo alumno; y al año siguiente, dado el escaso interés demostrado, no volvió a ofrecerse. Para ese único alumno, la asignatura fue la visión de su padre hecha realidad. Estudió la vida del Profeta y el nacimiento de la religión como acontecimientos en el marco de la historia, analíticamente, con criterio, como es debido. Podría haberse concebido expresamente para él.

Al principio de su trabajo juntos, Arthur Hibbert le dio un consejo que nunca olvidaría. «No debes escribir sobre historia -dijo Hibbert- hasta que oigas hablar a la gente.» Él meditó en torno a eso durante años y al final se le antojó un valioso principio rector también para la narrativa. Si uno no percibía cómo hablaba la gente, no la conocía lo suficiente, y por tanto no podía -no *debía*- contar sus circunstancias. La manera de hablar de las personas, con frases lacónicas y secas o con largos y fluidos circunloquios, revelaba mucho sobre ellas: su lugar de origen, su clase social, su temperamento, si eran tranquilas o irascibles, afectuosas o frías, deslenguadas o bienhabladas, educadas o groseras; y debajo de su temperamento, su verdadera naturaleza, intelectuales o toscos, francos o retorcidos, y sí, buenos o malos. Aun cuando solo hubiese aprendido eso de Arthur, ya habría bastado. Pero recibió de él mucho más. Aprendió todo un mundo. Y en ese mundo nacía una de las grandes religiones.

Eran nómadas que justo entonces empezaban a establecerse. Sus ciudades eran nuevas. La Meca tenía una antigüedad de solo unas cuantas

generaciones. Yatrib, llamada más tarde Medina, era un grupo de campamentos en torno a un oasis sin siquiera una muralla digna. Aún no se sentían cómodos en sus nuevas vidas urbanizadas, y los cambios disgustaron a muchos.

Una sociedad nómada era una sociedad conservadora, con un sinfín de reglas, donde se valoraba más el bienestar del grupo que la libertad individual, pero también era inclusiva. El mundo nómada había sido un matriarcado. Bajo la égida de sus clanes familiares, incluso los niños huérfanos encontraban protección, y una sensación de identidad y arraigo. Ahora todo eso estaba cambiando. La ciudad era un patriarcado y su unidad familiar preferida era nuclear. La población privada de derechos era cada día más numerosa, y mayor era también su descontento. Pero La Meca era una ciudad próspera, y eso era lo que querían los patriarcas. Ahora la sucesión era de padres a hijos varones. También era así como lo preferían las familias dominantes.

A las puertas de la ciudad se erigieron templos a tres diosas, al-Lat, al-Manat y al-Uzza. Diosas aladas, como aves ensalzadas. Cada vez que las caravanas de comerciantes a las que La Meca debía su riqueza salían por las puertas de la ciudad, o las cruzaban a su regreso, se detenían ante uno de los templos y dejaban una ofrenda. O, para usar una terminología moderna, pagaban un tributo. Las familias más acaudaladas de La Meca controlaban los templos y gran parte de su riqueza procedía de dichas «ofrendas». Las diosas aladas eran el núcleo de la economía de la nueva ciudad, de la civilización urbana que empezaba a cobrar existencia.

En el edificio conocido como el Cubo o Ka'aba en el centro de la ciudad había ídolos de cientos de dioses. Una de esas estatuas, no la más popular ni remotamente, representaba a la deidad al-Lah, que significaba *el dios*, tal como al-Lat era *la diosa*. Lo que al-Lah tenía de raro era que no estaba especializado, no era un dios de la lluvia o un dios de la riqueza o un dios de la guerra o un dios del amor; era solo, indistintamente, un dios de todo. Puede que esta falta de especialización explicase su relativa impopularidad. La gente que realizaba ofrendas a los dioses normalmente lo hacía por razones concretas, la salud de un hijo, el futuro de una empresa mercantil, una sequía, una disputa, un idilio. Preferían dioses expertos en lo suyo a esta deidad indeterminada apta para todo. No obstante, al-Lah estaba a punto de alcanzar mayor popularidad de la que había tenido jamás una deidad pagana.

El hombre que arrancaría a al-Lah del casi anonimato y se convertiría en su Profeta, transformándolo en el igual, o al menos el equivalente, del dios *Yo Soy* del Antiguo Testamento y el Tres Personas en Una del Nuevo Testamento, fue Muhammad ibn Abdullah, Mahoma, de la familia de los Banu Hashim (la cual, durante la infancia de aquel, había conocido tiempos difíciles), un huérfano que vivía en casa de su tío. En la adolescencia empezó a acompañar a ese tío, Abu Talib, en sus viajes comerciales a Siria. Casi con toda seguridad en esos viajes se encontró con sus primeros cristianos, adeptos de la secta nestoriana, y oyó sus relatos, muchos de los cuales adaptaban

relatos del Antiguo y el Nuevo Testamento para acomodarlos a las circunstancias locales. Según los nestorianos, por ejemplo, Jesucristo nació en un oasis, bajo una palmera. Más adelante, en el Corán, el arcángel Gabriel reveló a Mahoma la sura conocida como «Maryam», María, en la que Jesús nace bajo una palmera, en un oasis.

Al crecer, Mahoma desarrolló cierta fama de mercader hábil y hombre honrado, y gracias a eso, a los veinticinco años, recibió una propuesta de matrimonio de una mujer mayor y más adinerada, Jadiya, y durante los quince años siguientes conoció la prosperidad en los negocios y la felicidad en el matrimonio. Aun así, era a todas luces un hombre que necesitaba la soledad, y durante muchos años se retiraba cada tanto a una cueva del monte Hira y allí pasaba varias semanas seguidas. Cumplidos ya los cuarenta años, el ángel Gabriel irrumpió en su soledad y le ordenó que recitase. Como es natural, él pensó de inmediato que había perdido el juicio y huyó. Solo volvió allí para oír lo que el ángel tenía que decir cuando su mujer y sus amigos más cercanos lo convencieron de que quizá mereciera la pena hacer otra visita a la montaña, por si acaso; de que probablemente no era mala idea comprobar si de verdad Dios trataba de ponerse en contacto.

Era fácil admirar gran parte de lo que sucedió después cuando el mercader se transformó en Mensajero de Dios; fácil solidarizarse con él en su persecución y final huida a Medina, y reverenciar su rápida evolución en la comunidad del oasis de Yatrib hasta convertirse en respetado legislador, competente gobernante y hábil caudillo militar. Era fácil, asimismo, ver que el mundo en el que se reveló el Corán y los acontecimientos en la vida del Mensajero ejercieron una influencia directa en la revelación. Cuando los musulmanes morían en combate, el ángel de inmediato instaba a sus hermanos a contraer matrimonio con las viudas, para que las mujeres afligidas no escaparan a la fe volviendo a casarse fuera de ella. Cuando corrieron rumores de que Aisha, la amada del Profeta, se comportó indebidamente al perderse en el desierto con Safwan ibn Marwan, el ángel del Señor descendió con cierta precipitación para declarar que no, que, en opinión de Dios, la virtuosa dama no había tonteado con nadie. Y de un modo más general era evidente que el ethos del Corán, el sistema de valores que fomentaba, era en esencia el código en extinción de los árabes nómadas, la sociedad matriarcal, más humanitaria, que no dejaba a los huérfanos de lado; huérfanos como, por ejemplo, el propio Mahoma, cuyo éxito como mercader, según creía él, lo autorizaba a tener un lugar en el organismo de gobierno de la ciudad, y a quien se había negado el acceso a ese rango porque carecía de una familia poderosa que luchase por él.

He aquí una paradoja fascinante: que una teología esencialmente conservadora, que volvía la vista atrás con afecto hacia una cultura casi desaparecida, se convirtiese en una idea revolucionaria, porque aquellos a quienes más atraía eran los que habían quedado marginados en el proceso de urbanización: los pobres desafectos, la plebe callejera. Quizá por esto el islam, la nueva idea, se le antojó tan amenazadora a la élite de La Meca; por esto

inició una persecución tan virulenta; y por esto tal vez -solo tal vez- ofreció a su fundador un atractivo acuerdo, concebido a modo de soborno.

Los documentos históricos son incompletos, pero la mayoría de las principales recopilaciones de hadices o tradiciones sobre la vida del Profeta -aquellos recogidos por Ibn Ishaq, Waqidi, Ibn Sa'd, Bujari y Tabari- narran un incidente que más tarde se conoció como el incidente de los versos satánicos. El Profeta bajó de la montaña un día y recitó la sura (número 53) titulada *An-Najm*, la Estrella. Contenía estas palabras: «¿Habéis considerado, pues, alguna vez qué es lo que adoráis en al-Lat y al-Uzza, y en al-Manat, la tercera y última de esta triada? Ellas son las aves ensalzadas, y su intercesión es muy deseable». Posteriormente -¿fue días después, o semanas, o meses?- regresó a la montaña y, al bajar, avergonzado, declaró que en su visita anterior había sido víctima de un engaño; el Diablo se le había aparecido bajo la forma del arcángel, y por consiguiente los versos que le había transmitido no eran divinos, sino satánicos, y debían eliminarse del Corán inmediatamente. En esta ocasión el ángel le había llevado unos nuevos versos de parte de Dios, que debían sustituir a los versos satánicos en el gran libro: «¿Habéis considerado, pues, alguna vez qué es lo que adoráis en al-Lat y al-Uzza, y en al-Manat, la tercera y última de esta triada? ¡Cómo! ¿Para vosotros escogeríais solo varones, mientras que a Él le asignáis hembras? ¡Pues sí que es injusto ese reparto! Estos supuestos seres divinos no son sino nombres vacíos que habéis inventado -vosotros y vuestros antepasados- y para los cuales Dios nunca ha hecho descender autorización». Y de este modo se depuró de la Recitación la obra del Diablo. Pero ciertas dudas perduraron: ¿Por qué Mahoma aceptó inicialmente la primera revelación «falsa» como buena? ¿Y qué ocurrió en La Meca durante el período entre las dos revelaciones, la satánica y la angélica?

Esto es lo que sí se sabe: Mahoma quería ser aceptado por la población de La Meca. «Ansiaba -escribió Ibn Ishaq- encontrar la manera de atraerlos.» Y cuando la gente se enteró de que había aceptado a las tres diosas aladas, la noticia recibió una excelente acogida. «Quedaron contentos y muy complacidos por cómo habló él de sus diosas -escribió Ibn Ishaq-: "Mahoma ha hablado de nuestras diosas espléndidamente".» Y Bujari informó: «El Profeta [...] se postró mientras recitaba *An-Najm*, y con él se postraron los musulmanes, los paganos, los seres invisibles y la humanidad entera».

¿Por qué, pues, se retractó el Profeta más tarde? Los historiadores occidentales (el escocés W. Montgomery Watt, especialista en el islam, el marxista francés Maxime Rodinson) propusieron una lectura del episodio basada en la motivación política. Los templos de las tres diosas aladas tenían gran importancia económica para la élite dirigente de la ciudad, una élite de la que se excluía a Mahoma, injustamente, en opinión de él. Por tanto, el «acuerdo» que se le ofreció planteaba algo así: si Mahoma, o el arcángel Gabriel o Alá admitían que las diosas aves podían ser veneradas por los seguidores del islam -no como las iguales de Alá, eso no, sino como seres

menores, secundarios, como, por ejemplo, ángeles, y ya había ángeles en el islam, así que ¿qué tenía de malo añadir tres más que casualmente eran ya figuras populares y lucrativas en La Meca?-, la persecución de musulmanes cesaría, y se concedería al propio Mahoma un puesto en el gobierno de la ciudad. Y fue quizá a esta tentación a la que el Profeta cedió brevemente.

¿Qué pasó después? ¿Incumplieron el acuerdo los grandes de la ciudad, al llegar a la conclusión de que Mahoma, tras ese coqueteo con el politeísmo, se había labrado su propia ruina ante sus seguidores? ¿Se negaron los seguidores a aceptar a las diosas? ¿Se arrepintió el propio Mahoma de haber sembrado dudas acerca de sus ideas al sucumbir al canto de sirena de la aceptabilidad? Era imposible saberlo con certeza. La imaginación tuvo que llenar las lagunas en la documentación. No obstante, el Corán decía que todos los profetas tenían que someterse a la prueba de la tentación. «Pero siempre que mandamos ante ti a un enviado o a un profeta, y este concebía esperanzas de que sus advertencias serían escuchadas, Satán ponía en entredicho sus propósitos reales», rezaba la sura 22. Y si el incidente de los versos satánicos fue la Tentación de Mahoma, debía reconocerse que salió bastante airoso. Admitió que había sido tentado y además rechazó la tentación. Tabari cita palabras textuales suyas: «Yo he inventado cosas en contra de Dios y le he atribuido palabras que Él no ha pronunciado». Después de eso el monoteísmo del islam, superada la prueba del caldero, permaneció inquebrantable y fuerte, pese a la persecución, el exilio y la guerra, y al cabo de no mucho tiempo el Profeta se había impuesto a sus enemigos y la nueva fe se extendía como un fuego devastador por todo el mundo.

«*¿Para vosotros escogeríais solo varones, mientras que a Él le asignáis hembras? ¡Pues sí que es injusto ese reparto!*»

El significado de los versos «verdaderos», angélicos o divinos, era claro: era la femineidad de las diosas aladas -las «aves ensalzadas»- lo que las hacía inferiores y fraudulentas y demostraba que no podían ser hijas de Dios, como lo eran los ángeles. A veces el nacimiento de una gran idea revela cosas sobre su futuro; la forma en que la novedad entra en el mundo vaticina cómo se comportará con el paso de los años. En el nacimiento de esa idea en particular, la femineidad se vio como algo que inhabilitaba para el ensalzamiento.

Buena historia, pensó al leer sobre eso. Ya por entonces soñaba con ser escritor, y archivó esa buena historia en el fondo de su mente para tenerla en cuenta en el futuro. Veinte años más tarde descubriría hasta qué punto exactamente era una buena historia.

JE SUIS MARXISTE, TENDANCE GROUCHO, decía la pintada en París aquella primavera revolucionaria. Unas semanas después de los *évènements* parisinos de mayo de 1968, y unas noches antes de su ceremonia de graduación, un gracioso anónimo, posiblemente un marxista de tendencia grouchiana, decidió, en su ausencia, redecorar su habitación burguesa y

elitista en la universidad arrojando cubos de salsa de carne con cebolla a las paredes y los muebles, por no hablar ya del tocadiscos y la ropa. Con arreglo a la ancestral tradición de equidad y justicia de la que se enorgullecían los colleges de Cambridge, el King's lo consideró al instante único responsable del desaguisado, desoyó todas sus alegaciones para desmentirlo, y lo informó de que, a menos que pagara los daños, no se le permitiría graduarse. Fue la primera vez, pero por desgracia no la última, que se veía acusado falsamente de ensuciar algo.

Pagó y, con ánimo desafiante, asistió a la ceremonia con zapatos marrones. De inmediato lo obligaron a abandonar la fila de coetáneos, todos ellos con calzado negro como era debido, y le ordenaron que se cambiara. Por alguna misteriosa razón se consideraba incorrectamente vestidos a quienes llevaban zapatos marrones, y tampoco este criterio admitía discusión. Otra vez cedió, corrió a cambiarse de zapatos y regresó a la fila justo a tiempo; finalmente, cuando le llegó el turno, tuvo que coger a un representante de la universidad por el dedo meñique y seguirlo despacio hasta el lugar donde se hallaba el vicerrector, sentado en un imponente trono. Se arrodilló a los pies del viejo y alzó las manos, con las palmas juntas, en actitud de súplica, y rogó en latín que le entregaran el título, por el que, no pudo menos de pensar, había trabajado con ahínco durante tres años, mantenido por su familia, que había corrido con unos gastos considerables. Le habían recomendado que levantase las manos por encima de la cabeza, por si el anciano vicerrector, al inclinarse para cogérselas, perdía el equilibrio y caía sobre él desde la gran butaca.

Al rememorar esos incidentes, siempre lo horrorizaba el recuerdo de su pasividad, por difícil que sea concebir qué otra cosa podría haber hecho. Podría haberse negado a pagar los daños causados por la salsa, podría haberse negado a cambiarse de zapatos, podría haberse negado a hincar las rodillas para suplicar que le dieran el título. Había preferido rendirse y obtener la licenciatura. El recuerdo de esa rendición lo indujo a ser más obstinado, menos propenso a la contemporización, a las actitudes acomodaticias ante la injusticia, por convincentes que fueran las razones. En adelante la injusticia siempre le traería esa salsa de carne a la memoria. La injusticia era un líquido marrón, grumoso y medio cuajado, y despedía un penetrante olor a cebolla con el que a uno se le saltaban las lágrimas. La arbitrariedad era la sensación de volver corriendo a la propia habitación, en el último momento, para cambiarse los proscritos zapatos marrones. Era el hecho de verse obligado a rogar, de rodillas, en una lengua muerta, para recibir aquello que era legítimamente suyo.

Muchos años después contó esta anécdota en una ceremonia de graduación del Bard College. «Este es el mensaje que he inferido de las parábolas del Terrorista de la Salsa Desconocido, el Calzado Prohibido y el Vicerrector Inestable en Su Trono, y que os transmito a vosotros hoy -dijo a la promoción de 1996 una tarde soleada en Annandale-on-Hudson, Nueva York-. En primer lugar, si algún día, en vuestro paso por la vida, se os acusa de lo que

podríamos llamar Delito de Ensalsamiento con Alevosía (y os ocurrirá, os ocurrirá), y si en realidad sois inocentes del alevoso ensalsamiento, no carguéis con el mochuelo. En segundo lugar: aquellos que os rechazan por calzar los zapatos indebidos no son dignos de vuestra aceptación. Y en tercer lugar: no os arrodilléis ante nadie. Alzaos por vuestros derechos.» Los miembros de la promoción del 96 se levantaron de un brinco para ir a por sus diplomas, algunos descalzos, algunos con flores en el pelo, jaleándose, con los puños en alto, bailoteando, desinhibidos. ¡*Así me gusta*!, pensó. Fue un acto lo más alejado posible de la formalidad de Cambridge, y mejor así.

Sus padres no fueron a la ceremonia de graduación. Su padre adujo que no podía permitirse el gasto de los billetes de avión. No era verdad.

Hubo novelistas entre sus contemporáneos -Martin Amis, Ian McEwan- cuyas carreras alzaron el vuelo casi nada más salir del cascarón, por así decirlo, y se elevaron en el cielo como aves ensalzadas. En el caso de él, sus esperanzas iniciales no se vieron realizadas. Vivió por un tiempo en un desván de Acfold Road, a un paso de Wandsworth Bridge Road, en una casa que compartía con su hermana Sameen y tres amigos de Cambridge. Cuando subía, retiraba la escalera de mano, cerraba la trampilla y se quedaba solo en un mundo triangular de madera, fingiendo escribir. No tenía la menor idea de lo que hacía. Durante mucho tiempo no cobró forma ningún libro. En esos primeros días, su confusión -que, como después descubrió, era una confusión de identidad, una perplejidad ante aquello en lo que se había convertido tras verse desarraigado de Bombay- tuvo un efecto perjudicial en su personalidad. A menudo estaba de mal genio, a menudo se enzarzaba en acaloradas discusiones por nimiedades. Vivía atenazado por la tensión, y disimular su miedo le representaba un gran esfuerzo. Todos sus intentos se torcían. Para evadirse de la inutilidad del desván, se incorporó a grupos de teatro alternativo -«Sidewalk», «Zatch»- en el Oval House de Kennington. Se puso un vestido negro largo y una peluca rubia y conservó su propio bigote para interpretar el papel de responsable de un consultorio sentimental en una obra de otro licenciado de Cambridge, Dusty Hughes. Formó parte del reparto de un reestreno británico de *Viet Rock*, un musical protesta anti-Vietnam creado en Nueva York por el grupo La MaMa. Estas actuaciones no fueron en absoluto transcendentales, y para agravar las cosas, no tenía un céntimo. Un año después de acabar sus estudios en Cambridge, estaba en el paro. «¿Qué voy a decir a mis amigos?», había exclamado Anis Rushdie cuando él le anunció sus aspiraciones literarias, y el hijo de Anis, mientras estaba en la cola del paro, empezó a entender la postura de su padre. En la casa de Acfold Road abundaba el sufrimiento juvenil. Sameen tuvo un fracaso amoroso con uno de los compañeros universitarios de él, Stephen Brandon, y cuando la relación se fue a pique, ella abandonó la casa y volvió a la India. Entonces se instaló allí una joven llamada Fiona Arden, y una noche él la encontró semiinconsciente al pie de la escalera tras ingerir un frasco entero de

somníferos. La muchacha lo agarró de la muñeca y se negó a soltarlo, así que él la acompañó en la ambulancia al hospital, donde le practicaron un lavado de estómago y le salvaron la vida. Después de eso él se marchó de aquel desván y vivió en Chelsea y Earls Court, yendo de piso compartido en piso compartido. Al cabo de cuarenta años volvió a tener noticias de Fiona. Era una baronesa con escaño en la Cámara de los Lores y se había encumbrado en el mundo de los negocios. A menudo la juventud era una etapa desdichada y la lucha por llegar a ser uno mismo causaba estragos en los jóvenes, pero a veces, después de esa lucha, venían días mejores.

No mucho después de irse de Acfold Road, un chico trastornado del barrio pegó fuego a la casa.

Dusty Hughes consiguió un empleo de redactor en la delegación de Berkeley Square de la agencia publicitaria J. Walter Thompson. De pronto disfrutaba de un holgado salario y creaba anuncios de champú con hermosas modelos rubias. «Deberías dedicarte a esto -le aconsejó Dusty-. Es fácil.» Se presentó a la «prueba de redacción», realizada en condiciones de examen en las oficinas de la agencia: escribió un anuncio para las chocolatinas After Eight y un eslogan para fomentar el uso del cinturón de seguridad en los coches con la melodía de «No Particular Place to Go» de Chuck Berry, e intentó contar a un visitante de Marte con menos de cien palabras qué era el pan y cómo preparar una tostada. Y no aprobó. En opinión de la poderosa JWT, no reunía condiciones para triunfar como escritor. Finalmente encontró empleo en una agencia más pequeña, menos distinguida, que se llamaba Sharp MacManus y estaba en Albemarle Street, y así empezó su vida laboral. En su primer día le pidieron que escribiera, para una revista distribuidora de cupones de descuento, un anuncio navideño ofreciendo puros presentados en un envoltorio en forma de petardo rojo. Tenía la mente en blanco. Al final, el amable «director creativo», Oliver Knox, que más tarde se convirtió en aclamado novelista, se inclinó sobre su hombro y susurró: «Cinco ideas explosivas de *Players* para que esta Navidad sea la bomba». *Vaya*, pensó él, sintiéndose como un tonto, *así que ese es el método*.

Compartió despacho con una gran belleza morena, Fay Coventry, que salía con Tom Maschler, el editor de Jonathan Cape. Todos los lunes ella le hablaba de sus fines de semana con los divertidos amigos de él, «Arnold» (Wesker) y «Harold» (Pinter) y «John» (Fowles). ¡Qué anécdotas tan amenas le contaba! ¡Qué bien se lo pasaban todos! Envidia, resentimiento, anhelos y desesperación se agolpaban en el corazón del joven redactor publicitario. Allí estaba el mundo de la literatura, tan cerca y a la vez tan espantosamente lejos. Cuando Fay dejó el empleo para casarse con Maschler y, más tarde, convertirse en respetada crítica gastronómica, para él fue casi un alivio que el mundo literario, del que ella le había ofrecido tan cautivadoras estampas, volviera a alejarse.

Había terminado sus estudios universitarios en junio de 1968. *Hijos de la medianoche* salió a la luz en abril de 1981. Necesitó casi trece años solo para

empezar. Durante ese tiempo escribió insoportables cantidades de basura. Hubo una novela, *El libro del pir*, que tal vez habría sido buena si hubiese sabido escribirla. Ambientada en un país como Pakistán, era la historia de un santón, un *pir*, que, manipulado por otros tres hombres, un caudillo militar, un dirigente político y un capitalista, encabezaba un golpe de Estado después del cual, creían ellos, él sería la figura decorativa mientras ellos ejercían el poder. Pero él, como se vio, era más apto e implacable que quienes lo habían respaldado, y estos comprendieron que habían dado rienda suelta a un monstruo que eran incapaces de controlar. Eso ocurrió muchos años antes de que el ayatolá Jomeini devorase la revolución de la que teóricamente era una figura decorativa. Si esa novela se hubiese escrito con sencillez, a modo de *thriller* político, habría servido; en cambio, narraban la historia varios personajes distintos por medio de un «monólogo interior», y era más bien incomprensible. No le gustó a nadie. No se habría publicado ni por asomo. Nació muerta.

Aún vendrían cosas mucho peores. La BBC anunció un concurso para seleccionar a un nuevo dramaturgo televisivo, y él presentó una obra en la que los dos ladrones crucificados con Jesucristo hablan entre sí antes de que el gran hombre llegue al Gólgota, a la manera de los vagabundos Didi y Gogo de Beckett. La obra se tituló (naturalmente) *Palabras cruzadas*. Era rematadamente estúpida. No ganó el concurso. A eso siguió otro texto con extensión de novela, *El antagonista*, tan malo, en una especie de emulación sub-Pynchon, que no se lo enseñó a nadie. La publicidad le permitía ir tirando. No se atrevía a presentarse como novelista. Era un redactor publicitario que, como todos los redactores publicitarios, soñaba con ser escritor «de verdad». Él sabía, no obstante, que «de verdad» aún no lo era.

Era curioso que una persona tan declaradamente irreligiosa se empeñara tanto en escribir sobre la fe. La fe lo había abandonado pero el tema persistía, siempre corroyendo su imaginación. Las estructuras y metáforas de la religión (el hinduismo y el cristianismo en igual medida que el islam) configuraron su mente irreligiosa, y el interés de estas religiones por las grandes preguntas de la existencia -¿De dónde venimos? Y ahora que estamos aquí, ¿cómo vivimos?- era también el suyo, si bien las conclusiones a las que él llegó no requerían el aval de un árbitro divino, ni desde luego el beneplácito y la aprobación de una clase sacerdotal terrena. Su primera novela publicada, *Grimus*, la editó Liz Calder en Victor Gollancz, antes de marcharse a Cape. Se basaba en la *Mantiq ut-Tair*, o *La conferencia de los pájaros*, un poema narrativo místico escrito por el John Bunyan del islam, el musulmán sufí Farid al Din Attar, nacido en Nishapur, en el actual Irán, cuatro años antes de la muerte del hijo más célebre de esa ciudad, Omar Khaiame. En el poema -una especie de *El progreso del peregrino*-, una abubilla guiaba a treinta aves en un viaje lleno de penalidades y revelaciones por siete valles hacia la montaña circular de Qâf, donde habita su dios, el Simurg. Cuando llegaron a la cumbre, no había allí ningún dios y se les explicó que el nombre *Simurg*, si se divide

en sus sílabas *si* y *murg*, significa «treinta aves». Una vez superadas las penalidades de la búsqueda, se habían convertido en el dios tras el que iban.

«Grimus» era un anagrama de «Simurg». En su adaptación del relato de Attar en ciencia-fantasía, un «indio americano» burdamente llamado Águila Aleteante busca la misteriosa isla del Becerro. En general, la novela recibió reseñas desfavorables, algunas de las cuales rayaban en el desprecio, y esta mala acogida lo afectó profundamente. Luchando contra la desesperación, se apresuró a escribir una narración satírica -con la extensión de una novela corta- en la que la trayectoria de la primera ministra de la India, la señora Indira Gandhi, se trasladaba al mundo de la industria cinematográfica de Bombay. (La sátira de Philip Roth sobre Richard M. Nixon, *Nuestra pandilla*, fue un modelo lejano.) Debido a su vulgaridad -en cierto punto el personaje de Indira, una poderosa estrella de cine, desarrolla el pene de su padre muerto-, el libro fue desechado tan deprisa como fue escrito. Ahí él tocó fondo.

El sexto valle por el que viajaron las treinta aves del poema de Attar era el lugar de la perplejidad, donde llegaban a sentir que no sabían ni entendían nada, se veían abocadas a la desesperanza y la aflicción. El séptimo era el valle de la muerte. El joven redactor publicitario y novelista frustrado se sentía, a mediados de los años setenta, como el ave trigesimoprimera.

La publicidad en sí, pese a su mala fama como enemigo de toda joven promesa, en conjunto le fue bien. Ahora trabajaba en una agencia más importante, Ogilvy & Mather, cuyo fundador, David Ogilvy, era quien había formulado la célebre máxima: «El consumidor no es tonto; es tu mujer». Tuvo algún que otro tropiezo, como cuando una compañía aérea de Estados Unidos no le permitió incluir azafatas negras en sus anuncios, a pesar de que las mujeres en cuestión pertenecían de hecho al personal de la aerolínea. «¿Qué diría el sindicato si se enterara?», preguntó él, y el Cliente Compañía Aérea contestó: «Bueno, usted no va a decírselo, ¿verdad?». Y en otra ocasión se negó a ocuparse de un anuncio de carne en conserva Campbell, porque procedía de Sudáfrica y el Congreso Nacional Africano había hecho un llamamiento al boicot de tales productos. Podrían haberlo despedido, pero el Cliente Carne en Conserva no insistió en ello, y no lo despidieron. En el mundillo publicitario de los años setenta no se echaba a la calle a inconformistas y bichos raros. Sí echaban, en cambio, a las tenaces hormigas obreras que se afanaban verdaderamente por conservar su empleo. Si uno actuaba como si aquello le importara un comino, llegaba tarde al trabajo y alargaba el almuerzo, acompañándolo de paso de abundante bebida, conseguía ascensos y aumentos de sueldo y los dioses sonreían ante su excentricidad creativa, al menos siempre y cuando, en términos generales, cumpliera las expectativas puestas en él.

Y casi siempre trabajó con gente que lo apreciaba y apoyaba, personas con talento, muchas de las cuales utilizaban la publicidad igual que él, como peldaño para cosas mejores, o como una fuente de dinero fácil. Hizo un

anuncio televisivo para la cinta adhesiva invisible Scotch Magic protagonizado por John Cleese, quien demostraba los méritos de un pegajoso celo que desaparecía al contacto («Y aquí lo ven, sin verlo; a diferencia del celo corriente, que, como ven, ven»), y otro para el baño de color Loving Care, un producto de la marca Clairol para disimular las canas, que dirigió Nicolas Roeg, el célebre realizador de *Performance* y *Amenaza en la sombra*. A lo largo de casi seis meses, durante el período de 1974 en que estuvo vigente la semana laboral de tres días en el Reino Unido, causada por la huelga de la minería y marcada por cortes de suministro eléctrico diarios y un gran caos en los estudios de grabación y mezclas de Wardour Street, hizo tres anuncios semanales para el *Daily Mirror*, y a pesar del sinfín de problemas todos salieron al aire a tiempo. Después de eso la realización cinematográfica ya no lo aterrorizaba. La publicidad también le dio acceso a América, llevándolo a viajar por todo Estados Unidos con el objetivo de escribir anuncios turísticos para el US Travel Service bajo el eslogan «La gran aventura americana», con fotografías del legendario Elliot Erwitt. Con el pelo largo y bigote, llegó al aeropuerto de San Francisco, donde un gran letrero rezaba UNOS MINUTOS DE MÁS EN LA ADUANA ES UN PRECIO MÍNIMO POR SALVAR A SUS HIJOS DE LA AMENAZA DE LAS DROGAS. Un caballero estadounidense de aspecto extraordinariamente retrógrado observaba dicho letrero con aprobación. De pronto, con un cambio de mentalidad absoluto y sin conciencia aparente de ninguna contradicción interna en su postura, se volvió hacia el visitante de pelo largo y bigote -que tenía toda la pinta, debe admitirse, de querer ir derecho al barrio de Haight-Ashbury, la capital mundial de la «contracultura» del sexo, las drogas y el rock and roll- y dijo: «Tío, te compadezco de verdad, porque incluso si no llevas nada encima, ellos encontrarán algo». Aun así, no le endosaron ninguna droga veladamente, y el joven redactor publicitario obtuvo acceso al reino de la magia. Y cuando por fin llegó a Nueva York, lo animaron, en su primera noche en la ciudad, a ponerse el más extraño de los uniformes, traje y corbata, para que unos amigos pudieran llevarlo a tomar una copa al bar Windows on the World, en lo alto del World Trade Center. Esa fue su primera e inolvidable imagen de la ciudad; aquellos edificios colosales que parecían decir: *Estamos aquí para siempre*.

Él, por su parte, se sentía penosamente provisional. Su vida privada con Clarissa era feliz, y eso había apaciguado un poco la tempestad que se desarrollaba dentro de él, mientras que quizá otro joven se habría sentido satisfecho por lo bien que le iba el trabajo. Pero las tribulaciones de la vida interior, sus reiterados fracasos para ser, o llegar a ser, un escritor literario aceptable, publicable, dominaban su pensamiento. Decidió dejar de lado las muchas críticas que otros habían dirigido a su obra y hacer él su propia crítica. Ya empezaba a comprender que lo que fallaba en sus textos era que fallaba algo en él mismo, que había en él algo erróneo. Si no se había convertido en el

escritor que, según creía, llevaba dentro, era porque no sabía quién era. Y lentamente, desde la ignominiosa posición que ocupaba en la literatura después de tocar fondo, empezó a entender quién podía ser esa persona.

Era un emigrante. Era uno de aquellos que habían acabado en un lugar que no era el lugar de donde partieron. La emigración despojaba al individuo de todas sus raíces tradicionales. El individuo arraigado florecía en un lugar que conocía bien, entre personas que conocía bien, siguiendo las costumbres y tradiciones con las que él y su comunidad estaban familiarizados, y hablando su propia lengua entre otros que hacían lo mismo. De esas cuatro raíces, lugar, comunidad, cultura y lengua, él había perdido tres. No tenía acceso ya a su querida Bombay; sus padres, ya en la vejez, habían vendido su casa de la infancia sin anunciarlo siquiera y se habían marchado misteriosamente a Karachi, Pakistán. La vida en Karachi no les gustó. ¿Cómo iba a gustarles? Karachi era a Bombay lo que Duluth era a Nueva York. Y los motivos que dieron para justificar su traslado no fueron muy convincentes. Como musulmanes, dijeron, en la India se sentían cada vez menos integrados. Deseaban, dijeron, encontrar buenos maridos musulmanes para sus hijas. Era asombroso. Después de toda una vida de feliz irreligión, ahora esgrimían razones religiosas. Él no se lo creyó ni por un momento. Dio por supuesto que, debido a problemas empresariales, problemas tributarios u otros problemas del mundo real, se habían visto obligados a vender la casa a la que tanto apego tenían y abandonar la ciudad que tanto querían. Allí algo olía a cuerno quemado. Había un secreto que le ocultaban. A veces él se lo echaba en cara; ellos no contestaban. No llegó a resolver el misterio. Sus padres murieron sin admitir que existía una explicación secreta. Pero no fueron más devotos en Karachi que en Bombay, así que la explicación musulmana siguió antojándosele insuficiente y falsa.

Le causaba desazón no entender por qué la vida había cambiado de forma. A menudo se sentía despojado de todo sentido, incluso absurdo. Era un chico de Bombay que había desarrollado su vida en Londres entre los ingleses, pero con frecuencia se sentía víctima de un doble desarraigo. Al menos conservaba la raíz del idioma, pero empezó a comprender lo profundamente que sentía la pérdida de las otras raíces, y lo confuso que estaba ante aquello en lo que se había convertido. En la era de la emigración, los millones de individuos emigrados del mundo se enfrentaban a problemas colosales, problemas de desamparo, hambre, desempleo, enfermedad, persecución, marginación, miedo. Él era uno de los más afortunados, pero no por eso se libraba de un gran problema: el de la autenticidad. La identidad del emigrado se convertía, inevitablemente, en algo heterogéneo, no homogéneo, algo que pertenecía a más de un sitio, algo múltiple en lugar de singular, algo que respondía a más de una manera de ser, algo más confuso que la identidad del individuo medio. ¿Era posible ser -desarrollar la aptitud de ser- no desarraigado sino múltiplemente arraigado? ¿No padecer la pérdida de las raíces sino beneficiarse de un exceso de ellas? Las distintas raíces tendrían que ser de una

fuerza igual o casi igual, y a él le preocupaba que su vínculo con la India se hubiese debilitado. Necesitaba realizar un acto de reivindicación de la identidad india que había perdido, o se sentía en peligro de perder. La identidad se componía tanto de sus orígenes como de su viaje.

Para conocer el sentido de su viaje, debía empezar de nuevo por el principio y aprender a medida que avanzaba.

Fue en ese punto de sus meditaciones cuando se acordó de «Saleem Sinai». Este proto-Saleem radicado en West London había sido un personaje secundario en *El antagonista*, su manuscrito abandonado, y lo había creado expresamente como álter ego: «Saleem» en recuerdo de su condiscípulo de Bombay Salim Merchant (y por su parecido con «Salman»), y «Sinai» por el erudito musulmán del siglo XI Ibn Sina, que derivó en «Avicena», tal como Rushdie procedía de Ibn Rushd. El Saleem de *El antagonista* era un tipo digno de desterrarse de la memoria y merecía irse camino del olvido Ladbroke Grove arriba, pero poseía una característica que de pronto parecía valiosa: había nacido a medianoche, el 14-15 de agosto de 1947, el momento de la «libertad a medianoche» en que la India se independizó de la dominación británica. Tal vez este Saleem, Saleem de Bombay, Saleem de medianoche, necesitaba su propio libro.

Él mismo había nacido exactamente ocho semanas antes del fin del Imperio. Recordaba el comentario jocoso de su padre: «Nació Salman, y a las ocho semanas los británicos salieron huyendo». La hazaña de Saleem sería aún más impresionante. Los británicos saldrían huyendo en el preciso instante de su nacimiento.

Él había nacido en la maternidad del doctor Shirodkar -el célebre ginecólogo V. N. Shirodkar, creador de la famosa «sutura de Shirodkar» o cerclaje cervical-, y ahora, en sus páginas, volvería a dar vida al doctor con un nuevo nombre. Westfield Estate, que daba a Warden Road (ahora llamada Bhulabhai Desai Road), sus villas compradas a un inglés a punto de irse, con nombres de palacios reales de Gran Bretaña, Villa Glamis, Villa Sandringham, Balmoral, y su propia casa, Villa Windsor, renacería como Methwold's Estate, y «Windsor» se convertiría en «Buckingham». Cathedral School, fundada «con el patrocinio de la Anglo-Scottish Education Society», conservaría su propio nombre, y los pequeños y grandes incidentes de su infancia -la pérdida de la punta de un dedo a causa de un portazo, la muerte de un compañero de colegio en horario escolar, Tony Brent cantando «The Clouds Will Soon Roll By», las *jam sessions* en Colaba los domingos por la mañana, y el caso Nanavati, un famoso suceso en que un prometedor oficial de la marina asesinó al amante de su mujer y disparó además contra esta, aunque sin herirla fatalmente- se incluirían también aquí, transmutados en ficción. Las puertas de la memoria se abrieron y el pasado irrumpió con fuerza. Tenía un libro que escribir.

Por un momento dio la impresión de que quizá esta sería una novela sencilla sobre la niñez, pero pronto se pusieron claramente de manifiesto las

implicaciones de la fecha de nacimiento del protagonista. Si su Saleem Sinai reimaginado y la nación recién nacida eran gemelos, el libro debía contar la evolución de ambos gemelos. La historia irrumpió en sus páginas, inmensa e íntima, creativa y destructiva, y él comprendió que antes su obra carecía también de esa dimensión. Por formación, era historiador, y el objetivo principal de la historia, que era comprender cómo las vidas individuales, las comunidades, las naciones y las clases sociales se hallaban determinadas por grandes fuerzas, y sin embargo conservaban a veces la capacidad de cambiar la dirección de esas fuerzas, debía ser también el objetivo de su narrativa. Empezó a entusiasmarse. Había encontrado un punto de intersección entre lo privado y lo público y construiría su libro sobre esa encrucijada. Lo político y lo personal ya no podían mantenerse separados. No eran ya los tiempos de Jane Austen, que escribió toda su obra durante las guerras napoleónicas sin mencionarlas, y para quien el principal papel de los militares británicos era lucir uniformes y estar guapos en las fiestas. Tampoco escribiría su libro en el frío inglés de Forster. La India no era un lugar frío. Era un lugar tórrido. Era un lugar tórrido y superpoblado y vulgar y estridente, y necesitaba un lenguaje acorde, y él procuraría dar con ese lenguaje.

Tomó conciencia de que acometía un proyecto gigantesco, a todo o nada, y que el riesgo de fracaso era mucho mayor que la posibilidad de éxito. Descubrió que eso le parecía bien. Si iba a intentar por última vez realizar su sueño, no quería que fuese con un opúsculo mediocre, conservador y seguro. Llevaría a cabo el mayor desafío artístico que se le ocurriese, y el desafío era ese, esa novela sin título, «Sinai», no, un título pésimo, induciría a la gente a pensar que trataba del conflicto en Oriente Próximo o de los Diez Mandamientos, «Niño de la medianoche», pero tenía que haber más de uno, ¿o no?, ¿cuántos niños nacerían a esa hora, a medianoche?, centenares, quizá miles, o, sí, por qué no, mil uno, así que ¿«Niños de la medianoche»? No, ese era un título aburrido, sonaba a pederastas reunidos para celebrar una misa negra, pero... ¿*Hijos de la medianoche*? ¡Sí!

El anticipo de *Grimus* había ascendido a la nada despreciable suma de 750 libras, y se habían vendido los derechos de traducción en dos países, Francia e Israel, así que eso equivalía a unas 825 libras en el banco, y él respiró hondo y propuso a Clarissa la posibilidad de abandonar su buen empleo en Ogilvy y marcharse los dos a la India hasta que se les acabase el dinero, viajando con el mínimo gasto posible, sencillamente sumergiéndose en la inagotable realidad india, para que él pudiera beber largamente de ese cuerno de la abundancia y luego volver a casa y escribir. «Sí», dijo ella al instante. La amó por su espíritu aventurero, el mismo espíritu que la había apartado del señor Leworthy de Westerham, Kent, maternamente aprobado, y la había arrastrado a los brazos de él. Sí, se jugarían el todo por el todo. Lo había apoyado hasta entonces y no dejaría de apoyarlo ahora. Emprendieron su odisea india, hospedándose en albergues, realizando viajes de veinticuatro horas en autobús durante los cuales los pollos les vomitaban en los pies, discutiendo con la

población local de Khajuraho, que consideraba que el famoso complejo de templos con sus tallas tántricas era obsceno y solo para turistas, redescubriendo Bombay y Delhi, alojándose con viejos amigos de la familia y al menos con un tío especialmente poco hospitalario cuya nueva esposa australiana, una conversa al islam todavía menos hospitalaria, se moría de impaciencia por verlos marcharse, y luego, muchos años después, le escribió una carta para pedirle dinero. Descubrió los albergues de viudas en Benarés y, en Amritsar, visitó Jallianwala Bagh, el escenario de la tristemente famosa «masacre» del general Dyer en 1919; y regresó, ahíto de India, para escribir su libro.

Cinco años más tarde Clarissa y él se habían casado, había nacido su hijo, Zafar, la novela estaba acabada y había encontrado editor. Durante una lectura, una mujer india se puso en pie y dijo «Le doy las gracias, señor Rushdie, por haber contado mi historia», y a él se le formó un nudo en la garganta. Otra mujer india, en otra lectura, dijo: «Señor Rushdie, he leído su novela, *Hijos de la medianoche*. Es una novela larguísima, pero, descuide, la he leído entera. Y la pregunta que quiero hacerle es esta: En esencia, ¿qué es lo que quiere decir?». Un periodista goanés dijo «Tiene suerte, ha terminado su libro antes que yo», y me enseñó un capítulo mecanografiado de su primera novela sobre un niño nacido en Goa a las doce de esa misma noche. *The New York Times Book Review* dijo que la novela «sonaba como si un continente hubiese encontrado su voz», y muchas de las voces literarias del sur de Asia, hablando en el sinfín de lenguas del subcontinente, contestaron con un rotundo «¿Ah, sí?». Y ocurrieron muchas cosas con las que él ni siquiera había osado soñar, premios, gran éxito de ventas y, en general, popularidad. La India se encariñó con el libro, reivindicando al autor como algo propio del mismo modo que él había reivindicado el país, y ese fue mayor galardón que cualquiera concedido por un jurado. Al tocar fondo encontró la puerta del ábrete sésamo que conducía al aire luminoso de lo alto. Después de la fetua de Jomeini, volvería a tocar fondo, y una vez más hallaría ahí las fuerzas para seguir adelante, y para ser él mismo de manera más plena.

Tras el viaje a la India había vuelto a ser redactor publicitario a tiempo parcial, convenciendo primero a Ogilvy y después a otra agencia, Ayer Barker Hegemann, para que le dieran trabajo dos o tres días por semana, lo que le dejaba cuatro o cinco para escribir el libro que se convirtió en *Hijos de la medianoche*. Cuando el libro salió a la luz, decidió que había llegado la hora de abandonar ese trabajo de una vez por todas, pese a lo lucrativo que era. Tenía un hijo pequeño, y el dinero escasearía, pero era lo que necesitaba hacer. Pidió a Clarissa su opinión. «Tendríamos que prepararnos para ser pobres», dijo él. «Sí -contestó ella sin vacilar-. Eso es, desde luego, lo que debemos hacer.» Cuando llegó el éxito comercial del libro, que ninguno de los dos esperaba, se les antojó una recompensa por el acto de la voluntad conjunta necesario para saltar de la seguridad a la oscuridad económica.

Cuando presentó su dimisión, su jefe pensó que quería más dinero. «No -dijo-. Mi única intención es dedicarme exclusivamente a escribir.» Ah, dijo su jefe, quiere *mucho* más dinero. «No, de verdad -contestó él-. Esto no es una negociación. Solo quiero darle el preaviso de los treinta días. Dentro de treinta y un días dejaré de venir.» Mmm..., contestó su jefe. No creo que podamos ofrecerle tanto dinero como *eso*.

Treinta y un días después empezó a dedicarse exclusivamente a escribir, y la sensación de liberación que experimentó al salir de la agencia por última vez fue vertiginosa y estimulante. Se desprendió de la publicidad como de una piel no deseada, aunque siguió enorgulleciéndose solapadamente de su eslogan más conocido, «Dañino pero divino» (creado para el Cliente Pastel de Crema), y de su campaña de las *bubble words* [«palabras burbuja»] para el chocolate Aero (IRRESISTIBUBBLE, DELECTABUBBLE, ADORABUBBLE, pregonaban las vallas publicitarias, y en los costados de los autobuses se leía TRANSPORTABUBBLE, la publicidad financiera decía PROFITABUBBLE [«RENTABLE»], y las calcomanías en los escaparates proclamaban AVAILABUBBLE HERE [«A LA VENTA AQUÍ»]). Más tarde ese año, cuando *Hijos de la medianoche* recibió el premio Booker, el primer telegrama que recibió -por aquel entonces existía esa forma de comunicación llamada «telegrama»- fue de su antes perplejo jefe. «Enhorabuena -rezaba-. Uno de nosotros lo ha conseguido.»

La noche de la entrega del premio Booker, iba a pie con Clarissa camino del Stationers' Hall y se encontraron con la editora y agitadora australiano-libanesa Carmen Callil, creadora del sello feminista Virago. «¡Salman -gritó Carmen-, cariño, vas a ganar!» Él se convenció de inmediato de que eso le traería mala suerte y no ganaría. La lista de candidatos era impresionante. Doris Lessing, Muriel Spark, Ian McEwan... No tenía ninguna opción. Y estaba también D. M. Thomas, con su novela *El hotel blanco*, que muchos críticos consideraban una obra maestra. (Eso fue antes de que lo acusaran de haberse inspirado demasiado en *Babi Yar* de Anatoly Kuznetsov y quedara empañada la reputación del libro, al menos a ojos de algunos.) No, le dijo a Clarissa: olvídalo.

Muchos años después uno de los miembros del jurado, la distinguida presentadora de programas televisivos de arte Joan Bakewell, le contó que ella temía que Malcolm Bradbury, el presidente del jurado, intentara arrastrar a los otros miembros a conceder el galardón a *El hotel blanco*. Como consecuencia, ella y otros dos miembros, la crítica Hermione Lee y Sam Hynes, profesor de la Universidad de Princeton, se reunieron en privado antes de la última sesión para asegurarse mutuamente que se mantendrían firmes y votarían a favor de *Hijos de la medianoche*. Al final Bradbury y el quinto miembro del jurado, Brian Aldiss, dieron su voto a *El hotel blanco*, e *Hijos de la medianoche* se impuso por el margen más estrecho: tres contra dos.

D.M. Thomas no asistió a la ceremonia de entrega del premio, y su editora,

Victoria Petrie-Hay estaba tan nerviosa ante la posibilidad de tener que salir ella a recoger el premio en nombre de él que bebía un poco demasiado deprisa. Después de anunciarse el ganador, él volvió a tropezarse con Victoria. A esas alturas ella llevaba ya una cogorza de consideración y admitió su alivio por no tener que leer el discurso de aceptación de Thomas. Sacó el discurso de su bolso y lo agitó en el aire distraídamente. «Ahora no sé qué hacer con esto», dijo. «Dámelo -sugirió él, a modo de diablura-. Ya lo guardaré yo.» Y ella había bebido tanto que accedió. A partir de ese momento, y durante media hora, llevó en el bolsillo el discurso de la victoria de Thomas. A la postre le pudo la mala conciencia y fue en busca de la editora ebria para devolverle el sobre sin abrir. «Quizá sea mejor que esto te lo quedes tú», dijo.

Enseñó a su editora, Liz Calder, el suntuoso ejemplar encuadernado en piel de *Hijos de la medianoche* y lo abrió por el ex libris en el que se leía GANADOR. Ella estaba tan contenta y emocionada que vertió encima una copa de champán, para «bautizarlo». La tinta se corrió un poco, y él exclamó horrorizado: «¡Mira qué has hecho!». Un par de días después los responsables del Booker le enviaron un ex libris nuevo, inmaculado, pero para entonces el ex libris bautizado, con el borrón de la victoria, era el que él quería. Nunca lo sustituyó.

Ahí empezaron los años buenos.

Tuvo siete años buenos, más de los que se concede a muchos escritores, y durante los malos tiempos posteriores siempre dio gracias por esos años. Dos años después de *Hijos de la medianoche* publicó *Vergüenza*, la segunda parte del díptico en el que examinaba el mundo de sus orígenes, una obra concebida expresamente para ser la antítesis formal de su predecesora, dedicada en su mayor parte a Pakistán, más corta, con una trama más densa, escrita en tercera persona y no en primera, con una serie de personajes que ocupaban el centro del escenario sucesivamente en lugar de un único narrador-antihéroe dominante. Además, este no era un libro escrito con amor; sus sentimientos hacia Pakistán eran virulentos, satíricos, personales. Pakistán era ese lugar donde unos cuantos corruptos gobernaban a la mayoría impotente, donde funcionarios desaprensivos y generales sin escrúpulos se aliaban entre sí, recordando a la Roma de los césares, donde tiranos dementes se acostaban con sus hermanas y nombraban senadores a sus caballos y tocaban la lira mientras la ciudad ardía. Pero, para los romanos corrientes -como para los paquistaníes corrientes-, el desbarajuste psicótico y criminal del interior del palacio no cambiaba nada. El palacio era igualmente el palacio. La clase gobernante seguía gobernando.

Pakistán fue la gran equivocación de sus padres, el error garrafal que a él lo despojó de su casa. Para él, era fácil ver al propio Pakistán también como un error histórico, un país *insuficientemente imaginado*, concebido a partir de la descabellada idea de que una religión podía unir a pueblos (punyabíes, sindhis, bengalíes, baluchis, pastunes) a los que la geografía y la historia

mantenía separados desde hacía tiempo, nacido como un pájaro contrahecho, «dos Alas sin cuerpo, hendidas por la masa de tierra de su mayor enemigo, unidas solo por Dios», cuya Ala Oriental se había desprendido posteriormente. ¿Cómo sonaba el batir de una sola ala? La respuesta a esta versión del famoso *koan* zen era indudablemente «Pakistán». Así que en *Vergüenza*, su novela de Pakistán (la descripción era una simplificación extrema; ya salía mucho Pakistán en *Hijos de la medianoche*, y bastante India en *Vergüenza*), el humor era más negro, la política era endemoniadamente cómica, como si, se dijo, las calamidades en los palacios de los Doce Césares, o en una tragedia shakespeariana, fuesen representadas por bufones, individuos indignos de la alta tragedia, como si *El rey Lear* fuese interpretada por payasos de circo, convirtiéndose *simultáneamente* en trágica y absurda, una catástrofe circense. El libro avanzó a una velocidad que era algo nuevo para él; después de dedicar cinco años a *Hijos de la medianoche*, había terminado *Vergüenza* en solo un año y medio. También esta novela recibió una magnífica acogida en todas partes, o casi todas partes. En el propio Pakistán, como no era de extrañar, fue prohibida por el dictador del país, Zia ul-Haq, el punto de partida del personaje «Raza Hyder» en la novela. Aun así, llegaron a Pakistán muchos ejemplares del libro, incluidos, le contaron algunos amigos paquistaníes, no pocos que entraron en las valijas diplomáticas de varias embajadas, cuyo personal leyó el libro ávidamente y lo hizo circular.

Unos años después se enteró de que *Vergüenza* incluso había recibido un premio en Irán. Se había publicado en farsi sin que él lo supiera, en una edición pirata oficialmente autorizada, y luego se consideró la mejor novela traducida al farsi de ese año. Nunca se le entregó el premio, ni se le envió notificación formal alguna al respecto; pero implicó -según comentarios llegados de Irán- que cinco años después, al publicarse *Los versos satánicos*, los contados libreros iraníes que vendían libros en inglés dieron por supuesto que podían vender ese nuevo título sin ningún problema, puesto que el autor ya había obtenido la aprobación de la mulacracia con su obra anterior; y por tanto se importaron ejemplares y se pusieron a la venta nada más salir a la luz la primera edición del libro en septiembre de 1988, y dichos ejemplares permanecieron en las librerías durante seis meses, sin suscitar la menor oposición, hasta la fetua de febrero de 1989. Nunca logró constatar la veracidad de esta historia, pero tenía la esperanza de que fuese cierta, porque venía a confirmar sus sospechas: que el furor en torno al libro se propagó de arriba abajo, no de abajo arriba.

Pero a mediados de la década de los ochenta la fetua era una nube inimaginable oculta por debajo del lejano horizonte. Entretanto, el éxito de sus libros ejerció un efecto beneficioso en su carácter. Sintió que algo se relajaba muy dentro de él, y pasó a ser una persona más feliz, más afable, con la que era más fácil estar. Curiosamente, sin embargo, otros novelistas de mayor edad lo previnieron en esos tiempos plácidos de que vendrían días

peores. Angus Wilson, no mucho después de cumplir los setenta años, lo llevó a comer al Athenaeum Club; y escuchando al autor de *Actitudes anglosajonas* y *Los viejos del zoo* hablar nostálgicamente de la época «en que era un escritor de moda» comprendió que estaba diciéndole, con delicadeza, que los vientos siempre cambian; el joven arrollador de ayer es el anciano melancólico e ignorado del mañana.

Cuando viajó a Estados Unidos para la publicación de *Hijos de la medianoche*, lo retrató la fotógrafa Jill Krementz, y él conoció a su marido, Kurt Vonnegut; y lo invitaron a pasar el fin de semana en su casa de Sagaponack, en Long Island. «¿Vas en serio con esto de escribir?», preguntó Vonnegut de improviso mientras tomaban unas cervezas al sol, y cuando él contestó que sí, el autor de *Matadero cinco* dijo: «Entonces debes saber que llegará un día en que no tendrás un libro que escribir y, aun así, tendrás que escribir un libro».

De camino a Sagaponack había leído unas cuantas críticas remitidas por su editorial estadounidense, Knopf. Se incluía una reseña extraordinariamente generosa de Anita Desai en el *Washington Post*. Si ella tenía una buena opinión del libro, él podía darse por contento; quizá había creado realmente algo de mérito. Y había asimismo una reseña favorable en el *Chicago Tribune*, escrita por Nelson Algren. *El hombre del brazo de oro* y *Un paseo por el lado salvaje*..., ¿ese Nelson Algren? ¿El amante de Simone de Beauvoir, el amigo de Hemingway? Era como si el pasado dorado de la literatura hubiese tendido la mano para ungirlo. *Nelson Algren*, pensó con asombro. *Creía que había muerto*. Llegó a Sagaponack antes de hora. Los Vonnegut salían en ese momento de la casa para ir a la fiesta de inauguración de la nueva vivienda de su amigo y vecino... Nelson Algren. Era una coincidencia increíble. «Bueno -dijo Kurt-, si ha reseñado tu libro, seguro que le gustará conocerte. Lo telefonearé y le diré que vienes con nosotros.» Entró. Al cabo de un momento volvió del teléfono visiblemente alterado y con mal color. «Nelson Algren acaba de morir», anunció. Algren había preparado su fiesta y acto seguido había sufrido un infarto fulminante. Los primeros invitados en llegar encontraron al anfitrión muerto en la alfombra del salón. Su reseña de *Hijos de la medianoche* fue la última que escribió.

Nelson Algren. Creía que había muerto. La muerte de Algren ensombreció el ánimo de Vonnegut. También a él lo invadieron pensamientos solemnes. La repentina e imprevisible caída en la alfombra nos aguardaba a todos.

El éxito de crítica de *Hijos de la medianoche* en Estados Unidos cogió por sorpresa a Knopf. Él había corrido con los gastos del viaje a Nueva York solo por estar allí cuando se publicara el libro, y no se había programado ninguna entrevista, ni se programaron después, ni siquiera cuando aparecieron esas excelentes reseñas. La tirada fue pequeña, hubo una reimpresión pequeña, unas pequeñas ventas en rústica, y ahí quedó todo. Aun así, tuvo la suerte de estrechar la mano, a la entrada de la editorial en el 201 de la calle Cincuenta

Este, al legendario Alfred A. Knopf en persona, un anciano caballero muy cortés vestido con un abrigo caro y una boina oscura. Y conoció también a su desgarbado y vehemente editor, Robert Gottlieb, que tenía él mismo algo de leyenda. Lo hicieron pasar al despacho de Bob Gottlieb, decorado con banderines y felicitaciones por su quincuagésimo cumpleaños, y cuando llevaban un rato hablando Gottlieb dijo: «Ahora que sé que me caes bien, puedo decirte que pensaba que no me caerías bien». Eso lo dejó atónito. «¿Por qué? -balbuceó-. ¿No te gustó mi libro? Si lo publicaste...» Bob cabeceó. «No era por el libro -dijo-. Pero no hace mucho leí un gran libro de un gran escritor, y después de eso pensé que no sería capaz de sentir simpatía por nadie de origen musulmán.» Esa era, si cabe, una declaración aún más asombrosa. «¿Cuál era ese gran libro? -preguntó a Gottlieb-. ¿Y quién era ese gran escritor?» «El libro -contestó Bob Gottlieb- se titula *Entre los creyentes*, y el autor es V. S. Naipaul.» «Ese -le dijo él al editor jefe de Knopf- es un libro que desde luego quiero leer.»

Bob Gottlieb no parecía saber cómo se recibían sus palabras, y en justicia debe admitirse que después obsequió con una hospitalidad extrema al autor que, según había pensado, no le caería bien, invitándolo a comer en su casa de Turtle Bay, el encopetado barrio de Manhattan entre cuyos residentes se incluían Kurt Vonnegut, Stephen Sondheim y Katharine Hepburn. (La septuagenaria estrella de cine se había presentado recientemente ante la puerta de Gottlieb después de una ventisca, provista de una pala, y se había ofrecido a retirar la nieve de la azotea del editor.) Gottlieb pertenecía también al consejo de administración del Ballet de la Ciudad de Nueva York de George Balanchine, e invitó a su joven novelista indio -que en una ocasión había visto al más grande amor de Balanchine, Suzanne Farrell, bailar en Londres con la compañía de ballet de Maurice Béjart después de pelearse ella con el gran coreógrafo ruso- a ver una representación. «Solo pongo una condición -dijo Bob-. Tienes que olvidarte de Béjart y admitir que Balanchine es Dios.»

También le ofreció hospitalidad literaria. Cuando Gottlieb dejó Knopf en 1987 para sustituir a William Shawn al frente de *The New Yorker*, por fin se abrieron al autor de *Hijos de la medianoche* las puertas de esa augusta publicación. Bajo el régimen del señor Shawn, esas puertas habían permanecido firmemente cerradas, y Salman no se contó entre quienes lamentaron el final del reinado de cincuenta y tres años del gran director. Bob Gottlieb publicó material suyo tanto de ficción como de no ficción, y fue un espléndido y minucioso editor del ensayo largo «De Kansas» (1992), una respuesta a *El mago de Oz*, que, como Gottlieb lo animó acertadamente a recalcar, era una de las odas a la amistad más tiernas de la historia del cine.

Durante los años de la fetua solo vio a Gottlieb una vez. Liz Calder y Carmen Callil ofrecieron una fiesta de cumpleaños conjunta en el Groucho Club del Soho, y él pudo pasarse un rato por allí. Cuando saludó a Bob, el editor dijo, con gran intensidad: «Siempre estoy defendiéndote, Salman. Siempre le digo a la gente que, si hubieras sabido que por tu libro moriría

alguien, por supuesto que no lo habrías escrito». Él contó hasta diez muy despacio. No estaría bien pegarle a aquel anciano. Era mejor poner cualquier excusa y marcharse. Inclinó la cabeza en un gesto carente de significado y se dio media vuelta. En los años posteriores no se hablaron. Él debía mucho a Bob Gottlieb, pero no podía quitarse de la cabeza esas últimas palabras, y sabía que Gottlieb, del mismo modo que no había comprendido el impacto de sus palabras sobre el libro de Naipaul la primera vez que se vieron, tampoco entendía qué había de malo en lo que dijo en ese último encuentro. Bob creía que actuaba como un amigo.

En 1984 terminó su matrimonio. Habían pasado juntos catorce años y se habían distanciado sin darse cuenta. Clarissa quería vivir en el campo, y había dedicado un verano a ver casas al oeste de Londres, pero al final él comprendió que si se trasladaba al campo enloquecería. Era un chico de ciudad. Se lo dijo a ella, y ella lo aceptó, pero se convirtió en un problema entre ellos. Se habían enamorado cuando los dos eran muy jóvenes, y ahora que eran mayores a menudo sus intereses no coincidían. Había aspectos de la vida de él en Londres que a ella no le interesaban mucho. Uno de esos aspectos era la labor antirracista. Había colaborado durante mucho tiempo con un grupo de relaciones raciales, el Camden Committee for Community Relations, o CCCR, y su labor voluntaria allí, supervisando el equipo de trabajo comunitario, se había convertido en algo importante para él. Le había mostrado una ciudad de la que hasta entonces poco conocía, el Londres inmigrante de las privaciones y los prejuicios, lo que después llamaría «una ciudad visible pero no vista». La ciudad inmigrante estaba allí claramente a la vista, en Southall y Wembley y Brixton, así como en Camden, pero por aquel entonces no se prestaba atención a esos problemas, salvo durante breves estallidos de violencia racial. Esa era una ceguera elegida: un rechazo a aceptar la ciudad, el mundo, tal como era en realidad. Él destinaba buena parte de su tiempo libre al trabajo en relaciones raciales y empleaba sus experiencias con el CCCR como base de un polémico programa titulado «The New Empire Within Britain» [«El nuevo imperio dentro de Gran Bretaña»], un intento de describir el crecimiento de una nueva clase baja formada por súbditos británicos de piel negra y morena, realizado para el espacio *Opinions* de Channel Four, y era evidente que a ella tampoco le gustaba mucho la retórica que él usaba en esas charlas.

Pero su mayor problema era otro más íntimo. Desde el nacimiento de Zafar, ellos, y en especial Clarissa, deseaban más hijos, y los hijos no venían. Se produjo, en cambio, una serie de abortos espontáneos. Ella ya había tenido uno de esos abortos antes de la concepción y el nacimiento de Zafar, y otros dos después. Él descubrió que era un problema genético. El había heredado (probablemente por vía paterna) una afección conocida como «translocación cromosómica simple».

Un cromosoma era un bastoncillo de información genética, y todas las

células humanas contenían veintidós pares de dichos bastoncillos, así como un vigesimotercer par que determinaba el género. En casos muy poco comunes un segmento de información genética se desprendía de un cromosoma y se acoplaba a otro. Había entonces dos cromosomas defectuosos, uno con insuficiente información genética y otro con demasiada. Cuando se concebía un niño, la mitad de los cromosomas del padre, elegidos al azar, se combinaba con la mitad de los de la madre, para crear un nuevo conjunto de pares. Si el padre tenía una translocación cromosómica simple y sus *dos* cromosomas defectuosos eran seleccionados, el niño nacía con normalidad, salvo por el hecho de que heredaba la afección. Si no se seleccionaba *ninguno* de los cromosomas defectuosos, seguía también un embarazo normal y el niño no heredaba la afección. Pero si solo se seleccionaba uno de los cromosomas problemáticos, el feto no se formaba, y se producía el aborto.

Tratar de tener un hijo se convirtió en una especie de ruleta biológica. A ellos no los acompañó la suerte, y la tensión de todos esos abortos, todas esas esperanzas truncadas, representó un gran desgaste para ambos. Sus relaciones físicas terminaron. Ninguno de los dos soportaba la idea de otro intento más seguido de otro fracaso. Y quizá era humanamente imposible que Clarissa no lo responsabilizara a él de poner fin a su sueño de una familia con muchos niños corriendo alrededor de ella y dándole sentido a su vida. Para él fue imposible no responsabilizarse.

Cualquier relación larga en la que quedara excluido el sexo probablemente estaba condenada al fracaso. Durante trece de sus catorce años juntos él había sido incuestionablemente fiel a ella, pero en el decimocuarto los lazos de la lealtad se rompieron, o erosionaron, y hubo breves infidelidades durante sus viajes literarios a Canadá y Suecia y una infidelidad más larga en Londres, con una antigua amiga de Cambridge que tocaba el violín. (Clarissa le había sido infiel solo una vez, en 1973, cuando él escribía *Grimus*, y si bien ella estuvo tentada por un breve tiempo de dejarlo por su amante, pronto abandonó al otro hombre, y los dos olvidaron el episodio; o casi lo olvidaron. Él nunca olvidó el nombre de su rival. Se llamaba, un poco inverosímilmente, Aylmer Gribble.)

En su día él estaba absurdamente convencido de que había ocultado sus aventuras tan bien que su mujer no sabía nada, no sospechaba nada. Volviendo la vista atrás, lo asombraba su propia necedad: claro que Clarissa lo sabía.

Viajó a Australia en solitario para participar en el Festival de Adelaida, y después acompañó a Bruce Chatwin al desierto australiano. Estaban en una librería de Alice Springs cuando él vio un ejemplar en rústica de *Las huellas del desierto*, de Robyn Davidson, el relato de su expedición en solitario por el desierto de Gibson acompañada por camellos que había capturado y adiestrado ella misma. Su editora en Cape, Liz Calder, había elogiado el libro y a su intrépida autora cuando se publicó, y él, con cierto desdén, había dicho: «¿Por qué cruzar el desierto a pie si se puede ir con Airbus?». Pero ahora veía

los lugares de los que hablaba el libro, y por tanto lo compró y quedó impresionado. «Deberías conocerla cuando vayas a Sidney -dijo Bruce-. Llamémosla. Tengo su número de teléfono.» «Cómo no ibas a tenerlo», contestó él. Las famosas agendas Moleskine de Bruce contenían los números telefónicos de todo aquel que había llegado a algo en la vida. Si uno le hubiera pedido el número privado de la reina de Inglaterra, lo habría encontrado al instante.

Robyn, rubia, de ojos azules, angustiada, ni mucho menos su tipo, lo invitó a cenar en su casita de Annandale, y el rayo cayó sobre los dos con fuerza. Cuando ella fue a buscar el pollo asado, lo encontró todavía frío. Estaba tan alterada que se había olvidado de encender el horno. Su idilio de tres años empezó a la mañana siguiente y fue el polo opuesto de su relación larga, serena y en general feliz con Clarissa. Existía entre ellos una fuerte atracción mutua, pero en todo lo demás eran incompatibles. Se gritaban casi a diario.

Robyn lo llevó a las tierras del interior de Australia, y él, el animal urbano, quedó anonadado ante la capacidad de ella para sobrevivir en la naturaleza. Durmieron bajo las estrellas, y no los mataron los escorpiones, ni los devoraron los canguros, ni los aplastó de un pisotón la gigantesca vieja ancestral del Tiempo de los Sueños mientras danzaba. Aquel fue un regalo extraordinario. Trasladaron los camellos de ella desde una «explotación» o rancho en el noroeste de Australia, cerca de Shark Bay (donde él nadó con delfines y vio una casa construida íntegramente de conchas), hasta su nuevo emplazamiento en la finca de un amigo al sur de Perth. Aprendió dos cosas nuevas sobre los camellos. La primera fue que practican el incesto como si tal cosa; la cría de ese grupo era el resultado de la unión, sin mayores complicaciones, entre un camello macho y su madre. (Este camello nacido del incesto recibió el nombre de él, o una versión australianizada del mismo. Se convirtió en «Selman el Camello».) Y lo segundo fue que cuando un camello se disgusta pasa de cagar unas bolitas secas e inocuas a expulsar un chorro líquido que alcanza una distancia considerable por detrás del dromedario ofendido. Nunca hay que pasearse por detrás de un camello malhumorado. Fueron dos lecciones importantes.

Ella se mudó a Inglaterra, pero, como se vio, les era imposible vivir juntos, y en su último año rompieron más de diez veces. Dos meses después de su última separación, él despertó en plena noche en su nuevo hogar, la casa de St. Peter's Street, y había alguien en su habitación. Desnudo, se levantó de un salto. Ella había entrado usando su propia llave -él no había cambiado la cerradura-, e insistió en que «tenían que hablar». Cuando él se negó e intentó salir de la habitación, ella lo agarró y, en un momento dado, le pisó un pie violentamente con el tacón. Después de eso él perdió la sensibilidad en un dedo del pie. «Si yo fuera una mujer y tú fueras un hombre -preguntó él-, ¿cómo llamarías a esto?» Eso ella lo entendió y se fue. Cuando publicó su primera y única novela, *Ancestors*, aparecía un personaje norteamericano en extremo desagradable que se convertía en el amante sádico de la protagonista.

En una entrevista que ella concedió a *The Guardian* le preguntaron «¿Está basado en Salman Rushdie?», y ella contestó: «No tanto como en el primer borrador».

Una novela crecía dentro de él, pero no conseguía acabar de precisar su naturaleza exacta. Tenía fragmentos de narración y personajes, y la obstinada intuición de que todos esos fragmentos, pese a sus enormes diferencias, pertenecían al mismo libro. La forma precisa y el carácter del libro seguían sin definirse. Sería un libro grande, eso sí lo sabía, que se desplegaría ampliamente en el tiempo y el espacio. Un libro de viajes. Eso le parecía bien encaminado. Al acabar *Vergüenza*, había completado la primera parte de su plan. Había abordado, en la medida en que sabía cómo abordarlos, los mundos de los que procedía. Ahora necesitaba conectar esos mundos con el mundo muy distinto en el que había forjado su vida. Empezaba a ver que ese, más que la India o Pakistán o la política o el realismo mágico, sería su verdadero tema, aquel en el que perseveraría durante el resto de su vida, *el gran asunto de cómo se conectaba el mundo*, no solo cómo se filtraba Oriente en Occidente y Occidente en Oriente, sino también cómo el pasado configuraba el presente a la par que el presente incidía en nuestra comprensión del pasado, y cómo el mundo imaginado, el lugar de los sueños, el arte, la invención y, sí, las creencias, traspasaba la frontera que lo separaba del espacio cotidiano, «real», en el que los seres humanos erróneamente creían vivir.

Esto era lo que le había ocurrido al planeta menguante: la gente -las comunidades, las culturas- ya no vivían en cajitas, cerradas y segregadas. Ahora todas las cajitas se abrían y volcaban su contenido en todas las demás cajitas, un hombre podía perder su trabajo en un país por las maquinaciones de un especulador monetario de un lugar lejano cuyo nombre no conocía y cuya cara jamás vería, y, como nos decían los teóricos de la nueva ciencia del caos, cuando una mariposa aleteaba en Brasil podía provocar un huracán en Texas. La frase inicial original de *Hijos de la medianoche* había sido «La mayoría de las cosas que importan en nuestra vida ocurren en nuestra ausencia», y si bien al final la había enterrado en otra sección del texto, considerándola un inicio demasiado tolstoiano -si algo no era *Hijos de la medianoche* era *Anna Karenina*-, esa idea seguía acosándolo. ¿Cómo contar las historias de un mundo así, un mundo en el que el carácter ya no era siempre el destino, en el que el sino de uno podía estar determinado por las decisiones de desconocidos y no por las de uno mismo, en las que el destino podía ser la economía, o una bomba?

En el avión, durante el viaje de regreso desde Sidney, con las emociones desbocadas después de sus primeros y abrumadores días con Robyn, sacó un pequeño cuaderno negro y, para controlarse, se obligó a pensar en su libro a medio formar. Esto es lo que tenía: un puñado de emigrantes, o, por usar el término británico, «inmigrantes», de la India, Pakistán y Bangladesh, a través de cuyos viajes personales podía explorar las conexiones y también las

inconexiones de *aquí* y *allí, entonces* y *ahora*, realidad y sueños. Tenía el arranque de un personaje llamado Salahuddin Chamchawala, anglicanizado en Saladin Chamcha, que mantenía una relación difícil con su padre y se había refugiado en la inglesidad. Le gustaba el nombre «Chamcha» porque recordaba al pobre Gregor Samsa de Kafka, metamorfoseado en escarabajo pelotero, y a Chichikov, el carroñero de almas muertas de Gogol. También por el significado del nombre en hindustaní, literalmente «cuchara», pero coloquialmente «pelotillero» o «adulador». Chamcha sería un retrato de un hombre desarraigado, huyendo de su padre y su país, de su propia indianidad, hacia una inglesidad que en realidad no lo admitía, un actor con muchas voces que se las apañaba siempre y cuando no lo vieran, en la radio o en las voces en off para la televisión; pese a toda su anglofilia, «tenía la cara del color no apto para sus teles en color».

Y el opuesto a Chamcha... bueno, un ángel caído, quizá.

En 1982 el actor Amitabh Bachchan, el mayor astro del cine de Bombay, había sufrido heridas casi fatales en el bazo mientras realizaba él mismo las escenas peligrosas en una de sus películas en Bangalore. En los meses posteriores, su hospitalización fue noticia de primera plana a diario. Una muchedumbre de gente aguardaba los partes médicos frente al hospital, y los políticos acudían junto a su lecho. Mientras permaneció a las puertas de la muerte, la nación entera contuvo la respiración; cuando se levantó el efecto fue casi como si Cristo resucitara. Algunos actores del sur de la India habían alcanzado un rango casi divino interpretando papeles de dioses en películas llamadas «mitológicas». Bachchan se había convertido en un ser semidivino sin haberse beneficiado siquiera de una carrera así. Pero ¿y si un actor-dios, tras sufrir atroces lesiones, hubiese implorado a su dios en su hora de necesidad y no hubiese obtenido respuesta? ¿Y si, como consecuencia de ese espantoso silencio divino, ese hombre empezara a cuestionar, o incluso perder, la fe que hasta entonces lo había sustentado? ¿Podría ser que él, en esa crisis anímica, perdiese la razón? ¿Y podría ser que, en su demencia, atravesara medio mundo, olvidando que cuando uno huye no puede dejarse atrás a sí mismo?

¿Cómo se llamaría esa estrella caída? El nombre se le ocurrió casi de inmediato, como si hubiese estado flotando a treinta y cinco mil pies por encima del nivel del mar hasta ese momento, esperando a que él lo capturara. *Gibreel*. El arcángel Gabriel, «Gibreel Farishta». Gibreel y Chamcha: el ángel que había sido abandonado por Dios y el falso inglés que se había distanciado de su padre. Dos almas en pena en el espacio continuo, sin techo, de aquellos privados de una casa. Ellos serían sus protagonistas. Eso lo sabía.

Si Gibreel era un ángel, ¿era Chamcha un diablo? ¿O podía un ángel convertirse en un ser demoníaco y podía un demonio tener también aureola?

Los viajes se multiplicaron. He aquí un fragmento extraído de otra parte totalmente distinta. En febrero de 1983, treinta y ocho musulmanes chiíes, seguidores de un tal Sayyad Willayat Hussain Shah, fueron convencidos por

su líder de que Dios separaría las aguas del mar Arábigo a petición de él para que ellos pudieran ir en peregrinación por el lecho marino hasta la ciudad santa de Karbala en Irak. Ellos se adentraron tras él en las aguas y muchos se ahogaron. Lo más extraordinario del incidente fue que algunos de los supervivientes, pese a las pruebas en sentido contrario, declararon haber presenciado el milagro. Él venía pensando en esa anécdota desde hacía más de un año. No quería escribir sobre Pakistán, ni sobre los chiíes, así que en su imaginación los creyentes se convirtieron en suníes, e indios, y su líder pasó a ser una mujer. Recordaba un baniano gigante que había visto una vez en el sur de la India, cerca de Mysore, un árbol tan grande que dentro había chozas y pozos, y nubes de mariposas. En su cabeza empezó a cobrar forma una aldea, Titlipur, el pueblo de las mariposas, y la doncella mística que se movía siempre dentro de una nube de mariposas. Como suníes, querían ir a La Meca, no a Karbala, pero la idea de separar el mar seguía siendo el eje de su relato.

Y se agolparon otros fragmentos, muchos de ellos sobre la «ciudad visible pero no vista», el Londres inmigrante de la Era Thatcher. Los barrios londinenses reales de Southall en el oeste de Londres y Brick Lane en el este, donde vivían inmigrantes asiáticos, se fundieron con Brixton, al sur del río, para formar el distrito imaginario de Brickhall en el centro de Londres, en el que una familia musulmana de padres ortodoxos e hijas adolescentes rebeldes regentaba el Shaandaar Café, su nombre una urduización vagamente disfrazada del verdadero Brilliant Café de Southall. En este distrito se cocían conflictos interraciales, y quizá, pronto, las calles arderían.

Y aquí, reinventada, aparecía Clarissa, bajo el nombre richardsoniano de «Pamela Lovelace», y aquí, transformada de caminante en el desierto en montañera y de cristiana en judía, aparecía un avatar de Robyn llamado Alleluia Cohen, o Cone. Y aquí, por alguna razón, aparecía la abuela de Clarissa, May Jewell, una anciana dama que vivía junto a la playa en Pevensey Bay, Sussex. Los barcos normandos de 1066, contaba ella a cualquiera dispuesto a escuchar, habrían navegado a través de su sala de estar; la línea costera estaba ahora casi a dos kilómetros mar adentro res pecto a donde se hallaba hacía nueve siglos. La abuela May tenía muchas historias que contar -y las contó muchas veces, siempre con las mismas frases rituales- sobre su pasado anglo-argentino en una *estancia* llamada Las Petacas en compañía de un despistado marido filatelista, Charles Jewell, «Don Carlos», varios centenares de gauchos, *muy fieros y orgullosos*, y una manada de vacas argentinas de primera.

Cuando los británicos gobernaban una cuarta parte del mundo, salían de su pequeña isla septentrional y fría y, en las extensas llanuras y bajo los inmensos cielos de la India y África, se convertían en personalidades más fascinantes, más extrovertidas, más operísticas -personajes más grandes- de lo que tenía cabida en su país. Pero un día terminó la era de los imperios y tuvieron que menguar de nuevo hasta reacomodarse en su identidad insular más pequeña, más fría, más gris. La abuela May en su casita con torrecillas,

soñando con la pampa infinita y los magníficos toros que se acercaban como unicornios para apoyar la cabeza en su regazo, parecía una figura así, y aún más interesante, menos estereotipada, porque su historia no había tenido lugar en los territorios del Imperio británico, sino en Argentina. Él anotó un nombre para ella en su cuaderno. «Rosa Diamond.»

Ahora sobrevolaba la India, todavía tomando notas. Recordó haber oído a un político indio en televisión hablar de la primera ministra británica, incapaz de pronunciar su nombre correctamente. «La señora Tortura -repetía una y otra vez-. La señora Margaret Tortura.» Esto resultaba inexplicablemente gracioso pese a que -o quizá *debido* a que- Margaret Thatcher obviamente no era una torturadora. Si eso iba a ser una novela sobre el Londres de la señora T, tal vez había espacio -espacio *cómico*- para esta variante de su nombre.

«El acto de la emigración -escribió- lo pone en crisis todo en torno al individuo o grupo que emigra, todo en torno a la identidad y la individualidad y la cultura y la fe. Así que si esto es una novela sobre la emigración, debe equivaler a ese acto de poner en cuestión. Debe llevar a cabo la crisis que describe.»

Escribió: «¿Cómo entra lo novedoso en el mundo?».

Y escribió: «Los versos satánicos».

Tal vez había ahí tres libros, o siete. O ninguno. En realidad ya había intentado escribir la historia de «Rosa Diamond» una vez, en forma de guión para Walter Donohue en el incipiente Channel Four, pero después de acabarlo y entregar un primer borrador preguntó a Walter si podía retirarlo, porque intuía que lo necesitaría para la novela, aunque no sabía cómo ni dónde encajaría. Quizá era mejor tratar como un libro aparte el relato de la «separación de las aguas del mar Arábigo», y el material de los versos satánicos también sería más sólido por sí solo.

¿Por qué pretendía meter por la fuerza todos los huevos en esa única cesta? Más adelante quiso pensar que la respuesta a esas preguntas acudió a su cabeza cuando sobrevolaba Bombay. *Estas son escenas*, pensó sin proponérselo mientras sobrevolaba su ciudad natal, *de la vida del arcángel Gabriel*. Su mente consciente estaba, como de costumbre, en conflicto con su inconsciente, que una y otra vez arrojaba ángeles y milagros a su racionalidad e insistía en que encontrara la forma de incorporarlos a su manera de ver las cosas. Un libro sobre ángeles y demonios, pues, pero quizá fuera difícil distinguirlos. Los ángeles podrían cometer acciones horrendas al servicio de principios supuestamente sagrados, y era posible sentir gran compasión por Lucifer, el ángel rebelde cuyo castigo por sublevarse contra la música de arpa absolutista y ofuscante del arbitrio de Dios fue, como Daniel Defoe dijo, verse «relegado a una condición errante, vagabunda, transitoria, carecer de morada fija [...] de lugar o espacio propio en el que posar la planta del pie». Este Satán privado de casa fue tal vez el patrón celeste por el que se cortaron todos los exiliados, todos los privados de casa, todos aquellos que habían sido

arrancados de su lugar y habían quedado flotando, mitad esto, mitad aquello, despojados de la sensación reconfortante y definitoria de tener un suelo firme bajo los pies propia de las personas arraigadas. Escenas, pues, de la vida del Arcángel y el Archidemonio, en las que él depositaba sus simpatías más del lado del demonio, porque, como Blake dijo de Milton, un verdadero poeta pertenecía al bando del diablo.

No conoció el principio de la novela hasta un año más tarde. En junio de 1985, el *Emperor Kanishka*, durante el vuelo 182 de Air India, fue objeto de un atentado llevado a cabo por terroristas sijs en su lucha por forjar un Estado sij independiente, que se llamaría Jalistán, en el Punyab indio. El avión cayó en el océano Atlántico, al sur de Irlanda, y entre las 329 personas que murieron (en su mayoría canadienses de origen indio o súbditos indios) estaba su amiga de la infancia Neelam Nath, de camino a Bombay con sus hijos para ver a sus padres G. V. Nath («el tío Nath») y Lila, los más íntimos amigos de los padres de él. Poco después de enterarse de esta atrocidad, escribió la escena en que Gibreel Farishta y Saladin Chamcha viajan de Bombay a Londres en un avión que sufre un atentado a manos de los terrorista sijs. Gibreel y Saladin tienen más suerte de la que tuvo Neelam. Aterrizan con suavidad en la playa de Pevensey Bay, frente a la casa de Rosa Diamond.

Escribir el libro le llevó más de cuatro años. Después, cuando la gente intentó reducirlo a un «insulto», deseó contestar: «Puedo insultar a la gente mucho más deprisa que eso». Pero a sus adversarios no les pareció extraño que un escritor serio dedicase una décima parte de su vida a crear algo tan burdo como un insulto. Por eso se negaron a verlo como un escritor serio. Para lanzar el ataque contra él y su obra, era necesario presentarlo como una mala persona, un traidor apóstata, un aspirante sin es crúpulos a la fama y la riqueza, un oportunista cuya obra carecía de méritos, que «atacaba el islam» por su propio beneficio personal. Ese era el significado de la reiteradísima frase: *Lo hizo aposta*.

En fin, claro que lo hizo aposta. ¿Cómo iba uno a escribir un cuarto de millón de palabras por casualidad? El problema era, como quizá habría dicho Bill Clinton, qué significaba ese «lo». La extraña verdad era que, después de dos novelas que atañían directamente a la historia pública del subcontinente indio, veía este libro como una exploración mucho más íntima, personal, un primer intento de crear una obra a partir de su propia experiencia de emigración y metamorfosis: para él, era el libro menos político de los tres. Y el material basado en el origen del islam, pensaba él, mostraba esencialmente admiración por el Profeta del islam e incluso respeto. Lo trataba como él quería ser tratado, según sus propias palabras, como un hombre («el Mensajero»), no como una figura divina (el «Hijo de Dios» de los cristianos). Lo presentaba como un hombre de su tiempo, moldeado por ese tiempo, y, como líder, sujeto a la tentación y capaz de vencerla. «¿Qué clase de idea eres?», preguntaba la novela a la nueva religión, y afirmaba que una idea que

se negaba a doblegarse o con temporizar en la mayoría de los casos sería destruida, pero admitía que, en muy raras ocasiones, tales ideas acababan siendo las que cambiaban el mundo. Su Profeta coqueteaba con la contemporización y por fin la rechazaba; y su idea indoblegable se fortalecía lo suficiente para doblegar la historia a su voluntad.

Cuando se lo acusó de ofensivo por primera vez, se quedó sinceramente perplejo. Él pensaba que había establecido un compromiso artístico con el fenómeno de la revelación; un compromiso desde el punto de vista del no creyente, desde luego, pero respetuoso en todo caso. ¿Cómo podía considerarse eso ofensivo? En los susceptibles años de airada política identitaria que siguieron, conoció, él y todo el mundo, la respuesta a esa pregunta.

Además, su Profeta no se llamaba Mahoma, vivía en una ciudad que no se llamaba La Meca, y creó una religión que no se llamaba (o no exactamente) islam. Y aparecía únicamente en las secuencias oníricas de un hombre enloquecido por la pérdida de la fe. Estos muchos recursos distanciadores eran, en opinión de su creador, indicadores del carácter ficticio de su proyecto. Para sus adversarios, eran intentos transparentes de ocultación. «Está escondiéndose -decían- detrás de su ficción.» Como si la ficción fuese un velo, o un tapiz de Arras, y un hombre pudiera ser traspasado por una espada si, como Polonio, se escondiera neciamente tras protección tan endeble.

Mientras escribía la novela, recibió una invitación de la Universidad Americana del Cairo, pidiéndole que fuera a hablar a los estudiantes. Le dijeron que no podían pagarle mucho, pero si él estaba interesado, le organizarían un viaje en barco Nilo arriba durante unos días en compañía de uno de sus principales egiptólogos. Ver el mundo del antiguo Egipto era uno de sus grandes sueños no realizados, y se apresuró a contestar. «Si pudiera acabar mi novela y organizarlo para ir después, sería lo mejor», propuso. Entonces acabó la novela, y era *Los versos satánicos*, y la visita a Egipto pasó a ser imposible, y tuvo que aceptar que quizá nunca vería las pirámides, o Menfis, o Luxor, o Tebas, o Abu Simbel. Era uno de los muchos futuros que perdería.

En enero de 1986 el libro no avanzaba bien. Lo invitaron a asistir a lo que sería una legendaria reunión de escritores, el cuadragésimo octavo congreso del PEN Club Internacional en Nueva York, y dio gracias por la oportunidad de escapar de su mesa. El congreso fue todo un espectáculo. Por aquel entonces Norman Mailer era presidente del Centro PEN estadounidense, y había utilizado todas sus dotes de persuasión y de encanto para reunir los fondos que permitieron llevar a Manhattan a unos cincuenta de los escritores más destacados del mundo para entablar un debate, junto con casi un centenar de los mejores autores de Estados Unidos, sobre el elevado tema «La imaginación del escritor y la imaginación del Estado», y darles de comer y beber en lugares tan refinados como, entre otros, Gracie Mansion y el Templo

de Dendur del Museo de Arte Metropolitano.

Siendo como era uno de los participantes más jóvenes, él estaba no poco impresionado. Brodsky, Grass, Oz, Soyinka, Vargas Llosa, Bellow, Carver, Doctorow, Morrison, Said, Styron, Updike, Vonnegut, Barthelme y el propio Mailer eran algunos de los grandes nombres que leerían sus textos y cambiarían impresiones en los hoteles Essex House y St. Moritz de Central Park South. Una tarde el fotógrafo Tom Victor le pidió que posara en uno de los coches de caballos del parque para una foto, y cuando subió al carruaje, ahí estaban Susan Sontag y Czesław Miłosz para hacerle compañía. Por lo común no era una persona callada, pero durante ese paseo habló muy poco.

Se respiró un ambiente eléctrico desde el principio. Para disgusto de los miembros del PEN, Mailer había invitado al secretario de Estado George Shultz a hablar en la ceremonia de apertura, celebrada en la Biblioteca Pública. Eso arrancó alaridos de protesta a los escritores sudafricanos Nadine Gordimer, J. M. Coetzee y Sipho Sepamla, que acusaron a Shultz de apoyar el apartheid. Otros autores, incluidos E.L. Doctorow, Grace Paley, Elizabeth Hardwick y John Irving, declararon airadamente que se estaba utilizando a los escritores para presentarlos como «un foro a favor de la administración Reagan», tal como lo expresó Doctorow.

Cynthia Ozick hizo circular una petición contra Bruno Kreisky, el ex canciller judío de Austria y participante en el congreso, porque se había reunido con Arafat y Gadafi. (Los defensores de Kreisky señalaron que, durante su periodo en la cancillería, Austria había acogido a más refugiados judíos rusos que cualquier otro país.) Durante una mesa redonda, Ozick tomó la palabra desde el público para denunciar a Kreisky, quien manejó la situación con tanta elegancia que el conflicto se superó rápidamente.

Muchas mujeres asistentes al congreso exigieron saber, no sin razón, por qué se había incluido a tan pocas mujeres en las mesas redondas. Sontag y Gordimer, ambas participantes en mesas redondas, no se sumaron a la sublevación. Fue Susan quien adujo que «la literatura no es una empresa que ofrezca igualdad de oportunidades». Este comentario no contribuyó a mejorar los ánimos de quienes protestaban. Como tampoco la observación que él hizo de que mientras que, al fin y al cabo, había varias mujeres en las distintas mesas redondas, él era el único representante del sur de Asia, o lo que era lo mismo, de una sexta parte del género humano.

Por aquel entonces en Nueva York la literatura se percibía como algo importante, y las discusiones entre escritores tenían gran difusión en la prensa y aún parecían contar fuera de los estrechos confines del mundo de los libros. John Updike pronunció un encomio quietista a los pequeños buzones azules de Estados Unidos, esos símbolos cotidianos del libre intercambio de ideas, ante un público considerablemente perplejo formado por escritores de todo el mundo. Donald Barthelme estaba borracho y Edward Said estaba cordial. Durante la fiesta en el Templo de Dendur, Rosario Murillo -la poeta y compañera del presidente sandinista de Nicaragua, Daniel Ortega- se quedó

junto al santuario egipcio rodeada por una falange de hombres sandinistas con gafas de sol, todos de una apostura asombrosa y aspecto peligroso. Invitó al joven escritor indio (y miembro de la Campaña de Solidaridad con Nicaragua británica) a ir a ver la guerra de la Contra con sus propios ojos.

En una de las sesiones, se vio arrastrado a un combate de pesos pesados entre Saul Bellow y Günter Grass. Él estaba sentado junto al novelista alemán, a quien admiraba mucho, y cuando Bellow -también uno de sus escritores preferidos- acabó una alocución que contenía el elemento recurrente bellowiano sobre la negativa incidencia del éxito del materialismo norteamericano en la vida espiritual de los norteamericanos, Grass se puso en pie para señalar que muchas personas caían sistemáticamente a través de los agujeros del sueño americano, y se ofreció a enseñar a Bellow un poco de pobreza real norteamericana en, por ejemplo, el South Bronx. Bellow, irritado, respondió a su vez con aspereza. Cuando Grass regresó a su asiento, temblaba de ira.

«Di algo», ordenó el autor de *El tambor de hojalata* al representante de una sexta parte del género humano. «¿Quién? ¿Yo?» «Sí. Di algo.»

Así que él se acercó al micrófono y le preguntó a Bellow por qué tantos escritores estadounidenses habían eludido -o de hecho, para mayor provocación, habían ignorado- la tarea de abordar el tema del inmenso poder de Estados Unidos en el mundo. Bellow se molestó. «Nosotros no tenemos tareas -dijo, majestuosamente-. Tenemos inspiraciones.»

Sí, la literatura todavía se percibía como algo importante en 1986. En esos últimos años de la Guerra Fría era importante oír a escritores de la Europa del Este como Danilo Kiš y Czesław Miłosz, György Konrád y Ryszard Kapuściński exponer sus puntos de vista contrarios al ciego régimen soviético. Omar Cabezas, por esas fechas viceministro del Interior de Nicaragua y que acababa de publicar unas memorias de su vida como guerrillero sandinista, y Mahmoud Darwish, el poeta palestino, estaban allí para manifestar puntos de vista que no solían oírse en foros de Estados Unidos; y autores estadounidenses como Robert Stone y Kurt Vonnegut plantearon de hecho sus críticas al poder de Estados Unidos, en tanto que los Bellow y los Updike volvían la mirada hacia el interior del alma americana. Al final lo memorable fue la seriedad del acontecimiento, no la ligereza. Sí, en 1986 aún parecía natural que los escritores se declararan, como dijo Shelley, «los legisladores no reconocidos del mundo», que creyeran en el arte literario como el debido contrapeso al poder, y que vieran la literatura como una fuerza elevada, transnacional y transcultural, que podía, según la magnífica formulación de Bellow, «abrir el universo un poco más». Veinte años después, en un mundo asustado y degradado intelectualmente, sería más difícil para simples escribidores de palabras expresar afirmaciones tan exaltadas. Más difícil pero, quizá, no menos necesario.

De regreso en Londres, recordó la invitación a Nicaragua. Quizá, pensó, le

haría bien alejarse de sus pequeñas dificultades literarias e informar sobre personas con problemas reales. Viajó a Managua en julio. Cuando volvió varias semanas más tarde, estaba tan afectado por lo que había visto que no podía dejar de pensar ni de hablar sobre ello, llegando a ponerse muy pesado con el tema de Nicaragua. El único paso hacia delante posible era plasmar sus sentimientos. Se sentó a su mesa en una especie de frenesí y escribió un texto de noventa páginas en tres semanas. Eso no era una cosa ni otra, demasiado breve para ser un libro, demasiado extenso para ser un artículo. Al final, revisado y ampliado, creció hasta convertirse en un libro breve, *La sonrisa del jaguar*. El día que lo acabó, se lo dedicó a Robyn Davidson (por aquel entonces seguían más o menos juntos) y se lo dio a leer. Cuando ella vio la dedicatoria, dijo «Supongo que eso significa que no me dedicarás la novela», y a partir de ese punto la conversación entró en una espiral descendente.

A su agente Deborah Rogers no le interesó mucho *La sonrisa del jaguar*, pero Sonny Mehta, de Picador en Reino Unido, se apresuró a publicar el libro, y poco después hizo lo mismo Elisabeth Sifton, de Viking, en Estados Unidos. En su gira de promoción estadounidense, el presentador de un programa radiofónico de entrevistas de San Francisco, molesto por la oposición del libro al bloqueo económico de Estados Unidos a Nicaragua y al apoyo de la administración Reagan a las fuerzas de la Contra que pretendían derrocar el gobierno sandinista, le preguntó: «Señor Rushdie, ¿hasta qué punto es usted un instrumento al servicio de los comunistas?». Su risa de sorpresa -era un programa en directo- irritó más al presentador que cualquier otra respuesta que pudiera haber dado.

Sus momentos preferidos fueron cuando lo entrevistó Bianca Jagger, ella misma nicaragüense, para la revista *Interview*. Cada vez que mencionaba a un nicaragüense destacado, ya fuera de izquierdas o derechas, Bianca contestaba distraídamente, con tono neutro: «Ah, sí, yo salí con él». Esa era la verdad sobre Nicaragua. Se trataba de un país pequeño con una élite muy pequeña. Los combatientes en guerra habían ido todos al mismo colegio, pertenecían todos a la élite y conocían a sus respectivas familias, o incluso, en el caso de la dividida dinastía Chamorro, procedían de la misma familia; y habían salido todos unos con otros. La versión (no escrita) de los acontecimientos que pudiera ofrecer Bianca habría sido más interesante -o desde luego más íntima- que la de él.

En cuanto *La sonrisa del jaguar* se publicó, regresó a su problemática novela y descubrió que los problemas habían desaparecido en gran medida. De un modo poco habitual en él, no había escrito el libro en secuencia narrativa. Había escrito primero los pasajes interpolados -la historia de los aldeanos que se adentraban en el mar, el relato de un imán que primero encabezaba y luego devoraba una revolución y las secuencias oníricas posteriormente polémicas ambientadas en una ciudad de arena llamada Jahilia (nombre tomado del término árabe para el periodo de «ignorancia» que precedió al advenimiento del islam)-, y durante mucho tiempo no había sabido

exactamente cómo hilvanarlos en la narración principal y estructural del libro: la historia de Saladin y Gibreel. Pero el descanso le había venido bien, y empezó a escribir.

Los cuarenta pesaban. A los cuarenta un hombre entraba en la madurez y se sentía sólido, asentado, fuerte. Al cumplir los treinta años él se consideraba un fracasado y sentía la mayor de las desdichas. Al cumplir los cuarenta, una soleada tarde de junio en casa de Bruce Chatwin, en un nemoroso entorno cerca de Oxford, estaba rodeado de amigos literarios -Angela Carter, Nuruddin Farah, Bill Buford, director de *Granta*, su propia editora, Liz Calder de Jonathan Cape (por entonces todavía una editorial independiente, antes de ser engullida por Random House), y el propio Bruce- y se sentía dichoso. La vida parecía haberse fraguado tal como él la había soñado, y trabajaba en lo que consideraba su libro más ambicioso desde el punto de vista formal e intelectual, cuyos obstáculos por fin había vencido. Ante él se desplegaba un futuro brillante.

Pronto sería el cuadragésimo aniversario de la independencia de la India -«el cuadragésimo cumpleaños de Saleem»-, y su amiga Jane Wellesley, productora de televisión, invitada también a la fiesta de cumpleaños, lo había convencido de que escribiera y presentara un documental largo a modo de «estado de la nación» para Channel Four. Su idea era eludir por completo, o casi por completo, a las figuras públicas y políticas, y ofrecer un retrato de la India a los cuarenta, una reflexión sobre la «idea de la India», a través de los ojos y en las voces de indios de cuarenta años; no exactamente hijos de la medianoche, pero sí hijos, como mínimo, de la libertad. Emprendió su viaje por la India más largo desde que Clarissa y él habían recorrido el país hacía más de una década. En este segundo viaje sintió la misma avidez. La cornucopia india vertió en él una vez más su abundancia de relatos. *Dámelo en exceso*, pensó, *para que pueda quedar ahíto, y así morir*.

Uno de los primeros días del rodaje, el proyecto estuvo a punto de descarrilar por un momento de insensibilidad cultural. Estaban filmando en la casa de un sastre de Delhi, en una de las zonas más pobres de la ciudad. Era un día tórrido y, después de un par de horas, el equipo se tomó un descanso. Trajeron refrescos fríos de la parte de atrás de una camioneta de producción y los repartieron entre todos *excepto el sastre y su familia*. Él le dijo al realizador, Geoff Dunlop, si podían hablar un momento en privado, y subieron a la azotea de la vivienda del sastre, donde le aseguró a Geoff que, si la situación no se enmendaba de inmediato, abandonaría el rodaje del documental, y que si algo así se repetía, sería el final del proyecto definitivamente. Entonces se le ocurrió preguntar cuál era la tarifa pagada por la utilización del espacio de rodaje. Geoff dio una suma en rupias que, convertida a libras, era una cantidad bajísima. «Eso no es lo que se pagaría en Inglaterra -dijo él-. Deben pagar la tarifa normal de espacio de rodaje.» «Pero -contestó Geoff- en la India eso sería una fortuna.» «Eso no es asunto tuyo -

respondió él-. Tenéis que tratar a la gente de aquí con el mismo respeto que mostraríais en Inglaterra.» Durante unos instantes hubo tensión entre ellos. Por fin Geoff dijo: «De acuerdo», y regresaron abajo. Ofrecieron Coca-Colas frías al sastre y su familia. El resto del rodaje transcurrió sin percances.

En Kerala vio a un famoso narrador oral obrar su magia. Lo interesante de esta actuación fue que incumplía todas las normas. «Comenzad por el principio -había ordenado el Rey de Corazones al aturullado Conejo Blanco en *Alicia en el País de las Maravillas*- y continuad hasta llegar al fin; entonces, parad.» Así tenían que contarse las historias, quienquiera que fuese el Rey de Corazones que había establecido las reglas, pero no fue eso lo que ocurrió en aquel teatro al aire libre de Kerala. El narrador revolvía las historias, introducía frecuentes digresiones respecto a la narración principal, contaba chistes, cantaba canciones, establecía lazos entre su relato político y los cuentos antiguos, hacía apartes personales y en general se comportaba traviesamente. Y sin embargo el público no se levantó, molesto, para marcharse. No silbó, no lo abucheó, no tiró verduras ni bancos al intérprete. Muy al contrario, prorrumpió en carcajadas, lloró de desesperación y permaneció sentado al borde del asiento hasta que él acabó. ¿Actuó así a pesar del complicado juego malabar narrativo del narrador, o precisamente *a causa de eso*? ¿Podía ser que esa forma pirotécnica de contar fuera de hecho *más* absorbente que la versión preferida por el Rey de Corazones, que el relato oral, la más antigua de las formas narrativas, hubiese sobrevivido por haber adoptado la complejidad y el juego y haber rechazado la linealidad desde el principio hasta el final? Si era así, allí, en esa cálida noche de Kerala, todas sus reflexiones sobre la escritura se vieron ampliamente confirmadas.

Si uno concedía una voz a la gente corriente, y tiempo suficiente para usarla, surgía de ella una poesía cotidiana conmovedora. Una musulmana durmiendo en una *jhopadpatti*, una choza en una acera de Bombay, hablaba de sus recelos acerca de las intenciones de sus hijos de cuidar de ella en una etapa posterior de la vida. «Cuando sea vieja, cuando tenga que andar con un bastón, ya veremos qué hacen.» Él le preguntó qué significaba para ella ser india, y ella respondió que había pasado toda su vida en la India y «cuando muera y me dejen en mi tumba, entonces entraré en la India». En Kerala, una mujer comunista de dulce sonrisa trabajaba con ahínco en los arrozales todo el día y luego volvía a casa con su marido, mucho mayor, quien, sentado en su veranda, liaba bidis a cambio de dinero. «Desde que me casé -dijo ella, todavía sonriente, y donde el marido la oía-, no he tenido un solo día de alegría.»

Hubo algo de humor negro. El único político a quien entrevistó fue Chaggan Bhujbal, el primer alcalde de Bombay miembro del Shiv Sena, el agresivo partido nacionalista maratí y comunitarista hindú encabezado por un antiguo caricaturista político, Bal Thackeray. Chaggan Bhujbal era una caricatura política andante. Autorizó al equipo de televisión a acompañarlo a las celebraciones anuales de Ganpati y filmar imágenes de cómo ese festejo en

honor de Ganesha, la deidad con cabeza de elefante, que era en otro tiempo un día de celebración para los miembros de todas las adscripciones religiosas, se reducía ahora a una reafirmación neonazi del poder hindú con los puños en alto. «Pueden llamarnos fascistas -dijo-. *Somos* fascistas. Y pueden llamarnos racistas. *Somos* racistas.» Sobre su mesa, en su despacho, tenía un teléfono de plástico en forma de rana verde. El brillante cámara, Mike Fox, la filmó sin traba alguna, pero cuando más tarde vieron las tomas de rodaje decidieron excluir la rana. Era imposible no sentir un pequeño amago de amor por un hombre que hablaba con vehemencia a una rana verde. No quisieron que los espectadores del documental sintieran ese afecto, y por tanto la rana se quedó en la sala de montaje. Pero nunca se pierde nada. La rana, y el nombre *Mainduck* (rana), acabarían aflorando en *El último suspiro del moro*.

En la gran mezquita de la Vieja Delhi, la Juma Masjid, ondeaban banderas negras en señal de duelo por la matanza de musulmanes en la localidad de Meerut. Quería rodar en la mezquita y el viejo imán Bujari, un agitador y ultraconservador, accedió a reunirse con él porque «Salman Rushdie» era un nombre musulmán. El imán lo recibió en su «jardín», un espacio de tierra y piedra fuertemente acordonado sin un solo tallo de hierba. El imán, desdentado, orondo, feroz, de barba teñida con henna, se hallaba sentado en un sillón, con las piernas muy separadas y una gran cantidad de billetes de banco arrugados en el regazo. Tenía alrededor un sinfín de ayudantes, que lo custodiaban. A su lado había una silla vacía con el asiento de mimbre tejido. Mientras hablaba, alisaba y enrollaba los billetes de rupias, uno por uno, hasta que se parecían a los bidis que otro anciano liaba en una veranda de Kerala. Cuando quedaba satisfecho de sus esfuerzos con un billete, lo insertaba en uno de los orificios del asiento de mimbre, que enseguida se llenó de estos bidis-rupias, los de mayor valor más cerca del imán, los de menor valor más alejados. «Sí -dijo-, pueden filmar.» Después de la fetua de Jomeini, este mismo imán Bujari denunció al autor de *Los versos satánicos* desde el púlpito de la mezquita de Juma Masjid sin saber que antes habían tenido un encuentro más o menos cordial. Pero cometió un error. No recordó bien el nombre del autor y denunció a «Salman Jurshid». Salman Jurshid era un destacado político musulmán. Eso resultó bochornoso, tanto para el imán como para el «Salman equivocado».

En Cachemira pasó varios días con un grupo de artistas itinerantes que interpretaban *bhand pather* o, literalmente, «relatos de payasos», de las historias y leyendas cachemires, una de las últimas compañías de ese tipo, empujadas a la semipenuria por la crudeza y la violencia de la situación política en Cachemira, pero también por el cine y la televisión. Fueron elocuentes sobre sus vidas y fieros en sus críticas a las autoritarias fuerzas de seguridad y del ejército indio; pero cada vez que se encendía la cámara, mentían. Temiendo las consecuencias de dejar constancia de sus verdaderas opiniones, decían: «Ah, nos encanta el ejército indio». Como no consiguió plasmar en imágenes su historia, tuvo que excluirlos de la versión final del

documental, pero jamás olvidó sus historias no filmadas, jamás olvidó el claro en el bosque, lleno de niños que hacían volteretas y caminaban por la cuerda floja, donde se adiestraba a una nueva generación de «payasos», payasos que quizá ya no tendrían un público ante el que actuar, que quizá incluso, cuando crecieran, abandonasen las falsas espadas de los actores y empuñasen las armas reales de la yihad islámica. Muchos años después se convirtieron en el centro de su «novela de Cachemira», *Shalimar el payaso*.

La más elocuente de todos sus testigos fue R., una mujer sij que vivía en una casa de vecindad de Delhi. Su marido e hijos habían sido asesinados ante sus ojos por la turbamulta, incitada y quizá incluso dirigida por los líderes del Partido del Congreso, que «se vengaban» así de toda la comunidad sij por el asesinato de Indira Gandhi, el 31 de octubre de 1984, a manos de dos guardaespaldas sijs, Beant Singh y Satwant Singh, leales al movimiento separatista en pro de Jalistán. La mataron en venganza por el ataque al sanctasanctórum sij, el Templo Dorado, donde el líder del movimiento, Sant Jarnail Singh Bhindranwale, se había atrincherado con muchos de sus pistoleros. Tres años después, la viuda R. tuvo la elegancia y fortaleza de declarar: «No quiero venganza, ni violencia, ni Jalistán. Solo quiero justicia. Eso es lo único que quiero».

Para asombro de él, las autoridades indias le habían negado permiso para filmar a la mujer, o reunir cualquier material sobre las matanzas sijs. Pero él consiguió grabar su testimonio en una cinta de audio, y en la película acabada su fotografía fue una de las de muchas viudas utilizadas en un montaje fotográfico que tuvo un impacto, si cabe, incluso mayor del que habría tenido su imagen en movimiento. La Alta Comisión India de Londres reaccionó intentando obligar a Channel Four a suspender la emisión del documental. Pero la emisión siguió adelante según lo previsto. Fue asombroso que -en un esfuerzo más del partido gobernante para encubrir su implicación en las atrocidades que costaron la vida a miles de sijs- el gobierno indio intentara reprimir el testimonio no de una terrorista, sino de una víctima del terrorismo, y fue encomiable que la cadena de televisión tuviera el valor y los principios de rechazar esa petición.

Marcharse de la India era sentirse ahíto: rebosante de ideas, argumentos, imágenes, sonidos, olores, caras, relatos, sensualidad, intensidad y amor. Entonces él no lo sabía, pero eso fue el principio de un largo exilio. Cuando la India se convirtió en el primer país del mundo que prohibió *Los versos satánicos*, se negó además a concederle un visado de entrada. (Los ciudadanos británicos necesitaban visado para entrar en la India.) No le permitirían regresar, *volver a casa*, durante doce años y medio.

Se enteró de que su padre tenía cáncer cuando montaban el documental, que ahora se titulaba *The Riddle of Midnight*. Su cuñado Safwan, casado con su hermana menor, Nabeelah (apodada en la familia *Guljum*, «cariño»), telefoneó desde Karachi para decir que a Anis le habían diagnosticado un

mieloma múltiple, cáncer en la médula ósea. Recibía tratamiento, pero poco podía hacerse. Existía un fármaco, el Melfalán, que podía darle unos meses más, quizá incluso un par de años si respondía bien. Como aún no estaba claro cuál era su respuesta a la medicación, resultaba difícil saber cuánto tiempo le quedaba. «¿Qué hago? -se preguntó-. Tal vez convenga más que Sameen y yo vayamos por separado, primero uno y luego el otro, así al menos Amma siempre tendría allí a uno de nosotros.» (Sameen vivía otra vez en Londres y trabajaba en relaciones comunitarias.) Se produjo una pausa y a continuación Safwan, muy serio, dijo: «Salman *bhai*, ven. Coge un avión y ven». Habló con Jane Wellesley y Geoff Dunlop y los dos accedieron de inmediato: «Ve». Llegó a Pakistán al cabo de cuarenta y ocho horas, justo a tiempo de acompañar a su padre en sus últimos seis días de vida.

Fueron días de afecto, una especie de regreso a la inocencia. Había acordado consigo mismo des-saber todo lo malo, las peleas entre sus padres oídas en la infancia, los insultos de su padre en estado de ebriedad cuando se hallaban en el hotel Cumberland de Londres en enero de 1961, y el día que dio un puñetazo a su padre en la mandíbula. Entonces tenía veinte años, y de pronto no pudo más con los arrebatos alcohólicos de Anis, sobre todo porque en esta ocasión el blanco era su madre. Pegó a su padre y luego pensó: *Dios mío, ahora va a devolverme el golpe*. Anis era bajo de estatura pero muy fuerte, con antebrazos de carnicero, y un puñetazo suyo habría sido devastador. Pero Anis no pegó a su hijo; sencillamente se alejó en silencio, avergonzado. Nada de eso importaba ya. Anis, internado en el hospital Aga Khan de Karachi, ya no era fuerte. Tenía el rostro demacrado y el cuerpo consumido. Se lo veía delicado, y a punto. «Desde el principio les dije que era cáncer -explicó-. Les preguntaba: ¿adónde se ha ido toda la sangre?» Mucho tiempo atrás, cuando Anis leyó *Hijos de la medianoche*, se indignó por el personaje de «Ahmed Sinai», también un padre que tenía problemas con el alcohol. Se negó a hablar con su hijo y amenazó con divorciarse de su mujer por «empujar al chico a eso». Se tranquilizó cuando el libro alcanzó el éxito y sus amigos lo llamaron para darle la enhorabuena. Dijo a Salman: «Cuando tienes un bebé en el regazo, a veces te moja, pero se lo perdonas». Tras lo cual el hijo se sintió insultado por el padre, y la tensión entre ambos continuó. Ahora todo eso se había esfumado. Anis cogió la mano de su hijo y susurró: «Me enfadé porque todo lo que escribiste era verdad, hasta la última palabra».

Durante los días siguientes re-crearon su amor hasta que estuvo allí presente, suyo otra vez, como si nunca lo hubieran perdido. En la gran novela secuencial de Proust, el objetivo es recapturar el pasado no a través del prisma distorsionante del recuerdo, sino *tal como era*. Eso fue lo que ellos dos consiguieron hacer con el amor. *L'amour retrouvé*. Una tarde, tiernamente, cogió una maquinilla eléctrica y afeitó a su padre.

Anis estaba débil, y después de unos días deseó irse a casa. La casa de Karachi era todo lo contrario de la Villa Windsor de Bombay, una moderna construcción de dos plantas, y no una vieja villa. En la piscina vacía unas

ranas, posadas en el pequeño charco de agua estancada y verde en el lado profundo, se pasaban toda la noche croando. En una ocasión, cuando Anis gozaba aún de buena salud, enfurecido por el alboroto, corrió escalera abajo desde su dormitorio en plena noche y empezó a golpear a las ranas con una aleta de buceo de goma. Dejó groguis a varias pero no las mató. A la mañana siguiente todas habían recobrado el conocimiento y, brincando, habían desaparecido. Era evidente que las ranas también eran de goma.

Ahora Anis no podía subir a su dormitorio. Le prepararon una cama en su estudio de la planta baja y se quedó allí rodeado de libros. Resultó que estaba en la ruina. En el cajón superior izquierdo de su escritorio había fajos de billetes de quinientas rupias, y ese era todo el dinero que le quedaba. Sus cuentas bancarias estaban en números rojos. Pesaban pequeñas deudas contra la casa. Había llegado al final del camino.

Durante la cena Safwan, el marido de Guljum, un ingeniero electrónico de éxito, contó una extraña historia. Afirmó haber entrado él personalmente en Pakistán de contrabando el ordenador más rápido del mundo, el Sistema de Coma Flotante (o FPS por su sigla en inglés), que incorporaba el llamado «equipo de acceso» VAX. Dicho ordenador podía realizar setenta y seis millones de cálculos por segundo. El cerebro humano solo podía realizar dieciocho. «Ni siquiera los mejores ordenadores corrientes -dijo- pueden realizar más de un millón de cálculos.» A continuación explicó que el FPS era esencial para la construcción de la bomba atómica islámica. Ni siquiera en Estados Unidos había más de veinte ordenadores como ese. «Si se supiera que tenemos uno en nuestro almacén de Lahore -comentó con una alegre sonrisa-, se suspendería toda la ayuda internacional a Pakistán.»

Así era Pakistán. Cuando visitó el país, vivió en la burbuja formada por la familia, más unos cuantos amigos que en realidad eran los viejos amigos de Sameen, no suyos. Fuera de la burbuja había un país que a él siempre le había resultado profundamente ajeno. De vez en cuando noticias como la de Safwan, llegadas de fuera de la burbuja, le provocaban el deseo de marcharse en el primer avión y no volver allí nunca más. Esas noticias las comunicaban invariablemente personas sonrientes y afables, y en la contradicción entre su personalidad y sus acciones residía la esquizofrenia que estaba desgarrando el país.

Al final Safwan y Guljum se separaron, y esa hermosa muchacha se precipitó poco a poco hacia una obesidad inmensa y pavorosa, los problemas psicológicos y el consumo de drogas. Un día, a los cuarenta y tantos años, la encontraron muerta en su cama, la menor de cuatro hijos y la primera en irse de este mundo. Dado que él tenía prohibida la entrada en el país, no pudo asistir al funeral, como tampoco había podido dar sepultura a su madre. Cuando Negin Rushdie murió, alguien escribió en un periódico paquistaní que todos los presentes en el funeral debían pedir perdón a Dios porque ella era la madre de un autor apóstata. Esas eran otras razones para su aversión a Pakistán.

La hora de Anis llegó en plena noche el 11 de noviembre de 1987, menos de dos días después de volver a casa del hospital. Salman tuvo que llevarlo al cuarto de baño y limpiarlo después de escapársele una diarrea negra. Luego vomitó interminablemente en un cubo, y lo metieron en el coche y Sameen, rápida como el viento, lo llevó al hospital Aga Khan. Más tarde él pensó que deberían haberlo dejado en casa y permitirle marcharse tranquilamente, pero en ese momento se engañaron creyendo que el hospital podía salvarle la vida a fin de retenerlo un poco más de tiempo. Habría sido mejor ahorrarle la inútil violencia de la electricidad en sus últimos momentos. Pero no se libró, y no sirvió de nada, y después ya se había ido, y Negin, pese a su matrimonio largo y difícil, se desplomó en el suelo y, gimiendo, dijo: «Juró que nunca me abandonaría y ahora se ha ido, ¿y yo qué voy a hacer?».

Él rodeó a su madre con el brazo. Ahora él cuidaría de ella.

El Aga Khan, el mejor hospital de Karachi, era gratuito para todos los ismailíes pero carísimo para los no ismailíes, lo cual en realidad era justo, pensó él. No entregarían el cadáver de su padre hasta que se pagara la factura. Por suerte, él llevaba una tarjeta American Express en el bolsillo y la utilizó para recuperar el cuerpo de su padre del hospital donde había muerto. Cuando lo llevaron a casa, todavía se veía la huella de su cuerpo en las sábanas de su cama, y sus viejas zapatillas estaban en el suelo. Llegaron los hombres, familiares y amigos, porque ese era un país caluroso y el entierro se celebraría al cabo de unas horas. Debería haber sido él quien se ocupara de la organización, pero en ese país extranjero estaba atado de manos y no sabía a quién recurrir, y por tanto los amigos de Sameen buscaron el cementerio y encargaron unas andas e incluso -eso era obligatorio- llamaron a un mulá de la mezquita del barrio, un edificio moderno que parecía una versión en hormigón colado de la cúpula geodésica de Buckminster Fuller.

Lavaron a Anis -era la primera vez que veía el cuerpo desnudo de su padre-, y el sastre de mortajas cosió la sábana con que lo envolvieron. El cementerio estaba cerca, y cuando llegaron las andas, emanando una fragancia de flores y virutas de sándalo, la tumba esperaba abierta. El enterrador permaneció a los pies mientras él descendía por el extremo opuesto, el de la cabeza, y bajaron a Anis a la fosa. Estar en la tumba de su padre y colocar la mano bajo la cabeza amortajada del muerto, depositar esa cabeza en su última morada, fue un acto de una fuerza inmensa. Se sentía triste por el hecho de que su padre, un hombre de gran cultura y erudición, nacido en el *muhallah* de Ballimaran, en la Vieja Delhi de Ghalib, y después de décadas de vida feliz en Bombay, hubiera acabado tan pobre en un lugar que no había sido bueno para él y que nunca había sentido como algo propio. Anis Ahmed Rushdie era un hombre desilusionado, pero al menos había terminado sus días sabiendo que lo querían. Cuando salió de la tumba, se rompió la uña del pulgar del pie izquierdo y tuvo que ir al hospital local de Jinnah para que le administraran la vacuna contra el tétanos.

En los años posteriores Anis visitó los sueños de su hijo quizá una vez al mes. En esos sueños se mostraba invariablemente afectuoso, ingenioso, sabio, comprensivo y dispuesto a apoyarlo: el mejor de los padres. Le chocó que la relación entre ellos después de la muerte de Anis fuese una gran mejora respecto a cómo habían sido las cosas cuando su padre aún vivía.

En *Los versos satánicos*, Saladin Chamcha también tenía una relación difícil con su padre, Changez Chamchawala. En el proyecto original de la novela, Changez también moría, pero su hijo no regresaba a Bombay a tiempo para verlo antes del final, y como consecuencia debía arrastrar la carga del conflicto no resuelto entre ellos. En cambio, para él, la felicidad y el profundo sentimiento de aquellos seis días con su propio padre fueron lo más importante que se llevó a Londres de Karachi. Tomó una gran decisión: permitiría a Saladin y Changez vivir la experiencia que él había vivido con Anis. Su padre acababa de morir, pero él escribiría sobre su muerte de todos modos. Le preocupaba la moralidad de eso. ¿Estaba mal, era morboso, vampírico? No conocía la respuesta. Se dijo que si, mientras lo hacía, tenía la sensación de que era algo sórdido, rompería esas hojas y volvería al proyecto original.

Utilizó muchos elementos que eran reales, incluso los detalles de la medicación que había tenido que administrar a Anis en esos últimos días. «Aparte de la diaria tableta de Melfalán, [a Changez] se le habían recetado una serie de específicos, a fin de tratar de combatir las perniciosas complicaciones del cáncer: anemia, insuficiencia cardíaca, etcétera. Isosórbide dinitrato, dos tabletas, cuatro veces al día; Furosemida, una tableta, tres veces; Prednisolona, seis tabletas, dos veces...» Y demás. Agarol, Spironolactona, Allopurinol. Una horda de fármacos prodigiosos pasó de la realidad a la ficción.

Escribió acerca del momento en que afeitó a su padre -en que Saladin afeitó a Changez- y del valor resignado del hombre moribundo ante la muerte. «*Primero te encariñas con tu padre y después aprendes a respetarlo.*» Escribió sobre la diarrea negra y los vómitos y el voltaje y las sábanas y las zapatillas y el lavado del cuerpo y el entierro. Y escribió esto: «*Está enseñándome a morir*, pensó Salahuddin. *No desvía la mirada, sino que mira a la muerte cara a cara*. En ningún momento de su agonía pronunció Changez Chamchawala el nombre de Dios».

Así murió también Anis Ahmed Rushdie.

Mientras escribía este final, no le pareció que estuviera aprovechándose. Le pareció respetuoso. Cuando acabó, supo que ese texto se quedaría en el libro.

El día que se marchó de Londres para estar con su padre, Marianne encontró un papel en un bolsillo de un pantalón suyo. En él, de su puño y letra, aparecía el nombre de Robyn y un verso de una canción de los Beatles, *excites me like no other lover* [«me excita como ninguna otra amante»]. No recordaba

haberlo escrito, ni cuánto tiempo llevaba el papel en su bolsillo -no veía a Robyn desde hacía más de un año y probablemente la nota estaba en ese bolsillo desde hacía más tiempo-, pero Marianne se puso celosa, y se despidieron con aspereza. Habían planeado celebrar el cuadragésimo cumpleaños de Marianne en París. Eso ya no sería posible, debido a la enfermedad de Anis.

Aún rebosaba de emoción por la muerte de Anis cuando, en una conferencia telefónica, pidió a Marianne que se casara con él. Ella aceptó la proposición. El 23 de enero de 1988 se casaron en el Ayuntamiento de Finsbury, disfrutaron de un banquete nupcial con sus amigos en el restaurante Frederick's de Islington y luego pasaron la noche en el Ritz. No se enteró hasta mucho más tarde de que su hermana Sameen y sus amigos más íntimos albergaban malas premoniciones sobre esa unión pero no habían sabido cómo decirle que no siguiera adelante.

Al cabo de cuatro días escribió en su diario: «¡Qué fácil es destruir a un hombre! Tu enemigo inventado: ¡qué fácilmente puedes aplastarlo! ¡Qué pronto se desmorona! La maldad: la facilidad es su seducción». Después no recordó por qué lo había escrito. Sin duda era una reflexión sobre algún aspecto de su obra en curso, aunque al final no llegó al libro acabado. Pero un año más tarde le pareció... en fin, le pareció una profecía.

También escribió esto: «Si algún día termino *Los versos satánicos*, a pesar de los vaivenes emocionales, el divorcio, la mudanza, el libro de Nicaragua, el documental sobre la India, y otros, habré, creo, completado mi "asunto prioritario", el de nombrar las partes de mí mismo. Después ya no quedará nada de lo que escribir; excepto, claro está, la totalidad de la vida humana».

A las 16.10 del martes 16 de febrero de 1988, escribió en su diario en mayúsculas: «HE LLEGADO AL FINAL». El miércoles 17 introdujo correcciones menores y «di el libro por acabado». El jueves hizo fotocopias y entregó el libro a sus agentes. Ese fin de semana Sameen y Pauline empezaron a leer *Los versos satánicos*. Sameen acabó de leerlo el lunes y en su mayor parte le encantó. Pero la descripción de la muerte de Changez le dejó una gran sensación de malestar. «Una y otra vez me entraban ganas de decir: "Yo también estaba allí. Eso no te lo dijo a ti, me lo dijo a mí. Tú no hiciste eso por él, lo hice yo". Pero me has dejado fuera de la historia, y ahora todo el mundo pensará que fue así como ocurrió.» Él no pudo defenderse ante sus acusaciones. «No importa -dijo ella-. He dicho lo que pensaba. Ya se me pasará.»

Cuando un libro abandona la mesa del autor, cambia. Incluso antes de que nadie lo lea, antes de que se posen en una sola frase los ojos de alguien que no es el creador, el libro queda alterado irremediablemente. Se ha convertido en *un libro que puede leerse*, que ya no pertenece a su hacedor. Ha adquirido, en cierto sentido, libre albedrío. Realizará su viaje por el mundo y el autor ya no puede hacer nada al respecto. Incluso él, al ver sus frases, las lee de manera

distinta ahora que pueden ser leídas por otros. Le parecen frases distintas. El libro ha salido al mundo y el mundo lo ha rehecho.

Los versos satánicos se había marchado de casa. Su metamorfosis, su transformación mediante el contacto con el mundo más allá de la mesa del autor, sería anormalmente extrema.

Mientras escribía el libro, había tenido una nota para sí mismo clavada en la pared encima de su mesa. «Escribir un libro es establecer un contrato fáustico a la inversa -decía-. Para conseguir la inmortalidad, o al menos la posteridad, pierdes, o al menos arruinas, tu vida cotidiana real.»

II

«LOS MANUSCRITOS NO ARDEN»

-Dime, ¿por qué Margarita te llama maestro? -preguntó Woland. El hombre se echó a reír y contestó: -Una comprensible debilidad suya. Tiene una opinión demasiado elevada de una novela que yo he escrito. -¿Qué novela? -Una novela sobre Poncio Pilatos... -¿Sobre qué? ¿Sobre quién? -preguntó Woland, y dejó de reír-. ¡Pero eso es extraordinario! ¿En estos tiempos? ¿No podías haber elegido otro tema? Déjame echar un vistazo. Woland extendió la mano con la palma hacia arriba. -Por desgracia no puedo enseñártela -contestó el maestro-, porque la quemé en mi estufa. -Perdona, pero no te creo -dijo Woland-. No puedes haberlo hecho. Los manuscritos no arden. -Se volvió hacia Behemoth y dijo-: Vamos, Behemoth, dame la novela. El gato saltó de su silla, y allí donde había estado sentado apareció un montón de manuscritos. Con una inclinación de cabeza, el gato entregó el primero de la pila a Woland. Margarita se estremeció y, entre lágrimas, exclamó: -¡Ahí esta el manuscrito! ¡Ahí está!

El diablo, Woland, devuelve al maestro su novela destruida en *El maestro y Margarita*, de MIJAÍL BULGÁKOV

A altas horas de la madrugada del 15 de febrero de 1989, yacía inquieto en la cama junto a su mujer dormida. Por la mañana lo visitaría un oficial de alto rango de la Brigada «A», adscrita a la División Especial de la Policía Metropolitana, que se ocupaba de toda forma de protección personal en el Reino Unido (excepto la protección de la familia real, que recaía en la Brigada de Protección Real). La División Especial había sido en sus inicios la División Especial Irlandesa, creada en 1883 para combatir a la Hermandad Republicana Irlandesa, y hasta recientemente las principales amenazas contra las que protegía a los individuos -el primer ministro, el ministro de Defensa, el ministro de Exteriores, el ministro para Irlanda del Norte y varios miembros destacados del Parlamento- procedían de los descendientes de la Hermandad, el IRA Provisional. Pero el terrorismo se había diversificado, y sus adversarios tuvieron que asumir nuevos enemigos. Los líderes de la comunidad judía necesitaban protección de vez en cuando al recibir amenazas creíbles de integristas islámicos. Y ahora estaba también este novelista, insomne en la cama, a oscuras, en Lonsdale Square. Un mulá tendía su largo brazo de una parte a otra del mundo para arrebatarle la vida. Era un asunto para la policía.

El hombre de la División se presentaría acompañado de un miembro de los

servicios de inteligencia, y le comunicarían qué decisiones de seguridad se habían tomado en lo relativo a la amenaza. «Amenaza» era un término técnico, y no significaba lo mismo que «riesgo». El «nivel de amenaza» era algo general, pero los «niveles de riesgo» eran específicos. El nivel de amenaza contra un individuo podía ser alto -y correspondía a los servicios de inteligencia determinarlo-, pero el nivel de riesgo atribuido a una acción concreta realizada por ese individuo podía ser mucho más bajo, por ejemplo, si nadie sabía qué planeaba hacer o cuándo. La evaluación del riesgo era tarea del equipo de protección policial. Estos eran conceptos que él tendría que llegar a dominar, porque las evaluaciones de amenaza y riesgo, en adelante, darían forma a su vida cotidiana. Entretanto, él pensaba en la isla Mauricio.

Diez días después de entregar él *Los versos satánicos*, Marianne acabó su nueva novela, *John Dollar*, obra que trataba del canibalismo entre unos personajes aislados en una isla desierta y que ella insistió -con poco acierto, en opinión de él- en definir como «un *Señor de las moscas* feminista». La noche de la cena para la entrega del premio Booker de 1988, cuando *Los versos satánicos* quedó como finalista por detrás de *Oscar y Lucinda* de Peter Carey, incluso la describió con esas palabras al mismísimo William Golding. Eso fue decididamente poco acertado. Dos días después de entregar ella su libro, se marcharon a Mauricio de vacaciones, junto con la hija de Marianne, Lara Porzak, estudiante de primero en Dartmouth y fotógrafa en ciernes. Aquello no era una isla desierta, por suerte, de modo que no había carne humana en el menú. Era su primera experiencia de unas vacaciones en una «isla paradisíaca» y estaba dispuesto a disfrutar de un poco de hedonismo perezoso. La novela lo había agotado más absolutamente que cualquier otra cosa que hubiera escrito antes. Mientras ellos descansaban en la playa, Andrew Wylie en Nueva York y Gillon Aitken en Londres distribuyeron copias de *Los versos satánicos* y los engranajes del negocio editorial empezaron a moverse. Nadó en aguas tan cálidas que cuando uno entraba en ellas no percibía cambio en la temperatura, y contempló puestas de sol tropicales, y tomó bebidas con fruta y sombrillas en la copa, y cenó *sacréchien*, un delicioso pescado local, y pensó en Sonny Mehta en Knopf, Peter Mayer en Viking, y los editores de Doubleday, Collins y demás leyendo su enorme y extraña novela. Se había llevado una pila de libros para leer o releer a fin de apartar de su pensamiento la inminente subasta. Estaba muy impaciente por conocer el resultado, pero durante esos días idílicos lamido por el océano Índico era imposible creer que algo pudiera salir mal.

Debería haber prestado atención a los pájaros. Las aves no voladoras muertas que no habían podido alzar el vuelo para escapar de sus depredadores, que las hicieron pedazos. Mauricio era la capital mundial -el campo de exterminio y fosa común- de las aves no voladoras extintas.

«L'île Maurice» no tuvo población humana hasta el siglo XVII, hecho insólito en una isla de su tamaño. Sin embargo, habían vivido allí cuarenta y cinco especies de aves, muchas de ellas incapaces de despegarse del suelo,

incluidas el rascón rojo, el solitario y el dodo. Luego llegaron los holandeses, que solo estuvieron allí desde 1638 hasta 1710, pero cuando se marcharon todos los dodos habían muerto, exterminados, en su mayor parte, por los perros de los colonos. En total, veinticuatro de las cuarenta y cinco especies aviares de la isla fueron empujadas a la extinción, así como las anteriormente abundantes tortugas y otras criaturas. En el museo de Port Louis había un esqueleto de dodo. Su carne repugnaba a los seres humanos, pero los perros no tenían tantas manías. Los perros veían a una criatura indefensa y la hacían pedazos. Al fin y al cabo, eran perros adiestrados para la caza. Desconocían la misericordia.

Tanto los holandeses como los colonos franceses que los siguieron importaron esclavos de África para cultivar la caña de azúcar. Dichos esclavos no recibieron un trato benévolo. Entre los castigos se incluían la amputación y la ejecución. Los británicos conquistaron Mauricio en 1810, y en 1835 se abolió la esclavitud. Casi todos los esclavos huyeron de inmediato de la isla donde habían sido objeto de tal crueldad. Para sustituirlos, los británicos llevaron una nueva población de trabajadores indios contratados que se comprometían a un periodo de servicio en las colonias a cambio del pasaje y la manutención. La mayor parte de los indios que vivían en Mauricio en 1988 nunca habían visto la India, pero muchos aún hablaban un dialecto indio, el bopurí, que en un siglo y medio había experimentado cierto grado de criollización pero todavía era reconocible, y ellos aún eran hindúes y musulmanes. Conocer a un indio de la India, un indio que había paseado por calles indias reales y comido palometa india real en lugar del *sacréchien* mauriciano, que había recibido el calor del sol indio y se había empapado con las lluvias monzónicas y que había nadado en el verdadero mar Arábigo frente a la costa india, era una especie de milagro. Él era un visitante de una tierra antigua y mítica, y le abrieron sus casas. Uno de los principales poetas en hindi de Mauricio, que de hecho había estado recientemente en la India por primera vez en su vida para asistir a un congreso de poesía, le dijo que su lectura había desconcertado a los oyentes indios, porque leía para transmitir un significado, tal como era «normal» para él, en lugar de declamar rítmicamente a la manera habitual de los poetas indios en hindi. Era un pequeño desplazamiento cultural respecto a la «normalidad», un mínimo efecto secundario de la emigración de sus antepasados, los trabajadores contratados, pero tuvo un profundo impacto en el distinguido poeta, quien comprobó que, pese a su dominio de la lengua más hablada en la India, en realidad aquel no era su lugar. El autor indio emigrado a quien contaron esta anécdota comprendió que la sensación de arraigo era un tema importante e incómodo para los dos. Se veían obligados a responder a preguntas que no necesitaban plantearse los autores inmóviles en un lugar, una lengua, una cultura, y debían aceptar sus respuestas como ciertas. ¿Quiénes eran, y a qué y a quiénes pertenecían? ¿O acaso la idea de arraigo era una trampa en sí misma, una jaula de la que habían tenido la suerte de escapar? Él había

llegado a la conclusión de que era necesario reformular esas preguntas. Las preguntas para las que él conocía la respuesta no atañían al lugar o las raíces, sino al amor. *¿A quién quieres? ¿Qué puedes dejar atrás, y a qué necesitas aferrarte? ¿Dónde se siente pleno tu corazón*?

Una vez, en el Festival de Literatura de Cheltenham, en una cena para los numerosos escritores indios invitados ese año, la novelista india Githa Hariharan le dijo de buenas a primeras: «Desde luego, tu posición en la literatura india es sumamente problemática». Él quedó atónito y un poco dolido. «¿Ah, sí?», respondió como embobado. «Pues sí -recalcó ella-. Sumamente.»

En la playa, delante del hotel, conoció a un hombre de baja estatura, de complexión menuda, con un airoso sombrero de paja que vendía baratijas con desacostumbrado fervor a los turistas. «Hola, caballero, compre algo, caballero -dijo el hombre con una amplia sonrisa, y añadió-: Me llamo Body Building.» Fue como si Mickey Mouse se hubiese presentado como «Arnold Schwarzenegger». Él negó con la cabeza. «No, usted no se llama así -dijo, y empezó a hablar en hindi-. Debe de tener un nombre indio.» El efecto del cambio de idioma fue espectacular. «¿Es usted un indio de verdad, caballero? -preguntó Body Building, también en hindi-. ¿De la India de verdad?» Faltaban tres días para Holi, la fiesta de los colores de primavera, cuando por toda la India -y por lo visto también en Mauricio- la gente «jugaba al Holi», es decir, se empapaban mutuamente con agua de colores y se lanzaban mutuamente polvos de colores. «Tiene que venir a jugar al Holi a mi casa», insistió Body Building, y la risa de placer de los dos jugadores de Holi lo alivió un poco de la creciente tensión entre él y sus acompañantes. Fue un buen día para aquel matrimonio de cinco semanas en el que ya se observaban signos de tirantez. Saltaban chispas eléctricas entre Marianne y Lara, y entre él y Lara, y entre él y Marianne. Las olas del cálido océano Índico no podían llevarse ese hecho, como tampoco podían ocultarlo los intensos colores del Holi. «Vivo a tu sombra», le dijo Marianne, y él percibió el resentimiento en su cara. Andrew Wylie y Gillon Aitken también eran agentes de ella. Él se los había presentado, y ellos la habían aceptado. Pero ahora *Los versos satánicos* iba a salir a subasta y la novela de Marianne tenía que esperar en la cola.

Cuando regresaron de los festejos, calados y teñidos de rosa y verde, lo esperaba un mensaje de Andrew. Telefoneó a Nueva York desde el bar del hotel. Los colores exultantes de una puesta de sol estallaron en el cielo. Se había iniciado la puja. Era alta, casi asombrosamente alta, en opinión de él, más de diez veces superior a su mayor anticipo anterior. Pero las grandes sumas de dinero tuvieron un precio. Dos buenas amistades se vieron seriamente dañadas.

Liz Calder, amiga íntima y su primera y única editora desde hacía quince años, había dejado de trabajar en Jonathan Cape poco antes ese mismo año para pasar a ser una de las fundadoras de la nueva editorial Bloomsbury. Por

su amistad, se había dado por supuesto que él la seguiría. En esa época Andrew Wylie lo representaba solo en Estados Unidos; su agente británica era la muy respetada Deborah Rogers, también íntima amiga de Calder. Deborah enseguida acordó con Liz que «el nuevo Rushdie» iría a Bloomsbury a cambio de una cantidad módica, ya que la nueva editorial no podía permitirse grandes anticipos. Era la clase de pacto entre amigos en el mundo editorial británico, y a él no le gustó. Andrew Wylie le dijo que si aceptaba una cifra baja en el Reino Unido, echaría a perder las perspectivas del libro en Estados Unidos. Tras muchas vacilaciones, accedió a dejar su representación a nivel mundial en manos de Andrew y de su homólogo británico Gillon Aitken. El pacto entre amigos se canceló, Liz y Deborah se sintieron profundamente ofendidas, y la subasta siguió adelante. A él se le ocurrió señalar a Liz que, de hecho, había sido ella quien lo había abandonado a él al marcharse de Cape para ir a Bloomsbury, pero ella no tenía mucho interés en oír esa clase de razonamientos. En cuanto a Deb, no había mucho que decir. Ya no era su agente. No había forma de dorar esa píldora.

Para él, la amistad había tenido siempre mucha importancia. Había pasado la mayor parte de su vida físicamente alejado de su familia y también emocionalmente alejado de casi toda ella. Los amigos eran la familia que uno elegía. Goethe utilizó el término científico «afinidades electivas» para plantear que las conexiones de amor, matrimonio y amistad entre seres humanos eran similares a las reacciones químicas. Las personas se sentían atraídas entre sí químicamente para formar compuestos estables -matrimonios- o, al verse sometidas a otras influencias, se separaban; una parte del compuesto se veía desplazada por un nuevo elemento y, quizá, se formaba un nuevo compuesto. A él personalmente no le gustaba mucho el uso de la química como metáfora. Le parecía demasiado determinista y dejaba poco espacio a la acción de la voluntad humana. Para él, «electivo» significaba «escogido», no por la naturaleza bioquímica inconsciente de uno, sino por el yo consciente de uno. Su amor por sus amigos escogidos, y por aquellos que lo habían escogido a él, lo había sostenido y alimentado; y las heridas infligidas a otros por sus actos, pese a ser estos justificables en términos comerciales, le parecían humanamente incorrectas.

Había conocido a Liz por mediación de la mejor amiga de Clarissa, Rosanne Edge-Partington, a principios de los años setenta. La madre de Clarissa, Lavinia, había emigrado recientemente al pueblo de Mijas, al sur de España. El enclave andaluz preferido del general Franco por su belleza, un imán para los expatriados ultraconservadores de toda Europa y, con el paso del tiempo, el modelo para el pueblo ficticio pero no muy distinto de Benengeli en *El último suspiro del moro*. Ella vendió su enorme casa del número 35 de Lower Belgrave Street a los actores Michael Redgrave y Rachel Kempson, que más tarde la vendieron -curiosamente- a la esposa del dictador de Nicaragua, Hope Somoza; pero Lavinia conservó la casa más pequeña, la del número 37a, que originariamente había sido un anexo de la casa principal, para que la ocupara

su hija. Clarissa y él vivieron allí durante tres años y medio hasta que compraron la casa del 19 de Raveley Street, en Kentish Town, en el norte de Londres, donde él escribió *Hijos de la medianoche*, soñando con calinosos horizontes indios mientras contemplaba los plomizos cielos de Inglaterra; y durante la mayor parte de esos tres años y medio, Liz Calder fue su inquilina. Su novio de entonces, Jason Spender, realizaba un doctorado en la Universidad de Manchester mientras ella trabajaba en el departamento de publicidad de la editorial Victor Gollancz en Londres, y viajaba continuamente entre Manchester y Londres, pasando tres o cuatro días por semana en la oficina y el resto en el norte.

Era una mujer guapísima, y a él le asignó, entre otras, la siguiente tarea: cuando algún hombre la acompañara a casa después de alguno de los muchos actos del mundo editorial, cosa que ocurría a menudo, él tenía que quedarse levantado y dar conversación alegremente al hombre en cuestión hasta que este se marchaba a su casa. «No me dejes nunca sola con ellos», le ordenó, como si ella no fuera perfectamente capaz de manejar cualquier cosa que un hombre pudiera intentar con ella. Uno de esos visitantes nocturnos fue el escritor Roald Dahl, un hombre alto y desagradable, con grandes manos de estrangulador, que no paró de lanzarle a él miradas de inquina, que lo indujeron a tomar la firme determinación de no ceder ni un centímetro. Finalmente Dahl salió airadamente a la noche, casi sin despedirse, ni siquiera de Liz. Otra de sus visitas masculinas fue John Coleman, crítico cinematográfico de la revista *New Statesman*, supuestamente un alcohólico rehabilitado, que abrió su maletín, sacó un par de botellas sumamente alcohólicas y anunció: «Estas son para mí». Coleman se quedó hasta tan tarde que al final él traicionó la confianza de Liz y se fue a la cama, y ella lo fulminó con la mirada al verlo marcharse. A la mañana siguiente reveló que Coleman se había arrancado la ropa en el salón y exclamado: «Tómame, soy tuyo». Ella, con delicadeza, había obligado al eminente crítico a vestirse de nuevo y lo había acompañado a la puerta.

Liz se había casado joven, se había trasladado de Nueva Zelanda a Brasil con su marido, Richard, había tenido dos hijos, un niño y una niña, trabajado como modelo, dejado a su marido y se había marchado a Londres. Brasil siguió siendo un gran amor, y en una ocasión, cuando una «gala benéfica brasileña» celebrada en Londres ofreció dos billetes de avión a Río como primer premio para el mejor disfraz de carnaval, ella se cubrió el cuerpo desnudo de crema limpiadora blanca, adoptó una pose y se dejó llevar por la sala de baile en un carrito con ruedas por su nuevo novio, Louis Baum, el director de la biblia semanal del sector editorial, *The Bookseller*, que vestía un blusón y boina de escultor y empuñaba un cincel. Naturalmente, ganó.

En Gollancz, la ascendieron y dejó el departamento de publicidad para convertirse en editora justo cuando él acababa *Grimus*. Ella dormía por la noche en la habitación donde él escribía durante el día y, sin él saberlo, había estado echando ojeadas furtivas al manuscrito en crecimiento. Una vez

acabado, ella lo publicó y, por tanto, su primera novela como autor fue también la primera novela de ella como editora. Después del nacimiento de Zafar hicieron vacaciones todos juntos en Francia, con el hijo de Louis, Simon. Esta era la relación que él había roto, por dinero. ¿Qué decía eso de él?

La asociación con Deborah Rogers no era tan antigua como su amistad con Liz, pero era muy estrecha. Era una mujer amable, maternal, generosa y de una gran amplitud emocional, cuya relación con sus autores era tan afectuosa como profesional. Después de la publicación de *Hijos de la medianoche*, mucho antes de obtener el premio Booker y convertirse en un autor de éxito internacional, fue en su despacho donde él llegó a la conclusión de que, si andaba con pies de plomo, podía llegar a vivir de su pluma. El aliento de ella le dio fuerzas para volver a casa y decirle a Clarissa que «se preparara para ser pobre», y entonces la fe de Clarissa redobló la confianza de él y le permitió entrar en la agencia de publicidad y presentar su renuncia. Clarissa y él habían pasado momentos felices en Middle Pitts, la granja de Gales propiedad de Deb y su marido, el compositor Michael Berkeley. También esta ruptura dejó el dolor de la culpabilidad. Pero cuando estalló la tormenta sobre la cabeza de él, tanto Deborah como Liz dejaron de lado al instante sus agravios y le mostraron una lealtad y una generosidad espectaculares. Fueron el amor y la lealtad de sus amigos lo que le permitió sobrevivir durante esos años, y sí, también su perdón.

Y Liz llegó a sentir que había esquivado una bala. Si hubiese publicado *Los versos satánicos*, la posterior crisis, con sus amenazas de bomba, amenazas de muerte, gastos en seguridad, evacuaciones de edificios y miedo, probablemente habrían hundido su nueva aventura editorial de inmediato, y Bloomsbury no habría sobrevivido para descubrir a una desconocida e inédita autora de literatura infantil llamada Jo Rowling.

Hubo otra cosa. En la batalla de *Los versos satánicos*, ningún escritor habría podido desear aliados más valerosos, imperturbables y resueltos que Andrew Wylie y Gillon Aitken. Cuando él los nombró, no sabía que irían juntos a la guerra, ni ellos podían saber lo que se les venía encima. Pero cuando se declaró la guerra, él se alegró de tenerlos a su lado.

La oferta más alta para los derechos de publicación en lengua inglesa de *Los versos satánicos* no la hizo Viking. Había otra oferta que superaba a esa en cien mil dólares, pero Andrew y Gillon le aconsejaron encarecidamente que la rechazara. Él no estaba acostumbrado a cifras tan grandes, y menos aún a desecharlas, y le preguntó a Andrew: «¿Podrías explicarme otra vez por qué no debo acceder a recibir cien mil dólares más?». Andrew se mantuvo en sus trece. «No sería la editorial adecuada para ti.» Más tarde, tras desencadenarse la tormenta, *The New Yorker* publicó una entrevista con el señor Rupert Murdoch en la que este declaraba con énfasis: «Creo que uno no debe ofender las creencias religiosas de los demás. Por poner un ejemplo, quiero creer que

nuestra gente nunca habría publicado el libro de Salman Rushdie». Es posible que Rupert Murdoch no supiera que algunos de quienes él consideraba «su gente» se habían entusiasmado tanto con la novela que habían rebasado la puja de la competencia en una cantidad considerable, pero parecía probable, a la luz de ese comentario incluido en la semblanza del *New Yorker*, que si Murdoch se hubiese visto en la situación de ser el editor de *Los versos satánicos*, hubiese retirado el libro tan pronto como empezaron los problemas. El consejo de Andrew Wylie había demostrado una presciencia insólita. Sin duda, Murdoch no era el editor adecuado.

No existía nada que pudiera llamarse «vida normal». Siempre le había gustado la idea de los surrealistas de que nuestra capacidad para experimentar el mundo como algo extraordinario se veía empañada por el hábito. Nos acostumbrábamos a las cosas tal como eran, a la cotidianidad de la vida, y entonces una especie de polvo o película nublaba nuestra visión, y la verdadera y milagrosa naturaleza de la vida en la tierra se nos escapaba. Correspondía al artista eliminar esa capa cegadora y renovar nuestra capacidad de asombro. Eso a él le parecía bien; pero no era solo un problema de hábito. La gente padecía asimismo de una forma de ceguera elegida. La gente simulaba que existía algo que podía llamarse «corriente», algo que podía llamarse «normal», y esa era la fantasía pública, mucho más escapista que la ficción más escapista, en la que todos se parapetaban. La gente se retiraba tras la puerta de su casa a la zona oculta de sus mundos familiares y privados, y cuando alguien de fuera les preguntaba cómo iban las cosas, ellos contestaban, ah, todo va sobre ruedas, no hay mucho que decir, situación normal. Pero en secreto todo el mundo sabía que detrás de la puerta las cosas rara vez eran tan monótonas. Más probablemente la vida era un desbarajuste total, y quien más quien menos se las veía con padres coléricos, madres alcohólicas, hermanos rencorosos, tías locas, tíos lascivos y abuelos en declive. La familia no eran los sólidos cimientos sobre los que se apoyaba la sociedad, sino que se encontraba en el núcleo caótico y oscuro de todos los males que nos aquejaban. No era normal, sino surrealista; no era monótona, sino accidentada; no era corriente, sino estrafalaria. Recordó el entusiasmo con que había escuchado, a los veinte años, las Conferencias de Reith pronunciadas en la BBC por Edmund Leach, el gran antropólogo e intérprete de Claude Lévi-Strauss, que un año antes había sustituido a Noel Annan como rector del King's College. «Lejos de ser la base de la buena sociedad -había dicho Leach-, la familia, con su estrecha privacidad y sus escabrosos secretos, es la fuente de todas nuestras insatisfacciones.» ¡*Sí*!, pensó él. ¡*Sí! Eso yo también lo sé*. Las familias de las novelas que después escribió serían explosivas, operísticas, aspaventeras, exclamatorias, desenfrenadas. La gente a la que no le gustaban sus libros a veces criticaba esas familias ficticias tachándolas de irreales: no suficientemente «normales». No obstante, los lectores a quienes sí gustaban sus libros le decían: «Esas familias son

exactamente como la mía».

Los derechos de publicación en lengua inglesa para *Los versos satánicos* se vendieron a Viking el 15 de marzo de 1988. El libro se publicó en Londres el 26 de septiembre. Fueron los últimos seis meses de su «vida normal», tras lo cual las pátinas del hábito y el autoengaño se vieron bruscamente arrancadas y lo que quedó a la vista no era la belleza surrealista del mundo, sino su monstruosidad brutal. Le correspondería a él, en los años posteriores, redescubrir, como hizo la Bella, la belleza de la Bestia.

Cuando Marianne se instaló en la casa de St. Peter's Street, buscó a un médico en el barrio. Él se ofreció a presentarle a su propio médico de cabecera. «No -dijo ella-. Quiero a una mujer.» Y él contestó que su médico de cabecera era una mujer. «Aun así -insistió ella-, necesito encontrar a alguien que entienda bien un tratamiento que recibí.» Había sobrevivido, explicó, a un cáncer de colon, superándolo mediante un tratamiento de vanguardia en Canadá. (Allí era legal, pero no en Estados Unidos, aclaró.) «Así que estoy indagando en el entorno del cáncer.» Al cabo de un par de días dijo haber encontrado a la doctora que quería.

En la primavera de 1988 Marianne y él pensaban en el futuro. En cierto momento se plantearon brevemente la posibilidad de comprar una casa en Nueva York y conservar solo un apartamento en Londres, pero Zafar aún no había cumplido los nueve años, así que enseguida descartaron la idea. Vieron casas en Hampstead, en Kemplay Road, y luego en Willow Road, al borde del Heath, e incluso hicieron una oferta por la casa de Willow Road, que fue aceptada. Pero él se echó atrás, aduciendo que en realidad no deseaba pasar por los trastornos de una mudanza. La verdad era más sombría: no quería comprar una casa *con Marianne*, porque no tenía la certeza de que la relación durase.

Ella empezó a quejarse, esa primavera, de que se sentía enferma otra vez. Después de una violenta disputa por la persistente «obsesión» de él con Robyn, que en realidad era la obsesión de Marianne, ella declaró que sentía una sombra dentro de sí, un profundo dolor en la sangre. Necesitaba ver a la doctora. Temía la aparición de un cáncer en el cuello del útero. Él advirtió la ironía de que esa crisis surgiera en el preciso momento en que ambos habían terminado sus libros y tenían tantas cosas con las que ilusionarse; la ironía de que una posible pérdida aterradora se cerniera sobre ellos para eclipsar su júbilo. «Siempre estás hablando de lo que has perdido -dijo ella-. Pero son evidentes las muchas cosas que has ganado.»

Luego Marianne se enteró de que no le habían concedido la Guggenheim que había solicitado, y su ánimo se vino abajo. Tuvo noticias de su doctora: no eran buenas, pero tampoco eran concluyentes. Sin embargo, al cabo de un par de semanas, la posibilidad del cáncer se descartó tan deprisa como se había introducido. Los negros nubarrones se disiparon. Estaba sana. El futuro volvía a existir.

¿Por qué intuyó él que fallaba algo en esta narración? No podía precisarlo. Quizá la confianza entre ellos ya se había erosionado demasiado. Ella no podía perdonarle el papel que había encontrado en su bolsillo. La decisión de no comprar la casa en Willow Road había representado otro golpe a la fe de ella en el matrimonio. También él tenía preguntas difíciles en la cabeza.

El padre de Clarissa se había tirado de lo alto de un edificio. La madre de Robyn Davidson se había ahorcado. Ahora descubría que también el padre de Marianne se había suicidado. ¿Qué significaba que todas las mujeres importantes de su vida fueran hijas de suicidas? Él no podía, o no quería, contestar a esa pregunta. Poco después de conocer a Elizabeth West, que sería su tercera esposa y madre de su segundo hijo, se sintió obligado a preguntar por sus padres. Para él, fue un alivio saber que no se había producido ningún suicidio en el entorno familiar de Elizabeth. Pero su madre había muerto cuando ella era niña, y su padre, mucho mayor que la madre, no había sido capaz de cuidar de ella, y la habían criado otros parientes. Allí estaba otra vez el vacío en forma de progenitor.

Intentaba activar su imaginación porque la eterna pregunta ¿*Y ahora qué*? ya empezaba a desazonarlo. Leyó *El agente confidencial* de Graham Greene y le impresionó la simplicidad de los efectos de Greene. Un hombre no se parece a la fotografía de su pasaporte, y a Greene eso le basta para concebir un mundo incierto e incluso siniestro. Leyó *La pequeña Dorrit* y le maravilló, como siempre, el talento de Dickens para animar lo inanimado: la ciudad de Marsella mirando el cielo, mirando a los forasteros, a uno y a todos, con una mirada tan feroz que había que cerrar persianas y postigos para resguardarse de ella. Leyó *Herzog* por enésima vez, y en esta ocasión la actitud del libro hacia las mujeres le resultó realmente chirriante. ¿Por qué eran tantos los personajes masculinos de Bellow con la fantasía de que tendrían un éxito mayor en el terreno sexual si fueran más violentos? Desde Moses Herzog hasta Kenneth Trachtenberg en *Mueren más por desamor*, siempre la misma fantasía. *Señor B, se le ve el plumero*, observó. Leyó *La llave* de Junichiro Tanizaki y disfrutó con su relato de diarios secretos y francachelas sexuales en el viejo Japón. Marianne dictaminó que era un libro malévolo. Él pensó que era un libro sobre el carácter manipulador del deseo erótico. El alma tenía muchos rincones oscuros, y a veces los libros los eliminaban. Pero ¿qué quería decir él, como ateo, cuando usaba la palabra «alma»? ¿Era pura poesía? ¿O había algo en nosotros no corpóreo, algo aparte de la carne, la sangre y el hueso, aquello que Koestler llamaba el espectro en la máquina? Jugueteó con la idea de que pudiera existir un alma mortal en lugar de una inmortal, un espíritu alojado en el cuerpo que moría cuando moría el cuerpo. Un espíritu que podía ser aquello a lo que nos referíamos cuando hablábamos de *das Ich*, el Yo.

Leer también era vivir. Leyó a William Kennedy, *La jugada más grande*, y

con admiración escribió: «El fin del comportamiento no era la acción sino la comprensión en la que basar la acción». Leyó *Brevísima historia del tiempo*, de Hawking, y le dio dolor de cabeza, y pese a entender solo una pequeña parte del texto, sabía lo suficiente para discutir al gran hombre la afirmación de que nos acercábamos al punto en que todo se conocería. La totalidad del conocimiento: solo un científico podía estar tan loco o ser tan extraordinario como para imaginar que eso era posible.

Zia ul-Haq murió en un accidente aéreo: no fue una gran pérdida.

Un libro que, según pensó al principio, podría llegar a ser una obra de teatro, tal vez una reinvención de *Otelo*, empezó a germinar en él, aunque cuando lo escribió varios años después había crecido de maneras que en su día no entendió. Pensó que podía titularse *El último suspiro del moro*. Entretanto, en un sueño se le apareció una mujer india, conocida suya, que había leído *Los versos satánicos*, y le advirtió que habría «una factura que pagar» por la novela. Las partes del libro ambientadas en Londres no significaban nada para ella, y la historia sobre la separación de las aguas del mar Arábigo «solo me muestra tu interés en el cine». El sueño simbolizaba un temor de él: que la gente solo reaccionara a aquellas partes de la novela con las que sentía alguna conexión personal -positiva o negativa-, y pasara por alto lo demás. Como siempre tras la conclusión de un libro y antes de su publicación, empezaba a dudar de lo que había hecho. A veces le parecía un poco desmadejado, un «monstruo flojo, deforme», por usar la expresión de Henry James. En otros momentos pensaba que había conseguido controlarlo y darle forma hasta obtener algo excelente. Le preocupaban varias secuencias: el pasaje de «Rosa Diamond» con sus antecedentes argentinos y la transformación diabólica de su personaje Chamcha en un furgón policial y un hospital. Albergaba serias dudas acerca de la mecánica de la narración principal, y sobre las escenas de la transformación en particular. De pronto sus dudas se disiparon. El libro estaba acabado, y se sentía orgulloso de él.

En mayo pasó unos días en Lisboa. A finales de la década de los ochenta, la Fundación Wheatland -una empresa conjunta entre el editor británico George Weidenfeld y la estadounidense Ann Getty, «financiada», como lo expresó *The New York Times*, por su marido Gordon Getty- organizó durante un par de años una serie de espléndidos congresos literarios en distintas partes del mundo, un programa que se interrumpió en 1989 cuando la relación Getty-Weidenfeld se desmoronó bajo la presión de unas pérdidas calculadas por *The New York Times* en «al menos quince millones de dólares». Parte de esos millones se perdieron sin duda en el congreso celebrado en el palacio de Queluz en mayo de 1988, que reunió al más extraordinario grupo de escritores desde el Congreso del PEN Club de 1986 en Nueva York. Sontag, Walcott, Tabucchi, Enzensberger y demás. Él fue con Martin Amis y Ian McEwan, y después de su mesa redonda «británica», los italianos se quejaron de que habían hablado demasiado de política, en tanto que la literatura tenía que ver

con «frases», y lord Weidenfeld se quejó de que se habían mostrado muy críticos con Margaret Thatcher, con quien estaban muy en deuda. Mientras él se hallaba en el escenario, el magnífico escritor montenegrino Danilo Kiš, que resultó ser un hábil caricaturista, dibujó un retrato de él en un cuaderno del congreso y se lo regaló al final de la sesión. En el Congreso del PEN Club de Nueva York, Danilo, escritor brillante e ingenioso, había defendido la idea de que el Estado podía tener imaginación. «De hecho -dijo-, el Estado también tiene sentido del humor, y les pondré un ejemplo de un chiste del Estado.» Vivía en París, y un día recibió una carta de un amigo yugoslavo. Cuando la abrió encontró un sello oficial en la primera hoja. Rezaba: ESTA CARTA NO HA SIDO CENSURADA. Kiš se parecía a Tom Baker en el papel de Doctor Who y no hablaba inglés. Como el serbocroata en realidad tampoco era una opción, entablaron amistad en francés. En el momento del congreso de Lisboa, Kiš estaba enfermo -murió de cáncer de pulmón en 1989- y tenía las cuerdas vocales gravemente afectadas, hasta el punto de que apenas podía hablar. Me ofreció la caricatura en lugar de conversación, y esta se convirtió para mí en una preciada posesión.

La pequeña discusión sobre los comentarios de la «mesa redonda británica» no fue más que un aperitivo. El acontecimiento principal fue el enconado enfrentamiento que tuvo lugar entre los escritores rusos y aquellos de la zona que, insistían ellos, debería conocerse como «Europa central»: el propio Kiš, los húngaros György Konrád y Péter Esterházy, el expatriado, checocanadiense Josef Škvorechý, y los grandes poetas polacos Adam Zagajewski y Czesław Miłosz. Corrían los tiempos del *glasnost*, y era la primera vez que los soviéticos permitían salir a los escritores «reales», no a figuras decorativas de la Unión de Escritores, sino a otros como Tatyana Tolstaya. Los principales autores de la emigración rusa, encabezados por Joseph Brodsky, también estaban allí, y por tanto el acto ofreció una especie de reunificación de la literatura rusa, y presenciarlo fue conmovedor (Brodsky se negó a hablar en inglés, deseando, dijo, ser un ruso entre rusos). Sin embargo, cuando los escritores de Europa central, indiferentes a la opinión postulada por los italianos de que la literatura tenía que ver con frases, manifestaron apasionadas denuncias contra la hegemonía rusa, los rusos reaccionaron mal. Varios de ellos afirmaron que desconocían la existencia de una cultura de Europa central independiente. Tolstaya añadió que, si a los escritores les preocupaba el Ejército Rojo, siempre podían refugiarse en su imaginación, como hacía ella, y allí serían totalmente libres. Esto no sentó bien. Brodsky aseguró, con una formulación de un imperialismo cultural casi cómico, que Rusia iba camino de resolver sus propios problemas, y que una vez llegados a ese punto, todos los problemas de Europa central se resolverían también. (Este fue el mismo Brodsky que, después de la fetua, se uniría al bando de quienes pensaban «Él sabía muy bien lo que hacía, lo hizo adrede».) Czesław Miłosz pidió la palabra para discrepar de Brodsky en términos estentóreos, y los setenta y pico escritores de la sala se vieron obsequiados

con el espectáculo de los dos gigantes, ambos laureados con el Nobel (y viejos amigos), batiéndose en términos que dejaron muy claro a todos los presentes que se cocía un gran cambio en el Este. Fue como ver un avance de la caída del comunismo, la dialéctica de la historia cobrando vida, expresada y representada por los mayores intelectuales de la región en presencia de sus colegas internacionales: un momento inolvidable para los afortunados que estaban allí.

Si la historia avanzaba dialécticamente, como propuso Hegel, la caída del comunismo y el surgimiento del islam revolucionario demostraron que el materialismo dialéctico, la reelaboración del pensamiento de Hegel y Fichte desarrollada por Karl Marx, que identificaba la dialéctica como lucha de clases, estaba equivocada de raíz. Las reflexiones de los intelectuales de Europa central en el palacio de Queluz, y también la muy distinta filosofía del islam radical cuyo poder crecía muy rápidamente, desdeñaban la idea marxista de que *la economía era la base de todo*, de que el conflicto económico, expresado en la lucha de clases, ofrecía la mejor explicación de la dinámica de las cosas. En este nuevo mundo, en la dialéctica del mundo más allá del enfrentamiento comunismo-capitalismo, quedaría claro que la cultura podía ser también la base de todo. La cultura de Europa central se reafirmaba contra la identidad rusa para desarmar a la Unión Soviética. Y la ideología, como insistían el ayatolá Jomeini y sus adláteres, sin duda podía ser la base de todo. Las guerras de la ideología y la cultura empezaban a ocupar el centro del escenario. Y su novela, por desgracia para él, se convertiría en un campo de batalla.

Le pidieron que fuera al programa radiofónico *Desert Island Discs* [«Discos para la isla desierta»], en Gran Bretaña un honor mayor que cualquier premio literario. Una de las ocho opciones musicales que se llevó consigo a su imaginaria isla desierta fue un gazal en urdu compuesto por Faiz Ahmed Faiz, un amigo íntimo de la familia que había sido el primer gran escritor a quien él conoció, poeta público cuyos versos sobre la partición de la India y Pakistán eran los mejores jamás escritos, y a la vez creador despechado de poemas de amor muy admirados. Había aprendido de Faiz que la tarea del escritor era simultáneamente pública y privada, que debía ser árbitro tanto de la sociedad como del corazón humano. Otra de sus elecciones fue la música que, quizá, sonaba bajo el texto de su nueva novela: «Sympathy for the Devil», de los Rolling Stones.

Bruce Chatwin estaba mortalmente enfermo, y él lo visitó varias veces. La enfermedad afectaba al equilibrio mental de Bruce. Hasta hacía poco se había negado a pronunciar las palabras «sida» y «VIH», pero ahora declaraba delirantemente haber encontrado la cura. Dijo que estaba telefoneando a sus amigos ricos, «como el Aga Khan», con el propósito de recaudar dinero para la investigación, y quería que sus amigos literatos aportaran algo también. Los

«expertos» del hospital Radcliffe, en Oxford, estaban «muy entusiasmados» y seguros de que «iba por buen camino». Bruce también tenía la certeza de que él mismo se había enriquecido enormemente. Sus libros habían vendido «una cantidad inmensa de ejemplares». Un día llamó para decir que había comprado un óleo de Chagall. Esa no fue su única «adquisición» exorbitante. Su mujer, Elizabeth, se vio obligada a devolver discretamente sus compras y explicar que Bruce no era el de siempre. Al final, su padre tuvo que recurrir a los tribunales para asumir la responsabilidad sobre la economía de su hijo, y eso provocó una triste ruptura en la familia. También había un libro de Bruce a punto de salir, su última novela, *Utz*. Un día telefoneó para decir: «Si nos incluyen a los dos en la lista de nominados para el Booker, debemos anunciar sencillamente que nos proponemos compartirlo. Si gano yo, lo compartiré contigo, y tú debes decir lo mismo». Hasta entonces Bruce siempre había despreciado el premio Booker.

Le pidieron que reseñara *Querida Mili*, un cuento de Grimm ilustrado por Maurice Sendak, para *The New York Times*, y si bien procuró expresar su admiración por gran parte de la obra de Sendak, no pudo evitar decir que en esas ilustraciones el gran dibujante se repetía un tanto respecto a su trabajo anterior. Después de eso Sendak dijo a los entrevistadores que era la reseña más dolorosa que había recibido jamás y que «odiaba» a su autor. (Escribió otras dos reseñas de libros, para el *Observer* británico, en las que encontró el libro sometido a consideración menos prodigioso que la obra anterior del autor, y los autores de *La casa Rusia* y *Hocus pocus*, John le Carré y Kurt Vonnegut, hasta entonces personas con quienes mantenía una relación cordial, también se declararon enemigos suyos. Eso era lo que pasaba con las reseñas de libros. Si a uno le encantaba un libro, el autor pensaba que sus elogios no eran más que lo que se merecía, y si a uno no le gustaba, se creaba enemigos. Decidió dejar de hacerlo. Era una tarea ingrata.)

El día que recibió las pruebas encuadernadas de *Los versos satánicos* lo visitó en su casa de St. Peter's Street una periodista a quien consideraba amiga, Madhu Jain, de *India Today*. Cuando ella vio la gruesa portada azul oscuro con el enorme título en rojo, mostró un gran entusiasmo y le suplicó que le diera un ejemplar para poder leerlo mientras estaba de vacaciones en Inglaterra con su marido. Y en cuanto lo leyó, le pidió que le permitiera entrevistarlo y publicar un fragmento en *India Today*. Una vez más, él accedió. Después, durante muchos años, pensó en la publicación de ese fragmento como la cerilla que prendió el fuego. Y sin duda la revista puso de relieve lo que acabó viéndose como los aspectos «controvertidos» del libro, utilizando el titular «Un ataque inequívoco contra el integrismo religioso», que fue la primera de las innumerables descripciones imprecisas del contenido del libro, y atribuyéndole, en otro titular, unas palabras textuales -«Mi tema es el fanatismo»-, que tergiversó aún más la obra. La última frase del artículo,

«*Los versos satánicos* desencadenará por fuerza una avalancha de protestas...», era una invitación abierta al inicio de tales protestas. El artículo fue leído por el parlamentario indio y conservador islámico Syed Shahabuddin, que reaccionó escribiendo una «carta abierta» titulada «Señor Rushdie, ha hecho usted esto con premeditación satánica», y ahí se desencadenó todo. La manera más eficaz de atacar un libro es demonizar al autor, convertirlo en una criatura con motivos viles e intenciones malévolas. El «Satán Rushdy» que después exhibirían por las calles de todo el mundo los manifestantes indignados, ahorcado en forma de monigote con una lengua roja colgándole y vestido con un burdo esmoquin, estaba creándose: nacido en la India, como el Rushdie auténtico. Esa era la primera proposición de la agresión: que cualquiera que escribiese un libro con la palabra «satánico» en el título debía de ser también satánico. Como muchas falsas proposiciones que florecieron en la incipiente Era de la Información (o desinformación), se hizo verdad a fuerza de la repetición. Di una mentira sobre un hombre una vez y mucha gente no te creerá. Dila un millón de veces y es a ese hombre a quien ya no creerán.

Con el paso del tiempo llegó el perdón. Releyendo el artículo de *India Today* muchos años después, en una época más tranquila, pudo conceder que el artículo era más justo de lo que el titular de la revista daba a entender, más equilibrado que su última frase. Aquellos que deseaban ofenderse se habrían ofendido de todos modos. Aquellos que querían inflamarse habrían encontrado la chispa necesaria. Tal vez el acto más dañino de la revista fue, incumpliendo la tradicional prohibición en prensa, sacar a la luz su artículo nueve días antes de la publicación del libro, en un momento en que no había llegado a la India ni un solo ejemplar. Esto dio rienda suelta al señor Shahabuddin y su aliado, otro parlamentario de la oposición llamado Jurshid Alam Khan. Ellos podían decir lo que les viniera en gana acerca del libro, y nadie podía defenderlo porque no podía leerse. Un hombre que había leído un ejemplar de prepublicación, el periodista Jushwant Singh, exigió su prohibición en un artículo de *The Illustrated Weekly of India* como medida para prevenir conflictos. Se convirtió así, pues, en el primer miembro del pequeño grupo de escritores internacionales incorporados al lobby de la censura. Jushwant Singh afirmó más tarde que Viking le había pedido consejo, y él había advertido al autor y la editorial de las consecuencias de la publicación. El autor no tuvo noticia de dicha advertencia. Si alguna vez se hizo, él no la recibió.

Para decepción suya, el ataque a su persona no se limitó a los detractores musulmanes. En el recién creado periódico británico *Independent*, el escritor Mark Lawson citó a un coetáneo anónimo de Cambridge que lo calificó de «pomposo» y que, como «chico de colegio público», se sentía «distanciado de él por su educación». Con lo que el innombrado le echaba en cara sus desdichados años en Rugby. Otro «amigo íntimo», también anónimo, «entendía» por qué él ofrecía una imagen «hosca y arrogante». Y había más:

era «esquizofrénico», estaba «totalmente chiflado», ¡*corregía a las personas que pronunciaban mal su nombre*!, y -lo peor de todo- una vez le quitó el taxi al señor Lawson y dejó al periodista allí plantado. Estas eran cosas insignificantes, reflejaban estrechez de miras, y hubo mucho más de lo mismo en otras partes, en otros periódicos. «Amigos íntimos a menudo admiten que en realidad él no es una persona agradable», escribió Bryan Appleyard en *The Sunday Times*. «Rushdie es de un egotismo descomunal.» (¿Qué clase de «amigos íntimos» hablaban así de sus amigos? Solo los anónimos desenterrados por articulistas.) Aunque en la «vida normal» todo ello habría sido doloroso, nada habría importado demasiado. Pero en el gran conflicto que siguió, la idea de que no era un hombre muy agradable resultaría muy dañina.

A lord Byron le desagradaba profundamente la obra del poeta laureado del siglo XVIII Robert Southey y lo atacó virulentamente en prensa. Southey contestó que Byron formaba parte de una «escuela satánica» de escritores, y que su poesía no era más que «versos satánicos».

La edición británica de *Los versos satánicos* apareció el lunes 26 de septiembre de 1988, y ahora él, en retrospectiva, sentía una profunda nostalgia por ese momento, la época en que los problemas aún parecían lejos. Ese otoño, por un breve periodo, la publicación de *Los versos satánicos* fue un acontecimiento literario, comentado en el lenguaje de los libros. ¿Era bueno? ¿Era, como Victoria Glendinning apuntaba en el *Times* de Londres, «mejor que *Hijos de la medianoche*, porque es más contenido, pero solo en el sentido en que son contenidas las cataratas del Niágara», o, como Angela Carter dijo en *The Guardian*, «una obra épica en la que se han perforado orificios para dejar entrar visiones [...] [una] novela populosa, locuaz, a veces cómica, extraordinaria, contemporánea»? ¿O era, como escribió Claire Tomalin en *The Independent*, «una rueda que no giraba», o una novela que «se precipitaba, con las alas derritiéndose -según la opinión aún más áspera de Hermione Lee en el *Observer*-, hacia la ilegibilidad»? ¿Era muy numeroso el apócrifo «Club Página 15» formado por lectores incapaces de pasar de ese punto en el libro?

Muy pronto el lenguaje de la literatura quedaría ahogado por la cacofonía de otros discursos, políticos, religiosos, sociológicos, poscoloniales, y el tema de la calidad, de la intención artística seria, llegaría a parecer casi frívolo. El libro sobre la emigración y transformación que había escrito estaba desvaneciéndose y siendo sustituido por otro que apenas existía en el que *Rushdie alude al Profeta y sus Compañeros como «escoria y vagabundos»* (no era así, pero sí permitió que esos personajes que perseguían a los adeptos a su Profeta ficticio emplearan un vocabulario soez), *Rushdie llama rameras a las esposas del Profeta* (no era así, aunque las prostitutas de un burdel en su imaginaria Jahilia adoptan los nombres de las esposas del Profeta para excitar a sus clientes; las esposas en sí se describen claramente como mujeres que

llevan una vida casta en el harén), *Rushdie usa la palabra «joder» demasiadas veces* (bueno, vale, la usó bastante). Esta novela imaginaria era contra la que se dirigiría la cólera del islam, y después de eso pocas personas desearon hablar del libro real, salvo, a menudo, para coincidir con la valoración negativa de Hermione Lee.

Cuando sus amigos le preguntaban qué podían hacer para ayudar, él a menudo suplicaba: «Defended el texto». El ataque era muy concreto, y sin embargo la defensa a menudo era general, basándose en el poderoso principio de la libertad de expresión. Tenía la esperanza de recibir, y muchas veces sentía que necesitaba, una defensa más específica, como la defensa de la calidad realizada en los casos de otros libros atacados, *El amante de lady Chatterley, Ulises, Lolita*; porque ese era un ataque violento no contra la novela en general ni contra la libertad de expresión en sí, sino contra una acumulación concreta de palabras (componiéndose la literatura, como le habían recordado los italianos en el palacio de Queluz, de frases), y contra las intenciones y la integridad y la capacidad del escritor que había juntado esas palabras. *Lo ha hecho por dinero. Lo ha hecho por la fama. Los judíos lo han inducido a hacerlo. Nadie habría comprado este libro ilegible si él no hubiera vilipendiado el islam*. Esa fue la esencia del ataque, y por consiguiente, durante muchos años, se negó a *Los versos satánicos* la vida corriente de una novela. Se convirtió en algo más pequeño y feo: un insulto. Había algo de surrealistamente cómico en esta metamorfosis de una novela sobre metamorfosis angélicas y satánicas en una versión-demonio de sí misma, y se le ocurrieron unos cuantos chistes de humor negro al respecto. (Muy pronto correrían chistes sobre él. *¿Has oído hablar de la nueva novela de Rushdie? Se titula «Buda, pedazo de cabrón»*.) Pero, para él, el humor estaba fuera de lugar en este nuevo mundo, un comentario cómico sería una nota chirriante, el desenfado era del todo inapropiado. Como su libro se convirtió simplemente en un insulto, él se convirtió en el Insultador; no solo a ojos de los musulmanes, sino en opinión del público en general. Encuestas realizadas después del «caso Rushdie» empezaron a demostrar que una gran mayoría del público británico consideraba que el autor debía presentar una disculpa por su libro «ofensivo». Esa no sería una disputa fácil de ganar.

Pero durante esas escasas semanas del otoño de 1988 el libro seguía siendo «solo una novela» y él todavía era él. Viking del Reino Unido organizó una fiesta para la presentación de su catálogo de otoño y allí conoció a Robertson Davies y Elmore Leonard. Se apretujó en un rincón con los dos magníficos ancianos mientras Elmore Leonard contaba la historia de cómo un día, después de la devastación experimentada a raíz de la muerte de su mujer, estaba preguntándose cómo llegaría a encontrar a otra compañera de vida, cuando de pronto miró por la ventana de su casa en Bloomfield Township, a las afueras de Detroit, y vio allí de pie a una mujer. Se llamaba Christine y era miembro del cuerpo de jardineros voluntarios e iba a Bloomfield con regularidad para atender el jardín de Leonard. Se casaron al cabo de un año.

«No sabía dónde encontraría una esposa -dijo-, y de pronto la encontré justo delante de mi ventana, regando mis plantas.»

Siguió la habitual ronda de lecturas y firma de ejemplares por toda Gran Bretaña. Viajó a Toronto para hablar en el Festival Internacional de Autores en Harbourfront. *Los versos satánicos* fue seleccionada para el premio Booker junto con novelas de Peter Carey, Bruce Chatwin, Marina Warner, David Lodge y Penelope Fitzgerald. (Evitó telefonear a Bruce para reabrir el tema de compartir el premio.) La única nube en el horizonte era Syed Shahabuddin, el parlamentario indio, que exigía que se tomaran medidas en la India contra ese libro «blasfemo», a la vez que declaraba que no lo había leído, aduciendo: «No tengo que atravesar una cloaca inmunda para saber qué es la inmundicia», lo cual era un buen argumento, en relación con las cloacas. Durante un breve periodo fue posible hacer caso omiso de esa nube y disfrutar de la publicación (aunque, para ser absolutamente sincero, la publicación de un libro siempre despertaba en una gran parte de él el deseo de esconderse detrás de los muebles). Al final, el jueves 6 de octubre de 1988, la nube tapó el sol. Su amigo Salman Haidar, cuya familia había mantenido con la de él una estrecha relación durante generaciones, y que era segundo embajador de la India en Londres, asumió la difícil tarea de llamarlo para comunicarle formalmente en nombre de su gobierno que *Los versos satánicos* se había prohibido en la India.

Pese al tan cacareado secularismo de la India, los gobiernos indios desde mediados de los años setenta -a partir de la época de Indira y Sanjay Gandhi- habían cedido en numerosas ocasiones a la presión de los grupos de interés religiosos, sobre todo aquellos que se atribuían el control de grandes sectores del electorado. Hacia 1988, el débil gobierno de Rajiv Gandhi, con las elecciones previstas para el mes de noviembre, se rindió cobardemente a las amenazas de dos parlamentarios musulmanes de la oposición que se resistían a «entregar» los votos del electorado musulmán al Partido del Congreso. El libro no fue examinado por ninguna institución con la debida autoridad, ni hubo proceso judicial ni nada parecido. La prohibición llegó, por inverosímil que sea, del Ministerio de Economía, que, en aplicación de la Sección 11 de la Ley de Aduanas, impidió la importación del libro. Extrañamente, el Ministerio de Economía afirmó que la prohibición «no restaba valor literario o artístico» a la obra. *Muchas gracias*, pensó él.

Por curioso que parezca, él -inocente, ingenuo, incluso ignorante- no lo había previsto. En los años posteriores, los ataques a la libertad artística se multiplicarían en la India, y ni siquiera los personajes más eminentes se librarían: entre otros muchos, se verían afectados el pintor Maqbool Fida Husain, el novelista Rohinton Mistry, la cineasta Deepa Mehta. Pero en 1988 era posible creer en la India como país libre donde se respetaba y defendía la expresión artística. Él lo creía. La prohibición de libros era algo que ocurría con excesiva frecuencia al otro lado de la frontera, en Paquistán. No era propio de la India. Jawaharlal Nehru había escrito en 1929: «Es un poder

peligroso en manos de un gobierno, el derecho a decidir qué debe leerse y qué no [...] En la India es muy probable que se dé un mal uso a ese poder». En ese momento el joven Nehru escribía contra la censura de libros por parte de los caciques británicos de la India. Era triste pensar que sus palabras podían utilizarse, casi sesenta años después, como crítica a la propia India.

Para ser libre, uno tenía que partir de la presunción de libertad. Y de otra presunción: que el trabajo de uno se trataría como algo creado con integridad. Él siempre había escrito partiendo del supuesto de que tenía derecho a escribir como quisiera, y del supuesto de que su obra al menos sería tratada como un trabajo serio; y sabiendo, además, que los países cuyos escritores no podían partir de esos supuestos tendían, o ya habían llegado, al autoritarismo y la tiranía. Los escritores prohibidos en las zonas no libres del mundo no solo estaban proscritos: eran también vilipendiados. En la India, no obstante, la presunción de libertad y respeto intelectuales siempre había estado presente excepto durante los años dictatoriales del «estado de emergencia» impuesto por Indira Gandhi entre 1974 y 1977 después de ser declarada culpable de fraude electoral. Él se había enorgullecido de ese talante abierto y alardeaba de él ante otras personas en Occidente. La India estaba rodeada de sociedades no libres -Pakistán, China, Birmania-, pero seguía siendo una democracia abierta; con defectos, sin duda, quizá incluso con graves defectos, pero libre.

Desde la entusiasta acogida que recibió *Hijos de la medianoche*, la respuesta india a su obra había sido para él motivo de gran orgullo, y por tanto la prohibición de la importación de *Los versos satánicos* fue un golpe doloroso. Movido por ese dolor, publicó una carta abierta al primer ministro Rajiv Gandhi, nieto de Nehru, carta que, según algunos comentaristas, fue en exceso agresiva. Se quejó de las declaraciones oficiales según las cuales el libro había sido prohibido como una medida preventiva. «Se identificaron ciertos fragmentos como susceptibles de tergiversación y uso indebido, presuntamente por parte de fanáticos religiosos con pocos escrúpulos y demás. La orden de prohibición se había promulgado para prevenir ese uso indebido. Por lo visto, mi libro no se considera blasfemo ni objetable en sí mismo, pero se proscribe por, digamos, ¡su propio bien! [...] Es como si después de identificar a una persona inocente como posible víctima de una agresión por parte de asaltantes o violadores, hubiese que meter a esa persona en la cárcel para su protección. Ese, señor Gandhi, no es comportamiento propio de una sociedad libre.» Tampoco era ese al parecer el comportamiento propio de un novelista: reñir a un primer ministro. Eso era... arrogante. Eso era descaro. La prensa india calificaba la prohibición de «decisión ignorante», y una muestra de «control del pensamiento», pero teóricamente él debía vigilar sus palabras.

Y no lo había hecho. «¿Qué clase de India desea usted gobernar? ¿Ha de ser una sociedad abierta o una sociedad represiva? Su actuación en el asunto de *Los versos satánicos* será un indicador importante para muchas personas en todo el mundo.» Sin duda con poco acierto, había acusado a Rajiv Gandhi de

llevar a cabo una venganza familiar. «Quizá considere que al prohibir mi cuarta novela se resarce por fin del trato que di a su madre en la segunda, pero ¿puede estar usted seguro de que el buen nombre de Indira Gandhi resistirá mejor y por más tiempo que *Hijos de la medianoche*?» Sí, desde luego, eso era arrogante. También había indignación y dolor, pero la arrogancia estaba presente de manera innegable. Muy bien. Así era. Él estaba defendiendo algo que veneraba por encima de casi todas las cosas, el arte de la literatura, frente a un acto de flagrante oportunismo político. Quizá se requería un poco de arrogancia intelectual. No era una defensa práctica, desde luego; no era una defensa concebida para modificar la actitud del adversario. Era un intento de situarse en una posición de autoridad cultural, y concluía con un llamamiento retórico a esa posteridad cuyo juicio no podían conocerlo ni Rajiv Gandhi ni él mismo. «El presente es suyo, señor primer ministro, pero los siglos pertenecen al arte.»

La carta se difundió ampliamente el domingo 19 de octubre de 1988. Al día siguiente se recibió la primera amenaza de muerte en las oficinas de Viking. Al otro día se suspendió una lectura programada en Cambridge porque el local donde iba a celebrarse también había recibido amenazas. La nube se espesó.

El jurado del premio Booker de 1988 falló sin grandes dilaciones. El presidente del jurado, Michael Foot, parlamentario, antiguo líder del Partido Laborista y ferviente admirador de Hazlitt y Swift, defendió apasionadamente *Los versos satánicos*. Los otros cuatro miembros del jurado estaban firmemente convencidos de los méritos superiores de la excelente novela *Oscar y Lucinda* de Peter Carey. Hubo una votación después de una breve discusión, y ahí quedó todo. Tres años antes el jurado había llegado a un punto muerto con la magnífica obra cómico-picaresca de Carey *El embaucador* y la excelente novela sobre el IRA de Doris Lessing *La buena terrorista*, y al final, en una decisión de compromiso, el premio había recaído en la obra épica maorí *The Bone People* de Keri Hulme. Él había cenado con Peter Carey la noche después de conocerse ese resultado y le había dicho que debería haber ganado su libro. Carey habló de la novela que había empezado a escribir. Una de las razones por las que estaba en Inglaterra era para llevar a cabo ciertas investigaciones. Había una playa en Devon que quería visitar. Él se ofreció a llevar a Peter en coche al sudoeste, y pasaron un magnífico día viajando por Inglaterra hasta el «Hennacombe» donde vivirían el niño Oscar Hopkins y su feroz padre Theophilus en su novela, tal como sus modelos en la vida real, el escritor Edmund Gosse y su padre Philip (al igual que Theophilus, naturalista, viudo y miembro de los Hermanos de Plymouth) habían vivido a mediados del siglo XIX. Encontraron la playa a cuatrocientos peldaños de lo alto del acantilado. Recogieron unas cuantas conchas y muchos peculiares guijarros rosa y grises. Comieron un pesado almuerzo de pub a base de cerveza tibia y carne en salsa oscura. Hablaron del amor todo el día. Él por aquel entonces estaba aún con Robyn, y además ella era australiana,

como Carey, claro; y Peter se había casado recientemente con Alison Summers, directora teatral de Sidney, y rebosaba pasión y alegría. Para cuando regresaron a Londres, eran ya amigos. Él rompió con Robyn poco después, y con el tiempo el matrimonio de Peter con Alison acabó en una agria separación, pero que el amor pudiera morir no significaba que no hubiera vivido. Cuando se anunció el resultado del Booker, él se apresuró a atravesar el Guildhall para abrazar a Peter y darle la enhorabuena, y para susurrarle irónicamente que la moraleja de esa historia era que el escritor A nunca debía ayudar al escritor B en sus indagaciones, porque entonces el escritor B usaría esas investigaciones para imponerse al escritor A en el Booker.

Habría sido agradable ganar, pero él se alegró por Peter y, a decir verdad, le preocupaba más la creciente polémica pública sobre su libro. Una victoria de *Los versos satánicos* habría sido útil; habría situado en el centro de la escena la «defensa de la calidad». Pero reclamaban su atención temas más importantes. Cuando llegó a casa, a eso de las once de la noche, encontró un mensaje en el contestador automático en el que se le pedía que telefoneara con urgencia a un clérigo musulmán de Sudáfrica, por tarde que fuera. Había sido invitado a Johannesburgo por la publicación antiapartheid *Weekly Mail* para pronunciar el discurso central de un congreso sobre el apartheid y la censura -invitación presentada con el consenso del «amplio movimiento democrático» de Sudáfrica, en otras palabras, con el apoyo implícito del Congreso Nacional Africano-, y tenía previsto marcharse de Londres al cabo de cuatro días. «Debo hablar con usted antes de que suba al avión», decía el mensaje. Él estaba de un ánimo extraño, causado por una combinación de problemas conyugales y los acontecimientos de la velada (esa fue la noche en que Marianne le dijo a William Golding que había escrito un *Señor de las moscas* feminista), y al final decidió hacer la llamada. Sentado en el salón a oscuras, escuchó una voz de otro mundo decirle que no debía ir a hablar en el congreso del *Weekly Mail*. La voz se describía como una persona moderna y progresista, cuya preocupación tenía dos vertientes: temía por su seguridad, así como por el bien del movimiento antiapartheid. Si él visitaba Johannesburgo en el actual clima, la reacción musulmana sería amplia y hostil. Eso entrañaría peligros tanto a niveles personales como políticos. Una disputa dentro de la coalición antiapartheid tendría efectos catastróficos y beneficiaría solo los intereses del régimen supremacista blanco. Era preferible que él no viajara para no convertirse en catalizador de una disputa así.

A la mañana siguiente telefoneó a Nadine Gordimer, quien, como patrocinadora del Congreso de Escritores Sudafricanos (COSAW, por su sigla en inglés), era la otra promotora de su invitación a hablar. Esa mujer menuda e indómita era una vieja amiga, y una de las personas a quien él más respetaba y admiraba. La encontró en extremo agitada y angustiada. Los musulmanes de Sudáfrica, por lo general ruidosos en su oposición a las restricciones del apartheid, amenazaban con declarar una guerra santa al autor blasfemo y su

libro. Lo matarían y colocarían bombas en sus actos públicos y atacarían a quienes lo habían invitado. La policía parecía no poder o no querer garantizar la seguridad de aquellos que recibían amenazas. Existía el riesgo de una escisión en el seno del COSAW, en el que los miembros musulmanes amenazaban con dimitir en bloque, y la consiguiente pérdida de financiación a raíz de esa ruptura sería un desastre para la organización. La redacción del *Weekly Mail* se componía predominantemente de judíos, y en la virulencia musulmana se advertía un desagradable antisemitismo. Nadine Gordimer había intentado reunirse con los líderes musulmanes para solventar el problema, y muchas figuras sumamente respetadas del movimiento apartheid habían solicitado a los extremistas musulmanes que se retractaran, pero estos no lo habían hecho. La profesora Fatima Meer, destacada intelectual musulmana, había declarado: «En última instancia, es el Tercer Mundo lo que Rushdie ataca». Pese a toda una vida de anticolonialismo, estaban transformándolo en un opresor, que había dirigido un «malévolo ataque contra su propio pasado étnico». Ante esta crisis, el Congreso Nacional Africano, asombrosamente, se mantuvo en silencio. Fueron muchas las voces que se alzaron contra la agresión musulmana, incluidas las de J.M. Coetzee, Athol Fugard y André Brink, pero las amenazas de los fundamentalistas islámicos eran más estridentes cada día. Gordimer se mostró claramente alterada y, como amiga, protectora. «No puedo hacer que corras un peligro así», dijo.

Esa semana el gobierno sudafricano prohibió también *Los versos satánicos*. El edicto de prohibición, con sumo desprecio, calificó la novela de «texto tenuemente disfrazado de obra literaria». Criticó su «vocabulario soez» y dictaminó que era «repulsiva no solo para los musulmanes, sino para cualquier lector que tenga claros valores de decencia y cultura». Lo interesante fue que esa misma terminología aparecía en la carta a los «Hermanos en el islam» -evidentemente no consideraban a las «Hermanas en el islam» dignas de dirigirse a ellas-, publicada por el Comité de Acción sobre Asuntos Islámicos del Reino Unido unos días antes, el 28 de octubre. En ese documento, la descripción de texto «tenuemente disfrazado de obra literaria» se incluía también, así como muchas de las acusaciones de improperios, inmundicia y demás. Los racistas blancos de Sudáfrica por lo visto escribían al dictado del señor Mughram al-Ghamdi, el firmante de la carta del Comité de Acción del Reino Unido.

Después de muchas conversaciones telefónicas con Nadine y con Anton Harber, el codirector del *Weekly Mail*, le dijeron que el COSAW, pese a su radicalismo político, recomendaba al periódico que retirase la invitación. Lo entristeció saber que eso había precipitado un enfrentamiento público entre los dos escritores más grandes de Sudáfrica. J. M. Coetzee se opuso a la retirada de la invitación, aduciendo que la decisión de acudir o no correspondía solo a Rushdie. Nadine Gordimer, lamentándolo enormemente, declaró que la cuestión de la seguridad era prioritaria. Los dos tenían razón, pero él no quería que sus colegas escritores discutieran por él. Aceptó la decisión de retirar la

invitación. Ese mismo día Tony Lacey, su director editorial en Viking, lo telefoneó para anunciarle en confianza que *Los versos satánicos* había ganado el premio Whitbread a la mejor novela. A todas luces su «tenue disfraz de obra literaria» había surtido efecto.

El primer anónimo por correo llegó a su casa de Londres. El *Evening Standard* informó de una amenaza islámica mundial para «acabar con Penguin». El famoso abogado David Napley exigió que se lo procesara conforme a la Ley de Orden Público. Mientras tanto, Clarissa y él llevaron a Zafar a ver los fuegos artificiales de la Noche de Guy Fawkes en Highbury Fields. Marianne cumplió cuarenta y un años, y al mediodía él fue a la ceremonia de entrega del premio Whitbread para recibir su galardón. Por la tarde, ella discutió con él. Vivía oculta bajo su sombra, dijo, y eso no le gustaba. Esa noche, todavía irritados el uno con el otro, fueron al Teatro Nacional a ver la obra de Harold Pinter *El lenguaje de la montaña*. Salió de allí con la sensación de que, al igual que los personajes de la obra, también a él se le prohibía usar su lenguaje. Su lenguaje era indebido, incluso delictivo. Deberían someterlo a juicio, expulsarlo de la sociedad, incluso matarlo. Todo eso era legítimo debido a su lenguaje. Era el lenguaje de la literatura lo que constituía el delito.

Había transcurrido un año desde la muerte de su padre. Él se alegraba de que Anis no estuviera allí para ver lo que le pasaba a su hijo. Telefoneó a su madre. Negin lo apoyó incondicionalmente, *esa gente espantosa*, pero, curiosamente, defendió a su Dios. «No culpes a Alá por lo que esa gente dice.» Discutió con ella. ¿Qué clase de Dios podía ser disculpado de las acciones de sus seguidores? ¿No infantilizaba, en cierto modo, a la deidad afirmar que era incapaz de actuar contra los fieles? Ella se mantuvo en sus trece. «Alá no tiene la culpa.» Dijo que rezaría por él. Él se quedó atónito. Esa no era la clase de familia que había sido en otro tiempo. Su padre había muerto hacía menos de un año, ¿y ahora de pronto su madre rezaba? «No reces por mí -dijo él-. ¿Es que no te das cuenta? Ese no es nuestro equipo.» Ella se echó a reír, siguiéndole la corriente, pero no lo entendió.

Se encontró algo así como una solución para el problema de Sudáfrica. Accedió a hablar en el congreso del *Weekly Mail* por vía telefónica desde Londres. Su voz llegó a Sudáfrica, sus ideas se oyeron en un salón de Johannesburgo que él no veía, pero él se quedó en casa. No fue satisfactorio, pero le pareció mejor que nada.

El gran jeque de al-Azhar, Gad el-Haq Ali Gad el-Haq: el nombre le sonaba increíblemente anticuado, un nombre de *Las mil y una noches* que pertenecía a la era de las alfombras voladoras y las lámparas maravillosas. Este gran jeque, una de las mayores eminencias en teología islámica, un sacerdote conservador a ultranza que actuaba desde la Universidad al-Azhar en El Cairo, pronunció, el 22 de noviembre de 1988, una declaración contra el libro blasfemo. Condenó la manera en que «mentiras y productos de la

imaginación» se hacían pasar por datos reales. Hizo un llamamiento a los musulmanes británicos para que emprendieran acciones legales contra el autor. Instaba a la acción a los cuarenta y seis miembros de la Organización de la Conferencia Islámica. *Los versos satánicos* no era el único libro que lo había disgustado. Renovó, además, sus objeciones contra la novela del gran autor egipcio y premio Nobel Naguib Mahfuz, *Hijos de nuestro barrio*, también acusada de blasfemia porque su narración contemporánea era una alegoría de la vida de los profetas desde Abraham hasta Mahoma. «No se puede permitir que circule una novela solo porque su autor ha ganado el premio Nobel de literatura -declaró-. Ese galardón no justifica la propagación de ideas erróneas.»

Gad el-Haq Ali Gad el-Haq tampoco fue el único jeque egipcio al que ofendieron estos libros y sus autores. El llamado Jeque Ciego, Omar Abdel-Rahman, después encarcelado por su implicación en el primer atentado contra el World Trade Center de Nueva York, anunció que si Mahfuz hubiese sido debidamente castigado por *Hijos de nuestro barrio*, Rushdie no se habría atrevido a publicar *Los versos satánicos*. En 1994, uno de sus seguidores, interpretando esa declaración como una fetua, acuchilló a Naguib Mahfuz en el cuello. Afortunadamente el anciano novelista sobrevivió. Después de la fetua de Jomeini, Mahfuz salió inicialmente en defensa de *Los versos satánicos*, denunciando el acto de Jomeini como «terrorismo intelectual», pero posteriormente se decantó hacia el bando opuesto, declarando que «Rushdie no tenía derecho a dirigir sus insultos contra nada, y menos contra un profeta o cualquier cosa considerada sagrada».

Ahora nombres cuasi mitológicos se le echaban encima, grandes jeques y jeques ciegos, los seminaristas de Darul Uloom en la India, los mulás wahabíes de Arabia Saudí (donde también se había prohibido el libro) y, en el futuro cercano, los teólogos iraníes con turbante de Qom. Nunca había prestado mucha atención a esos augustos personajes, pero desde luego ellos sí se la prestaban a él. Rápidamente, sin compasión, el mundo de la religión fijaba los términos del debate. El mundo seglar, menos organizado, menos unido, y en esencia menos preocupado, se quedó muy a la zaga; y se cedió mucho terreno vital sin luchar.

A medida que las manifestaciones de los fieles crecían en número, tamaño y clamor, el escritor sudafricano Paul Trewhela, en un audaz artículo defendiéndolo a él y su novela desde una posición de izquierdas, y en términos inexorablemente secularistas, describió la campaña islámica como una «irrupción de masivo irracionalismo popular», una formulación que implicaba una interesante pregunta, y una pregunta difícil para la izquierda: ¿cómo debía reaccionar uno cuando las masas actuaban de una manera irracional? ¿Podía «el pueblo» sencillamente equivocarse alguna vez? Trewhela sostuvo que era «la tendencia secularizante de la novela lo que estaba en tela de juicio [...] su intención (dice Rushdie) de “hablar de Mahoma como si fuera humano”», y comparaba este proyecto con el de los Jóvenes

Hegelianos en Alemania en las décadas de 1830 y 1840, y su crítica del cristianismo, su convicción de que -en palabras de Marx «el hombre crea la religión, la religión no crea al hombre». Trewhela defendió que *Los versos satánicos* pertenecía a la tradición literaria antirreligiosa de Boccaccio, Chaucer, Rabelais, Aretino y Balzac, y propuso una contundente respuesta secularista al ataque religioso. «El libro no será acallado -escribió-. Estamos en el parto, doloroso, sangriento y difícil, de un nuevo periodo de ilustración revolucionaria.»

En la izquierda había muchos -Germaine Greer, John Berger, John le Carré- para quienes la idea de que las masas pudieran equivocarse era difícil de aceptar. Y si bien la opinión progresista titubeaba y se andaba con evasivas, el movimiento de irracionalismo popular y masivo fue, día tras día en su irracionalidad, y también en su popularidad.

Él fue uno de los firmantes de la Carta 88, cuyo título (que algunos comentaristas conservadores consideraron «jactancioso») era un *homenaje* a la gran carta de libertades, la Carta 77, publicada por los intelectuales disidentes checos once años antes. La Carta 88 fue un llamamiento a la reforma constitucional británica, y se presentó en una rueda de prensa en la Cámara de los Comunes a finales de noviembre. El único británico de primera línea que se presentó en la reunión fue el futuro ministro de Asuntos Exteriores laborista Robin Cook. Esa fue una etapa de máximo thatcherismo, y el líder laborista, Neil Kinnock, había quitado importancia en privado al grupo, considerándolo un puñado de «tarados, quejicas y llorones». En aquellos tiempos, antes de que los grandes debates sobre la devolución de poderes cambiaran tan drásticamente la política británica, la reforma constitucional no se sometía a votación. Cook estaba presente por su compromiso con la devolución de poderes a Escocia.

Once años más tarde, la relación amistosa forjada ese día llevaría de manera indirecta a la resolución de la crisis internacional en torno a *Los versos satánicos*. Sería Robin Cook quien, como ministro de Asuntos Exteriores del gobierno Blair, pusiese todo su empeño en solucionar el problema; quien, con su subsecretario el parlamentario Derek Fatchett, luchó por dar el gran paso al frente, y lo consiguió.

El año acabó mal. El 2 de diciembre tuvo lugar una manifestación contra *Los versos satánicos* en Bradford, la ciudad de Yorkshire con la mayor población musulmana de toda Gran Bretaña. El 3 de diciembre Clarissa recibió su primera amenaza telefónica. El 4 de diciembre, día en que ella cumplía cuarenta años, le llegó otra. Una voz dijo: «Iremos a por ti esta noche, Salman Rushdie, al 60 de Burma Road». Esa era la dirección de ella. Avisó a la policía, y unos agentes se quedaron en su casa toda la noche.

No pasó nada. La tensión aumentó un grado más.

El 28 de diciembre llegó otra amenaza de bomba a la sede de Viking.

Andrew Wylie le llamó para decírselo. «El miedo empieza a ser un factor», comentó Andrew.

Luego vino 1989, el año en que cambió el mundo.

El día que quemaron su libro él llevó a su mujer norteamericana a ver Stonehenge. Se había enterado de que en Bradford tenían prevista la quema y algo dentro de él se rebeló violentamente. No quería quedarse todo el día de brazos cruzados a ver qué ocurría y después hacer frente a las inevitables indagaciones de la prensa, como si no tuviera nada mejor que hacer que estar al servicio de la fealdad del día. Bajo un cielo plomizo, partieron hacia las antiquísimas piedras. Según Geoffrey de Monmouth, fue Merlín quien construyó Stonehenge. Geoffrey era una fuente poco fiable, claro está, pero eso presentaba Stonehenge como algo más atractivo que un antiguo lugar de enterramiento, según la versión de los arqueólogos, o un altar de un culto druídico. Mientras conducía hacia allí a toda velocidad, no estaba de humor para druidas. Los cultos religiosos, grandes o pequeños, pertenecían a la papelera de la historia y deseaba que alguien los tirara allí junto con el resto de las obras de juventud del género humano, por ejemplo, la idea de que la tierra era plana o de que la luna era de queso.

Marianne estaba resplandeciente como pocas veces. Había días en que su rostro irradiaba un resplandor casi aterrador, su intensidad habitual potenciada casi en exceso. Era de Lancaster, Pensilvania, pero no tenía nada de amish. Poseía un estilo personal exuberante. Los habían invitado a una fiesta de la realeza en el jardín del palacio de Buckingham y ella se había puesto una combinación negra reluciente en lugar de un vestido, acompañada de una elegante torera y un pequeño casquete. Aun animándola su hija a ponerse un sujetador, se negó. Él se paseó por los jardines del palacio con su mujer en ropa interior y sin sujetador. La realeza, vestida con prendas de colores primarios, estaba allí rodeada de hordas de invitados, como caballos de carreras, cada uno en su paddock particular. La multitud agolpada en torno al combinado que formaban la reina y Carlos-Diana era de lejos la más numerosa. El club de fans de la princesa Margarita era casi bochornosamente reducido. «Me pregunto -dijo Marianne- qué lleva la reina en el bolso.» Esa fue una pregunta graciosa y pasaron unos momentos felices imaginando el contenido. Spray de gas pimienta, tal vez. O tampones. Dinero no, obviamente. Nada en lo que apareciera su cara.

Cuando Marianne se animaba, era divertido estar con ella. Su inteligencia, su ingenio, eran innegables. Tomaba notas allí adonde iba y tenía una caligrafía tan exuberante como ella. A él a veces lo alarmaba la prontitud con que transformaba experiencia en ficción. Casi no daba tiempo a la reflexión. Las anécdotas salían a borbotones de ella, convirtiéndose los incidentes de ayer en las frases de hoy. Y cuando su rostro irradiaba resplandor, se la veía extraordinariamente atractiva, o chiflada, o lo uno y lo otro. Ella le dijo que todas las mujeres de su obra narrativa cuyo nombre empezaba por la letra M

eran versiones de sí misma. En la novela que publicó antes de *John Dollar*, una novela titulada *Separate Checks* que a él le había gustado, el personaje principal se apellidaba McQueen: Ellery McQueen, nombre inspirado en el del autor de suspense. El escritor Ellery Queen era en realidad dos escritores de Brooklyn, primos, llamados Frederic Dannay y Manfred Bennington Lee, solo que esos eran también alias, y sus verdaderos nombres eran Daniel Nathan y Emanuel Lepofsky. El personaje de Marianne era un alias cuyo nombre jugaba con el seudónimo de un par de escritores con el yo escindido que usaban ese alias para camuflar nombres que eran en sí mismos alias de otros nombres. Ellery McQueen, en *Separate Checks*, era una paciente de una clínica psiquiátrica privada. Tenía trastocado el equilibrio mental.

En Bradford se congregaba una muchedumbre ante la comisaría de policía en The Tyrls, una plaza donde también se alzaban el Ayuntamiento de estilo italiano y el juzgado. Había un estanque con un surtidor y una zona destinada al «rincón del orador» para que la gente perorara sobre lo que le viniera en gana. Sin embargo, a los manifestantes musulmanes no les interesaba la oratoria melodramática. The Tyrls era un espacio más modesto que la plaza de la Ópera de Berlín el 10 de mayo de 1933, y en Bradford solo había un libro en litigio, no veinticinco mil o más; muy pocos de los allí reunidos debían de saber gran cosa sobre los acontecimientos presididos hacia más de cincuenta y cinco años por Joseph Goebbels, que exclamó: «¡No a la decadencia y la corrupción moral! ¡Sí a la decencia y la moralidad en la familia y el Estado! Encomiendo a las llamas los textos de Heinrich Mann, Ernst Gläser, Erich Kästner». Ese día ardieron también las obras de Bertolt Brecht, Karl Marx, Thomas Mann e incluso Ernest Hemingway. No, los manifestantes no sabían nada de esa hoguera, ni del deseo de los nazis de «purgar» y «purificar» la cultura alemana de ideas «degeneradas». Quizá tampoco conocieran el término *auto de fe*, ni las actividades de la Inquisición católica, pero por más que carecieran de sentido de la historia, formaban parte de ella. También ellos habían ido allí a destruir un texto herético mediante el fuego.

Se paseó entre las piedras de lo que quería ver como el monumento megalítico de Merlín y durante una hora el presente se escabulló. Incluso es posible que cogiera a su mujer de la mano. En el camino de vuelta pasaron por Runnymede, la vega junto al Támesis donde los nobles del rey Juan obligaron al monarca a firmar la Carta Magna. Fue allí donde los británicos empezaron a conquistar su libertad de manos de soberanos tiránicos hacía 774 años. El monumento conmemorativo británico a John F. Kennedy se encontraba también allí y las palabras del presidente caído, grabadas en piedra, tuvieron un gran significado para él ese día. *Todas las naciones han de saber, sean o no amigas, que pagaremos cualquier precio, sobrellevaremos cualquier carga, afrontaremos cualquier dificultad, apoyaremos a cualquier amigo y nos opondremos a cualquier enemigo para garantizar la supervivencia y el triunfo de la libertad*.

Encendió la radio del coche y la quema de Bradford encabezaba las noticias.

Cuando llegaron a casa, el presente lo engulló. Vio por televisión aquello que había intentado eludir durante todo el día. En la manifestación participaba quizá un millar de personas, y todas ellas eran hombres. Sus rostros mostraban expresiones de ira o, para ser más exactos, sus rostros simulaban expresiones de ira para las cámaras. Él veía en sus ojos la excitación que sentían ante la presencia de la prensa internacional. Era la excitación de la celebridad, de lo que Saul Bellow había llamado el «glamour del acontecimiento». Verse bañado en los destellos de los flashes era una experiencia gloriosa, casi erótica. Ese era su instante en la alfombra roja de la historia. Portaban pancartas en las que se leía RUSHDIE APESTA y RUSHDIE, CÓMETE TUS PALABRAS. Estaban preparados para su primer plano.

Había un ejemplar de la novela clavado a un trozo de madera y luego le prendieron fuego: crucificado y después inmolado. Fue una imagen que no podría olvidar: las caras felizmente coléricas, regodeándose en su cólera, convencidas de que su identidad surgía de su rabia. Y en primer plano un hombre muy pagado de sí mismo, con un sombrero de fieltro y un pequeño bigote a lo Poirot. Ese era un concejal de Bradford, Mohammed Ajeeb -la palabra *ajeeb*, extrañamente, significaba «extraño» en urdu-, que decía a la muchedumbre: «Islam es paz».

Vio arder su libro y naturalmente pensó en Heine. Para los hombres y muchachos muy pagados de sí mismos presentes en Bradford, Heinrich Heine no significaba nada. *Dort, wo man Bücher verbrennt, verbrennt man am Ende auch Menschen*. (Allí donde queman libros, al final queman a las personas). La frase de *Almanzor*, escrita proféticamente un siglo antes de las hogueras nazis, y grabada más tarde en el suelo de la plaza de la Ópera de Berlín, el mismo lugar de la antigua quema de libros nazi: ¿se inscribiría también algún día en la acera de The Tyrls para conmemorar ese hecho mucho menor y aun así vergonzoso? No, pensó. Probablemente no. Pese a que el libro quemado en *Almanzor* era el Corán, y quienes lo quemaban pertenecían a la Inquisición.

Heine fue un judío que se convirtió al luteranismo. Un apóstata, podría decirse, si ese fuese un lenguaje que a uno le gustase usar. También a él lo acusaron de apostasía, entre muchos otros delitos: blasfemia, agravios, ofensas. *Los judíos lo han inducido a hacerlo*, dijeron. *Su editor era judío y le pagó por hacerlo. Su mujer, judía, lo empujó a ello*. Eso era tristemente cómico. Marianne no era judía; y tal como iban las cosas entre ellos la mayor parte del tiempo, ella no podría haberlo convencido ni de que esperara a que cambiara el semáforo antes de cruzar una calle muy transitada. Pero aquel día, el 14 de enero de 1989, los dos dejaron de lado sus diferencias y se cogieron de la mano.

Un admirador desconocido le había mandado una camiseta. LA BLASFEMIA ES UN CRIMEN SIN VÍCTIMAS. Pero ahora la victoria de la Ilustración parecía pasajera, reversible. El lenguaje antiguo se había renovado; ideas derrotadas estaban otra vez en marcha. En Yorkshire habían quemado su libro.

Ahora también él estaba enfadado.

«¡Qué frágil es la civilización -escribió en el *Observer*-, qué fácilmente, qué alegremente arde un libro! Dentro de mi novela, los personajes aspiran a volverse plenamente humanos afrontando los grandes hechos del amor, la muerte y (con o sin Dios) la vida del alma. Fuera de ella, las fuerzas de la inhumanidad están en marcha."Hoy mismo, en la India, se están estableciendo líneas de combate", comenta uno de mis personajes."Secularismo contra religiosidad, la luz contra la oscuridad. Vale más que decidas de qué lado estás." Ahora que esa batalla se ha extendido a Gran Bretaña, solo confío en que no se pierda por incomparecencia. Ha llegado la hora de que decidamos.»

No todo el mundo lo vio así. Hubo muchos subterfugios, sobre todo por parte de parlamentarios con un número significativo de electores musulmanes. Uno de los parlamentarios de Bradford, Max Madden, junto con Jack Straw, ambos miembros del Parlamento con un sólido historial en la defensa de la libertad de expresión, se situaron mansamente del lado musulmán, junto con otras belicosas eminencias del Partido Laborista como Roy Hattersley y Brian Sedgemore. En defensa de la obra *Perdition*, Straw había escrito en septiembre de 1988: «Su idea [...] me resulta ofensiva [...] pero la democracia consiste en otorgar derechos de libre expresión a aquellos de quienes uno discrepa profundamente». Esta vez, en cambio, Straw decidió dar apoyo a quienes exigían una ampliación de la ley contra la blasfemia para abarcar todas las religiones (la ley contra el libelo blasfemo del Reino Unido solo protegía a la Iglesia de Inglaterra establecida), y declarar ilegal un material que «ofendía el sentimiento religioso». (La ley contra la blasfemia se abolió definitivamente en 2008, pese al señor Straw.) Max Madden «lamentaba» que «Rushdie hubiera agravado las protestas por *Los versos satánicos* negándose a conceder a los musulmanes todo derecho a réplica (sugerí la inserción de un breve encarte [en la novela] donde se permitiera a los musulmanes explicar por qué consideraban ofensivo el libro)». Bob Cryer, también parlamentario por Bradford, se opuso vigorosamente a los manifestantes musulmanes y no perdió el escaño.

Max Madden acusó al autor de mostrarse «tibio» ante el enfrentamiento con sus adversarios. Él fue en tren a Birmingham para salir en el programa del mediodía de la BBC *Daytime Live*, donde entablaría un debate con el líder musulmán Hesham el-Essawy, un empalagoso dentista de Harley Street que se presentaba como moderado con la única intención de apaciguar la exaltación. Mientras estaban en el aire, se concentró una manifestación frente a los estudios de la BBC y a sus espaldas, a través de los ventanales de cristal cilindrado, se vio al gentío vociferar amenazadoramente. La exaltación no se aplacó ni calmó.

Al día siguiente de la quema del libro en Bradford, la principal cadena de librerías británica, W. H. Smith, retiró el libro de las estanterías en sus 430 tiendas. Su gerente, Malcolm Field, dijo: «En modo alguno deseamos que se

nos considere censores. Es nuestro deseo proporcionar al público lo que quiere».

La brecha entre el «Salman» privado que él creía ser y el «Rushdie» público que él apenas reconocía se agrandaba día a día. Uno de ellos, Salman o Rushdie, él no sabía bien cuál, vio con consternación la cantidad de parlamentarios laboristas que se subían al carro musulmán -al fin y al cabo, él había apoyado al laborismo toda su vida- y observó lúgubremente que «los verdaderos conservadores de Gran Bretaña están ahora en el Partido Laborista, en tanto que los radicales están en el lado conservador».

Era difícil no admirar la eficiencia de sus adversarios. Los faxes y los télex iban de un país a otro, documentos de una sola página con puntos a modo de agenda circularon por las mezquitas y otras organizaciones religiosas, y pronto todos cantaban con la misma partitura. La moderna tecnología de la información se utilizaba al servicio de ideas retrógradas. Lo moderno se volvía contra sí mismo por obra de lo medieval, al servicio de una visión del mundo que sentía aversión por la propia modernidad: la modernidad racional, razonable, innovadora, secular, escéptica, desafiante, creativa, la antítesis de la fe mística, estática, intolerante, anquilosante. La creciente marea de radicalismo islámico fue descrita por sus propios ideólogos como «revuelta contra la historia». La historia, el avance de los pueblos a lo largo del tiempo, era en sí misma el enemigo, más que cualquier simple infiel o blasfemo. Pero lo nuevo, que era la creación supuestamente despreciada de la historia, podía utilizarse para resucitar el poder de lo antiguo.

Dieron un paso al frente tanto aliados como adversarios. Comió con Aziz al-Azmeh, el profesor sirio de estudios islámicos de la Universidad de Exeter, que escribiría, en los años siguientes, algunas de las críticas más mordaces contra el ataque a *Los versos satánicos*, así como algunas de las defensas más eruditas de la novela desde el seno de la tradición islámica. Conoció a Gita Sahgal, una autora y activista en pro de los derechos de la mujer y los derechos humanos cuya madre fue la destacada novelista india Nayantara Sahgal, y cuyo tío abuelo fue el mismísimo Jawaharlal Nehru. Gita fue una de las fundadoras de Mujeres Contra el Fundamentalismo, un grupo que intentó, con no poco valor, oponerse a los manifestantes musulmanes. El 28 de enero de 1989 unos ocho mil musulmanes se manifestaron por las calles de Londres para concentrarse en Hyde Park. Gita y sus colegas organizaron una contramanifestación para desafiarlos, y fueron físicamente agredidas e incluso derribadas a golpes. Eso no mermó su determinación.

El 18 de enero Bruce Chatwin murió en Niza en casa de su amiga Shirley Conran.

La novela estaba a punto de publicarse en Estados Unidos -la edición estadounidense acabada llegó a su casa con un aspecto hermoso-, y había ya amenazas de «asesinato y caos» por parte de los musulmanes de Estados

Unidos. Corrían rumores de que se habían ofrecido cincuenta mil dólares por su cabeza. Prosiguió la enconada polémica en la prensa, pero de momento la mayor parte de los editoriales se decantaban de su lado. «Estoy librando la batalla de mi vida -escribió en su diario personal-, y esta última semana he empezado a tener la sensación de que estoy ganando, pero aún me da miedo la violencia.» Cuando leyó esta entrada más adelante, se maravilló de su optimismo. Ni siquiera estando ya tan cerca del mazazo de Irán, había sido capaz de prever el futuro. No habría sido gran cosa como profeta.

Había empezado a llevar dos vidas: la vida pública de la controversia, y lo que quedaba de su antigua vida privada. El 23 de enero de 1989 era el primer aniversario de boda de Marianne y él. Ella lo llevó a la ópera para ver *Madame Butterfly*. Había comprado excelentes entradas en primera fila de platea, y cuando las luces se apagaron, entró la princesa Diana y se sentó al lado de él. Se preguntó qué debió de pensar ella de la trama de la ópera, sobre una mujer a quien un hombre prometía amor y luego la abandonaba y al final volvía, casado con otra mujer, para partirle el corazón.

Al día siguiente, en la ceremonia de entrega del premio Whitbread al Mejor Libro del Año, su novela, ganadora en la categoría «Mejor Novela», se enfrentaba a las ganadoras de las otras cuatro categorías, que incluían una biografía de Tolstói de A. N. Wilson y una primera novela de un antiguo enfermero de un psiquiátrico, Paul Sayer, *Los consuelos de la locura*. Se encontró con Sayer en el lavabo de hombres. El joven se sentía físicamente enfermo por el nerviosismo, y él intentó reconfortarlo. Al cabo de una hora Sayer ganó el premio. Cuando se filtró la noticia sobre las deliberaciones del jurado, quedó claro que dos de los miembros, el conservador Douglas Hurd, ministro de Interior, y el periodista conservador Max Hastings, habían echado por tierra *Los versos satánicos* por razones que no eran del todo literarias. El ruido de las manifestaciones había llegado, por así decirlo, a la sala del jurado, y conseguido su objetivo.

Tuvo su primera discusión con Peter Mayer y Peter Carson en Viking, porque no estaban dispuestos a impugnar la prohibición india de su novela en los tribunales.

Lo invitó a comer Graham Greene, que estaba interesado en conocer a escritores residentes en Londres de origen no británico. Fue al Reform Club a almorzar junto con Michael Ondaatje, Ben Okri, Hanan al-Shaykh, Wally Mongane Serote y unos cuantos más, incluida Marianne. Cuando llegó, la alargada silueta de Greene estaba hundida en un mullido sillón, pero el gran hombre se levantó de un brinco y exclamó: «¡Rushdie! ¡Venga a sentarse aquí y cuénteme cómo ha conseguido causar tantos problemas! ¡Yo nunca he causado tantos problemas, ni remotamente!». Eso resultó extrañamente reconfortante. Se dio cuenta entonces del peso que llevaba en el corazón y de lo mucho que necesitaba un momento de ligereza y apoyo. Se sentó junto al gran hombre y le contó todo lo que pudo, y Greene escuchó con gran atención, y luego, sin ofrecer opinión alguna, dio una palmada y exclamó:

«Bien. Comamos». En el almuerzo, Greene apenas probó bocado, pero bebió generosas cantidades de vino. «Solo como -explicó- porque me permite beber un poco más.» Después del almuerzo, se tomó una fotografía de todos los presentes en la escalinata del club, Greene radiante en el centro de la imagen con un abrigo marrón corto, como Gulliver en Lilliput.

Unas semanas más tarde, él le enseñó esta fotografía a uno de los agentes de su equipo de protección de la División Especial. «Este es Graham Greene -dijo-, el gran novelista británico.» «Ah, sí -dijo el policía pensativamente-. Era de los nuestros.»

El libro recibía excelentes críticas en Estados Unidos, pero el 8 de febrero él recibió una de otra índole por parte de su mujer, que le comunicó que lo abandonaba; sin embargo, aún quería que asistiese a la presentación de su novela, *John Dollar*. Al cabo de cuatro días, el extraño interregno entre la publicación y la calamidad llegó a su fin.

En Pakistán dos mil manifestantes era una multitud pequeña. Incluso un político moderadamente poderoso podía sacar a muchos más miles a las calles solo con dar una palmada. El hecho de que solo hubiera dos mil «integristas» para irrumpir en el Centro de Información estadounidense en el núcleo de Islamabad era, en cierto modo, un buen indicio. Significaba que en realidad las protestas no habían cundido. La primera ministra Benazir Bhutto no estaba en el país en ese momento, ausente por una visita oficial a China, y se especuló con la posibilidad de que el verdadero objetivo de los manifestantes fuese desestabilizar su administración. Para los extremistas religiosos, ella era sospechosa desde hacía tiempo del delito de secularismo, y querían ponerla en un aprieto. No por última vez, se utilizaba *Los versos satánicos* como balón en un juego político que tenía poco o nada que ver con el libro.

Se lanzaron objetos a las fuerzas de seguridad, ladrillos y piedras, y se oyeron los gritos de «perros americanos» y «Salman Rushdie a la horca», lo de costumbre. Nada de esto explicó plenamente la respuesta policial, que consistió en abrir fuego, pese a lo cual no impidió que algunos de los manifestantes irrumpieran en el edificio. En cuanto la primera bala alcanzó un objetivo humano, la historia cambió. La policía utilizó fusiles, semiautomáticas y escopetas, y el enfrentamiento se prolongó durante tres horas, y a pesar de todo ese armamento los manifestantes llegaron a la azotea del edificio y quemaron la bandera estadounidense, así como los monigotes de «Estados Unidos» y de él. Otro día habría podido preguntar dónde estaba la fábrica que suministraba las miles de banderas estadounidenses que se quemaban cada año en todo el mundo. Ese día todo lo demás que ocurrió quedó eclipsado por un solo hecho.

Cinco personas murieron a causa de los disparos.

Rushdie, eres hombre muerto, vociferaban los manifestantes, y por primera vez pensó que quizá tuvieran razón. La violencia engendraba violencia. Al día siguiente hubo más disturbios en Cachemira -su querida Cachemira, la tierra

originaria de su familia- y otro hombre resultó muerto.

La sangre traerá sangre, pensó.

Allí estaba aquel viejo mortalmente enfermo, tendido en una habitación a oscuras. Allí estaba su hijo, hablándole de musulmanes muertos a tiros en la India y Pakistán. Es un libro lo que ha causado todo eso, le dijo el hijo al viejo, un libro contra el islam. Horas más tarde el hijo llegó a los estudios de la televisión iraní con un documento en la mano. Una fetua o edicto era normalmente un documento formal, firmado ante testigos y sellado, pero aquel era solo un papel con un texto mecanografiado. Nadie vio jamás el documento formal, si es que existía, pero el hijo del viejo mortalmente enfermo afirmó que ese era el edicto de su padre y no hubo nadie dispuesto a discutírselo. El papel fue entregado al locutor de la emisora, que empezó a leer.

Era el día de San Valentín.

III

AÑO CERO

El agente de la División Especial era Wilson y el agente de los servicios de inteligencia era Wilton, y los dos respondían al nombre de Will. Will Wilson y Will Wilton: era como un chiste de cabaret, solo que aquel día allí no había nada gracioso. Le dijeron que, como la amenaza contra él se consideraba muy grave -era de «nivel dos», lo que equivalía a decir que estaba en mayor peligro que cualquier otra persona en el país, excepto, quizá, la reina-, y como la amenaza procedía de una potencia extranjera, tenía derecho a la protección del Estado británico. La protección se ofreció y aceptó formalmente. Le explicaron que le asignarían dos agentes de protección, dos chóferes y dos coches. El segundo coche era por si el primero se averiaba. Debía entender que a causa del carácter único de la misión y los riesgos imponderables implícitos, todos los agentes que lo protegerían eran voluntarios. En aquel trabajo no participaba nadie contra su voluntad. Le presentaron a su primer equipo de «prote»: Stanley Doll y Ben Winters. Stanley era uno de los mejores jugadores de tenis de la policía. Benny era uno de los pocos agentes negros de la División y lucía una elegante chaqueta de cuero de color tostado. Los dos eran asombrosamente apuestos e iban armados. Los miembros de la División eran las estrellas de la Policía Metropolitana, la élite doble cero. Hasta entonces él nunca había conocido a nadie que tuviera verdadera licencia para matar, y Stan y Benny en ese momento la tenían para matar *por el bien de él*.

Los dos llevaban las armas al cinto, prendidas del cinturón en la parte de atrás del pantalón. Los inspectores estadounidenses usaban pistoleras bajo la chaqueta pero, como demostraron Stan y Benny, eso era menos deseable, porque si había que desenfundar el arma de esa pistolera, la mano tenía que trazar un arco de quizá hasta noventa grados antes de apuntar al blanco. El riesgo de disparar un poco antes de tiempo o un poco después de tiempo y alcanzar por tanto a quien no correspondía era considerable. Si se desenfundaba desde la cadera, el arma quedaba alineada con el blanco y el nivel de precisión aumentaba. Pero existía un riesgo de otra clase: si uno apretaba el gatillo demasiado pronto, se pegaba un tiro en el trasero.

En cuanto al asunto en cuestión, Benny y Stan fueron tranquilizadores. «No puede permitirse -dijo Stan-, esto de amenazar a un ciudadano británico. No es de recibo. Se resolverá. Basta con que no se deje ver durante un par de días, y los políticos ya lo resolverán.» «No puede volver a casa, obviamente -

añadió Benny-. Eso no sería muy prudente. ¿Hay algún sitio donde le gustaría pasar unos días?» «Elija un lugar bonito -sugirió Stan-, y nosotros lo llevaremos allí volando a pasar una temporada hasta que se despeje el panorama.» Él deseó creer en su optimismo. Quizá los Cotswolds, dijo. Quizá alguna parte de esa región, con sus colinas onduladas y sus casas de piedra dorada de postal. En los Cotswolds, en el pueblo de Broadway, había un famoso hotel rural llamado The Lygon Arms. Hacía tiempo que quería ir allí a pasar un fin de semana y nunca lo había hecho. ¿Sería The Lygon Arms una posibilidad? Stan y Benny cruzaron una mirada y se produjo entre ellos algún tipo de comunicación. «No veo por qué no -respondió Stan-. Lo estudiaremos.»

Durante gran parte de ese día Marianne y él permanecieron en el apartamento del sótano del número 38 de Lonsdale Square. Benny se quedó con ellos mientras Stan estudiaba las opciones. Él deseaba ver de nuevo a su hijo antes de ponerse a cubierto, dijo, y le gustaría ver también a su hermana, y pese a que le advirtieron que esos podían ser lugares donde los «malos» previesen su aparición, accedieron a «montarlo». Cuando anocheció, lo llevaron a Burma Road en un Jaguar blindado. Debido al grosor del blindaje, la altura dentro del habitáculo era muy inferior a la habitual. Para los políticos altos como Douglas Hurd esos coches eran de una incomodidad insufrible. Las puertas pesaban tanto que si se cerraban accidentalmente y lo atrapaban a uno podían causarle graves lesiones. Si el coche estaba aparcado cuesta abajo, era casi imposible tirar de la puerta hacia uno. El consumo de combustible de un Jaguar blindado era de casi cincuenta litros los cien kilómetros. Pesaba como un tanque pequeño. Esta información se la facilitó su primer chófer de la División Especial, Dennis Chevalier, alias «el Caballo», un hombre corpulento, alegre y carrilludo, de labios gruesos, «uno de los veteranos», dijo. «¿Sabe cómo se llama a los chóferes de la División Especial en lenguaje técnico?», le preguntó Dennis el Caballo. Él no lo sabía. «Nos llaman SCM -dijo Dennis-. Esos somos nosotros.» ¿Y qué significaba SCM? Dennis soltó una risotada potente, gutural y un poco resollante. «Simples Chóferes de Mierda», explicó. Él se acostumbraría al sentido del humor de la policía. A uno de sus otros chóferes se lo conocía en la División como el rey de España, porque una vez no cerró con llave el Jaguar mientras iba al estanco y, al volver, se encontró con que se lo habían robado. De ahí el apodo, porque el rey de España se llamaba -había que pronunciar el nombre despacio- Juan Car-los.[1]

Los malos no acechaban en Burma Road. Explicó a Zafar y Clarissa lo que había dicho el equipo de protección. «Será solo cuestión de días.» Zafar pareció muy aliviado. Al rostro de Clarissa asomaban todas las dudas que él hacía lo posible por disimular. Zafar le preguntó cuándo volverían a verse, y él no supo qué contestar. Clarissa dijo que tal vez pasarían el fin de semana en Oxfordshire, en casa de sus amigos los Hoffman. Él dijo: «De acuerdo, tal vez allí sí pueda ir». Estrechó a su hijo entre los brazos y se marchó.

(Ni Clarissa ni Zafar recibieron protección policial en ningún momento. No se consideró que estuvieran en peligro, dijo la policía. Eso no lo tranquilizó, y el miedo por ellos se cebaba en él a diario. Pero Clarissa y él decidieron que sería mejor que Zafar siguiera viviendo con la mayor normalidad posible. Ella puso todo su empeño en proporcionarle esa normalidad, lo cual fue no poco valiente por su parte.)

Él se dio cuenta de que no había comido en todo el día. De camino a Wembley para ver a Sameen pararon en un McAuto, y descubrió que las gruesas ventanillas del Jaguar no se abrían. Había otros automóviles blindados, Mercedes y BMW, que podían encargarse con apertura de ventanillas, pero como resultaban más caros y no eran británicos, no formaban parte de la flota de la policía. Stan, sentado en el asiento del acompañante, tuvo que salir a pedir y luego ir a pie a por la comida hasta el punto de recogida. Cuando acabaron de comer, el Jaguar no arrancaba. Tuvieron que dejar a Dennis el Caballo soltando sapos y culebras ante su vehículo averiado y montar en el coche de refuerzo, un Range Rover conocido como la Bestia, que conducía otro gigante afable y risueño llamado Mickey Crocker, también «veterano». La Bestia también era un automóvil muy viejo, y muy pesado, y se requería una fuerza bestial para mover el volante. Se atascaba en el barro y a veces era incapaz de subir por una cuesta con hielo en la calzada. Estábamos a mediados de febrero, la época más fría y con más hielo del año. «Lo siento, amigo -dijo Mick Crocker-. No es el mejor vehículo del garaje.» Se sentó en el asiento de atrás de la Bestia y confió en que los hombres que lo protegían dieran mejor resultado que sus coches.

Sameen, abogada titulada (aunque ya no ejercía; ahora se dedicaba a la educación de adultos), siempre había poseído una visión política perspicaz y tenía mucho que decir sobre lo que estaba ocurriendo. La Revolución iraní se tambaleaba desde que Jomeini había sido obligado, en sus propias palabras, a «tomar veneno» y aceptar el final sin victoria de su guerra contra Irak, que había dejado muertos o mutilados a los jóvenes iraníes de toda una generación. La fetua era su manera de recuperar el impulso político, de revitalizar a los fieles. El hermano de Sameen había tenido la mala suerte de ser la última batalla del viejo moribundo. En cuanto a los «líderes» musulmanes británicos, ¿a quién lideraban exactamente? Eran líderes sin seguidores, charlatanes que querían hacer carrera a costa del infortunio de su hermano. Durante una generación la política de las minorías étnicas en Gran Bretaña había sido secular y socialista. Ahora se recurría a este otro método para que las mezquitas aniquilaran ese proyecto y pusieran a la religión al timón. Los «asiáticos» británicos nunca antes se habían escindido en las facciones hindú, musulmana y sij (si bien había habido escisiones de otra índole; durante la guerra de Bangladesh, se había producido un enconado cisma entre los británico-paquistaníes y los británico-bangladesíes). Era necesario que alguien respondiera a esa gente que estaba abriendo una brecha comunitarista y sectaria en la comunidad, dijo Sameen, a esos mulás y

supuestos líderes para presentarlos como los hipócritas y oportunistas que eran. Ella estaba dispuesta a ser esa persona, y él sabía que, siendo como era elocuente y ducha, sería una representante formidable.

Pero le pidió que no lo hiciera. Su hija Maya aún no había cumplido un año. Si ella se convertía en su portavoz público, los medios se instalarían frente a su casa y le sería imposible escapar de los focos de la publicidad; su vida privada, la joven vida de su hija, sería blanco de los reflectores y los micrófonos. Además, era imposible saber qué peligro podía representar eso para ella. No quería que se arriesgara por él. Y existía otro problema: si Sameen se identificaba muy públicamente como la «voz» de su hermano, según dijo el equipo de protección, sería mucho más difícil llevarlo a él de visita a casa de ella. Él comprendió que era necesario dividir a las personas que conocía en dos espacios, uno «privado» y otro «público». La necesitaba, dijo, más como apoyo privado que como defensora pública. A su pesar, ella accedió.

Una de las consecuencias imprevistas de esta decisión fue que mientras el «caso» siguiera en el candelero, él se vería obligado a ser casi invisible, porque la policía lo instó a abstenerse de hacer más declaraciones para no avivar el conflicto, consejo que él aceptó durante un tiempo, hasta que se negó a continuar en silencio; y en su ausencia, ninguna de las personas a quienes él quería habló en representación de él, ni su mujer, ni su hermana, ni sus amigos más íntimos: aquellos a quienes él deseaba seguir viendo. En los medios se convirtió en un hombre a quien nadie quería pero a quien muchos detestaban. «La muerte, quizá, sea demasiado fácil para él -declaró el señor Iqbal Sacranie del Comité de Acción sobre Asuntos Islámicos del Reino Unido-. Su espíritu debe ser atormentado durante el resto de su vida a menos que pida perdón al todopoderoso Alá.» En 2005 este mismo Sacranie fue nombrado caballero por recomendación del gobierno de Blair en consideración a los servicios prestados a las relaciones comunitarias.

De camino a los Cotswolds el coche paró para repostar. Él tenía que ir al lavabo y abrió la puerta y salió. Todas y cada una de las personas de la gasolinera volvieron la cabeza a la par para mirarlo. Aparecía en primera plana de todos los periódicos -Martin Amis dijo, memorablemente, que había «desaparecido sin dejar rastro en primera plana»- y se había convertido de la noche a la mañana en uno de los hombres más reconocibles del país. Las expresiones de aquellos rostros eran cordiales -un hombre lo saludó con la mano, otro levantó los pulgares-, pero resultaba alarmante ser tan intensamente visible en el preciso momento en que se le pedía que pasara inadvertido. Cuando puso los pies en las calles del pueblo de Broadway, la reacción fue la misma. Una mujer se le acercó y dijo: «Suerte». En el hotel el personal, pese a su profesionalidad, no podía evitar mirarlo boquiabierto. Se había convertido en un espectáculo de feria, y Marianne y él sintieron alivio al llegar a la intimidad de su bonita habitación del viejo mundo. Le entregaron

un «botón de alarma» para que lo pulsara si lo inquietaba algo. Probó el botón: no funcionaba.

Les asignaron una pequeña sala privada donde comer. El hotel había prevenido a Stan y Benny de un posible contratiempo. Otro de sus huéspedes era un periodista del *Daily Mirror*, que había ocupado una habitación cercana durante unos días con una mujer que no era su esposa. Como se vio, eso no fue problema. La mujer sin duda poseía poderosos encantos, ya que el hombre del *Mirror* no salió de la habitación en varios días, y por tanto, mientras la prensa sensacionalista utilizaba equipos de fisgones para averiguar dónde se había escondido el autor de *Los versos satánicos*, el periodista sensacionalista de la habitación contigua se perdía la primicia.

El segundo día en The Lygon Arms, Stan y Benny fueron a verlo con un periódico en la mano. El presidente Alí Jamenei de Irán había insinuado que, si se disculpaba, «es posible que ese miserable aún pueda salvarse». «Se considera -informó Stanque debería usted hacer algo para bajar la temperatura.» «Sí -convino Benny-, eso piensan. Una declaración adecuada por su parte podría ser de cierta ayuda.» ¿Quién lo consideraba?, quiso saber él; ¿quién lo pensaba? «Es la opinión generalizada -contestó Stan misteriosamente-, entre los de arriba.» ¿Era una opinión de la policía o una opinión del gobierno? «Se han tomado la libertad de preparar un texto -dijo Stan-. Léalo, no faltaba más.» «Haga cambios si el estilo no le gusta, no faltaba más -añadió Ben-. El escritor es usted.» «Debo añadir, a decir verdad -dijo Stan-, que el texto ha sido aprobado.»

El texto que le entregaron era inaceptable: cobarde, autodegradante. Firmarlo sería una derrota. ¿De verdad podía ser ese el trato que le proponían: que solo recibiría apoyo del gobierno y protección de la policía si, abandonando sus principios y la defensa de su libro, se postraba de rodillas y se humillaba? Stan y Ben parecían en extremo incómodos. «Como he dicho -dijo Benny-, es usted muy libre de introducir cambios.» «Y ya veremos cómo reaccionan», agregó Stan. ¿Y si él optaba por no hacer ninguna declaración en ese momento? «Piensan que sería buena idea -respondió Stan-. Se llevan a cabo negociaciones en su nombre al más alto nivel. Y también hay que tener en cuenta a los rehenes del Líbano, y al señor Roger Cooper, encarcelado en Teherán. La situación de ellos es peor que la de usted. Se le pide que aporte su grano de arena.» (En la década de 1980 el grupo libanés Hezbolá, financiado enteramente por Teherán, utilizó diversos seudónimos para capturar a noventa y seis súbditos de veintiún países extranjeros, incluidos varios estadounidenses y británicos. Además, el señor Cooper, un hombre de negocios británico, había sido detenido y encarcelado en Irán.)

Era una tarea imposible: escribir algo que pudiera recibirse como una rama de olivo sin ceder en lo importante. La declaración que presentó le pareció en su mayor parte despreciable. «Como autor de *Los versos satánicos* reconozco que los musulmanes de muchas partes del mundo están verdaderamente

afligidos por la publicación de mi novela. Lamento profundamente la aflicción que la publicación ha ocasionado a los seguidores sinceros del islam. Viviendo como vivimos en un mundo de muchos credos, esta experiencia ha servido para recordarnos que todos debemos ser conscientes de las sensibilidades de los demás.» Su voz privada, autojustificatoria, sostenía que se disculpaba por la aflicción -al fin y al cabo, nunca había querido causar aflicción-, pero no se disculpaba por el libro en sí. Y sí, debíamos ser conscientes de las sensibilidades de los demás, pero eso no significaba que debiéramos rendirnos a ellas. Ese era su subtexto combativo, tácito. Pero sabía que para que el texto fuera eficaz, debía leerse como una disculpa franca. La mera idea le hacía sentirse físicamente enfermo.

Fue un gesto inútil. Fue rechazado, luego medio aceptado, luego rechazado de nuevo, tanto por los musulmanes británicos como por los líderes iraníes. La posición fuerte habría sido negarse a negociar con la intolerancia. Él había adoptado la posición débil y, por tanto, recibía el trato de un débil. El *Observer* lo defendió -«ni Gran Bretaña ni el autor tienen nada de que disculparse»-, pero intuía que se había equivocado, que había dado un grave paso en falso, y esa sensación pronto se vio confirmada. «Incluso si Salman Rushdie se convierte en el hombre más devoto de todos los tiempos, atañe a todos los musulmanes emplear todo lo que tienen, su vida y su riqueza, para mandarlo al infierno», dijo el imán moribundo. Daba la sensación de que había tocado fondo. No era así. Tocaría fondo unos meses después.

Los agentes de protección dijeron que no debía pasar más de dos noches en The Lygon Arms. Tenía suerte de que los medios no lo hubieran encontrado aún, y sin duda no tardarían en encontrarlo más de uno o dos días. Fue entonces cuando le explicaron otra cruda verdad: le correspondía a él encontrar sitios donde alojarse. El consejo de la policía, más bien una orden, era que no podía volver a su casa, ya que allí sería imposible (lo que significaba «muy caro») protegerlo. Pero no se le proporcionarían «casas francas». Si tales lugares existían, él no llegó a verlos. El común de las personas, aleccionadas por las novelas de espías, creía firmemente en la existencia de casas francas, y daba por supuesto que se lo protegía en una de tales fortalezas a costa del dinero público. Con el paso de las semanas, las críticas a los gastos generados por su protección fueron cada vez más ruidosas: indicativo del cambio en la opinión pública. Pero en su segundo día en The Lygon Arms le dijeron que disponía de veinticuatro horas para buscar otro sitio adonde ir.

Hizo la llamada diaria a casa de Clarissa para hablar con Zafar y ella le ofreció una solución temporal. Por entonces trabajaba como agente literaria en la agencia A. P. Watt, cuya socia mayoritaria, Hilary Rubinstein, tenía un chalet en la aldea de Thame en Oxfordshire, y se lo ofrecía durante una o dos noches. Fue el primero de muchos actos de generosidad por parte de amigos y conocidos, sin cuya bondad él se habría quedado sin un techo bajo el que vivir. El chalet de Hilary era relativamente pequeño y no muy aislado, no una

ubicación ideal, pero él lo necesitaba y lo agradeció. La llegada del Jaguar reparado, la Bestia, Stan el tenista, Benny el figurín, Dennis el Caballo y el gran Mickey C., más Marianne y el hombre invisible, no podía pasar inadvertida en un pueblo pequeño. Estaba seguro de que todo el mundo sabía qué ocurría exactamente en el chalet de Rubinstein. Pero nadie fue a husmear. Se mantuvieron las debidas reservas y distancias inglesas. Incluso fue posible que lo llevaran a ver a Zafar durante unas horas a la casa en el campo de los Hoffman. No tenía ni idea de adónde ir a continuación. Había telefoneado a todo aquel que se le ocurrió, pero fue en vano. Luego llamó a su contestador automático y encontró un mensaje de Deborah Rogers, la agente de la que había prescindido al nombrar a Andrew Wylie. «Llámame -decía el mensaje-. Creo que quizá podamos ayudarte.»

Deb y su marido, el compositor Michael Berkeley, le ofrecieron su granja de Gales. «Si la necesitas -dijo sin más-, tuya es.» Él se sintió profundamente conmovido. «Oye -dijo ella-, la verdad es que es perfecta, porque todo el mundo piensa que estamos peleados, así que nadie imaginará que estás aquí.» Al día siguiente, su pequeño y extraño circo llegó a Middle Pitts, aquella acogedora granja en la montañosa franja fronteriza de Gales. Nubes bajas y lluvia y la renovación de una amistad rota, dejando de lado todas las disputas debido a la presión de los acontecimientos y con ayuda de largos y afectuosos abrazos. «Quédate todo el tiempo que haga falta», dijo Deb, pero él sabía que no debía abusar de la hospitalidad de Michael y ella. Necesitaba encontrar un lugar suyo. Marianne accedió a ponerse en contacto con agencias inmobiliarias de la zona al día siguiente y empezar a buscar casas de alquiler. Debían confiar en que su cara no fuese tan inmediatamente reconocible como la de él.

En cuanto a él, no podía dejarse ver en la granja o su seguridad estaría «comprometida». Un granjero cuidaba de las ovejas de Michael y Deb, y en cierto momento bajó de la montaña para comentarle algo a Michael. Una situación corriente se convertía en una crisis cuando la invisibilidad se consideraba esencial. «Más vale que no estés a la vista», dijo Michael, y él tuvo que esconderse detrás de una encimera de la cocina. Allí agachado, escuchando a Michael mientras se quitaba de encima a ese hombre lo antes posible, experimentó una profunda vergüenza. Esconderse así era verse despojado de todo respeto de sí mismo. Que a uno le dijeran que debía esconderse era una humillación. Tal vez, pensó, vivir así sería peor que la muerte. En su novela *Vergüenza* había escrito sobre la mecánica de la «cultura del honor» musulmana, cuyo eje moral tenía en sus polos el honor y la vergüenza, muy distinto de la narrativa cristiana de la culpabilidad y la redención. Él procedía de esa cultura pese a no ser religioso, y había sido educado para sentir una honda preocupación por las cuestiones del orgullo. Actuar furtivamente y esconderse era llevar una vida deshonrosa. Se sintió, muy a menudo en todos esos años, profundamente avergonzado. Avergonzado y en una situación vergonzosa.

Era poco común que una noticia de ámbito internacional se apoyara tan exclusivamente en las acciones, las motivaciones, la personalidad y los supuestos delitos de un único individuo. El solo peso de los acontecimientos era una carga opresiva. Imaginó la Gran Pirámide de Guiza del revés con el vértice en su cuello. La noticia llegaba a sus oídos como un clamor. Daba la impresión de que todo el mundo en el planeta tenía una opinión. Hesham al-Essawy, el dentista «moderado» del programa de la BBC, lo definió como producto de la permisividad de los sesenta, «que ahora ha originado la crisis del sida». Los miembros del Parlamento paquistaní recomendaron el envío inmediato de asesinos al Reino Unido. En Irán, los clérigos más poderosos, Jamenei y Rafsanjani, respaldaron la decisión del imán. «Una flecha negra de represalia surca el aire hacia el corazón de ese malnacido blasfemo», declaró Jamenei durante una visita a Yugoslavia. Un ayatolá iraní llamado Hassan Sanei ofreció una recompensa de un millón de dólares por la cabeza del apóstata. No estaba claro si el ayatolá poseía ese millón de dólares, ni si sería fácil reclamar el pago de la recompensa, pero aquellos no eran tiempos dominados por la lógica. En la televisión aparecían continuamente hombres barbudos (y también afeitados) hablando a gritos sobre la muerte. Pusieron una bomba en la biblioteca del British Council en Karachi, un lugar agradable y plácido que él había visitado con frecuencia.

Por alguna razón, en esos atroces días de vocerío, su reputación literaria sobrevivió al varapalo. Gran parte de los comentarios en Gran Bretaña, Estados Unidos y la India seguían haciendo hincapié en la calidad de su arte y del libro víctima del ataque, pero se observaban indicios de que también eso podía cambiar. Vio un espantoso episodio del *Late Show* de la BBC en el que Ian McEwan, Aziz al-Azmeh y la valerosa novelista jordana Fadia Faqir, que había recibido también amenazas de muerte por su obra, intentaron defenderlo ante uno de los quemadores de libros de Bradford y el ubicuo dentista Essawy. El programa fue un desbarajuste, y salió un lenguaje tremendo de la boca de sus adversarios, individuos ignorantes, fanáticos y amenazadores. Lo que convirtió el episodio en algo especialmente terrible para él fue que el eminente intelectual George Steiner -la antítesis misma del fanático ignorante- lanzó un potente ataque literario contra su obra. Poco después otros conocidos personajes de los medios de comunicación británicos, Auberon Waugh, Richard Ingrams, Bernard Levin, sumaron sus comentarios hostiles. En otros periódicos lo defendieron Edward Said y Carlos Fuentes, pero él percibió que el clima empezaba a cambiar. La gira de presentación del libro en Estados Unidos se suspendió, como es natural. Se publicaron reseñas satisfactoriamente favorables en casi toda la prensa norteamericana, pero él ya no cruzaría el Atlántico hasta pasado mucho tiempo.

Los problemas editoriales se multiplicaron. En la sede de Viking de Londres, y ahora también en Nueva York, se recibían numerosas amenazas telefónicas. Mujeres jóvenes oían voces anónimas que decían: «Sabemos

dónde vives. Sabemos a qué colegio van tus hijos». Hubo numerosas amenazas de bomba, aunque, por suerte, nunca pusieron una bomba en ninguna de las editoriales, si bien en la librería Cody's de Berkeley, California, sí estalló una bomba de tubo. (Muchos años más tarde visitó Cody's y le enseñaron con gran orgullo la zona dañada y quemada en las estanterías donde se había colocado la bomba, que Andy Ross y su personal decidieron no reparar, como insignia del valor de la librería.) Y en un hotel barato de Londres, en Sussex Gardens, cerca de la estación de Paddington, un terrorista con intenciones de poner una bomba cuyo objetivo quizá fuera las oficinas de Penguin -aunque también se rumoreó que planeaba un ataque contra la embajada israelí- voló en pedazos, anotándose lo que en la jerga de la División Especial se llamaba «un gol en propia meta». Después de eso apostaron en la valija de Penguin, el departamento por donde entraba toda la correspondencia, perros adiestrados para detectar explosivos.

Peter Mayer, el director de la empresa, encargó un informe de seguridad a Control Risks Information Services Limited de Londres, para analizar el «gol en propia meta» y las persistentes amenazas a la editorial. Se enviaron copias a Andrew Wylie y Gillon Aitken. En dicho informe los protagonistas de la historia, supuestamente por razones de seguridad, no eran mencionados por sus nombres. En lugar de eso, les asignaron nombres de pájaros. El documento recibió el magnífico título de *Evaluación de la fortaleza y potencial de la protesta del Caradrino contra la Limosa de la Paloma del Charrán Ártico e implicaciones para el Chorlito Dorado*. Quizá no fuera muy difícil interpretar que *Caradrino* significaba «musulmanes», *Limosa* significaba «editorial» o «Viking», *Paloma* era *Los versos Satánicos* y *Chorlito Dorado* era la compañía matriz de Penguin, el Pearson Group. El autor de *Paloma* era *Charrán Ártico*.

Peter Mayer (que carecía de identidad ornitológica, aunque en los periódicos aparecía a menudo como «Rey Pingüino»), prohibió a todo «el personal relacionado con Paloma», so pena de despido inmediato, hablar con la prensa sobre Paloma o Charrán Ártico. Las únicas declaraciones públicas que surgirían de Limosa las haría su abogado, Martin Garbus, o un portavoz oficial llamado Bob Gregory. Dichas declaraciones fueron cautamente defensivas. Todo esto era comprensible (salvo por los absurdos nombres de pájaros, quizá), pero una consecuencia de este decreto del Rey Pingüino fue que en el preciso momento en que el asediado autor de la casa necesitaba que su editorial hablara en su nombre, los editores fueron amordazados y acallados. Ese silencio creó una brecha entre editorial y autor. Sin embargo, de momento las grietas en la relación eran menores, porque la empresa mostraba gran valor y elevados principios. Las voces musulmanas amenazaban a Penguin con serias represalias contra sus oficinas en todo el mundo, y amenazaban asimismo con una prohibición mundial contra Penguin Books y todas las actividades comerciales de Pearson, un conglomerado con grandes intereses en el mundo musulmán. Ante estas amenazas, la dirección

de Pearson no cedió.

El libro siguió imprimiéndose, y grandes cantidades de ejemplares se fletaron y vendieron. Cuando se situó en el número uno de la lista de libros más vendidos de *The New York Times*, John Irving, que estaba acostumbrado a ocupar él esa posición pero esta vez quedó atascado en el número dos, comentó en broma que si eso era lo que se requería para llegar a la primera posición, él se conformaba con quedar segundo. Él mismo sabía, como lo sabía Irving, que ese no era un «verdadero» número uno en ventas; que el escándalo, y no el mérito literario o la popularidad, impulsaba las ventas. Sabía asimismo, y lo agradecía mucho, que un gran número de personas compraba un ejemplar de *Los versos satánicos* en muestra de solidaridad. John Irving era amigo suyo desde que Liz Calder los presentó en 1980. Ese comentario en broma fue la manera de John de hacerle llegar un gesto cordial.

El día que la novela se publicó en Estados Unidos, el 22 de febrero de 1989, apareció un anuncio a toda plana en *The New York Times* pagado por la Asociación de Editores de Estados Unidos, la Asociación de Libreros de Estados Unidos y la Asociación de Bibliotecas de Estados Unidos. «La gente libre escribe libros -decía-. La gente libre publica libros. La gente libre vende libros. La gente libre compra libros. La gente libre lee libros. Ateniéndonos al compromiso de Estados Unidos con la libertad de expresión, informamos al público de que este libro estará a la disposición de los lectores en las librerías y bibliotecas de todo el país.» El Centro PEN de Estados Unidos, bajo la apasionada dirección de su querida amiga Susan Sontag, organizó lecturas de la novela. Sontag, Don DeLillo, Norman Mailer, Claire Bloom y Larry McMurtry se contaron entre los lectores. Le enviaron una grabación del acontecimiento. Se le hizo un nudo en la garganta. Mucho tiempo después le dijeron que algunos veteranos escritores norteamericanos al principio se habían escabullido. Incluso Arthur Miller había dado una excusa: su origen judío podía ser un factor contraproducente. Pero al cabo de unos días, metidos en vereda por Susan, casi todos ellos habían dejado asomar su lado bueno y habían dado la cara.

El miedo que se propagó por la industria editorial era real porque la amenaza era real. La fetua también amenazó a editoriales extranjeras y traductores. Y sin embargo el mundo del libro, en el que la gente libre tomaba decisiones libres, debía defenderse. Con frecuencia pensaba que la crisis era como una luz intensa que iluminaba las decisiones y actos de todos, creando un mundo sin sombras, un lugar inequívoco y descarnado de acciones correctas e incorrectas, decisiones buenas y malas, sí y no, fortaleza y debilidad. En ese áspero resplandor, algunos editores ofrecieron una imagen heroica mientras otros ofrecieron una imagen timorata. Quizá el más timorato de todos fue el director de una editorial europea, a quien sería poco amable nombrar, que mandó instalar cristales blindados en las ventanas de su despacho en la segunda planta, pero no en las ventanas de la primera planta, tras las cuales se veía a sus empleados; y un día llevó un destornillador al

trabajo para retirar la placa con el nombre de la empresa de la puerta de entrada del bloque de oficinas. La editorial alemana, el distinguido sello Kiepenheuer und Witsch, rescindió sumariamente su contrato e intentó cobrarle los costes de seguridad. (Al final sacó la edición alemana un amplio consorcio de editores e individuos eminentes, método que se utilizó también en España.) El editor francés Christian Bourgois al principio fue reacio a sacar a la luz la edición y aplazó varias veces la publicación, pero al final se dejó persuadir por las críticas cada vez más estridentes dirigidas contra él en los medios franceses. Andrew Wylie y Gillon Aitken estuvieron increíbles. Fueron de país en país decididos a convencer, engatusar, amenazar y adular a los editores para que hicieran su trabajo. En muchos países el libro se publicó solo por la resuelta presión de ellos dos sobre editores nerviosos.

En Italia, en cambio, hubo héroes locales. La editorial italiana, Mondadori, sacó su edición un par de días después de la fetua. Los dueños -el holding Fininvest de Silvio Berlusconi, el grupo CIR de Carlo de Benedetti y los herederos de Arnoldo Mondadori- fueron menos firmes que los de Viking y expresaron sus dudas sobre la sensatez de publicar el libro, pero se impuso la determinación del director editorial, Giancarlo Bonacina, y de su equipo. El libro se publicó según lo previsto.

Mientras ocurría todo esto y mucho más, el autor de *Los versos satánicos* se escondía avergonzado detrás de una encimera de cocina para que no lo viera un pastor de ovejas.

Sí, además de los estridentes titulares, estaban las crisis privadas, el nudo en el estómago creado por la continua necesidad de encontrar el siguiente lugar donde vivir, el miedo por su familia (su madre había llegado a Londres para quedarse con Sameen, y así podría estar más cerca de él, pero aún pasaría un tiempo hasta que él pudiera verla), y también estaba Marianne, por supuesto, cuya hija, Lara, en varias llamadas telefónicas acaloradas, dijo a su madre que «ningún amigo suyo entendía» por qué su madre se exponía a semejante peligro. Eso era un argumento razonable, un argumento que plantearía cualquier hija. Marianne había encontrado una casa de alquiler, y dispondrían de ella al cabo de una semana. Había sido toda una ayuda por su parte, pero para sus adentros él tenía la certeza de que ella lo abandonaría si la crisis se prolongaba mucho tiempo. A Marianne le resultaba muy difícil sobrellevar esa nueva vida. La gira para la presentación de su propio libro se había suspendido, y si él hubiese estado en su posición, probablemente también lo habría abandonado. Entretanto, ella se sumió en algo parecido a su proceso de trabajo normal, tomando abundantes notas acerca del lugar donde estaban, copiando frases en galés en su cuaderno, y empezando, casi de inmediato, a escribir relatos que en realidad no eran ficción, sino dramatizaciones de las experiencias que vivían. Uno de esos relatos se tituló «Croeso i Gymru», que significaba «Bienvenido a Gales», y empezaba diciendo «Éramos prófugos en Gales», frase que lo irritó, porque ser prófugo equivalía a estar huyendo de la justicia. No eran delincuentes, quiso decir él, pero se abstuvo. Ella no estaba

de humor para críticas. En ese momento escribía un relato titulado «Aprender urdu».

El ministro de Asuntos Exteriores salió por televisión diciendo mentiras sobre él. El pueblo británico, declaró sir Geoffrey Howe, no sentía el menor aprecio por ese libro. Trataba a Gran Bretaña con extrema desconsideración. Comparaba a Gran Bretaña, según él, con la Alemania de Hitler. El autor del libro poco apreciado no pudo menos que gritar ante el televisor: «¿Dónde? ¿En qué página? Enséñeme dónde he dicho yo eso». El televisor no contestó. El rostro insípido de sir Geoffrey, extrañamente dócil, con expresión de suficiencia, lo miró con un impasible parpadeo. Recordó que una vez Denis Healey, ex ministro del gabinete laborista, comparó un ataque de Howe con recibir «la brutal agresión de una oveja muerta», y durante un cuarto de minuto él se planteó la posibilidad de demandar a la oveja muerta por difamación. Pero eso habría sido una estupidez, claro está. A ojos del mundo, él mismo era el gran Difamador y, como consecuencia de ello, era aceptable difamarlo también a él.

La oveja muerta tenía compañía. El gigante enorme y desagradable, Roald Dahl, apareció en los periódicos declarando: «Rushdie es un oportunista peligroso». Un par de días antes el arzobispo de Canterbury, Robert Runcie, había dicho que «comprendía los sentimientos de los musulmanes». Pronto el papa comprendería también esos sentimientos, y el rabino jefe británico, y el cardenal de Nueva York. El escuadrón de Dios ponía a sus tropas en formación. Pero Nadine Gordimer escribió en su defensa. Y el día que Marianne y él se marcharon de la granja de Deb y Michael para instalarse en la casa de alquiler, se publicó la llamada Declaración de los Escritores del Mundo en apoyo a él, firmada por miles de autores. Gran Bretaña e Irán habían roto relaciones diplomáticas. Asombrosamente, fue Irán quien dio el paso, no el gobierno de Thatcher. Por lo visto, la protección británica ofrecida al renegado apóstata resultaba más molesta para los ayatolás de lo que lo era la agresión extraterritorial contra un súbdito británico para Gran Bretaña. O tal vez simplemente los iraníes habían sido los primeros en tomar represalias.

El modesto chalet de paredes blancas y tejado de pizarra negra se llamaba Tyn-y-Coed, «la casa del bosque», un nombre corriente para una casa en aquella zona. Se hallaba cerca del pueblo de Pentrefelin, en Brecon, no lejos de las Montañas Negras y los Brecon Beacons. Llovía mucho. Cuando llegaron, hacía frío. Los agentes de policía intentaron encender la estufa y, después de muchos golpes y juramentos, lo consiguieron. Él logró dar con una pequeña habitación en el piso de arriba donde podía cerrar la puerta y simular que trabajaba. La casa producía una sensación de crudeza, como el tiempo. Margaret Thatcher, en televisión, se mostró comprensiva en cuanto a la ofensa al islam y se solidarizó con los ofendidos. Él habló con Gillon Aitken y Bill Buford, quienes lo previnieron de que durante un tiempo se produciría en la opinión pública una reacción contra él. Leyó las declaraciones de apoyo publicadas por los grandes escritores del mundo en *The New York Times Book*

Review, y ahí encontró cierto consuelo. Habló con Michael Foot por teléfono, y lo animaron sus declaraciones exclamatorias y entrecortadas de solidaridad absoluta. Imaginó el pelo largo y blanco de Michael ondeando con vehemencia, y a su mujer, Jill Craigie, serenamente feroz. «Indignante. Todo ello. Eso pensamos Jill y yo. Sí, desde luego.»

Hubo un cambio en el equipo de protección. Stan, Benny, Dennis y Mick habían vuelto con sus familias, y ahora él estaba bajo los cuidados de Dev Stonehouse, un «personaje» con un rostro teñido del color de lo que parecía un problema con la bebida, que no paraba de contar insidiosas indiscreciones sobre otros «principales» que había tenido bajo su vigilancia: la noche que el político irlandés Gerry Fitt se bebió dieciséis gin-tonics, la actitud intolerablemente arrogante del ministro Tom King hacia su equipo de protección («Ese tipo un día acabará con un tiro en la espalda») y, en contraste, la caballerosa conducta del activista del Ulster Ian Paisley, que recordaba los nombres de todos, se interesaba por sus familias y rezaba con sus agentes de protección al inicio de cada nuevo día. El equipo de Dev incluía a otros dos chóferes risueños y afables, Alex y Phil, que hacían oídos sordos a las «tonterías que soltaba» Dev, y un segundo agente de protección, Peter Huddle, quien a todas luces aborrecía al sargento Stonehouse. «Es como las hemorroides -dijo en voz alta en la cocina-, un auténtico dolor en el culo.»

Lo llevaron a dar un paseo por las Montañas Negras -el paisaje en el que Bruce Chatwin había ambientado su mejor libro, *Colina negra*- y, viéndose por una vez al aire libre, teniendo ante los ojos la campiña y el horizonte en lugar de las paredes interiores de una casa, se sintió más animado. A este equipo le gustaba charlar. «No puedo comprar regalos a mi mujer -lamentó Alex, un escocés de las tierras llanas-. No le gusta nada de lo que le doy.» Phil se había quedado para vigilar los coches. «Estará bien -dijo Alex-. A los SCM les gusta quedarse sentados en sus vehículos.» Y sin venir a cuento, Dev anunció que la noche anterior se había tirado a alguien. Alex y Peter adoptaron expresiones de disgusto. Y de pronto él sintió un intenso dolor en la mandíbula. Eran sus muelas del juicio, que volvían a molestarlo. El dolor pasó al cabo de un rato, pero era un aviso. Quizá tuviera que ir al dentista.

Le habían dicho que no les gustaba la idea de que fuera a Londres muy a menudo, pero también se hacían cargo de que necesitaba ver a su hijo. Sus amigos ponían sus casas a disposición de él y los agentes lo llevaban allí para reunirse con Zafar, en la casa en Archway de su vieja amiga de Cambridge Teresa Gleadowe y su marido, el galerista Tony Stokes, en cuya pequeña galería de Covent Garden se había celebrado la fiesta de presentación de *Hijos de la medianoche* en otra vida, o en la casa en Kentish Town de Sue Moylan y Gurmukh Singh, que se habían conocido y enamorado en la boda de él con Clarissa y ya no volverían a separarse. Formaban una extraña pareja, perfectos el uno para el otro: ella, hija de juez y mujer inglesa clásica; él, un alto y apuesto sij de Singapur, pionero en la naciente ciencia del software informático. (Cuando Gurmukh decidió aprender jardinería, elaboró un

programa de ordenador que le indicaba qué hacer exactamente cada día del año. Su jardín, plantado y mantenido con arreglo a las instrucciones del programa, creció vigorosamente.) Harold Pinter y Antonia Fraser, así como muchos otros amigos, le abrieron sus puertas. Bill Buford le dijo: «Tus amigos van a cerrarse en torno a ti como un círculo de hierro, y dentro de ese anillo podrás seguir con tu vida». Eso fue exactamente lo que hicieron. Su código de silencio fue inquebrantable. Ni uno solo de ellos dejó escapar nunca sin querer el menor detalle de sus movimientos, ni una sola vez. Sin ellos, no habría sobrevivido ni seis meses. Después de muchos recelos iniciales, la División Especial acabó confiando también en sus amigos, dándose cuenta de que eran personas serias que entendían las necesidades de la situación.

Esto era lo que había que hacer para ver a su hijo: el «quinto hombre» del equipo, instalado en Scotland Yard, visitaba el «lugar de encuentro» por adelantado para evaluar la seguridad, dar instrucciones a los dueños de la casa sobre lo que debían hacer, cerrar con llave tales puertas, correr tales cortinas. A continuación lo trasladaban a él en coche al lugar en cuestión, siempre por el camino más tortuoso, empleándose muchos de los trucos de la contravigilancia, un proceso conocido como «limpieza en seco», para asegurarse de que no los seguían. (Los desplazamientos en coche de contravigilancia implicaban en parte conducir de la manera más extraña posible. En una autopista a veces conducían a una velocidad descabelladamente variable, porque si alguien hacía lo mismo, significaba que los seguían. A veces Alex tomaba por un carril de salida y aceleraba. Si alguien lo seguía, no sabría si se disponía a abandonar la autopista o no y tendría que acelerar también detrás de él, revelando así su presencia.) Mientras tanto, otro coche recogía a Zafar y lo llevaba al lugar de encuentro, también después de una «limpieza en seco». Aquello era todo un esfuerzo, pero al final veía la alegría en los ojos de su hijo y eso le decía todo lo que necesitaba saber.

Vio a Zafar durante una hora en casa de los Stokes. Pasó otra hora con su madre y Sameen en casa de los Pinter en Campden Hill Square, y en el autocontrol férreo de su madre volvió a ver a la mujer que había sido en los días anteriores y posteriores a la muerte de su padre. Escondía su miedo y su preocupación bajo una sonrisa tensa pero afectuosa, aunque a menudo apretaba los puños. Luego, como era muy tarde para volver en coche a Gales, lo llevaron al chalet de Ian McEwan en el pueblo de Chedworth, en Gloucestershire, y pudo pasar una noche en compañía de buenos y afectuosos amigos: Alan Yentob y su pareja, Philippa Walker, además de Ian. En una entrevista concedida a *The New Yorker*, Ian dijo tiempo después: «Nunca lo olvidaré: a la mañana siguiente nos levantamos temprano. Él tenía que ponerse en marcha. Un momento terrible para él. Estábamos ante la encimera de la cocina preparando tostadas y café mientras escuchábamos las noticias de las ocho en la BBC. Él estaba justo a mi lado y era la noticia de cabecera. Hezbolá había aplicado su sagacidad y peso en el proyecto de matarlo». A Ian

le falló un poco la memoria. La amenaza mencionada en el noticiario de ese día no procedía del grupo Hezbolá del Líbano, financiado por Irán, sino de Ahmad Jibril, líder del Frente Popular para la Liberación de Palestina-Comando General.

El comandante John Howley de la División Especial -el policía de alto rango a cargo de la Brigada «A», ascendido más tarde al puesto de subcomisario y convertido en jefe de la División Especial y de la lucha antiterrorista de Scotland Yard- fue a verlo a Gales, acompañado por Bill Greenup, el agente a quien Marianne, en su relato galés, había puesto el nombre de «señor Browndown». La actitud del señor Greenup hacia él fue poco cordial. Saltaba a la vista que, a juicio de Greenup, se las veían con un individuo conflictivo a quien le había salido el tiro por la culata, y ahora buenos agentes de policía tenían que arriesgar el cuello para salvar el suyo, para rescatarlo de las consecuencias de sus propias acciones. Y para colmo el individuo conflictivo era votante laborista y había criticado al mismo gobierno, la administración Thatcher, que ahora se veía obligado a autorizar su protección. El señor Greenup insinuó que la División Especial estaba planteándose dejar su protección en manos de policías de uniforme corrientes, y él tendría que correr sus propios riesgos. Empezaba a dar la impresión de que su vida correría peligro durante un tiempo considerable, y eso no era lo que había previsto, ni deseaba, la División Especial. Esa era la mala noticia por la que el comandante Howley, un hombre parco en palabras, había viajado hasta Gales. Ya no se trataba de pasar inadvertido durante unos días mientras los políticos encontraban una solución. No había perspectiva de que se le permitiera (¿*permitiera*?) seguir con su vida normal en un futuro previsible. No podía decidir volver a casa y jugársela sin más. Hacer eso implicaría poner en peligro a sus vecinos e imponer una carga intolerable a los recursos de la policía, porque sería necesario cerrar y proteger toda una calle, o más de una calle. Debía esperar hasta que se produjera un «cambio político importante». ¿Qué significaba eso?, preguntó. ¿Hasta la muerte de Jomeini? ¿O nunca? Howley no tenía opinión al respecto. Era imposible para él calcular cuánto tiempo pasaría.

Llevaba un mes conviviendo con la amenaza de muerte. Se habían celebrado otras concentraciones contra *Los versos satánicos* en París, Nueva York, Oslo, Cachemira, Bangladesh, Turquía, Alemania, Tailandia, los Países Bajos, Suecia, Australia y West Yorkshire. El número de heridos y muertos había seguido en aumento. Para entonces la novela se había prohibido también en Siria, Líbano, Kenia, Brunei, Tailandia, Tanzania, Indonesia y en todo el mundo árabe. Un «líder» musulmán llamado Abdul Hussain Chowdhury pidió al magistrado metropolitano jefe de Londres una orden de comparecencia para Salman Rushdie y sus editores, alegando «libelo blasfemo y libelo sedicioso», pero no se concedió el mandato. Fue necesario acordonar la Quinta Avenida de Nueva York por una amenaza de bomba en una librería. En aquellos tiempos aún había librerías en toda la Quinta Avenida.

El frente unido del mundo literario se resquebrajó, y para él fue muy doloroso ver fracturarse su propio mundo bajo la presión de esos acontecimientos. Primero la Academia de las Artes de Berlín Oeste se negó a autorizar una concentración de solidaridad «pro-Rushdie» en su local por razones de seguridad. Eso llevó al más importante escritor de Alemania, Günter Grass, y al filósofo Günther Anders, a abandonar la Academia en señal de protesta. Luego, en Estocolmo, la Academia Sueca, que concede el Premio Nobel de Literatura, decidió no publicar una declaración formal de condena a la fetua. La eminente novelista Kerstin Ekman renunció a su sillón a la mesa de dieciocho académicos. Lars Gyllensten se retiró también de las deliberaciones de la academia.

Él se sentía muy mal. «No lo hagáis, Günter, Günther, Kerstin, Lars -deseó gritar-. No lo hagáis por mí.» No quería provocar escisiones en las academias, perjudicar el mundo de los libros. Eso era todo lo contrario de lo que él deseaba. Pretendía defender el libro de los quemadores de libros. Esas pequeñas batallas entre los amantes de los libros se le antojaban tragedias en una época en que la propia libertad literaria se veía atacada de manera tan violenta.

En los idus de marzo se vio arrojado sin previo aviso al círculo más bajo del infierno orwelliano. «*Me preguntaste una vez -dijo O'Brien- qué había en la habitación 101. Te dije que ya lo sabías. Todos lo saben. Lo que hay en la habitación 101 es lo peor del mundo*.» Lo peor del mundo es distinto para cada individuo. Para Winston Smith en *1984* de Orwell eran las ratas. Para él, en un frío chalet galés, era una llamada telefónica sin contestar.

Había establecido una rutina diaria con Clarissa. A las siete de cada tarde, sin falta, él llamaría para saludar a Zafar. Hablaba con su hijo de la manera más franca posible respecto a lo que sucedía, procurando darle un sesgo optimista, para mantener a raya a los monstruos en la imaginación de su hijo, pero sin dejar de informarlo. No había tardado en descubrir que siempre y cuando Zafar recibiera las noticias primero a través de él, el niño era capaz de manejar la situación. Si por desgracia no conseguían hablar y Zafar se enteraba de algo inquietante a través de sus amigos en el patio del colegio, se alteraba mucho. La comunicación era vital. Por eso la llamada diaria. Había acordado con Clarissa que si por alguna razón no podía estar en casa con Zafar a las siete, ella dejaría un mensaje en el contestador de St. Peter's Street para decirle cuándo volverían. Telefoneó a la casa de Burma Road. No hubo respuesta. Dejó un mensaje en el contestador de Clarissa y luego *interrogó* al suyo. Ella no había dejado mensaje. Bueno, pensó, se han retrasado un poco. Al cabo de quince minutos volvió a llamar. Nadie descolgó. Telefoneó de nuevo a su propio contestador: nada. Diez minutos después hizo una tercera llamada. Todavía nada. Para entonces había empezado a preocuparse. Eran casi las 19.45 de un día de colegio. No era normal que no estuvieran en casa a esa hora. Llamó otras dos veces en los siguientes diez minutos. No hubo

respuesta. Empezaba ya a sucumbir al pánico.

Los acontecimientos del día pasaron a segundo plano. La Organización de la Conferencia Islámica lo había llamado apóstata pero se había negado a dar apoyo a la sentencia de muerte iraní. Los musulmanes planeaban una marcha en Cardiff. Marianne estaba alterada porque su novela recién publicada, *John Dollar*, había vendido exactamente veinticuatro ejemplares la semana anterior. Nada de eso tenía importancia. Telefoneó repetidamente a Burma Road, marcando y volviendo a marcar como un poseso, y empezaron a temblarle las manos. Estaba sentado en el suelo, encogido contra una pared, con el teléfono en el regazo, marcando y volviendo a marcar. El equipo de protección había cambiado una vez más; Stan y Benny habían vuelto con dos nuevos chóferes, un buen tipo un tanto lenguaraz llamado Keith, alias «Retaco», y un pelirrojo galés llamado Alan Owen. Stan advirtió la desenfrenada actividad telefónica de su «principal» y se acercó para preguntar si pasaba algo.

Él contestó que sí, que eso parecía. Clarissa y Zafar llevaban una hora y cuarto de retraso en su cita telefónica con él y no habían dado ninguna explicación. Stan se puso muy serio. «¿Esto es un cambio en la rutina? -preguntó-. Esa es una de las cosas por las que hay que preocuparse, cualquier cambio imprevisto.» Sí, contestó él, era un cambio en la rutina. «Vale -dijo Stan-, déjelo en mis manos. Ya indagaré yo.» Pocos minutos después volvió para decir que había hablado con la «Metpol» -la Policía Metropolitana de Londres- e iban a enviar un coche al domicilio para hacer una «pasada». Después de eso, los minutos avanzaron tan despacio y tan fríamente como el hielo glacial, y cuando llegó el parte se le heló el corazón. «El coche acaba de pasar por delante del lugar -dijo Stan-, y el parte, lamento decir, es que la puerta de la calle está abierta y todas las luces encendidas.» Él fue incapaz de contestar. «Obviamente, los agentes no han intentado acercarse a la casa ni entrar -añadió Stan-. En una situación como esta, no saben qué podrían encontrarse.»

Él vio cuerpos desmadejados en la escalera del vestíbulo. Vio los cadáveres como muñecas de trapo de su hijo y su primera esposa empapados en sangre y vivamente iluminados. La vida había terminado. Él había huido y se había escondido como un conejo asustado, y sus seres queridos habían pagado el precio. «Solo por informarle de lo que estamos haciendo -dijo Stan-: vamos a entrar allí, pero tendrá que darnos unos cuarenta minutos. Necesitan reunir un ejército.»

Quizá no estaban los dos muertos. Quizá su hijo seguía vivo y lo habían tomado como rehén. «Comprenda -dijo a Stanque si lo tienen a él y quieren un rescate, querrán intercambiarlo por mí, y pienso hacerlo, y ustedes no podrán impedírmelo. Solo quiero que eso quede claro.»

Stan hizo una pausa larga y misteriosa, como un personaje en una obra de Pinter. Luego dijo: «El problema con el intercambio de rehenes es que solo pasa en las películas. Lamento decirle que en la vida real, si esto es una

intervención hostil, seguramente ya están los dos muertos. La pregunta que tiene que hacerse es si quiere morir usted también».

Los policías presentes en la cocina se habían quedado callados. Marianne, sentada frente a él, lo miraba fijamente, incapaz de ofrecerle consuelo. Él no tenía nada más que decir. Solo podía marcar enloquecidamente, cada treinta segundos, marcar, dejar sonar el timbre y luego oír la voz de Clarissa pidiéndole que dejara un mensaje. Aquella muchacha hermosa, alta, de ojos verdes. La madre de su querido hijo, un niño vital y tierno. No había mensaje digno de dejarse. *Lo siento* no servía ni para empezar. Colgaba y volvía a marcar, y allí estaba su voz otra vez. Y otra vez.

Después de mucho tiempo se acercó Stan y dijo en voz baja: «Ya no tardarán. Están casi listos». Él asintió y aguardó a que la realidad le asestara lo que sería un golpe fatal. No tenía conciencia de haber llorado, pero se notaba la cara húmeda. Siguió marcando el número de Zafar. Como si el teléfono tuviera poderes ocultos, como si fuera un tablero de la güija que le permitiría ponerse en contacto con los muertos.

Inesperadamente se oyó un chasquido. Alguien había descolgado el auricular al otro lado de la línea. «¿Sí? -dijo con voz vacilante-. ¿Papá? -Era la voz de Zafar-. ¿Qué pasa, papá? Hay un policía en la puerta y dice que vienen otros quince de camino.» Él sintió una oleada de alivio y por un momento se le trabó la lengua. «¿Papá? ¿Estás ahí?» «Sí -dijo él-, estoy aquí. ¿Está bien tu madre? ¿Dónde estabais?» Habían ido a una función en el colegio, y se había alargado muchísimo. Clarissa se puso al aparato y se disculpó. «Lo siento, tenía que haberte dejado un mensaje. Se me ha olvidado. Lo siento.»

Corrieron por sus venas las habituales sustancias bioquímicas posteriores a un shock, y no supo si sentía felicidad o rabia. «Pero ¿y la puerta? -preguntó-. ¿Por qué estaba la puerta de la calle abierta y todas las luces encendidas?» Volvió a sonar la voz de Zafar al otro lado de la línea. «No ha sido así, papá -explicó-. Acabábamos de llegar y abrir la puerta y encender las luces, y entonces ha aparecido el policía.»

«Según parece -dijo el sargento Stan-, ha habido un lamentable error. El coche que hemos enviado a echar un vistazo se ha equivocado de casa.»

Se había equivocado de casa. Un error policial. Sencillamente un absurdo error. Todo estaba en orden. Los monstruos habían vuelto al armario de las escobas y bajo las tablas del entarimado. El mundo no había estallado. Su hijo seguía vivo. La puerta de la habitación 101 se abrió. A diferencia de Winston Smith, él había escapado.

Ese había sido el peor día de su vida.

El mensaje en su contestador era de la novelista Margaret Drabble. «Llama si puedes.» Y cuando pudo llamar, ella, con su estilo enérgico, eficaz, práctico, le hizo un ofrecimiento de una generosidad tan extraordinaria, a su modo, como lo había sido el de Deborah Rogers. Ella y su marido, Michael Holroyd, el biógrafo de Lytton Strachey, Augustus John y George Bernard

Shaw, habían estado rehabilitando un chalet en Porlock Weir, en la costa de Somerset. «Ya está acabado -dijo-, y nos disponíamos a instalarnos, y de pronto se me ocurrió decirle a Michael que tal vez le gustaría a Salman. Puedes vivir allí con toda tranquilidad durante un mes o así.» El regalo de un mes, la posibilidad de quedarse en un solo sitio durante todo ese tiempo, tenía para él un valor que no podía expresarse con palabras. Durante un mes sería una persona de Porlock. «Gracias», dijo, en insuficiente demostración de agradecimiento.

Porlock Weir se hallaba un poco al oeste del pueblo de Porlock propiamente dicho, una pequeña excrecencia del pueblo desarrollada en torno al puerto. El chalet, con el tejado de paja, era precioso y amplísimo. Un periodista de *The New York Times*, entrevistando allí a Drabble una década después, lo describió como «una especie de visión bloomsburyana de fantasía y refinamiento, con habitaciones pintadas de distintos colores -verde menta, rosa, lila y amarillo toscano-, y alfombras desvaídas, libros y cuadros dondequiera que uno mirara». Producía una sensación magnífica volver a entrar en una casa de libros. Marianne y él eran escritores a quienes se ofrecía el obsequio de la casa de otros dos escritores, y había en eso algo sumamente reconfortante. El espacio permitía también alojar a los dos agentes de protección; los chóferes se hospedaron en una pensión del pueblo y se hicieron pasar por amigos que recorrían a pie la región. Tenía un hermoso jardín, y estaba tan aislada como podía desear cualquier hombre invisible. Llegó allí la última semana de marzo y, casi al borde de la felicidad, se instaló.

«La llama de la Ilustración se apaga», le dijo un periodista a Günter Grass. «Pero no hay otra fuente de luz», contestó él. El debate público siguió al rojo vivo. En privado, pocos días después de su llegada a Porlock Weir, se enfrentó a una crisis muy distinta. El fuego intervino también en cierto modo.

Marianne fue a Londres durante un par de días (sus movimientos no estaban restringidos) y vio a unas amigas mutuas: Dale, una norteamericana que trabajaba en Wylie, Aitken & Stone, y la vieja amiga de él, Pauline Melville. Él telefoneó a Pauline para ver cómo iban las cosas y la encontró en un estado de consternación y horror. «Oye -empezó ella-, este asunto me parece tan grave que voy a contarte lo que dijo Marianne, y lo oímos las dos, Dale y yo, y las dos nos quedamos tan atónitas que estamos dispuestas a repetir sus palabras delante de ella.» Marianne les había contado que ella y él se peleaban a todas horas y que ella, Marianne, en palabras de Pauline, «le había dado una paliza». Luego dijo, asombrosamente, que él le había dicho a la División Especial: «Tráiganme a Isabelle Adjani». Él no conocía personalmente a la actriz francesa ni había hablado con ella nunca, pero en fecha reciente ella había expresado su apoyo, que él se lo había agradecido mucho. En la entrega de los premios César en París -los «Oscar franceses»- ella fue a recoger el César a la mejor actriz por su interpretación en el papel principal de *La pasión de Camille Claudel*, y leyó un breve texto al final del cual reveló que se

trataba de una cita textual de «*Les versets sataniques*, de Salman Rushdie». Su padre era argelino de origen musulmán, así que no fue un detalle menor. Él le había escrito para darle las gracias. El resto -la acusación de Marianne- era pura invención, y aún vendrían cosas peores. «Me tortura -le dijo ella a Pauline-, quemándome con cigarrillos encendidos.» Cuando Pauline se lo contó por teléfono, el horror de él fue tal que soltó una carcajada. «¡Pero si yo no tengo cigarrillos! -exclamó-. ¡Ni siquiera fumo!»

Cuando Marianne regresó a Porlock desde Londres, él se encaró con ella en el hermoso salón con papel pintado rosa y unos ventanales con vistas a las resplandecientes aguas del canal de Bristol. Al principio ella negó rotundamente haber dicho eso. Él la puso entre la espada y la pared. «Telefoneemos a Pauline y Dale, y a ver qué dicen.» Ante esto, ella se vino abajo y reconoció que sí, que lo había dicho. Él la interrogó concretamente acerca de la peor acusación, la de la tortura con cigarrillos. «¿Por qué has dicho una cosa así -preguntó-, si sabes que no es verdad?» Ella lo miró descaradamente a los ojos. «Era una metáfora de lo infeliz que me sentía», respondió. Eso fue, a su manera, brillante. Demencial, pero brillante. Merecía un aplauso. «Marianne, eso no es una metáfora; es una mentira -dijo él-. Si no puedes distinguir lo uno de lo otro, tienes un problema grave.» Ella no tuvo nada más que decir. Se fue a la habitación donde trabajaba y cerró la puerta.

He aquí la disyuntiva ante la que se hallaba: quedarse con ella, a pesar de que era capaz de semejantes falsedades, o separarse y afrontar lo que tenía por delante él solo.

Necesitaba un nombre, le dijo la policía. Necesitaba elegir un nombre «muy pronto» y luego hablar con el director de su banco para que la entidad le entregara talonarios con seudónimo o sin nombre, y accediera a aceptar cheques firmados con el nombre falso, de modo que pudiera realizar pagos sin ser identificado. Pero el nuevo nombre elegido también atañía a sus protectores. Necesitaban acostumbrarse a él, llamarlo así en todo momento, cuando estaban con él y cuando no estaban con él, para que no se les escapara sin querer su nombre verdadero cuando iban de paseo o a correr o al gimnasio o al supermercado de su barrio y echaran a perder la identidad encubierta.

La «prote» tenía un nombre: Operación Malaquita. No sabía por qué habían asignado a la misión el nombre de una piedra verde; tampoco ellos lo sabían. No eran escritores y las razones de esa elección les traían sin cuidado. Era solo un nombre. Ahora le tocaba a él ponerse otro nombre. El suyo era peor que inútil; era un nombre que no podía pronunciarse, como el de Voldemort en los libros de Harry Potter, por entonces aún no escritos. No podía alquilar una casa con ese nombre, ni empadronarse para votar, porque para votar era necesario dar un domicilio y eso, lógicamente, era imposible. Para proteger su derecho democrático a la libertad de expresión tenía que renunciar a su derecho democrático a elegir a su gobierno. «Da igual un nombre que otro -dijo Stan-, pero sería útil tener uno a mano, y rapidito.»

Pedirle a uno que se despoje de su nombre no es poca cosa. «No conviene, diría yo, que sea un nombre asiático -dijo Stan-. A veces la gente ata cabos.» Así que también debía despojarse de su raza. Sería un hombre invisible con un rostro blanco a modo de máscara.

En un cuaderno tenía un fragmento de la descripción de un personaje, llamado señor Mamouli. El señor Mamouli era la representación del hombre corriente, sumido en la ignorancia e incluso maldito, cuyos parientes literarios eran el señor Cogito de Zbigniew Herbert y el señor Palomar de Italo Calvino. Su nombre completo era Ajeeb Mamouli: Ajeeb, como el concejal de Bradford, cuyo nombre significaba «extraño». Mamouli significaba «común». Era el señor Extraño Común, el señor Raro Normal, el señor Peculiar Corriente: un oxímoron, un contrasentido. Había escrito un fragmento en el que el señor Mamouli se veía obligado a acarrear una pirámide invertida sobre la cabeza, con la punta apoyada en la calva, irritándole seriamente el cuero cabelludo.

El señor Mamouli había cobrado vida la primera vez que tuvo la sensación de que le habían robado el nombre, o al menos medio nombre, cuando *Rushdie* se desprendió de *Salman* y, trazando una espiral, voló hasta los titulares, la letra impresa, el éter colmado de imágenes, convirtiéndose en un lema, una consigna de manifestantes, un insulto o cualquier cosa que la gente quisiese que fuera. Había perdido el control de su nombre, pues, y por tanto le parecía mejor ponerse en la piel del señor Mamouli. El señor Ajeeb Mamouli era también novelista, siendo su propio nombre una contradicción, como correspondía al nombre de un novelista. El señor Mamouli se consideraba un hombre corriente, pero su vida era decididamente extraña. Cuando dibujaba el rostro de Mamouli, se parecía al famoso Hombre Común creado por el caricaturista R. K. Laxman en *The Times of India*: inocente, perplejo, calvo, con mechones de pelo gris asomando por encima de las orejas.

En *Los versos satánicos* aparecía un personaje llamado Mimi Mamoulian, una oronda actriz obsesionada con la adquisición de propiedades inmobiliarias. El señor Mamouli era pariente suyo, o quizá su antítesis, un anti-Mimi cuyo problema era todo lo contrario al de ella: no tenía una casa que pudiera considerar suya. Ese era también, como él sabía, el destino del caído Lucifer. Así que el señor Ajeeb Mamouli era el nombre del diablo en el que los demás lo habían convertido, un ser metamórfico con cuernos como su Saladin Chamcha, a quien su transformación demoníaca se explica así: «*Tienen el poder de la descripción, y nosotros sucumbimos*».

No les gustó el nombre. Mamouli, Ajeeb: esas palabras eran un trabalenguas, difíciles de recordar y demasiado «asiáticas». Le pidieron que buscara otro. El señor Mamouli retrocedió, luego se desvaneció y finalmente encontró una habitación en la ruinosa pensión reservada a las ideas no utilizadas, el hotel California de la imaginación, y se perdió.

Pensó en los escritores que veneraba y probó combinaciones con sus nombres. Valdimir Joyce. Marcel Beckett. Franz Sterne. Elaboró listas de

combinaciones como esas, y todas le parecieron ridículas. Por fin encontró una que no se lo parecía. Anotó, uno al lado del otro, los nombres de pila de Conrad y Chéjov, y allí estaba, su nombre para los siguientes once años.

«Joseph Anton.»

«Estupendo -dijo Stan-. No le importará que lo llamemos Joe.»

En realidad sí le importaba. No tardó en descubrir que aborrecía la abreviatura por razones que no acababa de entender: al fin y al cabo, ¿por qué *Joe* era mucho peor que *Joseph*? Él no era ni el uno ni el otro, y los dos debían sonarle igual de falsos o igual de adecuados. Pero «Joe» le chirrió casi desde el principio. No obstante, ese monosílabo fue lo que los agentes de protección consideraron más fácil de dominar, y recordar, y óptimo para evitar posibles errores en lugares públicos. Así que, por lo que a ellos se refería, tenía que ser Joe.

«Joseph Anton.» Intentaba acostumbrarse a lo que se había inventado. Se había pasado la vida poniendo nombre a personajes ficticios. Ahora, poniéndose nombre a sí mismo, se había convertido también él en una especie de personaje ficticio. «Conrad Chéjov» no habría servido. Pero «Joseph Anton» era alguien que podía existir. Que ahora existía.

Conrad, el creador translingüe de personajes errantes, perdidos y no perdidos, de viajeros al corazón de las tinieblas, de agentes secretos en un mundo de asesinos y bombas, y de al menos un cobarde inmortal, ocultándose de su vergüenza. Y Chéjov, el maestro de la soledad y la melancolía, de la belleza de un viejo mundo destruido, como los árboles en el jardín de los cerezos, por la brutalidad de lo nuevo; Chéjov, cuyas *Tres hermanas* creían que la vida real estaba en otra parte y anhelaban perpetuamente un Moscú al que no podían volver: esos eran ahora sus padrinos. Fue Conrad quien le proporcionó el lema al que se agarró como a una cuerda de salvación en los largos años que seguirían. En su ahora inaceptablemente titulada *El negro del «Narciso»*,[2] el personaje que da título a la obra, un marinero llamado James Wait, que queda postrado por la tuberculosis durante una larga travesía, cuando otro marinero le pregunta por qué se ha embarcado, sabiendo, como debía de saber, que ya antes estaba enfermo, contesta: «Debo vivir hasta que muera, ¿no?». Como debemos hacer todos, había pensado él al leer el libro. Pero en sus actuales circunstancias, la fuerza de esa frase se le antojó una orden.

«Joseph Anton -se dijo-, debes vivir hasta que mueras.»

Antes del ataque nunca se le había ocurrido dejar de escribir, ser otra cosa, pasar a ser *no escritor*. Llegar a ser escritor -descubrir que era capaz de hacer una cosa que era su mayor deseo- había sido una de sus grandes alegrías. La acogida de *Los versos satánicos* lo había privado, al menos por el momento, de esa alegría, no por el miedo, sino debido a una profunda decepción. Si uno pasaba cinco años de su vida batallando con un proyecto grande y complejo, forcejeando con él hasta someterlo, controlándolo y dándole toda la belleza

formal que le permitía su talento, y si, cuando el proyecto salía a la luz, era recibido de esa manera fea y distorsionada, tal vez no merecía la pena el esfuerzo. Si eso era lo que obtenía a cambio de su mayor esfuerzo, quizá debía probar con otra cosa. Debería ser conductor de autobús, botones, un artista callejero que baila claqué en un túnel del metro en invierno a cambio de unas monedas. Todas esas profesiones le parecían más nobles que la suya.

Para apartar esos pensamientos de su mente, empezó a escribir reseñas de libros. Antes de la fetua, su amigo Blake Morrison, en la sección de libros del *Observer*, le había pedido que reseñara las memorias de Philip Roth, *Los hechos*. Escribió el texto y lo envió. No podía echarse al buzón en ningún lugar cerca de allí, y no tenía fax, así que un agente de protección accedió a mandarlo desde Londres cuando no estuviera de servicio. Añadió una nota adjunta disculpándose por el retraso en la entrega de la reseña. Cuando el semanario la publicó, añadió un facsímil de su nota escrita a mano en *la primera página*. Se había vuelto tan irreal para tanta gente en tan poco tiempo que esa prueba de su existencia se trató como noticia de primera plana.

Preguntó a Blake si podía seguir escribiendo reseñas para él y a partir de ese momento, cada pocas semanas, consiguió entregar unas ochocientas palabras. No le salían con facilidad -*como arrancar dientes*, pensó, pareciéndole el tópico especialmente apto porque para entonces las muelas del juicio le dolían muy a menudo, y el equipo de protección buscaba una «solución»-, pero representaron sus primeros torpes pasos de regreso a sí mismo, apartándose de *Rushdie* y volviendo hacia *Salman*, hacia la literatura, cada vez más lejos de la idea derrotista y lúgubre de pasar a ser un *no escritor*.

Fue Zafar quien finalmente lo guió de regreso a sí mismo, Zafar, a quien procuraba ver con frecuencia -la policía llevaba a padre e hijo de aquí para allá, con sus «limpiezas en seco», haciendo posibles esos encuentros intermitentes- en Londres, en la casa de Sue y Gurmukh en Patshull Road, Kentish Town, en la de los Pinter en Campden Hill Square, en la de Liz Calder en Archway, y una vez, prodigiosamente, durante un fin de semana en Cornualles, en la casa de la más vieja amiga de Clarissa, Rosanne, una granja con cabras y pollos y ocas en lo más hondo de un valle próximo a Liskeard. Jugaron al fútbol -el niño prometía como portero, lanzándose con entusiasmo a un lado y al otro- y a juegos de ordenador. Montaron maquetas de trenes y de coches. Hicieron las cosas habituales y corrientes entre un padre y un hijo, y a él le pareció un milagro. Entretanto, la hija pequeña de Rosanne, Georgie, convenció a los policías para que se pusieran coronas de princesa y boas de plumas de su caja de disfraces.

Marianne no había ido a pasar el fin de semana, así que Zafar y él compartieron habitación. Y fue Zafar quien le recordó su promesa: «Papá, ¿y mi libro?».

Fue la primera vez en su vida profesional que supo casi toda la trama desde el principio. La historia surgió en su cabeza como un regalo. Antes contaba cuentos a Zafar mientras este se bañaba al final del día, cuentos de la hora del

baño en lugar de cuentos de la hora de acostarse. Había pequeños animales de sándalo y *shikaras*, las tradicionales embarcaciones de Cachemira, flotando en el agua de la bañera, y allí nació, o quizá renació, el mar de las historias. El mar original se encontraba en el título de un viejo libro en sánscrito. En Cachemira, en el siglo XI, un brahmán shivaísta llamado Somadeva había reunido un colosal compendio de cuentos titulado el *Kathasaritsagara. Katha* significaba «historia», *sarit* era «corrientes», y *sagara* era el «mar» u «océano»; así pues, *Kathasaritsagara*, el mar de las corrientes de historias, normalmente traducido como el Océano de las Corrientes de la Historia. En el enorme libro de Somadeva en realidad no había un mar. Pero supongamos que existiera un mar así, donde todas las historias alguna vez inventadas fluyeran en corrientes entrecruzadas. Mientras Zafar se bañaba, su padre cogía un tazón y lo hundía en el agua del baño de su hijo y simulaba tomar un sorbo, y encontrar una historia que contar, una corriente de historias que fluía a través de la bañera de las historias.

Y ahora en el libro de Zafar él mismo visitaría ese océano. En esa historia habría un cuentista que perdía la facultad del habla después de ser abandonado por su mujer, y su hijo viajaba al origen de todas las historias para averiguar cómo restaurar la facultad de su padre. La única parte de su idea original que cambió en la narración definitiva fue el final. Al principio había pensado que podía ser un libro «moderno», en el que la familia rota permanecía rota, y el niño se acostumbraba a eso, hacía frente a eso, como tenían que hacer los niños en el mundo real, como hacía su propio hijo. Pero la estructura de la narración exigía que lo que se rompía al principio se recompusiera al final. Había que encontrar un final feliz, y él acordó consigo mismo que estaba dispuesto a encontrarlo. Últimamente había desarrollado un gran interés en los finales felices.

Muchos años antes, después de leer *A través del Islam*, de Ibn Battuta, había escrito un relato titulado «La princesa Jamosh». Ibn Battuta era un erudito marroquí del siglo XIV, un hombre de pies inquietos que viajó durante un cuarto de siglo por todo el mundo árabe y más allá, hasta la India, el sudeste asiático y China, narrando su experiencia, y a su lado Marco Polo parecería un holgazán sedentario. «La princesa Jamosh» era un fragmento imaginario de *A través del Islam*, unas páginas perdidas del manuscrito del libro de Battuta. En él, el viajero marroquí llega a un país dividido donde hay dos tribus en guerra, los gupíes, un pueblo parlanchín, y los chupwalas, entre quienes se ha establecido un culto de silencio y que veneran a una deidad de piedra llamada Bezaban, es decir, *sin lengua*. Cuando los chupwalas capturan a la princesa gupí y la amenazan con coserle los labios en ofrenda a su dios, estalla la guerra entre los países de Gup y Chup.

Se había quedado descontento del relato cuando lo escribió; el recurso de las páginas perdidas no acabó de cuajar, y lo había aparcado y olvidado. Ahora comprendía que a ese pequeño cuento sobre una guerra entre el lenguaje y el silencio podía dársele un significado que no fuera solo lingüístico; que oculta

en su interior contenía una parábola sobre la libertad y la tiranía cuyas posibilidades vio por fin. El relato se le había anticipado, por así decirlo, y ahora su vida lo había alcanzado. Milagrosamente, recordó en qué cajón había guardado la carpeta con el relato, y pidió a Pauline que entrara en la casa de St. Peter's Street y la cogiera. A esas alturas ya no había periodistas vigilando el edificio, así que ella pudo entrar discretamente y sacar las páginas. Cuando él las releyó, se entusiasmó. Remodeladas, despojadas del elemento redundante de Battuta, proporcionarían el corazón dramático a su libro.

Al principio, el libro se tituló «Zafar y el Mar de las Historias», pero pronto sintió la necesidad de poner cierta distancia ficticia entre el niño del libro y el de la bañera. Harún era el segundo nombre de Zafar. El cambio le pareció una mejora en cuanto lo introdujo. En un primer momento Zafar se llevó una desilusión: era su libro, dijo, así que debía tratar sobre él. Pero también él cambió de idea. Comprendió que Harún era él y a la vez no lo era, y eso era mejor.

Tras ese feliz fin de semana con Zafar en Cornualles, regresaron a Porlock Weir, y cuando se acercaban a la puerta oyeron ruidos dentro de la casa. Los agentes de policía enseguida se colocaron ante él y desenfundaron sus armas; luego uno abrió la puerta. Había claros indicios de desorden: papeles esparcidos, un jarrón caído. Luego otro ruido: como un aleteo temeroso. «Es un pájaro -dijo él, su voz muy sonora a causa del alivio-. Ahí dentro hay un pájaro.» Los miembros del equipo se distendieron también. El pánico había pasado. Un pájaro había caído por la chimenea y ahora estaba posado en el riel de la cortina del salón, aterrorizado. Un mirlo, pensó. *Ristle-te, rostle-te, mo, mo, mo*. Abrieron una ventana, y el pájaro voló hacia la libertad. Mientras ponía en orden la casa desfilaron por su cabeza canciones sobre pájaros. *Take these broken wings and learn to fly* [«Coge estas alas rotas y aprende a volar»]. Y la vieja canción caribeña sobre el pájaro «en lo alto del bananero». *You can fly away / in the sky away / you more lucky than me* [«Puedes irte volando / volando por el cielo / tienes más suerte que yo»].

El libro no empezó a fluir de inmediato, a pesar de tener ya la historia. El ruido de la tormenta al otro lado de las ventanas del chalet era demasiado estruendoso, y le dolían las muelas del juicio, y se demostró que no era fácil encontrar el lenguaje del libro. Tuvo varios falsos comienzos -demasiado infantiles, demasiado adultos-, y no alcanzaba a dar con el tono de voz necesario. Tardó unos meses en escribir las palabras que destrabaron el misterio. «Érase una vez, en el país de Alifbay, una ciudad triste, la más triste de las ciudades, una ciudad tan míseramente triste que incluso había olvidado su nombre. Estaba junto a un mar lúgubre lleno de peces taciturnos...» En cierta ocasión Joseph Heller le había dicho que sus libros crecían a partir de frases. Las frases «Se me ponen los pelos de punta cuando veo puertas cerradas» y «En la oficina donde trabajo hay cinco personas que me dan miedo» habían sido la génesis de su gran novela *Algo ha pasado*, y también *Trampa 22* surgió de sus frases iniciales. Él entendía a qué se refería Heller.

Había frases que, cuando uno las escribía, sabía ya que contenían o hacían posibles docenas y quizá incluso centenares de otras frases. *Hijos de la medianoche* había revelado sus secretos, después de mucho forcejeo, solo cuando un día se sentó y escribió: «Nací en la ciudad de Bombay... hace mucho tiempo». Y lo mismo pasó con *Harún*. En cuanto tuvo la ciudad triste y los peces taciturnos supo cómo tenía que ser el libro. Es posible que incluso se levantase de un salto y batiese palmas. Pero aún faltaban meses para eso. De momento solo había forcejeo y tormenta.

En Gran Bretaña, un hatajo de «líderes» y «portavoces» autodesignados seguía aupándose a la fama a fuerza de clavarle puñales en la espalda, formando con ellos los peldaños de una escalera por la que luego trepaban. El más efusivo y peligroso de estos era un gnomo de jardín de barba plateada llamado Kalim Siddiqui, que defendió y justificó categóricamente la fetua en varios programas de televisión, y que, en una serie de mítines (incluidos algunos a los que asistieron miembros del Parlamento), pidió votaciones a mano alzada para demostrar el deseo unánime de la comunidad de que aquel blasfemo y apóstata pagara con su vida. Todos los presentes levantaron la mano. Nadie fue procesado. El Instituto Musulmán de Siddiqui era un centro de poca monta, pero los ayatolás de Irán lo recibían a bombo y platillo en sus frecuentes visitas para reunirse con las principales figuras y exigirles que mantuvieran la presión. En un programa de la televisión británica, Siddiqui explicó cómo creía que eran los musulmanes. «Devolvemos el golpe -dijo-. A veces devolvemos el golpe antes de recibirlo.»

Ardieron más librerías por efecto de las bombas incendiarias: Collet's y Dillons en Londres, Abbey's en Sidney, Australia. Más bibliotecas se negaron a tener el libro en las estanterías, más cadenas se negaron a venderlo, más de diez imprentas en Francia se negaron a imprimir la edición francesa, y se renovaron las amenazas contra los editores, por ejemplo, contra el editor noruego, William Nygaard, de H. Aschehoug & Co., a quien se asignó protección policial. Pero la mayoría de las personas que trabajaban en las editoriales que habían publicado su novela en todo el mundo no recibieron protección. Podía imaginar fácilmente la tensión que sentían en el trabajo y en casa, por sus familias y por ellos mismos. No se prestó atención suficiente al valor con que esas «personas corrientes», que demostraron a diario ser extraordinarias, seguían haciendo su trabajo, defendiendo los principios de la libertad, permaneciendo en primera línea.

Los musulmanes empezaron a ser asesinados por otros musulmanes si expresaban opiniones no sanguinarias. En Bélgica, el mulá que, según se decía, era el «líder espiritual» de los musulmanes del país, el súbdito saudí Abdullah Ahdal, y su ayudante tunecino Salim Bahri murieron por decir que, al margen de lo que hubiera dicho Jomeini para consumo iraní, en Europa existía la libertad de expresión.

«Estoy amordazado y encarcelado -escribió en su diario personal-, ni

siquiera puedo hablar. Quiero chutar un balón en un parque con mi hijo. La vida corriente y banal: mi sueño imposible.» Los amigos que lo vieron por entonces se quedaban atónitos al advertir su deterioro físico, su aumento de peso, la manera en que se había dejado crecer la barba en una masa fea y bulbosa, su postura encorvada. Parecía un hombre derrotado.

En muy poco tiempo había desarrollado un gran afecto por sus protectores, pero Marianne tenía más dificultades para aceptar la invasión de su espacio y se mantenía a distancia. Él agradecía los esfuerzos de ellos por mostrarse continuamente animados y alegres en su compañía para levantarle la moral, y también el empeño que ponían en pasar inadvertidos. Sabían que para los «principales» era molesto tener policías en la cocina, dejando sus huellas en la mantequilla. Hacían cuanto podían y sin el menor resentimiento por cederle el mayor espacio posible. Y a casi todos ellos, comprendió él enseguida, la reclusión implícita en esa misión de protección les resultaba en cierto modo más difícil que a él. Aquellos eran hombres de acción, y sus necesidades eran todo lo contrario de las de un novelista sedentario que intentaba aferrarse a lo que le quedaba de vida anterior, la vida del espíritu. Él aún podía quedarse sentado en una habitación y pensar durante horas y sentirse a gusto. Ellos enloquecían si tenían que quedarse entre cuatro paredes durante cualquier periodo de tiempo. Por otro lado, podían volver a casa después de dos semanas y tomarse un descanso. Varios de ellos le dijeron, con preocupado respeto, «Nosotros no podríamos hacer lo que usted está haciendo», y por eso se granjeó su compasión.

Muchos decían que así no se organizaba una misión de protección. Todos los demás «principales» tenían un «equipo en exclusiva» que se ocupaba de ese único individuo. Él no podía tener un equipo en exclusiva porque el trabajo encubierto era excesivo para que los agentes pudieran llevarlo a cabo las veinticuatro horas del día. Así que su equipo era el resultado de unir varios equipos. Eso no estaba bien, decían sus protectores. Las demás personas a quienes protegían seguían con su vida normal y profesional, y entonces eran ellos quienes se ocupaban de la protección; después, cuando el principal estaba en su casa, lo protegían por turnos policías de uniforme. Por la noche los agentes de la División Especial llevaban al principal a su casa y ellos volvían a su propia casa, dejando allí de guardia a los policías de uniforme. «Lo que tenemos que hacer en Malaquita no es protección en sentido estricto -le dijeron-. No nos han adiestrado para mantener escondidas a personas. Ese no es nuestro trabajo.» Pero una protección normal salía más cara, porque los turnos de los policías de uniforme costaban mucho dinero. Y si el principal tenía más de una casa, el coste aumentaba. Los mandamases de Scotland Yard no estaban dispuestos a gastar semejante suma en la Operación Malaquita. Salía más a cuenta esconder al principal y pagar horas extra a los equipos de protección para que se quedaran con él día y noche. Él empezaba a entender que entre los oficiales de alto rango corría la opinión de que el principal de

Malaquita no «merecía» un servicio de protección total por parte de la policía británica.

Pronto descubrió que existía una amplia brecha entre los agentes *in situ* y los mandamases de Scotland Yard. Pocos mandamases se habían ganado el respeto de los muchachos. En los años posteriores él rara vez tuvo problemas con los miembros de los equipos destinados a su vigilancia, y muchos de ellos acabaron siendo amigos. Los oficiales de alto rango -no era exacto, le explicaron, llamarlos «superiores», porque «puede que tengan un rango por encima del nuestro, pero no son superiores»- eran otro cantar. En días venideros se encontraría con la actitud crítica de más de un señor Greenup.

Rompían las normas para ayudarlo. En una época en que les habían prohibido llevarlo a cualquier lugar público lo llevaban al cine, entrando después de que se hubiesen apagado las luces, sacándolo antes de que volvieran a encenderse, y no hubo ningún problema. En una época en que los oficiales de alto rango dijeron que no debían llevarlo a Londres, lo llevaban a las casas de sus amigos para que viera a su hijo. Y hacían cuanto podían para ayudarlo en su labor de padre. Los acompañaban a Zafar y a él a los campos de deporte de la policía e improvisaban equipos de rugby para que él pudiera correr con ellos y pasar el balón. Cuando había un fin de semana largo, a veces los llevaban a parques de atracciones. Un día, en uno de esos parques, Zafar vio un peluche ofrecido como premio en una caseta de tiro y decidió que lo quería. Uno de los agentes de protección, conocido por todos como Jack el Gordo, lo oyó. «Eso te gusta, ¿a que sí? -dijo, y apretó los labios-. Mmm...» Se acercó a la caseta y puso dinero en el mostrador. El encargado le entregó la habitual pistola con las miras deformadas y Jack el Gordo movió la cabeza en un grave gesto de asentimiento. «Mmm... -repitió mientras inspeccionaba el arma-, bien, pues...» Empezó a disparar. *Pum pum pum pum*, los blancos cayeron uno tras otro ante la mirada atónita del encargado, boquiabierto y con los dientes de oro a la vista. «Sí, eso de ahí estaría bien -dijo Jack el Gordo, dejando la pistola y señalando el peluche-. Nos quedaremos con eso. Gracias.» Pocos meses después Zafar veía por la televisión las felices escenas de Nelson Mandela llegando al estadio de Wembley para saludar en el concierto de rock organizado allí en celebración de su libertad. Cuando Zafar vio a Mandela recorrer el túnel de vestuarios en dirección al campo, señaló con el dedo y dijo: «Mira, papá, ese es Jack el Gordo». Y allí estaba, en efecto, Jack el Gordo, justo detrás del hombro izquierdo de Mandela, apretando los labios y probablemente murmurando «Mmm...».

Aprendió mucho sobre seguridad gracias a aquellos hombres: por ejemplo, cómo entrar en una habitación, dónde mirar, qué buscar. «A los policías y los delincuentes siempre se los distingue -comentó Dev Stonehouse-. Se quedan en la puerta y recorren el lugar con la mirada antes de entrar, viendo cuántas salidas hay, quién está dónde, todo eso.» Aprendió asimismo que las fuerzas de policía en definitiva no eran más que otro departamento del funcionariado.

Era un organismo público, y, como tal, tenía su propia política. La División era blanco de celos y envidias, y había quienes querían eliminarla. A veces acudían a él en busca de ayuda, pidiéndole que les escribiera cartas de apoyo a la labor realizada por la Brigada «A», y él se alegraba de poder hacer un poco a cambio de todo lo que ellos hacían por él. Y se alegraba especialmente de que ninguno de los hombres allí destinados porque estaban dispuestos a recibir un balazo por él tuviera que pasar nunca por ello.

No había muchas mujeres en la Brigada «A», a lo sumo seis o siete, y en todos los años de protección solo dos formaron parte de su equipo: una mujer alta y atractiva llamada Rachel Clooney que acabó perteneciendo al equipo en exclusiva de Margaret Thatcher, y una rubia de baja estatura, robusta y formal, llamada Julie Remmick, que al final tuvo que abandonar el equipo porque no dio el nivel en las pruebas de tiro. En los servicios de protección, todos debían someterse con regularidad a pruebas de puntería en un pabellón de tiro de la policía, disparando en posturas desequilibradas, contra blancos en movimiento, en condiciones de mala visibilidad, y la puntuación aceptable debía superar el noventa por ciento. Si no alcanzaban esa marca, tenían que entregar su arma de inmediato y pasar al trabajo burocrático. Le dijeron que podían organizarlo para que él recibiera clases de tiro. Le enseñarían los mejores instructores y tal vez fuese una habilidad que le convenía adquirir. Reflexionó al respecto largamente y contestó que no, que gracias, pero no. Sabía que si tenía una pistola y los malos atacaban, se la quitarían y la volverían contra él. Mejor vivir sin eso y confiar en que los malos no se acercaran tanto.

A veces le preparaban la comida, pero en general cada cual se ocupaba de su propia organización doméstica. Le hacían la compra en el supermercado cuando compraban para ellos. Empleaban la cocina a horas distintas, previamente acordadas. Por la noche los policías se quedaban en una habitación y veían la televisión, atletas obligados por las circunstancias a quedarse tirados en un sofá. ¡Qué mal debían de sentirse!

Estaban en forma y eran apuestos y gustaban a las chicas. Muchos de ellos entablaron amistad con mujeres del mundo editorial a quienes conocieron por mediación de él. A los miembros de un equipo en particular, Rob y Ernie, se los consideraba auténticos sex symbols. Otro agente tuvo una aventura con la niñera de una amiga, luego la abandonó y le rompió el corazón. Y muchos tenían aventuras extraconyugales, ya que la obligada reserva de su trabajo les ofrecía el camuflaje perfecto. Uno de ellos, un tal Sammy, un joven de cabello dorado, resultó ser bígamo: tenía dos esposas con quienes usaba el mismo apelativo cariñoso, y dos series de hijos a quienes también había puesto nombres idénticos. Lo descubrieron porque el coste de la bigamia era demasiado alto para el salario de un policía y se endeudó hasta las cejas. Eran tipos interesantes.

Dev Stonehouse, como se vio, tenía en efecto un problema con la bebida, y al final lo retiraron del equipo después de emborracharse y comportarse de

forma indebida en una taberna, y lo mandaron a trabajar a Siberia, también conocida como aeropuerto de Heathrow. Un par de agentes de protección quisieron hacer el papel de abogado del diablo y, poniéndose del lado de los musulmanes, hablaron en favor del «respeto», pero sus colegas los apartaron de ese camino con delicadeza y consideración.

Hubo un agente prepotente que lo trató más como un prisionero que como un principal, y él se quejó. Y estuvo Siegfried, el muchacho angloalemán con la complexión de un tanque que solo una vez, cuando él pidió que lo llevaran a dar un paseo por el parque, se enfrentó a él y le dijo que ponía en peligro al equipo. Vio que Siegfried cerraba los puños, pero él se mantuvo firme y lo obligó a bajar la mirada. Siegfried fue trasladado a otro sitio y nunca volvió. El miedo inducía a actuar mal a hombres buenos.

Esos fueron todos los problemas que tuvo con los equipos de protección. Muchos años después, un chófer desafecto, Ron Evans, despedido de las fuerzas de policía por malversación, publicó escabrosas falsedades en un diario sensacionalista británico, afirmando, entre otras cosas, que los equipos de protección sentían tal aversión por ese principal en particular que lo encerraban en un armario y se iban de copas. En cuanto salieron a la luz las declaraciones, varios miembros de sus antiguos equipos se pusieron en contacto con él. Dichos agentes sentían repugnancia por tales mentiras, por el hecho de que los oficiales de alto rango no lo defendieran, y quizá sobre todo por el incumplimiento por parte del chófer despedido del código de *omertà*, de silencio casi siciliano, de la División. Se enorgullecían de que en la División nadie filtraba información, ni chismorreaba, ni hacía llegar historias reales o inventadas a los medios -a diferencia, como decían muchos, de esos individuos indiscretos de la Brigada de Protección Real (independiente)-, y ese orgullo había sufrido un duro revés. Muchos de ellos le dijeron que estaban dispuestos a atestiguar en su defensa. Cuando el chófer se disculpó ante el Tribunal Superior de Justicia y reconoció sus mentiras, el viejo equipo de protección lo celebró, enviando triunfales mensajes de enhorabuena por correo electrónico al hombre a quien supuestamente aborrecían.

El chófer no fue el único embustero. Quizá la más injusta de las difamaciones fue que «no agradecía» todo lo que se hacía por él. Ese era uno de los rasgos del personaje «arrogante» y «desagradable» que gran parte de la prensa sensacionalista construyó meticulosamente para él, a fin de deteriorar su imagen pública y dañar su credibilidad. La realidad es que *claro que lo agradecía*, lo agradeció todos los días durante nueve años, y así se lo repitió una y otra vez a cuantos quisieron escucharlo. Los hombres que lo custodiaron y acabaron siendo amigos suyos, así como aquellos de sus amigos que estaban «dentro del círculo», sabían la verdad.

Por televisión pasaron un documental sobre Ronald Reagan, y él, sentado con el equipo, vio a John Hinckley, Jr., disparar contra el presidente. «Fíjese en el equipo de seguridad -dijo Stan-. Todos están en el sitio correcto. Nadie está fuera de su posición. Los tiempos de reacción de todos son

extraordinarios. Nadie falló. Todos hicieron su trabajo al más alto nivel. Y aun así, el presidente resultó herido.» La zona más peligrosa, la zona en la que nunca podía conseguirse una asepsia al cien por cien, era el espacio entre la puerta de salida de un edificio y la puerta del coche. «El israelí, eso lo tiene claro -dijo Benny, refiriéndose al embajador-. Agacha la cabeza y corre.» Esa fue la zona en la que Hinckley alcanzó al presidente. Pero de ese episodio podía extraerse una verdad más general: los mejores agentes de protección de Estados Unidos, todos con mucha experiencia y armados hasta los dientes, habían actuado al máximo de sus capacidades y, aun así, el pistolero había conseguido su objetivo. El presidente de Estados Unidos había sido abatido. La seguridad absoluta no existía. Había distintos grados de inseguridad. Tendría que aprender a convivir con eso.

Le ofrecieron chalecos antibalas de Kevlar. Los rechazó. Y cuando iba desde la puerta de un coche hasta la puerta de un edificio, o viceversa, aminoraba el paso deliberadamente. Se negaba a escabullirse. Intentaba caminar con la cabeza bien alta.

«Si sucumbes a la descripción de seguridad del mundo -se dijo-, serás su títere para siempre, su prisionero.» La visión del mundo de la seguridad se basaba en el análisis del teórico peor caso posible. Pero el análisis del peor caso posible ante la necesidad de cruzar una calle es que existe la posibilidad de que te atropelle un camión, y por tanto no debes cruzar. No obstante, la gente cruzaba la calle todos los días y no era atropellada por camiones. Eso era algo que debía recordar. *Había distintos grados de inseguridad*. Tenía que seguir cruzando calles.

«La historia es una pesadilla de la que intento despertar», dijo el Dedalus de Joyce, pero ¿qué sabía acerca de las pesadillas Stephen el héroe? Lo más pesadillesco que le había sucedido era emborracharse en Nighttown y volver a casa con Poldy para construir la Nueva Bloomusalén y quizá ser inducido por el cornudo Bloom a atender a la rijosa Molly. Esto otro sí era una pesadilla -sacerdotes sanguinarios arrojando flechas de venganza y un monigote de él en una manifestación con la cabeza traspasada por una de esas flechas-, y él ya estaba despierto. En Pakistán un tío suyo, casado con la hermana de su madre, puso un anuncio en el periódico que en esencia declaraba: *No nos echéis la culpa a nosotros, en todo caso nunca nos cayó bien*, mientras que esa hermana le decía a mi madre, que seguía en Wembley con Sameen, que los paquistaníes no la querían en el país. Eso no era verdad. Probablemente eran los tíos de él quienes se avergonzaban de su parentesco y no querían tenerla cerca. Ella fue allí de todos modos y nadie la atacó. A veces en el bazar, la gente se interesaba por su hijo y le expresaba su solidaridad: *Qué situación tan espantosa*. Así pues, quedaba algo de urbanidad entre tantos disturbios sangrientos. Mientras tanto, él estaba bajo la custodia de policías apodados Cerdito y Retaco y Jack el Gordo y Caballo -empezaba a acostumbrarse a los apodos y la rotación del personal- e intentaba encontrar una casa a la que

trasladarse cuando tuviera que abandonar Porlock Weir (los Holroyd, generosamente, le habían permitido quedarse allí otras seis semanas, pero se acababa el tiempo). Resultaba difícil encontrar casas adecuadas, sobre todo porque debía buscarlas a través de intermediarios. Él no existía. Solo existía Joseph Anton; y no podía dejarse ver.

El mundo de los libros siguió mandándole mensajes. Bharati Mukherjee y Clark Blaise escribieron desde Estados Unidos para decirle que la gente encargaba pins con el texto SOY SALMAN RUSHDIE y los lucía orgullosamente en señal de solidaridad. Él quiso uno de esos pins. Tal vez Joseph Anton podía llevar un pin en solidaridad con la persona que era y no era. Gita Mehta le dijo por teléfono, un poco cáusticamente, que «*Los versos satánicos* no es tu *Lear. Vergüenza* es tu *Lear*». Blake Morrison dijo: «Muchos escritores se sienten paralizados por este asunto. Da la sensación de que escribir es como tocar la lira mientras arde Roma». Tariq Ali lo describió cruelmente como «un muerto de permiso» y le envió un texto de una obra que había escrito en colaboración con Howard Brenton y que se representaría en el Royal Court Theater. *Noches iraníes*. A él le pareció una astracanada chapucera y precipitada, que incluía las pullas contra su obra que empezaban a ser convencionales. La frase «Era un libro que nadie podía leer» se había convertido en una especie de leitmotiv. Entre los temas que la obra no exploraba se incluían: la religión como represión política y como terrorismo internacional; la necesidad de la blasfemia (los escritores de la Ilustración francesa esgrimieron intencionadamente la blasfemia como arma, negándose a aceptar que el poder de la Iglesia fijara límites al pensamiento); la religión como enemigo del intelecto. Esos eran los asuntos que quizá él habría tratado si aquella hubiera sido su obra, pero no lo era. Él era solo el tema, el autor del libro ilegible.

Cuando podía ir de visita a casa de alguien, advertía que la gente se alteraba más por las medidas de seguridad -la limpieza en seco, las cortinas corridas, la exploración de sus viviendas por parte de apuestos hombres armados- que por su visita. En el futuro, los recuerdos más vívidos que sus amigos conservarían de aquellos tiempos serían invariablemente de la División Especial. Entre el mundo editorial londinense y la policía secreta británica se forjaba una inverosímil amistad cada vez más profunda. A los agentes de protección les caían bien aquellos amigos suyos que les brindaban una buena acogida, que se aseguraban de que estuvieran cómodos y les daban de comer. «No se imagina usted -le dijeron- cómo nos tratan en otros sitios.» Los grandes personajes de la política y sus esposas a menudo trataban a esos hombres como a criados.

A veces la gente se alteraba demasiado. Una vez Edward Said, que estaba en Londres alojado en la casa de Mayfair de un amigo kuwaití, lo invitó a visitarlo. Cuando llegó, la sirvienta india, reconociéndolo de inmediato, abrió los ojos de par en par y entró en un estado de gran nerviosismo. Telefoneó a la casa del anfitrión de Said en Kuwait y empezó a gritar incoherentemente por el aparato: «¡Rushdie aquí, Rushdie aquí!». En Kuwait nadie entendió por qué

el hombre invisible había aparecido en su residencia londinense: ¿por qué se había refugiado allí? Edward tuvo que explicar que simplemente había invitado a su amigo a cenar. No se contemplaba la posibilidad de una estancia prolongada.

Poco a poco fue entendiendo que la protección se veía como algo *glamouroso*. Unos hombres llegaban antes de presentarse él, se preparaba todo, un lustroso Jaguar se detenía ante la puerta, seguía el momento de máximo riesgo entre la puerta del coche y la puerta de la casa, y entonces lo entraban rápidamente. Parecía tratamiento VIP. Parecía *excesivo*. Inducía a la gente a preguntar: *¿Quién se ha creído que es? ¿Por qué merece ser tratado como un rey*? Sus amigos no se lo decían, pero tal vez uno o dos se preguntaban: ¿De verdad era todo eso necesario? Cuanto más tiempo duraba aquello, más tiempo pasaba sin ser asesinado, y más fácil era que la gente creyese que nadie intentaba matarlo, que él quería la protección para satisfacer su vanidad, su insufrible engreimiento. Costaba convencer a la gente de que desde su posición uno no sentía la protección como el estrellato cinematográfico. La sentía como una cárcel.

Entretanto, en la prensa se arremolinaban los rumores. La organización Abu Nidal estaba adiestrando a un equipo de sicarios que entrarían en el Reino Unido «vestidos de hombres de negocios, con ropa occidental». En la República Centroafricana estaban preparando supuestamente otro escuadrón de asesinos. Y además de estas letales murmuraciones, la fealdad sonaba aún a todo volumen en todas las radios, las televisiones y las primeras páginas de los periódicos. El ministro conservador John Patten se enfrentó elocuentemente en un debate televisado con el parlamentario promusulmán Keith Vaz. Kalim Siddiqui apareció en televisión justo después de volver de Irán y dijo amenazadoramente «No morirá en Gran Bretaña», con lo que insinuaba que se había urdido un plan de secuestro. El antiguo cantante pop Cat Stevens, recientemente reencarnado como el renacido «líder» musulmán Yusuf Islam, salió también por televisión, deseando su muerte y declarando que estaba dispuesto a avisar a los escuadrones de sicarios si llegaba a descubrir el paradero del blasfemo.

Telefoneó a Jatinder Verma, del grupo teatral Tara Arts, quien le habló de «la severa intimidación [a los musulmanes británicos por parte de los organizadores de la campaña] que estaba produciéndose a nivel de las bases» y «la presión política por parte del Consejo de Mezquitas». Tan deprimentes como la campaña islámica fueron los ataques de la izquierda. John Berger lo denunció en *The Guardian*. Y el eminente intelectual Paul Gilroy, autor de *There Ain't No Black in the Union Jack*, lo más parecido en el Reino Unido a una figura como Cornel West en Estados Unidos, lo acusó de haber «juzgado mal a la gente» y haberse creado así su propia tragedia. En una ocurrencia surrealista, Gilroy lo comparó con el boxeador Frank Bruno, quien evidentemente sabía cómo «no juzgar mal a la gente» y por tanto era querido. No era posible, en la mente de intelectuales socialistas como Berger y Gilroy,

que el pueblo lo hubiera juzgado mal a él. El pueblo no podía equivocarse.

El problema de la casa empezaba a ser acuciante. De pronto Deborah Rogers acudió en su rescate por segunda vez y le ofreció una solución: una casa espaciosa que ella conocía en el pueblo de Bucknell, en Shropshire, quedaba disponible durante un año. La policía la examinó. Sí, era una posibilidad. Eso le levantó el ánimo. Una casa para todo un año se le antojaba un lujo inconcebible. Accedió: Joseph Anton la alquilaría.

Un día preguntó al agente de protección apodado Cerdito: «¿Qué habrían hecho si *Los versos satánicos* hubiese sido, pongamos, un poema o una obra radiofónica, y no hubiese generado los ingresos que me permiten alquilar sitios así? ¿Qué habrían hecho si yo hubiese sido pobre?». Cerdito se encogió de hombros. «Por suerte -contestó-, resulta que no es necesario contestar a esa pregunta, ¿verdad que no?»

Michael Foot y su mujer, Jill Craigie, habían invitado a su sucesor al frente de la oposición, Neil Kinnock, y su esposa, Glenys, a cenar en su casa de Pilgrims Lane, en Hampstead, para presentárselo. El escritor y abogado John Mortimer, creador de la serie de televisión *Rumpole of the Bailey*, y su mujer, Penny, estarían también allí. Lo llevaron en coche a Londres y se encontraron detenidos en un atasco justo delante de la mezquita del Regent's Park cuando los fieles salían después de sus oraciones del viernes, tras haber escuchado un sermón en el que se lo vilipendiaba. Tuvo que abrir el *Daily Telegraph* para esconder la cara. Al cabo de un rato preguntó: «Supongo que el seguro de las puertas está puesto, ¿verdad?». Se oyó un chasquido y un carraspeo, y Retaco dijo: «Ahora sí». No pudo evitar sentir lo espantoso que era verse segregado de los «suyos». Cuando se lo dijo a Sameen, ella lo reprendió.

«Esa turba incitada por los mulás nunca ha sido de los tuyos -dijo-. Tú siempre te has opuesto a ellos, y ellos se han opuesto a ti, en la India y en Pakistán.»

En casa de los Foot, Neil Kinnock, increíblemente cordial y solidario, le concedió todo su apoyo. Pero también le preocupaba que «se supiera» que él había estado allí y eso le causara problemas políticos. No podía haber sido más amable, pero era una amabilidad secreta. Kinnock desaprobaba, dijo en determinado momento, la concesión de subsidios públicos a los colegios musulmanes segregados, pero qué podía hacer él, exclamó, al fin y al cabo esa era la política del Partido Laborista. No era posible imaginar a su adversaria, la formidable primera ministra conservadora Margaret Thatcher, rindiéndose tan débilmente.

Michael, por su parte, se había convertido en un apasionado aliado y amigo. Su única discrepancia era respecto a Indira Gandhi, a quien Michael había conocido bien, y cuyos años de semidictadura durante el «estado de emergencia» de mediados de la década de los setenta tendía a disculpar. Cuando Michael adoptaba a una persona como amigo, pasaba a pensar que esa persona no podía hacer nada mal.

También asistió a la cena el poeta Tony Harrison, que había realizado un poema cinematográfico para la BBC titulado *El banquete de los blasfemos*, en el que cenaba en un restaurante de Bradford con Voltaire, Molière, Omar Khaiame y Byron. Una silla quedaba vacía. «*Esa es la silla de Salman Rushdie.*» El diálogo giraba en torno a la blasfemia, postulando que se hallaba en la raíz misma de la cultura occidental. Los juicios a Sócrates, Jesucristo y Galileo habían sido todos juicios por blasfemias, y sin embargo la historia de la filosofía, el cristianismo y la ciencia estaban muy en deuda con ellos. «Te guardo la silla para mandártela -dijo Harrison-. Tú avisa cuándo puedes recibirla.»

Acompañado por su escolta, salió de nuevo a la noche. Sus muelas del juicio habían estallado. Habían elegido un hospital cerca de Bristol y lo tenían todo organizado. Lo entraron a escondidas para el reconocimiento médico y las radiografías y tuvo que pasar la noche allí antes de la operación, que se realizaría a la mañana siguiente. Tenía impactadas las dos muelas del juicio inferiores y habría que administrar anestesia general. A la policía le preocupaba que si llegaba a conocerse su presencia allí, se congregara frente al hospital una muchedumbre hostil. Habían concebido un plan para esa eventualidad. Tenían un coche fúnebre esperando a corta distancia de allí y lo acercarían a una de las áreas de estacionamiento del hospital, y a él lo sacarían anestesiado y dentro de una bolsa para cadáveres. Al final esta estratagema resultó innecesaria.

Cuando recobró el conocimiento, Marianne le cogía la mano. Se encontraba en un feliz estado de aturdimiento por la morfina y no sentía demasiado el dolor de cabeza, el dolor de mandíbula y el dolor de cuello. Le habían puesto una almohada caliente bajo el cuello, y Marianne lo trataba con mucha dulzura. En el Hyde Park se desarrollaba en ese momento una concentración de veinte mil o treinta mil musulmanes para reclamar lo que fuera que estuvieran reclamando, pero gracias a la morfina eso no lo inquietaba. Habían amenazado con organizar la mayor manifestación jamás habida en Gran Bretaña, quinientas mil personas, así que veinte mil parecía una insignificancia. La morfina era maravillosa. Si pudiese estar siempre bajo sus efectos, se sentiría de perlas.

Después discutió con Clarissa porque había dejado ver a Zafar la manifestación por televisión. «¿Cómo has podido hacer una cosa así?», preguntó él. «Ha pasado y ya está», contestó ella, añadiendo que él obviamente estaba alterado por la manifestación y no debía emprenderla con ella. Zafar se puso al aparato y dijo que había visto un monigote con la cabeza traspasada por una flecha, y a veinte mil hombres y niños marchar por las calles, no en Teherán, sino en su propia ciudad, exigiendo la muerte de su padre. Él le dijo a Zafar: «La gente alardea mucho delante de la televisión, creen que así pasan por listos». «Pero no pasan por listos -dijo Zafar-. Quedan como tontos.» A veces era un niño asombroso.

Habló con su amigo Gurmukh Singh, el genio de la informática, que tuvo una idea brillante: ¿por qué no se hacía con un «teléfono móvil»? Ahora existían los «teléfonos móviles». Cargabas la batería y lo llevabas encima a dondequiera que fueras y nadie sabía desde dónde llamabas. Si él tuviera uno de esos teléfonos nuevos, podría dar un número a los familiares y amigos y a los contactos profesionales sin arriesgarse a revelar su ubicación. Es una idea genial, dijo él, me parece magnífico, casi increíble. «Voy a investigarlo», dijo Gurmukh.

El teléfono móvil -absurdamente voluminoso, un ladrillo con una antena- llegó no mucho tiempo después, y su entusiasmo no conoció límites. Llamó a la gente y dio su número, y ellos empezaron a llamarlo continuamente: Sameen, Pauline y, varias veces, su amigo Michael Herr, autor del clásico sobre Vietnam *Despachos de guerra*, que vivía en Londres y venía obsesionándose con él más que nadie, y que estaba, si cabía, más asustado y paranoico por su situación que él mismo. Kazuo Ishiguro, cuya novela *Los restos del día* acababa de publicarse y disfrutaba de gran éxito, telefoneó para decirle que, en su opinión, *Los versos satánicos* debía volver a ser reseñado en todas partes, esta vez por novelistas, para centrar nuevamente la atención en la propia literatura. Clarissa lo llamó para hacer las paces. Un autor irlandés representado por la agencia A. P. Watt, donde ella trabajaba, le había contado una anécdota sobre unos albañiles irlandeses a los que él conocía en Birmingham: habían plantado los cimientos de una gran mezquita nueva y, cuando nadie los veía, habían colocado un ejemplar de *Los versos satánicos* en el cemento húmedo. «Así que la mezquita se está construyendo sobre tu libro», concluyó Clarissa.

Michael Holroyd telefoneó para decir que, a su juicio, la gran manifestación había tenido el efecto de producir un gran viraje en la opinión pública contra los manifestantes. La gente que hasta entonces no había tomado partido comenzaba a decantarse, asqueada por lo que veía en televisión, por las pancartas que rezaban MATAD A ESE PERRO, MUERTE AL CANALLA DE RUSHDIE y PREFERIMOS LA MUERTE A VERLO VIVO, y por el niño de doce años explicando a las cámaras que estaba dispuesto a matar personalmente al canalla. Las apariciones de Kalim Siddiqui y Cat Stevens también habían contribuido. En todos estos acontecimientos la prensa se puso en gran medida del lado de él. «Detesto ver a un hombre en inferioridad numérica», afirmó un comentarista en el *Times* de Londres.

Lo habían visto por todas partes a lo largo de ese calurosísimo mes de mayo: en Ginebra y Cornualles y en distintas partes de Londres, y en una cena en Oxford, adonde acudieron piquetes de musulmanes. El escritor sudafricano Christopher Hope le contó a Caradoc King, compañero de Clarissa, que había estado en una recepción en Oxford a la que también había asistido el hombre invisible. Tariq Ali sostenía haber cenado con él en un lugar remoto. Nada de eso era exacto, a menos que anduviera suelto por ahí un fantasma de Rushdie,

una sombra fugitiva como la del gran cuento de terror de Hans Christian Andersen, gastando bromas mientras Joseph Anton se quedaba en casa. La sombra fugitiva vislumbrada por primera vez en el escenario del Royal Court en *Noches iraníes* asomó otra vez en el título de una segunda obra de teatro, de Brian Clark, autor de *El derecho a escoger*. Esta nueva obra recibió el elegante título de *¿Quién mató a Salman Rushdie*? Telefoneó a Clark para señalar que la respuesta a la pregunta era «Nadie, o al menos todavía no, y esperemos que no ocurra», y Clark se ofreció a ponerle el título *¿Quién mató al escritor*?, pero la premisa seguiría siendo la misma: un escritor moría a manos de sicarios iraníes debido a un libro que había escrito. «¿Ficción?» Desde luego. Podía ser cualquiera. Clark le dijo que estaba decidido a ofrecer la obra para su producción. Su vida y su muerte empezaban a convertirse en propiedad de otros. Ahora era pieza de caza y se había levantado la veda.

Todo el mundo en Inglaterra tomaba el sol, menos él, que permanecía entre sus cuatro paredes, cada vez más pálido y peludo. Le propusieron formar parte de la «lista» para el Parlamento Europeo presentada por los partidos centristas italianos: el Partido Republicano, el Partido Liberal y el Partido Radical de un tal Marco Pannella, que era quien hacía el ofrecimiento, transmitido por mediación de la oficina de Paddy Ashdown, el líder del Partido Liberal Demócrata británico. Gillon dijo: «No lo hagas; parece una treta publicitaria». Pero Pannella afirmó que, en su opinión, Europa debía hacer un gesto de solidaridad concreto para con él, y si él pasaba a ser miembro del Parlamento Europeo, cualquier ataque contra su persona se consideraría un ataque contra el propio Parlamento Europeo, lo que quizá disuadiera a algunos agresores potenciales. Scotland Yard, cuyos oficiales de alto rango parecían decididos a mantenerlo incomunicado, temían que tal maniobra de hecho aumentara el riesgo para él, interpretándose como una provocación entre algunos musulmanes; y también podía poner en peligro a otros. ¿Cómo se sentiría si, por su decisión, algunos «objetivos fáciles» en Estrasburgo fueran atacados? Al final decidió no aceptar la invitación del signor Pannella. Él no era político. Era escritor. Era en calidad de escritor como deseaba ser defendido, en calidad de escritor como deseaba defenderse. Pensó en Hester Prynne exhibiendo con orgullo su letra escarlata. También a él lo habían marcado a fuego con una *A* escarlata, en su caso no de *Adúltera* sino de *Apóstata*. También él, como la gran heroína de Hawthorne, debía exhibir la letra escarlata como insignia de honor, pese al dolor.

Le mandaron un ejemplar de la revista estadounidense *NPQ*, en la que se alegró de encontrar a un erudito islámico que escribía que *Los versos satánicos* encajaba en la arraigada tradición musulmana de dudar del arte, la poesía y la filosofía. Una discreta voz en representación de la cordura pugnando por hacerse oír en medio de los aullidos de niños asesinos.

Hubo una segunda reunión con el comandante Howley, que tuvo lugar en Thornhill Crescent, Islington, la casa de su amiga Kathy Lette, la picante novelista cómica australiana, y su marido, el abogado de él, Geoffrey

Robertson. Howley le recordaba a un cascanueces con forma de cabeza y brazos humanos que usaba su padre para romper las nueces. Había que colocar la nuez entre los maxilares del hombre y juntar los brazos, y la nuez se rompía con un satisfactorio chasquido. Aquel hombre tenía una mandíbula temible que Dick Tracy habría envidiado y, cuando el cascanueces se cerraba, una boca fina y adusta. Cualquier nuez, viendo al comandante Howley, habría temblado en su cáscara. Era un hombre serio y severo. Pero en esta ocasión se reunía con él para proporcionarle cierta esperanza. Sencillamente era poco razonable, admitió, obligar a alguien a llevar una vida en continua itinerancia, exigiéndole que alquilara o pidiera prestadas casas a perpetuidad. Por lo tanto, se había decidido -los policías eran aficionados a la pasiva refleja- que se le permitiría (ahí estaba otra vez, ese extraño «se») empezar a buscar una casa permanente a la que mudarse «a mediados del año siguiente, poco más o menos». Para mediados del año siguiente faltaba un año, lo cual era desalentador, pero la idea de disponer otra vez de una casa, y ser protegido en ella como cualquier otro «principal» lo animó y le devolvió el amor propio. ¡Cuánto más digno sería eso que esta agitada existencia, con incesantes idas y venidas! Dio las gracias al comandante Howley y añadió que esperaba que no lo obligaran a permanecer enterrado en alguna zona rural, lejos de su familia y amigos. «No», respondió Howley. Sería más fácil para todos si la casa se encontraba dentro de la «zona del GPD». El GPD era el Grupo de Protección Diplomática, que podía ofrecer un servicio de respuesta rápida en caso de necesidad. Tendría que incluir una habitación de seguridad reforzada y un sistema de botones de alarma, pero cabía suponer que eso era aceptable para él. Sí, contestó, claro. «Bien, pues -dijo Howley-. Ese será nuestro objetivo.» Los maxilares del cascanueces se cerraron firmemente.

No pudo compartir la buena nueva con nadie, ni siquiera con sus anfitriones de ese día. Había conocido a Kathy Lette en Sidney hacía cinco años, mientras paseaba cerca de Bondi Beach con Robyn Davidson. Los sonidos de una fiesta flotaban desde un apartamento en una cuarta planta, y cuando alzaron la vista vieron a una mujer sentada en la barandilla del balcón de espaldas al mar. «Reconocería ese culo en cualquier sitio», dijo Robyn. Así fue como se inició su amistad con Kathy: a partir del culo. Robyn desapareció de su vida pero Kathy permaneció. Ella llegó a Inglaterra después de enamorarse de Geoffrey, que rompió con Nigella Lawson para estar con ella, decisión que mejoró las vidas de todos los interesados, incluida la de Nigella. En la casa de Thornhill Crescent, después de marcharse la policía, Geoff se explayó sobre los ataques jurídicos contra *Los versos satánicos* y las razones por las que fracasarían. Tanto su convicción como la firmeza de sus sentimientos fueron tranquilizadoras. Era un aliado valioso.

Marianne regresó de una visita a la ciudad. Dijo que se había encontrado casualmente con Richard Eyre, el director del Teatro Nacional, en un andén de metro, y cuando la vio rompió a llorar.

Era mucha la gente que hablaba y muchas las cosas que se decían, pero la policía le pidió que se abstuviera de hacer más declaraciones incendiarias, presuponiendo que cualquier declaración suya sería incendiaria por el mero hecho de ser él quien la hacía. Cayó en la cuenta de que componía un millar de cartas en su cabeza y las lanzaba al éter, como las discusiones del Herzog de Bellow con el mundo, medio delirantes y obsesivas, cartas que en realidad no podía enviar.

Apreciado *Sunday Telegraph*: El plan de ustedes para mí es que busque un refugio seguro y secreto en, quizá, Canadá, o en una parte remota de Escocia donde los lugareños, siempre alertas a la presencia de forasteros, vean venir a los malos; y en cuanto haya encontrado mi nuevo hogar debo mantener la boca cerrada hasta el fin de mis días. La idea de que no he hecho nada malo y, como hombre inocente, merezco vivir mi vida tal como yo decida obviamente se ha contemplado y eliminado de su gama de opciones. Aun así, curiosamente, esa es la absurda idea a la que me aferro. Como niño de gran ciudad que fui, la verdad es que nunca me ha gustado el campo (excepto en breves ráfagas), y el frío es otra de las cosas que me disgustan desde hace tiempo, lo que descarta tanto Escocia como Canadá. Tampoco se me da bien mantener la boca cerrada. Si alguien intenta amordazar a un escritor, señores, ¿no coinciden ustedes -como periodistas que son- en que la mejor respuesta es no dejarse amordazar? ¿Hablar, si cabe, más alto y más audazmente que antes? ¿Cantar (si uno es capaz de cantar, y confieso que no es mi caso) con voz más hermosa y mayor atrevimiento? ¿Estar, si cabe, más presente? Si no lo ven así, les presento mis disculpas de antemano. Ya que ese es mi plan.

Apreciado Brian Clark: ¿Acaso no tengo derecho a elegir?

Apreciado rabino jefe Immanuel Jakobovits: He visitado al menos una universidad en la que a los jóvenes judíos se les enseñaban, rigurosa y sensatamente, los principios y las prácticas del pensamiento sensato y riguroso. Las suyas eran algunas de las mentes jóvenes más impresionantes y afiladas con las que me he encontrado, y me consta que ellos comprenderían lo peligroso e impropio que es establecer equivalencias morales falsas. Es una lástima que un hombre a quien ellos podrían ver como un líder haya acabado siendo tan descuidado respecto al debido proceso de la mente. «Tanto el señor Rushdie como el ayatolá han abusado de la libertad de expresión», dice usted. Así, una novela que, guste o no guste, es, en opinión de al menos unos cuantos críticos y miembros de jurados, una obra de arte seria, se equipara con un descarnado llamamiento al asesinato. Esto debería denunciarse, tachándose de comentario manifiestamente ridículo; en cambio, rabino jefe, sus colegas el arzobispo de Canterbury y el papa de Roma han afirmado en esencia lo mismo. Todos han exigido la prohibición de toda ofensa a las sensibilidades de cualquier religión. Ahora bien, a una persona ajena, una persona sin religión, podría parecerle que las distintas reivindicaciones de autoridad y autenticidad expresadas por el judaísmo, el catolicismo y la Iglesia de

Inglaterra se contradicen entre sí, y entran en conflicto también con las reivindicaciones expresadas por el islam y en nombre del islam. Si el catolicismo es «verdadero», la Iglesia de Inglaterra debe ser «falsa», y de hecho se han librado guerras porque muchos hombres -y reyes, y papas- creían precisamente eso. El islam niega categóricamente que Jesucristo sea el hijo de Dios, y muchos sacerdotes y políticos musulmanes exhiben abiertamente sus posturas antisemitas. ¿Por qué, pues, esta extraña unanimidad entre polos aparentemente irreconciliables? Piense, rabino jefe, en la Roma de los césares. Lo mismo que ocurrió con ese gran clan quizá ocurra ahora con las grandes religiones del mundo. Por más que se detesten entre sí y pretendan hundirse mutuamente, todos ustedes son miembros de una misma familia, ocupantes de la única Casa de Dios. Cuando tienen la impresión de que la propia Casa se halla amenazada por simples personas ajenas, por legiones de irreligiosos condenados al infierno, o incluso por un novelista de ficción, cierran ustedes filas con impresionante presteza y celo. Los soldados romanos, al entrar en combate en formación cerrada, formaban un testudo, o tortuga, creando los soldados del contorno muros con sus escudos mientras los del centro levantaban los escudos por encima de la cabeza para crear un tejado. Análogamente usted y sus colegas, rabino jefe Jakobovits, han formado una tortuga de la fe. Les da igual lo absurda que sea la imagen que ofrecen. Lo que les preocupa es que el muro de la tortuga sea lo bastante sólido para resistir.

Apreciado Robinson Crusoe: Supongamos que tuvieras cuatro Viernes para hacerte compañía, y todos ellos estuvieran fuertemente armados. ¿Te sentirías más seguro, o menos seguro?

Apreciado Bernie Grant, parlamentario: «Quemar libros -dijo usted en la Cámara de los Comunes exactamente un día después de la fetua- no es una gran preocupación para los negros.» Las objeciones a semejantes prácticas, afirmó, daban prueba de que «los blancos querían imponer sus valores al mundo». Recuerdo que muchos líderes negros -el doctor Martin Luther King, por ejemplo- fueron asesinados por sus ideas. El perplejo observador externo pensaría, por tanto, que eso de exigir el asesinato de un hombre por sus ideas sería para un parlamentario negro algo aterrador. No obstante, usted no plantea ninguna objeción. Usted representa, señor mío, la cara inaceptable del multiculturalismo, su deformación en una ideología de relativismo cultural. El relativismo cultural es la muerte del pensamiento ético, es dar apoyo al derecho de los sacerdotes tiránicos a tiranizar, de los padres despóticos a mutilar a sus hijas, de los fanáticos a odiar a los homosexuales y los judíos, porque hacerlo forma parte de su «cultura». El fanatismo, los prejuicios y la violencia o la amenaza de violencia no son «valores» humanos. Son prueba de la ausencia de dichos valores. No son las manifestaciones de la «cultura» de una persona. Son indicativos de la falta de cultura de una persona. En asuntos tan vitales, señor mío, por citar al gran filósofo monocromo Michael Jackson, da igual si eres blanco o negro.

En la plaza de Tiananmen un hombre cargado con bolsas de la compra se plantó delante de una columna de tanques y detuvo su avance. Media hora antes, en el supermercado, no debía de estar pensando en el heroísmo. El heroísmo surgió en él espontáneamente. Eso ocurrió el 5 de junio de 1989, el tercer día de la masacre, así que debía de saber el peligro que corría. Y sin embargo se quedó allí hasta que otros civiles fueron a apartarlo. Hay quien dice que después de ese gesto se lo llevaron y lo mataron. Nunca se reveló el número de muertos en Tiananmen, y sigue sin conocerse. En *Cien años de soledad*, de Gabriel García Márquez, la compañía bananera -encabezada por Mr. Brown, nombre que bien podría salir en una película de Tarantino- masacró a tres mil huelguistas en la plaza mayor de Macondo. Después de la matanza, se llevó a cabo una limpieza tan perfecta que el incidente pudo negarse rotundamente. Nunca ocurrió, salvo en la memoria de José Arcadio Segundo, que lo vio todo. Contra la brutalidad, recordar es la única defensa. La cúpula china lo sabía: la memoria era el enemigo. No bastaba con matar a los manifestantes. Tenían que ser falsamente recordados como desviados y malhechores, no como valientes estudiantes que dieron su vida por la libertad. Las autoridades chinas trabajaron denodadamente en esta versión falsa del pasado y al final arraigó. El año que se inició con el pequeño horror de la fetua había adquirido un mayor horror ante el que temblar, cuya atrocidad crecería con el paso de los años, al sumarse a las inútiles muertes de los manifestantes la derrota de la memoria a base de mentiras.

Había llegado la hora de abandonar Porlock Weir. La policía le había encontrado un chalet de alquiler, otra vez en Brecon, en un lugar llamado Talybont. Maggie Drabble y Michael Holroyd fueron a recuperar su casa y celebrar allí el cincuenta cumpleaños de Maggie. Marianne no iría a Talybont; se marchaba a Estados Unidos. Lara se licenciaba en Dartmouth y, lógicamente, ella quería estar presente en la ceremonia de graduación. Su marcha sería un alivio para los dos. Él se daba cuenta de que ella estaba al límite de su tolerancia, con la mirada más extraviada que de costumbre, y que la tensión rezumaba de ella como el sudor de un corredor maratoniano. Necesitaba al menos un descanso, probablemente una escapatoria. Él eso lo entendía. Ella no había contado con una situación así, y no era su lucha. El tópico, *permanece al lado de tu hombre*, insistía en que debía quedarse, pero todo en ella clamaba: *Márchate*. Tal vez las cosas habrían sido distintas si hubieran estado más enamorados. Pero ella permanecía al lado de un hombre con el que no era feliz. Sí, debía ir a la graduación de su hija.

Fue una extraña cena, la de los cuatro, mitad celebración de los cincuenta años de Maggie, mitad conmoción por la historia. Michael contó anécdotas divertidas de su insólita infancia: su madre reclamando su ayuda para abandonar a sus muchos maridos, y al menos uno de esos maridos pidiéndole que le escribiera las notas de súplica que tal vez la convencieran de que no se fuera. Se sentían inquietos por las noticias. Tiananmen estaba en boca de

todos. Y de pronto el ayatolá Jomeini había muerto y lo llevaban por las calles de Teherán hacia su sepultura. En una habitación contigua, los policías, haciendo chistes de policías, esperaban el cambio de turno. *Hoy es el día de IPMES: Irse Pronto, Mañana Es Sábado*. O, más filosóficamente: *La vida es un sándwich de mierda. Cuanto más pan tienes, menos mierda comes*. Pero los cuatro observaban las escenas de un lugar lejano, la inmensa muchedumbre agitando los brazos en torno a las andas fúnebres, el incontenible vaivén del monstruo multicéfalo, hasta el momento en que las andas se ladearon, se rompió la mortaja, y de repente la pierna blanca y frágil del muerto quedó a la vista de todos. Supo, mientras lo veía, que eso era algo que él no entendía. No bastaba con decir que tales multitudes eran trasladadas allí en autobuses y camiones, ni que les pagaban para llorar la muerte efusivamente, ni que muchos de ellos se hallaban en esa especie de delirio semejante a un trance propio de algunos chiíes extasiados el día de Ashura, el décimo del mes de Muharram, que se fustigaban y se herían para conmemorar la muerte del nieto del Profeta, Hussein ibn-Ali, en la batalla de Karbala en el año 680. No servía de nada preguntarse por qué una nación cuyos hijos habían perecido por orden del imán muerto en una guerra inútil contra Irak sentía un dolor tan estridente por su fallecimiento, ni desestimar la escena por considerarla una actuación impostada, representada por un pueblo oprimido y temeroso cuyo miedo al tirano no había disminuido siquiera después de su muerte: todo eso no bastaba para desestimar aquello por considerarlo terror disfrazado de amor. El imán, para esa gente, había sido un vínculo directo con su Dios. El vínculo se había roto. ¿Quién intercedería por ellos ahora?

A la mañana siguiente Marianne se marchó a Estados Unidos. A él lo llevaron a Talybont. El chalet era minúsculo y hacía un tiempo espantoso. Allí era imposible preservar la intimidad. Él y sus protectores -el afable Jack el Gordo y un individuo nuevo, muy elocuente, a todas luces un agente con un gran futuro, llamado Bob Major- tendrían que vivir apretujados. Peor aún, el teléfono móvil no funcionaba. No llegaba la señal. Sería necesario trasladarlo una vez al día a una cabina a varios kilómetros de allí, en un rincón perdido de aquella zona, para hacer llamadas. Lo asaltó una intensa claustrofobia. «Todo es INÚTIL, INÚTIL», escribió en su diario, y luego telefoneó a Marianne, en Boston, y las cosas empeoraron considerablemente.

Estaba en una cabina roja en una ladera de Gales bajo la lluvia, con una bolsa de monedas en la mano y la voz de Marianne en el oído. Ella había cenado con Derek Walcott y Joseph Brodsky, y los dos premios Nobel le dijeron que ellos no habrían accedido a cambiar su vida como había hecho él. «Yo me quedaría en casa y seguiría haciendo exactamente lo mismo de siempre -había declarado Brodsky-, y a ver qué me hacían.» «Yo se lo expliqué -continuó ella por teléfono-. Les dije: “El pobre teme por su vida”.» *Vaya, Marianne, muchas gracias*, pensó él. Joseph Brodsky le había hecho un masaje en los pies, añadió ella. Al oír eso, él se sintió aún mejor. Su mujer estaba con los dos machos alfa de la poesía mundial recibiendo friegas en los

pies y diciéndoles que su marido estaba demasiado asustado para vivir como vivirían ellos, sin esconderse, valerosamente. Ella iba en sari a todas partes, añadió. No pasaba inadvertida precisamente, pues. Él se disponía a decir que quizá los saris eran un tanto llamativos cuando ella dejó caer la bomba. En el vestíbulo de su hotel de Boston la había abordado un agente de la CIA que se hacía llamar Stanley Howard. Le había preguntado si tenía un momento para hablar con él y habían tomado un café juntos. «Saben dónde estábamos -dijo ella, elevando la voz-. Estuvieron dentro de la casa. Cogieron papeles de tu mesa y tu papelera. Me los enseñaron como prueba de que habían entrado y echado un vistazo. La fuente y la configuración de la página y el texto eran sin duda tuyos. La gente con la que vives ni siquiera se enteró de que habían estado allí. No puedes confiar en la gente con la que estás ahora. Tienes que marcharte de inmediato. Tienes que venir a Estados Unidos. El señor Howard Stanley quería saber si nuestro matrimonio era real, o si simplemente tú querías utilizarlo como medio para entrar en Estados Unidos. Yo salí en tu defensa, y entonces él dijo que vale, que se te permitiría entrar. Podrías vivir en Estados Unidos como un hombre libre.»

El señor Stanley Howard. El señor Howard Stanley. Bueno, la gente recordaba mal y confundía los nombres, eso no demostraba nada. El desliz incluso podría significar que ella decía la verdad. A ver si lo he entendido bien, dijo él. Estás diciéndome que la CIA fue a verte y te contó que se habían introducido en una importante operación de seguridad británica y habían entrado furtivamente en la casa franca y retirado material sin que nadie se enterara. «Sí -contestó, y repitió-: No estás a salvo, tienes que marcharte, no confíes en la gente que tienes alrededor ahora.» Qué vas a hacer, preguntó él. Ella iría a Dartmouth para la ceremonia de graduación y luego viajaría al sur para visitar a su hermana Johanne en Virginia. De acuerdo, dijo él, volveré a llamarte mañana. Pero al día siguiente, cuando él la telefoneó, ella no contestó.

Bob Major y Jack el Gordo escucharon muy serios mientras él les repetía la historia de ella. A continuación le hicieron unas cuantas preguntas. Finalmente Bob concluyó: «Yo a eso no le veo ningún sentido». Ninguno de los chóferes había informado de posibles seguimientos, y eran todos hombres muy bien preparados. Ninguno de los sensores que habían colocado fuera y dentro de la casa de Porlock Weir se había activado. No existía la menor prueba de una entrada indebida. «No cuadra. -Pero añadió-: El problema es que es su mujer quien lo dice. Así que debemos tomárnoslo en serio. Es su mujer.» Tendrían que informar del asunto a los de arriba, a los altos mandos de Scotland Yard, y ya se tomarían las decisiones pertinentes. Entretanto, dijo: «Me temo que no puede seguir aquí. Debemos actuar como si la operación se hubiera descubierto. Eso significa que no puede ir a ninguno de los sitios donde ya ha estado o donde planeaba ir. Tenemos que cambiarlo todo. No puede quedarse aquí».

«Tengo que ir a Londres -dijo-. Mi hijo cumple diez años dentro de unos

días.»

«Tendrá que buscar un sitio», repuso Jack el Gordo.

Después la gente a veces le preguntaba: *¿No perdiste amigos en esa época? ¿No tenía miedo la gente de que los vieran contigo*? Y él contestaba invariablemente: No, de hecho ocurrió todo lo contrario. Sus buenos amigos demostraron ser auténticos amigos en los momentos difíciles, y personas que no habían tenido una relación cercana a él antes se acercaron, deseando ayudarlo, y actuaron con una generosidad, un desinterés y un valor asombrosos. Conservaría ese recuerdo, la nobleza de seres humanos dando lo mejor de sí mismos, mucho más vívidamente que el odio -aunque el recuerdo del odio desde luego era vívido-, y siempre daría gracias por haber sido objeto de tal munificencia.

Había estrechado su relación con Jane Wellesley cuando ella producía el documental *The Riddle of Midnight* en 1987, y desde entonces su amistad se había hecho más profunda. En la India, el apellido de ella había abierto muchas puertas hasta entonces cerradas a cal y canto -«*¿Esa* Wellesley?», preguntaba la gente, y de pronto empezaba a actuar lisonjeramente al saberse en presencia de una descendiente de Arthur Wellesley, que combatió en la batalla de Seringapatam y después, como vencedor ante Bonaparte, se convirtió en el primer duque de Wellington, y también de su hermano Richard Wellesley, que había sido gobernador general de la India hacía ciento noventa años- y eso más que hacerle gracia la abochornaba. Era una mujer profundamente reservada, que compartía sus secretos con muy poca gente, y si uno le contaba un secreto, ella se lo llevaría a la tumba. Era también una mujer de profundos sentimientos, ocultos bajo esa circunspección británica. Cuando él la telefoneó, ella se ofreció al instante a marcharse de su propia casa, un ático en Notting Hill, «durante tanto tiempo como lo necesites, si crees que servirá». Era la clase de lugar que desagradaba a la División Especial, un apartamento, no una casa, con una sola vía de entrada y salida, y en el último piso de un edificio con una sola escalera y sin ascensor. A ojos de la policía, parecía una trampa. Pero tenía que estar en algún sitio y, con tan poco tiempo de antelación, no había ningún otro disponible. Se instaló allí.

El señor Greenup fue a verlo y afirmó que Marianne se lo había inventado todo. «¿Sabe usted lo que se requeriría para filtrarse en una operación como esta? -preguntó-. Es posible que los americanos sean los únicos que tengan los recursos necesarios, e incluso para ellos sería difícil. Para seguir el coche en el que va usted sin ser descubiertos tendrían que cambiar el vehículo de seguimiento quizá cada veinte kilómetros poco más o menos, y serían necesarios más de una docena de coches para confundir a sus conductores. También podrían verse obligados a utilizar helicópteros y satélites. Y entrar en su casa sin que se disparen las trampas de seguridad sería francamente imposible. Y aun en el supuesto de que hicieran todo eso, que averiguaran dónde estaba usted y entraran en la casa y volvieran a salir, llevándose papeles

de su despacho, y sortearan todas las trampas... ¿por qué iban a abordar a su mujer y enseñarle las pruebas? Sabrían que ella se lo diría a usted, y que usted nos lo diría a nosotros, y que en cuanto nosotros supiéramos que ellos lo sabían, lo cambiaríamos todo, de manera que todo su trabajo y sus gastos se echarían a perder, y volverían a estar en el punto de partida. También sabrían que si la CIA se infiltraba en una operación británica sumamente sensible como esta, aquí se consideraría un acto hostil, algo muy parecido a un acto de guerra contra una nación amiga. ¿Por qué habrían de decírselo a ella? No tiene sentido.»

El señor Greenup dijo además que ahora el teléfono móvil se consideraba un riesgo para la seguridad, y al menos por un tiempo no podía utilizarlo.

Lo sacaron furtivamente del edificio para telefonear a Marianne desde una cabina en Hampstead. Ella reaccionó con consternación. La negativa de él a aceptar que no podía confiar en sus agentes de protección la molestó. No sabía si volvería ni, en caso de volver, cuándo.

El día antes de su décimo cumpleaños, Zafar fue a casa de su padre para quedarse allí. Este le había pedido a Clarissa que le comprara un tren eléctrico, pero por alguna razón ella se olvidó de enviárselo, aunque sí se acordó de mandarle la factura. Daba igual. Tenía a su hijo en casa una noche por primera vez desde hacía meses, y eso en sí mismo era muy importante. Los policías fueron a comprar una tarta y el 17 de junio de 1989 lo celebraron lo mejor que pudieron. La cara sonriente de su hijo fue el sustento más fortalecedor del mundo. Esa noche llevaron a Zafar de vuelta a casa de su madre, y a la mañana siguiente regresó Marianne.

La recibieron en Heathrow el dúo imperturbable formado por Will Wilson y Will Wilton, los altos cargos de la División y los servicios de inteligencia británicos, y se la llevaron para interrogarla durante varias horas. Cuando por fin llegó al apartamento de Jane, estaba pálida y a todas luces asustada. Esa noche apenas cruzaron palabra. Él no sabía cómo hablar con ella, ni qué pensar.

No *se* le permitió seguir más tiempo en la ciudad. La policía había encontrado un sitio: una pensión llamada Dyke House en el pueblo de Gladestry, en Powys. De vuelta a las Marcas Galesas. Dyke House era una antigua rectoría eduardiana, una modesta construcción con tejado de dos aguas y un bonito jardín a corta distancia de un pequeño y rumoroso riachuelo, cerca de la Muralla de Offa en la falda del Hergest Ridge. Estaba a cargo de un policía retirado, Geoff Tutt, y su mujer, Christine, y por tanto se consideraba segura. Mientras, en el mundo más amplio, la demanda musulmana solicitando que se lo procesara por blasfemia ganó un recurso, y tuvo lugar otra manifestación contra él en Bradford y se practicaron cuarenta y cuatro detenciones. El obispo de Bradford pidió que cesaran las protestas. No parecía probable que eso fuera a ocurrir.

Will Wilson y Will Wilton fueron a visitarlo a Gladestry y le pidieron que Marianne no estuviera presente en la reunión, cosa que a ella la enfureció. Se

marchó airadamente para dar un largo paseo, y ellos le contaron que la información proporcionada por ella se había tomado realmente muy en serio, que el asunto había llegado a los despachos de la primera ministra británica y el presidente de Estados Unidos, y que después de amplias investigaciones, los agentes a cargo del caso llegaron a la conclusión de que las afirmaciones de su mujer eran absolutamente falsas. «Entiendo que esto es difícil para usted -dijo Wilson-, porque como esposa suya que es, usted desearía creer en su palabra.» Le explicaron cómo la habían interrogado. No se parecía en nada al tercer grado tan valorado en el cine. En lugar de eso se apoyaban básicamente en la repetición y los detalles. ¿Cómo sabía ella que el señor Stanley Howard o Howard Stanley era agente de la CIA? ¿Se identificó? ¿Cómo era el carnet? ¿Incluía una fotografía o no? ¿Estaba firmado? ¿Parecía una tarjeta de crédito o se plegaba? «Muchas cosas así -añadió Will Wilton-. Lo que ayuda son los pormenores.» La obligaron a repetir su versión muchas veces y, dijeron, «cuando no hay variaciones en la versión estamos totalmente seguros de que es falsa». Los seres humanos, cuando cuentan la verdad, nunca reproducen la historia exactamente igual dos veces.

«No ocurrió -aseguró Will Wilson-. Estamos tan convencidos como es posible estarlo.»

Estaban pidiéndole que creyera que su mujer se había inventado la existencia de una trama de la CIA contra él. ¿Por qué habría hecho algo así? ¿Acaso su deseo de escapar de la vida clandestina británica era tan intenso que había sentido la necesidad de socavar la fe de él en sus protectores para que abandonara Inglaterra y se fuera a Estados Unidos, permitiéndole a ella hacer lo mismo? Pero ¿cómo era posible que ella no se diera cuenta de que si él llegaba a creerse que la CIA se había tomado tantas molestias para encontrarlo, quizá los considerara aún menos dignos de confianza que a la División Especial? Al fin y al cabo, ¿por qué iba a hacer la CIA una cosa así? ¿Podían planear intercambiarlo por rehenes norteamericanos retenidos en Líbano? Y en tal caso, ¿no correría él un peligro mayor en suelo estadounidense que en Gran Bretaña? La cabeza le daba vueltas. Aquello era una locura. Ciertamente aquello era una locura.

«No ocurrió -repitió Will Wilton con delicadeza-. No sucedió nada semejante.»

Ella habló durante largo rato para convencerlo de que los embusteros eran los policías, no ella. Utilizó sus considerables encantos físicos para intentar persuadirlo de que había dicho la verdad. Se indignó y lloró y calló y luego volvió a mostrarse voluble. Esta interpretación, su extraordinario acto de resistencia final, se prolongó durante casi toda la noche. Pero él ya había tomado una decisión. No podía demostrar la verdad ni la falsedad de su versión, pero las probabilidades pesaban en contra. Ya no podía confiar en ella. Era mejor estar solo que dejar que se quedara. Le pidió que se fuera.

Muchas de sus pertenencias continuaban en Porlock Weir, y uno de los

chóferes la llevó allí a recogerlas. Ella telefoneó a Sameen y a los amigos de él, y todo lo que les contó era mentira. Él empezaba a temerla, a temer lo que ella pudiera hacer o decir en cuanto saliera de la burbuja de la protección. Unos meses después, cuando ella decidió dar su versión de la separación a un periódico dominical, afirmó que la policía la había llevado a un rincón perdido y la había dejado ante una cabina de teléfono para que se las arreglara por sí sola. Eso fue pura invención. En realidad ella tenía el coche de él y las llaves de la casa de Bucknell, y ahora que se la consideraba un riesgo para la seguridad, él ya no podía utilizar ninguna de las propiedades que ella conocía. Así que en realidad fue él, no ella, quien se quedó sin techo una vez más a causa de la separación.

Hubo más atentados con bomba -*otro* en la librería Collet's, y después en la calle frente a los grandes almacenes Liberty's, y luego en librerías de Penguin de cuatro ciudades británicas-, más manifestaciones, más vistas judiciales, más acusaciones musulmanas de «maldad», más vocerío espeluznante procedente de Irán (el presidente Rafsanjani dijo que la sentencia de muerte era irrevocable y contaba con el apoyo de «todo el mundo musulmán») y de la boca del ponzoñoso gnomo de jardín Siddiqui en Gran Bretaña, más alentadores gestos de solidaridad de amigos y simpatizantes en Inglaterra, Estados Unidos y Europa -una lectura por aquí, una representación de una obra de teatro por allá-, y doce mil personas firmaron la «declaración mundial» de la campaña de defensa *Escritores y lectores en apoyo de Salman Rushdie*. La campaña de defensa fue promovida por la respetable organización pro derechos humanos Artículo 19, así llamada por el artículo referente a la libertad de expresión de la Declaración Universal de los Derechos Humanos. «Todo individuo tiene derecho a la libertad de opinión y expresión -declaraba el artículo-; este derecho incluye el de no ser molestado a causa de sus opiniones, el de investigar y recibir informaciones y opiniones, y el de difundirlas, sin limitación de fronteras, por cualquier medio de expresión.» Qué sencillo y claro era eso. No añadía «a menos que disgustes a alguien, sobre todo a alguien dispuesto a recurrir a la violencia». No decía «a menos que los líderes religiosos decidan lo contrario y ordenen asesinatos». Volvió a pensar en Bellow, en las famosas frases de Bellow al principio de *Las aventuras de Augie March*: «Todo el mundo sabe que no hay sutileza ni precisión en la eliminación. Si reprimes una cosa, reprimes la contigua». John Kennedy, menos locuaz que el Augie de Bellow, dijo lo mismo con cuatro palabras: «La libertad es indivisible».

Esas eran las ideas que habían regido su vida, casi sin saberlo. La libertad artística había sido el aire que respiraba, y como antes abundaba, no se había visto en la necesidad de conceder importancia al hecho de tener aire que respirar. Luego algunos empezaron a intentar cortarle el suministro de aire y de inmediato pasó a ser urgente insistir en que eso no debía hacerse.

Ahora mismo, sin embargo, dedicaba gran parte del tiempo a solventar un

problema más básico: ¿dónde iba a pasar la siguiente semana de su vida? Una vez más acudió en su rescate Jane Wellesley. Tenía una casita en Ayrshire y se la ofreció con la misma inmediata elegancia que antes. Los Jaguar enfilaron hacia al norte a toda velocidad. En lo más profundo de la campiña escocesa surgió un problema que entorpecía la protección a dondequiera que iban: esconder al hombre invisible era fácil; explicar por qué había dos Jaguar aparcados en el cobertizo junto a la casa de Jane no era tan fácil. ¿Y quiénes eran esos cuatro hombres corpulentos que merodeaban por las inmediaciones? Pronto se despertaron los recelos de los lugareños y costó disiparlos. Además, la División Especial escocesa, en cuya jurisdicción estaba el pueblo, no se sentía cómoda dejando ese delicado asunto en manos de sus homólogos ingleses invasores. Así que también ellos enviaron a un equipo, y ahora había cuatro coches enormes en el cobertizo de Jane y alrededor, y ocho hombres enormes gesticulando y discutiendo, varios de ellos sentados allí fuera en sus coches toda la noche. «El problema -dijo a sus protectores- es cómo esconderlos a ustedes.»

Jane se acercó allí a cuidar de él y llegó acompañada de Bill Buford; Buford, que estaba no poco enamorado de ella, parecía un ávido cachorro norteamericano tras sus pasos, y ella lo trataba con humor afectuoso y aristocrático. Él brincaba por la casa, aquel feliz Bufón en la Corte de Jane; solo le faltaban el traje arlequinado, el gorro y las campanillas de payaso. Ayrshire, con el sol asomando en el cielo, fue por un breve tiempo una isla feliz en medio de la tempestad. Bill dijo: «Necesitas un sitio agradable, un sitio donde puedas estar durante un tiempo y sentirte a gusto. Yo te lo buscaré».

Era todo un Personaje, ese Bill, siendo la mayúscula una manifestación necesaria de su amplitud. Era aspaventero, abrazador, un hombre que hablaba a fuerza de exclamaciones y énfasis, un chef autodidacta, un ex jugador de fútbol americano, un lector sesudo con profundo conocimiento de los isabelinos, un animador, medio intelectual, medio artista circense. Se había hecho con una revista estudiantil semiextinta de Cambridge, *Granta*, y la reinventó como boletín informativo de su talentosa generación. Amis hijo, McEwan, Barnes, Chatwin, Ishiguro, Fenton y Angela Carter florecieron todos en sus páginas; a George Steiner le permitió publicar toda su novela corta sobre Hitler, *El traslado de A. H. a San Cristóbal*; él dio el nombre de «realismo sucio» a la obra de los norteamericanos Carver, Ford, Wolff y Joy Williams; su primer número sobre viajes fue más o menos el punto de partida de la fiebre de la literatura de viajes; todo ello pagando a sus colaboradores asombrosamente mal, indignando a muchos de ellos por no leer o por tardar meses en tomar una decisión sobre los textos entregados, indignando a muchos otros con un estilo de revisión de los artículos tan agresivamente intrusivo que necesitaba todo su legendario encanto para convencer a la gente de que no le pegara; y vendiendo suscripciones de una revista trimestral que ni una sola vez, durante sus dieciséis años al timón, consiguió sacar más de

tres números en un año. Llevaba consigo excelente vino allí donde iba y cocinaba diversos manjares que incluían suculentas reducciones y mucha carne de caza de olor fuerte -comida de infarto-, y en las salas donde él estaba por lo general resonaban las carcajadas. También era un gran cuentista y un chismoso, y parecía el último hombre sobre la faz de la tierra a quien convenía confiar el sanctasanctórum del mundo secreto de Joseph Anton. Y sin embargo guardaba todos los secretos. Pese a su talante dicharachero y su extroversión, Bill Buford era un hombre a quien podía confiársele la vida.

«Enseguida me pongo con ello -dijo Bill-. Esto lo vamos a resolver.»

Dos mujeres a quienes no conocía estaban a punto de convertirse en personajes importantes de su historia: Frances D'Souza y Carmel Bedford. Carmel, una enorme irlandesa de opiniones vehementes, fue nombrada por Artículo 19 secretaria de la campaña de defensa, o, para darle su título completo, Comité Internacional de Defensa de Rushdie, y Frances, la nueva responsable de Artículo 19, era su jefa. El comité se había fundado muy independientemente de la persona a la que defendía, para luchar contra la «censura armada», con el apoyo del Consejo de las Artes, el PEN Club, la Unión Nacional de Periodistas, la Sociedad de Autores y el Gremio de Escritores, y muchos otros organismos. Él no tenía nada que ver con los orígenes del comité; pero conforme pasaron los años, se estrechó cada vez más su colaboración con Frances y Carmel, y ellas se convirtieron en sus aliadas políticas indispensables.

Lo vieron en los más diversos estados de ánimo: deprimido, agresivo, sensato, autocompasivo, controlado, débil, solipsista, fuerte, mezquino y resuelto, y permanecieron a su lado en todos ellos. Frances -de huesos delicados, elegante, morena, seria en su concentración y chillonamente alegre en momentos de júbilo- era una mujer formidable. Había trabajado en las selvas de Borneo y las montañas afganas con los muyahidines. Tenía una mente rápida y perspicaz y un gran corazón maternal. Él tuvo suerte de contar con estas compañeras. Había mucho que hacer.

Se le permitió otra vez el uso del teléfono móvil, y ellas lo llamaron a ese número, preocupadas. Marianne se había presentado sin previo aviso en las oficinas de Artículo 19 y había anunciado su intención, como esposa de él, de desempeñar un papel destacado en la campaña de defensa. Él necesitaba a alguien que hablara en su nombre, afirmó Marianne, y ella sería esa persona. «Solo queríamos asegurarnos -explicó Frances a su manera cauta- de que esto cuenta con tu respaldo, de que es lo que quieres.» No, casi chilló. Era todo lo contrario de lo que él quería y bajo ningún concepto Marianne debía tener relación alguna con la campaña ni debía permitírsele hablar en nombre del comité ni de él. «Sí -dijo Frances pensativamente-. Ya me lo figuraba.»

Marianne le dejaba mensajes coléricos: la parte banal de una crisis conyugal resultó grotescamente melodramática en medio de aquella vida de novela de espías. *¿Por qué no me llamas? Voy a hablar con la prensa*. Él la llamó, y por

un momento ella cedió. Pero luego declaró a *The Independent* que incluso si «uno goza de una salud mental perfecta, uno vive la vida de un esquizofrénico paranoico». No especificó quién era ese «uno».

Y él también habló por teléfono con Clarissa. Ella quería que le comprara una casa nueva. Tenía la sensación de que debía mudarse, y eso era por él, y por tanto él debía pagar el coste adicional de la nueva casa. Se lo debía a ella y a su hijo.

A eso siguieron otras estancias en pensiones a cargo de agentes de policía retirados (parecía haber un buen surtido): en Easton, Dorset, y luego en Salcombe, Devon. En Devon, la vista era magnífica: la bahía de Salcombe a sus pies a pleno sol, surcada por los veleros y sobrevolada en círculo por las gaviotas. Bill buscaba alguna vivienda de alquiler en Essex. «Dame unos días», dijo.

Su amigo Nuruddin Farah se había ofrecido a mediar con el intelectual islámico Ali Mazrui como vía para salir del punto muerto respecto a la fetua. «De acuerdo -le dijo a Nuruddin-, pero no voy a pedir disculpas ni a retirar el libro.» Al cabo de un tiempo Nuruddin admitió su fracaso. «Quieren más de lo que estás dispuesto a dar.» Durante los años de la fetua, de vez en cuando alguien se dirigía a él afirmando poseer los contactos «extraoficiales» que podían resolver el problema, y ofreciéndose para actuar como intermediario. Hubo un caballero paquistaní llamado Sheikh Matin que abordó a Andrew en Nueva York, un hombre de negocios británico-iraní llamado sir David Alliance en Londres, y varios más. Todos estos acercamientos fueron infructuosos.

Telefoneó Bill, entre divertido e indignado. «Tu poema -dijo-. El Concilio de Mezquitas de Bradford quiere prohibirlo.» En su número más reciente de *Granta*, faltando a su tradición antipoesía, había publicado un poema escrito por él, bajo el título «Seis de marzo de 1989», donde explicaba cómo se sentía. Terminaba con unos versos en los que reafirmaba su determinación

de no callar. De seguir cantando pese a los ataques, cantando (mientras mis sueños sucumben bajo los hechos) alabanzas a mariposas quebrantadas en el potro.

«No quieres vivir conmigo porque soy escritora -decía Marianne en su último mensaje-. No tienes el monopolio de la genialidad.» Quería publicar su «historia de los prófugos en Gales», *Croeso i Gymru*. Y escribir sobre la bomba en Liberty's.

Vivía pegado al teléfono, pero por ese canal también podían llegarle malas noticias. En Delhi, Anita Desai estaba muy angustiada por lo «encerrada en sí misma» que se veía ahora a la gente. Había ido a visitar a su amiga la productora Shama Habibullah, y allí estaba la madre de Shama, Attia Hosain, la eminente autora de *Sunlight on a Broken Column*, en otro tiempo amiga de la madre de él, y ahora una anciana de setenta y seis años. Attia se quejaba de que las secuelas de *Los versos satánicos* le habían creado muchas

complicaciones. «Y a mi edad eso no es justo.»

Estaba en contacto permanente con Andrew y Gillon. La relación con Viking se deterioraba rápidamente. Se había planteado la publicación del libro en rústica y, al parecer, Peter Mayer buscaba la manera de impedirlo. Andrew y Gillon le habían pedido una reunión y él había contestado que quería que asistiera a dicha reunión el abogado de Penguin, Martin Garbus. Eso era una novedad: que una reunión entre el autor y su editor, entre este autor y este editor, solo pudiera desarrollarse en presencia de un abogado. Indicaba lo grande que era la brecha abierta entre ellos.

Telefoneó a Tony Lacey, el editor jefe en Viking del Reino Unido, y Tony intentó tranquilizarlo asegurándole que todo saldría bien. Telefoneó a Peter Mayer y no recibió del editor ese mismo mensaje tranquilizador. Explicó a Peter que había hablado con la División Especial y, según ellos, la manera de proceder más segura -*la más segura*- era actuar con normalidad. Los adversarios del libro interpretarían cualquier desviación de la norma como muestra de debilidad y eso los incitaría a redoblar sus ataques. Si la publicación en rústica entre nueve meses y un año después de la aparición del libro en tapa dura era la práctica editorial normal, era eso lo que debía hacerse. «Ese no es el consejo de seguridad que nos han dado a nosotros», contestó Peter Mayer.

Ambos sabían que era esencial que un libro saliese en rústica para que permaneciese en prensa. Si no se publicaba, llegaría el momento en que la edición en tapa dura dejaría de venderse y desaparecería de las librerías. En ausencia de ejemplares en rústica, la novela dejaría de venderse de facto. La campaña contra el libro habría surtido efecto. «Ya sabes por qué estamos luchando -le dijo a Mayer-. Todo se reduce al resultado a largo plazo. Así que, en resumidas cuentas, ¿lo publicaréis o no? ¿Sí o no?» «Esa es una actitud brutal -contestó Mayer-. No puedo pensar en esos términos.»

Poco después de esta conversación llegó misteriosamente una filtración al *Observer*, una versión muy precisa de las discusiones en torno a la edición en rústica, decantada del lado del planteamiento cauto de Penguin. Los directivos de Penguin negaron cualquier colaboración con el dominical. Sin embargo, Blake Morrison, que era el director de la sección literaria del periódico, le dijo que el *Observer* tenía un «informante dentro de Penguin» y creía que el objetivo del artículo era «echar por tierra la edición en rústica». Al parecer se había iniciado una guerra sucia.

Peter Mayer, un grandullón entrañable, de pelo alborotado, con mucho éxito entre las mujeres, de voz dulce y mirada tierna, muy admirado por otros editores, y ahora atrapado de pleno en lo que empezaba a conocerse como el «caso Rushdie», parecía cada vez más un conejo sorprendido bajo la luz de unos faros. La historia se precipitaba hacia él como un camión, y en su interior pugnaban dos discursos totalmente contradictorios, llevándolo a un estado de parálisis: el discurso de los principios y el discurso del miedo. Su

sentido de la obligación era incuestionable. «Nuestra reacción a la controversia generada por *Los versos satánicos* incidiría en el futuro de la libertad de pensamiento, sin la cual no existiría el mundo de la edición tal como lo conocemos, pero tampoco, por extensión, la sociedad civil tal como la conocemos», dijo años más tarde a un periodista. Y cuando mayor era el peligro, cuando más intenso era el fuego, se mantuvo firme. Recibió amenazas contra su persona y contra su hija de corta edad. Le llegaron cartas escritas con sangre. Con los perros rastreadores y la maquinaria de detección de explosivos de la valija de la editorial y la presencia de guardias de seguridad en todas partes, las sedes de Londres y Nueva York ofrecían un aspecto que nunca había presentado una editorial; parecían una zona en guerra. Hubo avisos de bomba, evacuaciones de edificios, amenazas e insultos. Y sin embargo no hubo retirada. Eso se recordaría como uno de los grandes capítulos en la historia de la edición, una de las mayores defensas de la libertad basadas en los principios, y Mayer sería recordado como el líder de ese equipo heroico.

Casi.

Los meses de presiones hicieron mella en Mayer, erosionando su voluntad. Él empezó a convencerse, por lo visto, de que había hecho lo que debía hacerse. El libro se había publicado y seguía en prensa, y él incluso estaba dispuesto a garantizar que la edición en tapa dura permaneciera en prensa indefinidamente, y la edición en rústica podía sacarse en algún momento en el futuro, en una fecha hipotética, cuando pasara el peligro. De momento no era necesario hacer nada más, porque hacer cualquier otra cosa reavivaría el riesgo para sí mismo, su familia y el personal de la editorial. Los sindicatos empezaban a crearle problemas. Le preocupaba, explicó, la seguridad del hombre con quien coincidía en los urinarios del almacén. ¿Qué diría él a la familia de ese hombre si recaía una desgracia en su compañero de lavabo? Andrew, Gillon, Mayer y el autor del asediado libro empezaron a cruzarse cartas. En las cartas de Mayer se podía observar un creciente enrevesamiento sintáctico que era reflejo de un estado interior aparentemente confuso. La ceremonial lectura en voz alta de las cartas de Mayer -en llamadas telefónicas o, muy esporádicamente, cuando podían reunirse- se convirtió en un ritual de humor negro para Andrew, Gillon y Joseph Anton, alias Charrán Ártico. Fue una época en la que el humor aparecía en lugares oscuros.

Mayer intentaba explicar por qué deseaba la presencia de su abogado y amigo Martin Garbus en la reunión sin reconocer que lo quería allí por razones jurídicas propias de un abogado: «Es más importante para mí reunirme contigo que insistir en cualquier aspecto de una reunión por cualquiera que sea la razón, sin ser las personales las menos importantes [...] Sé que a veces la gente se ve atrapada en sus propias posturas, y no digo eso de ti en sentido exclusivo; lo digo también en igual medida por mí o por nosotros. He pensado, como pasa a veces, que si nos quedáramos atascados (con la mejor de las intenciones por parte de todos), a veces un tercero

comprensivo puede proponer una salida hacia delante, después de oír a ambas partes, proponer una idea provechosa para todos. No siempre sale así, lo sé, pero lo último que deseo hacer es privarnos de esa oportunidad, sobre todo cuando tenemos a mano a un intermediario tan apto como este [...] De momento, por tanto, voy a pedir a Marty que viaje a Londres, ya que, si él no está aquí, no es posible que asista». Para entonces se desternillaban de risa y era difícil completar la lectura ceremonial. «Como podrás deducir fácilmente de lo antedicho -concluía Mayer a modo de remate-, estoy deseando verte.»

Él, el autor al que Peter Mayer estaba deseoso de ver, había pedido que la edición en rústica se publicara a finales de 1989, porque mientras no se diese por concluido el ciclo de publicación, el tumulto relacionado con la propia edición no se extinguiría. Parlamentarios laboristas como Roy Hattersley y Max Madden se habían centrado en impedir la aparición de la edición en rústica para apaciguar a los electores musulmanes, y esa era una razón más para seguir adelante. No empezaría a restablecerse la paz hasta que ese ciclo de publicación se completara. Tampoco había ya ninguna razón comercial para la postergación. La edición en tapa dura, después de venderse bien, prácticamente había dejado de venderse, había desaparecido de todas las listas de libros más vendidos en lengua inglesa, y la mayoría de los libreros no la tenían ya en existencias por falta de demanda. Conforme a los plazos habituales de edición, ese era el momento idóneo para sacar a la calle una edición barata.

Había otros argumentos. En esos momentos se publicaban por toda Europa las traducciones de la novela, por ejemplo en Francia, Suecia, Dinamarca, Finlandia, Holanda, Portugal y Alemania. La publicación en rústica en el Reino Unido y Estados Unidos se vería como parte de ese proceso «natural» y, como había aconsejado la policía, esa sería la manera de actuar más segura. En Alemania, después de que Kiepenheuer und Witsch rescindiera el contrato, se había constituido, bajo el nombre Artikel 19, un consorcio de editores, libreros, destacados escritores y personalidades públicas para sacar la novela, y esa edición iba a salir a la luz después de la Feria del Libro de Frankfurt. Si Peter Mayer quería crear un consorcio de esas características para repartir el riesgo, por así decirlo, esa era una solución posible. Lo que más deseaba decir a Mayer, y lo que en efecto le dijo cuando por fin se celebró la reunión, fue esto: «Has hecho la parte difícil, Peter. Con gran firmeza, tú, junto con todo el personal de Viking, habéis llevado las riendas de esta publicación por una pista erizada de peligros. Por favor, no te caigas en el último obstáculo. Si saltas ese obstáculo, tu legado será glorioso. Si no, siempre será imperfecto».

Se celebró la reunión. Lo llevaron furtivamente a la casa de Alan Yentob en Notting Hill, y Andrew, Gillon, Peter Mayer y Martin Garbus estaban ya allí. No se llegó a ningún acuerdo. Mayer dijo que se comprometía a «intentar convencer a su gente de que sacara la edición en rústica en el primer semestre de 1990». Se resistió a dar una fecha. Aparte de eso, no se dijo nada ni remotamente constructivo. Garbus, el «intermediario apto», resultó ser una

verdadera molestia, una persona de una autosuficiencia colosal y de utilidad imperceptible. Había sido una pérdida de tiempo.

Gran parte de lo que tenía que decir Mayer en otras cartas no era ni remotamente gracioso. Algunos comentarios eran insultantes. Andrew y Gillon le habían dicho que *Harún y el Mar de las Historias*, dedicado a Zafar Rushdie, de diez años, como regalo de su padre, seguía escribiéndose cuando las inestables circunstancias del autor se lo permitían. Mayer contestó que su editorial no estaba dispuesta a plantearse la publicación de ningún nuevo libro de Rushdie hasta que la versión acabada se sometiera a un examen interno, por si acaso también ese texto daba pie a la controversia. Nadie en su editorial, dijo Mayer, sabía gran cosa del «Corán» al adquirirse *Los versos satánicos*. No podían contratar ninguna obra más del autor de esa novela y luego, cuando empezaran los problemas, admitir que no habían leído el manuscrito completo. El autor de esa novela cayó en la cuenta de que Mayer empezaba a considerarlo una persona que causaba problemas, que era la causa de los problemas que habían surgido, y que tal vez volviera a causar problemas.

Esa imagen de él se hizo pública cuando apareció una semblanza de Mayer en *The Independent*. El autor anónimo de la semblanza, que había tenido amplio acceso a Mayer, escribió: «Mayer, un ávido lector que en una ocasión dijo que "todo libro tiene un alma", pasó por alto la bomba de relojería religiosa cuyo tictac sonaba entre sus tapas. A Rushdie se le preguntó dos veces, una antes de adquirir Penguin el libro y otra después, qué significaba el tristemente famoso capítulo de "Mahound". Él se mostró curiosamente reacio a explicarlo."No se preocupen -dijo en cierto momento-. No tiene gran importancia para la trama." "Dios mío, esto ha vuelto para pasarnos cuentas", dijo más adelante un hombre de Penguin».

Apreciado escritor anónimo de la semblanza: Si le concedo el cumplido de presuponer que entiende el significado de sus frases, debo presuponer que quería dar a entender que «la bomba de relojería religiosa» de mi novela es el «alma» que Peter Mayer pasó por alto. El resto de este párrafo insinúa claramente que yo puse ahí la bomba de relojería intencionadamente y luego, intencionadamente, desorienté a Penguin al respecto. Eso no solo es mentira, querido Anónimo, sino que es una mentira difamatoria. No obstante, sé de sobra cómo son los periodistas, o, digamos, cómo son los periodistas de la llamada prensa «de calidad», para entender que si bien pueden ustedes exagerar o distorsionar lo que descubren, rara vez publican algo de lo que no tienen ninguna prueba en la que apoyarse. Lo suyo no es la ficción pura. Concluyo por tanto que usted informa, con razonable exactitud, de la impresión que extrajo de sus conversaciones con Peter Mayer y otros «hombres de Penguin» y, posiblemente, mujeres. ¿Consideró verosímil, Anónimo, que un escritor, después de trabajar durante casi cinco años en un

libro, dijera acerca de un capítulo de cuarenta páginas que no tenía «gran importancia para la trama»? ¿No se le ocurrió preguntarme, por una cuestión de imparcialidad, a través de mis agentes, si de verdad se me había preguntado -¡dos veces!- sobre ese capítulo «sin importancia» y yo me había mostrado «curiosamente reacio a explicarlo»? Su omisión induce a pensar, solo puede inducir a pensar, que esa es la historia que usted quería escribir, una historia en la cual yo soy el villano embustero y Peter Mayer el héroe con principios, defendiendo un libro cuyo autor lo llevó a creer que no contenía una bomba de relojería. Yo me metí en un lío y ahora los demás deben apechugar con las consecuencias: esa es la narración que se ha construido para mí, una prisión moral que añadir a mis restricciones más cotidianas. Sepa, caballero, que es una prisión que no estoy dispuesto a ocupar.

Telefoneó a Mayer, que negó tener nada que ver con las insinuaciones del periódico, y creía que ninguna otra persona de Penguin había hablado con el periodista. «Si averiguas quién ha hecho esos comentarios -dijo-, házmelo saber, y despediré a esa persona.» Él tenía sus propias fuentes en el periódico, y una de ellas confirmó que el directivo que había hablado extraoficialmente era el director gerente de Penguin en el Reino Unido, Trevor Glover. Transmitió esta información a Peter Mayer, que dijo que no se lo creía. Trevor Glover no fue despedido, y Mayer siguió negándose a hablar de *Harún y el Mar de las Historias* hasta que el libro se hubiese leído y declarado libre de bombas de relojería. En esencia, la relación entre autor y editor había terminado. Cuando un autor tenía la convicción de que su editorial pasaba información a los medios contraria a él, no había mucho más que decir.

Bill Buford había localizado la casa en Essex. Se hallaba en un pueblo llamado Little Bardfield. Era cara, pero también lo habían sido todas las demás. «Te gustará -dijo-. Es lo que necesitas.» Bill sería el «testaferro», alquilando la vivienda en su nombre durante seis meses, con la posibilidad de una prórroga. El dueño se había «ido al extranjero». Era una antigua rectoría de principios del siglo XIX, declarada patrimonio histórico, de estilo Reina Ana con toques modernos. A la policía le gustó porque tenía un acceso aislado, lo que simplificaría las entradas y salidas, y porque se alzaba en medio de su propio terreno y no se veía desde otras posiciones elevadas. Tenía un jardín crecido con árboles grandes y frondosos, y una pendiente cubierta de césped que descendía hasta un hermoso estanque en el que una garza falsa se erguía sobre una pata. Después de las apreturas en tantos chalets y pensiones, parecía decididamente palaciega. Bill se pasaría por allí siempre que pudiera, para dar credibilidad a su «inquilinato». Y Essex estaba mucho más cerca de Londres que Escocia, o Powys, o Devon. Sería más fácil ver a Zafar; aunque la policía siguió negándose a llevar a su hijo a esa «ubicación». Tenía diez años y temían que él pudiera irse de la lengua en el colegio. Lo infravaloraban. Era un niño con un notable dominio de sí mismo y entendía que la seguridad de su padre estaba en juego. En todos los años de protección,

nunca cometió una indiscreción.

Una cárcel era una cárcel por cómoda que fuera. En el salón había cuadros antiguos, uno de una dama de honor en la corte de Isabel I, otro de cierta señorita Bastard, que le gustó de inmediato. Eran ventanas a otro mundo, pero él no podía escapar a través de ellas. No tenía en el bolsillo la llave de la casa llena de muebles antiguos reproducidos cuyo alquiler le costaba una fortuna, y no podía salir por la verja a la calle del pueblo. Tenía que hacer listas de la compra que un agente se llevaba a un supermercado a varios kilómetros de allí para no despertar sospechas. Tenía que esconderse en un lavabo y encerrarse allí cada vez que iba la mujer de la limpieza, o ser sacado a escondidas de la vivienda previamente. La marea de vergüenza subía dentro de él cada vez que se veía obligado a esas cosas. Un día la mujer de la limpieza dejó el empleo, quejándose de que en la rectoría vivían «hombres extraños». Aquello era preocupante, claro está. Una vez más resultaba más difícil explicar la presencia policial que ocultar la suya. Después de marcharse la mujer de la limpieza, se ocuparon ellos mismos de quitar el polvo y pasar la aspiradora. Los policías limpiaban sus propias habitaciones y él se encargaba de su parte de la casa. Prefería eso a la otra opción.

En aquellos años tomó conciencia de que la gente se lo imaginaba viviendo en una especie de pabellón de aislamiento, o dentro de una cámara acorazada gigantesca con una mirilla a través de la cual lo observaban sus protectores, solo, siempre solo; en ese solitario confinamiento, se preguntaba la gente, ¿no perdería inevitablemente el contacto con la realidad, el talento literario, la cordura, ese hombre, el más gregario de los escritores? La verdad era que en esos momentos estaba menos solo que nunca. Al igual que todos los escritores, conocía bien la soledad, solía pasar solo varias horas al día. La gente que había vivido con él se había acostumbrado a su necesidad de silencio. Pero ahora vivía con cuatro hombres armados enormes, hombres no habituados a la inactividad, el polo opuesto de las personas aficionadas a los libros y la vida entre cuatro paredes. Hacían ruido y armaban jaleo y se reían a carcajadas, y a él le costaba permanecer ajeno al estrépito de su presencia. Él cerraba las puertas; ellos las dejaban abiertas. Él retrocedía; ellos avanzaban. No tenían la culpa. Suponían que a él le gustaría un poco de compañía, y que la necesitaría. Así pues, lo que le requirió mayor esfuerzo fue recrear el aislamiento en torno a él, para poder oírse pensar, para poder trabajar.

Los equipos de protección siguieron cambiando y cada agente tenía su propio estilo. Había un tal Phil Pitt, un gigante entusiasta de las armas e, incluso para lo que corría en la División, un tirador de primera, lo cual lo convertía en un individuo valioso en un posible tiroteo pero resultaba un tanto aterrador convivir con él en una casa parroquial. Su apodo en la División era «Rambo». También estaba Dick Billington, el polo opuesto de Phil, con gafas y una sonrisa tierna y amable. Era el párroco rural que uno esperaba encontrar en una rectoría, solo que este iba armado. Y estaban asimismo los Simples

Chóferes de Mierda. Se quedaban en su zona de la casa de Essex y se preparaban salchichas y jugaban a las cartas y se morían de aburrimiento. «Mis amigos son los que de verdad me protegen -les dijo a Dick Billington y Phil Pitt en un momento de frustración-, prestándome sus casas, alquilando inmuebles para mí, guardando mis secretos. Y yo hago el trabajo sucio escondiéndome en cuartos de baño y demás.» Dick Billington adoptaba un aire avergonzado cuando lo oía decir esas cosas en tanto que Phil Pitt se subía por las paredes; era un hombre de pocas palabras, Phil, y dada su envergadura y su pasión por las armas de fuego, probablemente no era buena idea ponerle en ese estado. Con actitud tolerante, le explicaron que su trabajo podía interpretarse como una forma de inactividad, pero eso era porque la necesidad de acción sería prueba de que habían cometido un grave error. La seguridad era el arte de conseguir que no ocurriera nada. El agente de seguridad experimentado aceptaba el aburrimiento como parte del oficio. El aburrimiento era bueno. Uno no quería que las cosas se pusieran interesantes. Lo interesante era peligroso. Todo consistía en mantener la monotonía.

Se enorgullecían enormemente de su trabajo. Muchos le decían, usando siempre las mismas palabras, «Nunca hemos perdido a nadie», lo cual era obviamente un mantra de la Brigada «A». Era un mantra reconfortante, y él a menudo lo repetía para sus adentros. Lo impresionante era que ninguna de las personas que habían estado bajo la protección de la Brigada «A» hubiera sido blanco de ningún ataque en la larga historia de la División Especial. «Los americanos no pueden decir lo mismo.» No les gustaba la manera de hacer las cosas de los estadounidenses. «Les gusta echarle cuerpos al problema», decían, dando a entender que un destacamento de seguridad norteamericano solía ser muy numeroso, docenas de personas o más, y cada vez que un dignatario estadounidense visitaba Reino Unido, las fuerzas de seguridad de los dos países tenían las mismas discusiones sobre metodología. «Nosotros podríamos llevar a la reina en un Ford Cortina sin distintivos por Oxford Street en hora punta y nadie se enteraría de que estaba ahí», decían. «Con los yanquis, todo es bombo y platillo. Pero perdieron a un presidente, ¿no? Y por poco perdieron a otro.» Cada país, descubriría él, tenía su propia manera de hacer las cosas, su propia «cultura de la protección». En los años venideros, no solo experimentaría el sistema norteamericano, basado en la cantidad de efectivos, sino también el aterrador comportamiento del RAID francés. RAID era «Recherche Assistance Intervention Dissuasion». *Dissuasion*, como descripción de la manera de actuar de los chicos del RAID, era todo un eufemismo. A sus parientes italianos les gustaba conducir a gran velocidad en medio del tráfico urbano dando bocinazos y asomando sus armas por las ventanillas. Así las cosas, se alegraba de tener a Phil y Dick, con su método de la cautela.

No eran perfectos. Se cometían errores. Como la vez que lo llevaron a la casa de Hanif Kureishi. Al final de esa velada con Hanif, cuando estaban a punto de llevárselo, su amigo salió corriendo a la calle, muy ufano, agitando

una enorme pistola en su funda de piel por encima de la cabeza. «Eh -gritó Hanif, encantado-. Un momento. Se olvidan la pipa.»

Empezó a escribir. *Una ciudad triste, la más triste de las ciudades, una ciudad tan míseramente triste que incluso había olvidado su nombre*. También él era un hombre que había perdido su nombre. Sabía cómo se sentía la ciudad triste. «¡Por fin!», escribió en su diario a principios de octubre. Y unos días después: «¡He acabado el capítulo uno!». Cuando hubo escrito treinta o cuarenta páginas se las enseñó a Zafar para asegurarse de que iba por buen camino. «Gracias -dijo Zafar-. Me gusta, papá.» Lo que detectó en la voz de su hijo no era precisamente un entusiasmo desenfrenado. «¿Ah, sí? -sondeó-. ¿Estás seguro?» «Sí -dijo Zafar. Y después, tras una pausa-: Podría aburrir a algunas personas.» «*¿Aburrir*?» Esto fue un grito de angustia, y Zafar intentó apaciguarlo. «No, si yo lo leería, claro, papá. Solo quiero decir que *podría* aburrir a *algunas* personas...» «¿Por qué aburrir? -quiso saber él-. ¿Cuál es la parte aburrida?» «Es solo -dijo Zafar- que no tiene suficiente impulso.» Eso fue una crítica asombrosamente precisa. Él lo entendió de inmediato. «¿Impulso? -repitió-. Yo puedo darle impulso. Trae aquí.» Y casi arrancó el manuscrito de las manos de su preocupado hijo. A continuación tuvo que tranquilizarlo, no, no lo había molestado, de hecho había sido de gran ayuda, de hecho ningún editor le había dado nunca un consejo tan bueno. Varias semanas después le dio a Zafar los primeros capítulos reescritos y preguntó: «¿Y ahora qué tal?». El niño desplegó una sonrisa radiante. «Ahora está bien», contestó.

Herbert Read (1893-1968) fue un crítico de arte inglés -defensor de Henry Moore, Ben Nicholson y Barbara Hepworth- y un poeta de la Primera Guerra Mundial, existencialista y anarquista. Durante muchos años el Instituto de Artes Contemporáneas del Mall, en Londres, celebró una conferencia anual conmemorativa con el nombre de Read. En otoño de 1989 el Instituto envió una carta al despacho de Gillon para preguntarle si Salman Rushdie estaría dispuesto a pronunciar la charla de 1990.

El correo no le llegaba con facilidad. La policía lo recogía en la agencia y en la editorial, lo sometía a una prueba de explosivos y lo abría. Aunque siempre le aseguraban que no retenían ningún envío, el número relativamente pequeño de cartas ofensivas que recibía lo llevaba a pensar que se había establecido algún tipo de proceso de filtración. En Scotland Yard temían por su salud mental -¿soportaría la presión?, ¿estaba a punto de venirse abajo por completo?-, y sin duda se consideró preferible ahorrarle las embestidas literarias de los fieles musulmanes. La carta del Instituto superó la criba, y él contestó, aceptando la invitación. Supo de inmediato que deseaba escribir sobre la iconoclasia, decir que en una sociedad abierta ninguna idea ni creencia podía atrincherarse y recibir inmunidad ante toda clase de desafíos, filosóficos, satíricos, profundos, superficiales, jubilosos, irreverentes o

perspicaces. Lo único que exigía la libertad era que se protegiese el espacio del propio discurso. La libertad residía en la discusión misma, no en la resolución de esa discusión, en la capacidad de discrepar incluso de las creencias más preciadas de los demás; una sociedad libre no era plácida sino turbulenta. El bazar de los puntos de vista en conflicto era el lugar donde resonaba la libertad. Esto lo desarrollaría en el artículo-conferencia «¿Nada es sagrado?», y esa conferencia, en cuanto se programó y anunció, daría lugar al primer enfrentamiento serio con la policía británica. El hombre invisible intentaba ser visible otra vez, y a Scotland Yard no le gustó.

Querido señor Shabbir Ajtar: Ignoro por qué el Consejo de Mezquitas de Bradford, al que usted pertenece, se cree capaz de erigirse en árbitro cultural, crítico literario y censor. Sí sé que la «inquisición liberal», el término acuñado por usted y del que a todas luces se enorgullece desmedidamente, es un término sin significado real. La Inquisición, recordemos, fue un tribunal creado por el papa Gregorio IX allá por el año 1232; su finalidad era erradicar la herejía en el norte de Italia y el sur de Francia, y debe su triste fama al uso de la tortura. Es evidente que el mundo literario, que es un hervidero de lo que usted y sus colegas llamarían herejes y apóstatas, tiene poco interés en erradicar la herejía. La herejía, quizá diga usted, es la herramienta de trabajo de muchos de los miembros de ese mundo. Quizá tuviera usted en mente, por la reputación antiislámica de este tribunal, la Inquisición española, otro hatajo de torturadores, fundada dos siglos y medio más tarde, en 1478. En realidad, sin embargo, persiguió con especial vigor a los conversos del islam. Ah, y también a los del judaísmo. La tortura de ex judíos y ex musulmanes es relativamente infrecuente en el mundo literario moderno. Yo personalmente he dado poco uso a mis empulgueras y mi potro durante, uy, muchísimo tiempo... En cambio, ustedes -y aquí me refiero al Consejo de Mezquitas, los fieles a quienes afirma representar y todos sus aliados en el clero del Reino Unido y el extranjero-, en considerable proporción, han estado dispuestos a levantar la mano ante la pregunta de si creían en la ejecución de un escritor a causa de su obra. (Se ha dicho que esa fue la respuesta de 300.000 hombres musulmanes en mezquitas de toda Gran Bretaña el viernes pasado.) Cuatro de cada cinco musulmanes británicos, según una reciente encuesta Gallup, cree que debe emprenderse algún tipo de acción contra ese escritor (yo). La erradicación de la herejía, y el uso de la violencia con ese fin, forma parte del proyecto de ustedes, no del nuestro. Es usted, señor mío, quien celebra «el fanatismo en nombre de Dios». Afirma que la tolerancia cristiana es motivo para que los cristianos sientan «vergüenza». Está usted a favor de la «cólera militante». Y sin embargo me llama a mí «terrorista literario». Esto tendría gracia salvo por el hecho de que no pretende usted hacer gracia y de hecho, si me paro a pensarlo, no tiene nada de gracioso. Declara usted en *The Independent* que obras como *Los versos satánicos* y *La vida de Brian* deberían «retirarse del dominio público» porque sus métodos son «erróneos».

Quizá encuentre a personas que coincidan con usted en que mi novela carece de todo mérito; pero mete la pata a fondo, como diría Bertie Wooster, cuando arremete contra el *Flying Circus* de los Monty Python. Ese extravagante circo y sus números son muy apreciados por muchos, y cualquier intento de retirarlos del dominio público se enfrentará a un ejército de adversarios armados con loros muertos, avanzando con andar absurdo y cantando su himno sobre la conveniencia de ver siempre el lado alegre de la vida. Empieza a ser evidente para mí, señor Shabbir Ajtar, que la mejor manera de describir la disputa sobre *Los versos satánicos* podría ser decir que se trata de una disputa entre quienes (como los admiradores de *La vida de Brian*) tienen sentido del humor y quienes (como, sospecho, usted) no lo tienen.

Había empezado a escribir otro largo artículo. Durante gran parte de un año no solo había sido invisible, sino que, además, había permanecido mudo, redactando en la cabeza cartas no enviadas, publicando solo unas cuantas reseñas de libros y un breve poema cuya aparición en *Granta* no solo había desagradado al Consejo de Mezquitas de Bradford, sino también, según Peter Mayer, a los empleados de Viking, algunos de los cuales empezaban a pensar, como el señor Shabbir Ajtar, que debía «ser retirado del dominio público». Ahora tomaría la palabra. Habló con Andrew y Gillon. Sería inevitablemente un artículo largo, y necesitaba saber cuál era la extensión máxima aceptable para la prensa. En opinión de ellos, la prensa publicaría cualquier cosa que él quisiera escribir. Coincidieron en que el mejor momento para la aparición de un texto así sería el primer aniversario de la fetua o una fecha cercana. Obviamente sería importante que el contexto del artículo fuese el adecuado, por lo que la elección del medio era vital. Gillon y Andrew empezaron a hacer indagaciones. Él comenzó a pensar en el artículo que se titularía «De buena fe», una defensa de su obra en siete mil palabras, y al concebirlo cometió un error vital.

Había caído en la trampa de pensar que el ataque contra su obra se debía a que unas personas sin escrúpulos, buscando ventaja política, la habían tergiversado, y que habían puesto en entredicho su propia integridad por esa misma razón. Si él fuese una persona de escasa moralidad, y su obra careciese de calidad, no sería necesario interesarse en ella intelectualmente. Pero, se convenció, si conseguía demostrar que la obra se había llevado a cabo con toda seriedad y que podía defenderse honradamente, la gente -los musulmanes- cambiaría de idea sobre ella, y sobre él. En otras palabras, quería ser popular. El chico poco popular del internado quería poder decir: «Eh, vosotros, mirad, os habéis equivocado con mi libro, y conmigo. No es un libro malvado, y yo soy buena persona. Leed este texto y os daréis cuenta». Eso era un disparate. Y sin embargo, en su aislamiento, se convenció de que era viable. Las palabras lo habían metido en un lío, y las palabras lo sacarían de él.

Los héroes de la Antigüedad griega y romana, Ulises, Jasón y Eneas, tarde o temprano se veían obligados a dirigir sus naves entre los dos monstruos

marinos Escila y Caribdis, a sabiendas de que caer en las garras de cualquiera de ellos conllevaría la destrucción total. Se dijo con firmeza que tanto si decidía escribir en ficción como en no ficción, necesitaba dirigir su nave entre sus Escila y Caribdis particulares: los monstruos del miedo y la venganza. Si recurría a palabras tímidas y apocadas, o palabras iracundas y vengativas, su arte se vería irreparablemente dañado. Se convertiría en una creación de la fetua, y nada más. Para sobrevivir, necesitaba dejar de lado la rabia y el terror, por difícil que eso fuera, y procurar seguir siendo el escritor que siempre había intentado ser, continuar el camino que se había fijado. Hacer eso sería todo un éxito. Hacer cualquier otra cosa sería un fracaso penoso. Eso lo sabía.

Se olvidó de que existía una tercera trampa: la de aspirar a la aprobación, la de querer, en su debilidad, ser amado. Estaba demasiado ciego para darse cuenta de que corría derecho hacia ese foso; y esa era la trampa en la que cayó, y casi lo destruyó para siempre.

Encontraron el Globe Theater, la gloriosa O de madera de Shakespeare, debajo de un aparcamiento en Southwark. Al oír la noticia, se le empañaron los ojos. En ese momento estaba jugando contra un ajedrez electrónico, y había llegado al nivel cinco, pero cuando encontraron el Globe ya no pudo mover ni un peón. El pasado había tendido la mano y tocado el presente, y el presente se había enriquecido gracias a eso. Pensó en que las más grandes palabras en lengua inglesa se habían pronunciado por primera vez en Anchor Terrace, en Park Street, o Maiden Lane, como se llamó esa calle en tiempos isabelinos. El lugar de nacimiento de Hamlet y Otelo y Lear. Se le formó un nudo en la garganta. El amor por el arte de la literatura era algo imposible de explicar a sus adversarios, que amaban un solo libro, cuyo texto era inmutable e inmune a la interpretación, siendo la palabra de Dios no creada.

Era imposible convencer a los literalistas coránicos de que contestaran a una sencilla pregunta: ¿Sabían que después de la muerte del Profeta, durante un tiempo considerable, *no existió un texto canónico*? Las inscripciones omeyas de la Cúpula de la Roca entraban en contradicción con lo que ahora se insistía en presentar como sagradas escrituras, un texto que se estandarizó por primera vez en los tiempos del tercer califa, Otmán. Las paredes mismas de uno de los santuarios más sagrados del islam proclamaban que la falibilidad humana había estado presente en la génesis del Libro. En la tierra nada que dependiese de los seres humanos era perfecto. El Libro se transmitió oralmente por todo el mundo musulmán, y a principios del siglo X existían más de siete variantes del texto. El texto preparado y autorizado por al-Azhar en la década de 1920 seguía una de esas siete variaciones. La idea de que existía un *Ur-texto*, la palabra de Dios perfecta e inmutable, era sencillamente inexacta. La historia y la arquitectura no mentían, aunque los novelistas sí pudieran hacerlo.

Doris Lessing, una autora muy influenciada por el misticismo sufí, lo telefoneó para decirle que su defensa se había «llevado a cabo

equivocadamente». Jomeini debería haber sido aislado considerándolo una «figura a lo Pol Pot», antiislámica. «Además -añadió, como persona que no se andaba con rodeos-, debo decirte que no me gustó tu libro.» Todo el mundo tenía una opinión. Todo el mundo sabía qué debería haberse hecho.

El miedo se propagaba por la industria editorial. El miedo de Peter Mayer a futuros libros escritos por él se había extendido a otras editoriales -él se preguntaba si los directivos de Penguin intentaban reunir apoyo para avalar su postura, a fin de no ofrecer una imagen de cobardía-, y ahora los editores franceses y alemanes decían lo mismo. *Publisher's Weekly* se declaró en contra de la publicación de una edición en rústica, y aquello de nuevo le olió a cuerno quemado, o a pingüino. Mayer, por su parte, siguió negándose a fijar una fecha para la publicación en rústica, mencionando el hallazgo de bombas cerca de su casa. Resultó que estas habían sido colocadas por nacionalistas galeses y no tenían nada que ver con *Los versos satánicos*. No por ello Mayer cambió de postura. Tony Lacey le dijo a Gillon que Peter acababa de recibir una amenaza de muerte en su casa. Bill Buford fue a Essex y prepararon pato para la cena. «No te hagas mala sangre», aconsejó Bill.

Gillon y Andrew habían empezado a hablar con representantes de Random House -Anthony Cheetham, Si Newhouse- para ver si les interesaba publicar *Harún y el Mar de las Historias*. Contestaron que sí. Pero ni ellos ni Mayer presentaron una oferta. Tony Lacey dijo que Penguin «enviaría una carta». Sonny Mehta telefoneó y dijo que «hacía lo posible» para conseguir que fraguara el acuerdo con Random House.

A principios de noviembre llegó la carta de Penguin. No prometía ninguna fecha para la publicación en rústica de *Los versos satánicos* ni hacía una oferta por la nueva obra. Mayer quería «meses» de calma total antes de contemplar la publicación en rústica. Eso parecía poco probable justo en la misma semana en que la BBC acababa de emitir un documental sobre la continuada «ira» musulmana. Random House, en cambio, dijo que deseaban negociar en serio los futuros libros, y las negociaciones se iniciaron.

Conoció a Isabel Fonseca en el congreso del PEN Club de Nueva York de 1986. Era inteligente y hermosa, y se hicieron amigos. Cuando ella se instaló en Londres, empezaron a verse de vez en cuando, aunque nunca existió el menor asomo de relación amorosa. A principios de noviembre de 1989 ella lo invitó a cenar en su apartamento de Londres, y se decidió que podía ir. Después de las habituales escenas de novela de espías, allí estaba él ante su puerta, con una botella de burdeos, y luego tuvo lugar la ilusión de una agradable velada con una amiga, escuchando sus anécdotas del Londres literario y de John Malkovich y bebiendo buen vino tinto. De pronto, a una hora ya avanzada, se produjo la calamidad. Un agente de protección -el tímido Dick Billington, con su aspecto de párroco- llamó incómodamente a la puerta y le pidió que le concediera un momento. El apartamento era pequeño -una sala de estar, un dormitorio-, así que el equipo tuvo que entrar. Cabía la

posibilidad de que la vieja rectoría hubiera quedado al descubierto, dijo con un rápido parpadeo tras las gafas. No estaban seguros de si era así, ni sabían cómo había ocurrido, pero empezaban a correr rumores en el pueblo, y el nombre de él había empezado a mencionarse. «Hasta que no lo hayamos investigado -dijo Dick-, no puede volver allí, me temo.» Él sintió una punzada en la boca del estómago, y lo invadió una sensación de gran impotencia. «¿Cómo? -exclamó-. ¿Quiere decir que no puedo volver allí esta noche? Pero, por el amor de Dios, si son ya las diez.» «Lo sé -respondió Dick-. Pero preferiríamos que no volviera. Para ir sobre seguro.» Él miraba a Isabel. Ella reaccionó de inmediato: «Bueno, puedes quedarte aquí, claro». «Eso es imposible -le dijo él a Dick-. ¿No podemos volver y resolver esto por la mañana?» Dick expresó su malestar con inequívoco lenguaje corporal y contestó: «Tengo instrucciones de que no vuelva».

Había solo una cama, de matrimonio. Durmieron lo más separados posible, y cuando su cuerpo inquieto chocó sin querer con el de ella, se apresuró a disculparse. Parecía una comedia sexual de humor negro: dos amigos obligados por las circunstancias a acostarse juntos y fingir que eso era de lo más normal. En una película habrían dejado de fingir en algún punto y hecho el amor, y a la mañana siguiente vendría la comedia del bochorno, y quizá, después de mucha confusión, el amor. Pero esto era la vida real, y él acababa de quedarse sin casa y ella le ofrecía un techo para esa noche y él no sabía qué le depararía el día siguiente y todo eso no tenía nada de erótico. Él se sentía agradecido y pesaroso, y sí, la deseaba un poco y se preguntaba qué pasaría si se volvía hacia ella, pero sabía o creía que ese paso, dadas las circunstancias, sería aprovecharse groseramente de su amabilidad. Le volvió la espalda y apenas durmió. Por la mañana encontró al señor Greenup en la sala de estar de Isabel. «No puede volver», dijo.

Dev Stonehouse no formaba parte del equipo desde hacía un tiempo, pero en fecha reciente había visitado Little Bardfield y, quizá inevitablemente, había bebido demasiado en la taberna del pueblo. Llegado un punto -le pareció casi imposible creerlo cuando Bob Major se lo contó más tarde-, sacó su pistola y empezó a exhibirla ante los demás bebedores. El tabernero, resultó, había estado antes al frente de otra taberna, Blind Beggar en Whitechapel, el local preferido de los tristemente famosos gemelos Kray, donde el gángster Ronnie Kray había asesinado una vez a un hombre. Un tabernero que había trabajado en un establecimiento como ese, explicó Bob Major, «reconocía a la pasma a un kilómetro de distancia». Era una taberna que debía evitarse; pero Deb fue allí a celebrar su cumpleaños, y después la gente ató cabos y alguien pronunció el nombre *Salman Rushdie*. Y bastó con eso.

«Es intolerable -protestó él ante el señor Greenup-. He pagado mucho dinero por el alquiler de esa vivienda, ¿y ahora me dice que no puedo volver porque uno de sus agentes se ha emborrachado? ¿Y ahora qué voy a hacer? No puedo quedarme aquí y no tengo más opciones.» «Tendrá que buscar otro sitio», contestó el señor Greenup. «Así de fácil -dijo él, un poco enloquecido,

chasqueando los dedos-. Abracadabra, y aparece de la nada otro sitio donde vivir.» «Mucha gente diría -contestó el señor Greenup sin inmutarse- que esto se lo ha buscado usted.»

Un día de actividad telefónica delirante. Sameen tenía un amigo paquistaní, un industrial dueño de un apartamento en Chelsea, cerca del río. Quizá ella pudiera conseguir las llaves. Jane Wellesley le ofreció de nuevo su apartamento en Notting Hill. Y Gillon Aitken le ofreció los servicios de lady Cosima Somerset, que por entonces trabajaba en la oficina de Londres. Cosima era de total confianza y muy discreta, aseguró él, y sabría muy bien cómo encontrar una casa y organizar la cuestión del alquiler. Todo podía llevarse a cabo por mediación de la agencia. Él habló con Cosima por teléfono, y ella contestó enérgicamente. «De acuerdo, me pongo manos a la obra en el acto.» Él comprendió al instante que, en efecto, Cosima era la intermediaria perfecta. Inteligente y de buen carácter, y nadie sospecharía que esa glamourosa mujer de sangre azul pudiera estar implicada en algo tan turbio como el caso Rushdie.

Sameen fue a casa de Isabel más tarde con las llaves del apartamento de su amigo, así que, durante al menos unos días, tenía casa. Los policías -Benny había vuelto- lo entraron furtivamente en el bloque de apartamentos de Chelsea y le dijeron que lo llevarían a la vieja rectoría en plena noche para recoger sus cosas. En cuanto al dinero perdido con el alquiler, no había nada que hacer. Benny expresó también la opinión no solicitada de que debía detener la publicación en rústica de *Los versos satánicos*. Contó que agentes de la policía local habían estado visitando librerías para pedir a los libreros que dijeran a Penguin que no lo publicara. Eso contradecía lo que le habían dicho otros agentes de la División Especial. Todo aquello era increíble.

Después de marcharse Greenup e irse Isabel a trabajar, él cometió un error. En su estado de desequilibrio, telefoneó a su mujer y fue a verla. Y luego cometió un error aún mayor: hicieron el amor.

Se instaló en el apartamento de Chelsea de la mejor manera posible en medio de aquella vida caótica -sin morada permanente, sin acuerdos editoriales, con crecientes dificultades entre la policía y él, ¿y qué pasaría ahora con Marianne?-, pero cuando encendió el televisor vio un gran prodigio, al lado del cual lo que le ocurría a él era insignificante. El Muro de Berlín estaba cayendo, y los jóvenes bailaban sobre sus escombros.

Ese año, que empezó con horrores -a pequeña escala, la fetua; en una escala mucho mayor, Tiananmen-, también contuvo grandes prodigios. La magnificencia de la invención del protocolo de transferencia de hipertextos, el *http://* que cambiaría el mundo, no fue evidente de una manera inmediata. Pero la caída del comunismo sí lo fue. Él había llegado a Inglaterra siendo un adolescente criado tras la sangrienta partición de India y Pakistán, y el primer acontecimiento político que tenía lugar en Europa después de su llegada fue la construcción del Muro de Berlín en agosto de 1961. *Oh, no*, había pensado entonces, *¿ahora están dividiendo Europa*? Años más tarde, cuando visitó

Berlín para participar en un debate televisado con Günter Grass, atravesó el Muro en el S-Bahn y le pareció poderoso, imponente, eterno. El lado oeste del Muro estaba cubierto de pintadas, pero la cara este ofrecía un aspecto amenazadoramente limpio. No había sido capaz de concebir que el colosal aparato represivo del que aquel Muro era icono se desmoronaría algún día. Y sin embargo llegó el día en que se demostró que el estado de terror soviético se había podrido por dentro, y se lo llevó el viento, casi de la noche a la mañana, como si fuera arena. *Sic semper tyrannis*. La alegría de los jóvenes bailando le insufló renovadas fuerzas.

Había momentos en que la precipitación de los acontecimientos lo abrumaba. Hanif Kureishi participó en un debate con Shabbir Ajtar en el Instituto de Artes Contemporáneas y después telefoneó para decirle que Ajtar había sido un adversario flojo e incompetente. Su amigo Anthony Barnett, escritor y fundador de Carta 88, participó en otro debate con Max Madden, parlamentario, sobre la ley de blasfemia, y Madden también resultó un rival débil y cobarde. Anthony Cheetham y Sonny Mehta de Random House y Knopf dijeron que querían consultar con el señor Greenup antes de hablar de cualquier contrato sobre futuros libros. Esa era una perspectiva deprimente, pero, para sorpresa suya, Greenup dijo que no veía problemas respecto al futuro y así se lo diría a Cheetham y Sonny cuando hablase con ellos. Entretanto, Penguin despidió a Tim Binding, el joven editor que más entusiasmo había mostrado con *Los versos satánicos*. Mayer se negaba a devolver las llamadas a Andrew Wylie. Fred Halliday, el especialista en Irán, telefoneó para informar de que se había reunido con Abbas Maliki, el viceministro de Asuntos Exteriores iraní (y, casualmente, uno de los hombres que había irrumpido en la embajada estadounidense de Teherán en 1979). Maliki dijo a Fred que en Irán nadie podía oponerse a Jomeini, pero si los musulmanes británicos ponían fin a su campaña, Irán podría desentenderse. «Por cierto -añadió Fred-, ¿sabías que las emisoras de radio piratas en farsi están emitiendo continuamente en Irán lecturas de *Los versos* en versión traducida?»

Marianne seguía hablando de la publicación de los relatos «Croeso i Gymru» y «Aprender urdu», pero de pronto decidió que no estaban «listos». Su fragilidad emocional lo asustaba. Jane lo reprendía por haber renovado el contacto con Marianne, y lo mismo hacían Pauline Melville y Sameen. ¿Cómo se le ocurría? La respuesta era que no pensaba con claridad. Había sucedido, y eso era todo.

Los últimos comentarios escalofriantes de Kalim Siddiqui estaban siendo sometidos a examen por la Fiscalía Real y el abogado Geoff Robertson dijo que era probable que se presentaran cargos contra él. Sin embargo, no fue así, aduciéndose «falta de pruebas». La grabación en vídeo de Siddiqui solicitando la muerte de un hombre no bastaba.

Había una casa en el norte de Londres, en el 15 de Hermitage Lane, que gustó a la policía porque tenía un «garaje integrado» que facilitaría sus

entradas y salidas sin ser visto. John Howley y el señor Greenup fueron a reunirse con él en el apartamento de Chelsea. Estaban abochornados por los «errores» en Little Bardfield y le aseguraron que no se repetirían, y que Dev Stonehouse quedaría apartado definitivamente. Debido tal vez al bochorno que sentían empezaron a hacer concesiones. Eran conscientes del dinero perdido en el alquiler de la antigua rectoría y de que ahora tendría que gastar una suma considerable en otro alquiler. Le permitieron utilizar la antigua rectoría como lugar «ocasional» hasta que venciera el contrato de alquiler. Estaban dispuestos a «permitirle» salir un poco más para ver a sus amigos. Y -este fue el gran avance- accedieron a que Zafar lo visitara y se quedara con él. Sí, y también Marianne, si él se empeñaba. Al fin y al cabo, era su mujer.

A principios de diciembre fue con Bill, su novia polaca Alicja, Zafar y Marianne a Little Bardfield a pasar el fin de semana. Zafar estaba entusiasmado, y él también. Marianne, en cambio, estaba de un humor extraño. Pocos días antes incluso se había disculpado por «mentir», pero ahora se advertía otra vez un brillo de locura en su mirada, y esa noche dejó caer otra de sus bombas. Bill y ella, dijo, eran amantes. Él le dijo a Bill si podían hablar un momento a solas y fueron a la pequeña sala del televisor de la rectoría. Bill admitió que así era, que había ocurrido una vez, y que él de inmediato se había sentido como un idiota, y no había sabido cómo confesar la verdad. Hablaron durante una hora y media, conscientes los dos de que su amistad pendía de un hilo. Dijeron todo lo que había que decir, en voz alta y en voz baja, con rabia y finalmente entre risas. A la postre acordaron dejar el asunto de lado y no hablar más de ello. También él se sentía como un idiota, que una vez más se veía obligado a tomar una decisión respecto a su matrimonio. Era como dejar de fumar y luego recaer. Eso también lo había hecho. Después de cinco años sin fumar, había vuelto a la droga. Estaba furioso consigo mismo. Tenía que acabar con esos dos malos hábitos cuanto antes.

El número 15 de Hermitage Lane era un pequeño edificio con aspecto de fortaleza situado en una esquina anónima. Era feo y casi no había muebles. Cosima presionó a los caseros para que proporcionaran un mobiliario básico, una mesa de trabajo y una silla, un par de sillones, enseres de cocina. Pero mientras él vivió allí, siguió pareciendo un espacio deshabitado. Fue allí donde encontró la manera de volver a trabajar, y *Harún y el Mar de las Historias* empezó, por fin, a avanzar.

El 15 de diciembre de 1989 fueron detenidos en Manchester cuatro iraníes sospechosos de pertenecer a un escuadrón de sicarios. Uno de ellos, Mehrdad Kokabi, fue acusado de conspiración para provocar un incendio y causar explosiones en librerías. Después de eso fue aún más difícil inducir a Peter Mayer a comprometerse en una fecha de publicación para la edición en rústica de *Los versos satánicos*. «Quizá a mediados del año que viene», le dijo a Andrew y a Gillon. Y de pronto, catastróficamente, Random House se amilanó ante la idea de contratar sus futuros libros. Alberto Vitale, presidente

de Random House, Inc., declaró que habían «subestimado el peligro», y el 8 de diciembre Random se echó definitivamente atrás. Ahora no tenía edición en rústica ni editor. ¿Debía simplemente dejar de escribir? La respuesta estaba en su mesa de trabajo, donde *Harún* insistía en ser escrito. Y Bill le habló con gran ternura. La revista *Granta* estaba poniendo en marcha una nueva iniciativa editorial, Granta Books. «Hagámoslo -dijo-. Te demostraré que es mejor que lo hagamos nosotros en lugar de un gran grupo.»

La puerta de Brandenburgo estaba abierta y los dos Berlines se convirtieron en una sola ciudad. En Rumanía cayó Ceausescu. Accedió a escribir una reseña para *The New York Times* sobre *Vineland*, la novela con la que Thomas Pynchon rompía su silencio. Murió Samuel Beckett. Pasó otro fin de semana con Zafar en la vieja rectoría, y el amor de su hijo le levantó el ánimo como no podía conseguirlo ninguna otra cosa. Llegó la Navidad, y el novelista Graham Swift insistió en que la pasara con él y su compañera, Candice Rodd, en su casa del sur de Londres. También pasó el Año Nuevo con unos amigos, Michael Herr y su mujer, Valerie, que habían adquirido la irresistible costumbre de llamarse «Jim» mutuamente. Nada de «cariño» ni «querido» ni «nena». Él con su arrastrado acento norteamericano y ella con su vibrante gorjeo inglés, despidieron el Año Viejo con su Jim esto, Jim lo otro: «Eh, Jim». «¿Sí, Jim?» «Feliz Año Nuevo, Jim.» «Feliz Año Nuevo a ti también, Jim.» «Te quiero, Jim.» «Yo también te quiero, Jim.» El año 1990 empezó con una sonrisa en compañía de Jim y Jim.

Y también estaba allí Marianne. Sí, Marianne.

IV

LA TRAMPA DE QUERER SER AMADO

Habían empezado a llegarle cartas de una mujer llamada Nalini Mehta, de Delhi. Él no conocía a nadie con ese nombre, pero ella estaba segura de conocerlo a él, no solo socialmente, sino carnal, pornográfica, *bíblicamente*. Sabía las fechas y lugares de sus citas y podía describir las habitaciones de hotel y las vistas desde las ventanas. Las cartas no solo estaban bien escritas, sino que eran inteligentes, y la letra, con bolígrafo azul de punta fina, era fuerte y expresiva. Las fotografías, en cambio, eran espantosas: mal tomadas, escasamente iluminadas, las distintas fases de desnudez todas un poco ridículas, ninguna ni remotamente erótica, pese a que la mujer en ellas era sin duda hermosa. Él no contestó, ni siquiera para intentar disuadirla de escribirle, consciente de que eso sería un error garrafal. La pasión con que la autora insistía en el amor existente entre ambos lo inducía a temer por ella. La enfermedad mental era un estigma para muchos indios. Las familias negaban que esa clase de afecciones pudiera aquejar a uno de sus miembros. Cualquier problema era acallado en lugar de tratarse debidamente. El hecho de que las cartas de esa Nalini Mehta siguieran llegando, de que su frecuencia empezara incluso a aumentar, indicaba que ella no recibía la afectuosa ayuda que necesitaba.

La situación de él, le decía en sus cartas, la inquietaba enormemente. «Le constaba» que él no recibía la atención amorosa que requería. En cuanto vio en la prensa que su mujer no estaba ya con él, le rogó que le permitiera ocupar su puesto. Acudiría a su lado y lo ayudaría a sentirse bien. Lo haría todo por él y permanecería junto a él y lo cuidaría y lo envolvería en su amor. ¿Cómo podía él no acceder, después de todo lo que habían significado el uno para el otro, todo lo que aún sentían el uno por el otro? Tenía que llamarla a su lado. «Llámame ya -escribió ella-. Iré en el acto.»

Le contó que había estudiado literatura inglesa en el Lady Shri Ram College de Delhi. Él recordó que su amiga Maria, una escritora goanesa, había dado clases allí, así que la telefoneó para preguntarle si le sonaba el nombre. «Nalini -repondió Maria con tristeza-. Claro. Mi alumna más brillante, pero totalmente desequilibrada.» Y él no se equivocaba: la familia de ella se negaba a reconocer que la chica estaba enferma y a proporcionarle la atención médica adecuada. «No sé qué hay que hacer», dijo Maria.

De pronto las cartas cambiaron. Voy, anunció ella. Voy a Inglaterra para poder estar allí para ti. Había conocido a una inglesa de su edad en Delhi y

conseguido que esa mujer la invitara a la casa de sus padres jubilados, en algún lugar de Surrey. Ya tenía el pasaje. Partía *mañana*, luego *hoy*. Había llegado. Al cabo de unos días se presentó sin previo aviso en la agencia de Londres e irrumpió en el despacho de Gillon Aitken. Más tarde Gillon le contó: «En fin, verás, es espectacular, e iba muy peripuesta, y dijo que era amiga tuya, así que, naturalmente, la hice pasar». Ella insistió de inmediato en que le diera la dirección y el número de teléfono de él, porque él la esperaba, y se trataba de un asunto en extremo urgente, tenía que ir a verlo de inmediato. Ese mismo día si era posible. Gillon intuyó que allí algo no cuadraba. Pero dijo a Nalini, sin desconsideración, que con mucho gusto transmitiría un mensaje, y si ella dejaba un teléfono de contacto, también lo transmitiría. Fue entonces cuando Nalini Mehta le ofreció sexo. Gillon se quedó de una pieza. «Verás, eso no pasa todos los días en mi despacho, ni siquiera en mi casa.» Rehusó el ofrecimiento. Ella insistió. Podía apartar los papeles de su escritorio y harían el amor allí mismo, en la superficie de madera, y luego él le daría el número de teléfono y la dirección. Gillon se puso firme. No, en serio, esa no era una opción, le dijo. ¿Sería tan amable de no quitarse la ropa? Ella se vino abajo y se echó a llorar. No tenía dinero, dijo. Se había gastado lo poco que tenía en llegar a la agencia desde la casa de los padres de su amiga en Surrey. Si él podía prestarle, digamos, unas cien libras, se las devolvería en cuanto pudiera. Cuando Andrew Wylie oyó la anécdota, dijo: «En cuanto pidió dinero a Gillon, estuvo perdida. Ese fue un paso fatídico». Poniéndose en pie cuan alto era, Gillon la acompañó a la puerta.

Pasaron varios días, quizá una semana, y de pronto, en Hermitage Lane, la policía, en concreto Phil Pitt, formuló una pregunta: ¿conocía o, lo que era lo mismo, había tenido trato con una mujer llamada Nalini Mehta? Él contó al agente lo que sabía. «¿Por qué? -dijo él-. ¿Le ha pasado algo?» Algo había pasado. Ella había desaparecido de la casa de los muy preocupados padres de su amiga, a quienes había estado hablando incesantemente de su relación íntima con Salman Rushdie, en cuya casa pronto se instalaría. Cuando llevaba dos días desaparecida, la angustiada pareja avisó a la policía. Dadas las circunstancias en torno al señor Rushdie, dijeron, y teniendo en cuenta la falta de cautela con que ella hablaba, tal vez alguien le había causado algún daño. Unos días más tarde la encontró un policía de a pie durante su ronda, en Piccadilly Circus, despeinada, vestida con el sari que llevaba puesto cuando se marchó de Surrey cinco o seis días antes, y diciendo a todo aquel que quisiera oírla que era «la novia de Salman Rushdie», que estaban «enamorados», y que había viajado a Inglaterra a petición de él para vivir a su lado.

Los padres de su amiga inglesa en realidad preferían que no volviera. La policía no tenía motivos para retenerla. Ella no había cometido ningún delito. No tenía adónde ir. Él telefoneó a su antigua profesora de literatura, Maria, y dijo: «¿Puedes ayudarnos a ponernos en contacto con los padres?». Y por suerte pudo hacerlo. Después de cierta reticencia inicial y algunos comentarios a la defensiva en la línea de que a su hija no le pasaba nada, el

padre de Nalini, el señor Mehta, accedió a viajar a Londres para buscarla. Después de eso él recibió unas cuantas cartas más, pero al final dejaron de llegar. Eso era, esperaba él, buena señal. Quizá ella estaba recuperando la salud. Su necesidad de ser amada había sido muy grande y la había empujado al delirio. Él confiaba en que ahora estuviera recibiendo el amor y los cuidados familiares reales que le permitieran escapar de la trampa que su mente había construido para ella.

Entonces él no sabía que antes de acabar el año su propia mente construiría una trampa para él, y también él, en su desesperada necesidad de amor, se hundiría en el delirio y la autodestrucción, como en los brazos de una amante.

Tenía sueños de reafirmación. Eran sueños con todo lujo de detalles en los que sus detractores y quienes pretendían asesinarlo se acercaban a él, destocados y avergonzados, para pedir perdón. Anotaba dichos sueños y después se sentía mejor durante unos segundos. Estaba trabajando en su artículo sobre el silencio roto y en el texto para la conferencia Herbert Read, y siguió creciendo en él la convicción de que podía ofrecer una explicación, conseguir que la gente lo entendiera. *The Guardian* publicó un desagradable anuncio para dar publicidad a un artículo de Hugo Young: una imagen de un Pingüino vendado junto a la frase ¿SE ARREPIENTE DE ALGO SALMAN RUSHDIE? El artículo de Hugo Young, cuando salió a la luz, fue un paso más en el proceso de eximir a los hombres violentos y desplazar la culpa sobre la víctima de su ataque, afirmando que el alboroto que había organizado debería servirle como «lección de humildad», y en cambio solo lo inducía a mantenerse en sus trece con más determinación y a justificar esa postura.

Era el primer aniversario de la quema del libro en Bradford. Una encuesta llevada a cabo por un periódico entre un centenar de librerías británicas revelaba que 57 eran partidarias de la publicación de una edición en rústica de *Los versos satánicos*, 27 se oponían y 16 no opinaban. El portavoz del Consejo de Mezquitas de Bradford dijo: «No podemos dejar pasar este asunto. Es crucial para nuestro futuro». Kalim Siddiqui escribió una carta a *The Guardian* declarando que «nosotros [los musulmanes] debemos respaldar la sentencia de muerte contra Rushdie». Pocos días después Siddiqui viajó a Teherán y se le concedió una audiencia en privado con el sucesor de Jomeini, el ayatolá Alí Jamenei.

Escribía día y noche, interrumpiéndose solo cuando podía pasar un rato con Zafar. Disfrutaron de un último y encantador fin de semana en la vieja rectoría bajo la amable supervisión de la señorita Bastard. Marianne, casi siempre malhumorada, incapaz de escribir, con la sensación de que no tenía vida propia, de que «vivía una mentira» y de que la publicación de su libro había sido un fracaso por su vinculación a él, parecía un poco más alegre que de costumbre, y él encontró la manera de no preguntarse por qué volvía a estar con ella. Cuando se marcharon de Little Bardfield para siempre y regresaron a Hermitage Lane, se presentó allí el señor Greenup para decirle que no se lo

autorizaría a pronunciar su conferencia Herbert Read. Ahí estaba otra vez esa palabra, *autorizaría*, que, como su hermana *permitiría*, lo convertía en un cautivo, no en un «principal». La policía había informado al Instituto de Artes Contemporáneas que le sería imposible proteger el acto si él aparecía allí. En cuanto a él, acudir sería una irresponsabilidad y una muestra de egoísmo, dijo Greenup, y la Policía Metropolitana no actuaría en connivencia con él en su locura.

Los responsables del Instituto lógicamente se asustaron ante el consejo de la policía. Él les dijo que estaba dispuesto a ir y hablar incluso sin protección, pero ellos tuvieron miedo. Al final se vio obligado a ceder. Buscaría a alguien que leyera la conferencia en su nombre, dijo, y accedieron a esa propuesta con alivio. El primero a quien llamó fue Harold Pinter. Le explicó la situación y le planteó su solicitud. Sin la menor vacilación, y con su habitual locuacidad, Harold contestó: «Sí». Él pudo ir a ver a Harold y Antonia Fraser a su casa a finales de enero y al día siguiente, inspirado por el entusiasmo, el valor y la determinación de la pareja, escribió durante catorce horas sin interrupción y terminó la versión final de «¿Nada es sagrado?». Gillon fue a Hermitage Lane -como la casa había sido encontrada por Cosima Somerset y se había alquilado a nombre de la agencia literaria, a Gillon, el «inquilino», se le permitía visitarlo, y fue conducido hasta allí por la policía después de la habitual limpieza en seco- y se sentó en la inhóspita y poco amueblada casa beige a leer tanto la conferencia como «De buena fe», una *explication de texte* de *Los versos satánicos*, que también era un ruego para que se comprendiera mejor la obra y al autor, y se publicaría como un único artículo de siete mil palabras en el nuevo *Independent on Sunday*. Gillon se llevó el texto y entregó la conferencia para el Instituto a Harold. Había llegado el momento de reanudar el trabajo en *Harún*.

«De buena fe» apareció el domingo 4 de febrero de 1990. El subsecretario de Asuntos Exteriores, William Waldegrave, telefoneó a Harold Pinter para decirle que lo había hecho llorar. Como era previsible, las primeras reacciones musulmanas fueron negativas, pero él detectó, quizá porque era lo que deseaba, un ligero cambio de tono en lo que dijeron Shabbir Ajtar y su adlátere Tariq Modood. Hubo una mala noticia: las familias de los rehenes británicos en Líbano se proponían publicar una declaración contraria a la aparición de *Los versos* en rústica. Luego, el martes 6 de febrero, Harold ocupó el estrado en el Instituto de Artes Contemporáneas y leyó «¿Nada es sagrado?». La BBC televisó la conferencia en el *Late Show*. Él experimentó una inmensa sensación de alivio. Había dicho lo que tenía que decir. La tormenta se había desencadenado hacía un año, y él tenía la impresión de que su voz era demasiado débil para hacerse oír por encima de todas las demás voces que bramaban desde todos los rincones del planeta, por encima de los aullidos de los vientos del fanatismo y la historia. Ahora se había demostrado a sí mismo que no era así. Escribió en su diario: «La reacción a DBF y ¿NES? Me ha animado mucho. Parece que se ha producido un auténtico cambio. La

demonización va en retroceso y los agresores parecen confusos». Lo telefonearon sus amigos, describiéndole el ambiente en el Instituto con calificativos como «afectuoso», «eléctrico», «emocionante». Marianne ofreció un punto de vista discrepante. La atmósfera había sido «estéril». Ella se sintió, añadió, «poco querida».

Tres días después de la conferencia Read, el ayatolá Jamenei, en las oraciones del viernes, renovó la pena de muerte dictada por la mulacracia iraní. Empezaba a ser una pauta establecida en el «caso Rushdie», iniciado hacía un año: un aparente claro entre las nubes, un momento de esperanza al que seguía un golpe nauseabundo, una escalada, una subida de la apuesta. «Bueno -escribió en el diario con actitud desfiante-, todavía no me han cogido.»

Nelson Mandela salió de las tinieblas a la luz del día, ya libre, y los doce meses de atrocidades y prodigios adquirieron otro exclamatorio momento de júbilo. Vio a Mandela reaparecer de su larga invisibilidad y comprendió lo poco que había sufrido él en comparación. Ya basta, se dijo. Ponte a trabajar otra vez.

Pero el día de San Valentín se le echaba encima de nuevo. Clarissa lo telefoneó amablemente para desearle lo mejor en ese aniversario. Harold lo telefoneó. Había conocido en Praga al nuevo presidente checo, el dramaturgo y adalid de los derechos humanos Václav Havel, «y lo primero que hizo fue preguntarme por ti. Quiere hacer algo grande». Hubo nuevas amenazas, del presidente del Majlis -el parlamento iraní- Mehdi Karrubi (veinte años después inverosímil líder de la oposición al presidente Ahmadineyad junto con Mir-Hosein Musaví, otro entusiasta partidario de la fetua) y del «comandante en jefe en funciones» de la Guardia Revolucionaria. El ayatolá Yazdi, el presidente del Tribunal Supremo iraní, dijo que todos los musulmanes con «recursos» tenían la obligación de llevar a cabo la amenaza, y en Londres, el gnomo de jardín se lo pasaba en grande encabezando una gran concentración como gesto de «aprobación» de la amenaza pero añadiendo que su ejecución no tenía «nada que ver con los musulmanes británicos». Esto empezaba a esbozarse como una nueva consigna del partido. Liaquat Hussain, del Consejo de Mezquitas de Bradford, dijo que «¿Nada es sagrado?» era un «truco publicitario» y que Rushdie no necesitaba seguir en la invisibilidad, porque los musulmanes británicos no representaban ningún peligro para él; solo lo hacía, según Hussein, por mantener viva la controversia y ganar más dinero.

Un editorial de *The New York Times* criticó a los editores y políticos por sus vacilaciones y evasivas y lo apoyó por «defender el derecho de todo autor a publicar libros que plantean preguntas conflictivas y abren puertas a la mente». Conforme aumentaba la presión, palabras tan comprensivas como esas habían llegado a adquirir un gran significado para él.

Se celebró una vista para oír la solicitud de los musulmanes británicos que pretendían entablar demanda por blasfemia y conforme a la ley de orden

público. Geoffrey Robertson defendió su causa, señalando sencillamente que las consecuencias de la violencia eran responsabilidad moral de quienes cometían los actos violentos; si alguien moría asesinado, la culpa era de los asesinos, no de un remoto novelista. No benefició a la causa musulmana el hecho de que el juez, al tercer día de la vista, empezase a recibir amenazas por correo. Al final, ninguno de los ataques jurídicos prosperó. Los líderes musulmanes recibieron este resultado con «ira», aunque el «Partido Islámico de Gran Bretaña» llegó al extremo de solicitar que se retirara la fetua porque el autor estaba «loco» cuando escribió el libro, aduciendo como «prueba» una declaración previa de la directora de SANE, la organización benéfica relacionada con la salud mental, según la cual *Los versos satánicos* contenía una de las mejores descripciones de esquizofrenia que había leído. Entretanto, Keith Vaz, que con tanto entusiasmo se había unido a los manifestantes musulmanes un año antes, escribió ahora a *The Guardian* para calificar la amenaza de muerte de «odiosa» y decir que retirarla era en esos momentos el asunto prioritario.

Se organizó una cena de «celebración» en el apartamento de Jane Wellesley, y Sameen, Bill, Pauline (la fecha coincidía con su cumpleaños), Gillon, Michael y Valerie Herr se reunieron con Marianne y él para brindar por un año más de vida. Se alegraba de escapar de la casa de Hermitage Lane durante una noche; empezaba a detestarla, por las paredes húmedas, las goteras del techo, la carpintería de escasa calidad y, sobre todo, la ausencia de muebles. Era muy cara, y nunca se había sentido tan timado; había tenido que aceptarla para poder estar en Londres y por el garaje interno. A la mañana siguiente llevaron a Zafar a pasar el día en aquella deprimente vivienda, y él, mientras veía a su hijo enfrentarse a las tareas de geometría, deseó, con amargura, poder ser otra vez un padre como era debido y no perderse la infancia de su hijo. Esa era la mayor pérdida.

Marianne fue y lo reprendió por jugar a videojuegos. Gracias a Zafar, se había aficionado a Mario el fontanero y su hermano Luigi, y a veces Super Mario World parecía una alternativa feliz a ese otro mundo donde él habitaba el resto del tiempo. «Lee un buen libro -dijo su mujer con desdén-. Deja ya eso.» Él perdió los estribos. «No me digas cómo debo vivir mi vida», estalló, y ella se marchó con actitud teatral.

Harún y el Mar de las Historias empezó a fluir. Sus cuadernos contenían muchos fragmentos: rimas, chistes, un jardinero flotante hecho de raíces nudosas y correosas y verduras como un cuadro de Arcimboldo que canta *podéis dar un corte en ka-ra-te, pero ¡no podéis darme un corte a mí*!, y un guerrero con dolor de garganta cuyas toses y carraspeos sonaban a nombre de novelista, ¡*kafkafka!, ¡gogogol*!, y algunos que no llegaron a la versión final, *¡gogh*!, *¡waugh*! y (como el narrador impronunciable de *Las cosmicómicas* de Italo Calvino) ¡*qfwfq*! También cobraba vida por fin la horrenda princesa Batchit, sin oído para la música, y su ululante canción sobre su amado (y

alelado) príncipe Bolo, *no juega al polo, no vuela solo*, todo lo cual ahora podía encontrar su lugar en esa feliz corriente. Se descartaron la criatura de la lámpara mágica llamada Ungenio Aquillega -«una especie de arribista»-, junto con su hermana, la Genio del Pelo Castaño Claro. Aquello era divertido. Le agradó, entonces y ya siempre, el hecho de que en los momentos más oscuros de su vida escribió el libro más alegre y luminoso, un libro con un final feliz genuino, de buena fe y ganado a pulso, el primero que se le había ocurrido. Como dijo la Morsa a Harún, tales finales no eran fáciles de fabricar.

Václav Havel visitaría Londres. Sería su primer viaje oficial desde que ocupaba la presidencia y, según anunció Harold Pinter, se proponía utilizarlo para hacer un importante gesto público de apoyo al autor de *Los versos*, quien, casualmente, venía planteándose la posibilidad de reunir a un grupo de presión de eminencias internacionales encabezado por Havel y quizá el gran novelista peruano (y candidato presidencial derrotado) Mario Vargas Llosa. La idea era formar una delegación a la que los iraníes pudieran decir «sí»: un grupo de personas tan distinguidas que coincidir con ellas quedara como un acto honroso más que como una retirada.

Sameen había estado insistiéndole en que buscara opciones creativas como esa. «Tienes que tomar las riendas -decía-, y pensar en todo lo que se te ocurra.» Ahora Havel visitaba Londres, deseoso de convertirse en su defensor. Tal vez surgiera la oportunidad de reunirse con él y hablar del asunto. «Quiere fotografiarse contigo y ofrecer una rueda de prensa conjunta -dijo Harold-. Voy a llamar a William Waldegrave.»

Todos cuantos conocían y apreciaban a Harold Pinter sabían que era bueno tenerlo de tu lado en una disputa. Aquellos que habían sufrido la poco envidiable experiencia de verse «pinterados» sabían que por poco que fuera posible convenía evitar la afilada lengua de Harold. La rabia y la violencia contenida que asomaban a sus obras más importantes estaban también presentes en el hombre, visibles en cómo apretaba la mandíbula, en la intensidad de su mirada, en los destellos de amenaza en su sonrisa. Esos eran rasgos que uno deseaba en un aliado, no en un oponente. Al día siguiente de la fetua Harold, a la cabeza de un grupo de escritores, se presentó en Downing Street para exigir medidas. Su inmediato consentimiento a leer la conferencia Read le había dado sobrada prueba de su valor personal. Si llamaba a William Waldegrave, William Waldegrave sabría que lo habían llamado.

Y en efecto, al otro día, Harold volvió a llamar. «Está en marcha.» La reunión con Havel, que era, según Harold, «el punto más importante en la agenda de Havel después de su reunión con Thatcher», había quedado en manos del equipo de seguridad que organizaba la visita de Estado del presidente checo. Daba la impresión -y así era- de que aquello constituía un momento clave: la primera vez que el dirigente de un gobierno lo respaldaba tan abiertamente. El gobierno británico se había mostrado reacio a permitir a sus ministros reunirse con él, por miedo a dar pie a «malas interpretaciones».

Ahora Havel iba a hacer lo que Thatcher no hacía.

Pero seguía estando a merced del destino, y «Joseph Anton» pasó siete días malos. Los problemas se multiplicaban en la ruinosa casa de Hermitage Lane. La calefacción central se había averiado y fue necesario llamar a un fontanero. Él tuvo que esconderse en el cuarto de baño durante varias horas, empapado en el ya habitual sudor de la vergüenza. Luego fue el agente inmobiliario para inspeccionarla, y vuelta otra vez al cuarto de baño. Finalmente se presentó un albañil para reparar las manchas de humedad en las paredes y sustituir una zona del techo donde las goteras habían ocasionado grandes daños. Esta vez no había ningún lugar donde esconderse, y por tanto, mientras el albañil trabajaba en la sala de estar, el pobre Joseph Anton tuvo que escabullirse por la escalera del garaje, protegido del posible descubrimiento por solo una puerta interior cerrada, y ser sacado de allí a toda prisa. El Jaguar circuló sin rumbo por la ciudad, perdido en el espacio, mientras Dennis el Caballo le contaba chistes malos hasta que le comunicaron que ya podía regresar sin peligro.

En eso consistía ser invisible. Tan pronto estaba hablando por teléfono con Peter Weidhaas, el organizador de la Feria del Libro de Frankfurt, que acababa de informar a Irán de que sus editoriales no serían aceptadas en la Feria hasta que se anulara la fetua, como estaba escondiéndose de un reparador de techos. Era un escritor a punto de acabar un libro infantil (y preparando la publicación de una colección de artículos que se titularía *Imaginary Homelands* por un artículo que había escrito tiempo atrás sobre la relación del escritor desplazado con los lugares), y también un fugitivo, muerto de miedo, encerrado en un cuarto de baño, temiendo que lo descubriera un fontanero antillano.

El día después de su huida por los pelos tras la aparición del albañil, acabó un buen borrador de *Harún y el Mar de las Historias*, y su amigo John Forrester, miembro de la junta rectora del King's College, Cambridge, llamó para proponerle la posibilidad de ofrecerle un título honorario, «como el que le dieron a Morgan Forster hace mucho tiempo». La idea de compartir un honor con el autor de *Pasaje a la India* fue conmovedora. Dijo que estaría encantado si eso ocurriera. Varios meses más tarde John lo telefoneó para decirle que eso no ocurriría. En la universidad había mucha gente muy asustada.

En St. Peter's Street se había producido una crisis. Su antigua casa estaba cerrada a cal y canto y deshabitada, y las cosas iban mal. La policía local sostenía que la vivienda no era «segura». Había llegado un aviso de fuga de gas, y el hombre de la compañía había tenido que forzar la entrada. Por otra parte, le dijeron, el sótano estaba inundado. Alguien tenía que ir y echar un vistazo. Marianne y él apenas se hablaban desde su pelea por lo de Mario Brothers, pero ella se ofreció a ir. Como se vio, los problemas eran de poca importancia. El operario de la compañía del gas había puesto una escalera de mano y entrado por una ventana del piso de arriba que no estaba cerrada desde

dentro, así que no había causado daños en la puerta de entrada. No había encontrado ninguna fuga de gas. La inundación del sótano de la que había dado aviso ese mismo operario resultó no ser una inundación, sino un pequeño goteo, que se reparó con facilidad. Marianne salió de St. Peter's Street de un humor de perros y después, por teléfono, la emprendió con él por todo. «Seguro que ni siquiera has hecho la cama», vociferó.

Esa noche lo llevaron a casa de Edward y Mariam Said en Eton Road, en el barrio de Swiss Cottage. Por entonces faltaba aún un año para que diagnosticaran a Edward una leucemia linfocítica crónica, y gozaba de una salud exultante, hablaba por los codos, reía y gesticulaba, exhibía su erudición, coqueteaba y caía en estados hipocondríacos. En aquella época, si Edward tenía tos, temía que fuera el principio de una bronquitis grave, y si sentía una punzada se convencía de que estaba a punto de tener una apendicitis. Asombrosamente, cuando enfermó de verdad, se convirtió en un héroe: rara vez se quejaba, luchó con todas sus fuerzas contra la LLC y, ayudado por su brillante médico, el doctor Kanti Rai, batió todos los récords viviendo aún doce años tras la detección del cáncer. Edward era un dandi, un poco vanidoso respecto a su buena presencia, y una vez, años más tarde, almorzaron cerca de la Universidad de Columbia, concluido ya el asunto de la fetua, felices de reunirse a la vista de todos, sin policías presentes para correr las cortinas y hacer su «limpieza en seco». En ese momento el cáncer estaba en remisión parcial y Edward no se veía tan demacrado como lamentablemente era ya lo habitual. «Edward -dijo el que ya no era Joseph Anton-, ¡se te ve otra vez de lo más saludable! ¡Has aumentado de peso!» Edward pareció irritarse: «Sí -dijo-, pero no estoy gordo, Salman».

Era un experto en Conrad y conocía bien al marinero James Wait que iba a bordo del *Narciso*. También él sabía que debía vivir hasta que muriese, y eso hizo.

Aquella noche de marzo de 1990 en Eton Road, Edward le dijo que había hablado con Arafat sobre el caso -y que Edward hablara con Yasir Arafat, por quien sentía una gran antipatía desde hacía mucho a causa de su corrupción personal y su aprobación del terrorismo, no era cualquier cosa-, y Arafat (que era secularista y antifundamentalista islámico, además de corrupto y terrorista) había contestado: «Claro que lo apoyo, pero los musulmanes de la intifada... qué puedo hacer yo...». «Quizá deberías escribir sobre la intifada -sugirió Edward-. La tuya es una voz muy importante para nosotros, y debe volver a pronunciarse sobre estas cuestiones.» Sí, puede ser, contestó él. Dejaron el tema y hablaron de libros, de música y de amigos comunes. Su interés en hablar ininterrumpidamente de la fetua era limitado, y muchos de sus amigos se daban cuenta de ello y, muy considerados, cambiaban de tema. Cuando podía ver a alguien, lo sentía como un paréntesis en su cautividad y el último de sus deseos era hablar de sus cadenas.

Estaba obligándose a concentrarse y dedicando horas diarias a pulir y revisar el borrador de *Harún*. Pero la semana no transcurría como estaba

previsto. La policía le comunicó que la reunión con Havel se había cancelado: por lo visto, los checos la habían suspendido temiendo por la seguridad del presidente. En lugar de eso, debía telefonear a Havel a la habitación de su hotel a las seis de la tarde, y así podrían hablar. Eso le representó una gran decepción. Fue incapaz de despegar los labios durante horas, pero a las seis puntualmente telefoneó al número que le habían dado. El timbre sonó largo rato y por fin se puso al aparato una voz masculina. «Soy Salman Rushdie -dijo-. ¿Hablo con el presidente Havel?» El hombre al otro lado de la línea incluso dejó escapar una risita. «No, no -respondió-. Presidente no está aquí. Es secretario.» «Ya -prosiguió él-. Pero me han dicho que telefoneara a esta hora para hablar con él.» Después, tras una breve pausa, el secretario contestó: «Sí. Debe por favor esperar un poco. El presidente está en el cuarto de baño».

Ahora sé, pensó, *que ha habido una revolución en Checoslovaquia*. El presidente ya había decretado que su séquito de vehículos se compusiera de coches de muchos colores solo para alegrar la vista, y había invitado a los Rolling Stones a tocar para él y ofrecido su primera entrevista en Estados Unidos a Lou Reed porque la Revolución de Terciopelo checa había tomado su nombre de la Velvet («terciopelo») Underground (lo que convertía a la Velvet en el único grupo de la historia que había contribuido a forjar una revolución en lugar de limitarse a cantar sobre ella, como fue el caso, por ejemplo, de los Beatles). Ese era un presidente por el que valía la pena esperar un rato mientras él se lo tomaba con calma en el váter.

Al cabo de unos minutos oyó unos pasos y Havel se puso al teléfono. El presidente tenía una versión muy distinta sobre la cancelación de la reunión. No había querido que se celebrara en la embajada checa. «No me fío de ese sitio -dijo-. Todavía queda mucha gente del antiguo régimen, mucha gente desconocida paseándose por allí, muchos coroneles.» El nuevo embajador, un hombre de Havel, solo llevaba en el puesto dos días, y no había tenido tiempo de llevar a cabo una limpieza. «Me niego a ir allí», dijo Havel. Los británicos, por su parte, habían dicho que no había ningún otro sitio donde estuvieran en situación de permitir la reunión. «Imagínese -dijo Havel-. En Gran Bretaña no hay un solo sitio en el que usted y yo podamos estar a salvo.» Saltaba a la vista, afirmó, que el gobierno británico no quería que se celebrara la reunión. ¿Acaso la imagen del gran Václav Havel abrazando a un escritor cuya propia primera ministra se negaba a dejarse ver con él resultaba un poco bochornosa? «Es una pena -añadió Havel-. Personalmente tenía muchas ganas.»

Aun así, aclaró, en su rueda de prensa había dejado caer muchas cosas. «Les he dicho que usted y yo estamos en contacto permanente -explicó, y se echó a reír-. Y quizá sea verdad, por mediación de Harold u otros. Pero les he dicho: *contacto permanente*. También, profunda solidaridad. Eso también lo he dicho.»

Le habló a Havel de lo mucho que le habían gustado sus *Cartas a Olga*, escritas desde la cárcel por el célebre disidente para su mujer, y de todo lo que le habían transmitido en su situación actual. «Ese libro... -contestó Havel-, ya

sabe, cuando nos escribíamos en esa época, teníamos que decir muchas cosas por medio de acertijos, usando una especie de lenguaje cifrado. Hay partes que yo mismo no entiendo. Pero pronto sacaré un libro mucho mejor.» Havel quería copias de «¿Nada es sagrado?» y «De buena fe». «Contacto permanente», repitió para acabar, soltó otra risotada y se despidió.

Marianne seguía en guerra con él al día siguiente. «Estás obsesionado con lo que te pasa», arremetió, y sí, quizá fuera verdad. «Cada día de tu vida hay algún drama», y sí, por desgracia eso era verdad demasiado a menudo. Estaba obsesionado consigo mismo, gritó ella; no podía aceptar la «igualdad» y era un «borracho desagradable». *¿Y eso de dónde salía*?, se preguntó él, y a continuación ella asestó el resto del golpe: «Pretendes reproducir el matrimonio de tus padres». Era culpable de los mismos excesos con la bebida que cometía su padre. Sí, claro.

Mientras tanto, en un Congreso de las Juventudes Musulmanas en Bradford, una chica de dieciséis años pidió que lapidaran a Rushdie. La cobertura sobre el «Caso» en los medios había adoptado -al menos de momento- un tono más comprensivo, casi compasivo. «El pobre Salman Rushdie.» «El desdichado autor.» No deseaba ser pobre, desdichado, digno de compasión. No deseaba ser simplemente una víctima. Había en juego cuestiones morales, políticas e intelectuales de vital importancia. Él quería formar parte del debate: ser un protagonista.

Andrew y Gillon fueron a verlo a Hermitage Lane después de reunirse con los directivos de Penguin en la casa londinense de su colega Brian Stone, el agente del patrimonio de Agatha Christie. Ambos formaban un equipo de negociación formidable por lo dispares que eran: el inglés muy alto, lánguido y con un dejo de clase alta; el norteamericano agresivo, de cabeza redonda y ojos como rayos láser, hombre de pasado accidentado y ex miembro marginal del equipo de la Warhol Factory. Eran el dúo clásico hombre duro/hombre blando, y lo que los hacía más eficaces era el hecho de que aquellos con quienes negociaban cometían el error de presuponer que Andrew era el hombre duro y Gillon el blando. En realidad, Andrew se dejaba llevar por la pasión y la emoción y era perfectamente capaz de asombrarlo a uno echándose a llorar. El letal era Gillon.

Incluso para Gillon y Andrew fue prácticamente imposible tratar con Penguin. Esta última reunión tampoco fue concluyente. Mayer insistió en que Penguin mantenía el plazo de finales de junio para la edición en rústica, pero no dio fecha. Todos coincidieron con Gillon y Andrew en que si el libro no se había publicado el 30 de junio, ellos reclamarían la devolución de los derechos de publicación el 1 de julio para negociar un posible acuerdo con terceras partes. Gillon dijo: «Creo que Mayer posiblemente esté abierto a esa idea». (Al cabo de cuatro días, Gillon telefoneó para decir que Mayer había «medio aceptado» la posibilidad de la reversión de derechos, pero quería «negociarla»; en otras palabras, quería dinero a cambio. Sin embargo, su

colega Trevor Glover había admitido en la reunión con Andrew y Gillon que los costes de seguridad de Penguin eran tan altos que habían perdido dinero con la publicación en tapa dura, y sacar la edición en rústica implicaría un «aumento de las pérdidas», así que Mayer no tenía argumentos en apoyo de la necesidad de una compensación por hacer algo -renunciar a los derechos de la edición en rústica- que, si había que dar crédito a Glover, en realidad le ahorraría dinero. «Eso es lo que buscamos -dijo Gillon-. Si llegamos al primero de julio y Mayer no ha publicado y pide dinero, en ese punto lo haremos público.»)

Andrew sospechaba que Penguin liquidaba menos derechos de los que debía y retenía una gran suma de dinero que tendría que haber pagado. Penguin lo negó airadamente, pero Andrew envió a un auditor y descubrió una diferencia sustancial en los pagos. Penguin no se disculpó.

La policía le había sugerido que usara una peluca. Su mejor especialista en pelucas había ido a verlo para tomarle una muestra de pelo. Él tenía sus dudas, pero varios de los agentes de protección le habían asegurado que las pelucas daban buen resultado. «Podrá pasearse por la calle sin llamar la atención -dijeron-. Confíe en nosotros.» Recibió una imprevista confirmación de esto por parte de Michael Herr. «En cuestiones de disfraces no es necesario cambiar mucho, Salman -aseguró Michael, hablando despacio y parpadeando deprisa-. Solo los rasgos clave.» Confeccionaron la peluca, y cuando esta llegó, en una caja de cartón marrón, parecía un pequeño animal dormido. Al ponérsela en la cabeza, se sintió estrafalariamente estúpido. Los policías le dijeron que le quedaba estupendamente. «De acuerdo -dijo él, no muy convencido-. Vamos a darle un paseo.» Lo llevaron en coche a Sloane Street y aparcaron cerca de Harvey Nichols. Cuando se apeó, todos volvieron la cabeza para mirarlo y algunos desplegaron amplias sonrisas e incluso se rieron. «Mirad -oyó decir a un hombre-. Ese es el cabrón de Rushdie con peluca.» Subió de nuevo al Jaguar y no volvió a ponerse la peluca nunca más.

El embajador Maurice Busby era un hombre que no existía oficialmente. Como responsable máximo de la lucha contra el terrorismo en Estados Unidos, su nombre no podía mencionarse por radio o televisión, ni imprimirse en ningún periódico o revista. No podía informarse de sus movimientos, y su paradero era, por usar un término que más tarde haría famoso el vicepresidente Cheney, «no revelado». Era el fantasma del aparato estadounidense.

«Joseph Anton» venía planteándose marcharse a Estados Unidos cuando venciese el contrato en Hermitage Lane, para disfrutar de unas semanas o meses fuera de la jaula. La División Especial le había advertido desde el comienzo que su responsabilidad hacia él terminaba en la frontera británica. Según las normas del juego, siempre que un «principal» abandonaba el Reino Unido para visitar otro país, debía informarse a las fuerzas de seguridad de ese

país para que decidieran qué hacer respecto a la visita, si es que deseaban hacer algo. Cuando comunicaron sus planes a los norteamericanos, el señor Maurice Busby solicitó una reunión. Sería un encuentro entre un hombre inexistente y un hombre invisible: como si Calvino y H.G. Wells hubieran decidido colaborar en un relato. Lo condujeron a un edificio de oficinas anónimo en la orilla sur del Támesis y lo acompañaron a una amplia sala que se hallaba totalmente vacía salvo por dos sillas de respaldo recto. El embajador Busby y él se sentaron cara a cara, y el estadounidense fue derecho al grano. Era bienvenido en Estados Unidos, dijo, y en cuanto a eso no debía albergar la menor duda. Estados Unidos simpatizaba con él, y debía saber que su caso estaba «en la agenda de Estados Unidos en lo relativo a Irán». Su deseo de visitar Estados Unidos en principio se había aprobado. Así y todo, Estados Unidos le pedía respetuosamente que se planteara aplazar el viaje «tres o cuatro meses». El embajador Busby había sido autorizado a decirle en absoluta confianza que se observaba verdadero movimiento en lo referente a los rehenes norteamericanos en Líbano y cabía la posibilidad de que pronto se produjese alguna liberación. Esperaba que el señor Rushdie se hiciese cargo de lo delicado de la situación. El señor Rushdie se hizo cargo. Disimuló su honda decepción y accedió a la petición del hombre inexistente. Descorazonado, pidió a Gillon que prorrogara el contrato de alquiler en Hermitage Lane.

Marianne se había marchado para proseguir con la gira de su libro en Estados Unidos. Él continuó intentando convencerse de que todavía se amaban. En su diario, pasaba por alto todo lo que iba mal entre ellos e insistía en su felicidad básicamente imaginaria. Tan grande es la necesidad de amor. Induce a los hombres a ver visiones del paraíso y no atender a las pruebas de que están en el infierno que les dan sus ojos y sus oídos.

Harún estaba terminado. Se afeitó la barba, dejándose solo el bigote. El miércoles 4 de abril llevaron a Zafar a Hermitage Lane, y su padre le entregó el manuscrito de «su» libro. La radiante felicidad que asomó al rostro del niño fue la única recompensa que el autor necesitaba. Zafar leyó el libro muy deprisa y dijo que le encantaba. Otras lecturas iniciales de amigos fueron también favorables. Pero ¿quién lo publicaría?, se preguntaba. ¿Se echaría atrás todo el mundo? Tony Lacey, de Viking, le había dicho a Gillon, en confianza, que la edición en rústica de *Los versos satánicos* saldría a la luz «probablemente» el 28 de mayo. Por fin, pensó él. Una vez salvado ese obstáculo, tal vez se iniciara el final de esa historia. Lacey le habló también a Gillon de *Harún*. «Ahora que va a salir la edición en rústica, quizá podríamos publicar también el libro nuevo. Debes saber que nos enorgullecemos de ser sus editores.» Tony era un hombre bueno y honrado, que procuraba seguir siendo un editor real en una situación irreal.

Solo en Hermitage Lane, llegó al final de su juego de Super Mario,

derrotando al mismísimo Bowser, el monstruo feo y malo, y rescatando a la insufriblemente rosa princesa Toadstool. Se alegró de que Marianne no estuviera allí para presenciar su triunfo. Por teléfono, ella seguía despachándose a gusto sobre los supuestos amoríos de él y la poca confianza que merecían sus amigos. Él procuró hacer caso omiso. Esa tarde Pauline había llevado a Zafar a la casa de St. Peter's Street porque quedaban allí cosas de él que quería: sus guantes de boxeo, su punching ball, varios juegos. «Aquí mi padre y yo subíamos a la azotea - dijo el niño a Pauline tristemente-. Me ha costado mucho acostumbrarme a que él viva escondido. Tengo muchas ganas de que esto acabe.» Ella lo llevó a comer una pizza, y él se pasó la comida repitiendo frases textuales de *Harún*. «Podéis dar un corte a un hígado, pero ¡no podéis darme un corte a mí!»

Había pedido a Pauline que recogiera en la casa también unas cuantas cosas para él, pero varias habían desaparecido. No estaban sus álbumes fotográficos, cinco, que contenían su vida anterior a Marianne, como tampoco su ejemplar personal, el ejemplar número uno, de la edición limitada de doce ejemplares numerados y firmados de *Los versos satánicos*. (Un tiempo después Rick Gekoski, un anticuario estadounidense radicado en Londres, le vendió el ejemplar de Ted Hughes de su edición limitada, el número once. Le costó 2.200 libras adquirir ese ejemplar de su propio libro.) Aparte de Pauline, Sameen y Marianne, nadie tenía llaves de la casa. Dos años después el periodista Philip Weiss escribió una semblanza suya en *Esquire* que daba una imagen asombrosamente desagradable de él y bastante favorecedora de Marianne. Al menos una de las ilustraciones procedía sin lugar a dudas de los álbumes fotográficos desaparecidos. Presionados por Andrew, los responsables de *Esquire* admitieron que la fotografía la había proporcionado Marianne. Ella afirmó que se la había regalado él. Por esas mismas fechas salió a la venta entre los marchantes un «manuscrito definitivo» de *Los versos satánicos*, también desaparecido de su despacho de la casa de St. Peter's Street. Rick Gekoski le informó de que, según Marianne, también eso había sido un «regalo», y que finalmente había retirado el texto del mercado, descontenta con los precios que le ofrecían. Esa era la copia equivocada; el manuscrito más valioso, el texto «de trabajo», lleno de anotaciones y correcciones a mano, continuaba en posesión de él. Los álbumes fotográficos nunca fueron hallados ni devueltos.

El 23 de abril Robert Polhill, profesor de la Universidad de Beirut, se convirtió en el primer rehén estadounidense liberado en Líbano por sus secuestradores, «la Yihad Islámica para la Liberación de Palestina», tres años después de su captura. Cuatro días más tarde Frank Reed, que había sido director de la Escuela Internacional Libanesa, fue puesto en libertad por la «Organización del Amanecer Islámico» después de cuatro años de cautiverio. El embajador Busby había dicho la verdad.

Marianne era mujer de muchos cuadernos, y fue un cuaderno lo que puso fin

a su matrimonio. Él nunca supo si ella había dejado el cuaderno en Hermitage Lane a propósito, para desencadenar una ruptura definitiva que, según ella, no quería. En la gran novela de Junichiro Tanizaki, *La llave*, el «libro malévolo» de Marianne, los dos miembros de un matrimonio llevan cada uno un diario «secreto» cuya finalidad quizá sea en realidad que el otro lo descubra y lo lea. En el libro de Tanizaki, los diarios actúan como instrumento erótico. En la vida de él, el cuaderno que encontró tenía un objetivo más sencillo. Le decía la verdad que él había intentado negar. Ella había escrito, durante su gira americana, que no tenía ninguna razón para quedarse en Inglaterra, pero él la obligaba a volver a sabiendas de que ella no quería. Había alquilado una casa en Estados Unidos. Eso era una novedad para él. Ella sabía que él no podía ir a Estados Unidos, pero hacía planes para marcharse. Estaba harta, cosa que él podía entender muy bien. *Sí, debe irse*, pensó él, *y dejemos que la separación lleve gradualmente a un final*.

El resto del diario era más sórdido. Decía que a él las mujeres le daban miedo. *Sí*, pensó él, *al menos tú sí me das miedo*. Ella detestaba la relación entre él y su querida hermana, Sameen. Dejaba caer unos cuantos comentarios sexuales despectivos.

Ella había vuelto a Londres. Él le dijo que había leído el diario y no podía seguir con su matrimonio. Ella entró en un estado de agitación y afirmó que lo amaba y que lo que él había encontrado era su «diario negro», que ella utilizaba para librarse de sus peores pensamientos, para desecharlos escribiéndolos. Eso era casi verosímil. Él mismo había utilizado las anotaciones con ese mismo fin, relegando al papel sus miedos, debilidades, apetitos y fantasías y luego tirándolos a la papelera. Pero el material plasmado en el diario era demasiado categórico, de un alcance demasiado amplio, para ser solo rabia o resentimiento ocioso. Esos no eran sentimientos pasajeros. Eso era lo que ella de verdad pensaba. Él le preguntó por qué no le había hablado del alquiler de una casa y ella al principio lo negó. Pero él había mantenido una conversación con Gillon, a quien ella le había contado lo del alquiler. Dijo: «No quiero pelearme contigo. ¿Qué sentido tiene? La guerra ha terminado». Marianne se marchó.

Él telefoneó a Sameen para preguntar si había algo de verdad en la acusación de que trataba mal a su hermana. Ella contestó lo que él ya sabía: que en el amor incondicional que existía entre ellos nada podía ser un problema. Se sentía perturbado por lo que había leído, pero su principal sentimiento fue de alivio. Esa parte de su pesadilla había acabado.

Al día siguiente, los agentes organizaron un plan especial. Llevaron a Zafar y a él en una lancha rápida de la policía por el Támesis, hasta la Barrera y más allá, y luego de vuelta a la comandancia de la Policía Fluvial en Wapping. Zafar se lo pasó en grande.

Alberto Vitale, el director de Random House, Inc., le dijo a Andrew que la última frase de «¿Nada es sagrado?» -«En cualquier lugar del mundo donde se

haya cerrado la pequeña habitación de la literatura, tarde o temprano se desmoronan las paredes»- lo había conmovido profundamente, y que Random House volvía a estar interesado en *Harún y el Mar de las Historias* y también en los futuros libros de Rushdie. Vitale dijo, no obstante, que querría una «cláusula de salvaguardia» en el contrato según la cual se previera la indemnización a Random House ante la contingencia de que el autor escribiera algo que pudiera «poner en peligro al personal de la empresa». A pesar de esto, Andrew y Gillon pensaron que pasarse a Random y separarse de Peter Mayer sería positivo. «No firmaré nada tan humillante como esa "cláusula de salvaguardia" -les dijo a sus agentes, y para más énfasis añadió-: Antes la muerte.» Andrew consideró que ese era un punto en el que Random House quizá estuviera dispuesto a ceder. Sonny Mehta había acabado de leer *Harún* y dijo que le gustaba. En cuestión de días el trato con Random House se cerró. Pero Vitale no quiso anunciarlo. De hecho, quería mantenerlo en secreto el mayor tiempo posible. Pero Sonny Mehta y Andrew acordaron la conveniencia de redactar una nota para la prensa.

Era un hombre sin ejércitos obligado a combatir continuamente en varios frentes. Estaba el frente privado de su vida secreta, con sus sobresaltos y escondrijos, sus ocultaciones y evasiones, su miedo a los fontaneros y otros operarios, su tensa búsqueda de lugares donde refugiarse y sus espantosas pelucas. Por otro lado, estaba el frente editorial, donde no podía dar nada por sentado pese a todo su trabajo. La publicación en sí seguía siendo un serio problema. No era seguro que pudiera seguir con la vida que había elegido, ni que siempre fuera a encontrar personas dispuestas a imprimir y distribuir su obra. Y estaba también el crudo y violento mundo de la política. Si él era un balón de fútbol, pensó, ¿podría ser un balón consciente de sí mismo y participar en el juego? ¿Podría el balón comprender el deporte en que se lo pateaba de un extremo al otro del campo? ¿Podría el balón actuar en su propio interés y salirse del campo y ponerse fuera del alcance de aquellos pies con botas que lo pateaban?

Ahí estaba un tal Peter Temple-Morris, parlamentario, un hombre con el pelo del color de un helado de vainilla, arremolinado sobre la gran tarrina que era su cara, un hombre admirable y prominente, un miembro conservador del grupo parlamentario anglo-iraní, un hombre que no lo apreciaba, y ahora, mientras se liberaba a los rehenes estadounidenses en Líbano, decidió que la «responsabilidad moral» del destino de los rehenes británicos recaía en el autor de *Los versos satánicos*, que debía abstenerse de publicar su libro en rústica. Siguió una avalancha de críticas. Los defensores del rehén John McCarthy dijeron que «Rushdie debería disculparse». En el *Daily Mail*, el padre de McCarthy, Patrick, lo culpó de que su hijo siguiera cautivo. David, el hermano del rehén Terry Waite, declaró que los problemas de él eran «autoimpuestos» y añadió, acerca de la edición en rústica: «Uno no siempre puede tener lo que quiere». En opinión de David, la edición en rústica debía cancelarse y además su autor debía pedir disculpas por su ofensa. Toda esta

hostilidad tuvo su efecto. El *Daily Telegraph* publicó los resultados de una encuesta Gallup: la gran mayoría de los encuestados coincidía en que «Salman Rushdie debía disculparse por *Los versos satánicos*». Y según ciertas fuentes, aunque él nunca supo si era verdad, William Waldegrave recomendó en privado a Penguin que no publicara la edición en rústica, ya que hacerlo incidiría en la suerte de los rehenes británicos y del hombre de negocios británico Roger Cooper, todavía preso en la cárcel de Evin, en Teherán.

Ahí los habían llevado las moratorias de Penguin. Eso, quizá, era lo que Mayer quería desde el principio: una razón respetable para eludir la publicación.

El arzobispo de Canterbury, Robert Runcie, se reunió con Abdul Quddus del Consejo de Mezquitas de Bradford. Quddus informó al arzobispo de que en su reciente viaje a Irán ciertos miembros del Majlis iraní le habían garantizado que Terry Waite, el enviado del arzobispo capturado por los secuestradores libaneses, seguía con vida, pero solo lo devolverían *si Rushdie era extraditado a Irán*. Hussein Musawi, del grupo islámico chií libanés Amal, haciéndose eco de su declaración, dijo que «si Gran Bretaña deportaba a Rushdie», tal vez se liberaría a un rehén británico y advirtió que si no se tomaban medidas contra el autor, Terry Waite, John McCarthy y el tercer rehén británico, Jackie Mann, no saldrían de allí. Esta noticia, difundida por la radio en Karachi, alarmó mucho a su madre, y Sameen tuvo que consolarla.

Él llevaba un tiempo intentando concertar una reunión con William Waldegrave a fin de preguntarle cuáles eran los planes del gobierno para solventar la crisis. Entonces Waldegrave le dijo a Harold Pinter que el gobierno -es decir, Margaret Thatcherestaba «alarmado» ante la idea de tal reunión, y la posibilidad de que la noticia de la reunión se filtrase a la prensa. Era bien sabido que él no había dado apoyo al gobierno Thatcher. Ahora la postura del gobierno parecía ser: *De acuerdo, lo mantendremos con vida, pero no tenemos por qué verlo ni diseñar un plan de acción. Sencillamente lo mantendremos en su caja, y si se queja, hay mucha gente dispuesta a llamarlo ingrato*.

Él padecía un gran cansancio, una especie de agotamiento nervioso. Volvía a fumar cinco años después de haberlo dejado, y estaba furioso consigo mismo por ello, diciéndose que no debía permitir que eso se prolongara mucho y fumando a pesar de todo. «Estoy luchando contra la adicción -escribió-, pero ¡qué poderosa es! Siento las ansias en los brazos y en la boca del estómago. -Y luego, en mayúsculas-: LA EXPULSARÉ OTRA VEZ.»

Detuvieron a cinco árabes en Scarborough, presuntamente porque tramaban ejecutar la fetua. Zafar, que estaba en casa enfermo y no había ido al colegio, vio la noticia en el telediario del mediodía y telefoneó, simulando que no estaba preocupado. La policía decía que la información era una «exageración mediática», y aunque él no se lo creyó, ofreció a Zafar la versión oficial para tranquilizarlo.

Marianne le escribió una carta. «Fuiste en busca de la Duda, y la encontraste -decía-. Y por eso nos mataste.»

«La mayoría de las cosas que importan en nuestras vidas -había escrito en *Hijos de la medianoche*- ocurren en nuestra ausencia.» Sentencias de muerte, conspiraciones de asesinato, amenazas de bomba, manifestaciones, vistas judiciales y maquinaciones políticas no eran las cosas que él tenía en mente por aquel entonces, pero ahora plagaban la historia de su propia vida para dar la razón a su narrador en la ficción. Era conmovedor saber que sus difíciles circunstancias preocupaban mucho a tantos desconocidos bien intencionados. El novelista estadounidense Paul Auster, que más adelante se convertiría en amigo íntimo, escribió una «plegaria» por él. *Esta mañana, cuando me he sentado a escribir, lo primero que he hecho ha sido pensar en Salman Rushdie. Vengo haciéndolo todas las mañanas...* Y Mike Wallace deseaba ayudar. El legendario periodista de *60 Minutes* dijo a un directivo de Penguin que «él podía llevar personalmente a Rafsanjani otra declaración en la línea de "De buena fe", o quizá "uno o dos pasos más allá"» -fuera cual fuese su significado-, y acaso eso sirviera para retirar la fetua.

Habló con Andrew, Gillon y Frances D'Souza y les pidió que exploraran esa opción. «No debo hacerme demasiadas ilusiones -escribió en su diario-. Pero me animo tanto incluso ante la más leve posibilidad de libertad que no puedo evitarlo.» Andrew habló con Mike Wallace y luego con Kaveh Afrasiabi, un investigador adjunto del Centro de Estudios de Oriente Próximo de Harvard. Afrasiabi dijo que ya había hablado con el embajador iraní en las Naciones Unidas, Kamal Jarrazi, y con «fuentes en contacto con Jamenei». Repitió lo que había dicho Wallace. Si se hiciera una «declaración en consonancia con tus principios», Jamenei la recibiría bien y retiraría la fetua. Irán buscaba una «salida» a la crisis y la intervención de Mike Wallace era un plus, importante porque Jamenei deseaba una buena imagen mediática en Estados Unidos, para «restar protagonismo a Rafsanjani».

El mundo siempre acababa siendo televisión.

Le pidieron que ofreciera una declaración grabada en vídeo que Wallace pudiera llevar a Teherán y pasarla allí por la televisión, y luego Jamenei hablaría con Wallace ante las cámaras de la televisión norteamericana y diría lo que fuera necesario. Nos comunicarían al cabo de unos días, dijo Afrasiabi, si Irán accedía a seguir ese camino. Lo habían inducido a esperar una «respuesta positiva». Cuatro días después, telefoneó a Andrew para decirle que había recibido «luz verde». Propuso una reunión con el señor Joosroo, primer secretario de la misión iraní en las Naciones Unidas, como siguiente paso.

Andrew y Frances hablaron, primero entre ellos y luego con él. Convenía proceder con cautela, decidieron. ¿Podía ser el gran avance? No se atrevían a creerlo. Y sin embargo no podían evitarlo. Lo creyeron.

Mike Wallace y Afrasiabi se reunieron con Andrew en la agencia. Afrasiabi

repitió las exigencias iraníes: una declaración de arrepentimiento *que se incluyese como prefacio en la edición en rústica* (*uf*, pensó él, pero por otro lado no se oponían a la publicación en rústica), y la creación de un fondo para los familiares de aquellos que habían muerto en los disturbios «anti-Rushdie». Frances D'Souza estaba preocupada. Por un lado, dijo, había «indicios» de que quizá Irán hubiese dejado de financiar el Instituto Musulmán de Siddiqui y trataba de colocar a un imán jefe moderado en el Reino Unido. Por otro lado, temía que los iraníes estuvieran jugando a un «juego especialmente sucio». Si retiraban la fetua, la protección terminaría, y entonces atentaría contra él una célula integrista y los iraníes tendrían la posibilidad de «desmentir» cualquier implicación. En algún momento, añadió, el gobierno británico debía intervenir para exigir garantías ante tal eventualidad. A Sameen la preocupaba también que él pudiera ser asesinado si «salía». Pero ¿qué alternativa había? ¿No «salir» nunca? Se sintió vacilante, desorientado. Eran muchas las cosas que ocurrían. Resultaba difícil saber qué era lo mejor.

La situación empezó a desenmarañarse. Los iraníes suspendieron una reunión con Mike Wallace. Querían reunirse con Afrasiabi a solas para saber qué se había acordado en la reunión con Andrew. Y de pronto, ¡pop!, como una burbuja al estallar, el sueño se desvaneció. La misión iraní en las Naciones Unidas anunció que debía «consultar con Teherán». Eso exigiría al menos dos semanas. *Esto no es serio*, comprendió él. *Es una broma. Solo querían que yo hiciera mi declaración y luego confiara en que ellos responderían. Que confiara en* ellos. *Sí: es una broma*.

Dejó de fumar. Luego cayó otra vez.

En los días siguientes Irán negó que pudiera retirar la fetua. Jamenei dijo que «debía ser entregado a los musulmanes británicos para que lo mataran por cometer blasfemia», y eso zanjaría los problemas entre el Reino Unido e Irán. Frances D'Souza apareció en el programa *Newsnight* de la BBC y tuvo que vérselas con el espectáculo ofrecido por el «número dos» de Siddiqui, un converso escocés llamado James Dickie que había adoptado el nombre de Yaqub Zaki, cuando dio la bienvenida a los escuadrones de sicarios a su llegada a Londres. Rafsanjani celebró una rueda de prensa en la que intentó bajar la temperatura, pero no ofreció solución alguna a la crisis de la fetua. Y por primera vez el gobierno británico puso a su disposición un contacto. Ese fin de semana debía reunirse con Duncan Slater, un alto cargo del Foreign Office. Entretanto habló con el periodista John Bulloch, el respetadísimo experto en Oriente Próximo de *The Independent*, que acababa de regresar de Teherán y había confirmado que los iraníes estaban «desesperados por zanjar cuestiones [...] lo que se necesita es un acuerdo aceptable». Después de eso la reunión con Slater fue decepcionante. Slater no tenía noticia de ninguna iniciativa extraoficial, ni de ninguna actividad gubernamental digna de mención. Pero fue bueno ponerse en contacto con el gobierno y recibir garantías de su continuado apoyo. Había llegado a un punto en que agradecía esas migajas.

La iniciativa de Afrasiabi había muerto. El hombre de Harvard había escrito una carta en la que cambiaba la «lista de la compra» de exigencias. La publicación debía aplazarse entre doce y quince meses y Rushdie «sencillamente debe hacer su declaración primero; ¿qué tiene que perder?». Además, dijo Andrew: «Me temo que quiere ser novelista y busca agente». Una semana después Kamal Jarrazi, el hombre de Irán en las Naciones Unidas, dijo a Mike Wallace: «No es el momento para seguir adelante con esta iniciativa». Otra vía extraoficial cerrada.

Se reunió de nuevo con el embajador Busby, a quien en esta ocasión acompañaba Bill Baker del FBI. Le pidieron que tuviera la gentileza de aplazar unos cuantos meses más su visita a Estados Unidos, pero siguieron mostrándose cordiales y comprensivos. Busby ofreció una interpretación útil de los esfuerzos de Afrasiabi. «Quizá -dijo- no era el intermediario adecuado para ellos.»

Regaló a Zafar una guitarra eléctrica para su undécimo cumpleaños y pasó la tarde con él en Hermitage Lane, escuchándolo tocar y grabando sus esfuerzos. Solo otro día normal con el ser humano más importante de su vida.

Cosima había encontrado una casa grande e independiente en Wimbledon, mucho más confortable que la de Hermitage Lane: una amplia vivienda de tres plantas, de obra vista y con una torre octogonal en el lado sur. La policía la había inspeccionado y había dado su aprobación. Hermitage Lane era un lugar espantoso pero le había proporcionado siete meses de estabilidad. Había llegado la hora de prepararse para otro traslado.

El contrato por *Harún y el Mar de las Historias* no había sido firmado por el editor. Andrew fue a ver a Sonny Mehta y Alberto Vitale para preguntarles la razón. Antes de la reunión, Sonny le dijo a Andrew: «No creo que haya ningún problema». Así que sin duda lo había. En la reunión, Vitale explicó que no quería que se firmara el contrato «por cuestiones relacionadas con el seguro». Estaban negociando la compra de su edificio, y no querían que ese libro se convirtiera en un obstáculo. Estaban dispuestos a pagar dos tercios del anticipo acordado para adquirir una «opción de publicación», y entregarían el último tercio en cuanto el autor hubiese tratado las «cuestiones editoriales» con Sonny. «El autor debe firmar -dijo Vitale-, pero nosotros esperaremos.» Andrew lo telefoneó para darle la noticia. «No -respondió él, indignado-. Anula el acuerdo y diles que los demandaré por incumplimiento de contrato. Prefiero quedar inédito a pasar por semejante humillación.» Horas después, esa misma tarde, Andrew volvió a reunirse con Vitale y Sonny, y ellos capitularon. Sí, dijeron, firmarían. Él se quedó con mal sabor de boca, pero al menos había ganado un asalto.

El día que él cumplía cuarenta y tres años, Gillon le llevó el contrato para que lo firmara. Contenía una «cláusula de confidencialidad». No debía hablar con nadie del asunto hasta una fecha que se acordaría con Random House.

Esta cláusula olía inconfundiblemente a cuerno quemado. Firmó el contrato. El cuerno quemado quedó a la vista casi de inmediato. Sonny Mehta se negó a publicar *Harún* a menos que se reescribiera conforme a sus especificaciones.

Él conocía a Sonny Mehta desde hacía diez años, cuando este publicó la edición en rústica para Reino Unido de *Hijos de la medianoche* en Picador Books de Londres. Durante todo ese tiempo lo había considerado un amigo, pese a que la conocida reserva de Sonny lo convertía en un hombre a quien era difícil sentirse cercano. Era un hombre de muy pocas palabras e incluso menos llamadas telefónicas, dado a sonreír enigmáticamente detrás de su perilla y dejar la conversación y la relación social en manos de su exuberante esposa Gita, pero tenía buen gusto, era íntegro y muy leal con sus autores y poseía una gran elegancia (americanas de calidad con vaqueros pitillo). Sin embargo, en el asunto de *Harún y el Mar de las Historias* se comportó como una persona muy distinta. El 26 de junio de 1990 telefoneó a Andrew e insistió en que *Harún* debía reescribirse para cambiar el escenario. El «Valle de K», dijo, era obviamente Cachemira, y Cachemira era un lugar en extremo conflictivo, por el cual se habían librado guerras y donde había yihadistas islámicos en plena actividad; así que eso obviamente debía eliminarse -¿quizá, propuso, la historia podía situarse en Mongolia?- o de lo contrario habría «cadáveres por todas partes», y «Salman se verá metido en problemas peores de los que ya tiene». *Harún*, le aseguró a Andrew, era una obra más peligrosa y provocadora que *Los versos satánicos*.

Él intentó ver su fábula para niños a través de esa lente distorsionada. Pero, incluso con esa visión deformada, ¿seguro que el libro solo podía leerse como un texto «pro-Cachemira»? El personaje de «Fatuo Buttú», sin embargo, era un retrato satírico de un político indio, ¿y no sería ese el verdadero motivo de la queja de Sonny, que procedía de una familia de diplomáticos de alto rango y cuya esposa era hija de un presidente autónomo de Orissa, y se movía en los círculos de la élite política de Delhi? Y si a Sonny le daba tanto miedo un libro infantil, ¿cómo reaccionaría a la narrativa adulta que él pudiera ofrecer en el futuro?

Aún vendrían cosas peores. El plan de Sonny era pasar por todo el proceso de producción sin incluir el nombre del autor en el libro. Alberto Vitale había insistido extrañamente en el secretismo porque uno de los inquilinos de Random House era el consulado noruego, y anunciar la publicación de una novela de Rushdie podría poner a los noruegos en una situación de peligro. Por consiguiente, se utilizaría un nombre falso y se sustituiría por el verdadero en el último minuto, cuando el libro fuese a imprimirse. Eso era espantoso. Parecía una conducta temerosa -era realmente una conducta temerosa-, y cuando se filtrase, ya que casi con toda seguridad se filtraría, que Random House tenía tanto miedo que era incapaz de dar el nombre del autor de ese libro, conferiría al libro un aura de «controversia» antes incluso de que nadie lo viese, y sería una clara invitación a los adversarios del autor para iniciar otra batalla.

Sonny, para ilustrar su preocupación, mandó por mensajero al despacho de Andrew unos recortes sobre Cachemira, extraídos de periódicos y revistas indios. Había un personaje en *Harún* llamado Butt, y un tal Butt había sido ahorcado en Cachemira recientemente, «como Salman debía de saber». ¿Así que ahora «Butt», que era el apellido de soltera de su madre, que se escribía «Butt» o «Bhatt» y era el nombre cachemir más común, y que, en *Harún*, no era el nombre de un ahorcado, sino el de un afable conductor de autobús y luego de una abubilla mecánica gigantesca, se había convertido en un nombre políticamente explosivo? Era absurdo, pero Sonny hablaba muy en serio. Andrew comentó que no estaba comportándose precisamente como el viejo amigo de Salman, y Sonny replicó: «No veo qué tiene que ver esto con la amistad». Luego añadió: «Andrew, nadie en el mundo entiende este libro tan bien como yo». Andrew contestó con encomiable contención: «Me parece que Salman cree que él lo entiende mejor».

Todo esto se lo comunicó Andrew desde Nueva York, de pie en la calle, después de abandonar el despacho de Sonny. Él le dijo a Andrew: «Por favor, vuelve arriba y que se ponga al teléfono». Sonny se puso al aparato y dijo que estaba «seguro» de que sus discrepancias podrían resolverse, si él viajaba a Londres para hablar del asunto. Pero las cosas ya habían llegado demasiado lejos para eso.

«Lo que necesito, Sonny -exigió él-, es que me digas si publicarás mi novela tal como la he escrito: ¿sí o no?»

«Déjame ir y hablar contigo de eso», repitió Sonny.

«No hay nada de que hablar -respondió él-. ¿La publicarás tal como está escrita? Esa es la única pregunta.»

«No -dijo Sonny-. No lo haré.»

«En ese caso -le contestó él a su viejo amigo-, hazme el favor de romper ese contrato que tienes en la mesa delante de ti.»

«De acuerdo, Salman, si es eso lo que tú quieres...»

«No es lo que yo quiero -replicó él-. Yo quiero que alguien publique mi libro, no el maldito libro que tú tienes en la cabeza.»

«De acuerdo -dijo Sonny-, entonces lo romperemos.»

Se enteró de que se había celebrado una reunión del consejo de dirección de Random House en Reino Unido en algún momento anterior, y la posible publicación de *Harún* se había incluido en el orden del día. La votación se había decantado claramente en contra de él.

En otro universo, se celebraba en esos momentos el mundial de fútbol. Bill Buford, que escribía desde hacía un tiempo un libro sobre los *hooligans*, fue a Cerdeña para el encuentro entre Inglaterra y Holanda, no por el fútbol, sino porque no quería perderse los enfrentamientos posteriores al partido entre bandas de matones rivales. Esa noche, en los principales noticiarios, la violencia en Cerdeña fue la noticia de cabecera. Se veía un ejército de vándalos británicos avanzar hacia la posición de la cámara, blandiendo puños

y porras a la vez que entonaban «¡Inglaterra!». En el centro mismo de la primera línea de matones británicos, gritando y cantando con los demás, estaba el director de la revista *Granta*, llevando las técnicas de participación del Nuevo Periodismo a unos niveles que posiblemente George Plimpton y Tom Wolfe no habían siquiera imaginado. Más tarde esa noche la policía italiana atacó a los «hinchas» británicos y muchos de ellos fueron apaleados, incluido Bill, que recibió varios puntapiés en los riñones mientras permanecía encogido en posición fetal en la acera. Pese a sus lesiones, a su regreso a Londres se dedicó a rescatar la carrera literaria de su amigo.

Harún buscaba editor. Liz Calder dijo que Bloomsbury no deseaba competir por el libro. Christopher Sinclair-Stevenson, que acababa de lanzar su propia pequeña editorial independiente, dijo que su empresa era «demasiado incipiente» para asumir algo así. Christopher MacLehose, de Harvill, no recibió el visto bueno de la principal accionista, HarperCollins, propiedad de Murdoch, para participar en la puja. Faber and Faber era una posibilidad. Pero Bill era quien más lo quería, para el nuevo sello de la revista *Granta*, Granta Books. «Necesitas a alguien que te publique con absoluta normalidad, con todo el entusiasmo y el ímpetu que merece un nuevo libro tuyo -dijo-. Necesitas que se te presente de nuevo ante los lectores como escritor, y eso es lo que yo quiero hacer por ti con este libro.» Antes de surgir la posibilidad de publicar *Harún*, Bill le había propuesto que se permitiera a Blake Morrison escribir su biografía autorizada, para que los lectores conocieran al hombre en lugar del escándalo. Blake era un escritor excelente y haría un buen trabajo, eso le constaba; pero él no quería que su vida privada saliera a la luz. Y si llegaba el momento de contar su historia, quería ocuparse él personalmente. *Algún día*, le dijo a Bill, *lo haré yo mismo*.

Ahora la idea de la biografía había quedado olvidada. Bill suplicaba a Gillon que le permitiera contratar *Harún*. Su entusiasmo era gratificante, y persuasivo. Penguin se encargaba de la distribución de Granta Books. Eso, dijo Gillon, podría ser una «solución elegante». Se evitaría la ruptura con Penguin, que podría dar pie a publicidad perjudicial, y al mismo tiempo la gente de Penguin no se vería tan directamente implicada. De pronto en Penguin todos se entusiasmaron con la idea. También a ellos les complació la perspectiva de salvar las apariencias. Bill dijo que la reacción de los vendedores de Penguin había sido «muy positiva». Peter Mayer escribió una carta con la esperanza de que eso fuera un nuevo comienzo, y él contestó que eso mismo esperaba él. En la sede del Reino Unido todo el mundo quería publicarlo deprisa, en septiembre, para beneficiarse de las ventas navideñas, y Penguin USA accedió. Se llegó a un acuerdo y se anunció casi inmediatamente. La celeridad era importante. Si Sonny hubiese tenido tiempo para explicar a sus muchos amigos del mundo editorial que se había negado a publicar *Harún* porque su autor había entregado otra vez una bomba de relojería sin hablar claro sobre sus peligros, la posibilidad de ese autor de publicar libros se habría esfumado para siempre. Bill Buford, con su valor y

determinación, había impedido que eso ocurriese.

Gita Mehta le dijo a un amigo común: «Creo que últimamente se ha distanciado un poco de nosotros».

Echaba de menos a Marianne. Sabía que no debía intentar volver con ella después de todo lo ocurrido, después de la maquinación sobre la CIA y el diario negro, pero la echaba de menos en cuerpo y alma. Cuando hablaban por teléfono, discutían. Conversaciones que empezaban con *Te deseo lo mejor* acababan con *Ojalá te mueras*. Pero el amor, fuera cual fuese para él el sentido del amor, fuera cual fuese para ella el sentido del amor, la palabra *amor* todavía pendía en el aire entre ellos. Su madre había sobrevivido a décadas de matrimonio con su padre alcohólico, iracundo y decepcionado desarrollando lo que ella llamaba «olvidoria» en lugar de memoria. Cada día, al despertar, olvidaba el día anterior. También él parecía desprovisto de memoria para los conflictos, y despertaba recordando solo lo que anhelaba. Pero no actuaba en consonancia con ese anhelo. Ella se había ido a Estados Unidos, y eso era lo mejor.

Él sabía que, en algún lugar bajo la continua presión de los acontecimientos, estaba profundamente deprimido y que sus reacciones ante el mundo eran cada vez más anormales. *Por favor, no te burles de mí*, como dijo Lear, *soy un viejo necio y tonto*. Tal vez él veía en ella la realidad física de su vida anterior, lo *común* que ese presente *fuera de lo común* había usurpado. Tal vez era eso lo que quedaba de su amor. Era el amor del ayer disipado, el anhelo por el día anterior que surge el día posterior.

Era consciente de que la escisión dentro de él se agravaba, la distancia entre lo que «Rushdie» necesitaba hacer y cómo quería vivir «Salman». Para sus protectores, era «Joe», una entidad que mantener con vida; y en los ojos de sus amigos, cuando podía verlos, advertía su alarma, su miedo ante la posibilidad de que «Salman» pereciera aplastado bajo el peso de lo ocurrido. «Rushdie» era un asunto totalmente distinto. «Rushdie» era un perro. «Rushdie», según los comentarios en privado de muchas personas destacadas, incluido el príncipe de Gales, que hizo estos comentarios a sus amigos Martin Amis y Clive James en una comida, merecía poca compasión. «Rushdie» merecía todo lo que le pasaba, y necesitaba hacer algo para deshacer el gran daño que había causado. «Rushdie» no debía insistir más en ediciones en rústica y en principios y en literatura y en que tenía la razón. «Rushdie» era muy odiado y poco querido. Era un monigote, una ausencia, algo menos que humano. Él -eso- debía expiar sus faltas.

Ruthie Rogers, copropietaria del River Café de Londres, le preparó una fiesta de cumpleaños. Una docena de sus amigos más íntimos se reunieron bajo la atenta mirada de nueve de las serigrafías del *Mao* de Andy Warhol en el enorme salón de la casa de los Rogers en Royal Avenue, un espacio blanco intensamente iluminado y con altos ventanales sin cortinas, una pesadilla para la División Especial. Ruthie y su marido, el arquitecto Richard Rogers, hasta

antes de la fetua no habían sido más que conocidos cordiales, pero por su benévola naturaleza tendían a aproximarse a los amigos en tiempos de dificultad y hacer mucho más de lo necesario. Él era un hombre necesitado de abrazos y cariño, y esa noche recibió más que de sobra. Se alegró de que sus amigos fueran aficionados a los abrazos y los besos. Pero se vio reflejado en los ojos de ellos y se dio cuenta de que no estaba bien.

Empezaba a descubrir las limitaciones del lenguaje. Siempre había creído en su omnipotencia, en el poder de la lengua. Pero el lenguaje no lo sacaría de eso. «De buena fe» y «¿Nada es sagrado?» no habían cambiado las cosas. Un amigo paquistaní, Omar Noman, quería reunir a un grupo de personas de «nuestra parte del mundo» para explicar a los iraníes que «se han equivocado de hombre». Un amigo indio, el distinguido abogado Vijay Shankardass, vio que los musulmanes indios podían desempeñar un papel en la resolución del asunto. Vijay se propuso hablar con algunos líderes, incluidos Syed Shahabuddin, que había conseguido que se prohibiera *Los versos satánicos* en la India, y Salman Jurshid, el «Salman equivocado», a quien el imán Bujari de la Juma Masjid de Delhi había condenado por error en las oraciones del viernes.

Dudaba que la razón o las argumentaciones, los métodos de las personas propensas al uso del lenguaje, dieran mucho resultado. Combatía contra un poder mayor o, por usar el vocabulario de los devotos, un poder *superior*, que se mofaba de lo simplemente racional y dominaba un lenguaje que estaba muy por encima de las lenguas de los hombres mortales. Y ese dios no era un dios de amor.

Se marchó de Hermitage Lane para siempre y lo llevaron, junto con Zafar, a la granja de Deborah y Michael en Powys, donde pasaron un magnífico fin de semana jugando al fútbol y al críquet y lanzando un frisbee en un campo. Clarissa quería disponer de ese fin de semana para ella sola, porque salía con otro hombre, pero justo entonces él rompió con ella, reacio a soportar la parte que le correspondía a ella de las secuelas de la fetua. Clarissa lo sobrellevó con gran entereza. Él deseaba que fuera feliz.

Después del fin de semana, entró sin que nadie lo viera en la casa de Wimbledon, pero surgieron problemas. La dueña, la señora Cindy Pasarell, telefoneó varias veces para fisgonear. Por suerte, estaba de servicio en el equipo de protección una mujer policía, Rachel Clooney, y como la voz de una mujer era más tranquilizadora que la de un hombre, la curiosidad de la señora Pasarell se calmó un poco. Luego llamó el señor Devon Pasarell, por lo visto sin saber nada de las llamadas de la señora Pasarell, para decir que necesitaba algunas cosas del garaje. ¿Estaban quizá separados? Al día siguiente, un «contacto profesional» de la señora Pasarell se presentó ante la puerta sin razón alguna. Luego Cindy Pasarell volvió a telefonear, ahora con tono más severo. Le gustaría conocer a los nuevos inquilinos para asegurarse de que eran «apropiados».

Telefoneó a Pauline para pedirle ayuda. Ella había interpretado toda clase de personajes, con apariciones tan diversas como su intervención en *Lejos del mundanal ruido* o en *Los jóvenes*, y lo sabía todo sobre la improvisación, así que sin duda podía interpretar ese papel. Él le dio indicaciones sobre el personaje y ella accedió a pasar un día en la casa y conocer a la inquisitiva Cindy. La situación era a la vez absurda y tensa. Él dijo a Bob Major que no podía seguir con eso, engañando y escondiéndose. Habría que buscar otro sistema. Bob emitió murmullos de comprensión, sin comprometerse a nada. Era un soldado de a pie. No le correspondía a él tomar una decisión así.

En los siguientes dos días el señor Pasarell volvió a presentarse allí sin previo aviso, «para recoger sus cosas del garaje», y luego una vez más «para dejar caer la llave del garaje por la ranura de la puerta de la calle». Rachel Clooney, una rubia alta y elegante con un suave ronroneo escocés y una amplia sonrisa, le habló con amabilidad, pero él se quedó en su Granada negro frente a la casa durante un buen rato, vigilando. En un intento de suavizar la situación, Pauline, como señora de la casa, telefoneó a la señora Pasarell y la invitó a tomar el té, y si bien ella aceptó la invitación, luego no se presentó; en lugar de eso, los Pasarell, conjuntamente, enviaron una carta de queja a la oficina de Gillon, protestando por lo que llamaron «ocupación múltiple» de la casa. El miedo a verse descubierto lo paralizaba. ¿Se repetiría la situación de Little Bardfield? ¿Tendría que trasladarse de inmediato y perder todo el alquiler que había pagado y se había comprometido por contrato a pagar? «Esto es un horror -le dijo a Gillon-. Tiene que acabar.»

Fue Gillon quien resolvió el problema. «Están comportándose de una manera estúpida -dijo con su tono más altivo y desdeñoso-. Se embolsan un montón de dinero tuyo. Hay que bajarles un poco los humos. Déjamelo a mí.» Les mandó por fax lo que él llamó una «carta para que dejaran de joder». Al cabo de un rato volvió a llamar, contentísimo. «Oye, creo que ha dado resultado. Me han contestado por fax, y acceden a dejar de joder.» Los Pasarell en efecto habían accedido, a cambio del magnífico alquiler que recibían, a no molestar más a sus inquilinos. Incluso puede que se disculparan. Y allí acabó la cosa durante varios meses.

Nadine Gordimer recogía firmas de europeos eminentes para una «petición al gobierno de Irán». En casa de los Pinter, cenó con Carlos y Silvia Fuentes y el gran novelista mexicano se ofreció a «captar a jefes de Estado latinoamericanos». Entretanto, Siddiqui, el gnomo de jardín, continuaba con sus desagradables declaraciones de gnomo, de las que se hacían eco con voces más sonoras los gnomos mayores de Qom y Teherán. Se había producido un gran terremoto cerca de la ciudad de Rasht y habían muerto cuarenta mil personas, y medio millón se había quedado sin hogar, pero eso no cambió nada. La fetua seguía en pie.

Zafar estaría fuera tres semanas. Se iba de colonias con dos amigos del colegio, y después Clarissa se lo llevaría a Francia con Liz Calder y Louis Baum y el hijo de Louis, Simon. En su ausencia, hubo que hacer frente a los

guerrilleros paquistaníes.

La película paquistaní *International Gorillay* («Guerrilleros internacionales»), producida por Sajjad Gul, contaba la historia de un grupo de héroes locales, de esos a los que, en el lenguaje de una era posterior, se llamaría *yihadistas* o *terroristas*, que juraban encontrar y matar a un autor llamado «Salman Rushdie». La búsqueda de «Rushdie» constituía la acción principal de la película y «su» muerte era la versión, según la película, de un final feliz.

El propio «Rushdie» aparecía representado como un borracho, empinando el codo continuamente, y un sádico. Vivía en lo que se parecía mucho a un palacio en lo que se parecía mucho a una isla filipina (sin duda todos los novelistas tenían segundas residencias como esa), bajo la protección de lo que se parecía mucho al ejército israelí (siendo esto, cabía suponer, un servicio ofrecido por Israel a todos los novelistas), y tramaba derrocar el régimen paquistaní mediante el malévolo método de abrir cadenas de discotecas y garitos de juego en esa tierra pura y virtuosa, una idea pérfida para la cual, como habría podido decir el «líder» musulmán británico Iqbal Sacranie, la muerte era un castigo demasiado leve. «Rushdie» salía vestido exclusivamente con sucesivos trajes safari de espantosos colores -trajes safari color bermellón, trajes safari color berenjena, trajes safari color guinda-, y la cámara, cada vez que enfocaba la figura de este vil personaje, empezaba invariablemente por los pies y ascendía con una lentitud amenazadora hasta su cara. Así que los trajes safari recibían mucho tiempo en pantalla, y cuando vio un vídeo de la película, el insulto a la elegancia lo hirió profundamente. No obstante, encontró curiosamente satisfactoria una de las consecuencias de la popularidad de la película en Pakistán: el actor que interpretaba a «Rushdie» acabó siendo tan odiado por los espectadores que tuvo que esconderse.

En cierto momento de la película uno de los *international gorillay* era capturado por el ejército israelí y atado en el jardín del palacio filipino para que «Rushdie» pudiera desahogar su maldad con él. En cuanto «Rushdie» terminaba de beber de su botella y de azotar al pobre terrorista con un látigo, en cuanto saciaba su inmundo anhelo de violencia en el cuerpo de aquel joven, entregaba al inocente aspirante a asesino a los soldados israelíes y pronunciaba la única frase auténticamente graciosa de la película: «¡Lleváoslo -exclamaba-, y leedle *Los versos satánicos* durante toda la noche!». En fin, naturalmente, el pobre hombre se venía abajo por completo. *Eso no, cualquier cosa menos eso*, balbuceaba mientras los israelíes se lo llevaban.

Al final de la película «Rushdie» acababa, en efecto, muerto, no a manos de los *international gorillay*, sino por acción del propio Verbo, por los rayos lanzados desde los tres grandes Coranes flotando en el cielo sobre su cabeza, que reducían al monstruo a cenizas. Frito por el libro del Todopoderoso en persona: en eso había dignidad.

El 22 de julio de 1990, el Consejo Británico de Clasificación

Cinematográfica negó un certificado a *International Gorillay*, por el motivo bastante obvio de que era injuriosa (y porque el Consejo temía que si concedía el permiso a la película y el verdadero Rushdie presentaba demanda por difamación, el propio Consejo podía ser acusado de complicidad en la injuria y podía ser, por tanto, demandado también por daños y perjuicios). Eso puso al verdadero Rushdie en una especie de dilema. Libraba una batalla por la libertad de expresión, y sin embargo, en este caso, se lo defendía mediante un acto de censura. Por otro lado, la película era una obra pésima. Al final escribió una carta al Consejo Británico de Clasificación Cinematográfica renunciando formalmente a su derecho al recurso legal, asegurándoles que no emprendería acciones contra el cineasta ni contra el propio Consejo, y que no deseaba que se le otorgara «la dudosa protección de la censura». La película debía exhibirse para que se viera la «basura incompetente y deformada que era». El 17 de agosto, como resultado directo de su intervención, el Consejo votó unánimemente a favor de conceder un permiso a la película; tras lo cual, pese a todos los esfuerzos de la productora para promocionarla, se hundió de inmediato sin dejar rastro, *porque era una película infame*, y al margen de lo que el público al que iba dirigida pudiera pensar sobre «Rushdie» o incluso Rushdie, la gente era demasiado sensata para tirar el dinero en la entrada para una película espantosa.

Fue, desde su punto de vista, una demostración perfecta del valor del lema «mejor fuera que dentro» postulado por los defensores de la libertad de expresión: era mejor autorizar incluso la expresión más reprensible que esconderla debajo de la alfombra, mejor impugnar públicamente y quizá ridiculizar lo que era despreciable que concederle el glamour del tabú, y en general podía confiarse en que la gente distinguiera lo bueno de lo malo. Si *International Gorillay* hubiese sido prohibida, se habría convertido en el vídeo más candente de todos los vídeos, y en los salones de Bradford y Whitechapel los jóvenes musulmanes se habrían reunido detrás de las cortinas echadas para regodearse en la contemplación del apóstata frito. A la luz del día, sometida al juicio del mercado, se encogió como un vampiro al sol, y se esfumó.

Los acontecimientos del gran mundo resonaban en su reducto de Wimbledon. El 2 de agosto de 1990, Sadam Hussein invadió Kuwait, y conforme se acercaba la guerra con Irak, el Foreign Office se apresuró a recomponer sus relaciones con Irán. La concentración militar norteamericana y británica avanzó a toda velocidad. De pronto nadie en el bando británico o iraní mencionaba el «caso Rushdie», y Frances D'Souza telefoneó para decir que le preocupaba que «pasaran por encima de él». Llamó a Michael Foot, y este le aseguró que ya indagaría. Al día siguiente, Michael dijo que lo habían «tranquilizado», pero eso no sonó muy tranquilizador. Su hombre en el Foreign Office, Duncan Slater, le pidió que escribiera otra «declaración apaciguadora» más para que el Foreign Office la esgrimiera «cuando lo

considerara más provechoso». Era difícil saber, dijo, cómo «saltaría» Irán. Quizá utilizaran la crisis internacional como oportunidad para «resolver sus problemas» con los británicos, o quizá pensaran que ahora era posible presionar para restaurar las relaciones sin hacer concesiones.

Estalló una bomba en una biblioteca pública de Rochdale, Lancashire.

Él se había puesto de acuerdo con Liz Calder para usar su apartamento de Londres mientras ella pasaba las vacaciones con Clarissa y Zafar, a fin de reunirse allí con un periodista norteamericano y otros amigos. Liz dijo que una colega suya, una editora de Bloomsbury llamada Elizabeth West, visitaría el apartamento de vez en cuando para dar de comer al loro, Juju.

«Tal vez convenga que te pongas en contacto con ella antes de ir -sugirió Liz-, para que nadie se lleve una sorpresa desagradable.» Él llamó a Elizabeth y le contó sus planes. Hablaron por teléfono durante un rato sorprendentemente largo y se rieron mucho, y al final él propuso quedarse en el apartamento de Liz cuando se marchara el periodista y así ellos dos podían verse allí y llevar a cabo un apacible servicio de mantenimiento del loro. Los policías fueron a una vinatería y le compraron, siguiendo sus instrucciones, tres botellas de vino, incluida una de Tignanello, el intenso tinto toscano. Y luego, bajo la mirada del loro, cenaron salmón y una ensalada de berros, acompañados de muchísimo vino tinto, a la luz de las velas.

El amor nunca te llegaba desde la dirección que esperabas. Se acercaba sigilosamente a ti y te daba un pescozón detrás de la oreja. En los meses posteriores a la marcha de Marianne había coqueteado alguna vez por teléfono y muy esporádicamente se había visto con algunas mujeres que, en su mayoría -él tenía la casi total certeza-, actuaban más por compasión que por atracción. La última *au pair* de Zafar, una atractiva chica noruega, dijo *puedes llamarme si te apetece*. Lo más inesperado de todo fue una clara demostración de interés sexual por parte de una periodista musulmana progresista. Estos eran los clavos ardiendo a los que se había agarrado para no ahogarse. Hasta que conoció a Elizabeth West, y ocurrió lo que jamás podía preverse: la conexión, la chispa. La vida no se regía por el destino, sino por el azar. De no haber sido por un loro sediento, nunca habría conocido a la futura madre de su segundo hijo.

Al final de la primera noche, supo que quería volver a verla cuanto antes. Le preguntó si estaba ocupada al día siguiente, y ella dijo que no, que no lo estaba. Se verían otra vez en el apartamento de Liz a las ocho de la tarde, y a él lo asombró la profundidad que alcanzaban ya sus sentimientos por ella. Tenía el cabello castaño, largo y espeso, y una sonrisa radiante y despreocupada, y entró en su vida como si tal cosa, como si el asfixiante aparato del miedo y la protección y la privación de libertad simplemente no existiera. Eso era valentía auténtica y excepcional: la capacidad para actuar con normalidad en una situación anormal. Ella tenía catorce años menos que él, pero se percibía una seriedad bajo la desenfadada fachada que denotaba experiencia, que traslucía la clase de sabiduría que solo se adquiría a partir del

dolor. Habría sido absurdo no enamorarse de ella. Pronto descubrieron una extraña coincidencia: que él había llegado a Inglaterra, acompañado por su padre, de camino a Rugby School, el día que ella nació. Así que en realidad los dos habían llegado el mismo día. Pareció un augurio, aunque obviamente él no creía en los augurios. «Era un día soleado -le explicó-, y frío.» Le habló del hotel Cumberland y le contó que vio la televisión por primera vez: *Los Picapiedra* y luego el serial incomprensible para él *Coronation Street*, ambientado en el norte de Inglaterra, en el que aparecía la feroz y entrometida Ena Sharples, lanzando miradas coléricas desde debajo de su redecilla para el pelo. Describió los batidos de chocolate en Lyons Corner House y el pollo asado para llevar del Kardomah y le habló de lo que se leía en las vallas publicitarias: ABRE UN PLÁTANO, de la cadena frutera Fyffes, y de Schweppes: TÓNICA DE SCHHH... YA SABES QUIÉN. Ella dijo: «¿Puedes volver el lunes? Yo preparo la cena».

A la policía le pareció preocupante la perspectiva de una tercera visita en cuatro días a la misma dirección, pero él no dio su brazo a torcer y al final cedieron. Esa noche ella le contó ciertos detalles de su vida, aunque se mostró reservada sobre la mayor parte, y él volvió a intuir el dolor de su infancia, la madre perdida, el padre de edad avanzada, la extraña vida de Cenicienta con los parientes que la acogieron. Había una mujer cuyo nombre no quiso mencionar, que la había tratado mal, a quien aludía solo como *la mujer que cuidó de mí entonces*. Al final había encontrado la felicidad con una prima mayor llamada Carol Knibb, que había sido una segunda madre para ella. Había estudiado literatura en la Universidad de Warwick. Y le gustaban los libros de él. Después de muchas horas de conversación estaban cogidos de la mano y al cabo de un momento se besaban. Cuando él consultó el reloj, eran las tres y media de la madrugada, ya muy pasada la hora de la calabaza, dijo él, y en la habitación contigua había unos policías en extremo cascarrabias y cansados. «Muy interesado -escribió él en su diario-. Es lista, tierna, vulnerable, hermosa y afectuosa.» El interés de ella en él era insondable y misterioso. Siempre eran las mujeres quienes elegían, pensó él, y el papel de los hombres era dar gracias al cielo por su suerte.

Ella debía ir a Derbyshire a ver a su prima Carol y luego tenía planeadas desde hacía tiempo unas vacaciones con una amiga, así que no podían volver a verse hasta transcurridas un par de semanas. Ella lo telefoneó desde el aeropuerto para despedirse y él deseó que no se fuera. Empezó a hablar de ella a sus amigos -Bill Buford, Gillon Aitken-, y dijo al agente de protección Dick Billington que deseaba que la añadieran a «la lista» para que pudiera visitarlo en Wimbledon. Mientras pronunciaba estas palabras, supo que había tomado una decisión respecto a ella. «Habrá que investigarla, Joe», advirtió Dick Billington. La *investigación negativa* era un procedimiento más rápido que la *investigación positiva*. Se indagaba en sus antecedentes, y siempre y cuando no surgiera ninguna bandera roja, se daba el visto bueno. La *investigación positiva* requería mucho más tiempo; era necesario entrevistar a distintas

personas. Implicaba un trabajo directo sobre el terreno. «Eso no será necesario en este caso», aseguró Dick. Al cabo de veinticuatro horas Elizabeth había superado la prueba; al parecer, en su pasado no había personajes turbios, ni agentes iraníes ni del Mossad. Él la telefoneó para decírselo. «Esto es lo que quiero», dijo. «Es maravilloso», contestó ella, y así empezó. Al cabo de dos días, ella tomó una copa con Liz Calder (que había vuelto de sus vacaciones) para contarle lo ocurrido y luego fue directamente en bicicleta hasta la casa de Wimbledon y se quedó a dormir. Ese fin de semana pasó allí dos noches. Fueron a cenar a casa de Angela Carter y Mark Pearce en Clapham, y Angela, a quien no era fácil complacer, también dio su aprobación. Zafar también estaba ya de vuelta en Londres y fue a quedarse en la casa de Wimbledon, y dio la impresión de que Elizabeth y él hacían buenas migas.

Había mucho de que hablar. En la tercera noche de Elizabeth en la casa de Wimbledon, permanecieron despiertos hasta las cinco de la madrugada, contándose historias, dormitando, haciendo el amor. Él ni siquiera recordaba haber disfrutado jamás de una noche como esa. Algo bueno había empezado. Su corazón rebosaba. Elizabeth lo había llenado.

Harún era bien recibido por sus primeros lectores. Ese librito, escrito para cumplir una promesa a un niño, quizá acabara siendo su obra de ficción más querida. Su vida emocional y su vida profesional habían doblado un recodo, esa era su sensación; con lo que la manera absurda en la que se veía obligado a vivir se le antojaba, por alguna razón, aún peor. Zafar dijo que quería ir a esquiar. «Quizá podrías ir con mamá, y yo lo pago», propuso él. «Pero yo quiero ir contigo», insistió su hijo. Esas palabras le desgarraron el corazón.

Llegó el correo. Incluía los primeros ejemplares acabados de *Harún*. Eso le levantó el ánimo. Firmó una docena de ejemplares personalizados para amigos de Zafar. En el de Elizabeth escribió: «Gracias por devolverme la alegría».

Cada vez era más aceptable creer que el «caso Rushdie» no merecía las turbulencias que había provocado, porque el propio hombre era un espécimen indigno. Norman Tebbit, uno de los aliados políticos de Margaret Thatcher más cercanos a ella, escribió en *The Independent* que el autor de *Los versos satánicos* era un «singular villano [...] cuya vida pública ha sido una sucesión de actos despreciables de traición a su educación, religión, patria y nacionalidad adoptivas». El célebre historiador, par conservador y «autentificador» de los falsos «Diarios de Hitler», lord Dacre (Hugh Trevor-Roper), sacando pecho después de sus pifias anteriores, declaró, también en *The Independent*: «Me pregunto cómo le va a Salman Rushdie últimamente bajo la benévola protección de la justicia británica y de la policía británica, con las que tan desconsiderado ha sido. No demasiado bien, espero [...] Yo no derramaría una sola lágrima si unos musulmanes británicos, deplorando sus modales, lo atacaran en una calle oscura e intentaran mejorárselos. Si con eso se conseguía que después él controlara su pluma, la sociedad saldría ganando y no sería una pérdida para la literatura».

El novelista John le Carré había dicho: «No creo que estemos autorizados a tratar de manera impertinente a las grandes religiones con impunidad». Y en otra ocasión: «Una y otra vez ha estado en sus manos salvaguardar el prestigio de sus editores y, con dignidad, retirar su libro hasta que lleguen tiempos más tranquilos. Me parece que no tiene nada más que demostrar aparte de su propia insensibilidad». Le Carré también discrepaba del argumento del «mérito literario»: «¿Debemos creer que aquellos que escriben gran literatura tienen más derecho a la libertad de expresión que aquellos que escriben literatura barata? Ese elitismo no favorece la causa de Rushdie, sea lo que sea aquello en lo que se ha convertido ahora esa causa». No decía si también se habría opuesto al uso del «mérito literario» en defensa de, digamos, *Ulises*, de James Joyce, o *El amante de lady Chatterley*, de D. H. Lawrence.

A Douglas Hurd, el ministro de Asuntos Exteriores británico y «novelista», se le preguntó en el *Evening Standard*: «¿Cuál fue su momento más doloroso durante su etapa en el gobierno?». Contestó: «Cuando leí *Los versos satánicos*».

A principios de septiembre conoció a Duncan Slater en su casa en Knightsbridge. Los numerosos cuadros y artefactos indios pusieron de manifiesto que Slater era un indiófilo insospechado, lo que acaso explicara su simpatía por el hombre invisible. «Debería utilizar todos sus contactos en los medios -sugirió Slater-. Necesita artículos positivos.» Nadine Gordimer había reunido una imponente lista de firmantes para su petición a Irán, incluidos Václav Havel, el ministro de Cultura francés y otros muchos escritores, académicos y políticos, y Slater propuso utilizar eso para propiciar la aparición de un editorial afín en, por ejemplo, *The Times*. La carta de Gordimer se publicó y causó un pequeño revuelo. No cambió nada. *The Independent* informó de que había recibido ciento sesenta cartas criticando la declaración de Tebbit, y dos apoyándola. Eso ya era algo.

Pocos días después el ministro de Asuntos Exteriores italiano, Gianni de Michelis, anunció que Europa e Irán estaban «cerca» de un intercambio de correspondencia que serviría para «retirar la fetua» y posibilitaría la normalización de relaciones. Slater dijo que esa información se había «adelantado un poco a la noticia», pero sí, la «troika» de ministros de Asuntos Exteriores de la Comunidad Europea planeaba unas conversaciones con el ministro de Asuntos Exteriores iraní Alí Akbar Velayati en un futuro próximo.

Elizabeth había empezado a hablar a sus amigos íntimos de su nueva relación. Él, por su parte, charló con Isabel Fonseca y le contó lo de Elizabeth. Se enteró entonces de que Marianne volvía a Londres.

El día que se publicó *Harún y el Mar de las Historias*, el 27 de septiembre de 1990, Irán y el Reino Unido restablecieron relaciones diplomáticas parciales. Duncan Slater telefoneó desde Nueva York para decir que «se habían recibido garantías». Irán no haría nada para ejecutar la fetua. Sin embargo, no la anularía, y la oferta de millones de dólares en recompensa (el

ayatolá Sanei, que había anunciado la oferta original, seguía aumentando la cifra) permanecería en pie porque no tenía «nada que ver con el gobierno». Slater intentó presentarlo como un paso positivo, pero él lo vio como una capitulación. Cualquier trato pactado en su nombre por Douglas Hurd no era un trato en el que él pudiera confiar.

Los servicios de inteligencia y la División Especial por lo visto pensaron lo mismo. No hubo cambios en la evaluación de la amenaza. Él continuaría en el nivel dos, un peldaño por debajo de la reina. No habría ningún cambio en la organización de la protección. La casa de St. Peter's Street permanecería cerrada. No se le *permitiría* volver a su casa.

Pero en su vida había un nuevo comienzo. En ese momento era lo que más contaba. *Harún* se vendía bien y el horrendo escenario de Sonny Mehta permanecía inamovible en el país de sus pesadillas. Los cachemires no se alzaron, indignados por el nombre de una abubilla mecánica parlante. No hubo ni rastro de sangre en las calles. Sonny había estado huyendo de sombras y ahora, a plena luz del día, sus hombres del saco quedaban expuestos como los terrores nocturnos vacíos que eran.

Se le *permitió* asomar a la superficie brevemente, y sin previo aviso, en una librería de Londres, Waterstone's, en Hampstead, para firmar ejemplares de *Harún y el Mar de las Historias*. Zafar también fue y «ayudó», entregándole los libros para que los firmara, y Bill Buford fue una presencia benévola y risueña. Durante una hora volvió a sentirse como un autor de libros. Pero era imposible no ver el nerviosismo en los ojos del equipo de protección. No por primera vez comprendió que también ellos tenían miedo.

En casa estaba Elizabeth. Su relación se estrechaba a diario. «Estoy asustada -dijo ella-, porque empiezo a ser demasiado vulnerable ante ti.» Él hizo todo lo posible por tranquilizarla. *Te quiero con locura y no voy a dejarte ir*. Ella temía que él estuviera con ella solo a falta de algo mejor, que cuando acabaran las amenazas se marchara a Estados Unidos y la abandonara. Él le había hablado de su amor por Nueva York y su sueño de vivir allí en libertad algún día. Él, cuya vida había sido una sucesión de desarraigos (que intentaría redefinir como «múltiples arraigos»), no entendía lo profundamente inglesa que era ella, lo hondas que eran sus raíces. Desde esos días iniciales Elizabeth tuvo la sensación de estar compitiendo con Nueva York. *Te largarás y me dejarás aquí*. Cuando bebían unas cuantas copas de vino, surgía entre ellos esa desazón. Ninguno de los dos consideraba que esos esporádicos momentos de irritación tuvieran importancia. La mayor parte del tiempo eran felices juntos. *Estoy profundamente enamorado*, escribió él, consciente de lo asombroso que era poder escribir esas palabras. Llevaba una vida sometida a una fuerte vigilancia y él mismo no habría esperado que el amor pudiera abrirse paso a través de los controles fronterizos de su extraño exilio interior. Y sin embargo allí estaba, casi todas las noches y fines de semana, yendo en bicicleta alegremente hacia él a través del Támesis.

El odio seguía aún en el aire, además del amor. El locuaz gnomo de jardín

del Instituto Musulmán seguía despotricando y se le concedían todas las oportunidades para hacerlo. De pronto aparecía en la radio de la BBC diciendo que Salman Rushdie «ha sido declarado culpable de un delito capital a los ojos de la máxima autoridad jurídica del islam y lo único que falta es la aplicación del castigo». En un diario dominical, Siddiqui precisó lo que pensaba: «Debe pagar con la vida». En Gran Bretaña no había ejecuciones desde hacía un cuarto de siglo, pero ahora el debate del homicidio «legal» volvía a ser aceptable debido a la «cólera del islam». En Líbano se hizo eco de las opiniones de Siddiqui el líder de Hezbolá, Hussein Musawi. *Debe morir*. Simon Lee, autor de *The Cost of Free Speech*, sugirió que lo enviaran a Irlanda del Norte para vivir allí por el resto de sus días, pues en esa zona ya había grandes dispositivos de seguridad. Garry Bushell, columnista del *Sun*, lo describió como mayor traidor a su país que George Blake. Blake, un agente doble soviético, había sido condenado a cuarenta y dos años de prisión por espionaje, pero había huido de la cárcel y escapado a la Unión Soviética. Escribir una novela podía ahora calificarse con toda seriedad de delito más horrendo que la alta traición.

Dos años de ataques por parte de adversarios musulmanes y no musulmanes lo habían afectado más de lo que él había creído. Nunca había olvidado el día en que le llevaron un ejemplar de *The Guardian* y vio lo que había escrito sobre él el novelista y crítico John Berger. Conocía a Berger y admiraba, en especial, sus ensayos *Mirar* y *Modos de ver*, y pensaba que mantenían buenas relaciones. Buscó apresuradamente la sección de opinión para leerlo. La consternación por lo que encontró, el enconado ataque de Berger contra su obra y sus motivaciones, fue grande. Tenían muchos amigos comunes, Anthony Barnett de Carta 88, por ejemplo, y durante los meses y años posteriores esos intermediarios preguntarían a Berger por qué había escrito un artículo tan hostil. Invariablemente se negaba a contestar a esa pregunta.

El amor de una mujer no podía aplacar fácilmente el dolor de tantas «flechas negras». Quizá no había amor suficiente en el mundo para sanarlo en ese momento. Se había publicado su nuevo libro y ese mismo día el gobierno británico había vuelto a acostarse con quienes pretendían asesinarlo. Era elogiado en la sección literaria y vilipendiado en las noticias. Por la noche oía *Te quiero* pero durante el día el grito era *Muere*.

Elizabeth no recibía protección policial, pero para garantizar su seguridad era importante mantenerla alejada de la mirada pública. Los amigos de él nunca mencionaban su nombre, ni siquiera su existencia, fuera del «círculo encantado». Pero, inevitablemente, la prensa se enteró. No había fotos de ella accesibles, ni se facilitó ninguna, pero eso no impidió que la prensa sensacionalista especulara acerca de las razones por las que una hermosa joven podía querer estar con un novelista catorce años mayor que ella con el estigma de la muerte grabado en la frente. Vio una fotografía suya en el periódico con el pie RUSHDIE: FEO. Inevitablemente se supuso que ella

estaba allí por motivos mezquinos, por su dinero, quizá, o, en opinión de un «psicólogo» que fue capaz de juzgarla sin conocerla, porque cierta clase de mujeres jóvenes se excitaban con el olor del peligro.

Ahora que el secreto había salido a la luz, la policía se preocupó más por su seguridad, y por la de él. Empezaron a inquietarse por la posibilidad de que la siguieran en su recorrido en bicicleta e insistieron en que ella se reuniera con ellos en un lugar acordado y se sometiera a la «limpieza en seco». También dirigieron un aviso a la prensa, advirtiéndoles que se alejaran de ella, porque hacer pública su imagen aumentaría la probabilidad de que se perpetrara un crimen. Durante los años siguientes, la prensa ayudó a protegerla. Nunca se tomó ni se publicó una fotografía suya. Cada vez que él aparecía en público, a ella la llevaban al lugar por separado y la recogían después en otro coche. Él decía a los fotógrafos de la prensa que con mucho gusto se dejaría fotografiar y les pedía, a cambio, que a ella la dejaran en paz; y asombrosamente así lo hicieron. Todos sabían que la fetua era un asunto serio, y todos se lo tomaban en serio. Ni siquiera la fotografiaron cuando, cinco años más tarde, su novela *El último suspiro del moro* se incluyó en la lista de candidatos para el Booker y ella lo acompañó a la ceremonia. La cena del Booker se emitió en directo por BBC2, pero los cámaras tenían instrucciones de no enfocarla, y no se transmitió una sola imagen de su rostro. Como consecuencia de esta excepcional contención, Elizabeth pudo, durante todos los años de la fetua, moverse por la ciudad libremente, como una ciudadana más, sin llamar la atención de nadie, ni amigos ni enemigos. Era una persona profundamente reservada, y eso se ajustaba bien a su manera de ser.

A mediados de octubre, él se sentó con Mike Wallace en un hotel al oeste de Londres para una entrevista en *60 Minutes*, y ya en el último tramo de la entrevista Wallace mencionó el final de su matrimonio con Marianne y luego preguntó: «¿Cómo resuelve el problema de la compañía? ¿Debe llevar una vida célibe?». La pregunta lo cogió desprevenido, y obviamente no podía revelar a Wallace la verdad de su amor recién hallado; titubeó por un instante y luego, como por milagro, encontró las palabras adecuadas. «Es agradable -dijo- tomarse un descanso.» Mike Wallace pareció tan sorprendido por esta respuesta que él tuvo que añadir: «No, no hablo en serio». *Era una broma, Mike*.

Marianne telefoneó. Había vuelto de Estados Unidos otra vez. Él quería hablar con ella sobre abogados y la formalización del divorcio, pero ella tenía otro asunto que tratar. Le había aparecido un bulto en el pecho que, según creía, era «precanceroso». Estaba furiosa con su doctora de cabecera, que debería habérselo diagnosticado «seis meses antes». Pero el hecho era que allí estaba el bulto. Necesitaba contar con él, dijo. Aún lo quería. Tres días después tenía noticias peores. Era cáncer: linfoma de Burkitt, una forma de cáncer del grupo no-Hodgkin. La atendía un especialista del hospital Chelsea y Westminster, un tal doctor Abdul-Ahad. Durante las semanas posteriores le

dijo que recibía radioterapia. Él no supo qué decirle.

Pauline Melville había ganado el Premio de Narrativa Guardian por *Shape-shifter*. Él la telefoneó para darle la enhorabuena, pero ella quería hablar de Marianne. Ella, Pauline, se había ofrecido repetidamente a acompañar a Marianne al hospital los días de tratamiento. El ofrecimiento había sido rechazado indefectiblemente. Pauline volvió a telefonearle unos días después y le dijo: «Creo que deberías llamar a ese doctor Abdul-Ahad y hablar con él personalmente».

El doctor Abdul-Ahad, oncólogo, no conocía a Marianne, ni, dijo, habría tratado un cáncer como ese en particular. Su especialidad era otra clase de cánceres muy distintos, principalmente en niños. Aquello lo desconcertó. ¿Había otros doctores Abdul-Ahad? ¿Estaba hablando con el que no era?

Ese era el día que Marianne, según había dicho, iniciaba el tratamiento en el Royal Marsden. Había dos centros Royal Marsden, uno en Fulham Road y el otro en Sutton. Telefoneó a los dos. No sabían quién era Marianne. Más desconcierto. Quizá había adoptado otro nombre. Quizá también ella empleaba un seudónimo a lo Joseph Anton. Él pretendía ayudar, pero había llegado a un callejón sin salida.

Telefoneó a la doctora de cabecera de Marianne y le preguntó si accedería a hablar con él. Dijo que conocía el compromiso de confidencialidad entre médico y paciente, pero el oncólogo con quien había hablado le había sugerido que mantuviese una conversación con ella. «Me alegro de que haya telefoneado -respondió la doctora-. He perdido el contacto con Marianne. ¿Podría usted darme una dirección y un número de teléfono? Es evidente que necesito hablar con ella.» A él le sorprendió oír eso. La doctora no veía a Marianne desde hacía más de un año, y añadió que Marianne nunca le había comentado nada de ningún cáncer.

Marianne dejó de devolverle las llamadas. Él nunca llegó a saber si la doctora se había puesto en contacto con ella o no, nunca llegó a saber si ella había cambiado de médico de cabecera, nunca llegó a saber nada de todo eso. Después ya apenas volvieron a hablar. Ella accedió al divorcio y planteó ciertas exigencias económicas, una módica suma para ayudarla a iniciar una nueva vida. Se marchó de Londres y se instaló en Washington D. C. Él no tuvo ya noticias de ninguna enfermedad o tratamiento médico. Ella siguió viviendo, y escribiendo. Sus libros fueron muy respetados y nominados tanto para el premio Pulitzer como para el National Book Award. Él siempre la había considerado una excelente escritora y le deseaba lo mejor. Sus vidas siguieron rumbos separados, y no volvieron a cruzarse.

No: eso no era exacto. Se cruzaron una vez más. Él estaba a punto de hacerse vulnerable a un ataque, y ella aprovechó la oportunidad y se vengó.

Él leyó una novela del escritor chileno José Donoso sobre la demolición del yo, *El obsceno pájaro de la noche*. En su vulnerable estado de ánimo, probablemente no fue la mejor lectura posible. El título procedía de una carta

escrita por Henry James, padre, a sus hijos Henry y William, que servía como epígrafe a la novela: «Todo hombre que haya alcanzado aunque no sea más que su adolescencia intelectual, empieza a sospechar que la vida no es una farsa; ni siquiera comedia; que, por el contrario, florece y fructifica a partir de las más sombrías profundidades de la penuria esencial en la que se hunden las raíces del sujeto. La herencia natural de toda persona que sea capaz de vida espiritual es una selva indómita en la que aúlla el lobo y parlotea el obsceno pájaro de la noche».

Se quedó en vela, viendo dormir a Elizabeth, y en su habitación la selva indómita creció y creció, como esa otra selva en el gran libro de Sendak, la selva más allá de la cual se extendía el océano más allá del cual se extendía el lugar donde vivían los monstruos, y aquí había un bote privado en el que él podía navegar, y en el lugar donde vivían los monstruos lo esperaba un dentista. Quizá las muelas del juicio habían sido finalmente un augurio. Quizá existían los augurios y los presagios y los auspicios y las profecías, y todas aquellas cosas en las que no creía eran más reales que las cosas que conocía. Quizá si existían monstruos con alas de murciélago y gules de ojos saltones..., quizá si existían los demonios y los diablos... podía existir también un dios. Sí, y quizá él estaba perdiendo la razón. El pez loco, estúpido y, en última instancia, muerto es el que va en busca del anzuelo.

El pescador que atrapó al pez loco, la sirena que guió su bote privado contra las rocas, fue el «dentista holístico» de Harley Street, Hesham el-Essawy. (Quizá él debería haberse atenido al buen juicio de las muelas.) Essawy fue una elección insólita para el papel, pese a darse un aire a Peter Sellers con unos kilos de más, pero el pez desesperado, atrapado en su pecera durante dos largos años, bajo de ánimo, con la autoestima muy vapuleada, buscaba una escapatoria, cualquier escapatoria, y confundió el gusano del pescador, ese gusano que se retorcía, con la llave.

Volvió a reunirse con Duncan Slater en Knightsbridge, y esta vez había otro hombre en la sala, David Gore-Booth, prometedor político del Foreign Office. Gore-Booth había estado presente en las conversaciones con los iraníes en Nueva York y había accedido a informarlo personalmente. Era altivo, inteligente, duro y directo, y, como arabista que era, dio la impresión de que en aquel asunto no depositaba sus simpatías en el escritor sino en sus detractores. Ya desde los tiempos de Lawrence de Arabia, el Foreign Office se había «decantado» hacia el mundo musulmán (Gore-Booth acabaría siendo un personaje impopular en Israel) y sus mandamases a menudo exudaban una sincera irritación por las dificultades en las relaciones entre Gran Bretaña y ese mundo causadas nada menos que por un novelista. Así y todo, Gore-Booth afirmó que las garantías recibidas desde Irán eran «reales». No intentarían llevar a efecto la sentencia de muerte. Ahora lo importante era serenar los ánimos en el propio país. Si era posible persuadir a los musulmanes británicos de que contuvieran a los perros, las aguas podrían volver a su cauce bastante

pronto. «Ese aspecto de la situación -dijo- en realidad está en manos de usted.»

Frances D'Souza reaccionó con un optimismo entusiasta cuando él telefoneó para ponerla al corriente de su reunión con Gore-Booth. «¡Creo que podríamos llegar a un acuerdo!», exclamó ella. Pero a él la reunión le había dejado sensación de desánimo, porque Gore-Booth apenas había disimulado su desprecio por lo que él presuntamente había hecho. *Ese aspecto de la situación en realidad está en manos de usted*. Los principios volvían a interpretarse como obstinación. Su empeño en mantenerse firme, en insistir en que él era la víctima, no el perpetrador, de una gran injusticia se recibía como arrogancia. Siendo tanto lo que se hacía por él, ¿por qué era tan inflexible? Aquello lo había iniciado él: también él debía ponerle fin.

Tales actitudes, cada vez más generalizadas, eran una pesada carga, bajo la que gradualmente costaba más creer que actuaba con la mejor voluntad. Cierto diálogo con los musulmanes británicos era quizá ineludible. Frances le dijo que Essawy se había puesto en contacto con Artículo 19 para ofrecerse a mediar. Desde un punto de vista intelectual, Essawy no impresionaba mucho, pero tenía buenas intenciones, creía ella, e incluso era bondadoso. Para ella, ahora esa vía era vital. La campaña de defensa andaba escasa de fondos. Necesitaba recaudar seis mil libras con urgencia. Cada vez resultaba más difícil convencer a Artículo 19 de la conveniencia de seguir financiando las labores de la campaña por ese asunto. Había que demostrar que se producía algún avance.

Telefoneó a Essawy. El dentista se mostró cortés con él, le habló con gentileza, afirmando que lo compadecía por lo desagradable que era su vida. Él se dio cuenta de que aquello era pura zalamería, un embeleco casi infantil, pero siguió al aparato. Essawy se declaró dispuesto a ayudar. Podía organizar una reunión con intelectuales musulmanes «de mucho peso» y utilizar eso para iniciar una campaña por todo el mundo árabe, e incluso en Irán. «Yo soy su mejor apuesta -dijo-. Quiero que sea usted una figura a lo Ghazali y vuelva a la fe.» Muhammad al-Ghazali, el pensador musulmán conservador, era autor de la célebre obra *La incoherencia de los filósofos*, en la que tachaba de descreídos y falseadores de la fe verdadera tanto a los grandes griegos Aristóteles y Sócrates como a Ibn Sina (Avicena), que había aspirado a aprender de ellos. A Ghazali le había contestado Ibn Rushd (Averroes), el aristotélico de quien Anis Rushdie extrajo su apellido, en la obra no menos célebre *La incoherencia de la incoherencia*. Él personalmente se había visto siempre como miembro del equipo de Ibn Rushd, no como ghazaliano, pero comprendía que Essawy no se refería a la filosofía de Ghazali sino al momento en que este sufrió una crisis de fe personal que superó gracias a «una luz que Dios el Altísimo lanzó a mi pecho». Le pareció poco probable que su pecho fuese a recibir la luz de Dios el Altísimo en un futuro cercano, pero Essawy insistió. «No creo en ese agujero en forma de dios sobre el que usted escribió -dijo-. Es usted un hombre inteligente.» Como si la inteligencia

y la ausencia de fe no pudieran coexistir en una misma mente. El significado de ese agujero en forma de dios, se le explicaba, no era solo que se tratara de una cavidad que llenar por medio del arte y el amor, como él había escrito, sino que *tenía la forma de Dios*. Ahora debía contemplar no el vacío, sino la forma que lo enmarcaba.

En circunstancias normales él no habría perdido el tiempo en una discusión como esa, pero las circunstancias distaban mucho de la normalidad. Habló con Sameen, que receló. «Te conviene saber qué espera Essawy exactamente», le dijo su hermana. Essawy había escrito en fecha reciente una carta abierta a Rafsanjani en Irán en la que hacía referencia a «este escritor indigno». («Me perdonará por eso, ¿verdad?», lisonjeó falsamente por teléfono.) Y había planteado una exigencia que sería un escollo vital: «No debe defender el libro».

Cada vez que telefoneaba a Essawy se daba cuenta de que era atraído más y más a un espacio del que le costaría retirarse. Así y todo, siguió llamando, y Essawy le permitió tomarse su tiempo, descubrir su camino lentamente, a su propio ritmo, con numerosos retrocesos y fugas, hacia donde el anzuelo esperaba su predispuesta boca. Su entrevista en el *South Bank Show* había sido muy útil, afirmó el dentista. Sus antiguas posturas sobre Cachemira y Palestina también lo eran. Demostrarían a los musulmanes que él no era su enemigo. Debía grabar un vídeo en el que reiterase su apoyo a las aspiraciones de cachemires y palestinos y que pudiera presentarse en el Centro Cultural Islámico de Londres para contribuir a cambiar la actitud de la gente hacia él. *Quizá*, dijo él; *me lo pensaré*.

Nunca supo gran cosa sobre Essawy el hombre. El dentista dijo que estaba felizmente casado y que, de hecho, su mujer era tan atenta en su afecto que, mientras ellos hablaban por teléfono, estaba cortándole las uñas de los pies. Esa se convirtió en la imagen del dentista que se le quedó grabada en la mente: un hombre llamando por teléfono con una mujer arrodillada a sus pies.

Margaret Drabble y Michael Holroyd los invitaron a él y Elizabeth a Porlock Weir a pasar el fin de semana, junto con el dramaturgo Julian Mitchell y su pareja Richard Rosen. Formaban un grupo alegre pero él, angustiado, se devanaba los sesos para encontrar una manera de acomodarse a sus adversarios, para buscar las palabras -palabras que le fuera posible decir- con las que poner fin al impasse. Fueron a dar un largo paseo por el exuberante y verde valle de Doone, y mientras caminaban, discutía consigo mismo. Tal vez podía hacer una declaración en la línea de que él pertenecía, más que a la fe del islam, a su cultura. Al fin y al cabo, había judíos seglares, no religiosos; quizá pudiera aducir una especie de pertenencia seglar a una comunidad musulmana unida por las tradiciones y el conocimiento.

En definitiva, procedía de una familia musulmana india. Esa era la verdad. Tal vez sus padres no fueran religiosos, pero la mayor parte de su familia sí lo era. Sin duda se había visto profundamente afectado por la cultura

musulmana; a fin de cuentas, cuando quiso inventar la historia del nacimiento de una religión ficticia recurrió a la historia del islam, porque era la que mejor conocía. Y sí, había defendido en artículos y entrevistas los derechos de los musulmanes de Cachemira, y en *Hijos de la medianoche* había situado a una familia musulmana, no hindú, en el centro de la historia del nacimiento de la India independiente. ¿Cómo podía considerárselo enemigo del islam cuando ese era su historial? No era un enemigo. Era un amigo. Era un amigo escéptico, incluso disidente, pero igualmente amigo.

Habló con Essawy desde la casa de Maggie y Michael. El pescador sintió al pez en el anzuelo y supo que había llegado el momento de enrollar el sedal. «Cuando hable -dijo-, hágalo con claridad. No debe haber equívocos.»

La policía accedió a que fuera a ver la proyección privada de la nueva película de Bernardo Bertolucci, *El cielo protector*. Después de la proyección no sabía qué decirle a Bernardo. No le había gustado ni un solo detalle de la película. «¡Ah! ¡Salman! -exclamó Bertolucci-. Para mí es muy importante saber tu opinión de la película.» En ese momento acudieron a su cabeza las palabras adecuadas, del mismo modo que otras palabras se le habían ofrecido cuando Mike Wallace le preguntó por el sexo. Se llevó la mano al corazón y dijo: «Bernardo..., me es imposible hablar de ella». Bertolucci asintió en un gesto de comprensión. «Mucha gente ha reaccionado así», dijo.

De camino a casa esperó un tercer milagro: que se le ocurrieran las palabras adecuadas en el momento adecuado por tercera vez, las palabras que indujeran a los líderes musulmanes británicos a mover la cabeza en un sabio gesto de asentimiento y comprender.

Mientras acababa su recopilación de artículos, *Imaginary Homelands* -escribiendo la introducción, corrigiendo galeradas-, le propusieron una entrevista en el programa *Late Show* de la BBC. El entrevistador sería su amigo Michael Ignatieff, el escritor y locutor canadiense de origen ruso, por lo que tenía garantizado un trato comprensivo. En esa entrevista dijo lo que creía que todo el mundo quería oír. *Estoy en conversaciones con los líderes musulmanes para buscar un espacio común*. Nadie quería oír ya hablar de libertad, ni del derecho inalienable del escritor a expresar su visión del mundo como considerara oportuno, ni de la inmoralidad de la quema de libros y las amenazas de muerte. Esas argumentaciones estaban agotadas. Reafirmarse en eso se vería como una actitud obcecada e inútil. La gente quería oírlo hacer las paces para que se acabaran los problemas y él pudiera marcharse, desaparecer de sus televisores, de sus periódicos, desvanecerse en la oscuridad que merecía, preferiblemente para pasar el resto de su vida meditando sobre el mal que había causado y buscando maneras de pedir perdón por ello y compensarlo. Ni él ni sus principios ni su maldito libro le importaban a nadie. Necesitaban que pusiera fin a ese dichoso asunto. *Hay mucho espacio común*, dijo, *y el objetivo es intentar consolidarlo*.

Mordió el jugoso gusano, y no se detuvo al sentir la punta del anzuelo.

Se produjo un revuelo de respuestas, como si hubiese estado caminando entre las hojas caídas del otoño y de pronto las hubiese hecho volar de una patada. Sameen oyó por la radio que los «líderes musulmanes moderados» solicitaban a Irán que anulase la fetua. En cambio, los «líderes» musulmanes británicos con quienes no había hablado negaron estar en negociaciones con él. El gnomo de jardín subió de un brinco a un avión con destino a Teherán para instar a los dirigentes del país a mantenerse firmes, y seis días después el ministro de cultura y orientación islámica, Mohammad Jatami -el futuro presidente Jatami, la gran esperanza liberal de Irán- declaró que la fetua era irreversible. Cuando él oyó eso, telefoneó a Duncan Slater. «Pensaba que había dicho que los iraníes iban a dejar que esto se apagara», dijo. «Ya le llamaremos», repuso Slater.

Salió en el programa radiofónico matutino de los lunes a cargo de Melvyn Bragg, *Start the Week*, y mencionó a Essawy como la «principal figura musulmana» que había iniciado un diálogo con él. Habló con Ted Koppel en *Nightline* y expresó su esperanza de que las cosas mejoraran. En Irán aumentaron de nuevo la recompensa ofrecida: todavía un millón de dólares para los iraníes, pero ahora tres millones de dólares si el autor del hecho no era iraní. Habló con Slater. El acuerdo de Nueva York era sin duda falso. El gobierno británico debía actuar. Slater accedió a transmitir el mensaje. El gobierno no actuó. Él dijo, en la televisión estadounidense, que empezaba a estar «un tanto molesto por la falta de reacción del gobierno británico» ante esas nuevas amenazas.

El pescador empezó a arrastrar el pez hacia la red. «Debe celebrarse una reunión -propuso Essawy-, y los musulmanes deben acogerlo de nuevo.»

No consultó con nadie, no pidió consejo ni orientación a nadie. Eso por sí solo debería haberle indicado que *no estaba en plenitud de facultades*. Normalmente habría hablado de cualquier decisión importante con Sameen, Pauline, Gillon, Andrew, Bill, Frances. No hizo ninguna llamada. No lo comentó siquiera con Elizabeth, en realidad no. «Intento resolverlo», le dijo, pero no le preguntó qué pensaba.

No le llegaba ayuda de ningún otro lado. Todo estaba en sus manos. Había luchado por su libro y en eso no cejaría. De todos modos ya habían arruinado su buen nombre. Daba igual qué pensara la gente de él. Ya pensaban lo peor. «Sí -le dijo al dentista, que estaba cada vez más ávido-, organice la reunión. Iré.»

La comisaría de Paddington Green era el recinto policial más seguro del Reino Unido. Por encima del nivel del suelo era una comisaría normal y corriente en un bloque de oficinas feo, pero la verdadera acción se desarrollaba en los sótanos. Era allí donde retenían e interrogaban a los miembros del IRA. Y en la Nochebuena de 1990 fue allí adonde lo llevaron

para reunirse con la gente de Essawy. Le habían dicho que no se aprobaría ningún otro lugar, así de nervioso estaba todo el mundo. Cuando entró en Paddington Green, con sus puertas a prueba de bomba e interminables cerraduras de seguridad y controles, él mismo empezó a ponerse nervioso. Luego entró en la sala de reuniones y paró en seco. Esperaba una conversación en torno a una mesa redonda, o que estuvieran todos sentados informalmente en butacas, quizá con un té o un café. Así de ingenuo había sido. Vio de pronto que no habría la menor informalidad, ni apariencia siquiera de conversación. No se habían reunido como iguales para hablar de un problema y llegar a un acuerdo civilizado. Él no sería tratado como un igual. Lo someterían a juicio.

La sala había sido preparada por los prohombres musulmanes como la sala de un juzgado. Estaban sentados en una hilera, como seis jueces de un tribunal, detrás de una mesa larga, y ante ellos había una única silla de respaldo recto. Él se detuvo en la puerta como un caballo que rehúsa un obstáculo, y Essawy se acercó a él y, en apremiantes susurros, le dijo que debía entrar, que esos eran caballeros importantes, que habían buscado un hueco en sus agendas, que no debía hacerles esperar. Debía tener la amabilidad de sentarse. Todo el mundo esperaba.

En ese mismo momento debería haberse dado media vuelta y marchado a casa, debería haberse alejado de la degradación y haber regresado a la autoestima. Cada paso al frente era un error. Pero ahora se había convertido en el zombi de Essawy. La delicada mano del dentista, cogiéndolo del codo, lo guió hacia la silla vacía.

Le presentaron a todo el mundo pero él apenas registró sus nombres. Había barbas y turbantes y miradas penetrantes e inquisitivas. Reconoció a Zaki Badawi, el rector egipcio de la Universidad Musulmana en Londres, un «progresista» que había condenado *Los versos satánicos* pero había afirmado que daría refugio al autor en su propia casa. Le presentaron a un tal señor Mahgoub, el ministro egipcio de *awqaf* (donaciones religiosas) y al jeque Gamal Manna Alí Solaiman, de la Mezquita Central londinense, un edificio de cúpula dorada en el Regent's Park, y al colaborador del jeque Gamal, el jeque Hamed Jalifa. Essawy era de origen egipcio y había llevado a la sala a otros egipcios.

Ahora ya lo tenían allí, así que al principio se rieron y bromearon con él. Dejaron caer comentarios descorteses sobre Kalim Siddiqui, el malévolo gnomo de jardín y perro faldero de Irán. Prometieron iniciar una campaña de ámbito mundial para poner fin a la fetua. Intentó explicar los orígenes de su novela y todos coincidieron en que la controversia se basaba en «un trágico malentendido». Él no era un enemigo del islam. Querían reconocerlo como miembro de la intelectualidad musulmana. Ese era su más ferviente deseo. *Queremos reivindicarlo como uno de los nuestros*. Bastaba con que hiciera ciertos gestos de buena voluntad.

Él debía distanciarse, dijeron, de las declaraciones de ciertos personajes de

su novela que atacaban o insultaban al Profeta o su religión. Él respondió que había señalado con frecuencia que era imposible describir la persecución de un nuevo credo sin que los perseguidores llevaran a cabo cierto grado de persecución, y que era una injusticia manifiesta equiparar sus propias opiniones a las de ellos. Pues en ese caso, replicaron, eso le sería fácil decirlo.

Debía suspender la publicación de la edición en rústica, dijeron. Él contestó que insistir en eso era un error por su parte: darían la imagen de censores. Ellos afirmaron que se requería un periodo de tiempo para que sus esfuerzos de reconciliación dieran resultado. Él necesitaba crear ese espacio. Una vez aclarados los malentendidos, el libro ya no preocuparía a nadie y las nuevas ediciones dejarían de ser un problema.

Por último, él debía demostrar su sinceridad. Ya sabía qué era la *shahada*, ¿verdad que sí? Se había criado en la India, donde a eso lo llamaban *qalma*, pero eran la misma cosa. *No hay más Dios que Alá y Mahoma es su Profeta*. Esa era una declaración que debía hacer ese mismo día. Era eso lo que les permitiría tender la mano de la amistad, el perdón y la comprensión.

Él dijo que estaba dispuesto a expresar una identidad musulmana seglar, a declarar que se había formado en esa tradición. Ellos reaccionaron mal a la palabra «seglar». «Seglar» era el diablo. Esa palabra no debería haberse utilizado. Era necesario que él hablara con claridad, usando las palabras consagradas por la tradición. Ese era el único gesto que entenderían los musulmanes.

Habían preparado un documento para que él lo firmara. Essawy se lo entregó. Era agramatical y rudimentario. Él no podía firmar eso. «Revíselo, revíselo -lo instaron-. El gran escritor es usted, no nosotros.» En un rincón de la sala había una mesa y otra silla. Él se llevó allí el papel y se sentó para examinarlo. «Tómese el tiempo que necesite -indicaron-. Conviene que se quede a gusto con lo que firma.»

No estaba a gusto. Temblaba de amargura. Lamentaba no haber pedido consejo a sus amigos. ¿Qué habrían dicho ellos? ¿Qué le habría recomendado su padre? Se vio tambalearse al borde de un gran abismo. Pero también oyó el seductor susurro de la esperanza. Si ellos hacían lo que decían..., si la disputa terminaba..., si, si, si.

Firmó el documento corregido y se lo entregó a Essawy. Los seis «jueces» lo firmaron también. Intercambiaron abrazos y enhorabuenas. Había concluido. Él se perdió en un remolino, aturdido, cegado por lo que había hecho, y no tenía idea de adónde lo llevaba el tornado. No oía nada, no veía nada, no sentía nada. La policía lo sacó de la sala, y él oyó abrirse y cerrarse las puertas a lo largo del pasillo subterráneo. Luego se abrió y cerró la puerta de un coche. Se lo llevaban de allí. Cuando regresó a Wimbledon, Elizabeth lo aguardaba, ofreciéndole su amor. Él tenía las entrañas revueltas. Fue al cuarto de baño y vomitó violentamente. Su cuerpo sabía lo que su mente había hecho y expresaba su opinión.

Por la tarde lo llevaron a una rueda de prensa e intentó mostrarse positivo.

Siguieron varias entrevistas para la radio y la televisión, con Essawy y sin él. No recordaba lo que dijo. Sabía lo que estaba diciéndose a sí mismo. *Eres un embustero*, se decía. *Eres un embustero y un cobarde y un idiota*. Sameen lo telefoneó. «¿Es que has perdido la razón? -preguntó a voz en grito-. Pero ¿qué estás haciendo?» *Sí, has perdido la razón*, dijo su voz interior. *Y no tienes ni idea de lo que has hecho, ni de lo que estás haciendo, ni de lo que puedes hacer ahora*. Había sobrevivido todo ese tiempo porque podía llevarse la mano al corazón y defender hasta la última de las palabras que había escrito o dicho. Había escrito seriamente y con integridad, y todo lo que había dicho al respecto había sido la verdad. Ahora se había arrancado la lengua, se había negado la facultad de usar el lenguaje y las ideas que le eran naturales. Hasta ese momento había sido acusado de un delito contra las creencias de otros. Ahora se acusaba a sí mismo, y se declaraba culpable, de haber cometido un crimen contra sí mismo.

Al día siguiente era Navidad.

Lo trasladaron al apartamento de Pauline en un sótano de Highbury Hill, y llevaron a Zafar allí para que pudieran pasar juntos la mañana de Navidad. Después de un par de horas Zafar regresó con su madre, y a Elizabeth y él los condujeron a la casa de Graham Swift y Candice Rodd en Wandsworth. Era su segunda Navidad juntos. Seguían manteniendo relaciones tan cordiales como siempre y soslayaron el tema de lo que acababa de ocurrir para no aguar el ambiente navideño, pero él advertía la preocupación en sus ojos del mismo modo que ellos, estaba seguro, veían una expresión de confusión en los de él. Pasaron el día siguiente en la casita de Bill Buford en Cambridge, y Bill había preparado un festín. Esos momentos fueron claros en la tormenta. Después de eso, sus días transcurrieron en un continuo ajetreo con los periodistas y las noticias lo ensordecieron. Habló con la prensa británica, estadounidense e india, y con la sección persa del World Service de la BBC, y concedió entrevistas por teléfono a emisoras de radio de los musulmanes británicos. Despreció todas y cada una de las palabras que dijo. Se retorcía en el anzuelo que tan voluntariamente se había tragado y sentía náuseas de sí mismo. Sabía la verdad: no era más religioso entonces que unos días antes. Lo demás era pura conveniencia. Y ni siquiera surtía efecto.

Al principio dio la impresión de que quizá sí daría resultado. El gran jeque de al-Azhar salió en su apoyo y «le perdonó sus pecados» y Sibghat Qadri, prestigioso abogado, solicitó una reunión con el ministro de Justicia para hablar de la posibilidad de procesar a Kalim Siddiqui. Pero Irán se mantuvo intransigente. Jamenei declaró que la fetua seguiría vigente incluso «si Rushdie se convertía en el hombre más devoto de todos los tiempos» y un periódico fundamentalista de Teherán le aconsejó que «se preparara para la muerte». Siddiqui repitió como un loro estas afirmaciones. Y luego los Seis de Paddington Green empezaron a retractarse del acuerdo. El jeque Gamal exigió la total retirada de *Los versos satánicos*, contra lo que sus colegas y él habían

pactado. Gamal y su colega el jeque Hamed Jalifa habían recibido severas críticas por parte de los fieles de la mezquita del Regents' Park, y bajo la presión de esas críticas abandonaban sus posturas. Los saudíes y los iraníes manifestaron su «ira» por la injerencia del gobierno egipcio en los esfuerzos de paz, y Mahgoub, viendo peligrar su empleo, también renegó de lo acordado.

Y el 9 de enero de 1991, cuando Elizabeth cumplía treinta años, lo visitó a mediodía el señor Greenup, quien le dijo sombríamente: «Creemos que el peligro al que se expone ha aumentado. Se ha recibido información secreta creíble acerca de una amenaza concreta. Estamos analizándola y ya lo pondremos al corriente a su debido tiempo».

Había caído en la trampa de querer ser amado, había sido necio y débil, y ahora pagaba el precio.

V

«HUNDIDO HASTA EL CIELO»

Era el cumpleaños de Elizabeth, y él le preparaba una cena india. Para esta pequeña celebración, acudirían a Wimbledon Gillon, Bill, Pauline y Jane Wellesley. Quería que fuese una noche especial para Elizabeth. Ella le daba tanto y era tan poco lo que él podía darle que al menos le prepararía una comida. No contó a nadie lo que Greenup había dicho. Ya habría tiempo para eso en otro momento. Ese día, el 9 de enero, era exclusivamente para la mujer que amaba. Llevaban juntos cinco meses.

Después del cumpleaños de ella, él enfermó. Tuvo fiebre alta durante varios días y se quedó postrado en la cama. Mientras yacía allí, afiebrado y tembloroso, las noticias, tanto las privadas como las públicas, parecían un aspecto de su enfermedad. La ayudante de Andrew, Susan, había hablado con Marianne, que dijo que se encontraba bien, y sin duda así era, pero en ese momento él no podía preocuparse por eso. La policía insistía en que, con motivo de la «amenaza concreta», sus actividades debían restringirse aún más. Lo habían invitado a varios programas de televisión, *Wogan, Question Time*, pero no se le *permitiría* asistir. Lo habían invitado a hablar ante un grupo en la Cámara de los Comunes, pero no querían llevarlo al palacio de Westminster. Se autorizarían unas cuantas veladas en privado en casas de amigos, pero solo eso. Él sabía que se negaría a aceptarlo, pero entonces se sentía demasiado mal para discutir. A altas horas de la noche, cuando estaba en cama con fiebre, la televisión dio la noticia del inicio de la guerra del Golfo, el contundente ataque aéreo sobre Irak. Luego Irak atacó a Israel con misiles Scud, que milagrosamente no mataron a nadie, y por suerte no iban armados con ojivas químicas. Pasó los días en un semidelirio de sueño, fiebre e imágenes de bombardeos de precisión. Hubo llamadas, algunas atendidas, otras no, muchas pesadillas, y por encima de todo la continua angustia por su declaración de que se había «convertido en musulmán». A Sameen le costaba mucho digerir eso y algunas de las llamadas eran suyas. Durante dos años él había recorrido un camino hacia el corazón de las tinieblas y ahora allí estaba, en el infierno. Había dejado perplejos a todos sus amigos y se había obligado a colocarse, sonriente, junto a aquellos que lo habían vilipendiado y habían amenazado a otros, personas que habían consentido en la amenaza de asesinato proferida por Irán, que Iqbal Sacranie, sin ir más lejos, había descrito como «su castigo divino». El «intelectual» Tariq Modood le escribió una carta recomendándole que no hablara más de la fetua. «Los musulmanes la encuentran repulsiva»,

dijo Modood. Occidente había usado la fetua para demonizar a los musulmanes, y por tanto sería un comportamiento «repulsivo» por su parte seguir quejándose de eso. Ese tal Modood se presentaba como moderado, pero él, ante tanta hipocresía, ya no era capaz de pensar con claridad. Y esa era la gente a la que ya no podía poner en entredicho porque se había arrancado la lengua. Otro «moderado», Akbar Ahmed, telefoneó para decir que quizá la «línea dura» entrara lentamente en razón, pero él debía mostrarse «muy conciliador», un «*sadha* [simple] musulmán». Él contestó que solo estaba dispuesto a tragar una cantidad muy limitada de mierda.

Querido Dios: Si existes, y eres como te describen, omnisciente, omnipresente y en especial todopoderoso, seguro que no te echas a temblar en tu trono celestial al enfrentarte a un simple libro y quien lo ha escrito, ¿verdad que no? Los grandes filósofos musulmanes discreparon con frecuencia sobre tu relación exacta con los seres humanos y las acciones humanas. Ibn Sina (Avicena) sostuvo que Tú, estando tan por encima del mundo como estás, no puedes conocerlo más que en un sentido muy general y abstracto. Ghazali discrepó. Cualquier Dios «aceptable para el islam» conocería con detalle todo lo que sucediera sobre la faz de la tierra y tendría una opinión al respecto. Pues bien, Ibn Rushd eso no se lo creyó, como Tú debes de saber si Ghazali estaba en lo cierto (y no lo estaban Ibn Sina o Ibn Rushd). Si fueras como te presenta Ghazali, adujo Ibn Rushd, te parecerías demasiado a los hombres, te parecerías a los hombres con sus ridículas discusiones, sus insignificantes disensiones, sus intrascendentes puntos de vista. Verte arrastrado a los asuntos humanos no estaría a tu altura, y te rebajaría. Así que es difícil saber qué pensar. Si eres el Dios de Ibn Sina e Ibn Rushd, ni siquiera sabes lo que se ha dicho y hecho ahora en tu nombre. No obstante, incluso si eres el Dios de Ghazali, y lees los periódicos, ves la tele y tomas partido en las disputas políticas e incluso las literarias, dudo mucho que tengas algún problema con *Los versos satánicos* o cualquier otro libro, por espantoso que sea. ¿Qué clase de Todopoderoso se alteraría ante la obra del Hombre? Por otro lado, Dios, si por una de esas casualidades Ibn Sina, Ghazali e Ibn Rushd están equivocados y no existes en absoluto, tampoco en ese caso tendrías problema alguno con los escritores o los libros. Deduzco que mis dificultades no tienen que ver contigo, Dios, sino más bien con tus siervos y seguidores en esta tierra. Una distinguida novelista me dijo una vez que había dejado de escribir narrativa durante un tiempo porque no le gustaban sus admiradores. Me pregunto si compartes su postura. Gracias por tu atención (a no ser que no estés escuchando: véase más arriba).

Lo de «convertirse en musulmán» indujo a algunos individuos del Foreign Office a proponer que él hablara a favor de un terrorista. Recibió un mensaje sugiriéndole que quizá podía intervenir provechosamente en el juicio de Kokabi. Mehrdad Kokabi, un «estudiante», fue acusado de provocar un incendio y explosiones en librerías donde se vendía *Los versos satánicos*.

Según la fiscalía, sus huellas se habían encontrado en el envoltorio de dos bombas de tubo, y había empleado su tarjeta de crédito para alquilar los coches usados en los atentados. Quizá, le insinuaron, sería todo un detalle que el autor de *Los versos satánicos* solicitase clemencia en el caso. Indignado por la propuesta, habló con Duncan Slater y David Gore-Booth. Ambos se opusieron a la idea. Eso fue vagamente tranquilizador, pero al cabo de dos meses se retiraron de pronto todos los cargos contra Kokabi y se recomendó su deportación a Irán. El gobierno negó que hubiera retorcido el brazo a la Justicia ciega. Slater y Gore-Booth sostuvieron que ellos no sabían nada al respecto. Kokabi regresó a Irán, donde se le concedió un recibimiento de héroe y un nuevo empleo. Pasó a ser responsabilidad suya elegir a los «estudiantes» que recibirían plazas en el extranjero.

Habían llegado las galeradas de su recopilación de artículos, *Imaginary Homelands*. Bill dijo: «Puesto que esto ya está hecho, deberíamos incluir el artículo en el libro». Él había publicado un texto en el *Times* de Londres a modo de justificación de las concesiones hechas en Paddington Green. Detestaba ese texto, y ya estaba replanteándoselo todo, pero después de haberse echado a hombros esa carga, no podía librarse de ella al menos por el momento. Estuvo de acuerdo con Bill, y el texto se añadió con el título «Por qué soy musulmán». Durante el resto de su vida nunca vería un ejemplar de *Imaginary Homelands* sin experimentar una punzada de bochorno y pesar.

La guerra dominaba los pensamientos de todo el mundo, y los «líderes» musulmanes británicos -Siddiqui, Sacranie, los mulás de Bradford-, cuando no se dedicaban a repetir que él debía «retirar el insulto» (interrumpir la publicación de *Los versos satánicos*), andaban expresando sus simpatías por Sadam Hussein. Se acercaba el segundo aniversario de la fetua, y el invierno era frío y crudo. Fay Weldon le había enviado un ejemplar de *Sobre la libertad* de John Stuart Mill, tal vez como reprimenda, pero en todo caso para él las palabras claras y firmes del libro fueron una inspiración. Su desprecio por el adversario más obcecado de todos -Shabbir Ajtar, con sus ataques a la inexistente «inquisición progresista» y su orgullo del islam como una religión de «cólera militante»- había renacido, junto con una nueva aversión hacia algunos de sus supuestos partidarios, que ahora consideraban que él no merecía su apoyo. James Fenton escribió un artículo solidario en *The New York Review of Books* para defenderlo ante el fenómeno de los «Amigos Consternados». Si el «Salman soñado» en la cabeza de la gente se había sentido decepcionado por los actos del Salman auténtico, dichos Consternados ahora empezaban a pensar: ¡Bah!, al diablo con él, no es digno de nuestra amistad. Así las cosas, igual daba si los asesinos se salían con la suya.

Recordaba algo que en una ocasión le había dicho Günter Grass acerca de la derrota: que te enseñaba lecciones más profundas que la victoria. Los vencedores llegaban a la conclusión de que ellos mismos y su visión del mundo estaban justificados y validados, y no aprendían nada. Los perdedores,

en cambio, tenían que reevaluar todo aquello que creían que era verdad y por lo que merecía la pena luchar, y en consecuencia tenían una oportunidad de aprender, por el camino difícil, las lecciones más profundas que la vida impartía. Lo primero que aprendió él fue que *ahora sabía dónde estaba el fondo*. Cuando uno tocaba fondo, sabía lo profundas que eran las aguas en las que se encontraba. Y sabía que nunca querría volver a estar ahí.

Empezaba a aprender la lección que lo liberaría: que estar encarcelado por la necesidad de ser amado equivalía a estar aislado en una celda en la que uno experimentaba un tormento interminable y de la que no había escapatoria. Debía comprender que cierta gente nunca lo amaría. Por muy detenidamente que explicara su obra o aclarara sus intenciones a la hora de crearla, no lo amaría. La mente irracional, impulsada por los absolutos de la fe exentos de duda, no podía ser persuadida por la razón. Aquellos que lo habían demonizado nunca dirían: «Ah, mira, ahora resulta que no es un demonio». Necesitaba comprender que eso no tenía *nada de malo*. Tampoco a él le gustaba esa gente. Mientras fuese claro respecto a lo que había escrito y dicho, mientras se sintiese bien con su trabajo y sus posturas públicas, podía sobrellevar la aversión de otros. Acababa de hacer algo por lo que se sentía muy mal consigo mismo. Lo rectificaría.

Estaba aprendiendo que para ganar una batalla como esa no bastaba con saber contra qué se luchaba. Eso era fácil: luchaba contra la postura de que un ser humano podía ser asesinado por sus ideas, y contra la posibilidad de que una religión pusiera límite al pensamiento. Pero ahora necesitaba expresar con claridad qué era aquello por lo que luchaba: la libertad de expresión, la libertad de la imaginación, la vida sin miedo y el hermoso y antiguo arte que tenía el privilegio de ejercer. Y también el escepticismo, la irreverencia, la duda, la sátira, la comedia y el regocijo profano. Nunca volvería a arredrarse a la hora de defender esas cosas. Se había formulado la siguiente pregunta: *Mientras libras una batalla que puede costarte la vida, ¿aquello por lo que luchas merece que pierdas la vida*? Y le había sido posible contestar: *Sí*. Estaba dispuesto a morir, si morir era necesario, por lo que Carmen Callil había llamado «un maldito libro».

Ninguno de sus verdaderos amigos reaccionó como los Consternados. Todos ellos se apiñaron en torno a él más que nunca e intentaron ayudarlo a superar lo que veían como un profundo trauma de la mente y el espíritu: una crisis existencial. Anthony Barnett lo telefoneó, muy preocupado. «Debemos formar un grupo de amigos y consejeros para ti -dijo-. No puedes pasar por esto solo.» Le explicó a Anthony que, para ser sincero, había mentido en su declaración de fe religiosa. Le explicó a Anthony: «Cuando escribí *Los versos*, estaba diciendo: *Tenemos que poder hablar así de la religión, debemos tener la libertad de criticar e historizar*». Y si ahora tenía que fingir que al hablar en la primera persona del plural solo se refería a «nosotros los musulmanes», tenía que cargar con ello. De momento. Ese era el precio de sus actos.

«Es precisamente de esa clase de declaración bienintencionada pero errónea -dijo Anthony- de lo que deben disuadirte tus amigos.»

Necesitaba irse a algún sitio a pensar. Presentó una petición para marcharse discretamente a Francia a pasar unas breves vacaciones, pero los franceses no lo querían en su territorio. Los norteamericanos seguían reacios a dejarlo entrar en el suyo. No había manera de salir de la caja. No obstante había una buena noticia. Se había llegado a la conclusión de que la «amenaza concreta» contra él no tenía fundamento. El señor Greenup fue a verlo para informarlo, para advertirle de que el peligro seguía siendo grande -«Elementos con respaldo iraní lo buscan aún activamente»- y para lanzarle un caramelo. Podía empezar a buscar una casa nueva permanente. «Quizá dentro de unos cuantos meses nos sea posible hacer una evaluación más optimista.» Eso lo animó un poco.

Gillon lo telefoneó el 15 de febrero. La fetua se había renovado. El gobierno británico guardó silencio.

Bill Buford y Alicja habían decidido casarse y Bill le pidió que fuera el padrino. La recepción se celebraría en el restaurante Midsummer House, en el Midsummer Common de Cambridge. Phil Pitt fue «de avanzadilla» y, sin hablar con Bill ni con Hans, el propietario, declaró que el restaurante no era apto. Por primera vez él perdió la paciencia con la policía y les dijo que no era asunto de ellos decidir si podía o no ser padrino en la boda de su amigo. Así que Phil habló finalmente con Bill y descubrió que había recibido información incorrecta -la hora equivocada, el salón equivocado- y de pronto el establecimiento sí fue apto a pesar de todo. «Los expertos somos nosotros, Joe -dijo Phil-. Confía en nosotros.»

Thomasina, la hermana de Nigella, tenía cáncer de mama. La operaron de inmediato. Le extirparon una parte del pecho. La radioterapia vendría después. Oyó a Marianne en Radio Cuatro de la BBC afirmar que lo amaba pero él estaba tan obsesionado con «la situación» que no había en su vida espacio para nadie más, y que ese era el motivo de su separación. Se describió a sí misma como «una mujer brillante». Le preguntaron cómo hacía frente a su vida y contestó: «Improviso sobre la marcha».

La fetua estaba causando graves perjuicios a más de una vida. Paddy Heazell, el director del colegio de Zafar, Hall School, estaba preocupado por él. «Parece haber levantado un muro a su alrededor. Nada lo traspasa.» Quizá sería buena idea una visita a un psiquiatra del hospital de Great Ormond Street. Era un niño brillante y encantador, pero algo en él parecía dormido. Estaba encerrado en sí mismo y se consideraba un «fracaso». Se acordó que una psiquiatra infantil vería a Zafar semanalmente después del colegio. No obstante, el señor Heazell se mostró tranquilizador respecto a las posibilidades de Zafar de acceder a su escuela secundaria preferida, Highgate, porque Highgate hacía hincapié en el valor de entrevistar a los alumnos potenciales, y no se basaba exclusivamente en los resultados de la prueba de acceso. «Zafar

siempre saldrá airoso de una entrevista», dijo el señor Heazell. Pero insistió en la necesidad de sacarlo del lugar oscuro donde ahora se hallaba. «Está en una caja -dijo el señor Heazell a Clarissa- y no quiere salir.» Ese fin de semana Clarissa le regaló un perro a Zafar, un chucho mezcla de border collie y setter irlandés llamado Bruno. El perro era importante, y fue de gran ayuda. Zafar estaba entusiasmado.

Había dejado de fumar otra vez, pero su determinación pronto se vería puesta a prueba. Le hablaron de nuevas medidas de seguridad. Desde hacía un tiempo un miembro del equipo recogía el correo en la oficina de Gillon y se lo llevaba a él, pero ahora querían que las cartas pasaran por Scotland Yard de nuevo porque era demasiado arriesgado trasladarlas directamente de la agencia a Wimbledon. Además, iban a instalar un «doble desvío» de llamadas en su teléfono para que fuera más difícil localizar las llamadas. Daba la sensación de que estaban atornillando la tapa con más fuerza, pero no sabía por qué. Un día el señor Greenup fue a explicárselo. Un «equipo de profesionales» había aceptado el encargo de matarlo. Había en juego grandes sumas de dinero. Detrás de eso estaba «un funcionario del gobierno iraní establecido fuera de Irán». Los británicos no sabían si se trataba de un plan aprobado oficialmente o de una operación independiente, pero les preocupaba el extremo aplomo del escuadrón de asesinos, que había prometido llevar a cabo la misión en un plazo de cuatro a seis meses. «De hecho, se creen capaces de matarlo en menos de cien días.» La División Especial no consideraba que la casa de Wimbledon estuviese en peligro, pero, dadas las circunstancias, sería preferible que se trasladara casi de inmediato. Zafar era un «problema», y habría que asignarle vigilancia policial. Elizabeth también era un «problema». Quizá fuera necesario instalarlo en una base militar, que viviera en un cuartel, durante el siguiente medio año. Si optaba por ir a una casa franca de los servicios de seguridad, quedaría allí aislado de todo contacto con el mundo exterior. No obstante, eso no cambiaba el acuerdo de que podía empezar a buscar una casa permanente. Una vez que hubiesen superado los meses venideros, esa sería una solución aceptable.

Rechazó tanto la base militar como el aislamiento en una casa franca. Si la vivienda de Wimbledon no estaba en peligro, no había razón para marcharse de allí. ¿Por qué habría de perder meses de alquiler y ponerse de nuevo en marcha si no creían que la casa hubiese quedado «al descubierto»? El señor Greenup permaneció tan inexpresivo como siempre. «Si quiere vivir -dijo-, trasládese.»

«Papá -le preguntó Zafar por teléfono-, ¿cuándo tendremos una casa permanente donde vivir?»

Si vivía para contarlo, pensó, el resultado sería una historia de afectuosa amistad. Sin sus amigos, habría acabado encerrado en una base militar,

incomunicado, olvidado, cayendo en espiral hacia la locura; o convertido en un vagabundo sin techo, aguardando la bala del asesino. El amigo que lo salvó esta vez fue James Fenton. «Puedes ocupar esta casa al menos durante un mes», le dijo en cuanto se lo preguntó.

Tras una intensa vida marcada por experiencias como saltar al primer tanque vietcong que entró en Saigón al final de la guerra de Vietnam, o sumarse a la muchedumbre que saqueó el palacio de Malacañán para celebrar la caída de Ferdinand Marcos e Imelda la de los Zapatos (se llevó unas toallas con las iniciales), o invertir en un vivero de langostinos en Filipinas parte del dinero obtenido por la composición de unas letras (luego jamás utilizadas) para la producción original de *Les Misérables*, o viajar de una manera un poco traumática a Borneo con el incluso más aventurero Redmond O'Hanlon (cuando O'Hanlon le pidió más tarde a Fenton que lo acompañara al Amazonas, James contestó: «Contigo no iría ni a High Wycombe») -ah, y escribir algunos de los mejores poemas de amor y guerra surgidos de su generación o de cualquier otra-, el poeta Fenton y su pareja, el escritor norteamericano Darryl Pinckney, se habían instalado en Long Leys Farm, una cómoda casa de campo en Cumnor, a las afueras de Oxford, y allí James se había dedicado a crear los jardines formales más exquisitos bajo la imponente sombra de una enorme torre de alta tensión. Esa era la casa que ahora ofrecía a su amigo fugitivo, cuyo reciente Espantoso Error él había tratado por escrito con delicadeza y cortesía, explicando que cuando se publicó la noticia del Error, «entre seis y sesenta millones de lectores de periódicos de todo el mundo dejaron la taza de café en la mesa y dijeron: Ah. Pero cada "Ah" pronunciado tenía su propio sabor, su propio modificador, su propio matiz. [...] ¡Ah, conque al final lo han cogido! ¡Ah, qué oportuno! ¡Ah, qué derrota para el secularismo! ¡Ah, qué vergüenza! Ah, alabado sea Alá. En mi caso, el "Ah" que escapó de mis labios inició su vida como una pequeña y vibrante nube de asombro de color guinda. Durante unos segundos, mientras quedó suspendida en el aire, creí detectar en la nube las facciones desdibujadas de Galileo. Volví a mirar, y Galileo pareció convertirse en Patty Hearst. Pensé en el síndrome de Oslo..., no, no de Oslo, de Estocolmo». El resto de su largo artículo, en principio una reseña de *Harún y el Mar de las Historias* para *The New York Review of Books*, ofrecía un retrato del autor como un buen hombre -o al menos una persona amena con quien conversar- cuya intención no declarada era restablecer, con la máxima sutileza y tácitamente, el buen carácter de dicho autor a los ojos de los Amigos Consternados. Ese artículo ya había sido amplia prueba del gran corazón de James. Dejar su casa demostró algo más: que comprendía la necesidad de solidaridad en medio de una guerra. Uno no abandonaba a sus amigos cuando se hallaban bajo el fuego.

El señor Greenup consintió a regañadientes el traslado a Long Leys Farm. El «señor Anton» sospechaba que el policía habría preferido encerrarlo en una base militar para castigarlo por todos los problemas que había causado, todo el gasto público en que había incurrido, pero en lugar de eso la pequeña feria

de la Operación Malaquita tuvo que liar los bártulos y abandonar el distrito SW19 de Londres camino de los jardines formales de Cumnor bajo su vigilante torre, que se alzaba sobre su estrecho mundo como un coloso.

Veía que Elizabeth estaba angustiada. La tensión de los últimos acontecimientos había empañado el brillo de su sonrisa. La imagen de un escuadrón de asesinos, tan seguros de alcanzar su objetivo que estaban dispuestos a fijar un plazo a su misión, habría llevado a muchas mujeres a huir despavoridas, gritando: «Lo siento, esta no es mi guerra». Pero Elizabeth lo sobrellevó con valor. Seguiría con su trabajo en Bloomsbury y lo visitaría los fines de semana. De hecho, se planteaba dejar el trabajo para que no tuvieran que estar separados, y porque ella quería dedicarse a escribir. También era poeta, aunque era reacia a enseñarle su obra. Le había mostrado un poema sobre un hombre en un monociclo, que a él le pareció muy bueno.

Se trasladó a Cumnor y durante un tiempo le fue imposible ver a Zafar y visitar a ningún amigo en Londres. Andaba dándole vueltas a una nueva novela titulada provisionalmente *El último suspiro del moro*, pero perdía el hilo y se adentró en varios callejones sin salida. Intuía que la novela de algún modo combinaría la historia de una familia india con el relato andalusí de la caída de Granada, el momento en que el último sultán, Boabdil, abandona la Alhambra y, como dice su madre con desdén, «llora como una mujer lo que no has sabido defender como un hombre», mientras contempla la puesta de sol en el último día de la España árabe; pero él no encontraba la conexión. Se acordó de Mijas, adonde había emigrado Lavinia, la madre de Clarissa, y del libro de Ronald Fraser que había encontrado allí sobre la vida de Manuel Cortés, alcalde de Mijas en el momento de estallar la Guerra Civil. Después de la contienda, Cortés regresó a casa y tuvo que esconderse de Franco durante *treinta años* hasta que, como Rip van Winkle, salió para presenciar la devastación del desarrollismo urbanístico en la Costa del Sol. El título del libro era *Escondido*.

Pensó en Picasso y escribió un extraño párrafo sobre el barrio de Málaga donde nació ese gran hombre. *En la plaza juegan los niños, los niños con los dos ojos al mismo lado de la nariz. Juegan al Arlequín y a Pierrot. Un estallido como una bombilla traspasa a un caballo que grita. Unos periódicos se adhieren a los costados de guitarras negras. Unas mujeres se convierten en flores. Hay fruta. Esa tarde hace calor. El artista muere. Le construyen un ataúd ladeado, un collage de cielo y materia impresa. Bebe en su propio funeral. Sus mujeres sonríen y escupen y cogen su dinero*.

Este artista no llegó a la novela pero por fin él vio la luz: sería una novela sobre artistas, y la Alhambra de Al-Ándalus sería pintada por una mujer india, de pie en lo alto del monte Malabar de Bombay. Los dos mundos confluirían en el arte.

Llenó un cuaderno con un relato en primera persona, beckettiano o quizá kafkiano, narrado por un hombre que recibía palizas regularmente, retenido en una habitación sin luz por captores desconocidos que a diario entraban en la

oscuridad para golpearle. Eso no era lo que deseaba escribir, pero esos párrafos sobre las palizas acudían una y otra vez a su cabeza. Un día se produjo un asomo de luz y escribió un párrafo cómico en el que su narrador intentaba describir la primera vez que sus padres hacían el amor, pero sentía demasiada vergüenza para incluir verbos, *de forma que por mí no vais a saber*, escribió, *los malditos detalles de lo que ocurrió cuando ella, y luego él, y luego los dos, y después de eso ella, a lo cual él, y en respuesta a lo cual ella, y con eso, y además, y durante un rato, y luego por mucho tiempo, y silenciosamente, y con ruido, y al fin de sus fuerzas, y por fin, y después de eso*... Ese párrafo llegaría al libro acabado. Casi todo lo demás era basura.

Valerie Herr tuvo una amenaza de cáncer pero la biopsia demostró que no había malignidad. *Gracias a Dios, Jim*, pensó. Angela Carter tuvo menos suerte. El cáncer se aferró a ella y, pese a su denodada lucha, al final no consiguió derrotarlo. Por todo el mundo grandes escritores morían jóvenes: Italo Calvino, Raymond Carver, y ahora allí estaba Angela, enfrentándose a la Parca. Una fetua no era la única manera de morir. Existían otras formas de pena de muerte que aún daban buenos resultados.

Aparecieron ediciones en rústica de *Los versos satánicos* en los Países Bajos, Dinamarca y Alemania. Irán celebró un congreso de eruditos musulmanes que exigió le ejecución de la sentencia de muerte de Jomeini lo antes posible. La Fundación 15 Jordad, organización semi-no-gubernamental encabezada por el ayatolá Hassan Sanei, que estaba detrás del ofrecimiento de recompensas, dijo que pagaría dos millones de dólares a cualquier amigo, pariente o vecino del autor que llevara a cabo la amenaza. (Las *bonyads*, o fundaciones, eran en su origen fondos benéficos que, después de la revolución de Jomeini, hicieron uso de los bienes incautados al sha y otros «enemigos del Estado» para convertirse en enormes consorcios empresariales dirigidos por clérigos de alto rango.) «Hay muchos escritores escasos de dinero -dijo a Andrew-. Quizá deberíamos tomarnos esto en serio.»

Se desconocía el paradero del escuadrón de asesinos. El gobierno británico no había dicho nada sobre la fetua desde hacía cinco meses.

Habló con Bill Buford de los problemas de encontrar y adquirir una nueva casa a largo plazo. A Bill se le ocurrió una idea brillante. Rea Hederman, dueño de *The New York Review of Books* y *Granta*, tenía a su servicio a una especie de solucionador de problemas personal, un tal señor Fitzgerald, conocido por todos como «Fitz», un hombre robusto y canoso cuya eficiencia y porte lo convertían en el testaferro ideal. Nadie sospecharía jamás que Fitz podía estar metido en algo tan extraño como el caso Rushdie. Preguntó a Hederman si no había inconveniente en que Fitz se involucrara, y Rea accedió de inmediato. Una vez más el círculo de amigos encontró soluciones que las autoridades no podían o no querían ofrecer. Fitz inició la búsqueda y pronto dio con una casa en Highgate, en el norte de Londres, con un patio enrejado, un garaje integrado, espacio de sobra para que los agentes de protección y los

chóferes durmieran allí, y un jardín amplio y aislado, que le permitiría no sentirse como un topo en una madriguera. Podría salir al aire libre: al sol, o incluso bajo la lluvia o la nieve. La casa, en Hampstead Lane, podía alquilarse de inmediato, y los dueños, que se apellidaban Bulsara, estaban dispuestos a negociar también la venta. La policía la examinó y declaró que era ideal. El contrato de alquiler se firmó de inmediato a nombre de Rea Hederman. Dejaron a Joseph Anton fuera de circulación durante un tiempo.

Lo único importante era que tenía un sitio adonde ir. Era finales de marzo. Se marchó de Long Leys Farm, dando un abrazo de agradecimiento a James y Darryl al devolverles su casa, y Elizabeth y él se fueron a pasar el fin de semana a la granja de Deborah Rogers y Michael Berkeley en Gales. Allí se reunió con amigos por primera vez desde hacía semanas. Deb y Michael estaban allí, tan acogedores como siempre, y Ian McEwan se había acercado con sus dos hijos. Pasearon por el monte y comieron una deliciosa lasaña de carne. El lunes se instalaría en la casa nueva. Pero antes llegaría el domingo. Michael salió por la mañana y compró los periódicos. Volvió a casa muy alterado. «Lo siento -dijo-. Mal asunto.»

Marianne había concedido una entrevista al *Sunday Times*. El periódico la había sacado en primera plana. LA ESPOSA DE RUSHDIE DICE QUE ES UN HOMBRE EGOCÉNTRICO Y VANIDOSO, firmado por Tim Rayment. «La esposa de Salman Rushdie lo acusó ayer de ser un hombre egocéntrico y débil que no ha estado a la altura del papel que la historia le ha asignado. [...] “Todos los que lo queremos, los que nos consagramos a él, los que éramos amigos suyos, deseamos que el hombre hubiera sido tan grande como el acontecimiento. Ese es el secreto que todos intentan mantener oculto. No lo es. No es el hombre más valiente del mundo, pero hará lo que sea con tal de salvar su vida.”» Había más, mucho más. Afirmaba que él le había contado que tenía la intención de reunirse con el coronel Gadafi, y fue entonces cuando ella supo que «ya no quería estar casada con él ni un segundo más». Curiosamente, ahora negaba la anterior acusación de que, cuando se separaron, la División Especial la dejó abandonada en medio del campo, al lado de una cabina. No, eso no había ocurrido, pero no contó lo que había pasado en realidad. Lo acusó de dejar «mensajes a gritos» en su teléfono, de manipular a la prensa y de no tener interés en el tema más amplio de la libertad de expresión. Solo le preocupaba él mismo. «La gran falacia en que incurrió fue pensar que él era la cuestión en litigio. Nunca lo fue. Las cuestiones en litigio eran la libertad de expresión y la sociedad racista de Gran Bretaña, y él no dio un paso al frente para hablar. De lo que ha estado hablando en los últimos dos años es de la carrera de Salman Rushdie.»

Era una oradora elocuente, y su ataque fue hiriente. Él entendió lo que ella pretendía. La gente sabía que fue él quien puso fin al matrimonio, y ella presuponía que si lo acusaba de ser un seguidor débil y cobarde de Gadafi y un arribista, si podía borrar sus años de implicación en asuntos relacionados con la libertad de expresión y la libertad en general a través del PEN Club

británico y otros grupos, si podía eliminar la imagen del joven ganador del premio Booker que, la mañana después de su victoria, enarbolaba una pancarta frente a Downing Street para protestar por la detención del gran escritor indonesio Pramoedya Ananta Toer, si conseguía todo eso, podría presentarlo, ante la mirada ya de por sí negativa del público, como un hombre con quien no valía la pena quedarse, un hombre a quien cualquier mujer decente abandonaría. Estaba pronunciando sus frases de final de escena.

Pensó: *Yo te di las armas con las que me atacas. La culpa no es tuya. Es mía*.

Los amigos de él -Michael Herr, Alan Yentob, Harold Pinter- telefonearon o escribieron a Marianne para expresarle su enfado y decepción. Ella vio que la entrevista no surtía el efecto que había previsto, e intentó dar las excusas habituales: la habían malinterpretado, el periódico la había «traicionado», ella estaba promocionando su nueva colección de relatos, quería hablar de la labor de Amnistía Internacional; y añadió que su marido había «arruinado su carrera». Esos argumentos no cuajaron.

Imaginary Homelands, ya publicado, se trató en general con respeto, incluso con admiración, pero casi todo el mundo lamentó la inclusión del último artículo sobre su supuesta «conversión». Tenían razón. Pensó: *Tengo que deshacer el Espantoso Error. Tengo que desdecirme. Mientras no haga eso no puedo vivir con honor. Soy un hombre sin religión que finge ser un hombre religioso. «Hará lo que sea con tal de salvar su vida», dice Marianne. Ahora mismo eso parece cierto. Tengo que conseguir que no lo sea*.

Durante toda su vida había sabido que existía un pequeño espacio cerrado en el centro de su ser donde nadie podía entrar, y que todo su trabajo y sus mejores pensamientos manaban de ese lugar secreto de un modo que él no entendía plenamente. Ahora, la intensa luz de la fetua había penetrado a través de las cortinas de ese diminuto habitáculo y su identidad secreta quedó desnuda bajo el resplandor. *Hombre débil. No el hombre más valiente del mundo. Pues que así sea*, pensó. Desnudo, sin artificio, rescataría su buen nombre; e intentaría realizar una vez más el truco mágico del arte. En eso residía su verdadera salvación.

Era una casa grande, llena de muebles feos, pero transmitía una sensación de solidez y durabilidad. Era posible imaginar un futuro. Si Zafar entraba en Highgate School, estaría cerca. Elizabeth, que adoraba Hampstead Heath por encima de todas las cosas, estaba encantada de vivir en su extremo norte. Él empezó a sacar adelante un poco de trabajo aceptable y ese mes de abril escribió un relato, «Cristóbal Colón y la reina Isabel de España consuman su relación», su primer relato en mucho tiempo, y la niebla de desconocimiento que le había impedido ver *El último suspiro del moro* empezó a disiparse. Apuntó nombres. Moraes Zogoiby, conocido como el Moro. Su madre Aurora Zogoiby era la pintora. La familia era de Cochin, donde Occidente se unió por primera vez a Oriente. Los barcos occidentales no iban a conquistar sino a

comerciar. Vasco da Gama buscaba pimienta, el Oro Negro de Malabar. Le gustaba la idea de que la compleja conexión entre Europa y la India surgiera a partir de un grano de pimienta. También él desarrollaría su libro a partir de un grano de pimienta. Los Zogoiby serían una familia de comerciantes de especias. Medio católico, medio judío, «un a-ca-jú, un popurrí», el Moro sería casi una minoría de uno solo. Pero el libro intentaría demostrar que toda la realidad india podía surgir de ese pequeño grano de pimienta. La «autenticidad» no pertenecía solo a la mayoría, como empezaba a sostener insistentemente la política mayoritaria hindú de la India. Cada indio, cada historia india, era tan auténtica como cualquier otra.

Pero él tenía su propio problema de autenticidad. No podía ir a la India. ¿Cómo podía, pues, escribir un libro genuino sobre el país? Recordó lo que le había dicho su amigo Nuruddin Farah: Nuruddin, cuyo exilio de Somalia había durado veintidós años, porque el dictador Mohamed Siad Barre quería verlo muerto. Cada libro que escribió Nuruddin en el exilio estaba ambientado en una Somalia retratada de modo naturalista. «La tengo aquí», dijo Nuruddin, señalándose el corazón.

En mayo, dos imanes del Regents Park que habían asistido a la reunión en Paddington Green declararon que él no era un auténtico musulmán porque se negaba a retirar el libro. Otros «líderes» anunciaron su «decepción» y dijeron «volvemos al punto de partida». Escribió una áspera respuesta y la publicó en *The Independent*. Con eso se sintió mucho mejor. Sintió que se elevaba dos o tres centímetros por encima del fondo e inició el largo viaje hacia sí mismo.

Artículo 19 venía preguntándose si merecía la pena continuar financiando las actividades en nombre del Comité Internacional de Defensa de Rushdie, pero Frances y Carmel estaban decididas a seguir adelante, y, si acaso, llevar la campaña a un nivel nuevo, más público. Como el gobierno británico tendió hacia la apatía con respecto al problema, lo que animó a los socios europeos de Gran Bretaña a imitar su ejemplo, sería la campaña de defensa la que asumiría la lucha. Frances se llevó a Harold Pinter, Antonia Fraser y Ronnie Harwood a una reunión en el Foreign Office con Douglas Hurd, quien les dijo que la ministra conservadora Lynda Chalker, en su visita a Irán en abril, no había abordado el asunto de la fetua con nadie. Hacerlo, añadió Hurd, «no habría sido necesariamente provechoso para el señor Rushdie». En la prensa habían aparecido rumores de que un «escuadrón de asesinos» había entrado en el país para dar caza al señor Rushdie, pero el señor Hurd permanecía adustamente resuelto a ser útil manteniendo la boca cerrada. Douglas Hogg, que había sustituido a William Waldegrave como ayudante de Hurd, dijo también que sería un error que el gobierno británico hiciera demasiado ruido sobre la fetua, y que eso dificultaría la liberación de los restantes rehenes británicos de Líbano.

Al cabo de un mes se puso de manifiesto el fracaso de esa clase de mutismo. Ettore Capriolo, traductor de la versión italiana de *Los versos satánicos*,

recibió en su casa la visita de un «iraní» que, según Gillon, había concertado una cita con él para hablar de «asuntos literarios». Cuando ese hombre estaba ya dentro de la casa de Capriolo, exigió que se le diera la «dirección de Salman Rushdie» y, como no la obtuvo, agredió violentamente al traductor, dándole puntapiés y apuñalándolo repetidamente, y luego huyó y dejó a Capriolo desangrándose en el suelo. Por suerte, el traductor sobrevivió.

Cuando Gillon le contó la noticia, él no pudo evitar sentirse culpable de la agresión. Sus enemigos habían sido tan hábiles al desplazar sobre sus hombros la culpa que ahora él mismo se lo creía. Escribió al señor Capriolo para expresarle su pesar y su esperanza de que se recuperara pronto y plenamente. No recibió respuesta. Después se enteró por los editores italianos de que la disposición de Capriolo hacia él no era buena y se negaba a traducir cualquier otro libro suyo.

Eso fue lo más cerca que la fetua había estado de su objetivo. Y la flecha negra, tras alcanzar a Ettore Capriolo, voló a Japón. Ocho días después, en la Universidad de Tsukuba, al nordeste de Tokio, el traductor japonés de *Los versos satánicos*, Hitoshi Igarashi, fue hallado asesinado en un ascensor cerca de su despacho. El profesor Igarashi era un especialista en estudios arábigos y persas, converso al islam, pero eso no lo salvó. Fue apuñalado una y otra vez en el rostro y los brazos. El asesino no fue detenido. Llegaron a Inglaterra muchos rumores sobre el homicida. Era un iraní que había entrado en Japón recientemente. Se había encontrado una huella del pie en un arriate de flores y el tipo de zapato solo existía en la China continental. Se elaboró una correlación entre los nombres de los visitantes que llegaron a Japón procedentes de puertos chinos y los nombres y los alias conocidos de terroristas islámicos, y apareció una sola coincidencia, le informaron, pero no se dio a conocer el nombre. Japón no producía combustible y recibía la mayor parte de su crudo de Irán. El gobierno japonés de hecho había intentado impedir la publicación de *Los versos satánicos*, solicitando a las principales editoriales que no sacasen a la luz una edición japonesa. No quería que el asesinato de Igarashi complicase sus acuerdos con Irán. El caso se silenció. No se presentaron cargos. Un buen hombre yacía muerto, pero no se permitió que su muerte se convirtiera en un estorbo.

La Asociación Paquistaní en Japón no guardó silencio. Se regodeó. «Hoy nos hemos congratulado -dijo en su declaración-. Dios se ha asegurado de que Igarashi recibiera su merecido. Todo el mundo está muy contento.»

Él escribió una angustiada carta de disculpa a la viuda de Hitoshi Igarashi. No hubo respuesta.

En todo el mundo los asesinos terroristas atacaban sus objetivos. En la India, Rajiv Gandhi fue asesinado durante la campaña para la reelección en la localidad sureña de Sriperumbudur. Había salido derrotado en las elecciones de 1989 en parte, creía él, porque las fuertes medidas de seguridad que lo rodeaban habían creado una imagen de él distante y altiva. Esta vez tenía la firme determinación de mostrarse más cerca del pueblo. Como consecuencia

de ello, una terrorista suicida de los Tigres Tamiles, conocida como Dhanu, consiguió acceder a él y detonar el cinturón de explosivos que llevaba ceñido a la cintura. También resultó muerto un fotógrafo situado junto a Rajiv, pero su cámara no sufrió daños y en la película que contenía quedaron registradas imágenes del asesinato. Fue difícil encontrar restos suficientes del antiguo primer ministro para incinerarlos.

En Londres, él intentaba llevar una forma de vida vivible. Lamentaba la muerte de Hitoshi Igarashi y pedía a diario noticias sobre la salud de Ettore Capriolo, y esperaba que si algún día le llegaba el turno, no cayera nadie con él por estar demasiado cerca.

Joseph Anton, debes vivir hasta que mueras.

Las visitas de Zafar a la psicóloga recomendada por el colegio, Clare Chappell, habían sido útiles. Le iba mejor en el colegio y estaba orgulloso de la satisfacción de sus profesores por su mejora. Pero ahora era el bienestar de Elizabeth lo que se había convertido en motivo de preocupación. Habían procurado mantener en secreto la relación, dándola a conocer solo a su círculo de amigos más íntimos, pero la circunstancia empezaba a filtrarse. «En la editorial todo el mundo lo sabe -dijo ella-. Me he pasado el día temblando por la conmoción.» Bloomsbury Publishing tenía contratados a relativamente pocos terroristas islámicos, pero ella decidió que quería dejar el trabajo. Se quedaría con él a todas horas y escribiría sus poemas y no tendría que preocuparse por posibles indiscreciones. No lo presentó como un sacrificio, pero él supo que lo era, y grande, y el hecho de que ella lo indujera a pensar que *eso era realmente lo que ella quería, así que él no tenía por qué sentirse mal al respecto*, era una prueba más de la generosidad de su espíritu. Se marchó de Bloomsbury sin albergar la menor duda y jamás pronunció una palabra de acusación o pesar. Ciertas secciones de la prensa sensacionalista británica habían empezado a publicar noticias totalmente falsas sobre lo que «el nuevo amor de Rushdie» le costaba al país, insinuando que la entrada de Elizabeth en el asunto había aumentado en cientos de miles de libras el presupuesto de seguridad. Como el gobierno había dejado de defender su causa, la prensa se concentraba ahora en el coste de la protección. Él costaba al país una fortuna y era, por supuesto, arrogante e ingrato. Y ahora el país tenía que pagar también por su novia.

Elizabeth sabía que no estaba costándole nada al país y su desprecio por esas falsedades era admirable.

La mayor parte del tiempo sentían la casa del número 30 de Hampstead Lane como un lugar libre de preocupaciones y permanente. Sentían su presencia *allí*. Él no se pasaba la mitad del día preocupado de que pudiera quedar «al descubierto», cosa que los obligaría a realizar otra mudanza repentina. Incluso cuando iban operarios a la casa, todo seguía en calma. Había espacio de sobra para que él continuara con su trabajo mientras el jardinero cortaba el césped o el fontanero arreglaba algo o alguien reparaba un

electrodoméstico en la cocina. Los Bulsara no eran unos caseros demasiado curiosos. Fitz resultaba muy convincente, y presentaba a su jefe como un editor internacional de altos vuelos, a menudo de viaje, a veces allí; en otras palabras, no muy distinto del verdadero Rea Hederman, solo que el verdadero Rea nunca habría alquilado una casa de ocho habitaciones en Hampstead Lane. Fitz empezó a hablarles de la posibilidad de comprar la casa, y la señora Bulsara propuso un precio absurdo. «He intentado negociar con ella a la baja -le informó Fitz-, pero esa mujer tiene signos de libra en los ojos.»

Salió entonces al mercado una nueva casa, muy cerca de allí, en el extremo norte (y menos caro) de Bishop's Avenue. Necesitaba una reforma pero el precio de partida era relativamente razonable. El dueño quería vender deprisa. Elizabeth fue a verla, acompañada de Fitz y un miembro del equipo de protección, y a todos les gustó. «Sin duda puede servirnos», dijo Elizabeth, y la policía también dio el visto bueno. Sí, podía tener una residencia permanente otra vez; se había acordado al más alto nivel, dijeron. Pasó en coche por delante de la casa dos veces, pero le fue imposible entrar. Se alzaba detrás de un patio con una verja de dos hojas, una mansión con un tejado alto de dos aguas y la fachada enjalbegada, anónima y sí, invitadora. Aceptó la opinión de Elizabeth al respecto y actuó con la mayor celeridad posible. Diez días después de ver Elizabeth la casa del número 9 de Bishop's Avenue por primera vez, ya habían firmado el contrato y la casa era suya. No se lo podía creer. Volvía a tener un hogar. «Debe usted comprender -dijo a su nuevo agente de protección, un individuo atildado conocido entre sus colegas como CHT (de Colin Hill-Thompson)- que en cuanto me traslade allí no voy a moverme nunca más.» Colin era tal vez el más comprensivo de todos los agentes que había tenido en el equipo hasta la fecha. «Exacto -respondió él-. Usted manténgase firme. Ellos han dado su aprobación, y no hay más que hablar.»

La nueva casa necesitaba considerables reformas. Llamó a un amigo arquitecto, David Ashton Hill, y lo introdujo en el corazón del secreto. David, el siguiente en una larga secuencia de Amigos Sin Quienes La Vida Habría Sido Imposible, se puso manos a la obra de inmediato; los albañiles no se enteraron del secreto: se les contó «la versión». El número 9 de Bishop's Avenue sería la residencia en Londres de Joseph Anton, editor internacional de origen norteamericano. Su novia inglesa, Elizabeth, supervisaría las obras y tomaría todas las decisiones necesarias. El contratista, Nick Norden, era hijo del guionista de telecomedias Denis Norden, y no tenía un pelo de tonto. Fue difícil explicar a Nick por qué necesitaba un editor como el señor Anton cristales blindados en las ventanas de la planta baja, o una habitación reforzada en el piso de arriba. Era extraño que el señor Anton nunca estuviese presente en las reuniones, ni una sola vez. El buen carácter inglés de Elizabeth era tranquilizador, claro está, y el origen norteamericano del señor Anton podía ser la causa de muchas de sus manías en cuestiones de seguridad -los estadounidenses, como sabían los ingleses, se asustaban por cualquier cosa;

un coche petardeaba en París, y en Estados Unidos todo el mundo suspendía las vacaciones en Francia-, pero la verdad era, sospechaba el señor Anton, que Nick Norden y sus albañiles sabían de sobra de quién era la casa que estaban reformando. Pero no lo dijeron, prefiriendo actuar como si se hubieran tragado el cuento, y nadie jamás filtró una palabra a la prensa. Tardaron nueve meses en preparar la casa para el señor Anton, que vivió allí los siguientes siete años, y el secreto se mantuvo durante todo ese tiempo. Muy al final, uno de los agentes de alto rango de la Brigada «A» admitió que al principio preveían que la casa llegase a conocimiento público en cuestión de meses, y que en Scotland Yard todo el mundo se había asombrado de que permaneciese «encubierta» durante ocho años y más. De nuevo tuvo razones para agradecer la seriedad con que la gente reaccionó a la difícil situación de él. Todos entendieron que era importante mantener ese secreto; y por tanto, sencillamente, lo mantuvieron.

Pidió a Fitz que prolongara el periodo de alquiler en Hampstead Lane. Fitz asumió la tarea de negociar el alquiler a la baja -«han estado robándole descaradamente»- y lo consiguió, a pesar de que la señora Bulsara le rogó: «Por favor, señor Fitz, convenza al señor Hederman de que pague más». Él señaló los problemas de la casa -había dos hornos en la cocina, ambos averiados-, y ella respondió, como si fuera una explicación plena y suficiente: «Pero si nosotros somos indios, cocinamos en hornillos de gas». La señora Bulsara lamentó la pérdida de la venta, pero conservó una absurda idea del valor del inmueble. Aun así, accedió a bajar el alquiler. Y de pronto, inesperadamente, aparecieron unos alguaciles ante la puerta: alguaciles del Tribunal Superior de Justicia, allí presentes para «embargar los bienes de los Bulsara».

El equipo de protección, ante los imprevistos, a veces desarrollaba rasgos de comportamiento propios de un pollo descabezado. Esto, Joe, repíteme la historia que estamos contando. ¿A nombre de quién se alquila la casa? Joseph Anton, ¿no? Ah, ¿Joseph Anton no? Ah, sí. Rea ¿qué más? ¿Eso cómo se escribe? ¿Quién estamos diciendo que es? Ah, ¿es realmente un editor? Ah, vale. Y Joe, ¿cuál es el nombre completo de Fitz? Vale, mejor será que alguien vaya a abrir la puerta. Él dijo: «Tienen que esmerarse un poco más». Más tarde ese mismo día escribió el guión y lo clavó en la puerta de la sala de estar de los agentes.

Los alguaciles se habían presentado allí porque los Bulsara no habían pagado una mensualidad de solo quinientas libras. Fitz se hizo cargo, telefoneando al abogado de los Bulsara, que envió un fax a los alguaciles para asegurarles que el cheque había salido ya por correo. ¿Así que teóricamente los alguaciles podían presentarse todos los meses? ¿Podían volver al día siguiente si resultaba que el cheque no estaba ya en el correo? ¿Qué problema había con la situación económica de los Bulsara? Aquello era horrible; su casa aparentemente sólida podía diluirse debido a los problemas de dinero del casero, y en los pocos meses que necesitaría para preparar su casa nueva se

vería otra vez sin casa. Fitz no se inmutó. «Hablaré con ellos», dijo. Los alguaciles nunca regresaron.

Estaba la cuestión de la salud y la cuestión afín del miedo. Fue al médico -un tal doctor Bevan de St. John's Wood, conocido de la División Especial, que había tratado ya antes a personas bajo protección-, y su corazón, tensión sanguínea y demás signos vitales presentaban todos un excelente estado, lo que sorprendió incluso al médico. Por lo visto, su fisiología no había notado que vivía bajo circunstancias estresantes. Iba saliendo del paso, y no fue necesaria la intervención de los habituales ángeles de la guarda de toda víctima del estrés: Ambien, Valium, Zoloft y Xanax. No tenía explicación para su buena salud (incluso dormía bien), salvo que la blanda máquina de su cuerpo de algún modo había aceptado lo que ocurría. Había empezado a escribir *El último suspiro del moro*, cuyo protagonista era un hombre cuyo ritmo de envejecimiento era el doble de lo normal. La vida del «Moro» Zogoiby pasaba demasiado deprisa y, por tanto, la muerte se aproximaba a mayor velocidad de lo que debía. La relación del personaje con el miedo a lo largo de la vida era la misma que la del autor. *Os diré un secreto sobre el miedo*, decía el Moro: *es un absolutista. Con el miedo, se trata de todo o nada. O bien, como un tirano intimidante domina vuestra vida con omnipotencia estúpida y cegadora, o bien lo derrocáis, y su poder se desvanece en una bocanada de humo. Y otro secreto: la revolución contra el miedo, el logro de esa caída aparatosa del déspota, no tiene casi nada que ver con el «coraje». Se deriva de algo mucho más sencillo: la simple necesidad de continuar con vida. Yo dejé de sentir miedo porque, si mi tiempo en la Tierra estaba limitado, no tenía segundos que perder con el miedo*. No tenía tiempo para sentarse en una esquina y temblar. Había muchas cosas que temer, por supuesto, y sentía el acecho del gremlin del miedo, el monstruo del miedo con sus alas de murciélago posado sobre su hombro, mordisqueándole vorazmente el cuello, pero había comprendido que, para mantenerse activo, tenía que buscar la manera de sacudirse de encima a esas bestias. Se imaginó atrapando a los gremlins en una pequeña caja y dejando la caja bien cerrada en un rincón de la habitación. Conseguido eso, y en ocasiones tenía que hacerlo más de una vez al día, le era posible seguir adelante.

Elizabeth hacía frente al miedo de manera más sencilla. Siempre y cuando los equipos de la División Especial permanecieran con ellos, se decía, estarían a salvo. Nunca dio señales de temor hasta el final mismo de la etapa de protección. Era la libertad lo que a ella le daba miedo. Dentro de la burbuja de la protección, se sentía, en general, bien.

Le ofrecieron la posibilidad de comprar un coche más nuevo y más cómodo que los Jaguar y Range Rover ya un tanto antiguos de la flota policial. Era un sedán BMW blindado, antes propiedad del millonario de la industria textil sir Ralph Halpern, fundador de Topshop, pero más conocido como «Ralph el

cinco veces por noche», desde que una joven amante vendió su historia a la prensa sensacionalista. «A saber qué habrá pasado en ese asiento trasero -reflexionó Denis el Caballo-. Pero es una buena compra, el titimóvil de sir Ralph.» Tenía un valor de 140.000 libras, pero lo vendían por 35.000, «una ganga», declaró Denis el Caballo. Incluso se le permitiría, insinuó la policía, si estaban fuera de Londres y circulaban por carreteras comarcales, conducir él mismo. Y las ventanas a prueba de bala podían abrirse, a diferencia de las de los Jaguar de la policía. Se podía respirar aire fresco, cuando se considerara exento de peligro.

Compró el coche.

La primera vez que lo llevaron en él fue para ir a la Central de Espionaje. El cuartel general del Servicio Secreto de Inteligencia británico (SIS, por su sigla en inglés), muy conocido por los seguidores de las películas de James Bond, se hallaba al otro lado del Támesis frente al edificio de Random House, como si fuera un autor necesitado de un buen editor. John le Carré, en sus libros de Smiley, llamaba al SIS «el Circo», porque supuestamente las oficinas estaban en Cambridge Circus, lo que significaba que los espías debían de tener enfrente el teatro Andrew Lloyd Webber. En algunos sectores del funcionariado se conocía al SIS como «Apartado 850», un apartado de correos utilizado en otro tiempo por el MI6. En el centro del Reino del Espionaje se hallaba la persona que no se llamaba, en la vida real, M. El jefe del MI6 -esto ya no era un secreto- se llamaba C. En las raras ocasiones en que el señor Anton de Hampstead Lane y más tarde del número 9 de Bishop's Avenue fue autorizado a cruzar esas puertas fuertemente custodiadas, nunca llegó a la guarida de la araña, nunca conoció a C. Trataba con agentes designados con otras letras del alfabeto, agentes en minúscula, podríamos decir; aunque una vez sí se dirigió a una reunión de muchas de las mayúsculas del servicio. Y sí se reunió, dos veces, con los altos cargos del MI5, Eliza Manningham-Buller y Stephen Lander.

En esta primera ocasión lo llevaron a una sala, que podría haber sido la sala de reuniones de cualquier hotel de Londres, para comunicarle una buena noticia. El nivel de «amenaza concreta» contra él era ahora de «grado menor». ¿Quería eso decir que el plazo fijado para el asesinato ya no estaba en vigor? En efecto. La operación, le dijeron, se había «frustrado». Esa era una palabra extraña e interesante. Deseó preguntar por esa «frustración». Entonces se dijo: *No preguntes*. Pero preguntó igualmente. «Como estamos hablando de mi vida -dijo-, creo que deberían explicarme un poco más por qué han mejorado las cosas.» El joven alto cargo sentado al otro lado de la lustrosa mesa de madera se inclinó con expresión cordial. «No», dijo. Y ahí se acabó la discusión. En fin, al menos «no» era una respuesta clara, pensó, encontrándolo inesperadamente gracioso. La protección de las fuentes era una prioridad absoluta en el SIS. Se le diría solo lo que el agente al frente de su caso considerara necesario. Más allá de eso se extendía la Tierra del No.

Ante la «frustración» de sus enemigos, la cabeza le dio vueltas de placer por

un momento, pero ya de vuelta en Hampstead Lane, el señor Greenup lo obligó a poner los pies en el suelo. El nivel de amenaza seguía siendo alto. Ciertas restricciones persistirían. Por ejemplo, no se permitiría a Zafar ir a la casa.

Recibió una invitación para dar una charla en la biblioteca Low Memorial de la Universidad de Columbia, en un acto de celebración del bicentenario de la Carta de Derechos. Tenía que empezar a aceptar esas invitaciones, pensó; tenía que salir de la invisibilidad y reivindicar su voz. Pidió a Frances D'Souza que se pusiera en contacto con Václav Havel para que lo invitara a Praga a fin de que la reunión imposibilitada por los británicos en Londres pudiera tener lugar en territorio de Havel. Si el gobierno de Su Majestad abandonaba la causa, sería necesario internacionalizar la campaña de defensa e incomodar a Thatcher y Hurd para inducirlos a hacer un esfuerzo. Emplearía cualquier tribuna que se le ofreciese para señalar que su caso no era en absoluto único, que escritores e intelectuales de todo el mundo islámico eran acusados de los mismos crímenes de pensamiento que él -blasfemia, herejía, apostasía, insulto y ofensa-, lo que significaba que o bien los mejores y más independientes cerebros creativos del mundo musulmán eran unos degenerados, o bien que las acusaciones encubrían el verdadero proyecto de los acusadores: el deseo de sofocar la heterodoxia y la disidencia. Afirmar esto no era, como insinuaron algunos, una súplica especial para atraer más simpatías a su propia causa, o para justificar sus «ofensas». No era más que la verdad. Para presentar esta argumentación de una manera eficaz, dijo a Frances, también tendría que desdecirse de lo que había dicho y deshacer su Gran Error, y debía desdecirse en voz bien alta en las tribunas más visibles, en los actos que más repercusión tuvieran en los medios de comunicación. Frances albergaba hondos sentimientos de protección hacia él y le preocupaba que quizá con eso empeorara su situación. No, dijo él, era peor permanecer en la falsa situación que él mismo había creado. Estaba aprendiendo por el camino difícil que el mundo no era un lugar compasivo, pero no había motivos para esperar que fuera otra cosa. La vida era poco generosa con la mayoría de la gente y no era fácil tener segundas oportunidades. En la revista clásica de los sesenta *Beyond the Fringe*, el humorista Peter Cook aconsejaba que lo mejor que podía hacerse en caso de ataque nuclear «era estar fuera de la zona donde estaba a punto de producirse el ataque. Quédense fuera de esa zona -advertía-, porque esa es la zona de peligro, donde caen las bombas». La manera de evitar la falta de compasión del mundo ante los errores que uno cometía era no cometer los errores ya de entrada. Pero él había cometido el suyo. Haría lo que fuera necesario para enmendarlo.

«Habrá repercusiones incluso si eso implica la muerte», dijo el portavoz del Consejo de Mezquitas de Bradford. «El veredicto del imán, en su condena a muerte al autor de *Los versos satánicos*, era intachable», afirmó el gnomo de jardín. Entretanto, en París, un escuadrón de la muerte entró en la vivienda del

ex presidente iraní exiliado Shapur Bajtiar, contrario al régimen de los ayatolás, y mató a cuchilladas al propio Bajtiar y a un ayudante en lo que se describió como un «asesinato ritual».

En Moscú se produjo un golpe de Estado contra Mijaíl Gorbachov, que estuvo tres días bajo arresto domiciliario. Cuando lo liberaron y volvió a Moscú, los periodistas que esperaban junto al avión le preguntaron si ahora aboliría el Partido Comunista. Él pareció horrorizarse ante esa pregunta, y precisamente en ese momento la historia (en forma de Boris Yeltsin) pasó a toda velocidad junto a él y lo dejó atrás. Aun así, fue él, y no Yeltsin ni Reagan ni Thatcher, quien cambió el mundo al prohibir al Ejército Rojo abrir fuego contra los manifestantes en Leipzig y en todas partes. Muchos años después el hombre antes invisible coincidiría con Mijaíl Gorbachov en un acto de recaudación de fondos en Londres. «¡Rushdie! -exclamó Gorbachov-. Apoyo plenamente todas sus posturas.» Incluso se dieron un breve abrazo. *¿Cómo? ¿Todas*?, preguntó él al hombre con el mapa de la Antártida tatuado en la frente. «Sí -contestó Gorbachov a través de su intérprete-. Apoyo pleno.»

Escribía una monografía sobre la película *El mago de Oz* para su amigo Colin MacCabe del Instituto del Cine Británico (BFI, por su sigla en inglés). Los dos grandes temas de la película eran el hogar y la amistad, y él nunca había sentido más intensamente lo mucho que necesitaba tanto lo uno como lo otro. Contaba con amigos igual de leales que los compañeros de Dorothy en el Camino de Baldosas Amarillas, y estaba a punto de disfrutar de un hogar permanente otra vez, después de tres años de andanzas. Escribió un relato distópico, «En la subasta de las zapatillas rubíes», para acompañar el ensayo. Las zapatillas que podían llevarte a casa cuando quisieras: ¿cuál era el valor de algo así en un futuro violento de ciencia ficción en el que todo estaba en venta y el término «casa» había degenerado en un concepto «disperso y deteriorado»? El ensayo gustó a Bob Gottlieb de *The New Yorker* y publicó un amplio fragmento antes de que apareciera el opúsculo del BFI. El actor que interpretó al médico forense de Pequeñilandia, Meinhardt Raabe, lo leyó en una residencia de la tercera edad de Fort Lauderdale y envió una carta en calidad de admirador, con un regalo adjunto: una fotografía en color de su gran escena en la película. Él aparecía en la escalinata del Ayuntamiento de Pequeñilandia sosteniendo en alto el largo pergamino en el que se leía, en grandes letras góticas, CERTIFICADO DE DEFUNCIÓN. Bajo ese texto, Raabe, usando un bolígrafo azul, había escrito cuidadosamente las palabras *Salman Rushdie*. Cuando él vio su nombre en el certificado de defunción de Pequeñilandia, lo primero que pensó fue: *¿Eso de verdad es gracioso*? Pero luego pensó: *No, ya caigo, el señor Raabe, desde su residencia de la tercera edad, está enviando cartas a gente de todo Estados Unidos, a gente de todo el mundo; es otro Herzog lanzando sus palabras al espacio vacío, solo que él, además, tiene una pila de esas fotografías en su mesilla de noche y las manda en cada carta. Es su tarjeta de visita. No se para a pensar, huy, pero sobre*

este hombre en particular realmente pesa una condena a muerte, quizá debería ser un poco más sensible. Escribe, firma, envía por correo. Eso hace.

Después de publicarse el opúsculo, Colin MacCabe le dijo que mucha gente en el BFI había tenido miedo de que se la relacionase con un libro del tristemente famoso señor Rushdie. Colin había conseguido atenuar al menos parte de esos temores. El libro salió y no llegó la sangre al río. Era solo un librito sobre una película antigua. Pero él había comprendido que antes de poder ser libre otra vez tendría que vencer los temores de otras personas además de los suyos propios.

El rehén británico John McCarthy fue liberado en Líbano.

Los jefes de la Brigada «A» decidieron que era hora de permitir a Zafar visitar a su padre en el número 30 de Hampstead Lane. Al principio, el señor Greenup sugirió que, durante el desplazamiento, vendaran los ojos al niño para no poner en peligro la ubicación, pero eso fue descartado, y Greenup no insistió. Esa tarde llevaron allí a Zafar, y la felicidad de su hijo iluminó el feo interior de la casa y la embelleció.

Frances telefoneó, entusiasmada. Le habían pedido que le comunicara en confianza que *Harún y el Mar de las Historias* había ganado el premio del Gremio de Escritores por el mejor libro infantil del año. «Les encantaría si de algún modo pudieras ir a recoger el premio.» Sí, contestó, también a él le encantaría estar presente. Fue a ver a Michael Foot, que le dijo: «Bien. El ambiente ha cambiado. Tenemos que volver a ver a Hurd y plantear nuestras exigencias con más dureza». Él admiraba el deseo de lucha de Michael, que no mermaba con la edad. Eso, y su aguante con el whisky, solo comparable al de Christopher Hitchens. Cuando bebía con Michael, más de una vez se había visto obligado a vaciar subrepticiamente su vaso en una maceta.

Habló con la policía acerca del premio concedido por el Gremio de Escritores. La ceremonia tendría lugar en el hotel Dorchester el 15 de septiembre. El equipo de protección respiró hondo y dejó escapar exclamaciones de reticencia. «No sé cómo se lo tomarán en la oficina, Joe -dijo Benny Winters, que, con su elegante chaqueta de cuero tostado, se parecía un poco a Lenny Kravitz con el pelo más corto-. Pero no le quepa duda de que lo plantearemos.» El resultado de plantearlo fue una visita del señor Greenup con su expresión más lúgubre, acompañado de otro alto cargo de la policía, una mujer, Helen Hammington, que al principio apenas intervino.

«Lo siento, Joe -dijo el señor Greenup-. Eso no puedo *permitirlo*.»

«No me *permitirá* ir a Park Lane a recoger mi premio literario -contestó él, lentamente-. No me lo *permitirá* pese a que solo una persona, el organizador del acto, tendría que saberlo por adelantado y podríamos llegar cuando la gente estuviera ya sentada para la cena, quedarnos allí a lo sumo diez minutos antes de la ceremonia de entrega, recoger el premio y luego marcharnos antes del final de la ceremonia. Eso es lo que no está dispuesto a *permitir*.»

«Por razones de seguridad -afirmó el señor Greenup, tensando la mandíbula-. Es muy poco prudente.»

Él respiró hondo. (Su recompensa por dejar de fumar fue un asma de aparición tardía, por lo que a veces le faltaba el aliento.) «Verá -dijo-, tenía la impresión de que era un ciudadano libre en un país libre, y en realidad no le corresponde a usted *permitirme* o no *permitirme* hacer algo.»

El señor Greenup perdió la compostura. «Soy de la opinión -repuso- de que va usted a poner en peligro a la ciudadanía londinense sin más razón que su deseo de autoengrandecimiento.» Fue una frase sorprendentemente bien construida -*ciudadanía, sin más razón, autoengrandecimiento*- y él nunca la olvidaría. Un momento clave -lo que Henri Cartier-Bresson había llamado *le moment décisif*- había llegado.

«Verá -dijo él-, seré claro. Sé dónde está el hotel Dorchester, y da la casualidad de que tengo el dinero para pagar un taxi. Así que no se trata de si voy o no voy a la entrega de premios. *Voy* a la entrega de premios. Lo único a lo que usted tiene que contestar es: ¿van a venir conmigo?»

Helen Hammington terció en la conversación para decir que ella sustituiría al señor Greenup como agente a cargo del caso en Scotland Yard. Esa fue una noticia extraordinaria. A continuación ella dijo al señor Greenup: «Creo que seguramente podremos manejar esto». Greenup se puso rojo como un tomate pero guardó silencio. «Se ha decidido -prosiguió Hammington- que probablemente deberíamos *permitirle* salir un poco más.»

Dos días después estaba en el Dorchester, en medio del mundo del libro, y recibía su premio, un tintero de cristal sobre una peana de madera. Dio las gracias a los presentes en la sala por su solidaridad y se disculpó por aparecer y desaparecer repentinamente en medio de la cena. «En este país libre -dijo-, no soy un hombre libre.» Al oír la clamorosa ovación se le saltaron las lágrimas, y él no era un hombre que llorara con facilidad. Se despidió del público, y cuando salía de la sala oyó a John Cleese decir por el micrófono: «Vaya, estupendo. Ahora yo tengo que estar a la misma altura». En suma, sí había sido una pequeña e inocua manifestación de autoengrandecimiento. La ciudadanía londinense seguía a salvo con sus esmóquines, en sus casas, en sus camas. Y él nunca volvió a ver al señor Greenup.

En aquellos tiempos el ángel de la muerte no parecía estar nunca muy lejos. Liz telefoneó: a Angela Carter le habían dicho que no le quedaban más de seis meses de vida. Zafar lo telefoneó llorando. «Hattie ha muerto», dijo. Hattie era May Jewell, la abuela angloargentina de Clarissa, una entusiasta de los sombreros de ala ancha y el modelo empleado para el personaje de Rosa Diamond en *Los versos satánicos*, frente a cuya casa de Pevensey Bay, Sussex, habían aterrizado en la arena Gibreel Farishta y Saladin Chamcha después de estallar el jumbo en que viajaban y sobrevivir. Algunas de las anécdotas preferidas de May Jewell -en Londres, en Chester Square Mews, una vez había visto al fantasma de un mozo de cuadra que parecía caminar de

rodillas hasta que ella se dio cuenta de que caminaba por el antiguo nivel inferior de la calle y por tanto solo se lo veía de rodillas para arriba; en Pevensey Bay, la flota invasora de la Conquista Normanda habría atravesado su salón, porque la costa había cambiado desde 1066; en Argentina, los toros de su *estancia*, Las Petacas, se acercaban a ella y apoyaban la cabeza en su regazo como si ellos fueran unicornios y ella una virgen, lo que no era así ni en un caso ni en el otro- habían llegado a las páginas de su libro. Él apreciaba mucho sus anécdotas, sus sombreros y a ella.

Helen Hammington fue a verlo otra vez para decirle qué sería aceptable, en opinión de la policía, que él hiciera conforme a las nuevas pautas liberalizadas. Podían llevarlo, previo acuerdo con los establecimientos, a comprar ropa y libros después del horario de cierre. Quizá estaría dispuesto a ir de compras fuera de Londres, a algún sitio como Bath, por ejemplo, y en ese caso podría ir incluso cuando las tiendas estuvieran abiertas. Si quería firmar libros, sería posible siempre y cuando no se tratara de actos organizados en Londres. Su amigo el profesor Chris Bigsby lo había invitado a dar una charla en la Universidad de East Anglia, y quizá podría aceptar invitaciones de ese tipo. Podrían planearse asimismo salidas ocasionales al Palacio de la Ópera de Covent Garden o a la Ópera Nacional de Inglaterra o al Teatro Nacional. Ella sabía que Ruthie Rogers, copropietaria del River Café de Hammersmith, era amiga íntima suya, así que tal vez podría ir a cenar allí, o al Ivy, donde los dueños, Jeremy King y Chris Corbin, también serían de ayuda. Ah: y a Zafar no solo se le *permitiría* visitarlo, sino también pasar la noche en Hampstead Lane. La marcha del señor Greenup sin duda había representado un cambio.

(Lo que *no se le permitía* hacer: vivir públicamente, moverse libremente, llevar la vida corriente de un escritor o un hombre libre de cuarenta años. Su vida era como una severa dieta: estaba prohibido todo aquello que no se *permitía* expresamente.)

El 11 de noviembre se cumplían los mil días desde el oficio fúnebre de Bruce Chatwin y la declaración de la fetua. Habló con Frances y Carmel de cómo utilizar políticamente ese momento. Acordaron una «vigilia» de veinte horas en Central Hall Westminster. Cuando se publicó la noticia, lo telefoneó Duncan Slater. Douglas Hurd, dijo Slater, exigía que se anulase la vigilia, o de lo contrario la gente, quizá incluso el propio gobierno, responsabilizaría a la campaña en defensa de Rushdie del retraso en la liberación del rehén británico Terry Waite. Michael Foot se enfureció cuando se lo dijeron. «Ceder a las amenazas fomenta la captura de rehenes», afirmó. Pero al final se anuló el acto a petición de la víctima de la fetua. Los derechos humanos de Terry Waite debían tener precedencia sobre los suyos.

El director de la Feria del Libro de Frankfurt, Peter Weidhaas, había querido invitar otra vez a los editores iraníes, pero las protestas en Alemania se lo impidieron.

Llegó el día mil. Él acabó un artículo, «Mil días en globo», para señalar la

ocasión. El Centro PEN estadounidense organizó una concentración y presentó una carta de protesta a las Naciones Unidas. Sus amigos británicos, una vez anulada la vigilia, leyeron cartas de apoyo en una librería de Charing Cross Road. Por otro lado, el periódico *The Independent*, que empezaba a convertirse en una especie de órgano de expresión del islam británico, sacó un artículo del «escritor» Ziauddin Sardar que decía: «Lo mejor que pueden hacer el señor Rushdie y sus seguidores es callar. Una mosca atrapada en una telaraña no atrae la atención sobre sí misma». La mosca en cuestión llamó al director del periódico y le dijo que no escribiría más reseñas para sus páginas literarias.

El 18 de noviembre Terry Waite fue liberado por sus captores. No quedaban más rehenes británicos en Líbano. ¿Cómo intentarían silenciarlo las autoridades ahora?, se preguntó. No tardó en recibir la respuesta. El 22 de noviembre el arzobispo de Canterbury, George Carey, decidió arremeter contra *Los versos satánicos* y su autor. La novela, dijo Carey, es una «afrenta indignante» al profeta Mahoma. «Debemos ser más tolerantes con la cólera musulmana», declaró el arzobispo.

Replicó en una entrevista por radio, y la prensa británica la emprendió con el arzobispo. Carey se retractó, pidió disculpas e invitó a tomar el té al hombre cuya obra había condenado. El hombre invisible fue conducido al palacio de Lambeth, y allí estaban la remilgada figura del arzobispo y un perro dormido ante el fuego de la chimenea, y aquí la taza de té: una sola taza y, para mayor decepción, sin sándwiches de pepino. Carey se mostró torpe y vacilante, sin mucho que decir. Cuando se le preguntó si trataría de interceder con Jamenei para que se revocara la fetua, de clérigo a clérigo, el arzobispo contestó débilmente: «Dudo que me hiciera mucho caso». La finalidad del té no era más que un intento de minimizar daños. La reunión fue breve.

Y se rumoreaba que los británicos se disponían a intercambiar embajadores con Irán y reanudar relaciones diplomáticas plenas. Él necesitaba una tribuna pública urgentemente. La fecha del acto en la Universidad de Columbia se echaba encima y parecía ciertamente muy importante que él estuviera presente, que su voz se oyera. Pero quedaban aún dos rehenes estadounidenses en Líbano, y no estaba claro que se le permitiera entrar en Estados Unidos. ¿Y cómo viajaría? Ninguna aerolínea comercial lo aceptaba como pasajero. La policía le dijo que casi todas las semanas volaban aviones militares de pasajeros entre el Reino Unido y Estados Unidos. Tal vez consiguiera una plaza en uno de ellos. Hicieron averiguaciones, y sí, se le permitiría viajar en un vuelo militar. Pero aún no se sabía si podría ir.

Duncan Slater telefoneó para disculparse por el «enfrentamiento» a causa de la vigilia de los mil días y añadió que no había «ninguna prisa» para el intercambio de embajadores. A él lo destinaban a un puesto en el extranjero, informó, y David Gore-Booth lo sustituiría como enlace del Foreign Office. Slater le inspiraba simpatía y se había sentido apoyado por él. Gore-Booth era otro cantar: más misterioso, más brusco, más áspero.

Joseph Cicippio fue liberado el primero de diciembre, y el último rehén estadounidense, Terry Anderson, una semana después. Los norteamericanos cumplieron su palabra y retiraron la prohibición a su entrada en el país. El viaje a la biblioteca Low se puso en marcha.

Iba a cruzar el océano en un avión militar de la RAF con destino al aeropuerto internacional de Dulles en Washington, D.C. Un avión privado, propiedad, según le dijeron, del presidente de Time Warner, estaría a su disposición para el viaje de ida y vuelta a Nueva York. En Nueva York lo recibiría un destacamento de seguridad del Departamento de Policía de Nueva York. Conforme se acercaba la fecha de su marcha, estos planes se alteraron una y otra vez de una manera desesperante. El avión privado de Washington a Manhattan se convirtió en un coche, y luego en un helicóptero, y luego otra vez en un avión. Andrew había planeado una cena en la que se reuniría con influyentes neoyorquinos, y un «almuerzo con gente del mundo de las artes», incluidos, quizá, Allen Ginsberg, Martin Scorsese, Bob Dylan, Madonna, Robert De Niro. Sonaba un tanto fantasioso, y lo era. Le dijeron que no se le permitiría salir del hotel salvo para pronunciar su charla en Columbia. No se le permitiría asistir a la cena en la biblioteca Low, sino que iría allí para el discurso y se marcharía de inmediato. Regresaría a Washington en avión esa misma noche y volvería al Reino Unido en el aparato de la RAF. Las embajadas estadounidenses de todo el mundo debían permanecer en estado de máxima alerta y habían adoptado medidas excepcionales de seguridad por si algún grupo extremista islámico tomaba represalias contra Estados Unidos por permitirle entrar en el país. Todas las personas con las que hablaron Andrew y él estaban muy, muy nerviosas: en la RAF, en el Ministerio de Defensa, en la embajada de Estados Unidos, en el Departamento de Estado, en el Foreign Office, en el Departamento de Policía de Nueva York. Dijo a Larry Robinson por teléfono: «Es más fácil entrar en el Jardín del Edén que en Estados Unidos. Para entrar en el Paraíso, basta con portarse bien».

Al acercarse la fecha, Estados Unidos atrasó una y otra vez la hora de salida. Finalmente, el martes 10 de diciembre, Día Internacional de los Derechos Humanos, y un día antes de su discurso en Columbia, subió a bordo del avión de transporte de la RAF y, sentado de espaldas al sentido de la marcha, abandonó suelo británico por primera vez en tres años.

Lo recibió en la pista del aeropuerto de Teterboro, en Nueva Jersey, un convoy de nueve vehículos flanqueado por motoristas. El coche central era una larga limusina blanca blindada. Ese era su coche. Al frente del gran contingente de la policía neoyorquina iba el teniente Bob Kennedy, conocido, para esa operación, como «Comandante Hudson». El teniente Bob se presentó y le explicó el «guión», interrumpiéndose con frecuencia para hablar con su manga. *Recibido Vigía Hudson aquí Comandante Hudson corto. Recibido eso. Corto y fuera*. Hoy día los policías hablaban como los policías que él

había visto por televisión. El teniente Bob, obviamente, se creía el protagonista de una película importante. «En el traslado cruzaremos la ciudad hasta el hotel y usted viajará en este mismo vehículo», informó de manera innecesaria cuando el convoy se puso en marcha.

«Teniente Bob -dijo él-, esto es excesivo. Los nueve vehículos, las motos, las sirenas, las luces de emergencia, todos estos agentes. ¿No sería más seguro llevarme por calles secundarias en un Buick de segunda mano?»

El teniente Bob, mirándolo con la expresión compasiva que la gente reserva a los estúpidos o dementes crónicos, contestó: «No, caballero, no lo sería».

«¿Por quién más organizarían una operación a esta escala, teniente Bob?»

«Caballero, esto mismo es lo que haríamos por Arafat.» Fue un tanto chocante verse en el mismo saco que el líder de la Organización para la Liberación de Palestina.

«Teniente Bob, si yo fuera el presidente, ¿qué más harían?»

«Caballero, si usted fuera el presidente de estos Estados Unidos, cerraríamos el paso de un montón de calles adyacentes y, caballero, apostaríamos francotiradores a lo largo del recorrido, pero en su caso no consideramos eso necesario porque sería poco discreto.»

El discreto convoy de nueve vehículos avanzó hacia Manhattan en medio del sonido de las sirenas de las motos y de los destellos de las luces de emergencia, sin atraer la menor atención.

Andrew lo esperaba en el hotel. En la suite presidencial habían colocado colchones a prueba de balas en todas las ventanas, pese a que estaban en la última planta, y unas dos docenas de hombres portando descomunales armas de ciencia ficción se hallaban dispersos por las habitaciones. Andrew le había preparado citas con dos personas. Susan Sontag entró primero para abrazarlo y contarle todo lo que el Centro PEN estadounidense había hecho y haría por él. Luego llegó Allen Ginsberg, y Susan tuvo que salir por otra puerta para que los dos gigantes norteamericanos no coincidieran. Él no entendió bien qué necesidad había de eso, pero Andrew afirmó que así era mejor, para evitar el enfrentamiento de egos literarios, y cuando entró Ginsberg, en sandalias y con una pequeña mochila, evaluó la situación y dijo firmemente: «Bien, ahora vamos a meditar». Empezó a sacar los cojines de los sofás y colocarlos en el suelo. El escritor indio pensó: *Esto es raro, he aquí un americano enseñándome a decir* om shantih om. En voz alta dijo, con cierta malicia: «No pienso meditar a menos que Andrew Wylie medite también». Y de pronto allí estaban todos, sentados en el suelo con las piernas cruzadas canturreando *shantih*, «paz», mientras el ejército de hombres con armas de ciencia ficción les miraba y los colchones a prueba de balas impedían el paso del frío sol de diciembre. Una vez concluida la sesión de meditación, Ginsberg repartió varios panfletos sobre el budismo y se marchó.

Poco después llegó Elizabeth sin previo aviso, y el teniente Bob la acompañó hasta él, rodeado de hombres armados. «No pasa nada, teniente Bob -aseguró él-. Elizabeth es inofensiva. Elizabeth está conmigo.»

Kennedy entornó los ojos. «Si yo quisiera matarlo, caballero -dijo delirantemente con una mirada de loco a lo Jack Nicholson-, ella es exactamente la persona a quien yo enviaría.»

«¿Y eso, teniente Bob?»

Kennedy señaló en dirección a una mesa en la que había un surtido de frutas y quesos, así como cubiertos y platos. «Caballero, si ella cogiera uno de esos tenedores y se lo clavara en el cuello, yo perdería el empleo.»

A Andrew Wylie le costó no alterar la expresión y durante el resto del viaje Elizabeth pasó a llamarse la Loca del Tenedor.

Esa noche, en la gran limusina blanca blindada en medio del convoy de nueve vehículos flanqueado de motoristas, con las sirenas y las luces de emergencia, recorrieron la calle Ciento veinticinco en dirección al campus de Columbia a cien kilómetros por hora, mientras todo Harlem observaba desde las aceras el paso casi imperceptible de la discreta operación fantasma, y Andrew gritaba de placer ante lo demencial de todo aquello: «¡Este es el mejor día de mi vida!».

Después se acabó la diversión, esa diversión un tanto histérica como de comedia negra. Lo escondieron detrás de una cortina en la biblioteca Low, y cuando anunciaron su nombre se produjeron exclamaciones ahogadas y él dio un paso al frente y salió de la invisibilidad a la luz. A continuación se oyeron afectuosos aplausos de bienvenida. Los focos lo cegaban y no veía la sala, no tenía ni idea de quién estaba allí, pero debía pronunciar su discurso, debía describir sus mil días en globo. Pidió a su público que reflexionara sobre la persecución religiosa, y sobre el valor de la vida de una persona, y empezó así el largo proceso de deshacer su Error, de desdecirse de lo que había dicho, de reinstaurarse en las filas de los defensores de la libertad y dejar a Dios atrás. Tendría que desdecirse del Error una y otra vez durante muchos años, pero esa noche, cuando admitió su equivocación ante el distinguido público de Columbia y volvió a abogar por aquello en lo que más apasionadamente creía -*la libertad de expresión es la esencia de todo*, declaró, *la libertad de expresión es la vida misma*-, se sintió más limpio, y en la respuesta comprensiva de su público oyó compasión. Si él hubiera sido un hombre religioso, habría dicho que se sintió como si se hubiera confesado, como si hubiera sido absuelto de sus pecados. Pero no era religioso, y nunca más fingiría religiosidad. Era un hombre orgullosamente irreligioso. *No reces por mí*, le había dicho a su madre. *¿Es que no te das cuenta? Ese no es nuestro equipo*.

En cuanto acabó su discurso, Estados Unidos lo echó de allí sin más miramientos. No tuvo tiempo para despedirse de Andrew y Elizabeth. El teniente Bob ocupó el asiento delantero de la limusina blanca mientras esta atravesaba rápidamente la noche en dirección al aeropuerto MacArthur en Islip, Long Island, y allí estaba el avión esperando para llevarlo a Dulles, donde subió a bordo del transporte de la RAF junto con el personal militar y volvió a su jaula. Pero había viajado, y había hablado. La primera vez fue la

más difícil, y todas las complicaciones se habían superado, y por delante tenía la segunda vez, y la tercera, y la cuarta. Quizá aún no se veía la luz al final del túnel, pero ahora al menos estaba en el túnel.

El texto del «Globo» sustituyó al de la «conversión» en la edición de bolsillo de *Imaginary Homelands* y por fin pudo dejar de encogerse de vergüenza cada vez que veía un ejemplar. *Por fin*, pensó cuando llegó el libro. *Este es el libro de verdad. Su autor de verdad soy yo*. Su carga se le antojó menos pesada. Rompió cualquier lazo con el dentista Essawy y dejó atrás esas uñas de manicura para siempre.

Querida Religión: ¿Puedo plantear la cuestión de los principios primeros? Porque, curiosamente, o no tan curiosamente, los religiosos y los no religiosos no pueden ponerse de acuerdo en cuáles son estos. Para el griego razonable que abordaba la cuestión de la verdad, los principios primeros eran los puntos de partida (*arché*) y los percibíamos porque poseíamos conciencia (*nous*). Mediante el uso de la razón pura, y basándonos en nuestra percepción sensorial del mundo, Descartes y Spinoza creyeron que podíamos llegar a una descripción de la verdad que reconociésemos como verdadera. Los pensadores religiosos, en cambio -santo Tomás de Aquino, Ibn Rushd-, mantenían que la razón existía fuera de la conciencia humana, que flotaba en el espacio como la aurora boreal o el cinturón de asteroides, aguardando a ser descubierta. Una vez descubierta, era algo fijo e inmutable, porque era preexistente, ¿lo entiende? Su existencia no dependía de nosotros; simplemente era. Esta idea de la razón incorpórea, la razón absoluta, es un poco difícil de aceptar, y más cuando usted, Religión, la une a la idea de revelación. Porque entonces el pensamiento se acaba, ¿o no? Todo lo que es necesario pensar ha sido revelado, y con eso debemos quedarnos, por toda la eternidad, absolutamente, de manera inapelable. Dios, podría exclamar uno, ayúdanos. Yo estoy con el otro equipo, que cree que, a menos que los principios primeros de esta índole puedan ponerse en tela de juicio mediante los principios primeros de la otra índole -buscando nuevos puntos de partida, aplicando nuestra conciencia y nuestra percepción sensorial de lo que es a esos puntos de partida, y llegando así a nuevas conclusiones-, estamos perdidos, nuestro cerebro se pudrirá, y hombres con turbante y barba larga (u hombres con hábito que fingen ser célibes a la vez que cometen abusos con niños) heredarán la tierra. No obstante, y quizá esto le resulte confuso, en cuestiones culturales no soy un relativista y sí creo en los universales. Los derechos humanos, por ejemplo, las libertades humanas, la naturaleza humana y lo que esta desea y merece. Por consiguiente, no estoy de acuerdo con la idea del profesor S. Huntington de que la razón pertenece a Occidente y el oscurantismo a Oriente. El corazón es lo que es y no sabe nada de puntos cardinales. La necesidad de libertad, como la inevitabilidad de la muerte, es un universal. Puede que no sea preexistente, siendo como es consecuencia de nuestra humanidad esencial,

pero no es negociable. Comprendo, Religión, que esto pueda resultarle confuso, pero yo lo planteo con toda claridad. Se lo he preguntado a mi *nous* y me ha dado el visto bueno. Plantéalo. Por supuesto. Plantéalo. Ah. P.D.: ¿Qué pasa con esos formularios oficiales paquistaníes (todos, para todo) que insisten en que declares tu religión y no aceptan «ninguna» por respuesta? Si pones «ninguna» se considera que el formulario «no es válido» y hay que rellenar otro o exponerse a las consecuencias, que pueden ser graves. No sé si ocurre lo mismo en otros países musulmanes, pero digamos que sospecho que bien podría ser. Eso es un poco extremo, Religión, ¿no le parece? ¿Incluso rayano en el fascismo? ¿Qué clase de club impone el requisito obligatorio de ser miembro? Pensaba que los mejores clubes eran exclusivos e intentaban por todos los medios mantener fuera a la chusma. Plantea también esto. Por favor.

Querido Lector: Gracias por sus amables palabras sobre mi obra. ¿Me permite que señale el hecho elemental de que la libertad para escribir está estrechamente relacionada con la libertad para leer, sin que ninguna clase sacerdotal o Comunidad Indignada nos seleccione, desapruebe y censure la lectura? ¿Desde cuándo una obra de arte es definida por aquellos a quienes no les gusta? El valor del arte reside en el amor que genera, no en el odio. Es el amor lo que hace duraderos los libros. Siga leyendo, por favor.

Tomó determinaciones para el Año Nuevo. Perder peso, pedir el divorcio, escribir su novela, publicar en rústica *Los versos satánicos* y conseguir que se anulara la fetua. Era consciente de que no podría mantener todas esas promesas hechas a sí mismo. Pero se conformaba con tres o cuatro de cinco. Perdió ocho kilos en las siguientes seis semanas. Eso era un buen comienzo. Compró su primer ordenador. Al igual que a muchas personas arraigadas en las viejas tecnologías, le preocupó que pudiera cambiar su manera de escribir. Muchos años antes Fay Weldon y él habían participado en una lectura conjunta en Kentish Town y durante la ronda de preguntas del público una mujer había dicho: «Cuando escriben a máquina y tachan una frase, ¿siguen escribiendo, o sacan la hoja de la máquina y reescriben toda la página?». Tanto Fay como él contestaron que sacaban la hoja y lo reescribían todo, *obviamente*. Como muchos escritores, tenía el fetiche del texto limpio, y la facilidad para «limpiar» una página en ese nuevo artefacto milagroso bastaba para convencerlo de su valor. Cuanto menos tiempo pasara reescribiendo, tanto más tiempo tendría para dedicarse al hecho de escribir en sí. *El último suspiro del moro* sería su primera novela escrita con ordenador.

Era necesario vender la casa de St. Peter's Street. Tenía grandes gastos y le vendría muy bien el dinero. Mientras la prensa sensacionalista continuaba quejándose del excesivo coste que él representaba para el Reino Unido, sus propios recursos estaban agotándose. Había comprado (y estaba reformando) una casa grande donde su equipo de protección y él pudieran vivir felizmente para siempre, y un titimóvil blindado. Iba a comprar un piso de dos habitaciones en Hampstead para que Elizabeth pudiera tener una dirección

«pública», con la idea de ponerlo a nombre de ella a modo de regalo. Por suerte, Robert McCrum, de Faber and Faber, quería la casa de Islington y enseguida llegaron a un acuerdo. Pero el proceso quedó interrumpido porque Robert no pudo concretar la venta de su propia casa de entonces. No obstante, dijo, había otros compradores interesados y esperaba seguir adelante con la operación en breve.

Se reunió con Duncan Slater por última vez. Slater se marchaba para ocupar el puesto de embajador británico en Malaisia. Hablaron durante tres horas, y la conclusión final fue que el gobierno de Su Majestad empezaba a sentir los efectos del alboroto que él estaba organizando, sobre todo después de lo de Columbia. «Hurd reconoce que tiene usted un amplio foro de posibles electores -le explicó Slater-. No son necesariamente los de él, pero sí numerosos, y no se los puede pasar por alto.» El ministro de Asuntos Exteriores había entendido que el caso Rushdie no podía arrinconarse. «Es posible que consigamos que se retire la recompensa económica», dijo Slater. Bueno, eso sería un buen comienzo, contestó él. «Ahora bien, el Foreign Office no ve con buenos ojos sus planes para la edición en rústica.»

Poco después, el día del cumpleaños de Elizabeth, se enteraron de que Angela Carter tenía afectados los dos pulmones por el cáncer. Le costaba respirar y solo le quedaban unas semanas de vida. Le habían dado ya la noticia a su precioso hijito, Alex. La idea de perderla era insoportable, pero como la madre de él solía decir, *lo que no puede curarse debe sobrellevarse*. Al cabo de dos semanas Angela lo invitó a tomar el té. Fue la última vez que la vio. Cuando llegó a la vieja y ya tan conocida casa de Clapham, se encontró con que ella se había obligado a levantarse de la cama y vestirse para él y estaba sentada, muy erguida, en un sillón sirviendo el té como una anfitriona formal. Él advirtió el gran esfuerzo que le representaba y lo importante que era para ella hacerlo, así que tomaron su té vespertino como era debido y rieron todo lo posible. «Los del seguro se pondrán furiosos -dijo ella con una risa socarrona-, porque solo he pagado las primas de tres años de un *enorme plan nuevo* y ahora tendrán que apoquinar, para que mis chicos estén bien.» Sus chicos eran su marido, Mark, que permanecía sentado en silencio con ellos como era su costumbre, y su hijo, Alex, que no estaba allí. Al cabo de un rato, ella se sentía agotada, y él se levantó para marcharse y se despidió de ella con un beso. «Cuídate», dijo Angela, y eso fue todo. Cuatro semanas después de su té juntos, ella murió.

Sus amigos más íntimos -Caroline Michel, Richard y Ruth Rogers, Alan Yentob y Philippa Walker, Melvyn Bragg y otros- planeaban un acto público para el tercer aniversario de la fetua, al que asistirían muchos destacados escritores. Günter Grass dijo que sí, que iría; también accedieron Mario Vargas Llosa y Tom Stoppard, y los que no podían ir -Nadine Gordimer, Edward Said- prometieron enviar mensajes grabados en vídeo. Lo que no se anunciaría públicamente era que él mismo haría una aparición «sorpresa». El

lugar elegido fue el Stationers' Hall, el antiguo salón gremial donde muchos años antes, en otra vida, había recibido el premio Booker.

Ese joven escritor no habría tenido que escuchar la negativa de sus editores a publicar el libro en rústica, pero los años dorados habían acabado. Se reunió con Peter Mayer en casa de Gillon y por fin Mayer habló claro. No, no veía la fecha en que Penguin fuera a publicar la edición en rústica de *Los versos satánicos*, pero se comprometía personalmente a mantener en prensa la edición en tapa dura; y sí, permitiría, por tanto, que el autor recuperase los derechos para la edición en rústica a fin de que pudiera organizarse algún tipo de publicación en consorcio. Todos intentaron mostrarse corteses y amables, pese a que fue una ocasión muy violenta. Martin Garbus, el abogado de Mayer, volvió a estar presente y opinó que en Estados Unidos quizá fuera posible formar un consorcio encabezado por la Asociación de Libreros Estadounidenses, el Centro PEN estadounidense y el Gremio de Escritores. Al día siguiente telefoneó a Frances D'Souza y, sin autoridad para hacerlo, afirmó que él mismo estaba creando un consorcio, y le preguntó si Artículo 19 querría actuar como editor del libro en el Reino Unido. (Garbus afirmaría más tarde en *The New York Times* que en realidad él había estado tras la creación del consorcio que publicó el libro, afirmación tan opuesta a la verdad que tuvo que refutarse expeditivamente.)

Su vida era como un día de fuertes vientos que movían las nubes a toda velocidad ante el sol: primero oscuridad, después luz repentina, después otra vez sombras. El día después de la reunión con Penguin, nació la segunda hija de Sameen en el Pabellón Florence del hospital de Northwick Park, en Harrow: Mishka. De mayor sería una virtuosa del piano, introduciendo la música en una familia que, hasta su llegada, había sido cómicamente amusical.

La División Especial le comunicó que, según las últimas informaciones de los servicios de inteligencia, ciertas unidades de Hezbolá seguían intentando activamente localizarlo para matarlo. No se produjo ningún cambio en la valoración de la amenaza, que continuó en un nivel Absurdamente Alto.

Andrew se reunió en Nueva York con Giandomenico Picco, de las Naciones Unidas, el negociador y artífice de la liberación de muchos de los rehenes de Líbano, incluido John McCarthy. Respecto al caso Rushdie, Picco dijo: «He trabajado en esto y sigo trabajando en ello». Unos meses después, en Washington, el hombre invisible pudo reunirse con el negociador secreto, y Picco le dio un consejo que él siempre recordaría. «El problema de negociar un acuerdo así -explicó- es que uno pasa mucho tiempo esperando a que el tren llegue a la estación, pero no sabe a qué estación llegará. El arte de la negociación es estar en el mayor número de estaciones posible para encontrarse allí cuando llegue el tren.»

En Berlín, el periódico *die tageszeitung* inició una campaña de «Cartas a Salman Rushdie». Las cartas se reimprimirían en dos docenas de periódicos de toda Europa y las Américas, y Peter Carey, Günter Grass, Nadine

Gordimer, Mario Vargas Llosa, Norman Mailer, José Saramago y William Styron se contaban entre los grandes escritores que habían accedido a colaborar. Cuando Carmel Bedford telefoneó a Margaret Atwood para pedirle que escribiera una carta, la poderosa Peggy dijo: «Ay, cielos, ¿y qué voy yo a decir?». A lo que Carmel, con férreo arrojo irlandés, contestó: «Use su imaginación». Y hubo un gran novelista que lo telefoneó y no colaboró, pero fue quizá de quien más lo emocionó recibir noticias. Era Thomas Pynchon, otro famoso hombre invisible, que lo llamó para agradecerle su reseña de *Vineland* en *The New York Times Book Review* y preguntarle solícitamente cómo le iba. Él contestó citando el título del clásico de culto de Richard Fariña, amigo de Pynchon a quien este dedicó *El arco iris de gravedad*: «Hundido hasta el cielo». Pynchon propuso que quedaran a cenar la próxima vez que coincidieran los dos en Nueva York. «Ay, Dios mío -dijo él, hablando como un adolescente enamorado y lleno de granos-, ay, sí, por favor.»

Reunir un consorcio de editores, libreros, organizaciones de la industria e individuos destacados en el mundo del libro no había sido difícil en Alemania y España. Todo el mundo se había prestado a formar parte de lo que se veía como una importante defensa de la libertad de expresión. Misteriosamente, como se comprobó, en Estados Unidos las cosas eran muy distintas. Andrew se había asesorado con el juez William Brennan, miembro del Supremo estadounidense, con el célebre abogado experto en derecho constitucional Floyd Abrams, y con el antiguo fiscal general Elliot Richardson, y todos coincidieron en que la publicación en rústica de *Los versos satánicos* quedaba amparada por la Primera Enmienda. Los ocho principales editores de Estados Unidos discreparon. Uno tras otro, los grandes personajes del mundo de la edición de Estados Unidos negaron que la libertad de expresión tuviera nada que ver con ese asunto, diciendo entre dientes que unirse para formar un consorcio sería una «crítica implícita» a Peter Mayer y Penguin. Sonny Mehta le dijo: «¿Y si la gente sencillamente no quiere hacerlo, Salman, y si sencillamente quieren quitárselo de encima?». Andrew se enteró de que la Asociación de Editores Estadounidenses de hecho estaba creando un cártel oficioso contra la publicación para dar apoyo a Peter Mayer (por quien sentían simpatía) y oponerse a sus propios esfuerzos, porque, para ser sinceros, no sentían mucho aprecio por el tristemente famoso Andrew Wylie, cuyo cliente tenía fama de ser bastante intragable. La gente no le devolvía las llamadas. Se le cerraban puertas en la cara. *The New York Times* informó de que los esfuerzos para constituir un consorcio «flaqueaban». Pero Andrew -y Gillon en Londres- se mantuvieron firmes en su determinación. «Podemos publicar la edición en rústica -dijeron-, y lo haremos.»

Un solo editor se distanció del resto. George Craig, de HarperCollins, dijo a Andrew que los ayudaría, discretamente. No podía autorizar a HarperCollins a formar parte del consorcio, pero sí podía costear, y lo haría, la impresión de los primeros cien mil ejemplares, así como proporcionar un diseñador gráfico

para la portada de la edición en rústica; y enseñaría a Andrew cómo debían organizarse la impresión, el almacenaje y el sistema de distribución, elementos básicos que necesitaría el consorcio para llevar a cabo la puesta en circulación. Pero hasta Craig estaba nervioso; no quería que se supiera lo que estaba haciendo. Así que, a escondidas, subrepticiamente, se forjó un plan de publicación, como la planificación de un crimen a cargo de hombres con sombreros de fieltro de ala corta y gabardinas holgadas en torno a una mesa de madera en un sótano bajo una única bombilla desnuda. La sociedad, llamada *The Consortium, Inc*., se constituyó en Delaware. El consorcio se componía de tres miembros: Gillon Aitken, Salman Rushdie y Andrew Wylie. Ni un solo editor estadounidense, ni de hecho británico, aportó su nombre oficialmente ni -con la honorable excepción de George Craig- concedió al proyecto apoyo económico u organizativo. Andrew y Gillon también pusieron dinero suyo en el proyecto y llegaron a un acuerdo con el autor sobre cómo repartir los beneficios. «Lo estamos haciendo nosotros -dijo Andrew-. Estamos listos para ponerlo en marcha.»

Él había comprado ya el piso para Elizabeth y seguía esperando a que Robert McCrum cerrara la compra de la casa de St. Peter's Street. Las obras en el número 9 de Bishop's Avenue ascendían ya a una pequeña fortuna y el dinero escaseaba. Si por alguna razón el 30 de Hampstead Lane quedaba «al descubierto», pensaba, probablemente no podría permitirse otro alquiler caro. En ese caso quizá sí tuviera que acabar en la base militar.

Se acercaba el día de San Valentín y circulaban una vez más las desagradables declaraciones de siempre. La fetua se ratificó, por supuesto. Un periódico iraní describió la orden como «el mandato divino de lapidar al demonio». Kalim Siddiqui, el lacayo británico de Irán, habló desde debajo de su hongo. «Rushdie es el Enemigo Número Uno del Islam.» Pero esta vez se alzaron unas cuantas voces en respuesta. Ciento quince parlamentarios europeos firmaron una moción donde expresaban su «profunda solidaridad con el autor por las continuas adversidades padecidas» y pedían a todos los estados miembro que presionaran a Irán para que pusiera fin a sus amenazas. David Gore-Booth le comunicó que Douglas Hogg y el Foreign Office seguían una línea «muy positiva», pero deseaban esperar hasta después de las elecciones al Majlis iraní de abril. A partir de ese momento podían intentar que se retirase la recompensa y que se «circunscribiese» formalmente la fetua -es decir, que los iraníes la declarasen válida solo dentro de Irán- como primer paso hacia su anulación definitiva.

Esto lo animó un poco. Al menos la presión de la campaña de defensa estaba obligando al gobierno a plantearse nuevas opciones sobre el caso.

Ocurrió entonces algo francamente sorprendente. Frances y el experto en Oriente Próximo de Artículo 19, Saïd Essoulami, escribieron al encargado de negocios iraní para solicitarle una reunión en la que tratar el caso... y los iraníes accedieron. La mañana del 14 de febrero de 1992 Frances y Saïd se

reunieron con funcionarios iraníes y hablaron de la fetua y el dinero de la recompensa. Los iraníes apenas cedieron, pero era evidente que los inquietaba la publicidad pro-Rushdie, pensó Frances. Insistieron a Saïd y a ella en que el gobierno británico no tenía interés en el caso. (Cuando la noticia de esta reunión llegó a la prensa, primero los iraníes intentaron negarla y luego afirmaron que solo había asistido un «empleado local» y ningún miembro de la división diplomática había estado presente.)

Ese día hubo protestas y declaraciones en apoyo a él en todo el mundo. En Francia diecisiete millones de personas vieron por televisión una entrevista que él había grabado: la mayor audiencia jamás registrada en Francia por un programa después de los principales noticiarios vespertinos. Esa noche, en el Stationers' Hall de Londres, habló a un público de escritores y amigos, diciéndoles: «Me niego a ser una no persona. Me niego a renunciar al derecho de publicar mi obra». Todos los periódicos británicos informaron del acto solidariamente salvo *The Independent*, que ni siquiera lo mencionó.

Angela Carter murió el 16 de febrero de 1992. Cuando él recibió la llamada telefónica, se quedó de pie en su salón y se echó a llorar. Luego el programa *Late Show* solicitó su presencia para hablar de ella. Una aparición en los medios era lo último que tenía en mente, pero Alan Yentob dijo «Angela querría que fueses tú», así que escribió un texto y fue a los estudios. Al llegar allí, dijo: «Voy a grabar una única toma. Me será imposible grabar dos». De algún modo lo consiguió y volvió a casa. *The New York Times* publicó otra versión de su texto. Había terminado recientemente el ensayo sobre *El mago de Oz* y se acordó de que fue Angela quien le habló por primera vez de la espantosa conducta de los habitantes de Pequeñilandia en Hollywood, sus borracheras y su promiscuidad. A ella le divertía especialmente la anécdota de uno de ellos que, en plena borrachera, se quedó atascado en la taza de un váter. Le dedicó a Angela su pequeño libro. A diferencia del viejo farsante, Oz, el Grande y Terrible, ella había sido una *maga muy buena*, como él escribió en su texto para el periódico, *y una queridísima amiga*.

Angela había organizado minuciosamente su propio funeral, asignándole a él la lectura del poema de Andrew Marvell «Sobre una gota de rocío»:

Así el alma, esa gota, ese rayo del cristalino manantial del día eterno... ....., expresa, en sus pensamientos puros y circulares, ese Cielo mayor en otro Cielo que no lo es tanto.

El día antes del funeral la prensa sensacionalista publicó más comentarios desagradables sobre Elizabeth y su «coste» para la nación. Sin embargo no tenían fotos de ella, y la policía le advirtió que, si iban a la ceremonia, los paparazzi los acosarían y conseguirían su foto, lo que la expondría a un mayor peligro. Él dijo que irían por separado, y fue entonces cuando Helen Hammington se desprendió de la máscara de la comprensión. Con sus apariciones en público, estaba exigiendo demasiado a la División, reprochó.

«Todos los demás principales a los que protegen -señaló él- tienen una agenda diaria de actividades y ustedes no se quejan. Yo quiero ir al funeral de mi amiga y a usted le parece excesivo.» «Sí -repuso ella-, pero todos los demás principales realizan o han realizado un servicio a la nación, y usted, en mi opinión, no.»

Al final Elizabeth no fue al oficio fúnebre celebrado en el cementerio de Putney Vale. No se presentó allí un solo fotógrafo de la prensa. En cuanto a eso, la policía se había equivocado. Naturalmente, no lo admitieron. Se estaban preparando para el peor caso posible, como siempre hacían. Él no estaba dispuesto a vivir su vida conforme a la hipótesis del peor caso posible. Eso lo convertiría en prisionero de ellos. Él no era prisionero de nadie. Era un hombre inocente que intentaba llevar la vida de un hombre libre.

Después Michael Berkeley le contó que la presencia de tantos policías en el recinto del crematorio el día del funeral había suscitado el siguiente diálogo entre las personas que salían de la incineración anterior: «El próximo debía de ser alguien muy importante». Y justo cuando Michael se disponía a comentar «Sí, alguien *muy* importante, Angela Carter», oyó la respuesta: «Qué va. Seguro que es solo un maleante al que han dejado salir de la cárcel de Scrubs esta mañana para asistir al funeral de su madre».

Por su parte, los agentes de protección siguieron tan cordiales, comprensivos y serviciales como les era posible. Cuando Zafar quiso exhibir su destreza en el rugby, un agente nuevo, Tony Dunblane -el del elegante bigote y las americanas de tweed, como un pirata de los barrios residenciales-, llevó a padre e hijo a los campos de deporte de la policía en Bushey y los hombres formaron como una línea de tres cuartos para que Zafar pudiera correr y pasar el balón de rugby. (Zafar se había presentado al examen y la entrevista de acceso a Highgate School y, para gran alegría e infinito alivio de sus padres, obtuvo una plaza. Consciente de que había conseguido algo importante para él, su seguridad en sí mismo aumentó enormemente, tal como esperaban sus padres.) Elizabeth se dedicaba metódicamente a la tarea de elegir muebles y papel pintado para la casa nueva como si fueran una pareja cualquiera que se instalaba en una casa y Tony trajo fotos de los últimos y más modernos equipos de sonido y televisores y se ofreció a montar todo lo que eligieran en cuanto se hubieran mudado allí. Y cuando Robert McCrum por fin consiguió nuevo comprador y se cerró el trato para la venta de la vivienda del número 41 de St. Peter's Street, la policía lo llevó a lo que ya no era su casa para meter en cajas sus pertenencias y cargarlas en la furgoneta que las transportaría a un almacén de la policía hasta que pudieran trasladarlas a la casa nueva. La bondad humana normal y corriente que esos hombres mostraban a un congénere metido «en un berenjenal de aúpa», como lo describió Tony Dunblane, nunca dejó de conmoverlo.

Tardaron casi cinco horas, con la ayuda de Elizabeth, en embalar los efectos personales de Marianne. Ocultas entre los objetos de ella, él encontró todas las

fotos que había tomado en su viaje a Nicaragua de 1986, sobre el que había escrito su pequeño libro documental *La sonrisa del jaguar*. Y también todos los negativos. (Después, la colega de Gillon, Sally Riley, designada por Marianne para hacerse cargo de sus pertenencias, devolvió otros hallazgos: una antigua cabeza de piedra de la civilización de Gandhara regalo de la madre de él, y una bolsa llena de fotografías, también suyas, no las de los álbumes desaparecidos, sino las sobrantes, las excluidas y los duplicados. Al menos esos pocos recordatorios de su vida anterior a Marianne se habían rescatado. Se alegró especialmente de recuperar las imágenes del nacimiento de Zafar y sus primeros momentos. La mayor parte de las fotografías desaparecidas, las incluidas en los álbumes perdidos, nunca se recuperaron.)

Las dificultades de la vida diaria -o la calamitosa distorsión de lo cotidiano en que se había convertido para él la «vida diaria»- siguieron absorbiéndolo, como un invasor. Andrew Wylie intentaba comprar un apartamento; cuando la comunidad de vecinos se enteró de que era el agente literario del autor de *Los versos satánicos*, lo rechazó. Nunca había notado a Andrew tan desanimado como cuando le comunicó la noticia, pese a que procuró restarle importancia. Era una pobre recompensa por todo lo que había hecho, y estaba haciendo, en interés de su autor. Al menos esta historia tuvo un final feliz. No mucho después de ese rechazo, Andrew encontró un apartamento mejor, y esta vez la comunidad de vecinos no puso ningún reparo.

Acto seguido, una bomba. Helen Hammington fue a visitarlo y el puño de hierro asomó del guante de terciopelo. En cuanto Elizabeth y él se instalaran en la nueva casa, anunció la mujer, se le retiraría la protección policial, porque el subcomisario John Howley no estaba dispuesto a arriesgar la seguridad de sus hombres en lo que inevitablemente se convertiría en una protección no encubierta.

La policía había defraudado su confianza de una manera sobrecogedora. Desde el primer día de protección, le habían asegurado que esta continuaría hasta que la valoración de la amenaza por parte de los servicios de inteligencia se redujera a un nivel aceptable. Eso no había ocurrido. Además, habían sido Howley y su secuaz Greenup quienes habían decidido que era el momento de comprar una casa. Le habían asegurado específicamente que, una vez instalados los sistemas de seguridad adecuados, podía mantenerse la protección en ese lugar aun cuando llegara a saberse que la casa era suya. Lo habían obligado a comprar una vivienda no adosada, con patio y dos verjas, una electrónica y otra accionada manualmente (en prevención de apagones), y un garaje integrado cuya puerta de madera automática ocultase una lámina de metal a prueba de balas; lo habían obligado a instalar las carísimas ventanas de cristal blindado y los sistemas de alarma en los que ellos habían insistido, y, lo peor de todo, había tenido que comprar una casa el doble de grande de lo que Elizabeth y él necesitaban para que pudieran dormir allí y tener su propia sala de estar cuatro policías: dos agentes de protección y dos chóferes. Había dedicado una enorme suma de dinero y grandes esfuerzos a satisfacer todos

esos requisitos, y ahora que había gastado ese dinero y estaba allí anclado, le decían: «Bien, pues, ahora nos largamos». La inmoralidad de aquello era casi impresionante.

La verdadera razón era el coste, él eso lo sabía; el coste, y la mentalidad de la prensa sensacionalista, convencida de que él no merecía lo que pudiera costar protegerlo debidamente, abiertamente, como protegían a cualquier otro.

En ese momento se sabían ciertas cosas sobre la fetua: no públicamente, pero sí entre las personas que necesitaban saberlo, incluido él mismo y el subcomisario Howley. La amenaza no era meramente teórica. Había una unidad especial en el servicio de inteligencia iraní cuya misión era desarrollar y llevar a cabo un plan para cumplir la orden de Jomeini. La unidad especial tenía un nombre en clave y, según el protocolo previsto, la autorización final de la operación dependía de una cadena de mando. Se elaboraría un plan, luego se aprobaría a distintos niveles hasta llegar al presidente, y finalmente darían el visto bueno los líderes religiosos. Ese era el modus operandi normal en Irán. La unidad especial que había ejecutado a Shapur Bajtiar había actuado casi con toda seguridad de la misma manera. El hecho de que Howley pretendiera retirar la protección sabiendo lo que sabía, y tan poco tiempo después del asesinato de Bajtiar, decía mucho sobre su forma de pensar. *Nunca hemos perdido a nadie*, le habían asegurado con orgullo los miembros de su equipo de protección, pero ahora Howley le decía algo distinto: *Nos da igual si lo perdemos a usted*. Eso le sentó... mal.

Dijo a Elizabeth que debía pensar en su propia seguridad. Si la policía se marchaba de allí, era imposible saber hasta qué punto sería peligrosa la vida con él. «No pienso dejarte», contestó ella.

Él, de algún modo, consiguió trabajar un poco. Completó una sinopsis de *El último suspiro del moro* que finalmente tenía cierto sentido. Fraguarla le había exigido mucho tiempo. Ahora solo necesitaba la paz de espíritu que le permitiera escribir la novela.

El escritor Scott Armstrong lo había invitado a hablar en el Foro de la Libertad en Washington D. C., a finales de marzo, y él quería ir. Se le ocurrió que quizá podrían organizarse encuentros con destacados políticos y periodistas norteamericanos durante su estancia en la ciudad. Decidió que emplearía esa tribuna para expresar sus dudas sobre el compromiso británico con su seguridad: para iniciar el contraataque en un lugar donde existían más probabilidades de que los medios lo escucharan con actitud solidaria. Andrew le aseguró que haría cuanto estuviera a su alcance para conseguir un ejemplar en rústica de *Los versos satánicos* a tiempo para el foro. Eso sería una respuesta a la censura que posiblemente resultara del agrado de los asistentes al foro. De hecho, el libro estaba por fin en la imprenta. El proceso se había retrasado por culpa de Penguin, que por alguna razón se había resistido hasta el último momento a firmar el documento de reversión de derechos, y luego había aducido que la ya famosa imagen de la portada, las dos figuras

forcejeando y desplomándose, un príncipe y un demonio, era propiedad de la editorial (en realidad se había extraído de una antigua miniatura india, *Rustam matando al demonio blanco*, del *Shahnama*, o Libro de los Reyes, cuyo original se conserva ahora en un Álbum Clive del Victoria & Albert Museum). Al final Penguin había dejado de obstaculizar el proceso y firmado en las correspondientes líneas de puntos, y las máquinas de impresión y encuadernación se habían puesto en marcha. Después de tantos años, empezaban a existir realmente ejemplares en rústica.

Tras muchas reticencias, la RAF accedió a llevarlo en avión a Dulles y luego de regreso en uno de sus vuelos de transporte regulares, pero solo una vez más. En el futuro el servicio ya no estaría a su disposición. Por otra parte, en esta ocasión se le exigiría el pago no solo de su propio pasaje, sino también de los miembros de seguridad de la RAF que lo acompañarían en el viaje de ida y vuelta a Estados Unidos. Humildemente, y como no le quedaba otra alternativa, pagó. A menudo pensaba en un verso de una canción de John Prine: *Papá tiene un agujero en el brazo por donde se va todo el dinero*. En su caso, la heroína era la fetua. Lo obligaba a gastar todo lo que ganaba, y si bien podía acabar costándole la vida, ni siquiera le proporcionaba un colocón.

Antes del viaje a Estados Unidos, Jack el Gordo «quería cruzar unas palabras» con él en nombre de los muchachos. Estaban todos preocupados por los cambios propuestos en el estatus de la Brigada «A», que, si se llevaban a efecto, los excluirían de la División Especial y los despojarían de su rango de inspectores. Algunos de sus principales del Partido Conservador intentaban impedir esos cambios, pero se acercaban las elecciones generales y ¿qué pasaría si el Partido Laborista volvía al poder? Según las últimas encuestas, los laboristas aventajaban a los conservadores en tres puntos. ¿Podría él interceder con su amigo Neil Kinnock a favor de ellos si Kinnock llegaba a ser primer ministro? «Francamente -dijo-, en lo que se refiere al Partido Laborista, usted es casi nuestro único contacto.»

El despertador sonó a las cinco y media de la mañana y se levantaron de la cama en el acto. El equipo de protección llevó a Elizabeth a Swiss Cottage para que cogiera un tren con destino a Heathrow y luego a él lo trasladaron en coche a la base de la RAF en Brize Norton atravesando los preciosos Cotswolds, revestidos por la bruma de primera hora de la mañana, y así inició su segundo viaje al extranjero en tres años.

En Dulles lo recibieron los miembros de una empresa de seguridad privada contratada por el Foro de la Libertad, cuyos honorarios ascendían, como él supo después, a la friolera de 80.000 dólares. El jefe del destacamento era un hombre de buen carácter que preguntó si podía darle ejemplares de la edición en rústica para él y su equipo. El número total de ejemplares que quería excedía los cincuenta. Eso le pareció alarmante: ¿cuántos miembros integraban el equipo? «Cómo no -contestó él-. Se los conseguiré.»

Se reunió con Elizabeth y Andrew en un centro de congresos llamado

Westfields a nueve kilómetros de Dulles. Debía celebrar las entrevistas en la suite del Windsor. En Bombay se había criado en una casa llamada Villa Windsor, parte de Westfield Estate. La coincidencia le arrancó una sonrisa. Siguieron largos días de entrevistas, y todos los periodistas estaban emocionados, incluso excitados, ante tanta intriga. Habían sido trasladados allí por el servicio de seguridad, sin saber de antemano adónde iban. Un gran suspense. La fetua era el único tema que interesaba a la mayoría de los periodistas. De hecho, solo Esther B. Fein, de *The New York Times*, quiso hablar de sus libros y de cómo conseguía escribir en condiciones tan anómalas.

Scott Armstrong, robusto, muy eficiente, muy metido en los círculos de la capital, tenía una mala noticia: la reunión con congresistas planeada para el día siguiente se había cancelado, según sus informaciones, tras la intervención del secretario de Estado James Baker en persona. ¿Por qué había actuado así Baker? La respuesta quedó clara en los días siguientes, cuando la administración de George H.W. Bush rehusó toda petición de reunión y se negó a hacer declaraciones sobre el caso. El secretario de prensa de la Casa Blanca, Marlin Fitzwater, dijo: «Es solo un autor en la gira de promoción de un libro».

Andrew perdió los estribos y acusó a Scott de engañarlos. Ambos levantaron la voz. Scott estaba indignado con Andrew, pero propuso acertadamente que se guardaran su ira y vieran qué podía salvarse aún. Cenaron con Mike Wallace y unos cuantos más. Allí, en confianza, y para granjearse las simpatías de esos augustos periodistas, se dio a conocer la verdadera naturaleza del consorcio, así como la hostilidad de la administración estadounidense y la posibilidad de que los británicos retiraran la protección.

Había llegado el momento de su discurso. Llevaba un traje de lino de color burdeos, a esas alturas estaba atrozmente arrugado, pero ya no tenía tiempo para cambiarse. Parecía un profesor chiflado, pero quizá eso no fuera malo. Le preocupaban más sus palabras que su aspecto. El lenguaje de los discursos políticos le era ajeno. Él creía en sacar el máximo jugo al lenguaje, arrancarle todo el significado posible, escuchar el significado de su música tanto como sus palabras; pero ahora debía hablar a las claras. *Di lo que realmente quieres decir*, le habían indicado; *explícate, justifícate, no te escondas detrás de tu ficción*. ¿Tenía alguna importancia que un escritor se desnudara de ese modo, se despojara de la riqueza del lenguaje? Sí, la tenía, porque la belleza hacía sonar acordes en lo más hondo del corazón humano, la belleza abría puertas en el espíritu. La belleza era importante, porque era goce y el goce era la razón por la que él hacía lo que hacía, su goce en las palabras y en usarlas para contar historias, para crear mundos, para cantar. Y la belleza, por ahora, se trataba como un lujo del que debía prescindir, como un lujo, como una mentira. La fealdad era la verdad.

Hizo cuanto pudo. Pidió el apoyo y la ayuda norteamericanos, que Estados Unidos se mostrara como «el verdadero amigo de la libertad», y habló no solo de la libertad de escribir y publicar, sino también de la libertad de leer. Habló de su temor a que los británicos estuvieran dispuestos a abandonarlo a su suerte. Luego anunció que, después de muchas adversidades, por fin había sido posible publicar una edición en rústica de *Los versos satánicos*, y sostuvo en alto un ejemplar del libro. No era una edición atractiva. Tenía una tapa dorada espantosa, con letras negras y rojas, grandes y gruesas, que se asemejaban un poco demasiado a la tipografía nazi. Pero existía, y eso lo complacía. Tres años y medio después de aparecer la novela, había conseguido completar el proceso de publicación.

Entre el público había periodistas amigos: Praful Bidwai de *The Times of India* y Anton Harber, cuyo *Weekly Mail* había intentado invitarlo a Sudáfrica en 1988. Pero no pudo quedarse allí a charlar. El equipo de seguridad adujo «riesgo de francotiradores». El edificio en la acera de enfrente «tenía contactos libios». *Ah, sí, el coronel Gadafi, mi viejo amigo*, pensó. Se lo llevaron rápidamente.

A Elizabeth la había «atendido» la esposa de Scott, Barbara, y le contó que los de seguridad no le habían permitido entrar en la sala de congresos, obligándola a permanecer sentada en un garaje. Ella se lo tomó con filosofía, pero esta vez fue él quien montó en cólera. Los alojaron en la acogedora casa de un caballero de setenta y cinco años en extremo locuaz llamado Maurice Rosenblatt, un poderoso lobista progresista que había desempeñado un papel importante en la caída del senador Joseph McCarthy. Mientras Rosenblatt pronunciaba su soliloquio, Andrew seguía indignado por la cancelación de la reunión en el Congreso. De pronto Scott telefoneó y Andrew fue a por él. «Ya te diré después lo gilipollas que eres», atajó Scott, y le pidió que le pasara con el señor Rushdie, a quien dijo: «A Andrew no le debo ninguna explicación, pero a usted sí». Mientras hablaban, Peter Galbraith, un miembro de alto rango de la Comisión para Asuntos Exteriores del Senado, a quien él no conocía, pero de quien sabía que era hijo de John Kenneth Galbraith y, quizá más salazmente, también amante de Benazir Bhutto en su época universitaria, llamó por la otra línea para anunciar que la reunión sí se celebraría. Se organizaría un almuerzo en el comedor privado de los senadores, ofrecido por los senadores Daniel Patrick Moynihan y Patrick Leahy, y asistirían otros muchos miembros del Senado. La temperatura bajó rápidamente. Andrew se calmó y se disculpó ante Scott; Scott se sintió resarcido, y fue un gran alivio para todos. Se fueron a dormir agotados pero sintiéndose mucho mejor.

Era su primera visita a Washington y al día siguiente Elizabeth y él vieron por primera vez las ciudadelas y fortalezas del poder norteamericano. Después dejaron a Elizabeth para que explorara el Smithsonian y los Jardines Botánicos y a él lo llevaron al Capitolio, donde el senador Leahy, corpulento, osuno y paternal, se acercó a él. Y allí estaban los senadores Simon, Lugar, Cranston, Wofford, Pell y el gran hombre en persona, Daniel Patrick

Moynihan, de una estatura de rascacielos, como correspondía al principal senador de Nueva York, con pajarita y una sonrisa profesionalmente picarona. Escucharon con atención mientras él exponía la situación, y después fue el senador Simon quien intervino primero, insistiendo en que el Senado aprobase una resolución de apoyo. De pronto ofrecían propuestas, y fue emocionante, de eso no cabe duda, ver a aquellos hombres formar bajo su bandera. Hacia el final del almuerzo (ensalada de pollo, sin posibilidad de alcohol), Moynihan tomó la palabra y propuso que Leahy y él redactaran una resolución y la presentaran al Senado. Fue un gran paso.

Andrew se había encargado de que todos los asistentes a la reunión recibieran ejemplares en rústica de *Los versos satánicos*, pero en ese momento, para asombro suyo, los senadores sacaron diversos ejemplares de libros anteriores y le pidieron que se los firmara y personalizara para ellos y sus familiares. Las firmas de libros no solían impresionarlo, pero aquello lo dejó atónito.

Siguió otra sorpresa. Los senadores lo llevaron a una antesala de la Comisión de Asuntos Exteriores, donde los esperaba una muchedumbre de periodistas y fotógrafos. Scott se había «dejado la piel» y Andrew le debía una disculpa. Andrew, en efecto, se disculpó más tarde ese día. «Yo no me dedico a estas cosas -explicó Scott-. Soy escritor, no publicista. Normalmente intento soslayar los dispositivos de seguridad en torno a una noticia, no mantenerlos.» Pero había recuperado su afabilidad.

Así que allí estaba el autor de *Los versos satánicos*, «solo un autor en la gira de promoción de un libro», concediendo una rueda de prensa en el centro del poder de Estados Unidos, con los senadores de pie a sus espaldas como un coro, todos con ejemplares del Libro en Rústica en las manos. Si se hubiesen puesto a cantar *du duá sha la lá* no habría sido, en ese día de prodigios, demasiado sorprendente.

Declaró que eso era una batalla en medio de una guerra mayor, que se había atentado contra las libertades creativa e intelectual en todo el mundo musulmán, y expresó su gratitud a los senadores allí reunidos por su apoyo. Moynihan cogió el micrófono y dijo que era un honor estar allí a su lado. Obviamente no se hallaba ya en Inglaterra. No era eso lo que decían de él los políticos británicos.

Cenaron -¡en un restaurante!- con Scott y Barbara Armstrong y Christopher y Carol Hitchens. Marianne vivía en Washington, informó Christopher, pero no creía que hiciera ningún comentario hostil porque echaría a perder sus «contactos» con «las personas a quienes quiere conocer». Marianne, en efecto, permaneció en silencio, lo que fue una bendición. Al día siguiente grabó un especial de una hora con Charlie Rose y por la tarde intervino en un programa de una hora de la NPR, abierto a las llamadas de los oyentes, presentado por John Hockenberry. Una niña de nueve años llamada Erin telefoneó para preguntar: «Señor Rushdie, ¿se divierte escribiendo sus libros?». Él contestó que se había divertido mucho escribiendo *Harún*. «Ya,

claro -dijo ella-. *Ese* libro lo he leído. *Ese es un buen* libro.» Después salió al aire una musulmana llamada Susan y lloró mucho, y cuando Hockenberry le preguntó si en su opinión el señor Rushdie debía ser asesinado, ella dijo: «Para responder a eso, antes tendría que informarme».

Scott había telefoneado a su amigo Bob Woodward para pedir ayuda y se había quedado muy sorprendido, explicó, por «el profundo compromiso de Bob». Woodward había organizado algo muy especial: un té con la legendaria Katherine Graham, propietaria de *The Washington Post*.

En el coche, de camino a casa de la señora Graham, lo invadió tal cansancio que casi se durmió. Pero la adrenalina era una sustancia bioquímica muy útil y, en cuanto estuvo en presencia de la gran dama, recuperó su estado de alerta. La columnista de la sección de opinión Amy Schwartz estaba allí. Escribía los editoriales sobre él, le explicaron. No todos habían sido cordiales. David Ignatius, redactor jefe de la sección internacional, también estaba presente, y quería hablar de las inminentes elecciones en Irán. Don Graham, hijo de la señora Graham, estaba «a bordo al ciento por ciento», afirmó Scott.

El peso de la conversación recayó en él. Los periodistas del *Post* plantearon preguntas y él contestó. La señora Graham apenas habló, salvo cuando él le preguntó directamente por qué creía que la administración estadounidense había actuado de manera tan cortante. «Este es un gobierno muy extraño -respondió ella-. Tiene muy pocos centros de poder. Baker es uno de ellos. Es un hombre curioso, siempre parece actuar conforme a sus propios planes.» Ignatius intervino para repetir algo que también había dicho Woodward. «La mejor vía para acceder a la administración quizá sea Barbara Bush.» Después de la reunión él dijo a Scott que solo cabía esperar que ahora el *Post* sí le ofreciera su apoyo. «Kay Graham no lo habría recibido -aseguró Scott- si la decisión de apoyarlo no estuviera ya tomada.» Así que fue un trabajo bien hecho. *The New York Times* ya se había comprometido a respaldarlo si se sumaban otros periódicos. Si Graham se subía al carro, también lo haría Sulzberger, y Andrew pensó que podía conseguir la colaboración de Dow Jones, y Scott estaba convencido de que podía captar a Gannett. Redactaría una declaración dividida en dos partes para que la firmaran: apoyo a la edición en rústica y apoyo a su autor contra la fetua y, al final, una petición a la administración estadounidense para que participara y prestara también su apoyo.

De hecho, *The New York Times* no esperó a firmar una declaración de apoyo. Como incentivado por la reunión entre él y el periódico rival de Washington, *The Times* publicó un editorial a la mañana siguiente del té con la reina Kay, arremetiendo contra la Casa Blanca y el Departamento de Estado por su postura de no intervención. «*Lamentablemente esto concuerda con los tres años de palabrería oficial desde que el ayatolá Jomeini tachó de blasfemos* Los versos satánicos *y exigió la muerte de su autor y sus editores. Desde entonces el señor Rushdie ha vivido escondido. Su traductor al japonés murió apuñalado, su traductor al italiano resultó herido a cuchilladas.*

Entretanto, murieron asesinados en Francia y Suiza opositores al régimen iraní en el exilio. Si esto no es terrorismo patrocinado por el Estado, ¿qué es? Aun así, la reacción de Occidente ha sido vergonzosamente pusilánime. [...] *Si los estados occidentales no advierten conjuntamente a Irán de que no conseguirá el comercio que codicia hasta que deje de exportar y exhortar el terrorismo, lo que está en juego es mucho más que la vida del señor Rushdie.*» Las naciones actuaban en interés propio. Para que Irán anulase la fetua, sería necesario demostrar a Irán que era la más interesada en hacerlo. Eso era lo que él había dicho a la señora Graham y a Mike Wallace antes que a ella. Ahora también lo decía *The New York Times*.

Llevaron a Elizabeth a su avión y pocas horas después él se marchaba de Estados Unidos en un vuelo de la RAF. La vida mundana se había acabado. En Londres la policía se negó a acompañarlo al acto conmemorativo por Angela Carter en el cine Ritzy de Brixton. Aterrizó en la realidad de golpe, y mantuvieron una larga discusión hasta que accedieron a dejarlo ir. Elizabeth, como de costumbre, fue por su cuenta. El Ritzy, chillón, decadente, parecía idóneo para Angela. En el escenario se alzaba un gran biombo de tres paneles en el que Corinna Sargood había pintado unos guacamayos de colores muy vivos. Y había un gran despliegue de flores. En las paredes, varios paneles mostraban escenas de películas. Nuruddin Farah lo abrazó y dijo: «Hay una mujer con la que tengo intenciones muy serias y quiero que la conozcas». Él contestó: «Hay una mujer con la que tengo intenciones muy serias y quiero que *tú* la conozcas». Eva Figes lo abrazó también. «Qué agradable es tocarte en lugar de verte por televisión.» Habló Lorna Sage, describiendo maravillosamente la risa de Angela: la boca muy abierta en un gran rictus y luego el vaivén silencioso durante varios minutos antes de que llegara la carcajada. Ella había conocido a Angela después de leer *Héroes y villanos* y había elogiado efusivamente su trabajo. «Mis palabras debieron de quedar muy raras -comentó-, porque al cabo de un rato Angela se puso en pie y dijo: "Oye, que no soy lesbiana, eh".» Después de la ceremonia, la policía lo obligó a marcharse de inmediato. Clarissa y Zafar también estaban allí, pero no le dejaron saludarlos. «Te he buscado pero tú ya te habías ido», le dijo Zafar más tarde. Había salido tras los pasos de su padre por la puerta lateral y visto cómo se lo llevaban de allí.

La casa del número 41 de St. Peter's Street estaba vacía, y casi todos sus muebles en un almacén, o regalados a Sameen y Pauline, o empleados para amueblar el piso nuevo de Elizabeth cerca de Hampstead Heath. Se enviaron las llaves a Robert McCrum y se cerró la venta. Terminaba así un capítulo de su vida.

El 9 de abril Melvyn Bragg y Michael Foot ofrecieron una fiesta conjunta para la noche electoral en la casa de Melvyn en Hampstead. La noche empezó con ambiente de celebración y grandes expectativas de poner fin a largos años de «desgobierno conservador». Pero conforme avanzaba la velada quedó claro

que Kinnock había perdido. Él nunca había visto una fiesta apagarse tan deprisa. Se marchó temprano porque sencillamente le resultaba demasiado triste quedarse en medio de tantas esperanzas frustradas.

Una semana después Helen Hammington propuso otra reunión. Él le dijo que deseaba que su abogado estuviese presente, y llevaron a Bernie Simons a Hampstead Lane. Helen Hammington parecía inquieta e incómoda cuando le habló de los «planes revisados» para su protección. Mientras se lo explicaba, se hizo evidente que ella, y Howley detrás de ella, se echaban atrás por completo. La protección continuaría hasta que el nivel de amenaza se redujese. Si la nueva casa exigía una protección «no encubierta», ya harían lo que tuvieran que hacer.

Él siempre pensó que este pequeño éxito debía agradecérselo a Estados Unidos: los senadores, los periódicos. Estados Unidos había impedido a Gran Bretaña abandonar su defensa.

VI

POR QUÉ ES IMPOSIBLE FOTOGRAFIAR LA PAMPA

Hacía mucho tiempo, en una visita a Mijas -Mijas, donde Manuel Cortés permaneció escondido de Franco durante tres décadas, pasando sus días en un hueco detrás de un armario, y donde, al mudarse su familia, recorrió disfrazado de anciana las calles del pueblo donde había sido alcalde-, conoció a un fotógrafo de origen alemán llamado Gustavo Thorlichen, un hombre alto y apuesto de facciones aguileñas, cabello plateado y lustroso y tres buenas anécdotas que contar. Según el grupo de expatriados residentes en Mijas, probablemente era ex nazi, porque había acabado en Sudamérica. En realidad, había huido de Alemania a Argentina en la década de 1930 para escapar de los nazis. Un día, en Buenos Aires, lo emplazaron para fotografiar a Eva Perón, «uno de los cuatro fotógrafos -le informó el ayudante de Perón por teléfono- que recibían ese honor». Él respiró hondo y contestó: «Gracias por el honor, pero cuando me pidan que tome fotografías, deben pedirme que vaya yo solo, y en estas circunstancias, con el debido respeto, he de declinar el ofrecimiento». Siguió un silencio, y a continuación el ayudante dijo: «Pueden expulsarlo de Argentina por lo que acaba de decir». «Si pueden expulsarme por decir eso -respondió Gustavo-, es que no vale la pena quedarse.» Colgó, fue al dormitorio y le dijo a su mujer: «Haz las maletas». Al cabo de veinte minutos, volvió a sonar el teléfono y el mismo ayudante anunció: «Evita lo recibirá mañana a las once, a usted solo». A partir de ese momento se convirtió en el fotógrafo personal tanto de Eva como de Juan Perón, y la famosa fotografía del rostro de Evita en la muerte era, según él, suya.

Esa era la primera anécdota. La segunda hacía referencia a su relación con el joven Che Guevara durante su estancia en La Paz y una mención a él del Che en sus «diarios de motorista» calificándolo de «gran artista fotográfico». En la tercera anécdota contaba el día que, hallándose en una librería de Buenos Aires en sus tiempos de joven fotógrafo, justo en los comienzos, vio entrar lentamente en la tienda a un hombre mucho mayor: era Jorge Luis Borges. Se armó de valor, se acercó al gran escritor y le explicó que trabajaba en un libro de fotografías, un retrato de Argentina, y que se sentiría muy orgulloso si Borges escribía el prólogo. Pedir a un ciego que escribiera la introducción a un libro de imágenes era un disparate, él lo sabía, pero se lo pidió de todos modos. Borges respondió: «Vamos a dar un paseo». Mientras caminaban por la ciudad, Borges describió los edificios que lo rodeaban con precisión fotográfica. Pero de vez en cuando había un edificio nuevo en

sustitución de otro viejo ya demolido. Entonces Borges paraba y decía: «Descríbalo. Empiece por la planta baja y siga hacia arriba». Mientras Gustavo hablaba, veía a Borges construir el nuevo edificio en su mente y fijarlo en su sitio. Al final del paseo, Borges accedió a escribir el prólogo.

Thorlichen le había regalado a él un ejemplar de su libro *Argentina*, y pese a que lo tenía guardado en una caja en algún sitio junto con casi todas sus pertenencias, recordaba aún lo que Borges había escrito sobre los límites de la fotografía. La fotografía veía solo lo que tenía enfrente, y por eso una fotografía no capturaría jamás la verdad de la gran Pampa argentina. «Darwin observa (y Hudson lo corrobora) -escribió Borges- que esta llanura, famosa entre las llanuras del mundo, no deja una impresión de vastedad a quien la mira desde el suelo o desde el caballo, ya que su horizonte es el de la vista y no excede los cinco kilómetros. Dicho sea con otras palabras: la vastedad no está en cada percepción de la Pampa (que es lo que puede registrar la fotografía) sino en la imaginación del viajero, en su memoria de jornadas de marcha y en su previsión de otras muchas.» Solo el paso del tiempo reflejaba la infinita vastedad de la Pampa, y una fotografía no podía capturar la duración. Una fotografía de la Pampa mostraba solo un campo extenso. No podía capturar la monotonía inductora del delirio de quien viaja y viaja y viaja por ese vacío inmutable, infinito.

Conforme esa nueva vida llegaba a su cuarto año, a menudo se sentía como ese viajero borgiano imaginario, aislado en el espacio y el tiempo. La película *Atrapado en el tiempo* aún no se había estrenado, pero cuando la vio se identificó poderosamente con su protagonista, Bill Murray. También en su vida cada paso adelante se veía anulado por uno atrás. La ilusión de cambio se desvanecía con el descubrimiento de que nada había cambiado. La esperanza quedaba eliminada por la decepción, las buenas noticias por las malas. Los ciclos de su vida se repetían una y otra vez. De haber sabido que todavía le quedaban por delante otros seis años de secuestro, extendiéndose más allá del horizonte, quizá habría sucumbido a la demencia. Pero él solo veía hasta el borde de la tierra, y lo que había más allá seguía siendo un misterio. Prestaba atención a lo inmediato y dejaba que el infinito se ocupara de sí mismo.

Más adelante sus amigos le dijeron que veían cómo el peso lo aplastaba lentamente, avejentándolo. Cuando por fin ese peso desapareció, él recobró una especie de juventud, como si al terminar lo interminable el tiempo de algún modo hubiese retrocedido hasta el momento del pasado en que él había caído en el vórtice. A los cincuenta años ofrecería un aspecto más juvenil que a los cuarenta. Pero para los cincuenta faltaba aún media década. Y mientras tanto mucha gente, cuando se mencionaba su caso, se impacientaba, o se irritaba, o se aburría. No eran tiempos caracterizados por la paciencia, sino una época de cambios rápidos, en la que ningún asunto permanecía mucho tiempo en el foco de atención. Se convirtió en una molestia para los hombres de negocios porque su caso se interponía en los deseos de estos de explotar el mercado iraní, y para los diplomáticos que intentaban tender lazos, y para los

periodistas, quienes, cuando no había nada nuevo que decir, carecían de noticias. Afirmar que en su caso era la inmutabilidad, la intolerable eternidad, lo que constituía la noticia, era decir algo que la gente no podía o no quería oír. Afirmar que se despertaba a diario en una casa llena de desconocidos armados, que era incapaz de salir por la puerta de su casa a comprar un diario o tomarse un café, que la mayoría de sus amigos e incluso su familia desconocía su dirección, y que no podía hacer nada ni ir a ningún sitio salvo con la conformidad de unos desconocidos; que todo aquello que los demás daban por sentado, viajar en avión, por ejemplo, eran cosas que él tenía que negociar continuamente; y que en algún lugar cercano, siempre, estaba presente la amenaza de una muerte violenta, una amenaza que, según las personas cuyo trabajo consistía en evaluar esas cosas, no había disminuido en absoluto... todo eso era monótono. ¿Cómo? ¿Seguía viajando por la Pampa y todo seguía igual que antes? Bueno, todo el mundo había oído ya *esa* historia, y no quería oírla más. *Cuéntenos una historia nueva*, era la opinión generalizada, *o márchese, por favor*.

De nada servía decir al mundo que se equivocaba. Con esa postura no se sacaba nada. Por tanto, sí, una historia nueva. Si era eso lo que se deseaba, eso proporcionaría. ¡Ya estaba bien de invisibilidad, silencio, timidez, vida a la defensiva, culpabilidad! Un hombre invisible, silenciado, era un espacio vacío en el que otros podían verter sus prejuicios, sus planes personales, su ira. Para luchar contra el fanatismo se necesitaban caras visibles, voces audibles. No podía seguir callado. Intentaría convertirse en un hombre visible y ruidoso.

No era fácil lanzarse a un escenario tan público. Se requería tiempo para orientarse, para saber cómo actuar bajo tanta luz. Había avanzado a tientas y tropezado, se había sumido en el silencio a causa del aturdimiento y había dicho cosas que no debía. Pero ahora todo estaba más claro. En el Stationers' Hall se había negado a ser una no persona. Estados Unidos le había permitido iniciar el viaje de regreso a su «personidad», primero en Columbia y luego en Washington. Era más digno ser un combatiente que una víctima. Sí, defendería su rincón. Esa sería la historia en adelante.

Si alguna vez escribía un libro sobre esos años, ¿cómo lo haría? Podía cambiar los nombres, obviamente -podía llamar a esa gente «Helen Hammington» y «Rab Connolly» y «Paul Topper» y «Dock Wood», o «señor Tarde» y «señor Mañana»-, pero ¿cómo podía transmitir lo que habían sido esos años? Empezó a pensar en un proyecto titulado provisionalmente *Inferno* en el que intentar convertir su historia en algo que no fuera una simple autobiografía. Un retrato alucinatorio de un hombre cuya imagen del mundo se había roto. Como todos, él tenía en la mente una imagen del mundo a la que antes le veía cierto sentido. Había vivido en esa imagen y comprendido por qué era como era, y cómo desplazarse dentro de ella. Luego, como de un mazazo, la fetua hizo añicos esa imagen y lo dejó en un universo absurdo, informe y amoral donde el peligro estaba en todas partes y no había manera de ver el sentido. El hombre de su historia intentaba desesperadamente mantener

intacta su imagen del mundo, pero los fragmentos se le escurrían entre los dedos como esquirlas de un espejo y los cortes le dejaban las manos sangrantes. En su estado de demencia, en ese oscuro bosque, el hombre de las manos ensangrentadas, que era una versión de sí mismo, se abría paso hacia la luz del día, a través del *inferno*, en el que pasaba por los innumerables círculos del infierno, los infiernos privados y públicos, para llegar a los mundos secretos del terror, camino de los grandes pensamientos prohibidos.

Al cabo de un tiempo abandonó esta idea. La única razón por la que su historia podía ser interesante era que había ocurrido de verdad. Si no fuera cierta, no interesaría.

La verdad era que los días se le hacían cuesta arriba, pero, a pesar de los temores de sus amigos, no se dejó aplastar. Por el contrario, aprendió a defenderse, y los escritores inmortales del pasado fueron sus guías. Al fin y al cabo, no era él el primer escritor que corría peligro o era secuestrado o anatematizado por su arte. Pensó en el extraordinario Dostoievski enfrentándose al pelotón de fusilamiento y después, tras la conmutación de pena en el último instante, pasando cuatro años en un campo de prisioneros, y en Genet escribiendo sin cesar en la cárcel su violentamente homoerótica obra maestra *Santa María de las Flores*. El traductor francés de *Les Versets Sataniques*, reacio a usar su nombre, había firmado como «A. Nasier» en honor al gran François Rabelais, que había publicado su primer libro, *Pantagruel*, bajo el seudónimo anagramático «Alcofribas Nasier». También Rabelais había sido condenado por la autoridad religiosa; la Iglesia católica no había podido digerir su hiperabundancia satírica. Pero a él lo había defendido el rey, Francisco I, que adujo que su genialidad no podía reprimirse. Esos eran los tiempos en que los artistas podían ser defendidos por los reyes *porque eran buenos en lo que hacían*. Ahora corrían tiempos peores.

Su Error le había abierto los ojos, le había aclarado las ideas y lo había despojado de todo subterfugio. Vio formarse el peligro ante él porque había sentido su fuerza temible y desmoralizadora dentro de su propio pecho. Durante un tiempo había renunciado a su lenguaje y se había visto obligado a hablar, con titubeos y muchas contorsiones, empleando un idioma que no era el suyo. La contemporización aniquilaba al contemporizador y no aplacaba al enemigo que se negaba a contemporizar. Uno no se convertía en mirlo pintándose las alas de negro, pero, al igual que la gaviota impregnada de petróleo, perdía la capacidad de volar. El mayor peligro de la creciente amenaza era que los buenos hombres cometían el suicidio intelectual y lo llamaban paz. Los buenos hombres se rendían al miedo y lo llamaban respeto.

Antes de que nadie más se interesara en la ornitología del terror, vio reunirse los pájaros. Sería una Casandra para sus tiempos, con la maldición de no ser oído, o si lo escuchaban, lo culparían de lo que auguraba. Las serpientes le habían lamido las orejas y él oía el futuro. No, no Casandra, eso no era exacto, ya que él no era un profeta. Él simplemente escuchaba en la dirección correcta, miraba hacia la tormenta que se avecinaba. Pero sería

difícil obligar a los hombres a volver la cabeza. Nadie quería saber lo que él sabía.

En *Areopagítica* Milton cantaba contra los estridentes mirlos. *Aquel que destruye un buen libro mata la propia razón*. [...] *Dadme la libertad de saber, de expresarme y de argumentar libremente conforme a la conciencia, por encima de todas las libertades*. Él había leído los textos antiguos sobre la libertad hacía mucho tiempo, cuando le parecían excelentes pero teóricos. No necesitaba la teoría de la libertad cuando la disfrutaba. Ahora ya no le parecían teóricos.

Los escritores que siempre le habían hablado con más claridad eran miembros de lo que él consideraba una «Gran Tradición» enfrentada al canon de Leavis, escritores que comprendían la irrealidad de la «realidad», y la realidad de la pesadilla del mundo, la monstruosa mutabilidad de lo cotidiano, la irrupción de lo extremo y lo improbable en la monotonía de la vida diaria. Rabelais, Gogol, Kafka, estos y los de esa índole habían sido sus maestros, y tampoco el mundo de ellos le parecía ya una fantasía. Vivía -atrapado- en lo gogoliano, lo rabelesiano, lo kafkiano.

En las fotografías que se conservaban de esa época, guardadas diligentemente en grandes álbumes por Elizabeth, el señor Joseph Anton no aparecía bien vestido. Su indumentaria diaria habitual era un pantalón de chándal y una sudadera. El pantalón a menudo era verde y la sudadera granate. Llevaba el pelo demasiado largo y la barba greñuda. Vestir así era decir: *Me estoy abandonando. No soy una persona a quien deba tomarse en serio. Soy un dejado*. Se habría afeitado a diario y vestido con ropa limpia y bien planchada, quizá con trajes de Savile Row, o al menos con elegantes camisas y pantalones informales. Se habría sentado ante su escritorio como Scott Fitzgerald con su traje de Brooks Brothers, o Borges, atildado con un cuello almidonado y gemelos en los puños de la camisa. Quizá sus frases habrían sido mejores si él hubiese cuidado más su aspecto. Aunque Hemingway, con su pantalón de algodón y sus sandalias, no lo hacía mal. Le habría gustado ver zapatos elegantes en sus pies en esas fotografías, posiblemente unos de cordones, de piel blanca o de dos tonos. En lugar de eso se arrastraba por la casa con unas Birkenstock, el calzado menos elegante de todos los posibles, salvo las Crocs. Se miraba en el espejo y detestaba lo que veía. Se arregló la barba, y pidió a Elizabeth que le cortara el pelo -la refinada Elizabeth, que cuando se conocieron vestía como una Estudiante Tardía y había pasado a la ropa de diseño con la avidez de una sirena encallada al descubrir el mar-, y a la policía que lo llevara a comprarse ropa. Había llegado el momento de ocuparse de sí mismo. Iba a entrar en combate y su armadura tenía que brillar.

Cuando sucedía algo que no había sucedido antes, a menudo la gente se sumía en la confusión, en una niebla que empañaba las mentes más claras; y a menudo la consecuencia de dicha confusión era el rechazo, e incluso la ira.

Un pez salía a rastras de un pantano a tierra firme y los otros peces se quedaban atónitos, quizá incluso les molestaba el hecho de que se hubiese cruzado una frontera prohibida. Un meteorito caía en la tierra y el polvo impedía el paso del sol, pero los dinosaurios seguían luchando y comiendo, sin comprender que estaban al borde de la extinción. El nacimiento del lenguaje encolerizó a los mudos. El sha de Persia, enfrentado a las armas de fuego de los otomanos, se negó a aceptar el final de los tiempos de la espada y envió a su caballería a galopar de forma suicida contra los atronadores cañones del Turco. Un científico observó las tortugas y los sinsontes y escribió sobre la *mutación aleatoria* y la *selección natural*, y los adeptos del Libro del Génesis lo maldijeron. Una revolución en la pintura fue ridiculizada y desechada como simple *impresionismo*. Un cantante de folk enchufó su guitarra a un amplificador y una voz entre el público gritó: «¡Judas!».

Esta era la pregunta que había planteado la novela: *¿Cómo entra la novedad en el mundo*?

La llegada de lo nuevo no siempre iba unida al progreso. Los hombres también encontraban nuevas formas para oprimirse mutuamente, nuevas formas para deshacer sus mejores logros y retroceder hacia ese lodo primigenio; y las innovaciones más oscuras de los hombres, tanto como las más luminosas, confundían a sus congéneres. Cuando se quemó a las primeras brujas, era más fácil culpar a las brujas que poner en tela de juicio la justicia de su quema. Cuando los efluvios de los crematorios llegaron a las calles de los pueblos cercanos y la nieve oscura cayó del cielo, fue más fácil no entender. La mayoría de los ciudadanos chinos no entendieron a los héroes caídos de Tiananmen. Fueron conducidos a una falsa comprensión por los perpetradores del crimen. Cuando los tiranos accedieron al poder en el mundo musulmán, hubo muchos dispuestos a considerar sus regímenes *auténticos* y la oposición a tales regímenes *occidentalizada* o *desarraigada*. Cuando un político paquistaní salió en defensa de una mujer falsamente acusada de blasfemia, fue asesinado por su guardaespaldas y el país aplaudió al asesino y le lanzó pétalos cuando fue llevado ante los tribunales. Muchas de estas oscuras novedades fueron innovaciones que se implantaron en nombre de una ideología totalitaria, un gobernante absoluto, un dogma incontestable o un dios.

El ataque contra *Los versos satánicos* fue en sí mismo una pequeñez, pese a que acaparó muchos titulares, así que costó convencer a la gente de que era lo bastante extraordinario, de que importaba lo suficiente para exigir una respuesta excepcional. Cuando inició su largo derrotero por los pasillos internacionales del poder, se vio obligado, una y otra vez, a reformular sus argumentos. *Un escritor serio había escrito un libro serio. La violencia y la amenaza implícitas en la respuesta fueron un acto terrorista que debía afrontarse*. Ah, pero su libro ofendió a mucha gente, ¿no? *Quizá, pero el ataque contra el libro, su autor, sus editores, los traductores y los libreros fue una ofensa mucho mayor*. Ah, así que tras ser el causante del problema se

oponía al problema que se le echó encima a su vez, y quería que los líderes mundiales defendieran su derecho a causar problemas.

En la Inglaterra del siglo XVII, Matthew Hopkins, el «general cazador de brujas», desarrolló una prueba para la detección de la brujería. Lastraban a la acusada -con piedras o atándola a una silla- y la lanzaban a un río o a un lago. Si flotaba, era bruja y merecía la hoguera; si se hundía y se ahogaba, era inocente.

La acusación de brujería a menudo era lo mismo que un veredicto de «culpabilidad». Ahora era él a quien se sometía a prueba, en un intento de convencer al mundo de que los criminales eran los cazadores de brujas, no él.

Allí estaba ocurriendo algo nuevo: la aparición de una nueva intolerancia. Se propagaba por la faz de la tierra, pero nadie quería darse por aludido. Se había creado una nueva palabra para ayudar a los ciegos a seguir en la ceguera: *islamofobia*. Criticar la estridencia militante de esta religión en su encarnación contemporánea se consideraba fanatismo. Una persona *fóbica* era extremista e irracional en sus puntos de vista, y por tanto los culpables eran esas personas y no el sistema de creencias que contaba con más de mil millones de seguidores en todo el mundo. Mil millones de creyentes no podían estar equivocados, por tanto los detractores debían de ser quienes incurrían en la cólera. ¿Desde cuándo, quería saber él, era irracional el rechazo a la religión, a cualquier religión, por vehemente que fuera el rechazo? ¿Desde cuándo se había redescrito la razón como sinrazón? ¿Desde cuándo se habían situado por encima de las críticas los cuentos de hadas de los supersticiosos, inaccesibles a la sátira? Una religión no era una raza; era una idea, y las ideas permanecían en pie (o caían) porque eran lo bastante fuertes (o demasiado débiles) para resistir las críticas, no porque se las protegiera de ellas. Las ideas sólidas agradecían la disensión. «Aquel que pugna con nosotros fortalece nuestros nervios y afina nuestra destreza -escribió Edmund Burke-. Nuestro antagonista es quien nos ayuda.» Solo los débiles y los autoritarios daban la espalda a sus adversarios y los insultaban y a veces deseaban hacerles daño.

Era el islam lo que había cambiado, no la gente como él; era el islam lo que había desarrollado fobia contra una amplia gama de ideas, comportamientos y cosas. En esos años y en los años siguientes, voces islámicas en distintas partes del mundo -Argelia, Pakistán, Afganistán- anatematizaban el teatro, el cine y la música, y los músicos y los actores eran mutilados y asesinados. El arte representativo era maligno, y por consiguiente las antiguas estatuas budistas de Bamiyán fueron destruidas por los talibanes. Los fundamentalistas islámicos agredieron a socialistas y sindicalistas, caricaturistas y periodistas, prostitutas y homosexuales, mujeres con falda y hombres sin barba, y también, por surrealista que pareciera, a malignidades tales como el pollo congelado y las samosas.

Cuando se escribió la historia del siglo XX, la decisión de situar a la Casa de Saud en el Trono Que Se Asienta Sobre el Petróleo quizá pareciera el

mayor error en política exterior de las potencias occidentales, porque los sauditas emplearon su ilimitada riqueza petrolífera para construir escuelas (madrasas) donde difundir la ideología puritana extremista de su amado (y anteriormente marginal) Muhammad ibn Abd al-Wahhab, y como consecuencia el wahabismo dejó atrás sus orígenes de pequeña secta y se expandió por todo el mundo árabe. Su ascensión dio seguridad y energía a otros extremistas islámicos. En la India, la secta deobandita se extendió desde el seminario de Darul Uloom; en el Irán chií estaban los predicadores militantes de Qom, y en el Egipto suní los poderosos conservadores de Al-Azhar. Conforme las ideologías extremistas -wahabismo, salafismo, jomeinismo, deobandismo- aumentaban su poder y las madrasas fundadas por el petróleo saudí producían generaciones de hombres de miras estrechas con barba y tendencia a apretar el puño, el islam se alejó mucho de sus orígenes al tiempo que sostenía que volvía a sus raíces. El humorista estadounidense H. L. Mencken ofreció una definición memorable del puritanismo como «el miedo obsesivo a que alguien, en algún lugar, pueda ser feliz», y muy a menudo el verdadero enemigo del nuevo islam parecía ser la propia felicidad. ¿Y esta era la fe a cuyos *detractores* se consideraba fanáticos? «Cuando uso una palabra -dijo Zanco Panco a Alicia, en el País de las Maravillas- significa solo lo que yo decido que signifique: ni más ni menos.» En *1984* de Orwell, los creadores de la «neolengua» sabían exactamente a qué se refería Zanco Panco cuando pusieron al Ministerio de Propaganda el nuevo nombre de Ministerio de la Verdad, y al órgano más represivo del Estado, el de Ministerio del Amor. «Islamofobia» fue una incorporación al vocabulario de la neolengua de Zanco Panco. Cogió el lenguaje del análisis, la razón y la controversia y lo puso del revés.

Él sabía, con la más absoluta certeza, que el cáncer del fanatismo que se propagaba por las comunidades musulmanas al final estallaría en el mundo fuera de las fronteras del islam. Si se perdía la batalla intelectual -si el nuevo islam establecía su derecho a ser «respetado» y a que se vilipendiara a sus adversarios, se los considerara inaceptables, e incluso, por qué no, se los asesinara-, seguiría la derrota política.

Él había entrado en el mundo de la política e intentaba plantear argumentos basados en los principios. Pero detrás de puertas cerradas, en las salas en las que se tomaban las decisiones, los principios rara vez servían de fundamento a la política. Sería un combate cuesta arriba, más difícil aún porque él también tenía que luchar para recuperar una vida privada y profesional más libre. La batalla tendría que librarse simultáneamente en los dos frentes.

Peter Florence, que dirigía el festival literario Hay-on-Wye, se puso en contacto con él para preguntar si existía alguna posibilidad de que interviniera en los actos de ese año. Se había previsto que el gran novelista israelí David Grossman participara en una charla con Martin Amis, pero había tenido que anularlo. Sería estupendo, dijo Peter, que lo sustituyeras. No tendríamos que

comunicarlo por adelantado. El público estaría encantado de verte y te daría la bienvenida al mundo de los libros. Él deseaba aceptar el ofrecimiento, pero antes debía plantear la invitación de Peter al equipo de protección, que a su vez debía plantearla a sus superiores en Scotland Yard, y como el acto propuesto quedaba fuera de la jurisdicción de la Policía Metropolitana, el jefe de la fuerza policial de Powys tendría que ser informado, y tendrían que intervenir agentes uniformados locales. Ya se imaginaba a los policías de alto rango poniendo los ojos en blanco, *ya está otra vez con sus exigencias*, pero él estaba decidido a no sucumbir a su deseo de que permaneciera escondido y callado. Al final se acordó que podía ir y alojarse en la granja de Deborah Rogers y Michael Berkeley, cerca de Hay, y aparecer según lo previsto, siempre y cuando la noticia no se diera a conocer antes del acto. Y así se hizo. Salió al escenario de Hay y descubrió que Martin y él vestían trajes de hilo idénticos, y durante una feliz hora y media fue un escritor entre lectores otra vez. La versión en rústica de *Los versos satánicos*, importada de Estados Unidos, estaba a la venta en Hay y en todo el Reino Unido, y después de tantas dificultades esto fue lo que ocurrió: nada. Las cosas no mejoraron, pero tampoco empeoraron. El momento que Penguin Books había temido hasta el punto de ceder los derechos de publicación transcurrió sin un solo incidente desagradable. Se preguntó si Peter Mayer se había dado cuenta de eso.

Cada uno de los viajes para su campaña exigía una preparación de días, semanas. Había discusiones con las fuerzas de seguridad locales, problemas con las compañías aéreas, acuerdos incumplidos por parte de los políticos, el interminable trabajo de la organización política con su tira y afloja, su sí pero no. Frances, Carmel y él se mantenían en contacto permanente, y la campaña se había convertido también para él en un trabajo a jornada completa. En años posteriores diría que, a causa de la fetua, había perdido una o quizá dos novelas completas; por eso, cuando los años oscuros llegaron a su fin, se sumergió en la escritura con renovada determinación. Tenía dentro varios libros amontonados que reclamaban ver la luz.

La campaña empezó en Escandinavia. En los años posteriores se enamoraría de los pueblos nórdicos por su adhesión a los más elevados principios de la libertad. Incluso sus aerolíneas tenían sentido moral y lo aceptaban en sus vuelos sin discusión. El mundo era un lugar extraño: en su momento de mayor adversidad, él, un hombre salido de los trópicos, encontró a algunos de sus más estrechos aliados en el gélido norte, y eso pese a la preocupación de Dinamarca por el queso. Los daneses exportaban gran cantidad de queso feta a Irán, y si se los veía en buenas relaciones con aquel blasfemo, apóstata y hereje, tal vez se resintiera el comercio del queso. El gobierno danés se vio obligado a elegir entre el queso y los derechos humanos, y al principio se decantó por el queso. (Corrían rumores de que el gobierno británico había instado a los daneses a no tratar con él. El editor holandés de Ian McEwan, Jaco Groot, se había enterado de que los británicos andaban diciendo a sus

colegas europeos que no querían verse «abochornados» por «una demostración de apoyo demasiado pública».)

Él viajó allí de todos modos, como invitado del PEN Club danés. Elizabeth voló un día antes con Carmel, y él accedió a Heathrow por una entrada de seguridad, llegó a la pista en coche y fue el último en subir al avión. Le preocupaba mucho que los demás pasajeros sucumbieran al pánico al verlo, pero eran casi todos daneses, y lo recibieron con sonrisas y apretones de manos y sincera satisfacción, sin el menor temor. Cuando el avión despegó, pensó: *Tal vez pueda empezar a viajar en avión otra vez. Tal vez no haya problema*.

En el aeropuerto de Copenhague, el comité de recepción por algún motivo no lo vio. Obviamente era menos reconocible de lo que él pensaba. Recorrió el aeropuerto, salió de la barrera de seguridad y se pasó casi media hora en el vestíbulo de llegadas buscando a alguien que supiera qué pasaba allí. Durante treinta minutos había escapado a la red de seguridad. Estuvo tentado de coger un taxi y fugarse. Pero de pronto se acercaron corriendo a él unos policías, acompañados de su anfitrión Niels Barfoed, del PEN Club danés, resollando y disculpándose por la confusión. Fueron a los coches que los esperaban y la red se cerró de nuevo en torno a él.

Su presencia -esto se convirtió en algo «normal» durante un tiempo- no se había anunciado con antelación. Los miembros del PEN Club reunidos esa noche en el Museo Louisiana de Arte Moderno contaban con que el invitado de honor fuera Günter Grass, y Grass en efecto estaba allí, una de las grandes figuras de la literatura que durante esos años accedieron a actuar como «testaferros» suyos. «Si Salman Rushdie es un rehén, nosotros lo somos también», declaró Grass al presentarlo, y luego le tocó a él. Unas semanas antes, dijo, cincuenta intelectuales iraníes habían publicado una declaración en su defensa. «Defender a Rushdie es defendernos a nosotros mismos», afirmaron. Flaquear ante la fetua envalentonaría a los regímenes autoritarios. Era ahí donde había que poner el límite y no se podía retroceder. Él luchaba no solo por sí mismo sino también por sus colegas escritores. Los sesenta y cinco intelectuales daneses reunidos en el Louisiana se comprometieron a unirse a él en esa lucha, y a presionar a su propio gobierno para que hiciera lo que debía. «Si el gobierno británico se siente incapaz de afrontar la inaceptable amenaza de Irán al proceso democrático -dijo Frances D'Souza-, el comité de defensa debe buscar el compromiso y el apoyo que se ha ofrecido en Europa.»

En cierto momento vio por las ventanas del museo un buque de guerra que surcaba las aguas. «¿Eso es por mí?», preguntó en broma; pero en efecto era por él: su buque de guerra personal, para protegerlo contra un ataque naval, y para vigilar la posible presencia de hombres rana islámicos con alfanjes entre los dientes nadando hacia el museo. Sí, habían pensado en todo. Eran concienzudos, esos daneses.

Su editor noruego, William Nygaard, de H. Aschehoug & Co., insistió en

que, después de visitar Dinamarca, prosiguiera viaje hasta Noruega. «Creo que allí nos puede ir incluso mejor», le dijo. Había ministros dispuestos a reunirse con él. Cada verano Aschehoug organizaba una gran fiesta al aire libre en la hermosa villa antigua de Drammensveien 99, que a principios del siglo XX era la residencia familiar de los Nygaard. Esa fiesta era uno de los actos más destacados de la temporada en Oslo, a la que asistían muchos de los escritores noruegos más conocidos, además de personalidades de la política y los negocios. «Debes venir a la fiesta -dijo William-. ¡En el jardín! ¡Con más de mil personas! Será magnífica. Un gesto de libertad.» William era una figura carismática en Noruega: gran esquiador, extraordinariamente apuesto, vástago de una de las familias de más rancio abolengo, y director de la principal editorial del país. Además, cumplía su palabra: la visita a Noruega fue todo un éxito. En la fiesta en el jardín de Drammensveien, lo guió entre la multitud el propio William Nygaard, y allí conoció, en fin, *le tout* Oslo. La respuesta a su visita, dijo William más tarde, fue inmensa.

Este viaje convirtió a William en su editor europeo más «visible». Aunque ellos no lo sabían todavía, esos esfuerzos en interés de su autor pondrían la vida de William en gran peligro: catorce meses después el terrorismo llamaría a su puerta.

En Londres, el portavoz para las artes laborista, el parlamentario Mark Fisher, organizó una conferencia de prensa en la Cámara de los Comunes a la que asistieron parlamentarios conservadores y laboristas, y por primera vez se le concedió una audiencia solidaria en el interior del palacio de Westminster. Incluyó una nota acre. El conservador ultraderechista Rupert Allason se puso en pie y dijo: «Por favor, no malinterprete mi presencia aquí como señal de apoyo. Por lo que dicen sus editores, usted, para ocultar lo que se traía entre manos, los engañó respecto a su libro. Es un grave error emplear dinero público para protegerlo». Este pequeño ataque, pese a su malevolencia, lo alteró menos de lo que lo habría alterado en otro tiempo. Ya no esperaba ser objeto de un amor universal; sabía que allí adonde fuese encontraría tanto adversarios como amigos. Tampoco todos los adversarios estaban en la derecha. Gerald Kaufman, el parlamentario laborista que había expresado claramente lo mucho que le desagradaban los libros del señor Rushdie, reprochó públicamente a su compañero laborista Mark Fisher que invitara al autor a la Cámara de los Comunes. (El Majlis iraní coincidió con Kaufman en que la invitación había sido una «vergüenza».) Habría más Kaufman y Allason en el camino. Lo importante era mantenerse firme en la defensa de la causa.

Habló con David Gore-Booth del Foreign Office y le preguntó sin rodeos acerca de los rumores de que el gobierno británico se oponía a su nueva campaña en pro de una mayor visibilidad y había estado actuando bajo mano para sabotearla. Gore-Booth era todo un experto en poner cara de póquer, y no asomó a su rostro emoción alguna. Negó los rumores. «El gobierno de Su

Majestad respalda sus encuentros con otros gobiernos», contestó. Se ofreció a mediar como enlace con las fuerzas de seguridad de los países que visitaba para que no «se excedieran». Era difícil saber qué pensar. Quizá había empezado a arrastrar al gobierno consigo.

La Universidad Complutense de Madrid lo invitó a España para conversar con Mario Vargas Llosa en El Escorial. Llevó a Elizabeth y Zafar y pasaron tres tranquilos días en Segovia antes de la conferencia. La policía española mantuvo una presencia muy discreta, y él pudo pasear por las calles y comer en los restaurantes de esa pequeña y hermosa ciudad y sentirse casi como un hombre libre. Comió en Ávila con Mario y su mujer, Patricia. Fueron unas horas de un valor incalculable. Luego, en El Escorial, el rector de la Universidad Complutense de Madrid Gustavo Villapalos dijo que tenía unos contactos excelentes en Irán y se ofreció a mediar. Jomeini, explicó, lo había llamado una vez «hombre muy santo». Esta última oferta de mediación resultó tan inútil como las demás. Le horrorizó ver unas declaraciones de Villapalos en la prensa española afirmando que Rushdie había accedido a modificar y suprimir párrafos «ofensivos» de *Los versos satánicos* para hacer posible un acuerdo. Él lo negó con vehemencia y a partir de ese momento Villapalos se volvió inaccesible y se interrumpió todo contacto con él.

Hay que estar en el mayor número de estaciones posible, había dicho Giandomenico Picco, *para encontrarse allí cuando llegue el tren*. Pero algunas de las estaciones no tenían vías. Solo eran lugares donde esperar.

A partir del momento en que aterrizaron en Denver vieron que las cosas iban muy mal. La policía local trataba el acto como un avance de la Tercera Guerra Mundial, y mientras Elizabeth y él recorrían el aeropuerto, hombres con enormes armas de asalto corrían en todas direcciones y agentes de policía apartaban bruscamente a la gente que se interponía en su camino, y todo era griterío, armas apuntadas y un ambiente de calamidad inminente. Eso lo asustó a él, aterrorizó a los presentes y lo indispuso con la compañía aérea, que se negó a permitirle volver a subir a bordo de sus aviones en adelante, por *su comportamiento*. Le atribuyeron a él las payasadas de las fuerzas de seguridad.

Los llevaron en coche a Boulder, donde habló en un congreso literario panamericano junto con Óscar Arias, Robert Coover, William Styron, Peter Matthiessen y William Gass. «Los escritores latinoamericanos saben desde hace tiempo que la literatura es un asunto de vida o muerte -dijo en su ponencia-. Ahora yo comparto con ellos ese conocimiento.» Vivía en una época en la que parecía decaer la importancia de la literatura. Deseaba arrogarse la misión de insistir en la importancia capital de los libros y proteger las libertades necesarias para crearlos. En su gran novela *Si una noche de invierno un viajero*, Italo Calvino dijo (hablando a través de su personaje Arkadian Porphyrich): «Hoy día nadie tiene la palabra escrita en tan alta

estima como los estados policiales. ¿Qué estadística permite a uno identificar mejor a las naciones donde la literatura disfruta de verdadera consideración que los cálculos destinados a controlarla y reprimirla?». Lo cual ciertamente podía afirmarse, por ejemplo, de Cuba. En una ocasión, Philip Roth, hablando de la represión en la era soviética, dijo: «Cuando estuve en Checoslovaquia por primera vez, se me ocurrió que trabajo en una sociedad donde, como escritor, todo es permisible y nada importa, en tanto que para los autores checos que conocí en Praga, nada es permisible y todo importa». Lo que era aplicable a los estados policiales y la tiranía soviética también lo era a las dictaduras latinoamericanas, y al nuevo fascismo teocrático que se enfrentaba a él y a muchos otros escritores, pero en Estados Unidos -en el ambiente progresista, aunque enrarecido, de Boulder, Colorado- no era fácil para la gente sentir la verdad viva de la represión. Él se había propuesto como tarea, dijo, explicar el mundo en el que «nada es permisible y todo importa» al mundo en el que «todo es permisible y nada importa».

Tuvo que intervenir personalmente el rector de la Universidad de Colorado en Boulder para convencer a otra aerolínea de que lo llevara de vuelta a Inglaterra. Cuando acabó su ponencia, Elizabeth y él fueron conducidos de inmediato al aeropuerto de Denver y casi los metieron a empujones en un avión con destino a Londres. La operación policial no fue tan descontrolada como lo había sido a su llegada; aun así, el despliegue fue lo bastante aparatoso para asustar a cuantos lo vieron. Se marchó de Estados Unidos con la sensación de que la campaña había dado un paso atrás.

El terrorismo llamaba a muchas puertas. En Egipto había sido asesinado Farag Fouda, el principal secularista. En la India, el profesor Mushirul Hasan, vicerrector de la universidad Jamia Millia Islamia de Delhi y distinguido historiador, recibió amenazas de «musulmanes indignados» por atreverse a expresar su oposición a la prohibición de *Los versos satánicos*. Se vio obligado a retractarse y condenar el libro, pero la turba exigió que también aprobara la fetua. Él se negó. Como consecuencia de ello, no pudo volver a la universidad hasta pasados cinco años. En el restaurante Mykonos de Berlín murieron asesinados cuatro políticos de la oposición curdo-iraní que asistían a la Internacional Socialista, y se sospechó que el régimen iraní estaba detrás del crimen. Y en Londres, Elizabeth y él dormían en su habitación cuando se oyó una potente explosión y tembló toda la casa. Los policías irrumpieron en la habitación con sus armas y los obligaron a echarse al suelo. Permanecieron tendidos entre hombres armados durante lo que se les antojaron horas hasta que se confirmó que la explosión se había producido a cierta distancia de allí, en la rotonda de Staples Corner, bajo el paso elevado de North Circular Road. Fue obra del IRA Provisional; no tenía nada que ver con ellos. Fue una bomba no islámica. Los dejaron seguir durmiendo.

El terrorismo islámico no andaba lejos. El ayatolá Sanei, de la Fundación 15 Jordad, aumentó el dinero de la recompensa para incluir los «gastos».

(Guardad los recibos, asesinos, y podréis reclamar esa comida de trabajo.) Tres iraníes fueron expulsados del Reino Unido por conspirar para matarlo: dos empleados de la embajada, Mehdi Sayes Sadeghi y Mahmoud Mehdi Soltani, y un «estudiante», Gassem Vajshiteh. De vuelta en Irán, el Majlis -¡el supuestamente «moderado» Majlis elegido por los votantes en las últimas elecciones iraníes!- «elevó una petición» al presidente Rafsanjani solicitando que mantuviera la fetua, y el ayatolá Jannati, partidario de Rafsanjani, respondió que era «el momento adecuado para matar al inmundo Rushdie».

Fue al sur de Londres a jugar al ping-pong con el pintor Tom Phillips en su taller. Parecía lo mejor que podía hacer. Tom había empezado a dibujar un retrato suyo -él comentó al pintor que se lo veía un tanto apesadumbrado en él, pero Tom contestó: «¿Apesadumbrado? ¿Qué dices? Yo lo llamo *Señor Alegría de la Huerta*»-, así que posó para el retrato durante dos horas antes de perder al ping-pong. No le gustaba perder al ping-pong.

Ese día la Fundación 15 Jordad anunció que pronto enviaría brigadas asesinas al Reino Unido para ejecutar la fetua. Perder al ping-pong era malo, pero procuraba no perder la razón.

Zafar salió de Hall School por última vez: el colegio que tanto había hecho por protegerlo de lo peor que le ocurría a su padre, el colegio cuyos maestros y alumnos le permitieron, sin necesidad de expresar los sentimientos con palabras, tener una infancia normal en medio de la locura. Los padres de Zafar tenían mucho que agradecer a ese colegio. Era de esperar que el nuevo cuidara de él tan afectuosamente como el antiguo.

Highgate era básicamente un colegio de media pensión, pero tenía residencias para alumnos en régimen de internado y Zafar quería quedarse allí como interno. Sin embargo, al cabo de pocos días, descubrió que detestaba el régimen de interno. A sus trece años, era un niño a quien le gustaba tener su espacio privado, y en una residencia como interno no lo había. Por tanto, enseguida se sintió muy mal. Sus padres acordaron que debía abandonar el régimen de internado, y el colegio aceptó su decisión. Zafar de inmediato empezó a irradiar felicidad y a apreciar el colegio. Y ahora su padre tenía una casa cerca de Highgate School, y el niño podía ir allí a dormir los días lectivos y la relación entre ambos podía recuperar todo aquello que había perdido durante cuatro años: intimidad, continuidad y algo parecido a la tranquilidad. Zafar tenía su propia habitación en la casa nueva y pidió que se decorara completamente en blanco y negro. No podía llevar allí a sus amigos, pero entendía la razón, y dijo que no le importaba. Incluso sin visitas de otros niños, representaba una gran mejora respecto al internado. Volvía a tener una casa con su padre.

En la India, los hindúes extremistas destruyeron una de las mezquitas más antiguas del país, la Babri Masjid de Aiodhia, construida por el primer emperador mogol. Los causantes de la destrucción afirmaron que la mezquita

se había construido sobre las ruinas de un templo hindú que señalaba el *Ramjanmabhoomi*, el lugar de nacimiento del dios Rama, el séptimo avatar de Visnú. Causar estragos no era prerrogativa del islam. Cuando se enteró de la noticia, se adueñó de él un complejo dolor. Lo entristeció que la religión hubiese revelado una vez más que su poder de destrucción excedía con mucho su poder para el bien, que una serie de proposiciones indemostrables -que la moderna Aiodhia era el mismo lugar que la Aiodhia del *Ramayana* donde Rama fue rey en una fecha desconocida del pasado remoto; que el supuesto lugar de nacimiento fue el verdadero lugar de nacimiento; que los dioses y sus avatares existieron realmente- había dado lugar al destrozo vandálico de un edificio real y hermoso cuya desgracia era haber sido construido en un país que no promulgaba leyes sólidas para proteger su patrimonio, y en el que era posible no respetar las leyes existentes si uno formaba parte de un grupo lo suficientemente numeroso y sostenía que actuaba en nombre de un dios. Se entristeció asimismo porque todavía sentía afecto por la misma cultura musulmana de la India que impedía a Mushirul Hasan ir a trabajar y le impedía a él obtener un visado para visitar el país donde nació. La historia de la India musulmana era también, ineludiblemente, su propia historia. Un día escribiría una novela sobre el bisnieto de Babar, Akbar el Grande, quien intentó que convivieran en paz los muchos dioses de la India y sus seguidores y, durante un tiempo, lo consiguió.

Las heridas infligidas por la India fueron las más profundas. Quedaba totalmente descartada la posibilidad, le dijeron, de que se le concediera un visado para visitar el país donde había nacido y que tan profundamente lo había inspirado. Ni siquiera era bien recibido en el centro cultural indio de Londres porque, según el director del centro (y nieto del Mahatma), Gopal Gandhi, su presencia allí se consideraría un gesto antimusulmán y resultaría perjudicial para la imagen secular del centro. Apretó los dientes y reanudó su trabajo. *El último suspiro del moro* no podía ser más secular, pero en el país sobre el que escribía veían a su autor como un sectario que sembraba la discordia. Las nubes se cerraron sobre su cabeza. Pero descubrió que su obstinación era equiparable a su dolor, que sus frases aún podían formarse, que su imaginación aún se encendía. No permitiría que los rechazos dañaran su arte.

Como no tenía alternativa, se convirtió en parte en embajador de sí mismo. Pero el politiqueo no se le daba bien. Pronunciaba sus discursos y defendía su causa y pedía a los dignatarios del mundo que plantaran cara a ese nuevo «terrorismo por control remoto», esa manera de señalar con un dedo letal al otro lado del mundo -*Ese, ¿veis a ese? Matadlo, el calvo con el libro en las manos*-, y que entendieran que, si no se derrotaba al terrorismo vía fetua, sin duda se repetiría. Pero a menudo las palabras le sonaban huecas a él mismo. En Finlandia, después de hablar en un encuentro del Consejo Nórdico, se aprobaron resoluciones, se crearon subcomisiones, se hicieron promesas de

apoyo; pero él no podía quitarse de encima la sensación de que no se conseguía ningún avance sustancial. Le dio más placer la belleza de los bosques en otoño frente a su ventana, y tuvo oportunidad de pasear por ellos con Elizabeth y respirar el aire tonificante, y sentirse brevemente en paz; y eso, para él, en ese momento, era una bendición mayor que todas las resoluciones del mundo.

Gracias a las delicadas palabras de aliento de Elizabeth, su desilusión se desvaneció. Volvía a encontrar su voz, le dijo ella, y su Error se difuminaba en el pasado, aunque tendría que seguir desdiciéndose durante años. Lo escuchaban con respeto, y eso sin duda le sentaba bien después de los desagradables desaires de tanta gente a su persona y a su trabajo. Poco a poco fue adquiriendo práctica en la defensa de su causa. Durante los peores excesos del comunismo soviético, sostuvo, los marxistas occidentales habían intentado distanciar el «socialismo realmente existente» de la Fe Verdadera, la visión de igualdad y justicia de Karl Marx. Pero cuando la URSS se vino abajo, y se hizo evidente que el «socialismo realmente existente» había contaminado de manera fatídica el marxismo a ojos de todos aquellos que habían contribuido al derrocamiento de los déspotas, ya no fue posible creer en una Fe Verdadera libre de la mancha de los crímenes del mundo real. Ahora, conforme los estados islámicos forjaban tiranías nuevas, y justificaban muchos horrores en nombre de Dios, surgía una división similar entre los musulmanes; así pues, estaba por un lado el «islam realmente existente» de las teocracias sanguinarias y por otro la Fe Verdadera de la paz y el amor.

Esto le costaba digerirlo, y buscó las palabras exactas para explicar por qué. Le era fácil entender a los defensores de la cultura musulmana; cuando la Babri Masjid cayó, le dolió tanto como a ellos. Y lo conmovían también muchas de las virtudes de la sociedad musulmana, su espíritu caritativo, la belleza de su arquitectura, la pintura y la poesía, sus aportaciones a la filosofía y la ciencia, sus arabescos, su mística y la sutil sabiduría de los musulmanes de miras abiertas como su abuelo, el padre de su madre, el doctor Ataullah Butt. El doctor Butt de Aligarh, que trabajaba como médico de cabecera y colaboraba también con el Tibbya College de la Universidad Musulmana de Aligarh, donde se estudiaba la medicina occidental junto con los tratamientos herbales indios tradicionales, fue de peregrinación a La Meca, pronunció sus oraciones cinco veces al día todos los días de su vida... y fue uno de los hombres más tolerantes que conoció su nieto, un cascarrabias de buen carácter, abierto a toda clase de pensamiento rebelde infantil y adolescente, incluso a la idea de la inexistencia de Dios, una idea ridícula, diría él, pero de la que había que hablar. Si el islam era aquello en lo que creía el doctor Butt, no tenía nada de malo.

Pero algo corroía la fe de su abuelo, carcomiéndola y corrompiéndola, convirtiéndola en una ideología de miras estrechas e intolerancia, prohibiendo libros, persiguiendo a pensadores, erigiendo absolutismos, transformando el dogma en un arma con la que derrotar lo no dogmático. Había que luchar

contra eso y, para luchar contra eso, había que ponerle un nombre, y el único nombre que encajaba era *islam*. El islam realmente existente se había convertido en su propio veneno y los musulmanes morían por su causa, y eso había que decirlo, en Finlandia, España, Estados Unidos, Dinamarca, Noruega y en todas partes. Él lo diría, si no lo decía nadie más. Deseaba hablar, asimismo, en favor de la idea de que la libertad era patrimonio de todos y no, como Samuel Huntington sostenía, una noción occidental ajena a las culturas de Oriente. A medida que ganaba legitimidad en Occidente ese «respeto por el islam» que en realidad era miedo a la violencia de los integristas islámicos disfrazado de hipocresía a lo Tartufo, el cáncer del relativismo cultural empezaba a devorar las ricas multiculturas del mundo moderno, y todas ellas podían acabar deslizándose por esa pendiente resbaladiza hacia el Abismo de la Desesperación, la ciénaga de John Bunyan.

Mientras pugnaba de país en país, aporreando las puertas de los poderosos e intentando hallar breves instantes de libertad en las garras de tal o cual fuerza de seguridad, buscó las palabras que necesitaba para ser no solo un defensor de sí mismo, sino también de aquello que representaba, o quería representar a partir de ese momento.

Un «breve instante de libertad» llegó cuando lo invitaron a un concierto de U2 en Earls Court. Eso ocurrió durante la gira de *Achtung Baby* en compañía de los psicodélicos Trabants. La policía dio su consentimiento de inmediato cuando él lo planteó. ¡Por fin algo que querían hacer! Resultó que Bono había leído *La sonrisa del jaguar* y, como había visitado Nicaragua más o menos en la misma época, tenía interés en conocer al autor. (No coincidió con Bono en Nicaragua, pero un día su intérprete rubia de ojos radiantes, Margarita, réplica de Jayne Mansfield, había exclamado entusiasmada «¡Va a venir Bono! ¡Bono está en Nicaragua!», y a continuación, sin alterar la inflexión de su voz ni apagársele mínimamente la mirada, añadió: «¿Quién es Bono?».) Así que allí estaba él, en Earls Court, de pie en la penumbra, escuchando. Entre bastidores, después del concierto, lo llevaron a una caravana llena de sándwiches y niños. En los bolos de U2 no había grupis; solo guarderías. Nada más entrar Bono, sus hijas saltaron sobre él. Quería hablar de política: Nicaragua, una inminente protesta contra el vertido de residuos nucleares peligrosos en Sellafield, en el norte de Inglaterra, su apoyo a la causa de *Los versos satánicos*. No pasaron mucho tiempo juntos, pero nació una amistad.

Nigella Lawson y John Diamond se casaron en Venecia. Como todos los amigos de Nigella, él se alegró mucho de la noticia. Allí donde estuviera John, siempre había risas. En la fiesta que ofrecieron en el Groucho Club para celebrar la boda, la tarta la hizo Ruthie Rogers y la diseñó, según Ruthie, su marido, el mismísimo gran arquitecto. John dijo, inocentemente: «¿No me digas? Si es un diseño de Richard Rogers, ¿no deberían estar fuera todos los ingredientes?».

Alemania era el mayor socio comercial de Irán. Él tenía que ir allí. Una pequeña y feroz miembro del Bundestag llamada Thea Bock tenía la intención, le anunció, de asegurarse de que él se entrevistaba con «todo el mundo». Pero antes él tenía que ir a Bonn, y no podía viajar en aviones de Lufthansa o British Airways. Thea Bock proporcionó un pequeño aparato privado, de vivo color rojo, como salido de un relato de la Primera Guerra Mundial: «Biggles y la fetua». El avión era tan pequeño y antiguo que *las ventanillas se abrían*. Volaba tan bajo que él temió que pudieran chocar con un monte o un campanario. Era como ir por el cielo en un rickshaw tirado por una motocicleta. Por suerte hacía buen tiempo, un día sereno y soleado, y su piloto pudo conducir su pequeña carraca sin percances hasta la capital alemana, donde las entrevistas transcurrieron tan bien, gracias a los esfuerzos de Thea Bock, que los iraníes se pusieron muy nerviosos, porque de repente allí estaba Rushdie, recibiendo la afectuosa acogida de Björn Engholm, el líder de los socialdemócratas, y de Rita Süssmuth, la presidenta del Parlamento alemán, y de muchos de los más destacados parlamentarios alemanes; y en ausencia del ministro de Asuntos Exteriores, Klaus Kinkel, por hallarse en el extranjero, allí estaba Rushdie, en el Ministerio de Asuntos Exteriores, recibido por el jefe del Departamento de Cultura, el doctor Schirmer. El embajador iraní habló airadamente por la televisión alemana y declaró que tenía la firme convicción de que Alemania no pondría en peligro sus relaciones con Irán por aquel hombre. Dijo asimismo que asesinos norteamericanos o israelíes estaban a punto de eliminar al apóstata, haciéndose pasar por asesinos musulmanes solo para hacer quedar mal a Irán.

El embajador Hossein Musavian fue emplazado en el Ministerio de Asuntos Exteriores alemán al día siguiente. «Protegeremos al señor Rushdie -afirmó el viceministro-. Después de nuestro claro intercambio, él [el embajador iraní] sabe que así están las cosas.» Las insinuaciones de un asesinato a manos de los servicios de inteligencia norteamericanos o israelíes se tacharon de «absurdas». El embajador Musavian dijo que sus comentarios se habían «reproducido mal».

Así pues, hubo un *impulso*, como dijo Frances; pero ¿se había alcanzado la *masa crítica* (uno de sus términos preferidos)? Todavía no. El Consejo de Mezquitas de Bradford hizo otra declaración desagradable afirmando que la campaña estaba empeorando las cosas y que el autor no debía esperar «indulto» alguno de la comunidad musulmana. El presidente del consejo, Liaquat Hussein, sin duda se consideraba un hombre importante diciendo algo importante. Pero parecía más bien una voz del pasado. Sus quince minutos de gloria habían concluido.

Estaba en Estocolmo para recibir el premio Kurt Tucholsky, otorgado a escritores que padecían persecución, y para dirigirse a la Academia Sueca. Irán condenó la entrega del premio, cómo no. El presidente del Tribunal

Supremo se pronunció, y lo mismo hizo el pródigo ayatolá Sanei. *Querido presidente del Tribunal Supremo de la Injusticia*, empezó a escribir, pero enseguida abandonó la carta imaginaria. Algunas personas no merecían que se les escribiera, ni siquiera en la imaginación. *Mi querido Sanei del Bounty*,[3] *¿me permite que dirija su atención sobre la posibilidad de un motín? A lo mejor usted y sus colegas acaban como fantasmas de Bligh, a la deriva en un bote, esperando divisar la costa de Timor*.

La Academia Sueca se reunía en una hermosa sala rococó en el piso superior del viejo edificio de la Bolsa de Estocolmo. En torno a una larga mesa había diecinueve sillas tapizadas de seda azul claro. Una era para el rey, por si aparecía; permanecía vacía si no se presentaba, como ocurría siempre. Las otras tenían en el respaldo números romanos del I al XVIII. Cuando un académico moría, se elegía a un nuevo miembro para ocupar su silla, y este allí se sentaba hasta que él o ella se trasladaba a la academia más grande del cielo. Pensó en el acto en la animada novela de suspense de G. K. Chesterton *El hombre que fue jueves*, sobre una célula anarquista cuyos siete cabecillas usaban como nombres en clave los días de la semana. Pero él no estaba en presencia de anarquistas. Lo habían autorizado a entrar en el sanctasanctórum de la literatura, la sala donde se concedía el premio Nobel, para hablar ante un grupo serio y cordial de eminencias grises. Lars Gyllensten (XIV) y Kerstin Ekman (XV), los académicos que se habían retirado de esa mesa en protesta por la pusilánime pasividad de sus colegas ante la fetua, no asistieron. Sus sillas eran un reproche vacío. Eso lo entristeció; había albergado la esperanza de propiciar una reconciliación. La invitación de la Academia había sido una manera de compensar su anterior silencio. La presencia de él ante ellos indicaba el apoyo de estos. Acercaron a la mesa, junto al asiento vacío del rey, una vigésima silla sin número, y él se sentó allí y habló y contestó a las preguntas de los académicos hasta que estos quedaron satisfechos. Se permitió la presencia de Elizabeth, Frances y Carmel, que permanecieron sentadas en otras sillas dispuestas contra una pared.

En el eje de la disputa en torno a *Los versos satánicos*, explicó, detrás de todas las acusaciones e insultos, había una pregunta de profunda importancia: *¿Quién debe tener el control del relato*? ¿Quién tiene, quién debería tener, el poder no solo de contar los relatos con los que, y dentro de los que, todos vivimos, sino también de decir cómo pueden contarse esos relatos? Porque todo el mundo vivía por medio de relatos y dentro de relatos, las llamadas grandes narraciones. La nación era un relato, y la familia era otro, y la religión era un tercero. Como artista creativo, él sabía que la única respuesta a la pregunta era: *Todas y cada una de las personas tienen, o deberían tener, ese poder*. Todos deberíamos tener la libertad de llamar a capítulo a las grandes narraciones, discutir con ellas, satirizarlas e insistir en que cambien para reflejar los tiempos cambiantes. Deberíamos hablar de ellas de manera reverente, irreverente, apasionada, cáustica, o como nos viniera en gana. Ese era nuestro derecho como miembros de una sociedad abierta. De hecho,

podría decirse que nuestra capacidad para re-contar y re-hacer el relato de nuestra cultura era la mejor prueba de que nuestras sociedades eran en efecto libres. En una sociedad libre, la discusión en torno a las grandes narraciones nunca cesaba. Lo importante era la propia discusión. La discusión era la libertad. Pero en una sociedad cerrada aquellos que poseían poder político o ideológico intentaban poner fin a esos debates. *Os contaremos el relato*, decían, *y os explicaremos lo que significa. Os explicaremos cómo debe contarse el relato y os prohibimos que lo contéis de ninguna otra manera. Si no os gusta cómo contamos el relato, sois enemigos del Estado o traidores a la fe. No tenéis derechos. ¡Pobres de vosotros! Os perseguiremos y enseñaremos el significado de vuestro rechazo*.

El animal narrador debe disponer de libertad para contar sus historias.

Al final de la reunión, recibió un obsequio. Enfrente de la sala había un conocido restaurante, Den Gyldene Freden («La Paz Dorada»), propiedad de la Academia. Al final de sus reuniones semanales, los dieciocho, o aquellos que se hubieran presentado, se retiraban a cenar a un comedor privado del restaurante La Paz Dorada. Cada uno de ellos pagaba, al llegar, una moneda de plata con el lema de la Academia: *Snille och smak*, talento y gusto. Cuando salían del restaurante les devolvían la moneda. Estas monedas nunca se distribuían entre el público, pero ese día él salió de la Academia con una en el bolsillo.

En Nueva York, esta vez, no lo esperaba un convoy, ni el teniente Bob preocupado por lo que Elizabeth pudiera hacer con un tenedor. (Había volado con Scandinavian Airlines, dando un gran rodeo, vía Oslo.) Unos agentes de seguridad lo guiaron por el aeropuerto, pero ahí acabó todo. No había prevista ninguna aparición en público y, por consiguiente, la policía estadounidense estaba dispuesta a dejarlo ir a su aire. Se le permitieron unos días de semilibertad, lo más parecido a eso que había disfrutado en casi cuatro años. Se alojó en el apartamento de Andrew Wylie y los miembros del Departamento de Policía de Nueva York permanecieron en sus coches en la calle. Durante esos días hizo las paces con Sonny Mehta. Y cenó con Thomas Pynchon.

Una de las virtudes de Andrew era su poca predisposición al rencor. «Sonny y tú deberíais arreglar las cosas -dijo Andrew-. Habéis sido amigos durante mucho tiempo. Es lo correcto.» Y había buenas razones profesionales para ofrecer la rama de olivo. A largo plazo Random House era la editorial con más probabilidades de asumir la publicación en rústica de *Los versos satánicos*. Penguin nunca lo haría, y como Penguin era el distribuidor de Granta Books, era difícil contemplar una relación a largo plazo con Granta, pese a la extraordinaria amistad y heroísmo de Bill. «No podemos perder de vista el objetivo -dijo Andrew-, y el objetivo es la publicación normal de todos tus libros, incluido *Los versos*.» Ahora que gracias al Consorcio se había superado el obstáculo de la edición en rústica, era posible, opinaba él,

convencer a Sonny de que aceptara libros nuevos sin miedo, y también de que asumiera la responsabilidad a largo plazo de las reediciones. «No ahora mismo -dijo Andrew-, sino tal vez después de publicar la próxima novela. De verdad creo que lo harán. Y eso es lo que debería hacerse.» Gillon y él habían negociado un acuerdo con Sonny y Knopf para *El último suspiro del moro*. También habían aplacado a Bill, que se llevó un gran disgusto cuando le contaron su plan. Pero Bill era ante todo un amigo y en segundo lugar un editor, y su gran corazón le permitió entender los argumentos de Andrew. Él había salvado *Harún* de Sonny y ahora accedía a cederle *El moro* sin rencor.

Antes de firmar el acuerdo, Sonny y él debían enterrar el hacha, y ese era el verdadero motivo del viaje a Nueva York. Andrew también se puso en contacto con la agente (y esposa) de Pynchon, Melanie Jackson, y el recluido autor de *El arco iris de gravedad* y él quedaron para verse. Al final, los dos encuentros se combinaron. Pynchon y él cenaron con Sonny en el apartamento de los Mehta en el centro. La ruptura con Sonny se reparó mediante un abrazo y el asunto de *Harún* no se abordó. Esa era la taciturna manera de Sonny de hacer las cosas -no hablar de lo incómodo y pasar a otros asuntos-, y quizá fuese mejor así. Luego llegó Pynchon, con el aspecto que cabía imaginar que tendría Thomas Pynchon: alto, con una camisa de leñador roja y blanca y vaqueros, pelo blanco a lo Albert Einstein y unos dientes delanteros como los de Bugs Bunny. Después de la primera media hora de forzada conversación, Pynchon pareció relajarse y, a partir de ese momento, se explayó sobre la historia del movimiento obrero estadounidense y su propia pertenencia -en la época en que fue redactor técnico de Boeing- al sindicato de redactores técnicos. Resultaba extraño pensar en esos autores de manuales de usuario escuchando hablar al gran novelista norteamericano, a quien quizá consideraban el tipo que escribía el boletín de seguridad del misil supersónico Bomarc CIM-10, sin saber que el conocimiento de Pynchon de ese misil había inspirado sus extraordinarias descripciones de la caída sobre Londres de los cohetes V2 en la Segunda Guerra Mundial. La conversación se prolongó hasta pasadas las doce de la noche. En un momento dado Pynchon dijo «Debéis de estar cansados», y sí, lo estaban, pero también pensaban: *Es Thomas Pynchon, no podemos irnos a dormir*.

Cuando por fin Pynchon se marchó, él se dijo: *Muy bien, así que ahora somos amigos. Cuando visite Nueva York, quizá alguna vez podamos quedar a tomar una copa o comer algo y poco a poco lleguemos a conocernos*.

Pero no volvieron a verse.

Días de euforia. Dio un paseo en calesa con Gita por el parque, y aunque una anciana exclamó «¡Uau!», a nadie más se le movió un pelo. Desayunó con Giandomenico Picco, que dijo: «Estados Unidos es la clave». Recorrió el Battery Park y el Lincoln Center. En el despacho de Andrew tuvo un emotivo reencuentro con Michael Herr, que había vuelto a Estados Unidos y vivía en Cazenovia, una localidad de la zona norte del estado de Nueva York, a tiro de

piedra de Chittenango, el lugar de nacimiento de L. Frank Baum, autor de *El mago de Oz*. Y Sonny organizó una fiesta para él, y Paul Auster y Siri Hustvedt, Don DeLillo, Toni Morrison, Susan Sontag, Annie Leibovitz, y Paul Simon estaban allí. Su momento favorito de esa velada de liberación, la noche en que volvía a sentirse parte del único mundo que siempre había deseado habitar, fue cuando Bette Bao Lord dijo a Susan Sontag, muy seria, queriendo saber de verdad la respuesta: «Susan, ¿tienes alguna rareza interesante?».

Elizabeth y él fueron a Long Island con Andrew y Camie Wylie, donde estos tenían una casa en Water Mill, y allí se reunieron con ellos Ian McEwan, Martin Amis, David Rieff, Bill Buford y Christopher y Carol Hitchens. Andrew ofreció una fiesta en la que Susan Sontag reveló una de sus rarezas interesantes. En realidad había dos Susan, la Susan Buena y la Susan Mala, y en tanto que la Susan Buena era brillante y divertida y leal y magnífica, la Susan Mala podía ser un monstruo intimidador. Una joven empleada de la agencia de Wylie comentó algo sobre el conflicto de Bosnia que no fue del agrado de Susan, y de pronto salió furiosamente de ella la Susan Mala, y la joven agente de Wylie corrió peligro de ser devorada. No fue una lucha justa, la de Susan Sontag contra esa muchacha, que en todo caso no podía defenderse porque Sontag era una valorada clienta de la agencia Wylie. Fue necesario salvar la vida de la joven agente, y Bill Buford y él se acercaron a la poderosa Sontag y la acallaron asaeteándola con trivialidades. «Eh, Susan, ¿qué te parece la rotación de los Yankees?» «¿Cómo? ¿De qué me hablas? Me importa un bledo la rotación de los Yankees, yo solo le decía a esta joven...» «Sí, pero, Susan, tendrás que reconocer que El Duque es el no va más.» «No, esto es importante, esta joven piensa que en Bosnia...» «¿Qué opinas del vino, Susan? Creo que el tinto quizá esté un poco picado.» Al final Sontag se calló, derrotada por la intrascendencia, y la joven agente salió con vida.

A pesar del frío de noviembre, corrieron por la playa lanzándose un balón de fútbol e hicieron cabrillas y se entretuvieron con sus absurdos juegos de palabras (el juego de los Títulos que no Eran del Todo Correctos, por ejemplo: *El señor Zhivago, Adiós a las pistolas, Por quién dobla la campana, Dos días en la vida de Iván Denisovich, Mademoiselle Bovary, La historia de los Forsyte, El enorme Gatsby, Camión Driver, El amor en los tiempos de la gripe, Toby-Dick, Catch-32, Raspberry Finn*), y no se veía a agentes de seguridad por ningún lado. En aquellos días de amistad él vislumbró un asomo de esperanza en el futuro. Si Estados Unidos le permitía viajar allí y permanecer tranquilamente en territorio norteamericano y asumir los riesgos, tal vez esa fuera la mejor opción para disfrutar de cierta libertad a corto plazo; quizá así al menos conseguiría cierta libertad a tiempo parcial, durante un mes al año, o dos, o tres, mientras luchaba por poner fin a las amenazas. ¿Qué era él, al fin y al cabo, sino un amasijo encogido que anhelaba respirar en libertad? Oyó el canto de la estatua en el puerto, y parecía cantarle a él.

Su editora canadiense, Louise Dennys, presidenta del PEN Club canadiense, sobrina de Graham Greene y la mejor profesional de su sector en Toronto, además de ser una de las dos mitades de la pareja más alta y atractiva y feliz que él conocía (siendo la otra mitad Ric Young, aún más alto e igual de deslumbrante), quería que él hiciera una de sus apariciones sorpresa en la gala benéfica anual para el PEN Club canadiense. Ella estaba convencida de que después vendrían entrevistas con destacados políticos y sería posible convencer a Canadá de «subirse al carro» con entusiasmo. Habían conseguido un avión privado. Era todo un avión, con el interior diseñado por Ralph Lauren, y ese fue el vuelo transatlántico más cómodo de toda su vida. Pero él habría preferido hacer cola en Heathrow como cualquier otro pasajero, volar como todo el mundo volaba. Cuando la vida se convertía en una sucesión de crisis y soluciones de emergencia, era la normalidad lo que parecía un lujo, infinitamente deseable y sin embargo inalcanzable.

En Toronto, los recibieron Ric Young y el novelista John Ralston Saul, en representación del PEN, y los llevaron en coche a la casa de Michael Ondaatje y Linda Spalding. El trabajo empezó al día siguiente. Entre otros muchos, lo entrevistó el distinguido periodista canadiense Peter Gzowski, quien en su programa de radio le preguntó por su vida sexual. «Sin comentarios», contestó él. «Pero -insistió Gzowski- ¿eso no significa abstinencia?» En el almuerzo se reunió con el premier de Ontario, Bob Rae, cuya ayuda había sido determinante para conseguir el avión. Rae era joven, cordial, rubio, calzaba zapatillas deportivas, y dijo que había accedido a subir al escenario en la gala benéfica pese a que su esposa temía que lo mataran. Resultó que los servicios de seguridad canadienses habían recomendado a todos los políticos que no se reunieran con él; o acaso eso fuera solo una excusa oportuna. Por la razón que fuese, se demostró que no era fácil organizar las entrevistas. Esa noche Elizabeth y él cenaron en casa de John Saul y la periodista televisiva y futura gobernadora general de Canadá, Adrienne Clarkson, y después de la cena Adrienne se puso en pie y entonó para ellos «Hello, Young Lovers» con su magnífica y vigorosa voz.

La noche siguiente estaban todos entre bastidores en el Winter Garden Theater y él se puso la camiseta del PEN Club que Ric le había llevado. Llegó John Irving, sonriente. Peggy Atwood irrumpió con un sombrero de vaquero y una chaqueta con flecos y le dio un beso. Luego se inició la parte «Rushdie» del programa, y él tuvo la sensación de que aquel era el más alto de los honores literarios: escuchar mientras un escritor tras otro recitaban una parte de la atroz cronología de la fetua y luego ocupar un asiento en el escenario. John Irving habló entrañablemente sobre el primer encuentro entre ambos hacía ya mucho tiempo y leyó el principio y el final de *Hijos de la medianoche*, y luego fue Atwood quien lo presentó y él salió al escenario y mil doscientas personas ahogaron una exclamación y, acto seguido, expresaron clamorosamente su solidaridad y su aprecio. Eso de verse convertido en un icono resultaba extraño, pensó. Él no se sentía icónico. Se

sentía... *real*. Pero en ese momento acaso fuera esa la mejor arma que tenía. El Salman-icono simbólico que sus partidarios habían construido, un Salman de la Libertad idealizado que representaba impecable e inquebrantablemente los valores más elevados, contrarrestaba y quizá en último extremo derrotara a la versión demoniaca de él construida por sus adversarios. Alzó el brazo y lo agitó, y cuando remitió el clamor, habló despreocupadamente de cazas de brujas y de la peligrosa fuerza de la comedia, y a continuación leyó su relato «Cristóbal Colón y la reina Isabel de España consuman su relación». Eso lo había hecho a petición de Louise, que deseaba que estuviera allí como escritor entre compañeros literatos y les ofreciera un texto suyo. Cuando se acabó el relato, Louise salió al escenario y leyó un mensaje de apoyo de la secretaria de Estado para Asuntos Exteriores, Barbara Macdougall, y luego Bob Rae salió y lo abrazó -el primer jefe de gobierno en el mundo que lo hacía y el clamor empezó de nuevo. Fue una velada que nunca olvidaría.

La embajada iraní en Ottawa había protestado ante el gobierno canadiense por no haber sido informada con antelación de esa visita. Ese fue el mejor chiste de la semana.

Y antes y entremedias y después de estas andanzas, Elizabeth y él se mudaron a su casa nueva. Era una casa que él nunca habría elegido, en una zona donde él nunca habría deseado vivir. Era demasiado grande, a fin de acoger a los policías que tenían que vivir con él, demasiado cara, demasiado conservadora. Pero David Ashton Hill había llevado a cabo un trabajo excelente, y Elizabeth la había decorado de una manera espléndida, y él disponía de un magnífico cuarto de trabajo, y por encima de todo era su hogar, no algo alquilado por él mediante testaferros serviciales, no algo encontrado para él por policías o prestado por amigos en gestos de pura bondad; y por tanto le encantaba, y entró en una especie de éxtasis. *No hay ningún sitio como el hogar*. El titimóvil entraba por las verjas electrónicas, la puerta blindada del garaje se levantaba y luego se cerraba a sus espaldas, y allí estaba él. Ningún policía lo obligaría jamás a abandonarla. «Hermano, ya soy demasiado viejo para andar otra vez por ahí viajando», había dicho el rey Carlos II después de la Restauración, y los sentimientos del monarca eran también los suyos. Tenía asimismo en el pensamiento a Martín Lutero. *Hier stehe ich. Ich kann nicht anders*. Martín Lutero no hablaba de la propiedad inmobiliaria, obviamente. Pero era así como él se sentía. Aquí me quedo, se dijo. Aquí también me siento y trabajo y hago ejercicio en mi bicicleta estática y veo la televisión y me baño y como y duermo. No puedo hacer otra cosa.

Bill Buford le había pedido que fuera uno de los miembros del jurado para los premios a los Mejores Novelistas Británicos Jóvenes de 1993. En 1983 él había sido incluido en la primera de esas listas junto con Ian McEwan, Martin Amis, Kazuo Ishiguro, Graham Swift y Julian Barnes. Ahora leía la obra de autores más jóvenes: Jeanette Winterson, Will Self, Louis de Bernières, A. L.

Kennedy, Ben Okri, Hanif Kureishi. Los demás miembros del jurado eran A.S. Byatt, John Mitchinson de las librerías Waterstone's y el propio Bill. Hubo descubrimientos agradables (Iain Banks) y también decepciones (se excluyó a Sunetra Gupta por no ser súbdita británica). Enseguida coincidieron acerca de más de la mitad de los escritores incluidos entre los últimos veinte, y entonces empezaron las discrepancias interesantes. Él discutió con Antonia Byatt por Robert McLiam Wilson y perdió. Ella prefería a D. J. Taylor, pero esa fue una batalla de la que ella, a su vez, salió derrotada. Hubo desacuerdo acerca de cuál de las hijas de Lucian Freud incluir, Esther Freud o Rose Boyt. (Esther lo consiguió, Rose no.) Él era gran admirador de la obra de A. L. Kennedy y logró reunir apoyo suficiente para vencer la oposición de Antonia Byatt. Fue un debate serio y apasionado, y al final eran dieciséis los escritores sobre los que todos los miembros del jurado coincidían plenamente y un último grupo de cuatro sobre quienes todos discrepaban con igual firmeza. Luego se publicó la lista y las pirañas del pequeño estanque del mundillo literario londinense se echaron a por ella.

Harry Ritchie, del *Sunday Times*, después de conseguir los derechos exclusivos para revelar los nombres de los veinte escritores elegidos y acceder a dar apoyo a la promoción debidamente, se arrogó la responsabilidad de echar por los suelos la lista. Él telefoneó a Ritchie y preguntó: «¿Tú has leído a todos esos escritores? Porque yo desde luego no los había leído hasta que acepté este trabajo». Ritchie admitió que había leído solo a la mitad de los escritores de la lista. Eso no le había impedido despreciarlos. Por lo visto, ya no era posible contar siquiera con los quince minutos de gracia previos al varapalo. Uno recibía el porrazo en la cabeza tan pronto como salía del huevo. Al cabo de tres días James Wood, el malévolo Procusto de la crítica literaria, que atormentaba a sus víctimas en la estrecha cama de sus inflexibles ideologías literarias, descuartizándolas dolorosamente o cercenando sus extremidades por las rodillas, sometió a los Veinte a su tortura en *The Guardian*. Chicos y chicas, bienvenidos a la literatura inglesa.

El día de Navidad Elizabeth y él pudieron invitar a Graham Swift y Candice Rodd a pasar el día con ellos. El 26 de diciembre, festivo en Gran Bretaña, fueron a cenar Nigella Lawson y John Diamond y Bill y Alicja Buford. Elizabeth, que adoraba esas fiestas y todos sus rituales -él había empezado a llamarla afectuosamente «fundamentalista de la Navidad»-, estaba encantada de «crear Navidad» para todos. Después de cuatro años, podían por fin celebrar las fiestas en su propia casa, con su propio árbol, devolviendo a sus amigos años de hospitalidad y bondad.

Pero las alas del ángel de la muerte nunca batían lejos. La hermana de Nigella, Thomasina, estaba perdiendo la batalla contra el cáncer de mama. El hijo de Antonia Fraser, Orlando, había sufrido un grave accidente de coche en Bosnia, se había fracturado muchos huesos y tenía un pulmón perforado. Pero sobrevivió. El novio de Polly, la hijastra de Ian McEwan, quedó atrapado en

una casa incendiada en Berlín. No sobrevivió.

Clarissa telefoneó hecha un mar de lágrimas. Le habían dado un preaviso de despido de seis meses en la agencia literaria A.P. Watt. Él habló con Gillon Aitken y Liz Calder. Ese era un problema que debía resolverse.

Terry O'Neill lo fotografió en una especie de jaula para el *Sunday Times* de Londres. Esa imagen saldría en la portada del dominical para ilustrar un artículo suyo que recibiría el título «El último rehén». Aferrado a los barrotes oxidados que O'Neill le había encontrado, se preguntaba si llegaría otra vez el día en que periodistas y fotógrafos se interesaran en él como novelista. Parecía poco probable. Acababa de saber por Andrew que, a pesar de los grandes esfuerzos de la agencia, Random House había rehusado asumir la publicación de *Los versos satánicos* en rústica. El Consorcio no podía disolverse aún. No obstante, añadió Andrew, muchos directivos de Random House -Frances Coady y Simon Master en las oficinas de Londres, y Sonny Mehta en Nueva York- afirmaban estar «indignados» por este rechazo de la cúpula de la editorial (la misma cúpula que, cuando se negó a unirse al Consorcio para la edición en rústica, había declarado que «no iban a dejarse mangonear por un condenado agente») y aseguraban que hacían todo lo posible por «darle la vuelta».

Un viaje político a Dublín. Elizabeth y él habían sido invitados a la residencia de Bono en Killiney. Al fondo del jardín de los Hewson se alzaba una preciosa casita de invitados con vistas de Cinema Scope de la bahía de Killiney. Se animaba a los invitados a firmar y garabatear mensajes o dibujos en la pared del cuarto de baño. La primera noche se reunió con escritores irlandeses en casa del periodista del *Irish Times* Paddy Smyth, cuya madre, la eminente novelista Jennifer Johnston, contó la siguiente anécdota: Tom Maschler, de la editorial Jonathan Cape, le había dicho, después de leer su primera novela, que opinaba que no era escritora y que nunca escribiría otro libro, razón por la cual no iba a publicar el que había escrito. Así que hubo chismorreos literarios, pero también trabajo político. El ex primer ministro Garret Fitzgerald fue uno de los políticos presentes, y todos se comprometieron a dar su apoyo.

La presidenta Mary Robinson lo recibió en su residencia oficial, Phoenix Park -¡su primera reunión con un jefe de Estado!-, y lo escuchó en silencio y con mirada radiante mientras él exponía su caso. Ella habló poco, pero murmuró: «Escuchar no es pecado». Él pronunció una charla en el Trinity, en el marco del congreso por la libertad de expresión «Dejemos entrar la luz», y después de las copas para los ponentes una mujer baja y robusta se le acercó y le dijo que como él se había opuesto a la ordenanza llamada Sección 31, que prohibía la aparición de miembros del Sinn Féin en la televisión irlandesa, había «escapado a todo peligro procedente de nosotros». «Entiendo -dijo él-, ¿y a quién se refiere con ese "nosotros"?» La mujer lo miró a los ojos. «De

sobra sabe usted quién coño somos nosotros», contestó ella. Tras recibir este salvoconducto del IRA, fue trasladado al legendario programa de entrevistas *Late Late Show*, presentado por Gay Byrne, y como Gay afirmó que había leído *Los versos satánicos* y le había gustado, casi toda Irlanda decidió que el libro y su autor debían de ser aceptables.

Por la mañana visitó la torre Martello de Joyce, donde el orondo y solemne Buck Mulligan había vivido con Stephen Dedalus, y mientras subía por la escalera a la azotea almenada, tuvo la misma sensación de estar entrando en la novela que muchos habían experimentado ya antes. *Introibo ad altare Dei*, dijo en voz baja. Luego, en el Abbey Theater, comió con varios escritores y el nuevo ministro de Cultura, el poeta Michael D. Higgins, todos ellos con pins en los que se leía SOY SALMAN RUSHDIE. Después del almuerzo, dos de los otros Salman Rushdie, Colm Tóibín y Dermot Bolger, lo llevaron a dar un paseo hasta el faro de Howth Head (seguidos por la Garda a una distancia cortés) y el farero, John, le permitió encender la luz. El domingo Bono lo llevó furtivamente a un bar de Killiney sin avisar a la Garda, y durante media hora a él le dio vueltas la cabeza a causa de ese rato de libertad sin protección y quizá también gracias a la Guinness sin protección. Cuando volvieron a casa de los Hewson, los agentes de la Garda miraron a Bono con expresión pesarosa pero se abstuvieron de dirigir palabras ásperas al hijo predilecto del país.

En *The Independent on Sunday* lo atacaron desde la derecha y desde la izquierda; el príncipe de Gales dijo de él que era un mal escritor cuya protección salía muy cara, mientras que el periodista de izquierdas Richard Gott, un antiguo simpatizante soviético que finalmente se vio obligado a abandonar *The Guardian* cuando se demostró que había «aceptado oro rojo», atacó sus opiniones políticas y sus textos «desconectados de la realidad». De pronto sintió, con la fuerza de una epifanía, que lo que había escrito en «De buena fe» era verdad: la libertad siempre se quitaba, nunca se daba. Quizá debía rechazar la protección y vivir su vida sin más. Pero ¿podía llevar consigo a Elizabeth y Zafar a ese arriesgado futuro? ¿No sería eso un acto irresponsable? Hablaría de ello con Elizabeth y también con Clarissa.

Un nuevo presidente fue investido en Washington. Recibió una llamada de Christopher Hitchens. «Clinton está definitivamente a tu favor -dijo-. De eso no hay duda.» John Leonard publicó un artículo en *The Nation* recomendando al presidente entrante, de quien se sabía que era buen lector y había declarado que su libro preferido era *Cien años de soledad* de García Márquez, que leyera *Los versos satánicos*.

Los Bailes de la Policía Secreta fueron actos benéficos organizados en la década de 1980, destinados a la recaudación de fondos para Amnistía Internacional, pero casi con toda seguridad los humoristas y músicos participantes desconocían que los policías secretos auténticos celebraban

realmente un baile, o al menos una considerable juerga. Todos los inviernos, allá por febrero, tenía lugar en Peelers, el gran bar restaurante situado en el piso superior del nuevo edificio de Scotland Yard, la fiesta anual de la Brigada «A», y la lista de invitados no se parecía a ninguna otra en Londres. Se convidaba a cuantos recibían o habían recibido protección, y todos los «principales» hacían lo posible por asistir en señal de agradecimiento a los agentes que habían cuidado de ellos. Primeros ministros actuales y pasados, secretarios de Estado para Irlanda del Norte, ministros de Defensa, ministros de Asuntos Exteriores de los dos grandes partidos chismorreaban y bebían con los agentes de protección y los SCM (los «simples chóferes de mierda»). Además, los equipos de protección podían invitar a algunos de los amigos y conocidos de sus principales que habían sido de especial ayuda. Para eso se requería mucho espacio.

En aquellos años él decía que si alguna vez escribía la historia de su vida la titularía *Puertas traseras del mundo*. Cualquiera podía entrar por la puerta delantera. Había que ser de verdad alguien para entrar por la puerta de la cocina, la entrada de servicio, la ventana de atrás, la rampa de la basura. Incluso cuando lo llevaron al nuevo edificio de Scotland Yard para el baile de los policías secretos, entró por el aparcamiento subterráneo y subió en un ascensor reservado para su uso. Los otros invitados accedieron por la entrada principal, pero él era el hombre de la entrada trasera. No obstante, una vez en Peelers se integró en el alegre gentío -alegre, en parte, porque las únicas bebidas ofrecidas eran, por lo visto, enormes vasos de whisky o ginebra-, y todos los miembros de «su» equipo se acercaron a saludarlo con un exultante «¡Joe!».

Para los agentes de protección era una satisfacción especial reunir a principales que en condiciones normales nunca coincidirían, solo por ver qué pasaba. A él lo condujeron entre la multitud hasta donde se hallaba un frágil anciano, un poco encorvado, con los vestigios de un famoso bigote, junto a su solícita esposa. De hecho, él ya se había cruzado con Enoch Powell en otra ocasión, allá por los años setenta, cuando vivía en la casa de Clarissa en Lower Belgrave Street. Había bajado al quiosco del barrio, Quinlan's, a comprar el periódico, y Powell salía cuando él entraba, nada menos que Powell, en la cúspide de su fama de hombre de mirada fulminante, solo unos años después del discurso de los «ríos de sangre», un alegato contra la inmigración que arruinó su carrera política. «Como el romano, me parece ver el río Tíber rebosante de sangre», había dicho, expresando el temor a los extranjeros de piel oscura que sentían todos los racistas británicos. Ese día en el quiosco Quinlan's, el joven inmigrante no violento, viéndose ante el infame Enoch, se planteó seriamente darle un puñetazo en la nariz, y siempre se había sentido un poco decepcionado consigo mismo por no haberlo hecho. Pero Lower Belgrave Street era un lugar lleno de personas que necesitaban una nariz ensangrentada: madame Somoza, la esposa del dictador nicaragüense, vecina del número 35, y los encantadores Lucan del número 46 (lord Lucan,

por entonces, aún no había intentado asesinar a su mujer, optando por matar a la niñera; pero se estaba preparando). Si uno empezaba a dar puñetazos a la gente, le costaría saber dónde parar. Probablemente había hecho bien en alejarse de Enoch, el de los globos oculares relucientes y el labio superior posthitleriano.

Y veinte años después allí estaba Powell otra vez. «No -les dijo a sus protectores-. En esencia, preferiría que no.» Y en respuesta oyó las exclamaciones, «Vamos, Joe, ahora es un viejo carcamal», y la que venció sus defensas: «Verás, Joe, es que la señora Powell... -explicó Stanley Doll-. Para ella, es una vida dura, cuidar del viejo. Tiene muchas ganas de conocerte. Significaría mucho para ella». Así que Elizabeth y él accedieron a conocer a Margaret Powell. De joven había vivido en Karachi, en el mismo barrio que unos parientes de él, y le apetecía charlar de los viejos tiempos. El anciano Enoch permaneció allí encorvado, en silencio, asintiendo con la cabeza, demasiado decrépito para merecer ya un puñetazo. Después de un periodo de tiempo cortés, se disculpó, cogió del codo a Elizabeth, se dio media vuelta, y allí estaba Margaret Thatcher, con su bolso y su pelo lacado y su sonrisita sesgada, mirándolo fijamente.

Nunca habría dicho que la Dama de Hierro era una persona tocona. Durante su breve conversación, la antigua primera ministra no paró de manosearlo. *Hola, querido*, apoyando una mano ligeramente en el dorso de la suya, *¿cómo le va*?, empezando a acariciarle el antebrazo, *¿estos hombres tan maravillosos lo cuidan bien*?, su mano ahora en el hombro, y él se dijo que más le valía empezar a hablar, antes de que ella pasara a acariciarle la mejilla. «Sí, gracias», respondió, y ella agachó la cabeza en aquel famoso gesto de asentimiento suyo, como un muñeco de cabeza oscilante. *Me alegro, me alegro*, acariciándole otra vez el brazo, *bueno, cuídese*, y eso habría sido todo a no ser porque Elizabeth la interrumpió para preguntar, con gran firmeza, qué se proponía hacer el gobierno británico para poner fin a las amenazas. La señora Thatcher pareció sorprenderse levemente al ver que tan duras palabras surgían de la boca de aquella preciosa jovencita, y su cuerpo se tensó. *Ay, querida*, y ahora fue a Elizabeth a quien acarició, *sí, debes de estar muy preocupada por eso, pero me temo que todo seguirá igual hasta que haya un cambio de régimen en Irán*. «¿Eso es todo? -preguntó Elizabeth-. ¿Esa es su política?» La Thatcher retiró la mano, desvió la penetrante mirada y la fijó en el infinito. Realizó un vago gesto de asentimiento, emitió un largo *mmm...* y se alejó.

Elizabeth permaneció furiosa durante el resto de la velada. *¿Eso es todo? ¿Ese es su plan*? Pero él pensó en Margaret Thatcher acariciándole el brazo y sonrió.

En el cuarto aniversario de la fetua los ánimos estuvieron tan caldeados como de costumbre. Llegaron las habituales declaraciones escalofriantes de Teherán, donde el ayatolá Jamenei, el presidente Rafsanjani, Nateq-Nouri, el

presidente del Majlis, y otros estaban perceptiblemente nerviosos por el creciente volumen de objeciones oficiales a su pequeño plan homicida. Sus amenazas eran contestadas por el Congreso de Estados Unidos, la Comisión de Derechos Humanos de la ONU e incluso el gobierno británico. Douglas Hurd habló en Estrasburgo y su ayudante Douglas Hogg habló en Ginebra, identificando el caso Rushdie como un «problema de derechos humanos de gran importancia». En Noruega se bloqueó un acuerdo para la compra de petróleo a Irán; también se bloqueó una línea de crédito multimillonaria prometida por Canadá a Irán. Él personalmente se hallaba en un lugar inesperado: pronunciando el sermón -o, como no vestía hábito, el discurso- desde el púlpito de la capilla del King's College.

Antes de empezar a hablar, el decano del King's College le previno acerca del eco. «Haga pausas cada pocas palabras -aconsejó-, o su voz será inaudible a causa de las reverberaciones.» Tuvo la sensación de que lo hacía partícipe de un misterio: así que por eso los sermones siempre sonaban de aquella manera. «Estar... en esta casa... es recordar... lo que tiene de hermoso... la fe religiosa», empezó, y pensó: *Parezco un arzobispo*. Siguió adelante, hablando en la casa de Dios sobre las virtudes de lo secular y lamentando la pérdida de otros que habían luchado por una buena causa: Farak Fouda en Egipto, y ahora el periodista turco más conocido, Ugur Mumcu, asesinado por medio de una bomba colocada en su coche. La crueldad de los piadosos invalidaba sus pretensiones de virtud. «Al igual que la capilla del King's College... puede tomarse... como símbolo... de lo que es mejor... en la religión -dijo con su más clara dicción eclesiástica-, también la fetua... puede verse... como una serie... de modernos versos satánicos. En la fetua... una vez más... el mal... se disfraza... de virtud... y los fieles... son... engañados.»

El 26 de febrero de 1993 estalló una bomba en el World Trade Center de Nueva York, colocada por un grupo que encabezaba un kuwaití llamado Ramzi Yousef. Murieron seis personas, más de mil resultaron heridas, pero las torres no se desplomaron.

Los amigos le decían que la campaña empezaba a ser muy eficaz y que las cosas iban bien, pero con excesiva frecuencia se sentía en garras de lo que Winston Churchill llamaba el «perro negro» de la depresión. Allí en el mundo exterior podía luchar, había aprendido a hacer lo que había que hacer. Cuando llegaba a casa, a menudo se desmoronaba, y era Elizabeth quien tenía que ocuparse de los escombros. David Gore-Booth le comunicó que el Foreign Office se había puesto en contacto con British Airways, pero la compañía aérea se negaba rotundamente a aceptarlo como pasajero. Tom Phillips había concluido su retrato del *Señor Alegría de la Huerta* y se lo había ofrecido a la National Portrait Gallery, que decidió no adquirirlo «en estos momentos». A veces cuando le llegaba esa clase de noticias, bebía demasiado -antes de la fetua nunca había sido un gran bebedor- y entonces no podía resistirse a sus

demonios y sucumbía a cierto grado de mal genio inducido por el alcohol. Tom Phillips le había regalado el retrato del *Señor Alegría de la Huerta*, y cuando se propuso colgarlo, descubrió que su caja de herramientas había desaparecido y reaccionó con una cólera excesiva; Elizabeth lo consideró insoportable y se desplomó anegada en llanto. Y le dijo que la idea de renunciar a la protección era un disparate, que ella no viviría con él en una casa desprotegida. Si renunciaba a la protección, viviría allí solo.

A partir de ese momento, tuvo más en cuenta los sentimientos de ella. Era una mujer valiente y afectuosa, y él se consideraba afortunado de tenerla y no se permitiría echarlo todo a perder. Decidió abandonar el alcohol por completo, y aunque no lo consiguió plenamente, sí puso fin a las noches de excesos y volvió a la moderación. No cumpliría la maldición de Marianne acabando alcohólico como su padre. Se negó a convertir a Elizabeth en otra versión de su propia madre, tan sufrida.

Doris Lessing estaba escribiendo sus memorias y lo telefoneó para hablar de ellas. La manera de Rousseau, dijo ella, era la única manera; uno solo tenía que contar la verdad, contar tanta verdad como fuera posible. Pero los escrúpulos y las vacilaciones eran inevitables. «En aquella época, Salman, yo era una mujer bastante atractiva y hay implicaciones en ese hecho que quizá tú no tengas en cuenta. Las personas con quienes tuve o casi tuve aventuras... muchas de ellas eran muy conocidas y varias todavía viven. Sí pienso en Rousseau -añadió-, y espero que este libro sea una obra emocionalmente sincera, pero ¿es justo ser sincero con las emociones de los demás?» En cualquier caso, concluyó, los verdaderos problemas aparecerían en el segundo volumen. Trabajaba aún en el primero, cuyos personajes estaban todos muertos o «ya les traía sin cuidado». Con muchas risitas, se fue a escribir, animándolo a él a hacer lo mismo. Él quiso decir, pero no lo hizo, que otra vez imaginaba una vida sin ser escritor, pensaba en la paz y la quietud, quizá incluso en el goce, de esa vida. Pero tenía la firme determinación de acabar el libro que estaba escribiendo. Al menos ese último suspiro.

Y el libro avanzaba lentamente. En Cochin, entre Abraham Zogoiby y Aurora da Gama nacía un «amor de pimienta».

A mediados de marzo, por fin consiguió volar a París. Los audaces hombres del RAID lo rodearon cuando bajó del avión y le indicaron que debía hacer exactamente, *exactamente*, lo que le dijeran. Lo llevaron a toda velocidad al Gran Arco de la Defensa, y allí lo esperaban Jack Lang, ministro de Cultura y número dos del gobierno francés, y Bernard-Henri Lévy, para acompañarlo al auditorio. Procuró no pensar en la descomunal operación de seguridad en torno al Arco y concentrarse en cambio en el extraordinario grupo de personas que lo aguardaba, formado al parecer por toda la intelectualidad francesa y la élite política tanto de derechas como de izquierdas. (Excepto Mitterrand. Como siempre, durante esos años en Francia, *sauf Mitterrand*.) Bernard

Kouchner y Nicolas Sarkozy, Alain Finkielkraut y Jorge Semprún, Phillippe Sollers y Elie Wiesel se codeaban y se trataban cordialmente. Patrice Chéreau, Françoise Giroud, Michel Rocard, Ismail Kadare, Simone Veil... esa era una poderosa concurrencia.

Jack Lang, al presentar el acto, dijo: «Hoy debemos dar las gracias a Salman Rushdie porque ha conseguido unir a la cultura francesa». Eso arrancó grandes carcajadas. Luego, durante dos horas, tuvo lugar una intensa ronda de preguntas. Él confió en haber causado una buena impresión, pero no tuvo tiempo de averiguarlo, porque, tan pronto como acabó el encuentro, el equipo del RAID lo sacó apresuradamente de la sala y se lo llevó sin pérdida de tiempo. Lo trasladaban a la embajada británica, que, siendo en rigor territorio británico, era el único lugar de París donde se le permitía pasar la noche. Una noche. El embajador británico, Christopher Mallaby, lo recibió con actitud muy amistosa y gran cortesía. Incluso había leído alguno de sus libros. Pero también quedó claro que esa invitación sería la única. Él no debía considerar la embajada como su hotel en París. A la mañana siguiente lo llevaron en coche al aeropuerto y lo despidieron de Francia.

En el camino de ida y vuelta a la embajada lo sorprendió ver que *la Place de la Concorde estaba cerrada al tráfico*. La policía había cortado el tráfico de todas las calles de entrada y salida de la plaza para que él, en el convoy del RAID, pudiera atravesarla rápidamente sin obstáculos. Eso lo entristeció. No quería ser la persona para quien se cerraba el tráfico de la Concorde. El convoy pasó ante un bistró, y bajo el toldo la gente bebía café y miraba hacia él con una mezcla de curiosidad y cierto resentimiento en el semblante. *Me pregunto*, pensó, *si alguna vez volveré a ser una de esas personas que beben un café en una terraza y ven pasar el mundo*.

La casa era preciosa, pero parecía una jaula dorada. Él había aprendido a sobrellevar las agresiones islámicas; al fin y al cabo no era de extrañar que los fanáticos siguieran comportándose como fanáticos. Más difícil era hacer frente a las críticas de los británicos no musulmanes, que se dejaban oír cada vez más, y la aparente duplicidad del Foreign Office y el gobierno de John Major, que invariablemente prometía una cosa y hacía otra. Escribió un colérico artículo en el que exhibía toda su rabia y decepción. Cabezas más frías -Elizabeth, Frances, Gillon- lo convencieron de que no lo publicara. Ahora, volviendo la vista atrás, pensaba que debería haber desoído su consejo. En esa etapa de su vida, siempre que decidió guardar silencio -por ejemplo, durante el año transcurrido entre la fetua y la publicación de «De buena fe»-, ese silencio al final lo consideró un error.

El lunes 22 de febrero la oficina del primer ministro anunció que el señor Major había accedido en principio a recibirme, como prueba de que el gobierno está decidido a defender la libertad de expresión y el derecho de sus ciudadanos a no ser asesinados por matones a sueldo de una potencia

extranjera. Más recientemente se fijó una fecha para ese encuentro. Inmediatamente después un sector de los diputados conservadores lanzó una ruidosa campaña para que se suspendiera la entrevista, porque entorpecía la «colaboración» entre Gran Bretaña y los mulás asesinos de Teherán. Hoy la fecha -pese a que me habían asegurado que era «todo lo firme que puede ser»- ha sido aplazada sin explicación alguna. Por una curiosa coincidencia, ahora ya es posible llevar a cabo el plan de enviar una delegación comercial británica a Irán sin bochorno. Irán acoge esta visita -la primera misión de esta índole en los catorce años desde la revolución de Jomeini- como un «gran avance» en las relaciones. Su agencia de noticias declara que los británicos han prometido que se abrirán líneas de crédito. Cada vez cuesta más conservar la confianza en la decisión del Foreign Office de poner en marcha una iniciativa internacional «muy visible» contra la tristemente famosa fetua. Porque no solo nos apresuramos a hacer negocios con el régimen tiránico que la administración estadounidense considera un «forajido internacional» y el principal patrocinador mundial del terrorismo, sino que también estamos dispuestos a prestar a ese régimen el dinero para que entable actividades comerciales con nosotros. Entretanto, deduzco, se propondrá una nueva fecha para mi intrascendente entrevista. Pero en el número 10 de Downing Street nadie se ha puesto en contacto conmigo por ningún medio. El grupo de presión conservador «anti-Rushdie» -su propia descripción demuestra el deseo de sus miembros de convertir esto en una cuestión de personalidad más que de principios- incluye a sir Edward Heath y Emma Nicholson, así como al conocido apologista de los intereses iraníes, Peter Temple-Morris. Emma Nicholson nos dice que con el tiempo ha acabado «respetando y apreciando» el régimen iraní (cuyo historial de asesinatos, mutilaciones y torturas a su propio pueblo ha sido condenado recientemente por las Naciones Unidas como uno de los peores del mundo), en tanto que sir Edward, todavía bajo la protección de la División Especial porque, hace veinte años, el pueblo británico sufrió su desastroso mandato como primer ministro, critica la decisión de ofrecer una protección similar a un compatriota británico que en la actualidad se halla en mayor peligro que él. Todas estas personas coinciden en un punto: el culpable de la crisis soy yo. Poco importa que más de doscientos de los iraníes en el exilio más destacados hayan firmado una declaración de total apoyo a mí. Que escritores, pensadores, periodistas y académicos de todo el mundo musulmán -donde los ataques a las ideas disidentes, progresistas y, sobre todo, secularistas cobran fuerza a diario- hayan declarado a los medios británicos que «defender a Rushdie es defendernos a nosotros». Que *Los versos satánicos*, una obra legítima de la imaginación libre, tenga muchos defensores (y allí donde hay al menos dos puntos de vista, ¿por qué habrían de tener la última palabra los quemadores de libros?), o que sus adversarios no hayan sentido la necesidad de entenderla. Altos cargos iraníes han reconocido que Jomeini no llegó siquiera a ver un ejemplar de la novela. Los jurisconsultos islámicos han afirmado que la fetua entra en contradicción con

la ley islámica, por no hablar ya de la ley internacional. Entretanto, la prensa iraní ofrece una recompensa de dieciséis monedas de oro y una peregrinación a La Meca por una caricatura que «demuestre» que *Los versos satánicos* no es una novela sino una conspiración cuidadosamente concebida por Occidente contra el islam. ¿No parece todo este asunto, a ratos, la más negra de las comedias negras, un número secundario en un circo representado por payasos asesinos? En los últimos cuatro años he sido difamado por mucha gente. No tengo intención de seguir poniendo la otra mejilla. Si era legítimo atacar a aquellos elementos de la izquierda que fueron compañeros de viaje del comunismo y a aquellos elementos de la derecha que aspiraron a apaciguar a los nazis, los amigos del Irán revolucionario -hombres de negocios, políticos o fundamentalistas británicos- merecen ser tratados con igual desprecio. Creo que hemos alcanzado un punto de inflexión. O nos tomamos en serio la defensa de la libertad o no. Si nos la tomamos en serio, confío en que muy pronto el señor Major esté dispuesto a dar la cara por sus principios como ha prometido. Me gustaría mucho hablar con él de cómo aumentar la presión sobre Irán: en la CE, a través de la Commonwealth y la ONU, en el Tribunal Internacional de Justicia. Irán nos necesita más a nosotros que nosotros a Irán. En lugar de graznar cuando los mulás amenazan con cortar los lazos comerciales, seamos nosotros quienes apretemos las tuercas económicas. He descubierto en mis conversaciones por toda Europa y Norteamérica un generalizado interés multipartidista en la idea de prohibir la oferta de crédito a Irán, como primera etapa. Pero todo el mundo espera a que el gobierno británico tome la iniciativa. Sin embargo en el periódico de hoy Bernard Levin afirma que dos tercios de todos los parlamentarios conservadores se llevarían una alegría si los asesinos iraníes consiguieran matarme. Si estos parlamentarios representan realmente a la nación -si nos preocupan tan poco nuestras libertades-, que así sea: retirad la protección, revelad mi paradero y dejad que vengan las balas. Lo uno o lo otro. Decidámonos.

La entrevista con John Major, tantas veces aplazada, se celebró por fin el 11 de mayo en su despacho de la Cámara de los Comunes. Él había hablado con Nigella Lawson antes de ir allí y su sensatez le fue de gran ayuda. «No puede de ninguna manera negarse a respaldarte -dijo ella-. El mal estado de la economía te beneficia, porque si él no puede apuntarse un éxito económico, va a necesitar apoyarse en cierta fortaleza moral.» Nigella tenía además una buena noticia: estaba embarazada. Él se lo contó a Elizabeth, sabiendo que ella misma deseaba intensamente quedar en estado. Pero ¿cómo podían plantearse traer un niño a esa pesadilla, a esa cárcel entre algodones? Y por otro lado estaba la translocación cromosómica simple, que convertía el embarazo en una ruleta biológica. Tener un hijo no parecía la opción más razonable para un hombre que se disponía a rogar al primer ministro que lo ayudara a salvar la vida.

El primer ministro no lucía su característica sonrisa de buena persona ni habló de críquet. Parecía encerrado en sí mismo, quizá incluso un poco a la

defensiva, como un hombre consciente de que iban a pedirle algo que quizá no quisiera hacer. Dijo sin ambages que no se sacarían fotografías de esa reunión porque prefería «minimizar la reacción de Irán y de sus propios parlamentarios». Eso fue un comienzo poco prometedor.

«Me gustaría darle las gracias por los cuatro años de protección -le dijo a Major-. Estoy muy agradecido a los hombres que cuidan de mí, arriesgando su propia vida.» Major pareció sorprendido. Ese no era el Rushdie que él esperaba, el que el *Daily Mail* describía como «maleducado, hosco, grosero, tonto, cascarrabias, poco atractivo, estrecho de miras, arrogante y egocéntrico». Enseguida se puso de manifiesto que el primer ministro tenía el *Daily Mail* en la cabeza. (Este diario había publicado un editorial contrario a la celebración de esa entrevista.) «Quizá debería decir cosas así más a menudo -aconsejó él-, en público, para enmendar la imagen que la gente tiene de usted.» «Primer ministro -respondió él-, lo digo cada vez que hablo con un periodista.» Major movió la cabeza en un distraído gesto de asentimiento, pero se lo veía más relajado y afable. A partir de ese punto la entrevista se desarrolló bien. No era la primera vez -ni sería la última- que alguien descubría, tan pronto como él lograba borrar esa caricatura de Rushdie ofrecida por la prensa sensacionalista, que en realidad era una persona cordial. «Ha engordado», comentó de pronto Major. «Gracias, primer ministro», contestó él. «Debería usted hacer mi trabajo -dijo el primer ministro-, y enseguida perdería peso.» «De acuerdo -contestó él-, yo haré su trabajo si usted hace el mío.» Después de eso eran casi colegas.

Major se mostró conforme con la idea de la campaña para dar mayor visibilidad al caso. «Debería usted ir a Japón y avergonzarlos para que actúen», dijo. Hablaron de conseguir una resolución de la Commonwealth para que Irán no pudiera presentar el conflicto como una diferencia de opiniones entre Oriente y Occidente. Hablaron del Tribunal Internacional de Justicia; Major no quería llevar el caso allí porque prefería no «arrinconar a Irán». Y coincidieron en el valor de una reunión con el presidente Clinton. Él reprodujo ante el primer ministro las palabras del negociador de la ONU en el secuestro de rehenes, Picco. *Estados Unidos es la clave*. Major asintió y miró a sus asesores. «Veremos qué se puede hacer para ayudarlo», dijo.

Cuando se dio a conocer la noticia de la entrevista, junto con una declaración del primer ministro condenando la fetua, el periódico *Kayhan*, órgano oficial del régimen iraní, reaccionó con indignación: «Al autor de *Los versos satánicos* esto va a costarle el cuello literalmente». Aquello era una partida de póquer en la que se apostaba muy fuerte. Él estaba subiendo la apuesta intencionadamente, y de momento los iraníes se mantenían firmes y se negaban a doblegarse. Pero ahora solo podía seguir en esa dirección. Tenía que aumentar la apuesta otra vez.

Clarissa lo telefoneó para informarlo de que tenía un bulto en el pecho, «y la probabilidad de que sea cáncer es de cuatro contra cinco». Iba a someterse a

una tumorectomía seis días más tarde y el resultado se conocería al cabo de una semana. Le temblaba la voz pero también se advertía en ella su valor estoico de siempre. Él quedó muy consternado. Volvió a telefonearla pasados unos minutos y se ofreció a pagar el tratamiento privado, todo lo que necesitase. Hablaron de la posibilidad de evitar la mastectomía total, y él le transmitió la información que había obtenido a través de Nigella y Thomasina sobre el excelente nivel de la unidad de cáncer de mama del Guy's Hospital y el nombre del especialista, el doctor Fentiman. El *Sunday Times* había publicado como tema de portada de su revista un reportaje sobre el cáncer de mama, y allí aparecía de nuevo Fentiman. Pensó: *Tiene que superarlo. No se lo merece. Lo superará*. Elizabeth y él harían todo lo que estuviera a su alcance. Pero ante una enfermedad fatal uno siempre se hallaba solo. Y también Zafar tendría que afrontarlo, Zafar, que ya había pasado cuatro años temiendo por la vida de uno de sus padres. El golpe no había llegado desde la dirección hacia la que él miraba. Era el progenitor «a salvo» quien ahora corría peligro. Él no podía evitar adelantarse a los acontecimientos. ¿Cómo conseguiría crear una vida vivible para Zafar si el niño perdía a su madre? ¿Tendría que vivir en esa casa secreta, pero ¿qué pasaría con el colegio, los amigos, la vida en el mundo «real»? ¿Cómo podría ayudarlo a sanar la herida de una pérdida tan espantosa?

Le dijo a Elizabeth: Da la impresión de que media vida sea una especie de lucha hacia la luz del sol. Al final consigues cinco minutos al sol y luego te ves arrastrado de nuevo a las tinieblas y mueres. En cuanto lo dijo, oyó cómo lo decía también al personaje de Flory Zogoiby, la madre de Abraham en *El último suspiro del moro*. ¿Acaso la desvergüenza de la imaginación literaria no tenía límites? No. No tenía límites.

Le contó al agente de protección Dick Billington lo de Clarissa y la posibilidad del cáncer y Dick contestó: «Bah, las mujeres siempre están poniéndose enfermas».

Sameen le dijo que había mantenido una larga conversación con Clarissa, que deseaba rememorar los viejos tiempos. Se había mostrado valiente, pero le parecía que «desde luego había tenido mala suerte». La enfermedad de Clarissa llevó a Sameen a pensar en su propia mortalidad. Deseó preguntarle si él asumiría la custodia de sus hijas en caso de que ella y su marido muriesen.

Él contestó que sí, por supuesto, pero le recomendó que tuviera un plan de reserva, considerando el peligro que corría su propia vida.

Los resultados de las pruebas llegaron del Bart's -el hospital de St. Bartholomew-, y eran ciertamente alarmantes. Clarissa padecía un *carcinoma ductal invasivo*, que venía desarrollándose sin detectarse desde hacía unos dieciocho meses. Era necesaria una intervención quirúrgica radical. «Probablemente» el cáncer se había propagado al sistema linfático. Debían realizarle análisis de sangre, y tendrían que hacerle pruebas en los pulmones, el hígado y la médula ósea. Ella hablaba con su tono de voz más controlado,

pero él percibía el terror tras sus palabras. Zafar la abrazaba con fuerza mientras hablaba, dijo Clarissa, y estaba al borde del llanto. Ella ya se había hecho a la idea, con enorme entereza, de la necesidad de una mastectomía, pero ¿qué pasaría si los resultados del hígado y la médula ósea no eran buenos? ¿Cómo se enfrentaba uno a la inevitabilidad de la muerte?

Él telefoneó a Nigella, que conocía a un hombre que aplicaba determinadas técnicas para tratar el cáncer de hígado y obtenía cierto éxito. Eso era un clavo ardiendo, pero no más.

Zafar fue a pasar la noche. Reprimía sus sentimientos. Su madre siempre había hecho eso mismo ante las adversidades. «¿Cómo está mamá?» «Bien.» Era mejor dejarlo asimilar la noticia poco a poco, a su propio ritmo, en lugar de sentarse a hablar con él y aterrorizarlo. Clarissa ya le había hablado, usando la palabra *cáncer*. Él contestó: «Ya me lo habías dicho». Pero no era así.

Llegaron los resultados de las nuevas pruebas. Tanto la sangre como los pulmones y los huesos de Clarissa estaban exentos de cáncer. Pero era un «cáncer malo», le dijeron. La mastectomía era ineludible, y también tendrían que extirparse diez nódulos linfáticos. Ella quería una segunda opinión, y él también. Correría con todos los gastos. Ella acudió a un oncólogo muy reconocido llamado Sikora, del hospital Hammersmith, y Sikora no creía que fuera necesaria la mastectomía. Una vez extirpado el bulto podía someterse a quimioterapia y radioterapia, y con eso bastaría. Cuando ella supo que podía conservar los pechos, se animó mucho. Era una mujer hermosa y le resultaba muy difícil soportar la idea de la mutilación de esa belleza. A continuación tuvo que conocer al cirujano que realizaría la tumorectomía, un tal Linn, y resultó ser un hombre repulsivo. *Querida*, la llamó de un modo empalagoso, *cariño, ¿por qué te opones tanto a esa operación*? Le dijo que debía someterse a la mastectomía, entrando en contradicción directa con el jefe de oncología, Sikora, con lo que causó estragos en el recién recuperado aplomo de Clarissa y puso de manifiesto que la decisión de cambiar de hospital no tenía justificación; al menos en el Bart's había recibido una atención que valoraba y contaba con médicos que le inspiraban verdadera simpatía. Empezó a sucumbir al pánico y pasó dos días al borde de la histeria, hasta que pudo hablar de nuevo con Sikora. Este le garantizó que la intervención propuesta por él era la que se aplicaría. Ella, ya más tranquila, se llevó a Zafar a unas vacaciones en bicicleta por Francia de una semana.

Sameen dijo que, según su amigo Kishu, un cirujano de Nueva York, con un cáncer invasivo de ese tipo no debía jugarse, y que se sometiera a la mastectomía sin pensárselo. Sin embargo, la opción que excluía la mastectomía había levantado enormemente el ánimo a Clarissa. Era muy difícil saber qué consejo darle. Ella no quería su consejo.

Telefoneó su abogado, Bernie Simons. Acababa de dictarse la sentencia condicional, y su divorcio de Marianne sería una realidad en cuestión de

semanas, cuando recibieran el fallo definitivo. Ah, sí, se acordó. Todavía estoy en trámites de divorcio.

Recibió un mensaje de Bernard-Henri Lévy. Era una buena noticia. Iban a otorgarle el *très important* premio suizo: el Prix Colette, el galardón concedido en la Feria del Libro de Ginebra. Debería viajar a Suiza la semana siguiente y recibir el premio en una gran ceremonia en la feria. Pero el gobierno suizo lo declaró visitante non grato y se negó a proporcionarle protección policial en su visita. Se acordó del señor Greenup cuando dijo que ponía en peligro a la ciudadanía sin más razón que su deseo de autoengrandecimiento. Esta vez los Greenup suizos habían ganado. No habría autoengrandecimiento. La ciudadanía de Suiza estaría a salvo. Lo único que podía hacer era telefonear a la sala de la Feria del Libro de Ginebra en la que se entregaría el premio. Bernard-Henri Lévy, en su discurso, dijo que el premio se había otorgado por decisión unánime del jurado. La presidenta del jurado, madame Edmonde Charles-Roux, afirmó que el premio era fiel al «espíritu de Colette», que «luchó contra la intolerancia». Sin embargo los herederos de Colette se indignaron por la concesión del premio, en desacuerdo, cabía suponer, con madame Charles-Roux respecto a la afirmación de que elegir a Salman Rushdie era una decisión «fiel al espíritu de Colette». Expresaron su indignación negándose a permitir que el nombre de Colette volviera a usarse en el futuro. Se convirtió así en el último ganador del Prix Colette.

Tuvo que vérselas con un vecino entrometido, un anciano caballero llamado Bertie Joel. El señor Joel se presentó ante la verja y dijo, por el interfono, que alguien debía ir a su casa «en menos de quince minutos». Elizabeth había salido, así que tuvo que pasarse por allí un miembro del equipo. Todo el mundo estaba tenso. ¿Se había descubierto acaso la identidad secreta del señor Anton? Pero todo se reducía a un atasco en una cañería que pasaba entre las dos fincas. El nuevo jefe del equipo de protección, Frank Bishop, era un hombre mayor, alegre y bienhablado, y un entusiasta socio del Club de Críquet de Marylebone. Resultó que Bertie Joel también era socio y había conocido al padre de Frank. El vínculo del críquet eliminó toda sospecha. «Los albañiles me dijeron que estaba blindándose toda la casa, así que sospeché de alguna conexión con la mafia», dijo Bertie Joel, y Frank se echó a reír y lo tranquilizó. Cuando volvió y contó a todos lo sucedido, el equipo casi dio saltos de alivio. «Aquí hemos conseguido un resultado, Joe -afirmó Frank-. A eso sí lo llamo yo un resultado.»

Hubo otros momentos parecidos. Un día la verja eléctrica, después de abrirla, se quedó atascada, y un hombre que era el vivo retrato del poeta Philip Larkin entró al patio y echó un vistazo. Otro día apareció un hombre en la acera con una escalera de mano, dispuesto a fotografiar la casa por encima del seto. Resultó que escribía un artículo para un periódico sobre la rehabilitación de casas en esa calle. Y otro día vieron en la acera de enfrente a un motorista

y un Volvo aparcado con tres hombres dentro que «actuaban de manera extraña». En días así él pensaba: *Quizá de verdad hay asesinos en el barrio y de verdad están a punto de matarme*. Pero todas fueron falsas alarmas. La casa no había quedado «al descubierto».

Bernie Simons murió de repente: el encantador e indispensable Bernie, abogado de toda una generación de la izquierda británica, el más sensato y afectuoso de los seres humanos, que lo había ayudado a defenderse ante las demandas presentadas por musulmanes contra él y había sido un aliado de valor inestimable en la batalla contra la amenaza de retirar la protección de Howley y Hammington. Bernie contaba solo cincuenta y dos años. Había asistido a un congreso en Madrid y acababa de cenar; subió luego a su habitación, sufrió un infarto masivo y cayó de bruces en la alfombra. Un final rápido después de una buena comida. Eso, al menos, no estuvo mal. En todo Londres la gente cruzaba llamadas de duelo. Él habló con Robert McCrum, Caroline Michel, Melvyn Bragg. A Robert le dijo: «Es espantoso... me entran ganas de llamar a Bernie y pedirle que lo arregle».

Era demasiado pronto para empezar a buscar a sus contemporáneos en las necrológicas, pero al día siguiente allí estaba Bernie, como lo había estado Angela y como, se temía, quizá estuviese pronto Clarissa. Y Edward Said tenía LLC, leucemia linfocítica crónica, y a Gita Mehta también le habían diagnosticado un cáncer y debía operarse. Las alas, el batir de alas. Él era quien tenía que morir, y sin embargo la gente caía alrededor.

A principios de junio Elizabeth llevó a Clarissa al hospital de Hammersmith para otro asalto de cirugía exploratoria. El resultado fue esperanzador. El cirujano, el doctor Linn, dictaminó que «no veía más cáncer». Así que quizá lo habían atajado realmente a tiempo, y ella viviría. Clarissa estaba convencida de que era una buena noticia. La radioterapia eliminaría todas las células restantes y como «solo uno, el más pequeño» de los nódulos linfáticos estaba afectado, podría prescindir de la quimioterapia, supuso ella. Él tuvo sus dudas, pero calló.

Edward Said le dijo que su recuento de glóbulos blancos iba en aumento y tal vez necesitase pronto quimioterapia. «Pero soy un milagro andante», afirmó. Su médico era el hombre que había «escrito el libro» sobre la LLC, un especialista de Long Island de origen indio llamado Kanti Rai; las fases de la enfermedad se conocían como las «etapas Rai» por la aportación de dicho especialista a la definición de la naturaleza de la enfermedad. Así que Edward, que había sido un tanto hipocondríaco hasta que enfermó de verdad, pasó a ser en el acto un héroe valeroso, buscó al mejor médico posible y empezó a luchar con todas sus fuerzas. «Tú también eres un milagro andante -añadió-. Ni tú ni yo tenemos derecho a seguir vivos, pero aquí estamos.» Le contó que había leído en *The New York Times* una entrevista al ayatolá Sanei del Bounty. «Tiene colgada en la pared detrás de la cabeza una caricatura en la que apareces tú ardiendo en el infierno. Decía: *El camino al Paraíso será más*

fácil cuando Rushdie haya muerto.» Edward prorrumpió en una carcajada a la vez que agitaba los brazos para restar importancia al comentario del pródigo Sanei.

Cuando cumplió cuarenta y seis años, invitó a unos cuantos amigos a cenar en casa. Para entonces, la División Especial tenía una lista de personas aprobadas, amigos íntimos a los que conocían desde hacía años y sabían que eran discretos y de fiar. Bill Buford llevó un excelente Côtes du Rhone, y Gillon, un Puligny-Montrachet. Pauline Melville le regaló una hamaca y Nigella una camisa de hilo azul muy bonita. John Diamond tenía la suerte de haber sobrevivido a un accidente de tráfico: un autobús, tras saltarse un semáforo en rojo, embistió a sesenta y cinco kilómetros por hora la puerta del conductor de su coche. Afortunadamente, la puerta resistió.

Antonia Fraser y Harold Pinter llevaron una edición limitada de los poemas de Harold. (Si Harold tenía tu número de fax, esos poemas te llegaban de vez en cuando y era necesario elogiarlos lo antes posible. Uno de los poemas se titulaba «Len Hutton», en honor del gran bateador inglés. *Vi a Len Hutton en su mejor momento / otra vez más / otra vez más*. Eso era todo. Simon Gray, gran amigo de Harold y también dramaturgo, no hizo ningún comentario sobre ese poema y Harold lo telefoneó para reprochárselo. «Lo siento, Harold -dijo Simon-. No he tenido tiempo de acabarlo.» El señor Pinter no le vio la gracia.)

El destacado escritor y periodista argelino Tahar Djaout murió de un disparo en la cabeza, el tercer gran intelectual, después de Farag Fouda en Egipto y Ugur Mumcu en Turquía, asesinado en un año. Él intentó dirigir la atención de los medios occidentales hacia esos casos, pero despertaron poco interés. Su propia campaña parecía estancada. Christopher Hitchens se había enterado por mediación del embajador británico en Washington, sir Robin Renwick, de que antes de otoño, como muy pronto, no cabía esperar una entrevista con Clinton. Frances y Carmel discutían a menudo y luego las dos discutían con él. Él reconoció ante ellas que estaba al borde de la desesperación e insistió en que volvieran a ponerse en marcha, y ellas reaccionaron.

Viajó a París por segunda vez para hablar en un encuentro de la Académie Universelle des Cultures, celebrado en una gran sala del Louvre llena de dorados, frescos y escritores: Elie Wiesel, Wole Soyinka, Yashar Kemal, Adonis, Ismail Kadaré, Cynthia Ozick... y Umberto Eco. Él acababa de escribir la peor reseña de su vida: una sobre *El péndulo de Foucault* de Eco. Este pareció abalanzarse sobre él, pero de inmediato se comportó con gran elegancia. Abrió los brazos y exclamó: «¡Rushdie! ¡Soy Eco, el de las tonterías!». A partir de ese momento mantuvieron excelentes relaciones. (En el futuro aunarían fuerzas con Mario Vargas Llosa para formar un terceto literario que Eco llamó los Tres Mosqueteros, «porque primero éramos enemigos y ahora somos amigos». Vargas Llosa había criticado a Salman por situarse demasiado a la izquierda; Eco había criticado a Mario por situarse

demasiado a la derecha, y Salman había criticado el libro de Eco, pero cuando se conocieron se llevaron de maravilla. Los Tres Mosqueteros tuvieron felices actuaciones en París, Londres y Nueva York.)

Los dispositivos de seguridad fueron demencialmente exagerados. La buena gente de la RAID había obligado al museo del Louvre a cerrar sus puertas ese día. Se veía a hombres con metralleta por todas partes. No se le permitió acercarse a ninguna ventana. Y a la hora del almuerzo, cuando los escritores cruzaron la pirámide de cristal de I. M. Pei para bajar a comer, la RAID lo obligó a subir a un coche que recorrió unos cien metros hasta la pirámide desde el ala del Louvre donde se había reunido la Académie, rodeado de hombres con gafas de espejo y fuertemente armados. Era peor que delirante; era bochornoso.

Al final del día las fuerzas de seguridad le informaron de que el ministro del Interior, Charles Pasqua, le había denegado el permiso para quedarse esa noche en Francia porque resultaría demasiado caro. Él adujo que le habían ofrecido alojamiento privado en las casas de Bernard-Henri Lévy, Bernard Kouchner y Christine Ockrent, y también en la de Caroline, la hija de Jack Lang, así que no representaría coste alguno. *Verá, en realidad es porque hemos identificado una amenaza concreta contra usted y no podemos garantizar su seguridad*. Ni siquiera la División Especial se tragó esta mentira. «Habrían compartido esa información con nosotros, Joe -afirmó Frank Bishop-, y no lo hicieron.» Caroline Lang dijo: «Si quieres desafiar la orden de la RAID, ocuparemos todos el Louvre contigo y traeremos camas y vino y amigos». Fue una idea divertida y conmovedora, pero él la rechazó. «Si hago eso, nunca más me dejarán entrar en Francia.» Christopher Mallaby tampoco le permitió quedarse a dormir en la embajada; pero alguien, británico o francés, convenció a British Airways para que le dejara volar en uno de sus aparatos a Londres. Así que por primera vez en cuatro años viajó, sin ningún problema por parte de la tripulación o los pasajeros -muchos de los cuales se acercaron a expresarle su amistad, solidaridad y simpatía-, en un avión de British Airways. No obstante, después del viaje, la aerolínea declaró que había accedido a aceptarlo en el vuelo bajo presión francesa «a nivel de la delegación local» y había tomado medidas para «asegurarse de que eso no vuelva a ocurrir».

La gigantesca gira *Zooropa* de U2 llegó al estadio de Wembley, y Bono lo telefoneó para preguntarle si le apetecía salir al escenario. U2 deseaba hacer un gesto de solidaridad, y ese era el más visible que se les ocurría. Sorprendentemente, la División Especial no puso el menor reparo. Quizá pensaron que no habría muchos asesinos islámicos en un concierto de U2, o quizá sencillamente querían ver la actuación. Llevó con él a Zafar y Elizabeth, y durante la primera mitad permanecieron sentados en el estadio viendo el concierto. Cuando se levantó para ir a la parte de atrás del escenario, Zafar dijo: «Papá..., no cantes». Él no tenía intención de cantar, y los miembros de

U2 estaban aún menos interesados en permitírselo, pero, para tomarle el pelo a su hijo adolescente, dijo: «No veo por qué no. No es una mala banda para un acompañamiento, este grupo irlandés, y aquí hay ochenta mil personas, así que... quizá sí cante». Zafar mostró cierta agitación. «No lo entiendes, papá -dijo-. Si cantas, tendré que suicidarme.»

Detrás del escenario encontró a Bono en su atuendo de MacPhisto -el traje de lamé dorado, la cara blanca, los pequeños cuernos de terciopelo rojo- y en unos minutos elaboraron un pequeño diálogo para pronunciarlo en el escenario. Bono haría ver que lo telefoneaba con su móvil, y mientras «hablaban», él saldría al escenario. Cuando apareció, entendió lo que se sentía al tener delante a ochenta mil personas aclamándote. En una lectura normal de un libro -o incluso en una gran gala como la del acto benéfico del PEN Club de Toronto- el público era algo menos numeroso. Las chicas no solían subirse a los hombros de sus novios y se desaconsejaba lanzarse desde el escenario. Incluso en los mejores actos literarios, había solo una o dos supermodelos bailando junto a la mesa de mezclas. Aquello era mucho más grande.

Cuando escribió *El suelo bajo sus pies*, le fue útil tener cierta percepción de cómo se sentía uno en ese escenario bajo el peso de toda esa luz, sin poder ver al monstruo que bramaba desde la oscuridad. Hizo lo posible por no tropezar con ningún cable. Después del concierto, Anton Corbijn tomó una fotografía para la cual los convenció a Bono y a él de que intercambiaran sus gafas. Por un momento se le permitió ofrecer un aspecto divino con aquellas gafas de sol envolventes Fly del señor B., en tanto que la estrella del rock lo miraba benévolamente por encima de sus lentes literarias tan poco modernas. Era una expresión gráfica de la diferencia entre los dos mundos que, gracias al generoso deseo de ayudarlo de U2, confluyeron brevemente.

Al cabo de unos días Bono lo telefoneó para decirle que deseaba madurar como escritor. En un grupo de rock el escritor se convertía en una especie de conducto para los sentimientos que flotaban en el aire, lo que impulsaba el trabajo no eran las letras sino la música, a menos que uno procediera de una tradición folk, como Dylan; aun así, él deseaba cambiar. *¿Podríamos vernos y hablar de cómo trabajas*? Deseaba conocer a gente nueva, gente distinta. Parecía ávido de estímulos mentales y de lo que él llamaba *una buena discusión*. Ofreció su casa en el sur de Francia. Ofreció amistad.

Había recaído en él, dijo a sus amigos, la maldición de una vida interesante, que a veces parecía una mala novela escrita por él mismo. Una de sus peores características como novela mala era que ciertos personajes principales ajenos al resto de la historia podían presentarse en cualquier momento, sin prefiguración, abriéndose paso a codazos en la narración y amenazando con secuestrarla. El 27 de mayo fue la fecha en que, cuatro años después, nacería su segundo hijo, Milan, apropiándose de la fecha para siempre, pero en 1993 señaló la entrada de un individuo muy distinto, Aziz Nesin, escritor turco, director de periódico y provocador.

Él había visto a Nesin solo una vez, hacía siete años, cuando era el escritor turco quien estaba en apuros. Harold Pinter invitó a un grupo de autores a su casa de Campden Hill Square para organizar una protesta porque Turquía había comunicado a Nesin su decisión de retirarle el pasaporte. Se preguntó si Nesin recordaba que el futuro autor de *Los versos satánicos* había firmado de buena gana la carta de protesta, y sospechó que no. El 27 de mayo le anunciaron que determinados fragmentos sin identificar de *Los versos satánicos* se habían reproducido en el periódico izquierdista *Aydinlik*, del que Nesin era director, sin solicitarse la autorización del autor, en una traducción al turco que no se le había enviado (era práctica habitual que las traducciones se sometieran a una lectura independiente para verificar la calidad y la exactitud antes de su publicación), con la intención de desafiar la prohibición del libro en Turquía. El titular que encabezaba los fragmentos rezaba: SALMAN RUSHDIE: ¿PENSADOR O CHARLATÁN? En los días siguientes salieron a la luz más fragmentos, y el comentario de Nesin acerca de esos fragmentos dejó claro que él personalmente opinaba sin lugar a dudas que era un «charlatán». La agencia Wylie escribió a Nesin para comunicarle que la piratería era piratería, y para preguntarle si él, tras luchar, como sostenía, por los derechos de los escritores durante tantos años, no estaba dispuesto a oponerse a la violación de esos derechos por parte del ayatolá Jomeini. La respuesta de Nesin no pudo haber sido más insolente. Publicó la carta del agente en el periódico y comentó: «¿Y por qué habría de preocuparme a mí la causa de Salman Rushdie?». Añadió que su intención era seguir publicando aquello, y si Rushdie tenía alguna queja, «ya puede llevarnos a juicio».

Aydinlik fue acosado, parte de su personal detenido, su distribución interrumpida y los ejemplares secuestrados. En una mezquita de Estambul un imán declaró una yihad contra el periódico. El gobierno turco, defendiendo los principios secularistas de Turquía, decretó que el periódico debía distribuirse, pero la controversia continuó y el ambiente siguió enrarecido.

Sintió que una vez más su obra y él se habían convertido en peones en el juego de otro. El escritor turco Murat Belge, amigo suyo, dijo que si bien Nesin se había comportado de un modo «infantil», no podía tolerarse que las fuerzas que lo atacaban se salieran con la suya. Lo más doloroso de todo era que también él era un secularista comprometido, y habría esperado un mejor trato por parte de los secularistas turcos. Una escisión en las fuerzas del secularismo solo podía ser buena noticia para los enemigos del secularismo. Esos enemigos reaccionaron a los fragmentos publicados por el *Aydinlik* poco después, y con extrema violencia.

A principios de julio Nesin asistió a un congreso secularista en la ciudad de Sivas, en Anatolia (Anatolia era la región de Turquía donde el islamismo tenía más partidarios). Descubrieron una estatua dedicada a Pir Sultan Abdal, un poeta local que había muerto lapidado por blasfemia en el siglo XVI. Nesin, según contaron después, pronunció un discurso declarando su ateísmo y

planteó ciertas críticas al Corán. Esto podría haber sido verdad o no. Esa noche el hotel Madimak, donde se alojaban todos los delegados, fue rodeado por extremistas que entonaron consignas y amenazas y después prendieron fuego al edificio. Murieron treinta y siete personas entre las llamas: escritores, dibujantes, actores y bailarines. Aziz Nesin se salvó, salió del hotel con ayuda de unos bomberos que no lo reconocieron. Cuando se descubrió quién era, le dieron una paliza, y un político local exclamó: «Este es el diablo al que de verdad deberíamos haber matado».

El horror de la masacre de Sivas se describió, en la prensa internacional, como un «disturbio por Rushdie». Él salió por la televisión denunciando a los asesinos, y escribió iracundos artículos para el *Observer* de Londres y también para *The New York Times*. Era injusto que el disturbio llevara su nombre, pero no era esa la cuestión. Los homicidios de Farag Fouda, Ugur Mumcu, Tahar Djaout y las víctimas de Sivas eran una prueba elocuente de que el ataque contra *Los versos satánicos* no era un incidente aislado, sino parte de la agresión islámica global contra los librepensadores. Hizo cuanto estuvo en sus manos para exigir reacciones, por parte del gobierno turco, por parte del G7, reunido en esas fechas en Tokio, por parte del mundo. Se produjo un virulento intento -nada menos que a cargo de *The Nation*- de acusarlo de «afrentas malévolas» a los secularistas turcos (escrito por Alexander Cockburn, uno de los grandes maestros contemporáneos de la afrenta malévola), pero eso tampoco tenía importancia. Aziz Nesin y el autor cuya obra había robado y denigrado nunca serían amigos, pero ante semejante ataque él permanecería hombro con hombro al lado de todos los secularistas turcos, incluido Nesin.

En el Majlis y la prensa iraní, inevitablemente, se alzaron voces en apoyo de los asesinos de Sivas. Así funcionaba el mundo: se aplaudía a asesinos y se vilipendiaba a hombres que vivían (y a veces morían) de la palabra.

Horrorizado por la atrocidad de Sivas, el célebre «periodista encubierto» alemán Günter Wallraff, quien en su libro de enorme éxito *Cabeza de turco* contaba cómo se había hecho pasar por un *Gastarbeiter* («obrero invitado») turco para sacar a la luz el brutal trato que recibían esos trabajadores a manos de los racistas alemanes e incluso del Estado alemán, se puso en contacto con él e insistió en que se enmendara el «malentendido» entre Nesin y Rushdie. Nesin había seguido concediendo entrevistas en las que atacaba al autor de *Los versos satánicos* y su espantoso libro, y Wallraff y Arne Ruth, el director del diario sueco *Dagens Nyheter*, habían hecho todo lo posible por disuadirlo. «Si convenzo a Nesin para que venga a mi casa de visita, ¿tendría la bondad de venir también usted para que podamos arreglar esto?», preguntó Wallraff. Él contestó que eso dependía del ánimo con que Nesin estuviese dispuesto a abordar esa reunión. «Hasta ahora se ha mostrado insultante y despectivo, y siendo así me resultaría difícil estar allí.» «Déjemelo a mí -respondió Wallraff-. Si dice que vendrá con actitud positiva, ¿hará usted lo mismo?» «Sí, de acuerdo.»

Viajó en avión desde Biggin Hill hasta Colonia, y en casa de Günter, el gran periodista y su mujer se mostraron bulliciosos, joviales y acogedores, y Wallraff insistió en jugar de inmediato al ping-pong. Wallraff resultó ser un consumado jugador y ganó casi todas las partidas. Aziz Nesin, un hombre bajo y robusto de pelo plateado, no los acompañó a la mesa de ping-pong. Parecía lo que era: un hombre muy alterado que además estaba a disgusto con la compañía. Permaneció sentado en un rincón, cavilando. Aquello no era muy prometedor. En la primera conversación formal, actuando Wallraff como intérprete, Nesin siguió hablando con el mismo desdén que había empleado en *Aydinlik*. Él tenía su propia lucha, contra el fanatismo turco, y le importaba un comino esta otra. Wallraff le explicó que se trataba de la misma lucha. Después del asesinato de Ugur Mumcu se había dicho en Turquía que «aquellos que condenaban a Salman Rushdie habían matado ahora a Mumcu». Una derrota en una batalla entre el secularismo y la religión era una derrota en todas esas batallas.«Salman lo apoyó a usted en el pasado, y ahora ha denunciado en todas partes lo de Sivas -dijo-, así que también debe apoyarlo usted a él.» Fue un día muy largo. El amor propio de Nesin parecía un obstáculo para la reconciliación, porque era consciente de que tendría que apearse de su postura y reconocer que había sido grosero. Pero Wallraff estaba decidido a no permitir que las cosas acabaran mal, y al final Nesin, mascullando y refunfuñando, tendió la mano. Hubo un breve apretón, seguido de un abrazo aún más breve, así como una fotografía en la que todo el mundo se veía incómodo, y luego Wallraff exclamó «¡Estupendo! Ahora somos todos amigos», y los llevó a dar un paseo en una motora por el Rin.

Los colaboradores de Wallraff habían filmado todo el encuentro y montado un reportaje en el que Nesin y él mismo aparecían denunciando conjuntamente el fanatismo religioso y la debilidad de las reacciones occidentales. Al menos en público la escisión se había resuelto. Aziz Nesin y él no volvieron a ponerse en contacto. Nesin vivió dos años más, hasta que un infarto acabó con él.

Querido Harold: Gracias por conseguir que Elizabeth, los muchachos y yo veamos tu producción de *Oleanna* de Mamet, y por la cena en el Grill St. Quentin de después. Probablemente hice mal en mencionar mis reservas en cuanto a la obra, aunque sí dije, me pareció, varias cosas agradables sobre tu producción de la misma. Sin duda hice mal en cambiar de tema y empezar a hablar con Antonia sobre su libro acerca de la Conspiración de la Pólvora. (Admito que en estos tiempos siento interés por la gente que quiere volar cosas.) Vi con el rabillo del ojo que empezabas a echar humo por las orejas y que el núcleo de tu reactor había empezado a fundirse. El Síndrome de China era una clara posibilidad. Para evitarlo, dije: «Harold, ¿me he olvidado de mencionar que tu producción de *Oleanna* es una obra jodidamente genial?» «Sí -contestaste, y los dientes te brillaron sin la menor alegría-. Sí, de hecho te has olvidado de mencionarlo.» «Harold -dije-, tu producción de *Oleanna* es

una obra jodidamente genial.» «Bueno, eso ya está mejor», dijiste, y se evitó el desastre nuclear. Hace tiempo que me enorgullezco de poder decir sin faltar a la verdad que nunca me he visto «pinterado». Es para mí un alivio haber encontrado una manera de conservar ese récord.

Viajó a Praga para ver al presidente Václav Havel, y Havel lo recibió con inmensa calidez -¡*Por fin nos conocemos*!- y habló de él en público con tal generosidad que su gran rival de la derecha, el primer ministro Václav Klaus, se «distanció» de la entrevista diciendo que era un encuentro «privado» y él no sabía nada al respecto (pese a que la policía checa había pedido prestado uno de los coches de Klaus para uso de su visitante). Klaus añadió que confiaba en que eso no fuera «perjudicial» para las relaciones entre la República Checa e Irán.

Participó en un congreso del PEN Club Internacional en Santiago de Compostela -Iberia no puso dificultades- y se le preguntó por ciertas declaraciones hostiles contra él del príncipe Carlos aparecidas en la prensa. Él contestó repitiendo textualmente lo que Ian McEwan había dicho a periodistas españoles en una visita al país por la publicación de un libro suyo la semana anterior: «El coste de proteger al príncipe Carlos es mucho mayor que el de proteger a Rushdie, y él nunca ha escrito nada interesante». Cuando volvió a Londres, se encontró con que el *Daily Mail* lo acusaba de algo parecido a traición por haber osado bromear a costa del heredero al trono. «Está abusando de la libertad que nosotros le pagamos», afirmó la columnista Mary Kenny. Al cabo de cinco días *Hijos de la medianoche* fue declarado «Booker of Bookers», el mejor libro que había ganado ese premio en sus primeros veinticinco años de existencia. Apenas dispuso de un día para disfrutar del honor antes de que el péndulo oscilara y una espantosa calamidad lo azotara de nuevo.

William Nygaard, la mañana después de su regreso a Oslo procedente de la Feria del Libro de Frankfurt, se disponía a marcharse a trabajar cuando de pronto vio que su coche tenía un neumático trasero deshinchado. No sabía que el neumático lo había rajado un pistolero oculto entre los arbustos detrás del coche. El pistolero había previsto que William se encaminase hacia él para abrir el maletero y sacar la rueda de recambio, y una vez ahí, sería un blanco fácil. Pero William dirigía una gran editorial y no tenía intención de cambiar la rueda él mismo. Sacó su móvil y llamó a un servicio de asistencia automovilística. Eso planteó un problema al pistolero: ¿debía salir de su escondite y dejarse ver a fin de disponer de una buena posición de tiro contra su víctima, o debía disparar desde donde estaba, pese a que William no se encontraba donde él quería? Decidió disparar. William recibió tres impactos y cayó al suelo. Un grupo de niños de trece años vio echar a correr a un hombre «de piel oscura y estropeada», pero el pistolero no fue capturado.

Si William no hubiese sido un hombre atlético, casi con toda seguridad habría muerto. Pero el ex campeón de esquí se había mantenido en forma, y

eso le salvó la vida. Lo más extraordinario fue que, en cuanto William salió de la unidad de cuidados intensivos, los médicos anunciaron que se recuperaría plenamente. Las trayectorias de las balas a través de su cuerpo, explicaron, eran los únicos tres caminos que podían seguir las balas sin matarlo ni dejarlo paralítico. William Nygaard, un gran editor, era también un hombre afortunado.

Cuando él se enteró del atentado contra William, supo que su amigo había recibido las balas dirigidas a él. Recordó el orgullo de William el día de la fiesta en el jardín de Aschehoug el año anterior. William lo había guiado, apoyando la mano en su hombro, entre la concurrencia sorprendida, presentándolo a tal novelista, tal cantante de ópera, tal magnate de los negocios, tal personaje de la política. *Un gesto de libertad*, había dicho William, y ahora yacía a las puertas de la muerte debido a eso. Pero, gracias a su reticencia a cambiar él mismo la rueda pinchada, y luego al milagro de las trayectorias, sobrevivió. Llegó el día en que el editor herido estaba lo bastante recuperado para hablar con él brevemente por teléfono. Su colega Halfdan Freihow de Aschehoug telefoneó a Carmel para decirle que William estaba impaciente por hablar con Salman, y si podía él llamarlo al hospital. *Sí, por supuesto*. Atendió el teléfono un enfermero y le advirtió que William tenía la voz muy débil. Luego lo pasaron con William, y a pesar de la advertencia lo sorprendió oír lo débil que parecía; respiraba con dificultad, le fallaba el inglés, por lo general impecable, y la aflicción asomaba a cada sílaba.

Al principio ni siquiera se dio cuenta de que le habían disparado, permaneció consciente hasta la llegada de la policía y les dio el número de teléfono de su hijo. «Me puse a gritar como un poseso -contó- y rodé cuesta abajo, y fue eso lo que me salvó, creo, porque allí ya no se me veía.» Tendría que permanecer ingresado en el hospital mucho tiempo, pero, dijo entre resuellos, sí, la recuperación total era posible. «No me alcanzaron en ningún órgano.» Luego añadió: «Solo quiero que sepas que estoy muy orgulloso de ser el editor de *Los versos satánicos*, de formar parte del Caso. Quizá ahora tenga que vivir algo parecido a lo tuyo, a no ser que atrapen a ese hombre». *Lo siento mucho, William, debo decirte que me siento responsable de esto*... William interrumpió la disculpa y, débilmente, dijo: «No digas eso. No está bien que digas eso». *Pero cómo no voy a sentirme*... «Mira, Salman, soy una persona adulta, y cuando accedí a publicar *Los versos satánicos*, comprendí los riesgos implícitos y los acepté. La culpa no es tuya. El responsable es el hombre que disparó el arma.» *Sí, pero yo*... «Otra cosa -atajó William-, acabo de ordenar una gran reimpresión.» Elegancia bajo presión, así lo llamaba Hemingway. La verdadera valentía aliada a los principios más elevados. Una fusión que una bala no podía destruir. Y las balas habían sido grandes y malévolas: del 44, expansivas, concebidas para matar.

La prensa escandinava puso el grito en el cielo por el atentado contra Nygaard. La asociación de editores noruegos exigió saber cuál sería la respuesta del gobierno a Irán. Y un ex embajador iraní que había desertado y

se había pasado al grupo opositor Muyahidin Jalq o PMOI (los «Muyahidines del Pueblo de Irán») anunció que había comunicado a la policía noruega cuatro meses antes que se planeaba una acción contra William.

Los gobiernos nórdicos se indignaron, pero el atentado había asustado a la gente. El Ministerio de Cultura holandés tenía previsto invitarlo a Amsterdam, pero ahora se echó atrás; lo mismo ocurrió con la compañía aérea holandesa KLM. El Consejo de Europa, que había accedido a celebrar un encuentro meses antes, lo suspendió. Gabi Gleichmann, que dirigía la «campaña Rushdie» en Suecia -pese a que Carmel y él estaban en desacuerdo continuamente-, recibía ahora protección policial. En Gran Bretaña, continuaron los ataques *ad hominem*. Un artículo del *Evening Standard* lo calificó de «presuntuoso» y «loco», lo denostó por buscar tanta atención y dijo burlonamente que no se la merecía por su deplorable comportamiento. La emisora de radio LBC de Londres llevaba a cabo una encuesta para preguntar al pueblo británico «si debemos seguir apoyando a Rushdie», y en *The Telegraph* apareció una entrevista a Marianne Wiggins en la que su ex marido recibía los apelativos de «quejica, necio, cobarde, vanidoso, ridículo y moralmente ambiguo». Clive Bradley, de la Asociación de Editores Británicos, declaró que Trevor Glover, de Penguin en el Reino Unido, impedía la publicación de una declaración sobre William. Él telefoneó a Glover, quien al principio negó haberlo hecho, pensó que era «solo una conversación informal», pero, «Por Dios, ahora estamos un poco más nerviosos, y ¿conviene que montemos un alboroto público?», y por fin accedió a telefonear a Bradley para levantar el veto de Penguin.

Recibió una carta amenazadora, la primera desde hacía mucho tiempo, advirtiéndole que su «hora se acercaba» porque «Alá lo veía todo». La carta la firmaba D. Ali del «Partido Socialista Obrero y la Liga Antirracista de Manchester». Sus miembros vigilaban todos los aeropuertos, decía, y tenían hombres en todos los barrios -«Liverpool, Bradford, Hampstead, Kensington»-, y como la oscuridad del invierno era «más propicia para hacer su trabajo», él pronto «volvería a Irán».

Durante una velada en el apartamento de Isabel Fonseca con Martin Amis, James Fenton y Darryl Pinckney, Martin lo deprimió contándole que George Steiner opinaba que él «se había propuesto causar muchos problemas», y el padre de Martin, Kingsley Amis, había dicho que «si se había propuesto causar problemas, no debía quejarse cuando le llegaban», y Al Alvarez había afirmado que él, Rushdie, «lo había hecho porque quería ser el escritor más famoso del mundo». Y según Germaine Greer era un «megalómano», y John le Carré lo había tildado de «botarate». Y la ex madrastra de Martin, Elizabeth Jane Howard, y Sybille Bedford pensaban que lo había «hecho para ganar dinero». Sus amigos ridiculizaron esas afirmaciones, pero al final de la velada se sintió muy disgustado y solo el amor de Elizabeth le devolvió el ánimo. Quizá debían casarse, escribió en su diario. ¿Quién podía amarlo más, ser más valiente, más dulce o dar más de sí misma? Ella se había entregado a él, y no

merecía menos a cambio. En casa, cuando celebraban su primer año en el número 9 de Bishop's Avenue, disfrutaron de una velada de amor y él se sintió mejor.

En sus estados de ánimo beckettianos, encorvado en su despacho revestido de madera, era un hombre perdido en un vacío burlón: Didi y Gogo a la vez, entregados a sus juegos contra la desesperación. No, él era su antítesis; ellos esperaban a Godot, en tanto que él esperaba algo que tenía la esperanza de que nunca llegase. Casi a diario había momentos en que dejaba que se le hundieran los hombros y luego se obligaba a enderezarse. Comía demasiado, dejó de fumar, resollaba, se peleaba con el aire vacío, frotándose las sienes con los puños, y pensando en todo momento, como si sus pensamientos fueran fuego, como si al pensar ese fuego pudiera consumir todos sus males. Casi todos los días eran así: una batalla contra la desesperanza, a menudo perdida, pero nunca perdida definitivamente. «Dentro de nosotros -había escrito José Saramago- hay algo que no tiene nombre. Ese algo es lo que somos.» El algo que no tenía nombre y estaba dentro de él al final siempre acudía en su rescate. Apretaba los dientes, cabeceaba para aclararse las ideas y se conminaba a seguir adelante.

William Nygaard volvió a dar unos primeros pasos. Halfdan Freihow dijo que William había decidido mudarse a otra casa por el «peligro de los arbustos», lo que le impediría «mear en plena noche en el jardín». Le estaban buscando un edificio de apartamentos de alta seguridad donde vivir. No habían encontrado al sicario. William no tenía «dónde descargar su ira». Pero estaba recuperándose. El editor danés de la novela, Johannes Riis, informó de que en Dinamarca las cosas estaban tranquilas, y él tenía «la ventaja de una esposa tranquila». Veía el peligro como algo comparable a cruzar una calle, dijo, y para su autor, al oírlo, esa muestra de verdadero valor fue una lección de humildad. «Me enfurece -añadió Johannes- que semejante aberración siga formando parte del entorno en que vivimos.»

En el primer encuentro del llamado «Parlamento Internacional de Escritores» en Estrasburgo, él planteó sus dudas acerca del nombre, porque los integrantes no eran miembros electos, pero los franceses se encogieron de hombros y explicaron que en Francia *un parlement* solo era un lugar donde la gente conversaba. Él insistió en que la declaración que redactaban contra el terrorismo islámico debía incluir referencias no solo a él, sino también a Tahar Djaout, Farag Fouda, Aziz Nesin, Ugur Mumcu y la recientemente asediada escritora bangladesí Taslima Nasrin. Susan Sontag entró majestuosamente, lo abrazó y habló con pasión en un francés fluido, describiéndolo como *un grand écrivain* que representaba la crucial cultura secularizada que los extremistas musulmanes deseaban eliminar. La alcaldesa de Estrasburgo, Catherine Trautmann, quiso obsequiarle la libertad de la ciudad. Catherine Lalumière del Consejo de Europa prometió que dicho organismo defendería su causa. Esa noche se organizó una fiesta para los

escritores visitantes, y lo abordó una iraní delirantemente apasionada, «Hélène Kafi», que lo reprendió por no hacer causa común con los Muyahidin Jalq. «No estoy siendo agresiva, Salman Rushdie, pero *je suis un peu deçu de vous*; debería usted saber quiénes son sus verdaderos amigos.» Al día siguiente la mujer declaró a los medios que ella, y a través de ella el PMOI, se había unido a la «comisión Rushdie» de Francia y esa era la causa de las granadas lanzadas a la embajada francesa y las oficinas de Air France en Teherán. (En realidad, la causa fue la decisión de Francia de dar asilo político a Maryam Rajavi, líder del PMOI, y no tuvo nada que ver con el caso Rushdie.)

Se sentó en un pequeño sofá rojo con Toni Morrison, que acababa de recibir el premio Nobel, y con Sontag, que exclamó «¡Dios mío! ¡Estoy sentada entre los dos escritores más famosos del mundo!», tras lo cual tanto él como Toni le aseguraron que seguramente su turno en Estocolmo no tardaría en llegar. Susan le preguntó qué estaba escribiendo: acababa de poner el dedo en la llaga. Para dirigir la campaña contra la fetua, casi había dejado de ser un escritor en activo. Ese era el efecto aplastante de meterse en política. De un tiempo a esa parte solo tenía en la cabeza compañías aéreas y ministros y queso feta y sus pensamientos se habían apartado de los gratos recovecos de la mente donde se agazapaba la ficción. Su novela se había estancado. ¿Era en realidad esa campaña, que según la gente resultaba tan eficaz, una manera de rebajarlo a los ojos del mundo y a los suyos propios? ¿Estaba en realidad contribuyendo a convertirse en esa simple caricatura bidimensional y plana en el centro del caso Rushdie y renunciando al arte? Había pasado de *Salman* a *Rushdie* y luego a *Joseph Anton*, y ahora, quizá, estaba convirtiéndose en nadie. Formaba parte de un grupo de presión que presionaba por conseguir un espacio vacío que ya no contenía a un hombre.

«He jurado que el año próximo me quedaré en casa y escribiré», le contestó a Susan.

Para llegar a la cumbre -una entrevista con el presidente- había que acercarse desde varias direcciones a la vez. Habían llevado a cabo dicho acercamiento al monte Clinton él personalmente, el Comité de Defensa Rushdie y Artículo 19, el embajador británico en Washington en nombre del gobierno británico y el Centro PEN estadounidense. Aryeh Neier de Human Rights Watch, Nick Veliotes de la Asociación de Editores Norteamericanos y Scott Armstrong del Foro de la Libertad se encontraban entre quienes presionaban para que se celebrara esa entrevista. Además, Christopher Hitchens había estado apremiando a sus contactos en la Casa Blanca para que la entrevista se llevara a cabo. Christopher no era un admirador de Bill Clinton, pero mantenía una relación cordial con George Stephanopoulos, asesor y estrecho colaborador del presidente, y habló con él varias veces. Por lo visto, los consejeros de Clinton se hallaban divididos entre aquellos que le decían que la fetua no era asunto de Estados Unidos y aquellos que, como Stephanopoulos, querían que él hiciera lo correcto.

Dos días después de su regreso a Londres, se encendió «la luz verde de Washington». Al principio se dijo a Nick Veliotes que el presidente no asistiría a la reunión. Se celebraría con el consejero de seguridad nacional Anthony Lake, y el vicepresidente Gore «se dejaría caer». En la embajada norteamericana en Grosvenor Square, su persona de contacto, Larry Robinson, confirmó que tendría lugar una reunión con Lake y Gore. Le ofrecerían «protección puerta a puerta», o lo que era lo mismo, desde el avión hasta el Massachusetts Institute of Technology (donde iba a celebrarse un acto en su honor: Alan Lightman, autor de *Sueños de Einstein*, que daba clases en el MIT, lo había llamado para ofrecerle el título de profesor honorario), desde el MIT hasta Washington y durante su estancia en Washington hasta que abandonara el país. Al cabo de dos días se dijo a Frances que Gore estaría en Extremo Oriente y quizá Lake no estuviera disponible, así que la entrevista sería con el secretario de Estado Warren Christopher y el «número dos» de Lake. La entrevista con Warren Christopher se desarrollaría en el Salón del Tratado, en presencia de fotógrafos. Habló con Christopher Hitchens, que temía que todo eso se debiera a que Clinton pretendía «escurrir el bulto». Esa noche el panorama volvió a cambiar. La entrevista sería con Anthony Lake y Warren Christopher y el subsecretario de Estado para la democracia, los derechos humanos y el trabajo, John Shattuck. La asistencia del presidente «no estaba confirmada». Sería la víspera del día de Acción de Gracias, y el presidente estaría muy ocupado. Tenía que indultar a un pavo. Quizá no tuviera tiempo para ayudar también a un novelista.

En el JFK lo esperaban ocho coches en lugar del convoy más discreto de tres que le habían prometido. El agente al frente de la operación, Jim Tandy, era una notable mejora respecto al teniente Bob: un hombre alto y delgado, con bigote, ojos separados y expresión seria, que hablaba con delicadeza y era muy servicial. Primero lo llevaron al apartamento de Andrew, donde la policía armó gran revuelo por su llegada, hasta el punto de impedir a los otros vecinos del edificio utilizar los ascensores. Eso sí le granjearía una gran popularidad, pensó. Supuestamente era un diplomático paquistaní llamado doctor Ren, pero nadie se dejó engañar.

En el apartamento de Andrew lo esperaban unos amigos para recibirlo. Norman Mailer le deseó suerte, y Norris Mailer dijo: «Si ves a Bill, dale recuerdos de mi parte». En su juventud había trabajado en la campaña de Clinton cuando este se presentó al cargo de gobernador de Arkansas. «Llegué a conocerlo muy bien», dijo ella. De acuerdo, contestó él a Norris cortésmente, se lo mencionaré. «No -dijo ella, apoyando su elegante mano en el brazo de él como Margaret Thatcher en su momento más tocón-. No lo entiendes. Quiero decir que llegué a conocerlo *muy bien*.» Ah, ya. Sí, Norris. En ese caso, desde luego que le daré recuerdos de tu parte.

Allí encontró a Paul Auster y Siri Hustvedt, que se mostraron muy afectuosos; fue el principio de lo que se convertiría en una de sus más íntimas amistades. También estaba Don DeLillo. Trabajaba en un «libro enorme y en

expansión descontrolada», dijo. Se titularía *Submundo*. «Algo sé yo de submundos», contestó él. Paul y Don querían producir un panfleto con un texto sobre la fetua que se insertase en todos los libros vendidos en Estados Unidos el 14 de febrero de 1994, pero les habían dicho que eso costaría más de veinte mil dólares y que era poco realista. Llegó Peter Carey y, con su habitual y cáustico humor, saludó: «Hola, Salman, tienes un aspecto de mierda». Susan Sontag, que había accedido a ser su «testaferro» en el MIT, esperaba con ilusión su pequeño complot. David Rieff estaba muy triste por Bosnia. Annie Leibovitz habló un poco sobre sus fotografías de Bosnia, pero parecía curiosamente reacia a adquirir protagonismo en presencia de Susan. Llegaron Sonny y Gita Mehta, y a ella se la veía enferma y consumida. Dijeron que ya estaba bien, recuperándose del cáncer, y él esperó que fuera verdad. Y de pronto Andrew dijo: «Dios mío, nos hemos olvidado de invitar a Edward Said». Eso estuvo francamente mal. Sin duda Edward se molestaría.

Elizabeth y él se quedaron a dormir en el apartamento de Andrew, y cuando despertaron se encontraron con una fila de limusinas negras aparcadas en la calle, además de una gran furgoneta azul nada discreta con el rótulo BRIGADA DE ARTIFICIEROS. Tuvo lugar a continuación el viaje por carretera a Concord, Massachusetts, donde serían invitados de Alan y Jean Lightman. Alan los llevó a dar un paseo por el estanque de Walden, y cuando llegaron a los restos de la choza de Thoreau, él dijo a Alan que, si alguna vez escribía acerca de ese viaje, titularía el texto «De la Cabaña de Madera a la Casa Blanca». La choza se hallaba decepcionantemente cerca del pueblo, y Thoreau podría haber ido fácilmente a tomarse una cerveza si hubiese querido. No era precisamente un refugio en la naturaleza.

A la mañana siguiente lo llevaron a un hotel de Boston, y Jean Lightman acompañó a Elizabeth a visitar la ciudad. Andrew y él, pegados al teléfono, se dedicaron a averiguar qué avances se habían hecho y podían hacerse. Se puso de manifiesto que Frances y Carmel estaban en mala sintonía con Scott Armstrong, pese a que Christopher Hitchens salió en defensa de este. En la Casa Blanca, añadió Hitch, Stephanopoulos y Shattuck estaban de su lado e intentaban influir en el presidente, pero no había nada definitivo que comunicar. Un funcionario estadounidense, Tom Robertson, telefoneó para anunciar que la entrevista se retrasaba media hora, pasando de las once y media a las doce del mediodía. ¿Qué significaba eso? ¿Significaba algo? Scott y Hitch dijeron más tarde que el cambio se produjo justo después de ir George Stephanopoulos y otros a ver a la persona encargada de la agenda del presidente... así que... quizá. Cruzaron los dedos.

Por la tarde Andrew Wylie lo llevó a ver la casa de su infancia. La nueva propietaria, una cincuentona de amplia sonrisa llamada Nancy, miró el convoy y dijo: «¿Quién es toda esa gente que hay ahí fuera?». Y luego añadió «Ah», y le preguntó si él era quien parecía ser. Primero él contestó «Desafortunadamente, no», y ella replicó: «Querrá decir “afortunadamente”. El pobre hombre no lleva una vida muy agradable, ¿no?». Pero ella tenía

todos sus libros, así que él reconoció la verdad, y ella, entusiasmada, le pidió que se los firmara. Al ver la casa, Andrew evocó viejos recuerdos, ya que la mayor parte de ella, incluso el papel pintado del piso de arriba, no había cambiado desde hacía treinta años, y las letras *AW* seguían grabadas en la madera de las estanterías de la biblioteca, y en la jamba de una puerta se conservaba aún la marca de la estatura -un metro- y el nombre del pequeño Andrew Wylie.

Cenaron en el MIT, siendo el anfitrión un rector espectacularmente bizco, y llegó la hora del Acto. Él nunca había recibido un título honorario, así que estaba un poco abrumado por el nombramiento. Al MIT no le gustaba conceder doctorados honorarios, le dijeron, y solo una vez en su historia había otorgado el título de profesor honorario a una persona. Esa persona era Winston Churchill. «Una compañía muy elevada para un simple escribiente, Rushdie», se dijo. El Acto se presentó como una velada con Susan Sontag, pero cuando Susan se puso en pie para hablar, le dijo al público que estaba allí solo para presentar a otro escritor cuyo nombre no podía anunciarse con antelación. A continuación habló de él con afecto y describió su obra con un lenguaje que para él significó más que el título de profesor honorario. Finalmente él entró en el auditorio por una pequeña puerta del fondo. Habló brevemente y luego leyó fragmentos de *Hijos de la medianoche* y el relato de «Colón e Isabel». Después a Elizabeth y él los sacaron de allí y viajaron a Washington en un vuelo nocturno. Llegaron un tanto agotados al apartamento de Hitchens pasadas las doce de la noche. Él conoció a la hija de Hitch y Carol, Laura Antonia, y le pidieron que fuera un «padrino sin religión». Él aceptó de inmediato. Con él y Martin Amis como mentores irreligiosos, la niña tenía pocas posibilidades. A él le dolía la garganta y se había hecho un corte en la lengua con un diente desportillado. Lo último que se sabía de Clinton no iba más allá de un «quizá». Hitch confesó que detestaba a Carmel, diciendo que estaba complicándolo todo con sus torpezas. Era hora de acostarse y por la mañana ya se arreglarían las cosas.

La mañana trajo una pelea entre amigos. Scott Armstrong pasó por allí para informar de que la Casa Blanca había decidido dejar a Clinton y Gore fuera de la reunión. Le habían dicho: «Ha sido un buen intento, pero no puede ser». Carmel había iniciado una campaña telefónica con la participación de Aryeh Neier y otros y había sido «contraproducente». Cuando llegaron Frances y Carmel, se desbordó la tensión y unos y otros empezaron a gritarse en una sucesión de acusaciones y contraacusaciones, y Frances afirmó que era Scott quien lo había echado todo a perder. Finalmente él tuvo que imponer una tregua. «Estamos aquí para conseguir algo y necesito vuestra ayuda.» Scott organizó la rueda de prensa posterior a la entrevista en la Casa Blanca, que se celebraría en el Club de Prensa Nacional, así que al menos ese objetivo se había cumplido. Después la disputa estalló de nuevo. ¿Quién lo acompañaría a la Casa Blanca? Solo se le permitía ir con dos personas. Volvió a subir el

volumen de las voces, los ánimos estaban exaltados. *Yo telefoneé a fulano. Yo hice tal cosa o tal otra*. Andrew se apresuró a retirarse de la competición, y Christopher dijo que no había ninguna razón para que él fuera el elegido, pero las ONG siguieron enzarzadas en su combate.

Una vez más fue él quien puso fin a la disputa. «Me acompañará Elizabeth -anunció-, y me gustaría que viniera también Frances.» Rostros sombríos y malhumorados se retiraron a los rincones del apartamento de Christopher o más allá. Pero la pelea había terminado.

El convoy los esperaba para llevarlos al 1600 de Pennsylvania Avenue. En cuanto se hallaron en el interior del coche asignado, los tres sucumbieron a un arranque de risa nerviosa. Se preguntaron si, al final, las obligaciones de Clinton para con el Pavo Tom le impedirían asistir a la entrevista, y si era así, cuáles serían los titulares al día siguiente. «Clinton indulta al pavo -improvisó él-. Rushdie acaba frito.» ¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja! De pronto estaban ante la «entrada de diplomáticos», la puerta lateral, y les franquearon el paso. En último extremo la política mundial, ese gran juego sucio, se canalizaba inevitablemente a través de esa mansión blanca, más bien pequeña, en la que un hombre alto y rubicundo en un despacho oval decidía sí o no por más que sus asesores lo ensordecieran con sus balbuceantes «quizá».

A las doce del mediodía los llevaron por una estrecha escalera hasta el despacho, más bien pequeño, de Anthony Lake, pasando ante un puñado de asesores risueños y emocionados. Él dijo al asesor de seguridad nacional que lo emocionaba estar por fin en la Casa Blanca, y Lake, radiante, contestó: «Pues espere, porque la cosa va a ponerse aún un poco más emocionante». ¡El presidente de Estados Unidos había accedido a recibirlo! A las 12.15 se acercarían a pie al Viejo Edificio del Ejecutivo y allí encontrarían al señor Clinton. Frances empezó a hablar atropelladamente y convenció a Lake de que ella debía acompañarlos. Así que la pobre Elizabeth tuvo que quedarse. Había muchos libros en espera de un autógrafo en la antesala del despacho de Lake, y mientras él los firmaba, llegó Warren Christopher. Dejamos a Elizabeth para que entretuviera al secretario de Estado mientras Lake y él iban a su encuentro con el presidente. «Esto debería haber sucedido hace años», dijo Lake. Descubrieron a Clinton en un pasillo bajo una cúpula anaranjada, acompañado de George Stephanopoulos, muy sonriente, y dos asesoras, al parecer también encantadas. Bill Clinton era incluso más alto y rubicundo de lo que él imaginaba, y además muy afable, pero fue derecho al grano. «¿Qué puedo hacer por usted?», quiso saber el presidente de Estados Unidos. Todo un año de campaña en el ámbito político lo había preparado para contestar a esa pregunta. *Cuando eres el Suplicante, debes saber siempre qué quieres obtener de la reunión*, había aprendido, *y pedir siempre algo que esté al alcance del otro*.

«Señor presidente -dijo-, cuando salga de la Casa Blanca tengo que ir al Club de Prensa, y allí habrá muchos periodistas deseosos de averiguar qué ha dicho usted. Me gustaría poder decirles que Estados Unidos se suma a la

campaña contra la fetua iraní y da apoyo a las voces progresistas de todo el mundo.» Clinton asintió y sonrió. «Sí, puede decirlo -respondió-, porque es la verdad.» *Fin de la reunión*, pensó el Suplicante con un pequeño acorde triunfal en el corazón. «Tenemos amigos comunes -añadió el presidente-. Bill Styron, Norman Mailer. Han estado persiguiéndome en su nombre. La mujer de Norman, Norris, ya sabe, colaboró en mi primera campaña política. Llegué a conocerla muy bien.»

El Suplicante agradeció al presidente la reunión y afirmó que poseía un enorme valor simbólico. «Sí -dijo Clinton-. El mensaje debería llegar a todo el mundo. La intención es que esto sea una demostración del apoyo estadounidense a la libertad de expresión y de nuestro deseo de que se difundan por todo el mundo los derechos que aquí garantiza la Primera Enmienda.» No hubo fotografía. Eso habría sido una demostración excesiva. Pero la entrevista se había celebrado. Eso era un hecho.

Cuando volvían al despacho de Anthony Lake, él advirtió que Frances D'Souza tenía una sonrisa amplísima y embobada. «Frances -dijo él-, ¿a qué se debe esa sonrisa amplísima y embobada?» Ella respondió con voz distante y abstraída. «¿No crees -preguntó lánguidamente- que al darme la mano ha tardado un poco más de la cuenta en soltármela?»

Cuando regresaron, Warren Christopher se había enamorado claramente de Elizabeth. Christopher y Lake coincidieron de inmediato en que la fetua era «un asunto de máxima prioridad en la agenda de Estados Unidos respecto a Irán». Su deseo de aislar a Irán era cuando menos equiparable al de él. También ellos eran partidarios de congelar el crédito y dirigían sus esfuerzos en esa línea. La reunión se prolongó durante una hora y después, de regreso al apartamento de Hitchens, todos los Suplicantes sentían el vértigo del éxito. Christopher dijo que Stephanopoulos, que había presionado para que se celebrara el encuentro con Clinton, estaba también eufórico. Había telefoneado a Hitch nada más concluirse. «El águila se ha posado en tierra», declaró.

La rueda de prensa -setenta periodistas la víspera de Acción de Gracias, superando las pobres expectativas de Scott Armstrong- transcurrió bien. Martin Walker de *The Guardian*, amigo de Hitch, dijo: «Bien hecho». A eso siguió la retribución: una entrevista en exclusiva con David Frost, que parecía el hombre más feliz del mundo, y cuando terminaron Frost se pasó una «eternidad» diciendo «estupendo» y «apasionante» y «querido» y «maravilloso», y que «por supuesto» quería tomarse una «copita» con él en Londres antes de Navidad.

Jim Tandy, el jefe del destacamento de seguridad, introdujo una nota chirriante. Un «sospechoso de Oriente Próximo» había estado merodeando cerca del edificio. Había hecho una llamada y luego se había marchado en un coche con otros tres hombres. Tandy preguntó: «¿Quiere quedarse o debemos trasladarlo a otro sitio?». Él respondió «Quiero quedarme», pero la decisión final correspondía a Christopher y Carol. «Que se quede», dijeron.

El embajador británico ofreció una recepción para ellos. Los recibió en la puerta de la embajada una tal Amanda, de voz melodiosa, que les dijo que era el único edificio de Lutyens en Estados Unidos y añadió: «Aunque, claro, con todos los que construyó en Nueva Delhi... ¿Ha estado alguna vez en la India?». Él lo dejó correr. Los Renwick fueron unos anfitriones de lo más gentiles. La mujer francesa de sir Robin, Annie, se enamoró al instante de Elizabeth, que estaba haciendo muchas conquistas en Washington. «Es tan cálida, tan directa, tan serena; uno tiene la sensación de que la conoce desde hace años. Es una persona muy especial.» Asistió Sonny Mehta, y dijo que Gita se encontraba bien. También Kay Graham, y casi no dijo nada.

Pasaron el día de Acción de Gracias con los Hitchens, infinitamente hospitalarios. Los directores de documentales y periodistas ingleses Andrew y Leslie Cockburn acudieron con su listísima hija de nueve años Olivia, que explicó con gran precisión por qué le gustaba *Harún y el Mar de las Historias*; de mayor sería la actriz Olivia Wilde. Había allí un adolescente pelirrojo -mucho más callado que Olivia pese a aventajarla en varios años-, que dijo que antes quería ser escritor pero ya no, porque «fíjese en lo que le ha pasado a usted».

La entrevista con Clinton fue noticia de primera plana en todos los periódicos, y la información fue positiva casi de manera unánime. La prensa británica pareció quitar importancia a la entrevista, pero las previsibles reacciones fundamentalistas hicieron correr ríos de tinta. Eso también era previsible.

Después de Acción de Gracias, Clinton pareció flaquear. «Solo me reuní con él un par de minutos -declaró-. Algunos de mis asesores se oponían. Espero que la gente no lo malinterprete. No pretendía ofender a nadie. Solo quería defender la libertad de expresión. Creo que hice lo que debía.» Y demás, de una manera bastante inconsistente. No era ese el tono propio del Líder del Mundo Libre tomando postura contra el terrorismo. *The New York Times* opinó lo mismo y publicó un editorial titulado «Absténgase del parloteo, por favor», alentando al presidente a reafirmarse en su buena acción sin sentir la necesidad de pedir disculpas; a tener la valentía de sus convicciones (¿o tal vez las de George Stephanopoulos y Anthony Lake?). En el programa de debate *Crossfire*, Christopher Hitchens se enfrentó a un vocinglero musulmán y a Pat Buchanan, que dijo que Rushdie era «un pornógrafo» cuya obra era «inmunda» y criticó al presidente por reunirse con semejante individuo. Ver el programa fue deprimente. Telefoneó a Hitch esa noche, ya tarde, y este le dijo que, en opinión del presentador, Michael Kinsley, la oposición había «recibido un varapalo», que el «primer plano informativo» del asunto era favorable y que Clinton «mantenía su postura», pese a que de fondo se libraba una batalla entre el tándem Lake-Stephanopoulos y los asesores preocupados por la seguridad. Christopher también tuvo unas palabras sensatas para él. «El hecho es que nunca recibirás algo a cambio de nada. Cada vez que te anotes

un tanto, de nuevo sacarán a relucir y esgrimirán los antiguos argumentos contra ti. Pero eso también significa que volverán a rebatirse, y detecto una creciente reticencia entre tus enemigos a salir y jugar. O sea, el *Times* no te habría dedicado un editorial si no hubiese habido "parloteo", y el efecto general de eso es revigorizar a tus defensores. Mientras tanto, ya tienes la declaración de Clinton y la entrevista con Christopher y Lake, y eso no te lo quita nadie, así que *ánimo*.»

Christopher se había convertido rápidamente -junto con Andrew- en su amigo y aliado más abnegado en Estados Unidos. Pocos días después telefoneó para decir que John Shattuck, del Departamento de Estado, había propuesto crear un grupo informal formado por él mismo, Hitch, Scott Armstrong del Foro de la Libertad, y tal vez Andrew Wylie, para «impulsar» la respuesta norteamericana. Hitch había hablado con Stephanopoulos en una recepción, delante de otra gente, y George había afirmado rotundamente: «La primera declaración es a la que nos atenemos; espero que usted no piense que hemos intentado retractarnos de nada». Al cabo de una semana envió un fax -¡ay, aquellos lejanos tiempos de los faxes!- sobre una reunión «increíblemente» provechosa con el nuevo responsable de contraterrorismo, el embajador Robert Gelbard, que estaba planteando el caso en varios foros del G7 pero se topaba con «reticencias» de los japoneses y, cómo no, los británicos. Gelbard prometió exponer el conflicto con las compañías aéreas ante la Administración Federal de Aviación, cuyo nuevo jefe de seguridad, el almirante Flynn, era «amigo». Además, contó Christopher, Clinton había comentado a alguien que le habría gustado pasar más tiempo con el autor de *Los versos satánicos*, pero Rushdie tenía «mucha prisa». Eso era curioso, y demostraba, a juicio de Hitch, que el presidente se alegraba de que se hubiese celebrado la entrevista. Tony Lake decía a la gente que, para él, la entrevista había sido uno de los puntos culminantes del año. La ayuda de Scott Armstrong era también inestimable, afirmó Hitch. Ninguno de los dos tenía muy buena opinión de Frances y Carmel, lo cual era preocupante. Y eso, casi de inmediato, precipitó una crisis.

En *The Guardian* apareció un artículo sobre la aventura de Washington y en él Scott Armstrong y Christopher Hitchens manifestaban sus dudas sobre la utilidad de Frances y Carmel para la causa. «Has minado gravemente a Artículo 19 en Estados Unidos -reprochó Frances por teléfono con un tono en extremo iracundo y moralista-. Armstrong y Hitchens jamás habrían hablado así sin tu aprobación tácita.» Él intentó decirle que ni siquiera sabía que iba a publicarse ese artículo, pero ella contestó: «Estoy segura de que tú estás detrás de todo esto». Añadió que, como consecuencia de esa actitud suya, posiblemente la Fundación MacArthur retirara una financiación esencial para Artículo 19. Él respiró hondo, escribió una carta a *The Guardian* en defensa de Frances y Carmel y telefoneó a Rick MacArthur confidencialmente. MacArthur dijo, con razón, que él cubría la mitad del presupuesto de Frances. La fundación seguía la política de inducir a las organizaciones a «diversificar

su base de financiación» y eso implicaba hacerse muy visibles en Estados Unidos. Era culpa de Frances, dijo, no haber conseguido poner de relieve el papel preponderante de Artículo 19 en «el caso de derechos humanos más importante del mundo». Siguió hablando con Rick hasta que este le prometió que de momento no habría recortes.

Cuando colgó el auricular, estaba furioso consigo mismo. Él acababa de llevar a Frances a la Casa Blanca, y había elogiado la labor de Artículo 19 en todas las ruedas de prensa posteriores, así que ahora se sentía injustamente acusado. El fax enviado a continuación por Carmel Bedford -«A menos que consigamos reparar los daños que nos ha causado esa gente movida por su propio interés, ¿tiene sentido que continuemos?»- empeoró las cosas. Él respondió a Frances y Carmel, también vía fax, explicando lo que pensaba de sus acusaciones y por qué. No mencionó su llamada confidencial a Rick MacArthur, ni el resultado. Al cabo de unos días Carmel cambió de tono y le envió faxes apaciguadores, pero de Frances no supo nada. Malhumorada, cavilaba como Aquiles en su tienda. Las acusaciones de ella seguían pesándole.

Carmen Balcells, la legendaria y todopoderosa agente literaria española, telefoneó a Andrew Wylie desde Barcelona para comunicarle que el gran Gabriel García Márquez estaba escribiendo una «novelización basada en la vida del señor Rushdie». «La escribiría íntegramente el escritor, que es un autor muy conocido», añadió. Él no supo qué contestar. ¿Debía sentirse halagado? Porque no lo estaba. ¿Ahora iba a convertirse en la «novelización» de otra persona? Si se hubiesen invertido los papeles, él no se habría arrogado el derecho a interponerse entre otro escritor y la historia de su propia vida. Pero quizá su vida había pasado a ser propiedad de todo el mundo, y si trataba de impedir la aparición del libro, se imaginaba ya los titulares: RUSHDIE CENSURA A MÁRQUEZ. ¿Y qué quería decir «novelización»? Si García Márquez quería escribir sobre un autor latinoamericano que se había enemistado con los fanáticos religiosos cristianos, él no tenía inconveniente. Pero si Márquez se proponía entrar en su cabeza, él lo viviría como una invasión. Le pidió a Andrew que expresara sus inquietudes y siguió un largo silencio de Balcells. Finalmente llegó un mensaje para comunicar que el libro de Márquez no trataba sobre el señor Rushdie. ¿A qué había venido, pues, ese extraño episodio?, se preguntó él.

Gabriel García Márquez nunca publicó una «novelización» ni nada que se pareciera a lo que Carmen Balcells había planteado. Pero la llamada de Balcells había hurgado en la herida que él mismo se había infligido. Tal vez García Márquez hubiera querido, o tal vez no, escribir una obra de ficción o no ficción sobre él; pero él personalmente no había escrito una sola palabra de ficción desde hacía un año..., no, mucho más de un año. La escritura siempre había ocupado el centro de su vida, y ahora todo aquello situado en los márgenes había invadido el espacio que él siempre había reservado a su obra.

Grabó una introducción para un documental televisivo sobre Tahar Djaout. Le ofrecieron una columna mensual que la agencia de redifusión periodística de *The New York Times* difundiría en todo el mundo y pidió a Andrew que aceptara.

Se acercaba la Navidad. Estaba agotado y, pese a todos los éxitos políticos del año, con el ánimo bajo. Habló con Elizabeth sobre el futuro, sobre tener un hijo, sobre cómo podría ser su vida, y comprendió que ella no concebía la posibilidad de sentirse segura sin protección policial. Él la había conocido en medio de la telaraña, y la telaraña era la única realidad que a ella le inspiraba confianza. Si un día se acababa la protección, ¿sería ella incapaz de permanecer a su lado a causa del miedo? Era una pequeña nube en el horizonte. ¿Crecería hasta llenar el cielo?

Thomasina Lawson murió con solo treinta y dos años. Clarissa estaba en tratamiento de quimioterapia. Y Frank Zappa también murió. El pasado se abalanzó sobre él cuando lo leyó, y lo asaltaron emociones poderosas e inesperadas. En una de sus primeras citas, Clarissa y él habían ido a oír a los Mothers of Invention al Royal Albert Hall y en medio del concierto un hombre negro fumado, con una camisa morada brillante, se subió al escenario y pidió que le dejaran tocar con el grupo. Zappa no se inmutó. «Ajá, caballero -dijo-, ¿y cuál es su instrumento preferido?» El Hombre de la Camisa Morada farfulló algo sobre una trompeta y Zappa exclamó: «¡Dadle una trompeta a este hombre!». El Hombre de la Camisa Morada empezó a tocar desafinadamente. Zappa escuchó unos acordes y luego, en un aparte, dijo: «Mmm... Me pregunto con qué podríamos acompañar a este hombre y a su trompeta. ¡Ya lo tengo! ¡El potente y majestuoso órgano del Albert Hall!». Tras lo cual uno de los miembros de los Mothers se sentó en la banqueta del órgano, activó todos los registros e interpretó «Louie, Louie» mientras el Hombre de la Camisa Morada seguía tocando desafinada e inaudiblemente. Fue uno de sus primeros recuerdos felices juntos, y ahora Zappa se había ido, y Clarissa luchaba por su vida. (Al menos ella no había perdido el empleo. Él había telefoneado a sus jefes en A. P. Watt, y señalado lo mal que quedaría despedir a una mujer que luchaba contra el cáncer y era la madre del hijo de Salman Rushdie. Gillon Aitken y Liz Calder telefonearon también a petición suya, y la agencia se echó atrás. Clarissa no supo nada de esa intervención.) La invitó a pasar el día de Navidad con ellos. Acudió con Zafar, sonriendo débilmente, con aspecto acosado, y pareció disfrutar del día.

La gente también le escribía cartas, como las cartas imaginarias que él redactaba en su cabeza. Cien escritores árabes y musulmanes publicaron conjuntamente un libro de artículos escritos en muchos idiomas y editado en francés, *Pour Rushdie*, en defensa de la libertad de expresión. Cien escritores que en general entendían de qué hablaba él, que procedían del mundo en el que el libro de él había nacido, y que, aun cuando no les gustara lo que él decía, estaban dispuestos a defender, como lo habría defendido Voltaire, su

derecho a decirlo. *Con él, el gesto profético se ha dado a conocer a los cuatro vientos de lo imaginario*, escribieron los recopiladores del libro, y luego llegó el desfile de voces grandes y pequeñas del mundo árabe. Desde el poeta sirio Adonis: *La verdad no es la espada / ni la mano que la empuña*. Y Mohammad Arkun de Argelia: *Me gustaría ver* Los versos satánicos *al alcance de todos los musulmanes para que pudieran reflexionar de una manera más moderna sobre el estatus cognitivo de la revelación*. Y Rabah Belamri de Argelia: *El caso Rushdie ha revelado claramente al mundo entero que el islam* [...] *ha demostrado ahora su incapacidad para someterse con impunidad a cualquier forma de examen*. Y de Turquía, Fethi Benslama: *En su libro, Salman Rushdie fue hasta el fondo, de una vez por todas, como si en realidad quisiera ser, él solo, todos los autores distintos que nunca han sido capaces de existir en la historia de su tradición*. Y Zhor Ben Chamsi de Marruecos: *En realidad deberíamos dar gracias a Rushdie por haber abierto el imaginario para los musulmanes una vez más*. Y Assia Djebar, la argelina: *Este príncipe de los escritores* [...] *está perpetuamente desnudo y solo. Es el primer* hombre *que ha vivido en las mismas condiciones que una* mujer *musulmana (y* [...] *también es el primer hombre capaz de escribir desde el punto de vista de una mujer musulmana*). Y el argelino Karim Ghassim de Irán: *Es nuestro vecino*. Y Émile Habibi, palestino: *Si no conseguimos salvar a Salman Rushdie -¡Dios quiera que sí!-, la vergüenza perseguirá a la civilización global en su conjunto*. Y el argelino Mohammed Harbi: *Con Rushdie, reconocemos la falta de respeto, el principio del placer que es la libertad en la cultura y las artes, como fuente de análisis fructífero de nuestro pasado y nuestro presente*. Y el sirio Jamil Hatmal: *Prefiero a Salman Rushdie antes que a los turbantes asesinos*. Y Sonallah Ibrahim de Egipto: *Todas las personas con conciencia deben salir en ayuda de este gran escritor en sus momentos difíciles*. Y el escritor franco-marroquí Salim Jay: *El único hombre verdaderamente libre hoy día es Salman Rushdie*. [...] *Es el Adán de una biblioteca futura: una biblioteca de libertad*. Y Elias Joury de Líbano: *Tenemos la obligación de decirle que encarna nuestra soledad y que su historia es la nuestra*. Y el tunecino Abdelwahab Meddeb: *Rushdie, has escrito lo que ningún hombre ha escrito*. [...] *En lugar de condenarte, en nombre del islam, te felicito*. Y Sami Nair, franco-argelino: *Hay que leer a Salman Rushdie*.

Gracias, hermanos y hermanas, contestó en silencio al centenar de voces. Gracias por vuestro valor y comprensión. Os deseo a todos un feliz año nuevo.

VII

UN CARGAMENTO DE ESTIÉRCOL

Su mayor problema, pensaba en sus momentos más amargos, era que no estaba muerto. Si estuviera muerto, nadie en Inglaterra armaría revuelo por el coste de su seguridad y por si merecía o no tan especial tratamiento durante tanto tiempo. No tendría que luchar por el derecho a subirse a un avión, o enfrentarse a altos cargos de la policía por pequeños incrementos de libertad personal. No habría ya necesidad de preocuparse por la seguridad de su madre, sus hermanas, su hijo. No se vería obligado a hablar con más políticos (una *gran* ventaja). Su exilio de la India no le dolería. Y el nivel de estrés sería sin duda más bajo.

Debería estar muerto, pero obviamente él no lo había entendido así. Ese era el titular que todo el mundo tenía preparado, en espera del momento de publicarlo. Las necrológicas ya se habían escrito. El personaje de una tragedia, o de una tragicomedia, no tenía por qué reescribir el argumento. Y sin embargo él insistía en vivir; es más, en hablar, en abogar por su causa, en considerar que no era el agraviador sino el agraviado, en defender su obra y también -habrase visto temeridad- en insistir en recuperar su vida, palmo a palmo, paso a doloroso paso. «¿Qué es rubio, tiene las tetas grandes y vive en Tasmania? ¡Salman Rushdie!»: ese era un chiste popular, y si él hubiese accedido a someterse a una especie de programa de protección de testigos y vivido sus tediosos días en un lugar oscuro con un nombre falso, eso, también, habría sido aceptable. Pero el señor Joseph Anton quería volver a ser Salman Rushdie, y eso, la verdad, era una falta de consideración por su parte. La suya no debía ser una historia con final feliz, y desde luego en ella no había cabida para el placer. Muerto, quizá incluso le concederían el respeto debido a un mártir de la libertad de expresión. Vivo, era una molestia, algo aburrido y desagradablemente persistente.

Cuando estaba solo en su habitación, intentando convencerse de que eso no era más que la habitual soledad del escritor en su trabajo, intentando olvidar a los hombres armados que jugaban a las cartas en el piso de abajo y la imposibilidad de salir por la puerta de su casa sin pedir permiso, era fácil caer en esa amargura. Pero por suerte parecía haber algo en él que se despertaba y rechazaba esa derrota poco atractiva y marcada por la autocompasión. Se obligó a recordar las reglas más importantes que se había impuesto. No aceptar las descripciones de la realidad presentadas por los responsables de seguridad, los políticos o los sacerdotes. Insistir, por el contrario, en la validez

de sus propios juicios e intuiciones. Avanzar hacia un renacer, o al menos una renovación. Renacer *como él mismo*, en su propia vida: ese era el objetivo. Y si era un «hombre muerto que estaba de permiso»... en fin, los muertos también iniciaban búsquedas. En el antiguo Egipto la muerte era una búsqueda, un viaje hacia el renacer. También él regresaría del Libro de los Muertos hacia el «radiante libro de la vida».

¿Y qué podía ser una mejor afirmación de la vida, del poder de la vida sobre la muerte, del poder de su voluntad de derrotar a las fuerzas desplegadas contra él, que traer una nueva vida al mundo? De pronto se sintió preparado. Dijo a Elizabeth que estaba de acuerdo; intentarían tener un hijo. Persistían todos los problemas -las cuestiones de seguridad, la translocación cromosómica simple-, pero le daba igual. La vida recién nacida establecería sus propias reglas, insistiría en lo que él o ella necesitara. ¡Sí! Deseaba tener un segundo hijo. En cualquier caso no habría sido justo impedir a Elizabeth ser madre. Llevaban juntos tres años y medio, y ella lo había soportado y amado con todo su corazón. Pero ahora no era la única que quería un bebé. Cuando él dijo: *Sí, hagámoslo*, ella no pudo dejar de sonreírle, abrazarlo y besarlo en toda la noche. En la cena, para celebrarlo, bebieron una botella de Tignanello en recuerdo de su primera «cita». Él siempre le había comentado en broma que aquella noche en el apartamento de Liz Calder, ella «se había abalanzado sobre él» después de la cena. «Al contrario -era la opinión de ella-, tú te abalanzaste sobre mí.» Ahora, después de tres anómalos años y medio, estaban en su propia casa, al final de una buena cena y casi al final de una botella de excelente tinto toscano. «Supongo que puedes volver a abalanzarte sobre mí», dijo él.

El año 1994 empezó con un revés. *The New York Times* retiró la oferta de una columna para su agencia de distribución. La delegación francesa de la agencia se había quejado de que su personal y sus oficinas correrían peligro. Al principio no quedó claro si los dueños del periódico conocían o habían aprobado la decisión. Pocos días después era ya evidente que los Sulzberger sí lo sabían y que la oferta se había retirado definitivamente. Gloria B. Anderson, la jefa de la agencia en Nueva York, lo lamentó pero no pudo hacer nada. Le dijo a Andrew que en un primer momento había ofrecido a Rushdie la columna por razones puramente comerciales, pero luego había empezado a leer su obra y ahora era gran admiradora suya. Eso fue un detalle, pero no sirvió de nada. Pasarían más de cuatro años hasta que Gloria volvió a telefonear.

Malaquita era la operación de protección con más gancho. Los otros miembros de la Brigada «A» la consideraban un «trabajo de categoría», y si bien los veteranos de Malaquita como Bob Major y Stanley Doll, en su modestia, rechazaban la idea, era a todas luces cierta. El equipo de Malaquita llevaba a cabo, en opinión de sus compañeros, la misión más peligrosa y la

más importante. Los otros «solo» protegían a políticos. Malaquita defendía un principio. Esto era algo que los agentes de policía en tendían perfectamente; era una lástima que la nación no lo tuviera tan claro. En Londres había dos parlamentarios conservadores dispuestos a plantear preguntas en la Cámara de los Comunes sobre el coste de la protección. Era evidente que la mayoría de los parlamentarios conservadores creían que la protección era un despilfarro y querían ponerle fin. Eso mismo quería él, les habría dicho. Nadie deseaba más que él volver a la vida corriente. Pero el nuevo responsable de la Operación Malaquita, Dick Wood, le dijo que los servicios de inteligencia iraníes seguían «buscando con el mismo empeño que siempre» su objetivo. Rafsanjani había dado su aprobación al atentado hacía ya tiempo y los asesinos ya no necesitaban mencionar su nombre. Continuaba siendo su preocupación prioritaria. Poco después Stella Rimington, jefa del MI5, dijo en la conferencia anual Dimbleby de la BBC que «muy probablemente siguen en pie los resueltos esfuerzos para localizar y matar al autor Salman Rushdie».

Llegó otra vez el día de la fiesta de la División Especial. Elizabeth intentó encandilar a John Major, pero él no le prestó la menor atención; «no le dio bola», por usar una de las expresiones preferidas de Sameen. Ella se disgustó y dijo «Siento que te he fallado», lo cual era ridículo, claro. Major sí prometió a Frances D'Souza que haría una declaración el 14 de febrero, así que al menos de algo sirvió la velada. Y el ministro del Interior, Michael Howard, también se mostró cordial. En medio de la fiesta sus protectores les enseñaron las oficinas de la División Especial. Vieron la «sala reservada» donde el agente de servicio le permitió echar un vistazo al «Registro de Llamadas Falsas de Bromistas» y contestar a una llamada obscena de un «bromista». Vieron los archivos de la planta decimonovena, con una magnífica vista de Londres, y los expedientes secretos, que no podían abrir, y el libro que contenía las palabras en clave del IRA de ese momento: si alguien las utilizaba en una llamada anónima, quería decir que era un aviso de bomba real. Resultaba curioso que, a pesar de la informatización, se mantuvieran aún tantos datos en pequeños archivadores.

Después de la fiesta el equipo los llevó a Elizabeth y a él a tomar una copa a una de las vinaterías preferidas de la policía, el Exchange. Él percibió que entre los agentes y ellos se había desarrollado una relación muy estrecha. Al final de la velada, le advirtieron que había un «malhechor muy peligroso» en la ciudad, «querían hablarle claro» y decirle que sería necesario «poner especial cuidado» durante unos días. Una semana después se enteró de que el «malhechor» había estado dando instrucciones a otros malhechores acerca de cómo matarlo, sacándolos de su letargo de malhechores, activándolos. De modo que ahora lo buscaban activamente varios malhechores, para hacer con él aquello para lo que los malhechores habían sido activados.

Se acercaba el quinto aniversario de la fetua. Telefoneó a Frances e hizo las paces con ella y Carmel, pero le apetecía muy poco, en ese momento, hablar

de nuevas campañas. Ese año sus amigos hicieron cuanto pudieron para sobrellevar parte de la carga. Julian Barnes escribió un magnífico artículo para *The New Yorker*, ingenioso y bien documentado, un análisis de lo que sucedía a cargo de alguien que lo conocía y lo apreciaba. Christopher Hitchens escribió en el *London Review of Books* y John Diamond escribió en un diario sensacionalista para combatir en su propio terreno los intentos de desprestigio contra su persona realizados por esa clase de prensa. El dramaturgo Ronald Harwood se reunió en su nombre con Boutros Boutros-Ghali, secretario general de la ONU. «Bu-Bu se mostró muy solidario -dijo Ronnie-. Preguntó si los británicos han probado la diplomacia por vías extraoficiales a través de los indios o los japoneses, porque a ellos los iraníes sí los escuchan.» Él desconocía la respuesta, pero sospechaba que *no*. «Dijo que si los británicos quieren que lo intente él, Douglas Hurd tendrá que presentar una solicitud formal.» Él se preguntó por qué eso no se había hecho.

Entretanto, conforme se acercaba el aniversario, los medios de comunicación de toda Europa trataron el tema con actitud solidaria. Fuera de Gran Bretaña se lo consideraba simpático, divertido, valiente, talentoso y digno de respeto. Lo fotografió el gran William Klein y después este le comentó a Caroline Michel lo mucho que disfrutó en la sesión: «Es de lo más encantador y divertido». «Si pudiese reunirme con todas las personas del mundo en pequeños grupos -le dijo a Caroline-, tal vez consiguiera poner fin a todo el odio y el desprecio. Ahí tienes, una solución: quizá una pequeña cena íntima para Jamenei, Rafsanjani y para mí.» «Ahora mismo me pongo a ello», dijo Caroline.

El Parlamento Internacional de Escritores de Estrasburgo lo había elegido presidente y le había pedido que escribiera una especie de declaración de intenciones. «Nosotros [los escritores] somos mineros y joyeros -escribió, entre otras cosas-, contadores de la verdad y mentirosos, bufones y comandantes, mestizos y bastardos, padres y amantes, arquitectos y demoledores. Somos ciudadanos de muchos países: el país finito y delimitado por fronteras de la realidad observable y la vida cotidiana, los estados unidos del espíritu, las naciones celestiales e infernales del deseo, y la república sin restricciones de la lengua. Juntos abarcan un territorio mucho mayor que el que gobierna ninguna potencia mundana, y sin embargo sus defensas contra esas potencias pueden parecer muy débiles. Con excesiva frecuencia el espíritu creativo es tratado como un enemigo por aquellos potentados poderosos o menores a quienes molesta nuestro poder para construir representaciones del mundo que minan o entran en conflicto con sus propias posturas más simples y menos francas. Lo mejor de la literatura sobrevivirá, pero no nos cabe esperar que el futuro la libere de las cadenas del censor.»

El gran logro del Parlamento de Escritores fue la fundación de la Red Internacional de Ciudades Refugio, que en los siguientes quince años crecería hasta incluir tres docenas de ciudades desde Liubliana hasta Ciudad de

México pasando por Amsterdam, Barcelona y Las Vegas. Las naciones a menudo tenían razones para no ofrecer refugio a escritores perseguidos -los ministerios de exteriores inevitablemente temían que acoger, por ejemplo, a un escritor chino en apuros pudiera desbaratar un acuerdo comercial-; pero, a nivel urbano, los alcaldes no solían ver desventajas en iniciativas como esta. No representaba un gran coste proporcionar a un escritor amenazado un pequeño apartamento y un estipendio módico durante un par de años. Él se enorgullecía de haber intervenido en la gestación del proyecto, y sin duda su firma, plasmada en las cartas que envió el parlamento, tuvo un gran peso. Se alegraba de poner su nombre, que había adquirido tan extraña y oscura fama, a trabajar en interés de otros escritores que necesitaban ayuda.

El 14 de febrero su «declaración» salió en *The Independent*. Le había preocupado que ese periódico, con sus antecedentes de apaciguamiento islámico, se las ingeniara para presentar el texto bajo algún cariz negativo, y así lo hizo. El día de San Valentín, al despertar, se encontró con su texto en la página tres, junto a la noticia sobre el aniversario, en tanto que la página de opinión se dedicaba al abominable texto de Yasmin Alibhai-Brown, que afirmaba que, gracias a la fetua, se habían alcanzado resultados favorables y positivos, permitiendo a la comunidad musulmana británica encontrar una identidad y una voz pública. «De no haber sido por el fatídico 14 de febrero de 1989 -escribió Yasmin Alibhai-Brown-, el mundo se precipitaría ahora, sin obstáculo alguno, hacia el inalienable derecho de vestir vaqueros y comer hamburguesas de McDonald's.» Había sido todo un acierto por parte de Jomeini fomentar un nuevo debate sobre los valores islámicos y occidentales, pensó él; por algo así bien podía convertirse en hamburguesas a unos cuantos escritores.

«¡Feliz aniversario!» Para entonces ya era una tradición de humor negro que sus amigos telefonearan para felicitarlo en ese día tan especial. Elizabeth le hizo una elaborada tarjeta de San Valentín, entrelazando su propia cara y la de Frida Kahlo. Hanif Kureishi se marchó a Pakistán y aceptó llevar una carta a Karachi para la madre del cumpleañero. Caroline Lang llamó desde París para decir que Charles Pasqua, el «tío duro» al frente del Ministerio del Interior, se había dejado convencer y accedía a que monsieur Rushdie pernoctara en Francia, no solo en residencias privadas, sino incluso en hoteles. (Al cabo de un tiempo Pasqua fue declarado culpable de venta ilegal de armas a Angola y se le impuso una condena condicional de un año. El ministro de Exteriores belga, Willy Claes, fue condenado por cohecho. Así era el mundo de la política. Muy pocos novelistas eran declarados culpables de las formas más lucrativas de corrupción.)

Las campañas de los dos años anteriores dieron fruto en forma de declaraciones de líderes mundiales. Esta vez John Major hizo una declaración contundente: *Todos queremos dejar claro al gobierno iraní que no podrá disfrutar de relaciones plenas y cordiales con el resto de la comunidad*

internacional a menos y hasta que... Y el líder de la oposición, John Smith, dijo: *Lo condeno absolutamente... es intolerable que... apelo al gobierno iraní para que...* Y Ase Kleveland, la ministra de Cultura noruega, dijo: *Intensificaremos nuestros esfuerzos contra...* y *exigimos que se revoque la fetua*. Y en Irlanda Dick Spring dijo: *inaceptable* y *grave violación*. Y el ministro de Exteriores canadiense André Ouellet dijo: *El hecho de que Rushdie haya sobrevivido es una esperanza para la libertad en el mundo*.

Ese día se distribuyó medio millón de ejemplares del panfleto de Auster-DeLillo (para el que finalmente se había recaudado el dinero). *Pour Rushdie* se publicó en Estados Unidos bajo el título de *For Rushdie*. Y Frances y Carmel llevaron a Michael Foot, Julian Barnes y otros a la embajada iraní para entregar una carta de protesta, pero no consiguieron que la prensa acudiese. Por su parte, Carmel declaró en BBC Radio que la fetua se había ampliado para abarcar a sus familiares y amigos. Eso fue una tergiversación torpe e imprecisa que podía poner en peligro a las personas cercanas a él. Clarissa lo llamó un minuto después de oírse la noticia para preguntarle qué ocurría. John Diamond telefoneó a continuación, y él tuvo que dedicar el resto del día a convencer a la BBC para que emitiera una retractación.

Gillon llevaba un tiempo intentando organizar la impresión y distribución de la edición en rústica de *Los versos* en el Reino Unido y anunció que por fin lo había logrado. Bill Norris, director de la distribuidora Central Books, de la que Troika Books era la división literaria, asumiría la tarea gustosamente, con entusiasmo y sin el menor miedo. Central distribuía literatura antifascista y, dijo Norris, recibía amenazas continuamente por eso. Su edificio ya tenía protección. Pero su interés residía en la promoción del libro, no en el escándalo. Él respiró hondo y dijo sí. *Hagámoslo. Desafiemos a esos cabrones*.

Se le hacía extraño no haber habitado el país de la literatura desde hacía tanto tiempo. Habían transcurrido casi cuatro años desde que acabó *Harún y el Mar de las Historias*, y seguía sin poder escribir con fluidez, le costaba concentrarse y empezaba a sucumbir al pánico. El pánico podía ser bueno, ya antes lo había empujado a trabajar, pero ese era ya el *bloqueo como escritor* -sí, utilizaría ese término- más largo de su vida. Lo asustaba y sabía que debía superarlo. Marzo sería un mes determinante. Frances Coady, su editora de Random House en el Reino Unido, había propuesto «quizá un librito de relatos para tener a la gente contenta», y eso podía ser una manera de volver. Lo importante era escribir, y él no estaba escribiendo. En realidad no. En absoluto.

Intentó obligarse a recordar qué era ser escritor, realizó un acto de voluntad para redescubrir los hábitos de toda una vida. La búsqueda interior, la espera, la confianza en el relato. El descubrimiento lento o rápido de cómo realizar la incisión en el cuerpo de un mundo ficticio, de por dónde entrar en él, de qué viaje emprender en él y cómo salir. Y la magia de la concentración, como caer

en un pozo profundo o en un agujero en el tiempo. Caer en la página, buscar ese éxtasis que tan rara vez se producía. Y el arduo trabajo de la autocrítica, el áspero interrogatorio al que sometía sus frases, empleando lo que Hemingway llamó el *detector de mierda*. La frustración de topar con los límites del talento y la comprensión. «Abrir el universo un poco más.» Sí, era el perro de Bellow.

Hubo una noticia extraña: se supo que en Austria le habían concedido el Premio Nacional de Literatura Europea *dos años antes*, pero el gobierno austriaco había impedido que se difundiera esa información. Ahora los medios austriacos ponían el grito en el cielo. El ministro de Cultura, Rudolf Scholten, admitió que había sido ingenuo y expresó su deseo de hablar con el doctor Rushdie por teléfono. Cuando el doctor Rushdie lo telefoneó, el ministro se disculpó en tono cordial. Había sido un error, y pronto se llevarían a cabo los preparativos. Los medios de toda Europa se hicieron amplio eco del misterio del premio austriaco «secreto». No obstante, ningún periódico inglés consideró el hecho digno de mención. Pero el buen *Independent* publicó un artículo en el que se contrastaba la valiente decisión de Taslima Nasrin de vivir «abiertamente» (es decir, no podía salir en todo el día de su apartamento fuertemente custodiado y se aventuraba a abandonarlo solo al amparo de la oscuridad en un coche con los cristales tintados) con el cobarde deseo del autor de *Los versos satánicos* de permanecer «escondido» (lo que implicaba luchar por su libertad ante las restricciones policiales y salir pese a todo a plena luz del día para ir a lugares públicos a la vez que se lo criticaba por ello).

En el sombrío mundo de los asesinos fantasma, el ministro de Exteriores iraní, Ali Akbar Velayati, decía que no se podía anular la fetua. De hecho, Velayati hizo esas declaraciones en Viena, y casi de inmediato la policía comunicó al principal blanco de la fetua que su plan de visitar la capital austriaca para recibir su Premio Nacional era «demasiado peligroso». Eran demasiados los que ya sabían demasiado sobre ello. Dick Wood le informó de la postura oficial del Foreign Office: sería una tontería por su parte ir. Pero dejaban la decisión final en sus manos, pese a que «sabían» que «se planeaba algo». Él contestó que no estaba dispuesto a dejarse asustar, no deseaba huir de espectros, y Dick, hablando desde un punto de vista personal, coincidió con él. «Se requiere tiempo para preparar un atentado, y la verdad es que no han tenido tiempo suficiente.»

En Viena, Rudolf Scholten y su esposa Christine, médica, los recibieron como viejos amigos. El jefe del destacamento de seguridad dijo que se sospechaba de «ciertas actividades» en el centro cultural islámico y por consiguiente su libertad se vería lamentablemente restringida. No pudieron pasear por las calles, pero les enseñaron la ciudad desde la azotea del Burgtheater, cuyo director, Claus Peymann, un fornido bohemio, lo invitó a volver pronto y organizar un acto allí. Los llevaron en coche a ver los bosques

de Viena -hermosos, oscuros y profundos, como los bosques del famoso poema «alucinatorio» de Robert Frost-, pero no se le permitió salir del coche, debido a lo cual el bosque le pareció más aún una alucinación. Después de la cena, Elizabeth se quedó en casa de los Scholten, y a él lo llevaron en helicóptero al cuartel general de la División Especial austriaca, en las afueras de Viena, donde pasó la noche. *Aún tengo que recorrer kilómetros antes de dormir*. Un hombre había estado vigilando el bloque de apartamentos de los Scholten, y cuando lo siguieron los llevó no hasta la embajada iraní, sino hasta la iraquí. Así que debía de ser del PMOI, la organización que tenía su cuartel general en Irak. (Sadam Hussein ofrecía de buen grado refugio a los enemigos de su enemigo Jomeini.) Al día siguiente la policía austriaca lo flanqueó en formación de falange y lo llevó al salón donde se celebraría la ceremonia de entrega del premio. Helicópteros de la policía zumbaban en el cielo. Pero todo transcurrió sin incidentes. Recibió el premio y se fue a casa.

Ya de regreso en Londres, mantuvo una conversación bien entrada la noche con el jefe de contraterrorismo estadounidense, Robert Gelbard, que le notificó que disponía de «información inquietante y específica» sobre continuados «esfuerzos» de los iraníes contra él; «señal de su frustración -añadió-, pero como se trata de algo nuevo, conviene que usted lo sepa». *Acaba tu condenada novela, Salman*, se dijo. *Quizá no te quede mucho tiempo. The Observer* publicó un artículo sobre una disputa entre Rafsanjani y Jamenei en torno al caso Rushdie. Rafsanjani deseaba disolver la Fundación 15 Jordad, el espacio de influencia de Sanei del Bounty, y prohibir el uso de escuadrones de la muerte. Pero Jamenei había impedido ambas medidas y reiterado la fetua. No cambió nada.

En Noruega, el sindicato de escritores anunció que solicitaría su presencia como invitado de honor en el congreso anual de Stavanger. El jefe de la asociación musulmana local, Ibrahim Yildiz, dijo de inmediato que si Rushdie visitaba Stavanger, lo mataría. «Si encuentro las armas y tengo la oportunidad, no lo dejaré escapar.»

Le habían estado desapareciendo pequeñas sumas de dinero del cajón del escritorio donde guardaba efectivo para gastos menores -¡y eso en una casa donde había cuatro agentes de policía armados!-, y no sabía qué pensar. Un día Clarissa lo llamó para decirle que el extracto bancario de la cuenta de Zafar reflejaba demasiado dinero y grandes gastos. Zafar le contó que un chico del colegio (se negó a dar su nombre) había «vendido algo de su casa que no debería haberse llevado» y le había pedido a él que ingresara el dinero. Caía de su peso que era mentira. También le dijo a Clarissa que había «repasado el extracto de ingresos y retiradas de efectivo con papá», pero no era cierto. Una segunda mentira.

Decidieron establecer sanciones importantes. La cuenta se cerraría, él no dispondría del dinero ingresado ni de paga hasta que contara qué estaba pasando realmente. Al cabo de media hora -¿quién ha dicho que las sanciones

económicas no surten efecto?- Zafar confesó. Había estado sisando del cajón del escritorio de su padre. El velerito que quería había costado más de lo que él pensaba, doscientas cincuenta libras, no ciento cincuenta, y había otros gastos, cosas que necesitaba tener a bordo, y habría tardado una eternidad en ahorrar el dinero, y deseaba ese velero con toda su alma. Recibió un castigo muy severo: no habría televisión, se cerraría la cuenta, tendría que devolver treinta libras al mes de las cincuenta libras de su paga y no podría usar el velero (un Mirror, que él ya había comprado, como descubrieron sus padres) hasta que lo hubiera pagado honradamente. Clarissa y él esperaban que Zafar, con el susto de este episodio, volviera por el camino de la honradez. Pero también debía aprender que sus padres habían confiado plenamente en él y ahora tenía que recobrar esa confianza. Al mismo tiempo, no debía dudar de su amor, que era incondicional. Zafar pareció aterrorizado y avergonzado. No se quejó del castigo.

Al cabo de cinco días Elizabeth descubrió que su joya más preciada, una pulsera de oro con dijes que había pertenecido a su madre, no estaba en su escondrijo, una caja dentro de otra caja dentro de su armario ropero. No había desaparecido nada más. Él le pidió que buscara bien, pero al parecer ella había decidido ya que el responsable era Zafar. Buscó sin gran convicción y no encontró nada. Zafar dormía en su habitación y ella insistió en que lo despertara y le preguntara. Él le rogó que antes revolviera toda la casa, pero ella respondió que ya lo había hecho y no aparecía por ninguna parte. Así que él tuvo que despertar a su hijo y acusarlo, pese a que la intuición le decía que ese hijo suyo no podía haber hecho eso, que ni siquiera sabía dónde guardaba Elizabeth sus joyas: no tenía sentido. Zafar, muy alterado, negó haber cogido nada. Y mientras el niño yacía en su cama en plena noche, despierto y sumido en la más profunda desdicha, Elizabeth encontró la pulsera, que había estado en su sitio desde el principio.

Ahora fue él quien se sintió avergonzado ante su hijo, y entre Elizabeth y él se proyectó una sombra que tardó en disiparse.

Estaban en casa de Ronnie y Natasha Harwood, que celebraban su trigesimoquinto aniversario de boda, y el juez Stephen Tumim, el inspector jefe de prisiones de Su Majestad, un caballero risueño y rubicundo, a quien recientemente el IRA había prometido matar, hablaba de la «prote», y de lo que había representado para él que la División Especial lo obligara a abandonar la casa donde había vivido durante treinta años. Su mujer, Winifred, contó que había sufrido un colapso nervioso. Iba a la casa, con escolta policial, a recoger aquello que necesitaban, y ver las camas hechas y saber que nunca volverían a dormir en ellas, era, dijo, como visitar a un cadáver. Para los dos había supuesto un profundo pesar, y lo peor era no saber cuándo acabaría. «Lo mismo les pasa a los condenados a prisión de por vida -comentó el juez Tumim-. Cuando uno está detenido indefinidamente a discreción del Ministerio del Interior, no sabe cuánto tiempo estará encerrado.

Esto también es una condena a cadena perpetua, o algo muy parecido.» Stephen y Winifred habían tenido que instalarse en el cuartel militar de Albany Street, cerca del Regent's Park, que era el lugar donde Elizabeth y él habían estado a punto de acabar. Pero se hicieron cosas por Stephen que a ellos nunca les habían ofrecido. El Estado había accedido a tasar y comprar su casa, porque, como lo expresó el buen juez, «las personas bajo protección no encuentran a nadie tan tonto como para comprar su casa». «Yo sí lo encontré», contestó él. Y Ronnie Harwood, con una pícara sonrisa, añadió: «Sí, es mi editor, Robert McCrum».

Tumim era un extraordinario conversador. Había conocido al famoso asesino en serie Dennis Nilsen en una visita a una cárcel; se «alarmó un poco» cuando Nilsen pidió permiso para hablar con él a solas. «Pero solo quería alardear de lo mucho que había leído.» A Nilsen lo atraparon porque los desagües de su casa se atascaron a causa de las entrañas y carne humanas allí vertidas. Asesinó al menos a quince hombres y niños y mantuvo relaciones sexuales con los cadáveres. Tumim había encontrado a Nilsen «muy siniestro», lo que parecía probable. Habían compartido algunos agentes de protección y chismorrearon sobre ellos durante un rato. «El trabajo perfecto para encubrir una aventura extraconyugal -coincidió Tumim-. *Cariño, no puedo decirte adónde voy ni cuándo volveré. Todo es máximo secreto. Entiéndelo*. Todos tienen aventuras, claro está. Probablemente nosotros haríamos lo mismo.» Él le contó a Tumim la anécdota del agente de protección bígamo. «Son hombres muy atractivos, claro», dijo el juez comprensivamente.

Al final Tumim empezó a sentirse fuera de peligro cuando el director de la cárcel de Maze, en Long Kesh, Irlanda del Norte, donde había muerto el miembro del IRA Bobby Sands a causa de una huelga de hambre por las condiciones de los presos en los «Bloques H», le comunicó que ya no constaba en la lista de objetivos del IRA. Lo había estado, pero ya no. «Los servicios de inteligencia en realidad no saben gran cosa -dijo-. Pero si me hubiese negado a abandonar mi casa, probablemente me habrían pegado un tiro. Tenía por costumbre sentarme ante una ventana, contemplando el río, y justo en la otra orilla había arbustos, el lugar perfecto para un francotirador. Allí era un blanco fácil. Los chicos de protección me dijeron: *Cada vez que vaya al jardín se preguntará si hay un hombre armado entre los arbustos*. Pero ahora ya estamos tranquilos.»

Ronnie le contó al día siguiente que ahora el juez bromeaba sobre esos tiempos, pero él y su familia lo habían pasado muy mal. Una de las hijas de Tumim, incómoda por estar en una casa llena de hombres armados, empezó a dejar notas en todas las habitaciones, como PROHIBIDO FUMAR y demás. La pérdida de intimidad y espontaneidad: eso fue lo más difícil de sobrellevar. Fue reconfortante hablar con otra persona que había pasado por lo que él estaba pasando, y oír que una historia así podía tener un final feliz. Elizabeth y Winifred Tumim se quejaron del peso de las puertas de los coches blindados.

No había muchas personas con quienes uno pudiera mantener una conversación así. «Le coges mucho más aprecio a la policía -comentó el juez-, y te vuelves mucho menos tolerante con los cabrones. En mi caso, el IRA. Usted tiene que vérselas con unos cabrones distintos, no todos ellos musulmanes.»

El señor Anton detectó en la policía un cambio de actitud hacia la Operación Malaquita. Por un lado, planeaban establecer una «vigilancia encubierta» ocasional en la casa de Zafar y Clarissa, y él se alegró de eso, porque siempre le había preocupado la total falta de presencia policial en la casa de Burma Road. Dick Wood dijo que tal vez fuera necesario «cambiar los equipos» cuando él salía, aunque fuera solo para ir al cine, porque no quería que las caras de las personas instaladas en la casa de Bishop's Avenue se vieran demasiado. Por otro lado, empezaba a entreverse una mejor actitud hacia el principal. El agente de protección Tony Dunblane le comentó en confianza: «Yo personalmente siento que nosotros, la División, no deberíamos hacer el trabajo a los iraníes manteniéndolo a usted encerrado». Poco después su superior, Dick Wood, coincidió con él. «Tengo la impresión -dijo Dick- de que durante más de tres años ha sido usted tratado como un niño travieso.» Muchas de las restricciones en las que había insistido el señor Greenup fueron in necesarias. *Vaya, ahora me lo dicen*, contestó él. *Más de tres años de mi vida fueron más desagradables de lo que debían porque yo no le caía bien a Greenup. Tuve que luchar por cada centímetro de espacio*. «No sé cómo lo soportó -añadió Dick. Nosotros habríamos sido incapaces.»

También Helen Hammington se había ablandado, y estaba dispuesta a ayudar al principal de Malaquita a disfrutar de una vida un poco mejor. Quizá todas sus entrevistas con líderes mundiales la habían inducido a cambiar de actitud. Quizá los propios argumentos de él habían surtido cierto efecto. No se lo preguntó.

En 1982 había visitado la vieja sinagoga de Cochin, en Kerala, una pequeña joya revestida de baldosas azules de China (AZULEJOS DE CANTÓN Y NO HAY DOS IDÉNTICOS, rezaba un letrero). Fascinado por la historia de la comunidad casi extinta de judíos de Kerala, abordó al diminuto cuidador de la sinagoga, un anciano caballero con el magnífico nombre de Jackie Cohen, muy propio de la India meridional, y lo asaeteó a preguntas.

Al cabo de unos minutos el señor Cohen se impacientó. «¿A qué viene tanta pregunta?», quiso saber el viejo y quejumbroso cuidador. «Verá -contestó él-, soy escritor, y es posible que escriba algo sobre este lugar.» Jackie Cohen blandió el brazo huesudo en un gesto de rechazo. «No es necesario -dijo con cierta altivez-. Ya tenemos un folleto.»

Él había escrito un diario de su visita a Kerala y su intuición de escritor le había dicho que no lo desperdiciara. Ahora ese diario, que había recuperado de St. Peter's Street, le mostró el camino de regreso a su trabajo. Se sumergió

en él un día tras otro, recordando la belleza del puerto de Cochin, los tinglados de pimienta donde se almacenaba el «Oro Negro de Malabar», y los grandes abanicos *punkah* de la iglesia donde estaba enterrado Vasco da Gama. Mientras paseaba por la calles de la judería en su imaginación, empezó a cobrar vida la sección de *El último suspiro del moro* dedicada a Cochin. Aurora Zogoiby y su hijo Moraes el Moro lo condujeron a su mundo.

Su pesadilla había sido larga y le había resultado difícil recuperar la literatura. Se acordaba a diario de William Nygaard y sus orificios de bala, de Ettore Capriolo pateado y apuñalado, de Hitoshi Igarashi muerto en un charco de sangre junto al hueco de un ascensor. No solo él, el autor desvergonzado, sino también el mundo de los libros -la literatura misma- había sido vilipendiado, tiroteado, pateado, acuchillado, asesinado y culpado al mismo tiempo. Y sin embargo la verdadera vida de los libros era profundamente distinta de ese mundo de violencia, y en ella redescubrió el discurso que amaba. Salió de su realidad cotidiana ajena y se sumió en Aurora, su glamour, su exceso bohemio, sus contemplaciones pictóricas de languidez y deseo; la devoró como un hombre famélico en un banquete.

Había leído una anécdota sobre Lenin, que contrataba a dobles suyos para que recorrieran la Unión Soviética pronunciando discursos que él no tenía tiempo de dar, y le pareció que sería divertido si, en Kerala, donde el comunismo gozaba de gran aceptación, los leninistas locales decidieran contratar a «Lenines» indios para hacer eso mismo. «El Lenin demasiado alto, el Lenin demasiado bajo, el Lenin demasiado gordo, el Lenin demasiado flaco, el Lenin demasiado cojo, el Lenin demasiado calvo, y [...] el Lenin "simplemente demasiado"» desfilaron por sus páginas y con ellos llegó la ligereza y el brío. Quizá después de todo pudiera escribir un buen libro. *El último suspiro del moro* sería la primera novela para adultos desde *Los versos satánicos*. Era mucho lo que dependía de la acogida que recibiera. Procuró apartar de su mente esos pensamientos.

Su vida cotidiana sufría menos interrupciones en esos momentos que cuando escribió *Harún y el Mar de las Historias*, pero más difícil fue rescatar el don de la concentración profunda. El imperativo de su promesa a Zafar había dado impulso a *Harún* durante todas las mudanzas e incertidumbres. Ahora tenía un sitio donde vivir y una habitación agradable en la que escribir, pero estaba disperso. Se obligó a reanudar sus antiguas rutinas. Se levantaba por la mañana e iba derecho a su escritorio, sin ducharse ni vestirse para empezar la jornada, a veces sin lavarse siquiera los dientes, y se obligaba a sentarse allí en pijama hasta haber iniciado el trabajo del día. «El arte de escribir -dijo Hemingway- es el arte de acomodar los fondillos del pantalón en el asiento de la silla.» *Siéntate*, se ordenaba. *No te levantes*. Y muy poco a poco regresó su antiguo poder. El mundo se alejó. El tiempo se detuvo. Cayó felizmente hacia ese lugar profundo donde los libros no escritos esperaban a ser descubiertos, como amantes exigiendo una prueba de devoción absoluta antes de aparecer. Volvía a ser un escritor.

Cuando no estaba escribiendo la novela, revisaba relatos antiguos y pensaba en otros nuevos para la colección que llamaba *Oriente, Occidente*, un título en el que, pensó, la coma lo representaba a él. Tenía los tres relatos de «Oriente» y también los tres de «Occidente», y elaboraba los tres cuentos de imbricación cultural que constituirían la última parte de la colección. «Chekov y Zulu» trataba de diplomáticos indios obsesionados con *Star Trek* en el momento del asesinato de la señora Gandhi, y su amistad con Salman Haidar en el Alto Comisionado Indio le proporcionó cierto material útil. «La armonía de las esferas» era un relato casi verídico basado en el suicidio de un íntimo amigo de Cambridge, Jamie Webb, un escritor sobre temas de ocultismo que desarrolló una esquizofrenia aguda y al final se pegó un tiro. Y el relato más largo, «El cortero», estaba a medio escribir. A mediados de los sesenta, cuando sus padres se trasladaron de Bombay a Kensington, se llevaron durante un tiempo a su vieja *ayah* de Mangalore, Mary Menezes, para cuidar de su hermana menor, que entonces tenía solo dos años. Pero a Mary le entró una tremenda añoranza, y el corazón se le partía de anhelo por otro lugar. De hecho, empezó a tener problemas cardiacos, y al final regresó a la India. En cuanto llegó, los problemas cardiacos desaparecieron y nunca más volvió a sufrirlos. Vivió más de cien años. La idea de que uno pudiera estar realmente en peligro de muerte a causa de un corazón afligido era un tema sobre el que escribir. Unió la historia de Mary al relato de un portero de Europa del Este al que conoció en la agencia de publicidad Ogilvy & Mather, en Londres, un anciano que apenas hablaba inglés y padecía las secuelas de una embolia, pero jugaba al ajedrez con una fluidez y una energía a las que muy pocos adversarios podían resistirse. En su relato, el ajedrecista silenciado y la *ayah* nostálgica se enamoraban.

La policía había planeado una salida especial para Elizabeth y él. Los llevaron al legendario Museo Negro de Scotland Yard, que normalmente no estaba abierto al público. En el interior mantenían la temperatura muy baja, y él se estremeció al entrar. El conservador del museo, John Ross, que supervisaba aquella extraña colección de armas homicidas reales y otros objetos utilizados en crímenes verdaderos, dijo que ojalá la policía británica estuviera autorizada a matar a personas. Tal vez su prolongada convivencia con esos instrumentos mortíferos le había afectado el pensamiento. En el Museo Negro había muchas armas de fuego camufladas: pistolas paraguas, porras que eran pistolas, cuchillos que disparaban balas. Allí estaban todas las armas fantásticas de las novelas negras y las películas de espionaje, dispuestas en mesas, y cada arma exhibida había matado a un hombre o una mujer. «Usamos esto para instruir a los jóvenes agentes -explicó el señor Ross-. A fin de que entiendan que todo puede ser un arma.» Allí estaba el revólver utilizado por Ruth Ellis, la última mujer ahorcada en Inglaterra, para matar a su amante David Blakely. Allí estaba el revólver con que en 1940 el asesino sij Udham Singh mató en Caxton Hall, Westminster, a sir Michael O'Dwyer,

el ex gobernador del Punyab, en venganza por los indios muertos a tiros en la masacre de Amritsar veintiún años antes, el 13 de abril de 1919. Allí estaba el hornillo y la bañera en la que el asesino en serie John Reginald Christie había hervido y fileteado a sus víctimas en el 10 de Rillington Place, en la zona oeste de Londres. Y allí estaba la máscara de la muerte de Heinrich Himmler.

Dennis Nilsen había servido brevemente en el cuerpo de policía, dijo el señor Ross, pero fue expulsado al cabo de un año por homosexual. «Eso no podríamos hacerlo ahora, ¿verdad? -reflexionó el señor Ross-. Huy, no, no podríamos.»

Un tarro contenía un par de brazos humanos cercenados por el codo. Pertenecían a un asesino británico abatido en Alemania mientras intentaba huir. Scotland Yard había pedido a sus colegas alemanes que enviaran las huellas digitales del cadáver para poder identificarlo formalmente y cerrar el caso. En lugar de eso, los alemanes enviaron los brazos del asesino. «"Tomen ustedes las huellas" -dijo el señor Ross, imitando el acento alemán-. Una pequeña muestra del sentido del humor alemán.» Y como él era un hombre a quien otros pretendían matar, lo habían invitado a visitar el mundo del crimen a modo de salida especial. Una muestra del sentido del humor británico, pensó. Huy, sí.

Esa noche, con las imágenes del Museo Negro aún presentes en su imaginación, participó en una lectura conmemorativa en recuerdo de Anthony Burgess en el Royal Court Theater, junto con John Walsh, Melvyn Bragg, D. J. Enright y Lorna Sage. Leyó la parte de *La naranja mecánica* en que Alex y sus compinches atacan al autor de un libro titulado *La naranja mecánica*. Había pensado mucho en lo que Burgess llamaba «ultraviolencia» (incluida la violencia contra los autores), en el glamour del terrorismo y cómo convertía a hombres jóvenes, perdidos y sin esperanza en personas poderosas e importantes. El argot basado en el ruso que Burgess había creado para su libro definía esa clase de violencia, la glorificaba, y anestesiaba cualquier reacción a ella, de manera que se convertía en una brillante metáfora de lo que hacía que la violencia estuviera en la onda. Leer *La naranja mecánica* era entender mejor a los enemigos de *Los versos satánicos*.

Una vez concluido «El cortero», la colección *Oriente, Occidente* quedó completa. También había terminado la primera parte de *El último suspiro del moro*, «Un hogar dividido», de unas cuarenta mil palabras. Por fin había superado el bloqueo. Estaba profundamente inmerso en el sueño. Ya no se hallaba en Cochin. Ahora, en la imaginación, veía la ciudad de su infancia, que se había visto obligada a adoptar un nombre falso, igual que él. *Hijos de la medianoche* había sido su novela de Bombay. Este sería el libro de un lugar más oscuro, más corrupto, más violento, visto no a través de los ojos de la niñez, sino utilizando la mirada más corrosiva de la edad adulta. Una novela de Mumbai.

Había entablado un proceso judicial en la India para recuperar una propiedad ancestral, la casa de veraneo de su abuelo en Solan, en los montes de Shimla, que el gobierno estatal de Himachal Pradesh había confiscado ilegalmente. Cuando esta noticia llegó a Londres, el *Daily Mail* publicó un editorial sugiriendo que, si a él le apetecía irse a vivir a Solan, podía organizarse una cuestación pública para pagarle el pasaje, porque saldría mucho más barato que seguir financiando la protección. Si se le hubiese dicho a cualquier otro inmigrante indio en Gran Bretaña que se volviera por donde había venido, se habría considerado racismo, pero, por lo visto, estaba permitido hablar de este inmigrante en concreto como a cualquiera le viniese en gana.

A finales de junio viajó a Noruega para ver a William Nygaard, que se recuperaba bien, pero despacio, de sus heridas, y darle un abrazo. En julio escribió la primera de una serie de cartas abiertas a la acosada escritora bangladesí Taslima Nasrin para el diario berlinés *die tageszeitung*. Siguieron sus pasos Mario Vargas Llosa, Milan Kundera, Czesław Miłosz y muchos otros. El 7 de agosto se cumplían los dos mil días de la fetua. El 9 de agosto Taslima Nasrin llegó a Estocolmo con la ayuda de Gabi Gleichmann del PEN Club sueco, y el gobierno sueco le concedió asilo. Nueve días después ella recibió el premio Kurt Tucholsky. Así que estaba a salvo; exiliada, privada de su lengua, su país y su cultura, pero viva. «Exilio -había escrito él en *Los versos satánicos*- es sueño con un retorno glorioso.» Entonces se refería al exilio de un imán semejante a Jomeini, pero la frase volvió como un bumerán y describió a su autor, y ahora también a Taslima. Él no podía regresar a la India, y Taslima no podía volver a Bangladesh; solo podían soñar.

Lentamente, con cuidado, había organizado una escapada de unas semanas. Elizabeth, Zafar y él viajaron en un tren nocturno a Escocia, y allí los recibieron los vehículos de protección, que habían sido trasladados el día anterior. En la pequeña isla privada de Eriska, cerca de Oban, había un tranquilo hotel, y allí pasaron una semana de vacaciones haciendo las cosas normales en unas vacaciones -paseos por la isla, tiro al plato, minigolf-, lo que les pareció todo un lujo. Visitaron Iona, y en el cementerio donde reposaban los restos de los antiguos reyes de Escocia -donde estaba enterrado el propio Macbeth- vieron una tumba, con la tierra aún húmeda, en la que había sido sepultado recientemente John Smith, el líder laborista. Él había estado una vez con John Smith y lo admiraba. Se quedó de pie ante la tumba y agachó la cabeza.

Y después de Escocia vino la auténtica escapada. Elizabeth y Zafar fueron en avión de Londres a Nueva York. Él se vio obligado una vez más a ir por el camino más largo. Voló a Oslo, esperó y luego tomó un vuelo de Scandinavian Airlines hasta JFK, adonde llegó en medio de una lluvia torrencial. Las autoridades estadounidenses le habían pedido que permaneciese a bordo, y cuando todos los pasajeros desembarcaron, unos

agentes subieron al aparato y lo sometieron a todas las formalidades de inmigración. Lo sacaron del avión y lo llevaron en coche por la pista hasta el lugar de encuentro acordado con Andrew Wylie. Luego, una vez en el coche de Andrew, el mundo de la seguridad retrocedió y lo dejó libre. No habían solicitado protección; tampoco se le había ofrecido ni impuesto. Se había cumplido la promesa de la estatua del puerto.

¡Libertad! ¡Libertad! Se sintió cincuenta kilos más ligero y con ganas de echarse a cantar. Zafar y Elizabeth esperaban en el apartamento de Andrew, y esa noche se pasaron por allí Paul Auster y Siri Hustvedt, Susan Sontag y David Rieff, todos rebosantes de feliz incredulidad al verlo allí libre de sus cadenas. Llevó a Elizabeth y Zafar a ver la ciudad en helicóptero con Andrew Wylie, y Elizabeth y Andrew gritaron aterrorizados -él sonoramente, ella en silencio- todo el tiempo. Después del vuelo alquilaron un coche en Hertz. En el rostro sonrosado y redondo de la chica rubia de Hertz, Debi, no se advirtió el menor asomo de que lo reconociera cuando introdujo su nombre en el ordenador. ¡A partir de ese momento dispusieron de un sedán Lincoln para ellos solos! Se sintió como un niño con las llaves de la juguetería. Salieron a comer con Jay McInerney y Erroll McDonald de Random House. Todo se les antojó de una intensidad emocionante. ¡Allí estaba Willie Nelson! ¡Y Matthew Modine! El maître parecía preocupado, pero ¿qué más daba? Zafar, ya con quince años, se comportó como todo un adulto. Jay lo trató como a un hombre, le habló de chicas, y a Zafar le encantó. Se fue a la cama con una sonrisa y despertó con la sonrisa aún en los labios.

Tenían previsto viajar a Cazenovia, en el propio estado de Nueva York, donde vivían Michael y Valerie Herr. Les habían enviado complicadas instrucciones para llegar, pero él, por si acaso, telefoneó a Michael antes de emprender el viaje. «Lo único que no veo muy claro -dijo- es cómo salir de Nueva York.» Arrastrando las palabras, Michael contestó con oportuna comicidad: «Ya, eso es algo que la gente lleva años intentando averiguar, Salman».

Cada instante era un regalo. Conducir por la interestatal era como viajar por el espacio, dejando atrás el cúmulo galáctico de Albany y la nebulosa de Schenectady rumbo a la constelación de Syracuse. Hicieron un alto en Chittenango, que se había convertido en un parque temático sobre Oz: aceras de baldosas amarillas, la cafetería de la Tía Em, un horror. Siguieron hacia Cazenovia y, al cabo de un rato, tenían ante sí a Michael, mirándolos con un pestañeo desde detrás de sus lentes de culo de botella y esbozando aquella irónica sonrisa sesgada suya, y a Valerie, que ofrecía un aspecto saludable y un tanto beatífico. Habían llegado al mundo de Jim y Jim. Las hijas de los Herr estaban en casa y la familia tenía un corgi llamado Pablo, que se acercó y apoyó la cabeza en el regazo de él y ya no se movió de ahí. Detrás de la amplia casa de madera se extendía un estanque rodeado de bosque. Dieron un paseo nocturno bajo una luna enorme. Por la mañana había un ciervo muerto en el estanque.

Aprendió a pronunciar «Skaneateles» de camino al lago Finger, donde el escritor Tobias Wolff tenía una cabaña. Comieron pescado en un bar, caminaron hasta el final del embarcadero, *se comportaron normalmente*, se sintieron anormalmente embriagados de júbilo. Al atardecer pararon en una librería, y allí lo reconocieron al instante. Michael se puso nervioso, pero nadie hizo el menor aspaviento, y él, para tranquilizar a Michael, dijo: «Mañana no me acercaré a la librería, y ya está». El domingo se quedaron en casa con los Herr, y Toby Wolff fue a comer, y este y Michael intercambiaron anécdotas sobre Vietnam.

El viaje en coche a la casa de John Irving en Vermont duró unas tres horas. Pararon a comer cerca de la frontera del estado. El restaurante era de un argelino llamado Rouchdy que inevitablemente se exaltó mucho. «¡Rushdie! ¡Nos llamamos igual! ¡Siempre me confunden con usted! ¡Yo digo no, no, yo soy mucho más guapo!» (En otra visita a Estados Unidos, un maître egipcio del Harry Cipriani, en el centro de Nueva York, habló extasiado en términos parecidos. «¡Rushdie! ¡Usted me cae bien! ¡Ese libro, su libro, yo lo he leído! ¡Rushdie, me gusta su libro, ese libro! ¡Soy de Egipto! ¡Egipto! ¡En Egipto ese libro está prohibido! ¡Su libro! ¡Está *totalmente prohibido*! ¡Pero todo el mundo lo ha leído!»)

John y Janet Irving vivían en una casa alargada, enclavada en una ladera por encima de la localidad de Dorset. John dijo: «Cuando hablamos con el arquitecto, nos limitamos a poner servilletas de papel cuadradas en fila, algunas de ellas en ángulo, así. Le dijimos "Constrúyalo así", y eso hizo». Enmarcada en la pared, había una lista de libros más vendidos de *The New York Times*, y *Los versos satánicos* figuraba un puesto por encima del libro de John. Había otras listas enmarcadas, y en todas aparecía John en el número uno. Vinieron a cenar escritores que vivían en la zona, y hubo gritos y discusiones y copas. Él recordó que cuando conoció a John tuvo la temeridad de preguntarle: «¿A qué vienen todos esos osos en tus libros? ¿Tan importantes han sido los osos en tu vida?». No, contestó John, y en todo caso -eso fue después de *El hotel New Hampshire*- él ya había acabado con los osos. Por entonces escribía el libreto para un ballet de Baryshnikov, y ahí solo había un problema, comentó. «¿Qué problema?» «Baryshnikov se niega a ponerse el traje de oso.»

Fueron a una feria del estado y fracasaron estrepitosamente a la hora de adivinar el peso del cerdo. *Menudo cerdo*, dijo él, y Elizabeth contestó: *Radiante*. Se miraron, y les costó creer que todo aquello estuviera ocurriendo realmente. Pasados dos días, metió a Elizabeth y Zafar en el Lincoln y los llevó a New London para tomar el transbordador a Orient Pond, en la bifurcación norte de Long Island. Mientras el transbordador abandonaba New London, entraba en el puerto un submarino nuclear negro semejante a un gigantesco cetáceo ciego. Esa noche llegaron a casa de Andrew en Water Mill. Las cosas más sencillas los llevaban al borde del éxtasis. Alborotó en la piscina de Andrew con Zafar; pocas veces había visto a su hijo adolescente

tan feliz. Zafar descendió en patines de ruedas por los senderos cubiertos de hojas y él lo siguió en una bicicleta prestada. Fueron a la playa. Zafar y la hija de Andrew, Erica, consiguieron el autógrafo de Chevy Chase en un restaurante. Elizabeth se compró vestidos de verano en Southampton. De pronto se rompió el en canto: era hora de volver a casa. Elizabeth y Zafar volaron a Inglaterra con una de las muchas aerolíneas que a él lo tenían vetado. Él viajó a Oslo e hizo transbordo. *Esto vamos a repetirlo, durante mucho más tiempo*, se prometió. Estados Unidos le había devuelto la libertad durante unos preciosos pocos días. No había narcótico más dulce y, como cualquier adicto, de inmediato deseó más.

Su nuevo contacto en el Foreign Office era un arabista llamado Andrew Green, pero cuando Green le propuso una reunión, Frances y él acordaron rehusar el ofrecimiento porque Green no tenía nada nuevo de que hablar. «¿Salman está muy deprimido? -preguntó Green-. ¿Esto es una respuesta analítica o emocional?» No, en realidad no está deprimido, señor Green; solo está harto de mangoneos.

Frances había escrito a Klaus Kinkel, quien ahora desempeñaba la presidencia rotatoria de la Unión Europea. En su respuesta, Kinkel no dejó el menor resquicio: no, no, no. Y un miembro de la Unión Demócrata Cristiana, partido conservador alemán, fue nombrado jefe de la comisión de derechos humanos del Parlamento Europeo, lo cual también era mala noticia. A veces daba la impresión de que los alemanes eran los agentes de Irán en Europa. Habían sacado las escobas y volvían a barrerlo para esconderlo debajo de la alfombra.

Sus nueve relatos recibían una acogida favorable. Michael Dibdin escribió en *The Independent on Sunday* que este libro lo beneficiaba más y le granjeaba más amigos que todos los discursos y declaraciones del mundo, y eso le pareció bien. Luego Cat Stevens -Yusuf Islam- asomó en *The Guardian* como un pedo en una bañera, exigiendo aún que Rushdie retirara su libro y «se arrepintiera», y afirmando que su apoyo a la fetua estaba en consonancia con los Diez Mandamientos. (En años posteriores Cat Stevens afirmó que nunca había dicho nada de eso, nunca había exigido el asesinato de nadie, nunca lo había justificado basándose en la «ley» de su religión, nunca había aparecido en televisión ni hablado a los periódicos para soltar su basura ignorante y sanguinaria, a sabiendas de que vivía en un tiempo en el que nadie tenía memoria. Las negativas reiteradas podían establecer una nueva verdad que borraba la anterior.)

Rab Connolly, el nuevo compañero de Dick Wood, un pelirrojo perspicaz, vehemente y un poco peligroso que en su tiempo libre estudiaba literatura poscolonial en la universidad, telefoneó para transmitirle su pánico ante una caricatura aparecida en *The Guardian* donde una «red del establishment» comunicaba al señor Anton con Alan Yentob, Melvyn Bragg, Ian McEwan, Martin Amis, Richard y Ruthie Rogers y el River Café. «Todas esas personas

visitan su residencia y eso podría ser perjudicial para el carácter encubierto de la protección.» Él señaló que los medios londinenses sabían desde hacía tiempo quiénes eran sus amigos, así que eso no tenía nada de nuevo, y finalmente Connolly accedió a que sus amigos siguieran visitándolo a pesar de la caricatura. A veces se sentía dentro de una trampa de percepciones. Si intentaba salir de su agujero y ser más visible, la prensa llegaba a la conclusión de que ya no estaba en peligro y actuaba en consonancia, induciendo a veces (como en el caso de la caricatura en *The Guardian*) a la policía a pensar que el riesgo para el principal de la Operación Malaquita era mayor. Entonces lo obligaban a volver a meterse en el agujero. Al menos en esta ocasión Rab Connolly no se descompuso. «No quiero privarlo de ir a ninguna parte», dijo.

De improviso Marianne le mandó una nota, que Gillon le reenvió por fax. «Contra mi voluntad esta noche te he visto en *Face to Face*, y me he alegrado. Allí estabas, tal como te conocí en otro tiempo: encantador y bueno y sincero, disertando sobre el Amor. Enterremos lo que hicimos juntos, por favor.» En papel de carta con membrete y sin firmar. Él le escribió diciéndole que con mucho gusto enterraría el hacha si ella le devolvía las fotografías. No contestó.

En casa eran muchas las pequeñas molestias causadas por la convivencia con cuatro policías. Dos adolescentes miraban la casa desde la calle, y la policía decidió de inmediato que Zafar había contado a sus amigos del colegio dónde vivía. (No era así, y los adolescentes no estudiaban en Highgate School.) Se incorporaron a la casa cada vez más sistemas de seguridad electrónicos, que entraban en conflicto unos con otros. Cuando activaban las alarmas, las radios de los policías no funcionaban, y cuando usaban las radios, causaban interferencias en las alarmas. Instalaron un sistema de alarma perimétrico en el «contorno exterior» del jardín, y cada vez que pasaba una ardilla, cada vez que caía una hoja, se activaba la alarma. «A veces esto es como en las películas de los policías de Keystone», dijo él a Elizabeth, que esbozó una sonrisa forzada, porque el embarazo que deseaba no llegaba. En el dormitorio empezó a palparse la tensión. Eso no ayudó.

Elizabeth y él cenaron con Hitch, Carol, Martin e Isabel después de la fiesta del *London Review of Books*, y Martin esa noche estaba de lo más taxativo. «Dostoievski no vale una mierda, eso des de luego.» «Beckett no vale una puta mierda, eso desde luego.» Todos habían bebido demasiado vino y whisky, y él entabló una vehemente discusión con su amigo. Cuando subió el tono de voz, Isabel trató de intervenir, y él se volvió hacia ella y le dijo: «Bah, Isabel, no jodas». No era su intención decirlo, pero se le escapó a causa de la bebida. Martin se crispó de inmediato. «No puedes hablarle así a mi novia. Discúlpate.» Él dijo: «La conozco desde hace el doble de años que tú, y ella ni siquiera se ha ofendido. ¿Te has ofendido, Isabel?». Isabel respondió «Claro que no me he ofendido», pero Martin se había obcecado: «Discúlpate».

«¿Y si no? Y si no, ¿qué, Martin? Y si no, ¿salimos a la calle?» Isabel y

Elizabeth intervinieron ambas para poner fin a esa idiotez, pero Christopher dijo: «Dejadlos, no os metáis». «De acuerdo -cedió él-, me disculpo. Isabel, mis disculpas. Y ahora, Martin, tú tienes que hacer una cosa por mí.» «¿Qué?» «No volver a hablarme en tu vida.»

Al día siguiente se sintió muy mal, y no se sintió mejor hasta que habló con Martin y puso fin a la pelea, coincidiendo con él en que esas cosas podían pasar de vez en cuando y no incidían en su mutuo afecto. Le explicó a Martin que se había acumulado dentro de él un inmenso grito no expresado, y esa noche parte de ese grito había salido donde no debía y cuando no debía.

En noviembre fue a Estrasburgo para acudir a la reunión del Parlamento de Escritores. Los hombres del RAID habían ocupado la última planta del hotel Regent Contades para protegerlo. Estaban tensos porque en esos momentos se celebraba el juicio a los asesinos de Shapur Bajtiar y el tema del congreso era la tirantez surgida con los fundamentalistas islámicos del FIS y el GIA de Argelia, y con la presencia de él en la ciudad subió considerablemente el tono.

Conoció a Jacques Derrida, que le recordó a Peter Sellers en *Si quieres ser millonario no malgastes el tiempo trabajando*, moviéndose por la vida con una máquina del viento invisible que le alborotaba incesantemente el pelo. Enseguida comprendió que Derrida y él no coincidirían en nada. En la sesión sobre Argelia, él adujo que el propio islam, el Islam Realmente Existente, no podía exonerarse de los crímenes perpetrados en su nombre. Derrida discrepó. La «ira del islam» no la generaba el islam sino las fechorías de Occidente. La ideología no tenía nada que ver con eso. Era una cuestión de poder.

El nerviosismo de los miembros del RAID crecía por momentos. Anunciaron una amenaza de bomba en el palacio de la ópera, donde se reunían los escritores. Se descubrió un bote sospechoso, y llevaron a cabo una explosión controlada. Era un extintor de incendios. La detonación se produjo durante la ponencia de Günter Wallraff, quien perdió la compostura brevemente. Se recuperaba de una hepatitis y había hecho un especial esfuerzo por desplazarse a Estrasburgo «para estar contigo».

Esa noche en Arte le pidieron que contestara al cuestionario de Proust. ¿Cuál es su palabra preferida? «Comedia.» ¿Y la menos preferida? «Religión.»

En el vuelo de regreso, una alemana, muy joven, tuvo un ataque de histeria cuando él subió a bordo del avión de Air France, y abandonó el aparato, pálida y llorosa. Para calmar al resto de los pasajeros, se transmitió un mensaje por megafonía. La mujer se había ido porque no se sentía bien. Tras lo cual un inglés menudo se puso en pie y bramó: «Sí, ya, aquí *nadie* se siente *bien. Yo* no me siento bien. Bajémonos *todos*». Él y su mujer, una rubia teñida de cabello voluminoso que lucía un traje Chanel azul eléctrico y muchas joyas de oro, se bajaron del avión, como el señor y la señora Moisés encabezando el Éxodo. Afortunadamente nadie los siguió. Y Air France siguió aceptándolo en sus vuelos.

En Teherán el ayatolá Jannati declaró que la fetua «se les atraganta a los enemigos del islam pero no puede revocarse hasta que muera ese hombre».

Clarissa se sentía mejor. El día de Navidad insistió en que quería estar sola con Zafar. Elizabeth y él fueron a casa de Graham y Candice y, por la noche, visitaron a Jill Craigie y Michael Foot, que había estado en el hospital por algo inmencionable, pero hizo un gran esfuerzo por restarle importancia. Finalmente Jill admitió que Michael había tenido una hernia intestinal. Había estado vomitando, no podía comer, y temían que fuera cáncer, así que la hernia fue un gran alivio. «Tiene bien todos los órganos», dijo ella, aunque naturalmente a su edad la intervención era un serio contratiempo. Con su tono más práctico, añadió: «No paraba de decirme qué debía hacer si él *ya no estaba*, y yo, lógicamente, me negaba a escuchar». (Entonces nadie habría adivinado que él viviría once años más que ella.)

Michael tenía regalos para los dos, una segunda edición de *Vida de los poetas* de Hazlitt para Elizabeth y una primera edición de *Conferencias sobre los escritores cómicos ingleses* del mismo autor para él. Michael y Jill los trataron a los dos con gran afecto, y él pensó: *Si pudiera elegir a unos padres, no podría imaginar a otros mejores*.

Su propia madre, a sus setenta y ocho años, estaba bien y a salvo y lejos de allí, y la echaba de menos.

Mi querida Amma: Otro año más da ya sus últimos pasos, pero nosotros no, me complace decir. Y hablando de pasos, ¿cómo estás de esa «artur-itis» en las piernas? Cuando estaba en Rugby tus cartas siempre empezaban con la pregunta: «¿Estás gordo o estás delgado?». Delgado significaba que a tu niño no le daban de comer debidamente. Gordo equivalía a bien. En fin, estoy adelgazando, pero deberías alegrarte. En general, delgado es mejor. En mis cartas desde el colegio siempre intentaba disimular lo desdichado que era allí. Fueron mis primeras obras de ficción, aquellas cartas, «anoté 24 carreras en críquet», «me lo paso en grande», «estoy bien y contento». Cuando te enteraste de lo desgraciado que había sido, te horrorizaste, claro está, pero para entonces yo iba ya camino de la universidad. De eso hace treinta y nueve años. Siempre nos hemos escondido mutuamente las malas noticias. Tú también lo hacías. Se lo contabas todo a Sameen y luego añadías: «No se lo digas a Salman, se preocuparía». Vaya un par estamos hechos. En cualquier caso, la casa donde vivimos se ha «consolidado», por usar la jerga de la policía. No atrae la menor atención de los vecinos. Parece que ese asunto está resuelto, y dentro de este capullo a veces las cosas casi parecen en calma, y puedo trabajar. El libro avanza bien y ya veo el final. Cuando un libro avanza bien, todo lo demás en la vida me parece tolerable; incluso en esta extraña vida. He estado haciendo balance del año. En la columna de «contras», he desarrollado un asma «de aparición tardía», una pequeña recompensa del

universo por haber abandonado el hábito del tabaco. Aun así, ahora al menos ya nunca podré volver a fumar. Inhalar humo me es del todo imposible. El asma «de aparición tardía» suele ser bastante moderado, pero también es incurable. Incurabubble, parafraseando mi antigua campaña publicitaria. Y como siempre nos enseñaste: «Lo que no puede curarse debe sobrellevarse». Entre los «pros»: el nuevo líder del Partido Laborista, Tony Blair, hizo unos comentarios agradables en una entrevista con Julian Barnes. «Le doy mi apoyo absoluto al ciento por ciento. [...] Estas cosas uno no puede tomárselas en broma.» Un apoyo absoluto al ciento por ciento está bien, ¿no, Amma? Esperemos que el porcentaje no baje cuando sea primer ministro. Parece que los musulmanes europeos empiezan a estar tan hartos de la fetua como yo. Los musulmanes holandeses y los musulmanes franceses se han pronunciado en contra. ¡De hecho, los musulmanes franceses dan apoyo a la libertad de expresión y la libertad de conciencia! En Gran Bretaña, claro, aún tenemos a Sacranie y Siddiqui y a los payasos de Bradford, así que no nos faltan las risas. Y en Kuwait un imán quiere prohibir la «blasfema» muñeca Barbie. ¿Habrías llegado a imaginar alguna vez que la pobre Barbie y yo seríamos culpables de la misma ofensa? Una revista egipcia publicó fragmentos de *Los versos satánicos* junto con la obra prohibida de Naguib Mahfuz y exigió que se prive a las autoridades religiosas del derecho a decidir qué puede o no leerse en Egipto. A propósito, Tantawi, el gran muftí de Egipto, se ha pronunciado contra la fetua. Y en el discurso inaugural de la reunión de la Organización de la Conferencia Islámica en Casablanca, el rey Hasán de Marruecos dijo que nadie tenía derecho a declarar infieles a las personas o dictar fetuas o yihads contra nadie. Eso es bueno, me parece. Conforme pasa el tiempo, las cosas fundamentales van cumpliéndose. Espero que estés bien. Ven a verme pronto. Te quiero. Ah, P.D.: Esa mujer, Taslima, está dando muchos problemas a Gabi G. en Suecia, denunciándolo (¿por qué?) y diciendo que no tiene nada bueno que decir de él. Es de armas tomar, me temo, y ha estado indisponiéndose con sus defensores de toda Europa. El pobre Gabi hizo cuanto pudo por sacarla del peligro. Ninguna buena acción queda impune, como suele decirse. ¡Feliz año nuevo! Estoy bien y contento.

Él había acabado su novela. Hacía siete años que Saladin Chamcha volvió la espalda a la ventana desde la que se veía el mar Arábigo; hacía cinco años que la madre de Harún Khalifa, Soraya, empezó a cantar otra vez. Esos eran finales que él había descubierto por medio del proceso de escritura; en cambio, en *El último suspiro del moro*, tenía el final casi desde el principio. El réquiem del cementerio del moro Zogoiby para sí mismo: *me echaré sobre esta piedra sepulcral, descansaré la cabeza sobre esas letras, RIP, y cerraré los ojos, siguiendo la vieja costumbre de nuestra familia de quedarnos dormidos en momentos difíciles, y confiaré en despertar, renovado y alegre, en una época mejor*. Había sido de gran ayuda conocer las últimas notas de la partitura, conocer el objetivo hacia el cual volaban todas las flechas del libro: la narrativa, la temática, la cómica, la simbólica. Fuera de las páginas de los

libros, la pregunta acerca de un final satisfactorio era básicamente incontestable. La vida humana rara vez tenía una forma definida, solo poseía sentido de manera intermitente; su torpeza era la inevitable consecuencia de la victoria del contenido sobre la forma, del *qué* y el *cuándo* por encima del *cómo* y el *porqué*. No obstante, con el paso del tiempo, se empeñó cada vez más en dar forma a su historia para dirigirla hacia el final en el que todo el mundo se negaba a creer, en el que él y sus seres queridos podían ir más allá de un discurso del riesgo y la seguridad hacia un futuro libre de peligro en el que «riesgo» volviera a ser una palabra para definir la audacia creativa y «seguro» fuera como uno se sentía cuando estaba rodeado de amor.

Él siempre había sido post-algo, según el discurso literario dominante, en el que toda la escritura contemporánea era una mera secuela: poscolonial, posmoderno, postsecular, postintelectual, posliterario. Ahora podía añadir su propia categoría, posfetua, a esa polvorienta pos-ada, y acabaría siendo no solo posco y posmo, sino también posfe. Le interesaban las reivindicaciones desde que escribió *Hijos de la medianoche* con la intención de reivindicar para sí mismo su patrimonio indio, e incluso desde antes, de hecho, ya que ¿acaso no era él un niño de Bombay, y no era la propia megalópolis una ciudad construida sobre tierra reivindicada al mar? Ahora una vez más se dispondría a reivindicar tierra perdida. Su novela acabada se publicaría, y con eso reivindicaría su lugar en el mundo de los libros. Y planearía un verano en Estados Unidos, y negociaría pequeños incrementos de libertad con los jefes de policía, y sí, seguiría pensando en la presión política, en la campaña de defensa, pero no tenía tiempo para esperar una solución política; necesitaba empezar a apoderarse de esos fragmentos de libertad que tenía a su alcance, empezar a avanzar hacia el final feliz que estaba decidido a escribir para sí mismo, paso a paso, sintiéndose cada vez más ligero.

Hablando por teléfono de *El último suspiro*, Andrew casi se echó a llorar. Gillon mantuvo el labio superior más tenso, pero también él se conmovió. Él se alegró de percibir el entusiasmo de ambos, pese a que ya empezaba a tener la impresión de que el final necesitaba retoques, de que el personaje del villano del acto final, Vasco Miranda, aún no estaba del todo conseguido. Elizabeth acabó de leerlo y vio con agrado la dedicatoria, *Para E. J. W.*, y lo abrumó con sus elogios y algún que otro perspicaz comentario editorial, pero también imaginó que la japonesa en el último movimiento del libro, Aoi Uë, formado su nombre con todas las vocales, contenía algo de ella, y la comparación que hace el moro Zogoiby entre ella y su anterior y desquiciada amante, Uma -describió a Aoi como «una mujer mejor a quien él amó menos»-, en realidad era una comparación entre ella y Marianne. Tardó una hora en convencerla de que eso no era así, de que si quería encontrarse en la novela, debía buscar en la escritura misma, en la ternura y el afecto allí presentes, que era lo que él había aprendido estando con ella, y era su verdadera huella en el libro.

Decía la verdad. Pero cuando lo dijo tuvo la sensación de haber rebajado la

novela, porque una vez más se veía obligado a explicar su obra y los motivos subyacentes en ella. El júbilo de terminar se vio un poco empañado, y empezó a temerse que la gente solo fuera capaz de leer el libro como una versión en clave de su vida.

Esa noche cenaron con Graham Swift y Caryl Phillips en el restaurante Julie's de Notting Hill, y Dick Wood, que para variar salía con el equipo de protección, y a quien no le gustaba trasnochar, le mandó una nota a las doce conminándolo a marcharse porque los chóferes estaban cansados. Eso mismo ya lo había hecho una vez antes, en la fiesta de cumpleaños de Billy Connolly, pero en esta ocasión se produjo un colérico altercado, señalando el principal de Malaquita que Dick Wood no habría mandado una nota tan infantilizante a ningún otro principal, y que a veces los adultos cenaban hasta pasada la hora de las brujas. Dick cambió de táctica y dijo que la verdadera razón de la nota era que un camarero había hecho una llamada telefónica sospechosa en susurros. Caz Phillips investigó -aquel era uno de sus restaurantes preferidos- e informó de que el camarero había telefoneado a su novia, pero ningún miembro del equipo de protección, ni siquiera el compañero de Dick, Rab, se había creído el pretexto del camarero inventado por Dick. «Bah, todos sabemos que no tenía nada que ver con la llamada -dijo Rab entre risas-. Dick estaba cansado, solo eso.» Rab le presentó una «disculpa conjunta en nombre de todo el equipo» y prometió que no volvería a ocurrir. Pero él sintió, lúgubremente, que su esperanza de una vida social cada vez más «normal» se había ido al traste. Al fin y al cabo, era Dick quien le había dicho que la policía había sido demasiado severa con él, que había limitado su libertad de movimiento innecesariamente.

Helen Hammington fue a verlo para intentar aclarar las cosas, y al día siguiente también se presentó Dick, que dijo nada más llegar «No espero que se disculpe», cosa que empeoró la situación considerablemente. Así y todo, durante la reunión acordaron que era necesaria una mayor «flexibilidad». Dick culpó al ya ausente Tony Dunblane de la antigua rigidez. «Ahora que ya no está, verá que la gente asignada a su caso es más tratable.» Pero el señor Anton había llegado a apreciar a Dunblane, que siempre le había sido de gran ayuda.

Recibió dos cartas con insultos, una fotografía de nutrias con un globo añadido donde rezaba el texto NO TENÍAS QUE HABERLO HECHO,[4] y una tarjeta de Navidad que decía FELIZ FETUA HASTA PRONTO YIHAD ISLÁMICA. Ese mismo día Peter Temple-Morris, del grupo conservador «anti-Rushdie», dio una charla en un seminario sobre Irán en la Escuela de Estudios Orientales y Africanos y, ante la aprobadora presencia del encargado de negocios iraní, Ansari, dijo que el señor Rushdie era el culpable de todo el asunto y ahora debía permanecer en silencio, porque «el silencio es oro». Eso era un juego de palabras interlingüístico: en Irán, al autor de *Los versos satánicos* se lo llamaba a veces «hombre de oro», que era una expresión farsi para referirse a una persona deshonesta, un sinvergüenza. También ese mismo

día telefoneó Frances para decir que Artículo 19 había gastado sesenta mil libras en la campaña de defensa de 1994, pero solo había recaudado treinta mil para financiarla, así que en adelante tendrían que reducir sus esfuerzos a la mitad.

En la fiesta anual de la Brigada «A» se conmovió al advertir que el equipo de protección de Malaquita veía su nueva novela como algo decididamente propio y había llegado a la conclusión de que «debía» ganar el premio Booker. «De acuerdo -dijo a los muchachos-, nos pondremos en contacto con los miembros del jurado y les diremos que un grupo de hombres fuertemente armados tienen gran interés en el resultado.» Después de eso se *permitió* que Elizabeth y él cenaran en el Ivy. (El equipo de protección se sentó a una mesa cerca de la puerta y se dedicó a observar a la gente como todos los demás.) Sentía una profunda emoción, le dijo a ella, porque para él acabar *El último suspiro del moro*, más aún que *Harún y el Mar de las Historias*, representaba una victoria sobre las fuerzas de las tinieblas. Incluso si lo mataban en ese momento, no podrían derrotarlo. No lo habían condenado al silencio. Él había continuado.

Había paparazzi en la calle y todos sabían quién era Elizabeth; pero cuando él salió del restaurante, dijo: «Podéis fotografiarme a mí, pero no a ella, por favor». Todos respetaron su petición.

Clarissa volvía a estar bien. Se oyeron por primera vez las palabras *remisión completa*. Hacía tiempo que no se dibujaba en el rostro de Zafar una sonrisa tan amplia. Además, ella había solicitado empleo en la sección de literatura del Arts Council, cargo al que él la había animado a presentarse. Telefoneó a Michael Holroyd, que formaba parte del equipo de entrevistadores, y habló apasionadamente a favor de ella. El problema podía ser su edad, dijo Michael; posiblemente el Arts Council preferiría a alguien más joven. Pero si solo tiene cuarenta y seis años, Michael, dijo él, y es la persona idónea para el puesto. Clarissa se presentó a la entrevista y tuvo una intervención brillante. Al cabo de unos días el trabajo era suyo.

El último suspiro del moro hacía nuevos amigos a diario. Su editor francés, Ivan Nabokov, escribió con entusiasmo desde París. Sonny Mehta, en general poco comunicativo, aún no había leído el libro. «Sí -le dijo su ayudante a Andrew-, ha estado preocupado por eso.» La peor situación posible era que Sonny sucumbiera al pánico por el retrato de un partido político de Bombay llamado «Eje de Mumbai», un retrato satírico del rufianesco Shiv Sena, y, por consiguiente, Random House anulara su contrato, como sucedió con *Harún*. Pero al final, después de largos días de nerviosismo en los que -tras recibir el mensaje de que Sonny «quiere que lo llames»- oyó repetidas veces que el gran hombre no estaba disponible, consiguieron hablar, y Sonny dijo que le gustaba el libro. Esta vez no habría ruptura de contrato. Otro pequeño paso al frente.

Y luego un paso mayor. Después de largas conversaciones entre él y

Scotland Yard, Rab Connolly le dijo que cuando se publicara *El último suspiro del moro*, se le *permitiría* participar en lecturas públicas y firmas de ejemplares, y que estas podrían anunciarse con seis días de antelación, evitando los viernes, para que la oposición musulmana no pudiera utilizar las oraciones del viernes para organizarse. «Anuncio el sábado, acto el jueves siguiente -dijo Rab-. Ese es el acuerdo.» Era todo un avance. Su editora Frances Coady y Caroline Michel, al frente del departamento de publicidad, estaban encantadas.

El paso atrás, cuando llegó, lo cogió totalmente por sorpresa. Clarissa estaba cada día más sana, y muy contenta con su nuevo trabajo, y el rendimiento escolar de Zafar mejoraba con la salud de su madre, y se sentía más seguro de sí mismo semana a semana. De pronto, a mediados de marzo, ella telefoneó para decir que había estado pensando -y además le habían aconsejado- que necesitaba más dinero. (Cuando se divorciaron, él no tenía recursos para cerrar un acuerdo definitivo, y durante diez años había estado pasándole una pensión para ella y una cantidad en concepto de manutención para el niño.) Ahora, según le habían dicho sus abogados, podía conseguir una gran suma, explicó Clarissa, admitiendo por primera vez que había abogados por medio, pero ella se conformaría con ciento cincuenta mil libras. «De acuerdo -accedió él-. Tú ganas. Ciento cincuenta mil libras. De acuerdo.» Era mucho dinero, pero la cuestión no era esa. La hostilidad, al igual que el amor, llegaba desde el lugar hacia donde uno no miraba. Él no preveía que ella emprendiera ninguna acción después de tantos años, después de su inmensa preocupación por ella durante su enfermedad, después de sus esfuerzos entre bastidores en interés de ella en A.P. Watt y el Arts Council. (En justicia, ella no sabía nada de esas llamadas telefónicas.) Era imposible ocultar a Zafar la repentina tensión entre su madre y su padre. El chico estaba muy preocupado, pero insistió en saber qué ocurría. Zafar contaba casi dieciséis años y observaba a sus dos padres con viva atención. Era imposible ocultarle la verdad.

El viceministro de Asuntos Exteriores iraní Mahmud Va'ezi se contradecía, prometiendo en Dinamarca que Irán no enviaría a asesinos para llevar a cabo la sentencia de muerte, y luego, en París, al día siguiente, afirmando la «necesidad de ejecutar» esa sentencia. Se demostró que la política de «diálogo crítico» entre Estados Unidos e Irán, iniciada en 1992 para mejorar el historial de Irán en cuanto a derechos humanos, apoyo al terrorismo y la fetua, había sido un absoluto fracaso. No era lo bastante crítico, y como a los iraníes no les interesaba, no hubo diálogo.

Después de los comentarios de Va'ezi en París, el gobierno británico declaró lo siguiente: nada. Otros países protestaron, pero en el Reino Unido, ni pío. Él pasó unos días hecho una furia por esa lengua bífida de Va'ezi, y de pronto se le ocurrió una idea. Planteó a Frances D'Souza que, si se interpretaba la declaración danesa de Va'ezi como una especie de «alto el fuego», quizá consiguieran que los franceses presionaran a Irán para que

desautorizara los posteriores comentarios del ministro en París y accediera a hacer una promesa pública de no ejecución de la fetua. El cumplimiento de dicha promesa debería ser supervisado de cerca por Estados Unidos durante un periodo establecido, etcétera, etcétera, y solo después podrían producirse mejoras en las relaciones a nivel de embajadas. La idea de una «iniciativa francesa» entusiasmó a Frances. Andaba deprimida por su reciente reunión con Douglas Hogg, en la que él había afirmado que nada podía hacerse excepto continuar con la protección. Jamenei estaba al frente, y por tanto el terrorismo iraní proseguía. Hogg contó a Frances que los iraníes, *dieciocho meses atrás*, le habían dicho que no llevarían a cabo la fetua en Gran Bretaña, pero no había visto la necesidad de mencionarlo porque «no significaba nada». Así que la política del gobierno era, como de costumbre, la inercia. Frances accedió a intentar movilizar a sus aliados franceses. Se puso en contacto con Jack Lang y Bernard-Henri Lévy y empezaron a hacer planes. Él personalmente llamó incluso a Jacques Derrida, que le propuso que se fotografiara con parlamentarios franceses y le advirtió: «Se entreviste con quien se entreviste, se interpretará como señal política, y debe andarse con cuidado con ciertas personas». Derrida se refería a Bernard-Henri Lévy, sin duda, una figura controvertida en Francia. Pero Bernard se había mantenido firme en su apoyo, y él no tenía intención de repudiar a un amigo tan leal.

El 19 de marzo de 1995 viajó a París en el Eurostar. Nada más llegar, el RAID lo devoró y lo llevó a ver a un grupo formado por algunos de los valerosos musulmanes franceses que habían firmado una declaración de apoyo a él. Al día siguiente se reunió con todas las principales figuras políticas francesas *sauf Mitterrand*: el inminente presidente Jacques Chirac, grande, desgarbado, a gusto con su cuerpo, con mirada mortecina de asesino; el primer ministro Édouard Balladur, un hombre de boca pequeña y apretada de cuyo porte envarado los franceses se complacían en decir *Il a avalé son parapluie* («Se ha tragado el paraguas»); Alain Juppé, el ministro de Asuntos Exteriores, un calvo de baja estatura, listo y despierto, que después pasó a engrosar la lista de políticos de la época condenados por un delito (malversación de fondos); el socialista Lionel Jospin, que parecía el *cavaliere nonesistente* de Calvino, un espacio vacío dentro de un traje holgado. Frances y él propusieron su «plan de alto el fuego», y todos lo aceptaron. Juppé aseguró que incluiría la idea en la agenda de la reunión de los ministros de Asuntos Exteriores de la UE; Balladur ofreció una rueda de prensa para anunciar la iniciativa «de ellos»; Chirac dijo que había hablado con Douglas Hurd, y este «también lo aceptaba». Él ofreció una rueda de prensa en la Asamblea Nacional y volvió a Inglaterra con la idea de que tal vez algo había empezado a moverse. Douglas Hogg envió un mensaje para solicitarle una entrevista en los siguientes días. «Supongo que dirá que si el gobierno sigue la "iniciativa francesa" y esta tiene éxito, la presión de los parlamentarios conservadores para exigir la retirada de la protección será enorme -escribió en su diario-. Por lo tanto, debo tener muy claro qué quiero, y debo conseguir

que el gobierno acepte el lenguaje del “alto el fuego” y la “supervisión” que hemos vendido a los franceses. Y él debe prometer que inducirá a British Airways a retirar la prohibición.» Rab Connolly dijo: «Hogg le dirá que el nivel de amenaza sigue muy alto y por lo tanto la iniciativa francesa no sirve de nada». *Bueno*, pensó, *eso está por verse*.

Acudió a la reunión con Hogg dispuesto a esgrimir el historial del Foreign Office, una mezcla de inercia y hostilidad, y sin la menor intención de dejarse apaciguar. Su obra y él habían sido atacados por dos ministros de Asuntos Exteriores, Howe y Hurd; a eso siguieron los años en que ningún diplomático o político lo recibía, y después la etapa igualmente insatisfactoria de reuniones secretas, «desmentibles», con Slater y Gore-Booth. Había intentado atraer la presión de otros gobiernos para «despertar» a los británicos, y aun así no habían demostrado mucha convicción en su respaldo: John Major no había permitido que se tomaran fotografías en la reunión, y pese a prometer una «campaña muy visible», dicha campaña no se había hecho realidad. El propio Hogg había dejado claro que la única política británica era esperar el «cambio de régimen en Irán», cosa que difícilmente ocurriría. ¿Quién decía a los medios británicos -preguntaría- que cada viaje suyo al extranjero representaba un alto coste para el país cuando en realidad no representaba coste alguno? ¿Por qué las continuas falsedades sobre los costes no se corregían ni negaban?

Douglas Hogg lo escuchó con actitud solidaria. Estaba dispuesto a «sumarse» a la «iniciativa francesa» o «plan de alto el fuego», pero dijo: «Debo advertirle que existe aún un alto riesgo real para su seguridad. Creemos que los iraníes todavía intentan activamente localizarlo. Y si seguimos por ese derrotero, los franceses y los alemanes mejorarán sus relaciones con Irán rápidamente y por tanto, con el tiempo, también las mejorará el gobierno de Su Majestad. La presión política cesará. Además, tendré que enviarle a usted una pomposa carta para después poder decir que ya lo había prevenido de los peligros».

Después. O sea, después de su asesinato.

«Estamos procurando mejorar el lenguaje de la *démarche* -continuó Hogg-. Debería incluir a los otros afectados; es decir, a todos aquellos amenazados por la fetua, traductores, editores, libreros y demás. Y queremos que Balladur se lo envíe directamente a Rafsanjani y, si es posible, que consiga la firma en el documento del propio Rafsanjani, porque cuanto más alto sea el rango del signatario, más probabilidades habrá de que retiren a los perros realmente.»

Esa noche escribió en su diario: «¿Estoy suicidándome?».

Larry Robinson, el contacto en la embajada estadounidense, telefoneó a Carmel Bedford para averiguar qué ocurría. Estaba preocupado. «No se puede confiar en los iraníes -dijo-. Eso podría dar al traste con toda nuestra estrategia.» Carmel respondió sin rodeos: «¿Qué han hecho ustedes por nosotros? ¿Hay una estrategia? Si la hay, dígannos cuál es, hagan una propuesta. Si conseguimos un acuerdo por mediación de la UE, después de seis años y medio sin que nadie haya movido un dedo para ayudarnos, lo

aceptaremos». Larry Robinson contestó: «Volveré a ponerme en contacto con usted».

El 10 de abril, el día crucial de la reunión de ministros de Asuntos Exteriores de la UE, Andy Ashcroft, asesor de Hogg, telefoneó para decir que Hurd y Major estaban los dos «de su lado», y que la iniciativa francesa era ahora la política del gobierno británico. El señor Anton hizo hincapié en la necesidad de un periodo de supervisión, para cerciorarse de que los iraníes cumplían su promesa, y Ashcroft dijo: «Así es sin duda como lo plantearemos». En cuanto colgó, telefoneó al director de *The Times*, Peter Stothard, y al director de *The Guardian*, Alan Rusbridger, y les anunció que pronto habría cambios. Llamó a Larry Robinson y dijo: «Esto no es una alternativa a la anulación de la fetua. Ni su objetivo es crear una "zona libre de fetua", cuyos límites serían Europa y Estados Unidos. Es un acuerdo sin fronteras». Robinson expresó sus sensatas reservas. «Podría ser una salida para Irán.» Pero él no tenía aún noticias de Washington, así que no sabía si la administración era, en conjunto, «pro o anti». Él personalmente opinaba que el riesgo de los cazarrecompensas se había diluido, pero no la amenaza del régimen.

«Bueno, hay un riesgo -dijo a Larry-, pero ¿dónde no lo hay?»

Habló con Richard Norton-Taylor de *The Guardian*. Se redactó un texto, y la UE pediría a Irán que lo firmara. Contendría una garantía absoluta de no ejecución y podía ser un paso hacia la posterior anulación de la fetua.

La reunión de los ministros de Asuntos Exteriores había ido bien, informó Andy Ashcroft. No se había incorporado al texto la referencia a «otros afectados», pero los franceses habían accedido a que la troika de ministros de Asuntos Exteriores abordasen el asunto con los iraníes de palabra. Él coincidió en que era importante comunicarlo a la prensa y poner de relieve los puntos importantes.

Habían conseguido captar la atención de la gente. La noticia apareció en primera plana de todos los periódicos. *The Times* quería seguir informando del proceso. ¿Por qué no se le había ocurrido antes al gobierno británico hacer algo parecido? Se sobreentendía que él había concebido la iniciativa y se la había vendido a los franceses sin mucho esfuerzo por parte del Foreign Office. De acuerdo, pensó, *bien*.

La radio de Teherán emitió la siguiente declaración: *No tiene ninguna lógica que la UE pida una garantía formal de no ejecución cuando el gobierno iraní nunca ha dicho que tuviera intención de ejecutar la fetua*. Eso parecía a medio camino de una garantía. Luego, el 19 de abril, a las 10.30 (hora de Londres), los embajadores de la troika en Teherán (francés, alemán y español), junto con Jeffrey James, encargado de negocios británico, presentaron las exigencias de la Unión Europea al Ministerio de Asuntos Exteriores iraní.

Se había llevado a cabo la *démarche*, y la noticia enseguida fue divulgada

por las agencias de noticias. El máximo representante del poder judicial iraní, Yazdi, desdeñó la iniciativa y Sanei del Bounty declaró: «Esto solo servirá para que la fetua se lleve a cabo antes», y tal vez tenía razón. Pero Richard Norton-Taylor, al frente de la sección internacional de *The Guardian*, le dijo a Carmel que Rafsanjani, al final de su visita a la India, había declarado en una rueda de prensa que Irán no ejecutaría la fetua.

Zafar quería saber qué estaba pasando. Cuando se lo explicaron, respondió: «*Excelente. Excelente*». Los ojos se le iluminaron de esperanza, y su padre pensó: *Si la* démarche *se firma, tendremos que hacer todo lo posible para que realmente signifique lo que dice*.

La «iniciativa francesa» se abría paso entre los laberínticos intestinos de la mulacracia iraní, digerida y absorbida con arreglo a los lentos misterios de ese organismo arcano. Cada tanto se oían declaraciones, favorables o desfavorables. Él acabó viéndolas como una especie de flatulencia. Olían mal pero eran accesorias. Ni siquiera un rumor sonoro y sorprendente -*el jefe de los servicios de inteligencia iraníes ha desertado, llevándose los documentos que demostraban la implicación del régimen en el terrorismo internacional*- era más que un eructo surgido del estómago de ese Gargantúa eclesiástico multicéfalo que brotaba brevemente por una de sus muchas y contradictorias bocas. (Este rumor, como no era de extrañar, resultó falso; una nada llena de gas.) La respuesta oficial completa llegaría a su debido tiempo.

Mientras tanto fue con Elizabeth a pasar unos días en Austria invitado por Christine y el ministro de Cultura Rudolf Scholten, con quienes empezaban a entablar una rápida amistad. Estos querían ofrecerles unos días «fuera de la jaula». Cuando llegaron, se encontraron en medio de una tragedia familiar.

Esa mañana el padre de Rudolf había muerto atropellado por un coche. «No deberíamos quedarnos», dijo él de inmediato, pero Rudolf insistió en que no se marcharan. «Nos irá bien teneros aquí.» Christine convino: «Quedaos, de verdad». Una vez más él aprendió de otra persona una lección de elegancia y fortaleza.

Cenaron en la casa llena de obras de arte del íntimo amigo de los Scholten, Andre («Franzi») Heller, el erudito escritor, actor, músico, productor y sobre todo creador de extraordinarias instalaciones públicas y espectaculares acontecimientos artístico-teatrales en todo el mundo. Heller estaba entusiasmado con la gran concentración, el *Fest für Freiheit*, o Festival por la Libertad, que estaba organizando en la Heldenplatz y debía celebrarse al cabo de dos días. Fue en la Heldenplatz, allá por 1938, donde Adolph Hitler había anunciado la *Anschluss* de Austria. Celebrar una concentración antinazi en el mismo lugar era llevar a cabo un acto de reivindicación, limpiar la Heldenplatz de la mancha del recuerdo nazi, y con ello asestar un golpe al creciente neonazismo actual. En Austria siempre había un trasfondo nazi, y la popularidad de la derecha neonazi, dirigida por Jörg Haider, iba en aumento. La izquierda austriaca sabía que su adversario era fuerte, y en respuesta pasó a

ser más progresista y apasionada. «Debes quedarte -dijo de pronto Franzi Heller-. Debes estar allí, es muy importante que hables desde ese estrado sobre la libertad.» Al principio se mostró remiso, no muy seguro de que fuera correcto introducirse en las narrativas de otras personas, pero percibió el convencimiento de Heller. Así que escribió unas cuantas líneas en inglés, que Rudolf y Franzi tradujeron, y tuvo que practicarlas una y otra vez como un loro, pronunciando las palabras en un idioma que desconocía.

El día de la concentración en la Heldenplatz el cielo se abrió y cayó un aguacero sobre Viena, dando pie a la idea de que si había algún tipo de Dios, probablemente sería un neonazi como Jörg Haider. O quizá Haider tenía una especie de acceso cuasi wagneriano al dios nórdico de los fenómenos meteorológicos, Freyr, y le había pedido en una plegaria operística esa destructiva lluvia propia del Ragnarök. Franzi Heller estaba muy preocupado. Si acudía poca gente, sería una catástrofe, un regalo propagandístico a Haider y sus seguidores. No debería haberse preocupado. Conforme avanzaba la mañana, la plaza empezó a llenarse. Los asistentes eran jóvenes, envueltos en plástico y provistos de paraguas insuficientes, o simplemente rindiéndose con una actitud de indiferencia al intrascendente monzón. Más de cincuenta mil personas se apiñaron en la vieja y maligna plaza con esperanzas de un futuro mejor. Al estrado salían personas que interpretaban música y pronunciaban discursos, pero la muchedumbre fue la estrella de la velada. Aquella muchedumbre, empapada, entusiasta pese a todo, magnífica. Él dijo sus pocas frases en alemán y la multitud mojada lo vitoreó. También el jefe de su equipo de seguridad, Wolfgang Bachler, estaba exultante. «Esta es precisamente la manera de atacar a Haider», dijo, jubiloso.

Al otro lado de la frontera, en la Feria del Libro de Frankfurt, la eminente estudiosa islámica Annemarie Schimmel recibió el Premio de la Paz del Comercio Librero Alemán y, para generalizada consternación, habló con entusiasmo a favor de la fetua y en contra del autor de *Los versos satánicos*, un libro que ya había denunciado antes. A raíz del revuelo resultante, puso en práctica la «defensa a lo Cat Stevens» -dijo que no lo había dicho-, pero entonces, como muchas personas aseguraron a la prensa que estaban dispuestas a hacer declaraciones juradas confirmando que se lo habían oído, ella dijo brevemente que quería disculparse por sus anteriores palabras, pero luego se negó a disculparse. Sin duda era una excelente estudiosa y una *grande dame* de setenta y tres años, pero no por eso dejaba de pertenecer al Partido de los Estúpidos de Cat Stevens.

Artículo 19 había organizado un viaje a Dinamarca para un encuentro con el primer ministro y el ministro de Asuntos Exteriores, y él, pese a su creciente sensación de que tales encuentros no servían de nada, fue. Lo acompañó su editor, Johannes Riis, un hombre de principios, amable y de voz suave, y William Nygaard también viajó desde Oslo. Se les *permitió* pasear por las calles de Copenhague y de noche, asombrosamente, visitar los Jardines del

Tivoli, donde montaron en los autos de choque durante unos minutos despreocupados y dichosos, gritando y embistiéndose como niños. Observó a William y Johannes conducir sus autos como locos por la pista del Tivoli y pensó: *En estos años he recibido una lección de lo peor de la naturaleza humana, pero también de lo mejor, una lección de valor, principios, altruismo, determinación y honor, y al final es eso lo que quiero recordar: que estuve en el centro de un grupo de personas que se comportaron tan bien, tan noblemente como pueden comportarse los seres humanos y, más allá de ese grupo, en el centro de una narrativa más amplia llena de personas que no conocía, que nunca conocería, personas tan resueltas como mis amigos en sus autos de choque a no permitir que se impongan las tinieblas*.

De pronto la «iniciativa francesa» cobró vida. Jill Craigie llamó en un estado de gran agitación para anunciar que la noticia en todas las radios era que «los iraníes dan marcha atrás». Esa noche no consiguió que se lo confirmaran, pero la agitación de Jill era contagiosa. Y a la mañana siguiente todos los medios se hacían eco de la noticia. Amit Roy, autor del artículo de primera plana de *The Telegraph*, contó a Frances D'Souza en privado que había pasado tres horas con el encargado de negocios iraní, Gholamreza Ansari, que había dicho «cosas increíbles». *Nunca exigiremos el cumplimiento de la fetua, retiraremos el dinero de la recompensa*. Él se mantuvo sereno. Ya eran muchos los falsos amaneceres. Pero Zafar estaba entusiasmado. «Eso es estupendo», decía una y otra vez, y a su padre casi se le saltaban las lágrimas. En pleno alboroto de los medios, se sentaron y trabajaron en un texto de Zafar para literatura inglesa, *Lejos del mundanal ruido*, a fin de ayudarlo a preparar sus exámenes para el Certificado General de Educación Secundaria. Así pues, no hablaron de Jamenei y Rafsanjani, sino de Bathsheba Everdene, William Boldwood y Gabriel Oak.

Frances había oído que un grupo de periodistas occidentales, incluidos cinco británicos, iban de camino a Teherán invitados por el régimen. Quizá el anuncio era inminente. «No te adelantes a los acontecimientos -le dijo a Frances-. El mulá gordo todavía no ha cantado.» Pero a la mañana siguiente *The Times* publicó un extenso artículo. Él conservó la calma. «Conozco la realidad -confió a su diario-. ¿Cuándo podré vivir sin policías? ¿Cuándo me aceptarán las compañías aéreas, cuándo me permitirán los estados visitarlos sin histerias al estilo RAID? ¿Cuándo podré volver a ser una persona? Aún falta un tiempo, sospecho. Las "fetuas secundarias" impuestas por los temores de otras personas son más difíciles de revocar que las de los mulás.» Pero tampoco pudo por menos de preguntar: *¿Es posible que yo haya movido esta jodida montaña*?

Andy Ashcroft telefoneó desde la oficina de Hogg para decir que el Foreign Office se había llevado «una gran sorpresa» por el revuelo en los medios. «Quizá los iraníes hayan iniciado un proceso de ablandamiento.» Ashcroft pensaba que la respuesta oficial no llegaría antes de un mes. La reunión para el «diálogo crítico» entre Irán y la UE estaba prevista para el 22 de junio, y

era entonces cuando esperaban conocer la respuesta oficial a la *démarche*.

El 30 de mayo, después de la reunión de los ministros de Asuntos Exteriores de la UE, el gobierno danés afirmó que «confiaba» en que Irán «ofreciera una respuesta satisfactoria a la *démarche* antes de terminar el periodo de presidencia francesa de la UE». Los franceses ejercían una gran presión, los iraníes se tomaban el asunto en serio, exigiendo concesiones a cambio, pero Estados Unidos se mantenía firme. «Ya llega -escribió él en su diario-. Ya llega.»

El parlamentario Peter Temple-Morris declaró en BBC Radio: «Rushdie viene comportándose como es debido desde hace un tiempo, manteniendo la boca cerrada, y por eso son posibles los avances». Pero la entrevista de Robert Fisk al ministro de Asuntos Exteriores iraní, Velayati, estaba plagada de la bazofia de siempre: *No podemos anular la fetua, el ofrecimiento de recompensa es una forma de «libertad de expresión»*, y demás. Eructos y flatulencias. Para la realidad, aún tendría que esperar.

Entre la policía empezaba a cundir el temor ante la publicación de *El último suspiro del moro*. Se había organizado una lectura en Waterstone's, en Hampstead, pero ahora Scotland Yard faltaba a su compromiso de permitir que se anunciara el acto. El subcomisario estaba «nervioso», dijo Helen Hammington, y los «uniformados» del barrio estarían aún más nerviosos. Le preocupaba que «se excedieran con el control policial» del acto, pero también afirmó que los «expertos» en orden público temían una manifestación violenta de un grupo llamado Hizb ut-Tahrir, individuos que, según Helen, «llevaban traje» y «hablaban por móvil» y eran lo bastante listos y rápidos para organizar un ataque de reacción rápida. Rab Connolly fue a verlo y dijo: «Hay gente en el cuerpo de policía que siente una gran hostilidad hacia usted y quiere que la lectura vaya mal». Añadió que, en unas conversaciones con Cathay Pacific Airways sobre la gira prevista por Australia y Asia con motivo del libro, había oído que en las reuniones de los operadores de aerolíneas British Airways había estado «haciendo proselitismo de su prohibición» y alentando a otras compañías a respaldarla.

Cuando se acercaba el día de publicación de *El último suspiro del moro*, la batalla entre él y los altos cargos de Scotland Yard, que abochornaba cada vez más al equipo de Malaquita, se convirtió en una guerra abierta. Rab Connolly telefoneó para anunciar que el comandante Howley no iba a la oficina desde hacía unos días y, en su ausencia, otro alto cargo, el comandante Moss, se había puesto del lado del «nervioso» subcomisario local, un tal Skeete, y contra él. La policía se echaba atrás en su compromiso de permitir el preaviso de las lecturas, dijo Connolly, *porque es usted*. Margaret Thatcher también estaba de gira por un libro y se concedería automáticamente a todos sus actos el máximo esfuerzo policial porque -otra vez el antiguo argumento de Greenup- ella había servido al Estado; pero el señor Rushdie era un individuo conflictivo y no merecía su ayuda. Los mandos que más trataban con él -

Connolly, Dick Wood y Helen Hammington (de baja por una fractura en una pierna)- estaban todos de su lado, pero sus jefes no daban el brazo a torcer. «Si él va a esa librería -dijo Moss-, tendrá que ir solo.» Howley volvería pasado el fin de semana, informó Rab Connolly, y «entre nosotros -añadió-, he pedido una reunión con él. Si no me apoya, dimitiré del equipo de protección y probablemente me mandarán a responsabilidades de uniforme». Esa simple declaración lo dejó desolado.

Se lo contó a Frances Coady y Caroline Michel, que se quedaron atónitas. Habían planificado el lanzamiento del libro basándose en un acuerdo con la policía que ahora, en el último momento, se incumplía. Se lo contó asimismo a Frances D'Souza. «Estoy al límite de mi aguante -dijo él-. No pienso seguir tolerando esto.» Si iba a recibir protección, no podía ser una protección tan sujeta a arbitrariedades y poco generosa. Si ese *diktat* se confirmaba, declararía la guerra en público. La prensa sensacionalista lo vilipendiaría, pero ya lo hacían igualmente. Que fuera Inglaterra quien decidiese.

Estaba en guerra con policías convencidos de que él no había hecho nada de provecho en la vida. Ahora bien, quizá no todo el mundo en Scotland Yard pensara así. Dick Wood informó de que el comisario segundo David Veness, el cargo más alto que había intervenido en el caso hasta el momento, daba «luz verde» a la lectura en Hampstead y se comprometía a «decir a los picajosos que se serenaran». Rab Connolly estaba en su casa, tal vez preocupado por la posibilidad de perder su empleo cuando presentara su ultimátum. Pero al final no hubo ultimátum. El lunes Howley ordenó a Connolly que anulara el acto y Connolly telefoneó a la librería para notificarlo sin comunicárselo antes a la editorial ni al propio autor.

Esto ya no era una simple batalla que pudiera vencerse mediante armas convencionales. Estaba a punto de convertirse en algo termonuclear. Exigió una reunión en Scotland Yard a la mañana siguiente y llevó a Frances Coady y Caroline Michel en representación de Random House para dejar claro que su plan de publicación estaba resultando gravemente perjudicado por el comportamiento de la policía. Se reunieron con los abochornados miembros del equipo de Malaquita: Helen Hammington acudió con su pierna rota, y también se hallaban presentes Dick Wood y Rab Connolly, todos susceptibles y ofendidos porque habían discutido con su jefe, que no estaba acostumbrado a tales insubordinaciones, y las consecuencias no habían sido agradables. Eran agentes de alto rango, pero Howley les había «levantado la voz». La decisión del comandante, dijo Helen con expresión sombría y hermética bajo el pelo a cepillo, era «irrevocable». Con eso dieron por concluida la reunión.

Fue entonces cuando él, en una calculada estrategia, se enfureció intencionadamente y empezó a levantar la voz. Era consciente de que nadie en aquel despacho tenía la culpa de lo que ocurría, y de que, de hecho, se habían jugado la carrera por él; pero si él no podía pasar por encima de ellos, había perdido la batalla, y sencillamente tenía la firme determinación de no perder. Así que con toda sangre fría, a sabiendas de que era su única opción, montó

en cólera. Si Helen no podía cambiar esa decisión, vociferó, más le valía llevarlo a un despacho donde hubiera alguien capaz de cambiarla, porque Random House y él habían actuado rigurosamente con arreglo a lo pactado con la policía, *hacía meses*, y esa arbitrariedad del último momento era desde luego inaceptable, era *totalmente* inaceptable, y si no lo llevaban a ese despacho *inmediatamente*, lo haría público de la manera más sonora y agresiva, así que lléveme allí, Helen, o si no... o si no, joder... Al cabo de cinco minutos estaba a solas con el comandante John Howley en otro despacho.

Si con Helen había sido fuego, ahora sería hielo. Howley mantenía fija en él su mirada más fría, pero él era muy capaz de superarlo en frialdad. El policía habló primero. «Debido a su renovada visibilidad -dijo Howley, refiriéndose a la *démarche*-, creemos que los medios de comunicación cogerán la noticia de la lectura y la convertirán en tema de cabecera.» Y a partir de ese momento se presentarían hordas vociferantes de musulmanes ante la librería. «Eso no puede permitirse.» Él mantuvo la voz baja cuando contestó: «Esa decisión es intolerable. No me creo su argumento del orden público. Además, su actitud es discriminatoria. En la misma página de *The Times* de hoy que contiene un artículo sobre el posible deshielo iraní hay un anuncio de un acto relacionado con un libro de Margaret Thatcher, y a eso sí le ofrecen protección. Por otra parte, como el señor Veness dio luz verde justo ayer, en Waterstone's y Random House todo el mundo sabe qué pasa, así que esto se hará público incluso si yo me quedo de brazos cruzados. Y debo decirle que no voy a quedarme de brazos cruzados. Si no se retracta de su decisión, convocaré una rueda de prensa y concederé entrevistas a todos los principales periódicos, programas de radio y cadenas de televisión para denunciarlo. Hasta ahora no he hecho más que dar las gracias a la policía, pero puedo cambiar de actitud y lo haré».

«Si hace eso -dijo Howley-, usted mismo quedará muy mal.»

«Probablemente -respondió él-. Pero ¿sabe qué le digo? *Ustedes también quedarán muy mal*. Así que he aquí la alternativa: o permite que el acto siga adelante, y ni ustedes ni yo quedamos mal, o lo prohíbe, y en ese caso los dos quedaremos mal. Elija.»

«Lo pensaré -replicó Howley con su voz gris y cortante-. Ya le comunicaré mi decisión al final del día.»

Andy Ashcroft telefoneó a la una del mediodía. El G7 se había sumado a la campaña y había accedido a solicitar el final de la fetua. La UE presionaba fuertemente para conseguir la firma de Rafsanjani y el cumplimiento de todas las condiciones de la *démarche* francesa. «No deben conformarse solo con una Europa libre de fetua -le dijo a Ashcroft-. Y los iraníes, en un comentario posterior al anuncio, deberían instar a los musulmanes de Occidente a atenerse a las leyes locales.» Ashcroft admitió que se sentía «bastante optimista». «He tenido una pelotera con la División Especial -explicó al asesor del Foreign

Office-, y estaría bien que usted dé un empujoncito a la situación, porque ahora mismo no quedaría bien que eso saliera a la luz pública.» Ashcroft se echó a reír. «Ya veré qué puedo hacer.»

Al cabo de dos horas y media Dick Wood telefoneó para anunciar que Howley se había echado atrás. Faltaban dos días para la lectura. No debía anunciarse hasta la mañana misma del acto. Esas eran las condiciones ofrecidas.

Él aceptó.

A la hora de comer ya se habían vendido todas las localidades en Waterstone's. «Imagínese que lo hubiéramos anunciado el lunes como estaba previsto -dijo el director de la tienda de Hampstead, Paul Bagley-. Habríamos vendido miles.» Hampstead High Street era un hervidero de policías de uniforme, y no se veía un solo manifestante, ni un solo caballero con barba, pancarta y expresión de moralista indignación. Ni uno solo. ¿Dónde estaban los trajes y los teléfonos móviles, los «mil fanáticos violentos» del Hizb ut-Tahrir? Allí no, eso desde luego. A no ser por las hordas de policías en la calle, habría parecido un acto literario normal y corriente.

No lo fue, por supuesto. Fue su primera lectura pública anunciada previamente en casi siete años. Era el día de la publicación de su primera novela para adultos desde *Los versos satánicos*. Los empleados de Waterstone's dijeron después a Caroline Michel que había sido la mejor lectura que habían oído jamás, lo cual resultó gratificante; al propio lector se le antojó un milagro. Volvía a estar con su público después de mucho tiempo. A oír sus risas, sentir que se conmovían: extraordinario. Leyó el principio de la novela, y la parte de los «Lenines», y el pasaje sobre la «Madre India». Después, cientos de ejemplares del libro se adentraron rápidamente en la noche londinense, sostenidos por manos felices. Y no apareció un solo manifestante.

Había cruzado su Rubicón. No podía haber vuelta atrás. Los responsables de Waterstone's en Cambridge habían estado presentes y querían organizar su propio acto, esta vez con un anuncio previo de dos días. Dick Wood dijo que «en la oficina todo el mundo estaba muy contento». Él se preguntó si eso incluía al comandante Howley. Un día, luego dos días, luego más. Paso a paso, de regreso a su vida real. Alejándose de Joseph Anton, en dirección a su propio nombre.

Envió botellas de champán a los agentes que lo habían defendido ante los mandamases de Scotland Yard.

Las reacciones a la «iniciativa francesa» se dejaban oír cada día más. *The Independent* informó de que el jefe de las células de la Guardia Revolucionaria iraní radicadas en Europa había escrito a Jamenei quejándose de la orden de retirar a todos sus perros: una señal en el aire de que en efecto se proponían retirar a los perros y de que Jamenei quizá no se opusiera a mandarlos a la perrera. Luego Arne Ruth, de *Dagens Nyheter*, informó de una

«interesantísima» reunión en Estocolmo. Junto con otros periodistas suecos, se había reunido con el ministro iraní Larijani, quien dijo, increíblemente, que quería que se escribieran artículos haciendo hincapié en la «admiración [de Irán] por la obra de Salman Rushdie», ya que deseaban «cambiar las actitudes psicológicas». Más asombrosa aún fue la declaración oficial de Larijani afirmando que no era necesario exigir el cumplimiento de la fetua, porque no favorecía los intereses de Irán. Ese era el mismo Larijani que en varias ocasiones había pedido la muerte de Rushdie. Sin embargo, respecto a Sanei del Bounty, Larijani se mantuvo en sus trece. En cuanto a eso, el gobierno no podía hacer nada. Luego, una ocurrencia: ¿por qué el señor Rushdie no demandaba a Sanei conforme a la ley iraní? *Vaya, muy bien*, pensó él, adoptando por un momento cierto dejo dickensiano. *Muy pero que muy bien*.

Soplaba el viento y el aire se arremolinaba, arrastrando las señales en muchas direcciones. Si ese viento traía una respuesta, él era incapaz de entenderla.

Elizabeth estaba inquieta porque no había indicios de embarazo. Le dijo que él debía someterse a una «prueba de fertilidad». Surgían esos momentos de tensión entre ellos. El asunto los preocupaba a los dos.

Caroline Michel dijo: «Sí, el revuelo en los medios está en un punto muy alto, y puede utilizarse para mejorar tu vida». Él no quería permanecer eternamente atrapado en un tenebroso mundo de diplomáticos, espías, terroristas y contraterroristas. Si renunciaba a su propio retrato del mundo y aceptaba ese otro, nunca escaparía. Intentaba comprender cómo pensar y actuar en respuesta a lo que quizá estuviera a punto de ocurrir. Sería todo un número en la cuerda floja. Si Eliasson tenía razón sobre la necesidad de una respuesta positiva en los medios, quizá él debía decir que las cosas iban mejor pero la situación no estaba resuelta; que era el principio del fin, pero no el fin; un alto el fuego, pero no todavía una paz definitiva. El ayatolá Meshkini había afirmado recientemente que *cualquier fetua podía anularse, y muchas se habían anulado*. ¿Debía mencionar eso? Mejor que no. Posiblemente a los iraníes no les entusiasmara que les lanzase citas textuales de sus ayatolás.

Andrew Green, del Foreign Office, telefoneó para informarle de lo que se había planeado. El texto iraní consistiría en «una carta del ministro de Asuntos Exteriores, Velayati, declarando que su viceministro, Va'ezi, estaba autorizado a expresar la postura iraní», postura que no se plasmaría en la carta de Velayati, sino en un «anexo» a esta, y que también se publicaría en la prensa iraní. ¿A él eso le parecía aceptable o no?, quiso saber Green. Tuvo la impresión de que el Foreign Office no lo consideraba suficiente. Al fin y al cabo, eso distaba mucho de la obtención de la firma de Rafsanjani.

Larry Robinson telefoneó desde la embajada de Estados Unidos. Le daba la sensación de que los europeos estaban presionándolo para que aceptara, pero no era ese el deseo de Estados Unidos y el Reino Unido. Él temía que Irán

estuviera preparando un «asesinato desmentible». (También Elizabeth pensaba que podían matarlo en una de aquellas lecturas que tanto le había costado conseguir, pero Rab Connolly le aseguró que, según los «espías», no era ese el plan de los «malos».)

¿Qué hacer? La verdad es que no lo sabía. ¿Qué demonios debía hacer?

Los medios abordaban ese momento como si se tratase del fin de la historia de la fetua, pero quizá no lo fuera, y en ese caso él perdería la atención de todo el mundo y, sin embargo, el peligro persistiría. O alternativamente, si se prestaba a ello, si precipitaba las cosas, tal vez pudiera utilizar a los medios a fin de crear una atmósfera propicia para acabar realmente con la amenaza.

Si la UE rechazaba la respuesta iraní a la *démarche*, Irán tendría motivos para acusar a la UE de mala fe y de quisquillosidad, y para decir que Occidente no quería resolver el problema de la fetua, que él estaba siendo utilizado por Occidente como peón en un juego más amplio. Y quizá era así. La administración estadounidense y, hasta cierto punto, el gobierno británico deseaban apretar las tuercas políticas a Irán, y en ese esfuerzo la fetua les era útil, eso sin duda. Pero si él aceptaba la respuesta iraní, la campaña de defensa se apagaría, y la fetua y el ofrecimiento de una recompensa seguirían en pie. Se sentía desbordado.

El día de la respuesta iraní coincidió con el día de la lectura en Cambridge. El aviso con dos días de antelación había atraído a una numerosa concurrencia, y los responsables de la librería, como es natural, estaban nerviosos. Le dijeron que tenía que entrar por la puerta trasera, que si intentaba entrar por delante, el acto se suspendería. Pero al menos la lectura iba a celebrarse, y tampoco esta vez había indicios de manifestaciones. Su propia intuición, respaldada por sus conversaciones con artistas y periodistas de la comunidad asiático-británica, le decía que las protestas de los musulmanes británicos habían perdido fuelle hacía tiempo. Esa fase había terminado.

A las 12.45 se dio a conocer la asombrosa e inesperada noticia. El viceministro de Asuntos Exteriores, Va'ezi, había declarado a IRNA, la agencia de noticias iraní, que Irán había rechazado la *démarche* europea y la iniciativa francesa estaba muerta. Esa misma mañana Irán había comunicado a los medios que el texto de Va'ezi satisfaría todas las exigencias de la UE, y ahora este aparecía diciendo que no se había dado ninguna garantía por escrito, ni se daría.

Tal cual.

Era imposible saber qué había ocurrido en Teherán. Alguien había perdido una batalla y alguien la había ganado.

Elizabeth rompió a llorar. A él lo invadió una extraña calma. Debía emplear la rueda de prensa prevista para volver al ataque. Negándose a declarar que no participarían en actividades terroristas, los iraníes habían revelado que tal vez sí lo hicieran. El fracaso de la iniciativa dejaba a Irán desnudo bajo la intensa

luz de la atención internacional. Eso era lo que él debía decir, en voz tan alta como le fuera posible.

Curiosamente no temía por sí mismo, pero no sabía cómo hablar a aquellos que lo amaban, cómo explicar a Zafar la decepcionante noticia, qué decir a Sameen. No sabía cómo transmitir fuerzas a Elizabeth en su llanto, ni dónde buscar esperanzas. Daba la sensación de que acaso no hubiera ninguna esperanza. Pero él sabía que tenía que continuar -que continuaría-, siguiendo el ejemplo del poderoso Innombrable de Beckett. *No puedo seguir. Seguiré*.

Y por supuesto la vida siguió adelante. Una cosa estaba más clara que nunca: él debía aprovechar su libertad siempre que surgiera la ocasión. Ya no parecía posible un final «oficial», pero Estados Unidos lo atraía hacia sí para permitirle disfrutar de otro descanso veraniego. El desinterés de los policías estadounidenses en su protección le parecía bien: de hecho, era una ventaja. Ese año Elizabeth, Zafar y él dispusieron de veinticinco días felices de libertad norteamericana. Zafar y Elizabeth viajaron juntos en un vuelo directo; él recurrió a los amigos de Rudolf Scholten en Austrian Airlines para que la compañía aérea lo llevara a JFK vía Viena. Fue un largo rodeo, pero daba igual, ¡volvía a estar allí! ¡Y Andrew estaba allí! Y fueron directos por carretera a Water Mill para pasar nueve maravillosos días en Gibson Beach, y en casas de amigos, sin hacer nada y haciendo de todo. La simplicidad de aquello -y el contraste con su vida de secuestrado en Gran Bretaña- le arrancaba lágrimas. Y después de Water Mill fueron, en coche y transbordador, a Martha's Vineyard, donde serían los invitados de Doris Lockhart Saatchi en su finca de Chilmark durante otros ocho días. Su principal recuerdo de ese viaje serían los genitales de William Styron. Elizabeth y él visitaron a los Styron en su casa de Vineyard Haven, y allí, sentado en el porche con las piernas muy separadas, estaba el gran escritor, con un pantalón corto de color caqui y sin calzoncillos, exhibiendo generosa y plenamente sus tesoros. Eso era más de lo que nunca había esperado conocer acerca del autor de *Las confesiones de Nat Turner* y *La decisión de Sophie*, pero toda información era útil, supuso, y él lo consignó debidamente para uso posterior.

Luego, tres noches en casa de los Irving, y tres en casa de los Herr, y tres más en el apartamento de Wylie en Park Avenue. Zafar recibió los resultados de sus exámenes para el Certificado General de Educación Secundaria en su última noche allí y, a Dios gracias, eran buenos. En los años siguientes se preguntó a menudo cómo habría sobrevivido sin esos viajes anuales a Estados Unidos a modo de válvula de escape, en los que podían hacer como que eran personas normales del mundo de la literatura dedicándose a sus asuntos normales sin la compañía de hombres armados, y no les parecía tan difícil. Tuvo la certeza, muy pronto, de que llegado el día sería Estados Unidos el país donde más fácilmente reivindicaría su libertad. Cuando se lo comentó a Elizabeth, ella frunció el entrecejo y se puso irritable.

En la oscuridad que siguió al fracaso de la iniciativa francesa apareció un inesperado rayo de luz. Lufthansa cedió a la presión pública. Hubo un almuerzo con el señor y la señora Lufthansa, el presidente Jürgen Weber *und frau*. Frau Weber resultó ser una *gran admiradora* suya, o eso le dijo. Y sí, *con mucho gusto* lo aceptarían en sus vuelos, afirmó su marido. Estarían *orgullosos* de hacerlo. Fue así de fácil. Después de más de seis años de negativas -¡pum!- les *encantaría* llevarlo en sus aviones, *en cualquier momento*. Lo admiraban *muchísimo*. «Gracias», dijo él, y todo el mundo pareció muy complacido, y por supuesto tuvo que plasmar su autógrafo en muchos libros.

La BBC realizó un documental sobre *El último suspiro del moro* y para la película encargó un retrato suyo a su amigo el pintor indio Bhupen Khakhar. Era una novela sobre pintores y pintura, y su amistad con una generación de artistas indios de mucho talento -con el propio Bhupen por encima de todos- le había permitido plantearse escribirla. Se conocieron a principios de los años ochenta y de inmediato se vieron reflejados el uno en el otro y se hicieron amigos. Poco después de conocerse, él fue a la exposición de Bhupen en la galería Kasmin Knoedler de Londres. Llevaba en el bolsillo el cheque de un relato que acababa de vender al *Atlantic Monthly*. En la exposición se enamoró de *Compartimento de segunda clase* de Bhupen, y cuando descubrió que el precio marcado era exactamente el mismo que la cifra del cheque en su bolsillo (por aquel entonces el arte indio era más barato), convirtió gustosamente su relato en el cuadro de su amigo, y era una de sus posesiones más preciadas desde entonces. Para los artistas indios contemporáneos era difícil escapar a la influencia de Occidente (en una generación anterior, los famosos caballos de M. F. Husain se inspiraron directamente en el *Guernica* de Picasso, y la obra de otros muchos grandes nombres -Souza, Raza, Gaitonde- estaba demasiado en deuda, para su gusto, con el arte moderno y la evolución occidental hacia la abstracción). Encontrar un lenguaje indio que no fuese folclórico ni derivativo no había sido fácil, y Bhupen fue uno de los primeros en conseguirlo, observando el arte callejero de la India, los carteles cinematográficos, las fachadas pintadas de las tiendas y las tradiciones figurativas y narrativas de la pintura india, y creando a partir de ese entorno visual una obra idiosincrásica, original e ingeniosa.

En el centro de *El último suspiro del moro* se hallaba la idea del palimpsesto, una pintura oculta bajo otra pintura, un mundo escondido bajo otro mundo. Antes de nacer él, sus padres contrataron a un joven pintor de Bombay para decorar su futuro cuarto de juegos con animales de cuentos de hadas y dibujos animados y el empobrecido artista Krishen Khanna aceptó el encargo. Además, pintó un retrato de Negin, la hermosa y joven madre del Salman aún no nacido, pero a su marido, Anis, no le gustó y se negó a adquirirlo. Khanna guardó el lienzo rechazado en el taller de su amigo Husain,

y un día este pintó una obra suya encima del retrato y la vendió. Por tanto, en algún lugar de Bombay existía un retrato de Negin Rushdie pintado por Krishen -que naturalmente acabó siendo uno de los principales artistas de su generación-, oculto bajo un cuadro de Husain. Krishen dijo: «Husain sabe dónde han ido a parar todos sus cuadros, pero se negará a decirlo». La BBC intentó sonsacárselo, pero el anciano golpeó airadamente el suelo con su bastón y afirmó que aquello no era verdad. «Claro que es verdad -dijo Krishen-. Lo que pasa es que le preocupa que destruyas su cuadro en busca del retrato de tu madre, y le ofende que busques mi cuadro y no te importe el suyo.» Al final, él llegó a la conclusión de que el retrato era más evocador perdido que si lo encontraba -perdido, era un misterio hermoso; hallado, podría haberse demostrado que el criterio artístico de Anis Rushdie era acertado, y que el por entonces aprendiz Khanna no había hecho un gran trabajo- y suspendió la búsqueda.

Posó para Bhupen en un taller de Edwardes Square, en Kensington, y le contó la historia del cuadro perdido. Bhupen se rió complacido y siguió trabajando. Su retrato era de perfil, a la manera tradicional india de los retratos cortesanos, y como buen *nawab* vestía una camisa transparente, solo que la suya, tal como la pintó Bhupen, parecía más de nailon que de algodón puro. Bhupen empezó por el dibujo, con un solo trazo, un perfil al carbón que capturó un parecido exacto sin el menor esfuerzo. En ciertos aspectos, la pintura que cubrió esa única línea al carbón se parecía menos al modelo real y más al personaje del moro Zogoiby de la novela. «Es un retrato de los dos -dijo Bhupen-. Tú como el Moro y el Moro como tú.» Así que también debajo de este retrato se escondía un retrato perdido.

Al final, el cuadro acabado lo adquirió la National Portrait Gallery, y Bhupen se convirtió en el primer artista indio con una obra expuesta allí. Bhupen murió el 8 de agosto de 2003, el mismo día que Negin Rushdie. No podía negarse la coincidencia, pero el significado de esa sincronicidad era inaprensible. Perdió a un amigo y a su madre el mismo día. Eso era de por sí significado más que suficiente.

Se publicó la novela. Él continuó ampliando sus límites. Participó en el mayor acto anunciado previamente hasta la fecha, en el Foro de Escritores de *The Times*, en Central Hall Westminster, junto con Martin Amis, Fay Weldon y Melvyn Bragg. Leyó un pasaje de *El último suspiro del moro* y dio las gracias al público por acudir a su «pequeña fiesta de presentación en sociedad». Sí, había medidas de seguridad, y sí, tuvo que ir hasta allí en un coche blindado y entrar y salir por la puerta de atrás, pero había publicado su libro. Y no, no hubo manifestaciones, y los mandamases de la policía en Scotland Yard empezaron, por fin, a relajarse.

Planeaba algo muy ambicioso. Sus editores sudamericanos le preguntaron si estaba dispuesto a visitar Chile, México y Argentina en diciembre, y él decidió que podía hacerlo y luego ir a Nueva Zelanda y Australia. Sería un

viaje colosal y tomó la firme determinación de llevarlo a cabo. Fue necesario hablar con muchas compañías aéreas, pero ahora que tenía de su lado a Lufthansa, además de Iberia, Air France, Austrian Airlines y Scandinavian Airlines, contaba con más argumentos a su favor. Poco a poco se elaboró la ruta, se solicitaron y obtuvieron autorizaciones; el embajador mexicano en Londres, Andrés Rozental, se reunió con él en presencia de Carlos Fuentes y lo ayudó a organizar el tramo mexicano del viaje; y por fin, asombrosamente, inverosímilmente, se fraguaron los planes. Tenían vía libre para ponerse en marcha.

Fueron a Oslo para la publicación en Noruega de *El último suspiro del moro*, y él leyó un fragmento en el gran salón de la Universidad de Oslo, el Aula Magna, con murales de Edvard Munch. Fue la primera lectura anunciada con antelación fuera del Reino Unido, y tanto William Nygaard como él tuvieron la sensación de haber dado un gran paso al frente. *Una victoria sobre nuestros opresores*, dijo William, *y lo hemos hecho juntos*. William seguía moviéndose aún con cierta lentitud a causa de las heridas, seguía un poco dolorido, pero rebosaba vida. Esa noche en Oslo, para asombro de todos, la aurora boreal iluminó el cielo. En Oslo, que se hallaba demasiado al sur, rara vez se veía, como tampoco solía verse en octubre, que era demasiado pronto, pero allí estaba, la aurora verde «en honor -dijo William- de tu Aurora». La heroína de *El último suspiro del moro* era Aurora Zogoiby, y fue como si ella estuviera allí en lo alto, bailando en el cielo, en algún lugar entre las gigantescas cortinas verdes que trazaban un arco y ondeaban desenfrenadamente de horizonte a horizonte. En Oslo todo el mundo telefoneaba a sus amigos para decirles *sal, mira, es asombroso*. La aurora permaneció en el cielo durante una hora o más, y pareció augurar tiempos mejores.

Robert McCrum había tenido una embolia en la casa del 41 de St. Peter's Street. Sarah Lyall y él llevaban casados solo dos meses y, en ausencia de ella, él había estado a punto de morir. Robert sobrevivió, pero le quedó un brazo paralizado, podía caminar solo un par de pasos seguidos, y era imposible saber cuáles serían las lesiones permanentes a largo plazo. Estaba mejorando un poco, y Sarah y él se aferraban a eso como señal de esperanza. La Maldición de St. Peter's Street había azotado de nuevo.

Acompañado de Christopher Hitchens, fue a ver a Robert y Sarah y, en cierto modo, a disculparse por la Maldición. Le resultó extraño estar de nuevo en su antigua casa, donde se hallaba cuando, como ahora se complacía en decir, los excrementos empezaron a salpicar. Varios fantasmas entraron y salieron de la sala mientras Hitch y él hablaban con su amigo convaleciente. No se quedaron mucho tiempo. Robert necesitaba descansar.

En las instantáneas que su memoria conservaba de la vida en esos años, la policía a menudo estaba ausente, borrada de las fotos de la historia como el

líder comunista Clementis al principio de *El libro de la risa y el olvido* de Milan Kundera. Para hacerse más llevaderos los días, intentaba obligarse a olvidar que estaba siempre rodeado de agentes de seguridad y lo mucho que pesaban las consideraciones relativas a la seguridad en su vida cotidiana. Se olvidaba de las pequeñas privaciones diarias. No podía recoger su propio correo ni el periódico matutino en el patio de su casa. En la cocina se producían colisiones en pijama que nunca dejaban de ser embarazosas. Estaba el seudónimo, *Joe*, que aborrecía cada vez más. (¿De verdad era necesario evitar llamarlo por su propio nombre en su propia casa?) Estaba la pérdida de toda espontaneidad. *Me gustaría ir a dar un paseo, por favor. De acuerdo, Joe, déjanos una hora para prepararlo. Pero dentro de una hora no me apetecerá ir a dar un paseo*. Y cada vez que en efecto salía, lo llevaban a un «punto de transbordo» y lo obligaban a apearse de un coche, el coche vinculado a la casa, y subir a otro, el coche vinculado a sus apariciones en público. Durante el resto de su vida detestaría esos puntos de transbordo, Nutley Terrace, Park Village East; haría una mueca de repulsión para sus adentros cada vez que pasara por ahí, pero en su día se esforzaba por *no experimentarlos*, se distanciaba del cuerpo del hombre que corría de un vehículo al otro, y cuando llegaba a su destino, se negaba a pensar en la protección, simplemente salía con sus amigos, era él mismo.

Para sus amigos era todo lo contrario: para ellos, la seguridad era algo tan desacostumbrado, tan extraño y emocionante, que era casi lo único que recordaban. Cuando él les preguntaba por sus recuerdos de esa época, hablaban de policías: *¿Te acuerdas de aquel que sedujo a nuestra niñera? ¿Te acuerdas de aquellos dos tan guapos? Todo el mundo se enamoraba de ellos*, recordaban cortinas echadas y puertas de jardín cerradas con llave. Incluso a ojos de sus amigos él estaba convirtiéndose en un número secundario y la policía era la actuación principal. Sin embargo, cuando él intentaba rememorar esos días, a menudo la policía no estaba presente. En realidad sí estaba, naturalmente, pero su memoria había decidido que no.

Aunque en ocasiones era imposible realizar ese pequeño truco mental. En las instantáneas que conservó su memoria del viaje a Sudamérica, los policías chilenos estaban justo en el centro del encuadre, aterradores, inolvidables, *estridentes*.

Instantánea de Chile. En Chile había dos cuerpos de policía distintos, los carabineros uniformados y los agentes de la Policía de Investigaciones, vestidos de paisano, y mientras Elizabeth y él estaban en el aire, volando hacia Santiago, estas dos grandes instituciones se enfrentaron por la decisión de haberle permitido entrar en el país. Él debía hablar en una feria literaria, pero cuando bajaron del avión aquel día tórrido, luminoso y sin aire, se vieron rodeados de policías de uniforme y trasladados a un sofocante cobertizo en alguna parte de las pistas del aeropuerto mientras un sinfín de gente vociferaba alrededor en español. Les quitaron los pasaportes. No apareció nadie que hablara inglés para hacer de intérprete, y cuando él intentó

preguntar qué ocurría, le levantaron la voz y le ordenaron, con gestos inequívocos, que retrocediera y se callara. *Bienvenido a Sudamérica*, pensó, sudando copiosamente.

En 1993 Augusto Pinochet ya no era presidente, pero seguía siendo comandante en jefe de las fuerzas armadas y nadie dudaba de que conservaba poder e influencia en ese otoño del patriarca. En el Chile de Pinochet las fuerzas de seguridad eran omnipotentes. Salvo que en este caso los dos cuerpos policiales estaban enzarzados en una pelea de perros, y él era el hueso. Se acordó de un fragmento en *El emperador*, de Ryszard Kapuscinski, donde se describe a los dos servicios de inteligencia totalmente independientes de Haile Selassie, cuya principal misión era espiarse mutuamente. También se recordó a sí mismo, cosa mucho menos graciosa, que aquel era un país donde hasta fecha reciente las desapariciones y los asesinatos sin explicación habían sido el pan de cada día. ¿Acaso ellos eran «desaparecidos»?

Después de retenerlos en el cobertizo durante quizá dos horas, los trasladaron a unas dependencias policiales presentadas como hotel. No era un hotel. La puerta de su habitación no se abría desde dentro. Había guardias armados fuera. Él pidió repetidamente que les devolvieran los pasaportes, que telefonearan a su editor y le permitieran hablar con el embajador británico. Los guardias se encogían de hombros. No hablaban inglés. Pasaron las horas. No había nada de comer ni de beber.

Sus captores se volvieron cada vez más descuidados. La puerta de su habitación quedó abierta, y si bien el «hotel» estaba lleno de hombres de uniforme, no había guardia ante su habitación. Respiró hondo y dijo a Elizabeth: «Voy a probar una cosa». Se puso las gafas de sol, salió de la habitación y bajó por la escalera hacia la puerta de la calle.

Nadie se dio cuenta de lo que hacía hasta que se hallaba dos plantas más abajo, y de pronto se vio en medio de varios hombres que vociferaban y gesticulaban en la escalera, pero siguió adelante. *Qué hacer. Dónde va. No posible*. Estaba ya en recepción y lo rodeaba un pequeño enjambre de hombres con galones y gafas de espejo; hombres con armas, advirtió, pero a eso ya estaba acostumbrado. *¿Dónde va? Pare. Pare*. Él sonrió con toda la amabilidad posible. «Voy a dar un paseo», dijo, señalando la puerta y simulando el movimiento de andar con los dedos. «Verá, nunca he estado en Santiago. Parece una ciudad preciosa. Solo pretendo dar un pequeño paseo.» Los carabineros no sabían qué hacer. Profirieron amenazas y gritos, pero nadie le puso la mano encima. Continuó andando. Ya estaba fuera del edificio, pisando la acera. No tenía la menor idea de lo que hacía, en realidad, pero dobló a la izquierda y siguió adelante. «Señor, es necesario que pare en el acto, por favor.» Había aparecido un intérprete como por arte de magia. «Veo que por fin han sacado el conejo del sombrero», comentó él, todavía sonriente, todavía andando. «Señor, ¿qué hace? Por favor, esto no está permitido.» Desplegó una sonrisa aún más amplia. «Dígales que si estoy cometiendo un

delito, deben detenerme y meterme en la cárcel -dijo-. Si no, quiero al embajador británico al teléfono en menos de dos minutos.» Al cabo de dos minutos hablaba con la embajada. «Gracias a Dios -exclamó el funcionario al otro lado de la línea-. Llevamos todo el día intentando averiguar qué le ha ocurrido. Sencillamente ha desaparecido del mapa.»

El hombre de la embajada llegó a las dependencias policiales al cabo de unos minutos. Él nunca había agradecido tanto ver a un diplomático. «No se hace usted idea de la disputa que ha habido -explicó-. Han estado a punto de ordenar al avión que diera media vuelta y regresara al punto de partida.» Tras la intervención de la diplomacia internacional, se les *permitió* a Elizabeth y a él ir a un verdadero hotel, donde se reunieron con una delegación de escritores chilenos, incluido Antonio Skármeta, el autor de la novela de 1985 *El cartero de Neruda*, que se había llevado al cine recientemente como *Il Postino* (*El cartero y Pablo Neruda*). Skármeta, un hombre grande de gran corazón, lo saludó con los brazos abiertos y una andanada de disculpas. *Un escándalo. Una vergüenza para nosotros los chilenos. Ahora lo haremos todo mejor, ahora que sabemos que está aquí, y a salvo*.

Había cosas que no eran posibles y otras que sí eran posibles. Ya era demasiado tarde para asistir al encuentro en la feria del libro. Pero al día siguiente se congregarían escritores, artistas y periodistas en un pequeño teatro, y a él se le *permitiría* pronunciar una alocución. Después Elizabeth y él disfrutarían de una demostración de la verdadera hospitalidad chilena en el viñedo Concha y Toro y en una hermosa estancia al sur de Santiago. Estas fueron cosas buenas, pero las instantáneas de esos placeres se desvanecieron y se borraron. Las imágenes de su breve «desaparición» a manos de los carabineros no se desvanecieron. Se quedó con la sensación de que Chile no era un país al que le apetecería volver a corto plazo.

Instantáneas de Argentina. A mediados de la década de 1970 asistió a una conferencia de Jorge Luis Borges en el centro de Londres, y allí en el estrado, junto al gran escritor, que parecía una versión latinoamericana y más lúgubre del cómico francés Fernandel, había una hermosa joven de aspecto japonés. ¿Quién es *esa*?, recordaba haberse preguntado, y ahora, después de tantos años, allí estaba María Kodama, caminando hacia ellos para darles la bienvenida a Buenos Aires, la legendaria viuda de Borges, María K, con su cabello de cebra, y almorzarían en el restaurante que llevaba su nombre. Y después del almuerzo los llevó a su Fundación Internacional Jorge Luis Borges, no ubicada en la antigua casa de Borges, sino en la contigua, porque el dueño de la casa real no quería vender; la casa que albergaba la Fundación era una imagen especular de la casa «real», y parecía apropiado que se conmemorara a Borges por medio de una imagen especular. En el piso superior del edificio había una réplica exacta del cuarto de trabajo del escritor, una austera y estrecha celda monástica con una sencilla mesa, una silla de respaldo recto y un camastro en un rincón. El resto de la planta estaba lleno de libros. Si uno no había tenido la suerte de conocer a Borges, conocer su

biblioteca era la segunda mejor opción. Allí, en aquellos estantes políglotos, se hallaban los ejemplares de Stevenson, Chesterton y Poe, tan queridos para el escritor, junto con libros en la mitad de los idiomas del género humano. Recordó la anécdota del encuentro entre Borges y Anthony Burgess. *Tenemos el mismo apellido*, había dicho Burgess al maestro argentino, y luego, buscando una lengua común en la que conversar que fuera ininteligible para quienes los escuchaban alrededor, acordaron usar el anglosajón, y charlaron desenfadadamente en la lengua de Beowulf.

Y había toda una sala llena de enciclopedias, enciclopedias de todo, de cuyas páginas había nacido, sin duda, la famosa y falazmente llamada *Anglo-American Cyclopaedia*, una «reimpresión literal, pero también morosa, de la *Encyclopaedia Britannica* de 1902», en cuyo volumen cuadragésimo sexto los personajes ficticios «Borges» y «Bioy Casares» habían descubierto el artículo sobre el país de Uqbar en la gran ficción «Tlön, Uqbar, Orbis Tertius», y también, naturalmente, la enciclopedia mágica del propio Tlön.

Podía haberse pasado el día entero con aquellos venerables libros, pero solo tenía una hora. Cuando se iban, María entregó a Elizabeth un precioso obsequio, una «rosa del desierto» de piedra, uno de los primeros regalos que Borges le había hecho, dijo, *y espero que seáis tan felices como lo fuimos nosotros*.

«¿Recuerda -le preguntó él a María- un texto que Borges escribió como prefacio a un libro de fotografías de Argentina de un fotógrafo llamado Gustavo Thorlichen?»

«Sí -contestó ella-. El texto en el que habla de la imposibilidad de fotografiar la Pampa.»

«La Pampa infinita -dijo él-, la Pampa borgesiana que está hecha de tiempo, no de espacio: ahí es donde vivimos nosotros.»

En Buenos Aires había medidas de seguridad, pero eran razonables, *borrables*. La noticia de la locura de la policía chilena lo había precedido, y los agentes argentinos deseaban ofrecer una imagen mejor, así que le dieron un pequeño respiro. Pudo ocuparse de su trabajo en relación con *El último suspiro del moro* e incluso encajar un poco de turismo, visitando el panteón familiar donde reposaba Eva Perón en el cementerio de la Recoleta, y donde una pequeña placa al estilo de Lloyd Webber encarecía al viandante a no llorar por ella. *No me llores*. Muy bien, pues, no lloraré, le dijo él en silencio. Lo que usted diga, señora.

Le habían pedido que se reuniera con el ministro de Asuntos Exteriores argentino, Guido di Tella, y de camino a la reunión el funcionario de la embajada británica que lo acompañaba comentó que se había denegado el permiso para rodar en el interior de la Casa Rosada a los productores de la película *Evita*, protagonizada por Madonna y dirigida por Alan Parker. «Si pudiera usted decir algo al respecto -susurró el diplomático-, sería de gran ayuda. Si encontrara la manera de dejarlo caer en la conversación...» Y eso hizo. Cuando el señor Di Tella le hubo preguntado por la fetua y emitido las

ya tradicionales (y en general vacías) exclamaciones de apoyo, él preguntó al ministro de Asuntos Exteriores por los problemas con la película. Di Tella contestó con un gesto, como diciendo: ¿Qué puedo hacer yo? «La Casa Rosada, como sabe, es la sede del gobierno; es difícil autorizar un rodaje allí.»

«Mire -contestó él-, es una película de gran presupuesto, y van a hacerla, y si no les dejan rodar en la Casa Rosada, buscarán otro edificio donde filmar las escenas de la Casa en, quizá, no sé... ¿Uruguay?»

Di Tella se tensó. «¿Uruguay?», exclamó.

«Sí. Podría ser. Podría ser en Uruguay.»

«Bien -dijo Di Tella-. Discúlpeme un momento, por favor. Tengo que hacer una llamada.»

Poco después de esta conversación, *Evita* recibió permiso para rodar en la Casa Rosada. Cuando se estrenó la película leyó que Madonna había presionado personalmente al presidente argentino para que diera su autorización, así que quizá fuera esa la verdadera razón del cambio de idea. Pero también es posible que Uruguay tuviera algo que ver con ello.

Instántanea de México. Sí, había policías por todas partes, y sí, consiguió promocionar su libro y hablar sobre la libertad de expresión y ver las reliquias de los sanguinarios aztecas y la casa de Frida Kahlo y Diego Rivera en Coyoacán y la habitación en la que el asesino Mercader hundió un piolet en el cráneo de Trotski, y sí, pudo participar en la feria del libro de Guadalajara con Carlos Fuentes, y lo llevaron en helicóptero por encima de los montes donde crecía el agave azul hasta la localidad de Tequila para comer en una de las antiguas haciendas productoras de tequila con los otros escritores que habían hablado en la feria, y había incluso una banda de mariachis, y todos bebieron demasiado tequila Tres Generaciones, y a eso siguieron los habituales dolores de cabeza y demás efectos secundarios. Y sí, su visita a Tequila le proporcionó el escenario para una escena casi al principio de *El suelo bajo sus pies* en la que el pueblo tiembla a causa de un terremoto y las cubas se agrietan y el tequila corre como el agua por las calles. Y después de Tequila, Elizabeth y él fueron invitados, junto con Carlos y Silvia Fuentes, a una asombrosa casa llamada Pascualitos, que era en realidad un archipiélago de *palapas*, cabañas con techumbre de hojas de palma, con vistas al océano Pacífico, y que aparecía en sofisticados libros sobre arquitectura contemporánea, y sí, descubrió que México le encantaba. Pero nada de eso venía a cuento.

Sí venía a cuento, en cambio, que una noche, en Ciudad de México, Carlos Fuentes dijo: «Es absurdo que no conozcas a Gabriel García Márquez. Es una lástima que ahora esté en Cuba, porque de todos los escritores del mundo, Gabo y tú sois los que debéis conoceros». Se levantó, salió de la sala y regresó al cabo de unos minutos para decir: «Hay alguien al teléfono con quien tienes que hablar».

García Márquez sostenía que no hablaba inglés, pero de hecho lo entendía bastante bien. En cuanto a él, su español oral era lamentable, pero también

entendía parte de lo que decía la gente siempre y cuando no empleara mucho argot ni hablara muy deprisa. El único idioma que los dos tenían en común era el francés, así que intentaron usarlo, solo que García Márquez -en quien le era imposible pensar como «Gabo»- se pasaba una y otra vez al español; y él oyó salir por su propia boca más inglés del que pretendía. Pero, curiosamente, en la instantánea que su memoria tomó de esa prolongada conversación, *no había problemas de idioma*. Solo conversaban, cálida, afectuosa, fluidamente, haciendo comentarios sobre sus respectivos libros y sobre los mundos de que estos brotaban. Él habló de los numerosos aspectos de la vida latinoamericana en sintonía con la experiencia del sur de Asia: mundos ambos con un largo pasado colonial, mundos en los que la religión estaba viva y era importante y a menudo resultaba opresiva, en los que generales y civiles pugnaban por el poder, en los que se observaban extremos de pobreza y riqueza, y mucha corrupción en medio. No era de extrañar, dijo él, que la literatura latinoamericana encontrase un público tan bien dispuesto en Oriente. Y Gabo dijo -«¡Gabo!», eso le sonaba presuntuoso, como llamar a un dios por un apelativo cariñoso usado en familia- que los libros de los escritores sudamericanos habían recibido gran influencia de los prodigiosos cuentos de Oriente. Así que tenían mucho en común. Y a continuación García Márquez le dirigió el mayor halago que había recibido jamás. *De todos los escritores de habla no hispana*, dijo, *los dos a los que siempre intento seguir son J.M. Coetzee y tú*. Por esa frase mereció la pena todo el viaje.

Solo cuando colgó el auricular, cayó en la cuenta de que García Márquez no le había preguntado por la fetua, ni cómo era su vida ahora. Habían hablado de escritor a escritor, de libros. Ese era también un gran elogio.

Instantánea del desmoronamiento del tiempo, antes del día en que. Volaron de México a Buenos Aires y a Tierra del Fuego y sobre la costa de Chile hacia Nueva Zelanda. Cuando cruzaron la línea internacional de cambio de fecha, su cerebro sucumbió. Podrían haberle dicho que eran las cuatro y media del martes anterior, y se lo habría creído. La línea del cambio de fecha era tan desconcertante que el tiempo se desmigajaba en las manos como pan seco, y uno podía decir cualquier cosa al respecto y la gente contestaba sí, claro, por qué no. La línea del cambio de fecha ponía de manifiesto el tiempo como ficción, algo que no era real; inducía a pensar que todo podía ocurrir, que los días podían retroceder si se lo proponían, o que la vida podía desenrollarse como una bobina de película cayendo delirantemente al suelo desde un proyector roto. El tiempo podía ser entrecortado, una serie de momentos inconexos, aleatorios, sin sentido, o podía simplemente levantar las manos en un gesto de desesperación y llegar a su final. Este repentino desconcierto cronológico le produjo un mareo y casi se desmayó. Cuando recobró el conocimiento plenamente, estaba en Nueva Zelanda, y de vuelta en la lengua inglesa, lo cual era reconfortante. Pero lo esperaba un desconcierto aún mayor. No oyó las alas del ángel exterminador, pero estaban allí arriba, por encima de él, descendiendo sin cesar.

Instantánea de los días anteriores al día en que. En Nueva Zelanda y Australia, los servicios de seguridad eran más sensatos, menos molestos, más fáciles de aceptar. Pero había algo que ellos no sabían. Mientras cruzaban en coche la isla Norte, ante el monte Ruapehu, que llevaba varios meses en erupción y del que se elevaba furiosamente una columna de humo inclinada a través del cielo, no pensaban en señales o augurios. En Australia pasaron un fin de semana en una finca de las montañas Azules, cerca de Sidney, con el adecuado nombre de «Aturdimiento Feliz», invitados por Julie Clarke y Richard Neville, el gran post-hippie y ex director de la revista *Oz*, uno de los acusados en el famoso juicio por obscenidad al que dio pie el número de la publicación titulado *Oz Schoolkids*, y cronista de la contracultura de los años sesenta en sus influyentes memorias *Hippie Hippie Shake*, y en ese estado de éxtasis (durmieron en una cabaña en un árbol) no era posible pensar en mucho más que en la paz y el amor. Poco sabían que al cabo de dos días se verían más cerca de la muerte de lo que nunca habían estado, en lo que sería el momento más letal de todos esos años bajo amenaza.

Instantánea del día en que. Habían decidido quedarse allí una vez concluida la parte profesional del viaje y pasar la Navidad al sol, y la policía había coincidido en que la protección no era necesaria porque nadie sabía que seguían en el país. Los había invitado el novelista Rodney Hall, que vivía en Bermagui, Nueva Gales del Sur, en una finca hermosa y aislada junto al mar, a cuatro horas de Sidney por carretera. La Navidad en Bermagui, les aseguró Rodney, sería totalmente íntima, y también idílica. Zafar viajó desde Londres y se reunió con ellos en Sidney al terminar el trimestre. Zafar, a sus dieciséis años y medio, era un joven alto, de espaldas anchas, con un notable aplomo físico. La mañana en que la policía se retiró y los dejó solos lo celebraron tomando un café cerca de Bondi Beach, y allí un hombre de aspecto árabe empezó a lanzarles miradas extrañas; luego salió a la calle y, desde la acera, hizo llamadas urgentes, con mucha gesticulación. Zafar se puso en pie y dijo «Quizá deba ir y tener unas palabras con él», y su padre tuvo la rara y grata sensación de ser protegido por su hijo, pero le pidió que no se molestara. El hombre de las llamadas finalmente careció de toda importancia, y se encaminaron hacia donde tenían aparcado su sedán Holden alquilado para iniciar el largo viaje hacia el sur.

Elizabeth había llevado la *Ilíada* en audiolibro, un pack de varios casetes, e introdujo el primero en el reproductor del coche, y mientras recorrían la franja meridional de Nueva Gales del Sur por la autovía de Princes, dejando atrás Thirroul, el barrio periférico de Wollongong donde D. H. Lawrence escribió *Canguro*, y bordeaban la costa, el sonido de los topónimos australianos, como música de un didgeridoo, y el de los nombres propios de la antigua Grecia y Troya, marciales y trágicos, creaban un contrapunto. Gerringong, Agamenón, Nowra, Príamo, Ifigenia, Tomerong, Clitemnestra, Wandanian, Jerrawangala, Héctor, Yatte Yattah, Mondayong, Andrómaca, Aquiles; y Zafar, arrullado por el antiguo relato del vinoso ponto abundante en peces, se tendió en el

asiento de atrás y se sumió en un profundo sueño.

Más o menos demediado el viaje, llegaron a la pequeña localidad de Milton, y él llevaba conduciendo ya dos horas, y probablemente debería haber parado y cedido el volante a Elizabeth, pero no, insistió, estaba bien, le apetecía seguir conduciendo. La cinta se acabó, y él bajó la vista por un segundo -una fracción de segundo- hacia el botón de «expulsión» y de pronto ocurrieron varias cosas muy deprisa, pese a que en ese momento el Tiempo, que se le antojaba poco fiable desde el paso por la línea del cambio de fecha, pareció ralentizarse y casi detenerse. Un enorme camión articulado salió de una carretera adyacente y dobló a la izquierda con un amplio giro, y él habría jurado que el camionero pisó la línea blanca, aunque Elizabeth recordaba que él mismo se había desviado un poco a la derecha, pero el caso es que, por la razón que fuera, se oyó de pronto el estridente sonido de un desgarrón, el espantoso y mortífero chirrido del metal contra el metal, cuando la cabina del camión embistió al Holden en plena puerta del conductor, hundiéndola, y el tiempo a cámara lenta se ralentizó aún más; le pareció entonces estar en fricción con el camión durante una eternidad, quizá veinte segundos, o tal vez una hora, y cuando por fin el Holden se desprendió, se deslizó de costado por el asfalto, en dirección a la hierba de la cuneta, y un poco más allá de la cuneta, acercándose a ellos, se alzaba un árbol de considerable tamaño y amplio ramaje, y en cierto punto, mientras él forcejeaba con el volante, se formó lentamente en su cabeza, a cámara lenta, el pensamiento *no voy a poder esquivar ese árbol, vamos a chocar con ese árbol, ahí está, vamos a chocar con el árbol, vamos a chocar... ya*, y miró a Elizabeth cuando, en la sacudida, saltó hacia delante contra el cinturón de seguridad, con los ojos desorbitados, la boca abierta y una nube blanca de vapor saliendo de su boca como un pequeño bocadillo de cómic, y en ese momento él temió que pudiera estar viendo cómo la vida escapaba del cuerpo de ella y, con una voz que no era la suya, exclamó ¿*Estás bien*?, y se preguntó qué haría con el resto de su vida si no oía una respuesta.

Zafar despertó. «¿Ha ocurrido algo? -preguntó, soñoliento-. ¿Qué pasa?» Bueno, sí, Zafar, ¿ves ese árbol que ahora está en medio del coche? Según parece, eso es lo que pasa.

Estaban los tres vivos. Fue un accidente que, nueve de cada diez veces, habría sido mortal para todos los pasajeros del vehículo, pero esa fue la vez décima y nadie se había fracturado un hueso siquiera. El coche podría haber sido arrastrado bajo el camión, y en ese caso los habría decapitado, pero en lugar de eso había salido rebotado al topar contra una rueda. Y en la parte de atrás, en el suelo, junto a su hijo dormido, había una caja abierta de vino que llevaban para regalar a Rodney. Cuando el coche colisionó contra el árbol, las botellas salieron despedidas hacia delante como proyectiles y se estrellaron contra el parabrisas. Si esas botellas los hubieran alcanzado a Elizabeth o a él, les habrían roto el cráneo. Los proyectiles pasaron por encima de sus hombros sin dar en el blanco. Elizabeth y Zafar salieron del coche por su propio pie, sin

el menor rasguño. Él no tuvo tanta suerte. La puerta del conductor había quedado aplastada y fue necesario abrirla desde fuera, y él tenía grandes magulladuras y varios cortes profundos en el antebrazo derecho desnudo y el pie derecho calzado con una sandalia. En el antebrazo se descubrió una hinchazón del tamaño de un huevo que interpretó como indicio de fractura. La buena gente de Milton acudió a echar una mano y lo llevó a un terreno con hierba donde se sentó, incapaz de hablar, abstraído en el alivio y la conmoción.

Otro azar afortunado: cerca de allí había un pequeño centro médico, el hospital de Milton-Ulladulla, así que enseguida llegó una ambulancia. Los hombres de blanco corrieron hasta él, se detuvieron y se quedaron mirándolo. «Disculpe, amigo, pero ¿no es usted Salman Rushdie?» En ese momento la verdad era que no deseaba serlo. Deseaba ser una persona anónima recibiendo asistencia médica. Pero sí, lo era. «Ah, vale, amigo, ya sé que seguramente es un mal momento para pedirlo, pero ¿podría firmarme un autógrafo?» *Dale al hombre un autógrafo*, pensó. *Es el de la ambulancia*.

Llegó la policía y fue a interrogar al camionero, que seguía sentado en la cabina, rascándose la cabeza. El camión estaba como si no le hubiera pasado nada. El Holden había sido apartado de un manotazo por aquel coloso y el monstruo no tenía un solo arañazo visible. Pero la policía estaba haciéndole pasar un mal rato al camionero. También ellos habían descubierto que el hombre que permanecía sentado en la hierba, aturdido y herido, era Salman Rushdie, y por tanto querían saber cuál era la religión del camionero. El camionero estaba atónito. «¿Qué tiene que ver mi religión con esto?» A ver, ¿era *musulmán*? ¿*Islámico*? ¿Era *iraní*? ¿Por eso había intentado matar al señor Rushdie? ¿O quizá era uno de los tipos del ayatolá? ¿Quería llevar a cabo aquello, como se llamase, la *feta*? El pobre camionero, confuso, negó con la cabeza. No sabía quién era el hombre al que había embestido. Él simplemente conducía su camión y no sabía nada de ninguna *feta*. Al final la policía le creyó y lo dejó marchar.

El camión transportaba fertilizante fresco. «¿Eso significa -dijo él a Zafar y Elizabeth, al borde de la histeria- que casi nos ha matado un cargamento de *mierda*? ¿Hemos estado a punto de morir bajo una montaña de *abono*?» Sí, así era. Después de eludir a asesinos profesionales durante casi siete años, él y sus seres queridos habían estado a punto de perecer bajo una avalancha de estiércol.

En el hospital, una serie de minuciosas pruebas determinó que estaban todos bien. Él no tenía ninguna fractura en el brazo, sino solo serias magulladuras. Telefoneó a Rodney Hall, que dijo que saldría a buscarlos en coche de inmediato, pero eso significaba que tardaría dos horas. Mientras tanto, aparecieron los enviados de los medios en tropel. El personal del hospital se esmeró por mantener a raya a los periodistas, negándose a hacer comentario alguno sobre quién podía estar siendo atendido en el centro. Los medios

sabían lo que sabían y se quedaron rondando por allí. «Pueden esperar aquí hasta que llegue su amigo, si quiere», dijeron los médicos y las enfermeras. Así que permanecieron en la sala de urgencias y aguardaron, mirándose entre sí atentamente, como para asegurarse de que los otros seguían de verdad allí.

Llegó Rodney, presuroso y solícito. La prensa seguía en la calle, anunció. ¿Cómo hacemos, pues? ¿Pasamos por delante de ellos, les dejamos sacar fotos y nos vamos? «No -respondió él a Rodney-. Para empezar, mañana no quiero ver en todos los periódicos mi foto con aspecto maltrecho y el brazo en cabestrillo. En segundo lugar, si salgo en tu coche, no tardarán en averiguar dónde me alojo, y eso echaría a perder las navidades.»

«Podría llevarme a Elizabeth y Zafar -sugirió Rodney- y reunirnos contigo a dos o tres kilómetros al sur de aquí. Nadie sabe quiénes son Zafar y Elizabeth, así que seguro que podemos salir sin atraer la atención.»

El doctor Johnson, el joven y amable médico que los había atendido, hizo una sugerencia. «Tengo el coche en el aparcamiento del personal -dijo-. Allí no habrá nadie de la prensa. Puedo llevarlo por la carretera hasta donde quede con sus amigos.»

«Eso es de una gran amabilidad por su parte -contestó él-. ¿Está seguro?»

«¿Cómo no voy a estarlo? -repuso el doctor Johnson-. Posiblemente esto es lo más emocionante que ha pasado en Milton jamás.»

La casa de Rodney se hallaba en un pequeño promontorio junto a una playa casi desierta delimitada por un bosque de eucaliptos, un lugar tan aislado e idílico como él había prometido. Los acogieron, los cuidaron, les ofrecieron vino y comida; leyeron libros en voz alta y pasearon y durmieron, y poco a poco la conmoción del accidente remitió. El día de Navidad nadaron en el mar de Tasmania por la mañana y luego disfrutaron de la cena de Navidad al aire libre en el jardín. Él, sentado en silencio, contempló a Elizabeth y Zafar y pensó: *Aquí seguimos. Míranos. Seguimos vivos*.

VIII

EL SEÑOR MAÑANA Y EL SEÑOR TARDE

El tema cambia siempre, se dijo varias veces. *Vivimos en tiempos acelerados, y el tema cambia ahora más deprisa que nunca*. Pero se le habían escapado siete años de vida, siete años a partir de los cuarenta, la mejor etapa en la vida de un hombre, siete años de la infancia de su hijo que ya nunca recuperaría, y el tema no había cambiado. Tenía que empezar a aceptar la posibilidad de que eso no fuera solo un periodo de su vida, de que tal vez el resto de sus días fuera igual. Eso era difícil de digerir.

Todos percibían la tensión. Zafar vivía con frustración el secretismo -*¿No puedo traer a un par de amigos a casa?*- y flojeaba en los estudios. Clarissa empezaba a labrarse cierto prestigio en el Arts Council e iba camino de convertirse en una de sus figuras más queridas, una especie de santa patrona de las revistas pequeñas de todo el país, y a él le complacía ver que encontraba su lugar en el mundo; pero la relación entre ambos se había agriado desde el conflicto por el dinero. No era una relación hostil, pero tampoco era ya amistosa, y eso era malo, triste. Elizabeth no se quedaba embarazada, y eso a menudo incidía en su humor. Fue a ver a un ginecólogo y descubrió que, por diversas razones internas, quizá le resultase difícil concebir. Así que había que superar ese problema además del de la translocación cromosómica simple, y cuando se concibiera un bebé, si es que llegaba a ocurrir, vendrían los problemas de seguridad. Ante este último aspecto ella cerró su mente y se desentendió.

Empezó un nuevo año. Caroline Michel telefoneó para anunciar que las ventas de *El último suspiro del moro* en tapa dura ya casi alcanzaban los 200.000 ejemplares. Sin embargo habían surgido conflictos en la India. En Bombay, el Shiv Sena se había ofendido al verse retratado en la novela como el «Eje de Mumbai». Algunos no le habían visto la gracia a que uno de los personajes de la novela tuviera un perro de peluche con ruedas llamado Jawaharlal, como el primer ministro del país. El novelista en urdu de sesenta y ocho años, Qurratulain Hyder, autor de la célebre novela sobre la partición *Aag ka Darya* (*Río de fuego*), declaró que esa obra de taxidermia narrativa era la prueba de que el autor nunca debía «ser perdonado». A causa de la «controversia», el gobierno indio, fiel a su tradicional compromiso con la libertad de expresión, bloqueó la importación del libro en la aduana amparándose en un pretexto absurdo. Él telefoneó a su representante legal indio, Vijay Shankardass, hombre de voz suave y elevados principios y uno de

los abogados más competentes de la India, y este le dijo que si conseguían que las entidades indias vinculadas al comercio del libro aunaran fuerzas con la editorial india que publicaba el libro, Rupa, podían acudir sin demora a los tribunales con un «requerimiento por causa justificada» y obligar al gobierno a ceder. Hubo vacilaciones por parte del director de Rupa, Rajan Mehra, que al principio, tímidamente, temió que enfrentarse al gobierno pudiera tener repercusiones desagradables para su empresa, pero Vijay lo ayudó a reforzar su determinación y al final Mehra «hizo lo necesario». El día que se interpuso la demanda, el gobierno se echó atrás, se levantó el bloqueo y *El último suspiro del moro* entró en la India y se publicó libremente sin el menor problema. En la Feria del Libro de Delhi, la retirada de la prohibición sobre la novela fue un gran acontecimiento, una «gran victoria», dijo él al dar las gracias a Vijay. Pero *Los versos satánicos* siguió prohibido en la India, como también la entrada en el país del autor.

El otro conflicto indio tenía que ver con su casita de Solan, en los montes Shimla. Su abuelo paterno, Mohammed Din Khaliqi Dehlavi, a quien él no llegó a conocer, había adquirido la casa hacía mucho tiempo como lugar de veraneo para huir del calor de Delhi, un chalet de piedra de seis habitaciones en una pequeña parcela, pero con una amplia vista de las montañas. Se la había dejado en herencia a su único hijo, Anis, y Anis Rushdie, antes de morir, la había cedido a su único hijo varón. Había sido confiscada por el gobierno estatal de Himachal Pradesh conforme a la Ley de Propiedad de Evacuados, que permitía a la India adueñarse de las propiedades de cualquiera que se hubiese establecido en Pakistán. Pero él nunca había hecho eso, así que lo habían despojado de la casa ilegalmente. Vijay Shankardass también llevaba este caso en su nombre, pero si bien había conseguido determinar el derecho de Anis a la propiedad, no se había aceptado aún que él fuera el heredero, y el gobierno de Himachal había declarado, lacónicamente, que «no quería que se lo viera haciendo favores a Salman Rushdie».

Transcurriría otro año hasta que las diligentes pesquisas del equipo de Vijay sacaran a la luz el documento oculto con el que se ganó el caso: el documento en el que un alto funcionario del gobierno de Himachal había cometido perjurio en una declaración jurada afirmando que le constaba que Salman Rushdie se había convertido en súbdito paquistaní. Pero Salman Rushdie nunca había tenido más nacionalidades que la india y la británica. El perjurio era un delito grave, que implicaba una pena de prisión, y cuando supieron que Vijay Shankardass tenía en sus manos la declaración jurada con la afirmación falsa, las autoridades de Himachal se apresuraron a cooperar. En abril de 1997 la casa estaría otra vez a su nombre, abandonada en un estado razonable por el funcionario del gobierno que la había ocupado ilegalmente, y Vijay recogió las llaves.

Los comentarios sobre *El último suspiro del moro* que más le gustaron procedían de amigos indios que se pusieron en contacto con él después de leer

el libro ahora no prohibido para preguntarle cómo había conseguido escribirlo sin visitar la India. «Entraste a escondidas, ¿no?», dijeron. «Viniste discretamente y te empapaste de todo. Si no, ¿cómo ibas a saber todas esas cosas?» Ante eso se dibujaba en su rostro una amplia sonrisa. Su mayor preocupación había sido que su «novela del exilio» se leyese como el libro de un extranjero, desconectado de la realidad india. Pensó en Nuruddin Farah, que llevaba Somalia en el corazón adondequiera que fuese, y se enorgulleció de haber conseguido escribir su libro desde la India privada que él llevaba consigo a todas partes.

La novela estaba recibiendo algunas de las mejores reseñas de su vida, confirmación de que el largo descarrilamiento no le había causado lesiones permanentes. Realizaron una pequeña gira promocional en Estados Unidos, pero salió muy cara. Fue necesario alquilar un pequeño avión. Las fuerzas policiales estadounidenses insistieron en la necesidad de medidas de seguridad, así que hubo que contratar una empresa de seguridad privada con un hombre muy experimentado al frente llamado Jerome H. Glazebrook. Sonny Mehta tuvo la generosidad de asumir casi todos esos costes, aunque los espacios que acogían los actos contribuyeron, y también él. Sonny lo acompañó en la gira y ofreció pródigas fiestas en Miami (donde todo el mundo parecía ser escritor de thrillers, y donde Carl Hiaasen, cuando él le pidió información sobre Miami, respiró hondo y no paró de hablar hasta pasadas dos horas, ofreciéndole una clase magistral acelerada sobre los tejemanejes políticos de Florida) y en San Francisco (donde se encontraban entre los invitados Czesław Miłosz, Robin Williams, Jerry Brown, Linda Ronstadt y Angela Davis). Estos fueron actos un tanto furtivos, en los que no se comunicaba a los invitados la verdadera identidad del autor ni el lugar de la fiesta hasta el último momento. Los guardias de seguridad cachearon a la flor y nata de Miami y San Francisco por si tenían la intención de ganarse un pequeño extra yendo a por la recompensa.

Sonny y él incluso tuvieron tiempo para pasar un fin de semana en Cayo Hueso, donde se reunió con ellos Gita Mehta, que tenía buen aspecto y volvía a ser la persona locuaz y optimista de siempre. Él interpretó esta insólita y costosa gira promocional como la muda disculpa de Sonny por los problemas que había causado con ocasión de *Harún y el Mar de las Historias*, y se alegró de que el pasado quedara atrás. Al día siguiente de su regreso a Londres, *El último suspiro del moro* le valió el British Book Award, un «Nibbie», al «autor del año». (El Nibbie al libro del año se concedió a la escritora de libros de cocina Delia Smith, quien, en su discurso de aceptación, se refirió a sí misma insólitamente en tercera persona: «Gracias por el honor otorgado a un libro de Delia Smith».) Cuando se anunció el premio otorgado a él, se produjo una gran ovación. *No debo olvidar que hay una Inglaterra que está de mi lado*, se dijo. Olvidarlo, por erróneo que fuera, le habría sido fácil, ya que, debido a los continuados ataques contra su persona en la prensa, había llegado a ver los periódicos colectivamente como el *Daily Insult*.

De vuelta en la casa de Bishop's Avenue, fue difícil reacomodarse a la convivencia con la policía. Los agentes corrían el cerrojo de las puertas por la noche, pero nunca lo descorrían a la mañana siguiente. Compulsivamente, cerraban las cortinas, pero nunca volvían a abrirlas. Las sillas donde se sentaban se rompían bajo su peso y el suelo de madera del vestíbulo crujía bajo sus pesados pies. Se cumplía el séptimo aniversario de la fetua. Ningún periódico británico publicó una sola palabra de solidaridad o aprecio. Era una historia vieja y aburrida que no parecía ir a ninguna parte; en eso no había noticia. Escribió un artículo para *The Times* en el que intentó aducir que los objetivos de la fetua habían sido derrotados, pese a que la propia fetua siguiera vigente: el libro no se había suprimido, como tampoco a su autor. Recordó la época de miedo y autocensura que había generado la fetua en su día -Oxford University Press se había negado a publicar un fragmento de *Hijos de la medianoche* en un libro de texto de lengua inglesa basándose en que era «demasiado delicado»; el escritor egipcio Alaa Hamed (junto con su editor e impresor) había sido condenado a ocho años de cárcel por escribir una novela, *Recorrido en el espíritu de un hombre*, considerada una amenaza para la paz social y la unidad nacional; los editores occidentales plantearon abiertamente la posibilidad de evitar todo texto que pudiera verse como crítica del islam-, y él mismo no se creyó su propio artículo. Había alcanzado unos cuantos logros menores, pero la verdadera victoria no había llegado ni remotamente.

Siguió intentando plantear a Elizabeth la opción de Estados Unidos. Allí no se verían obligados a vivir con cuatro policías, ni con la permanente acusación de que costaban a la nación una fortuna sin haber realizado ningún servicio por ella. Habían catado esa libertad en los dos últimos veranos, y allí podrían disfrutarla más plenamente. Siempre que él sacaba el tema, ella fruncía el ceño en expresión de rebeldía y se cerraba en banda. Él empezó a ver que ella tenía cierto miedo a la libertad, o al menos a la libertad con él. Solo se sentía segura dentro de la burbuja de la protección. Si él insistía en dar un paso para salir de esa burbuja, muy probablemente ella no se prestaría a dar ese paso con él. Por primera vez (sorprendiéndose a sí mismo) empezó a imaginar una vida sin ella. Se marchó a París para promocionar la edición francesa de *El último suspiro del moro*; la tensión entre ellos no había desaparecido.

En París, *les gentilhommes du RAID* siguieron con sus estratagemas habituales. Cerraron toda la calle ante el Hôtel de l'Abbaye, cerca de Saint-Sulpice. Le denegaron el permiso para aparecer en lugares públicos. «Si a él eso no le gusta -habían dicho a la editorial-, que no venga.» Pero la buena noticia era que el libro estaba recibiendo una gran acogida, pugnando por el primer puesto en las listas de ventas con la última novela de Umberto Eco y *El hombre que susurraba a los caballos*. También se celebraron reuniones políticas con el ministro de Asuntos Exteriores, Hervé de Charrette, y el ministro de Cultura, Philippe DousteBlazy. *Chez* Bernard-Henri Lévy conoció

al gran anciano del cine y el *nouveau roman*, Alain Robbe-Grillet, cuya novela *La Jalousie* y el guión para *L'Année dernière à Marienbad* él admiraba enormemente. Robbe-Grillet planeaba realizar una película en Camboya a finales de año, protagonizada por Jean-Louis Trintignant y la esposa de Bernard-Henri Lévy, Arielle Dombasle. Trintignant interpretaría el papel de un piloto que se estrellaba en la selva camboyana y luego, en su posterior delirio, veía a Arielle en su fantasía mientras lo cuidaba en una aldea de la selva un *médécin assez sinistre*. El papel del médico siniestro, dijo Robbe-Grillet con entusiasmo, es perfecto para ti, Salman. ¡Dos semanas en Camboya en diciembre! ¡Philippe Douste-Blazy lo organizará todo! (Douste-Blazy, presente en ese momento, asintió con condescendencia, y se disculpó además por la reacción excesiva del RAID. «En sus próximas visitas utilizaremos solo dos guardias de seguridad.») Preguntó a Robbe-Grillet si podía ver un guión y Robbe-Grillet asintió en un gesto de impaciencia, sí, claro, claro, ¡pero debes hacer el papel! ¡Será fantástico! ¡Ese médico eres tú!

No le enviaron ningún guión. La película no se hizo.

En París ocurrió otra cosa. Caroline Lang, la brillante y hermosa hija de Jack Lang, fue a hacerle compañía al Hôtel de l'Abbaye una tarde, y debido a su belleza, el vino y las dificultades con Elizabeth, tuvieron una aventura. Inmediatamente después decidieron que aquello no volvería a ocurrir, que seguirían siendo amigos. Después de las pocas horas que pasaron juntos, él tenía que aparecer en directo en la televisión, en el programa *Bouillon de Culture* de Bernard Pivot, y tuvo la sensación de que la agitación emocional provocada por su infidelidad lo llevaba a ofrecer una pobre imagen de sí mismo.

Andrew Wylie y Gillon habían llegado al final de su camino juntos y decidido poner fin a su relación comercial. Andrew se presentó en su casa, muy disgustado, un poco furioso, pero básicamente afligido. «Me di cuenta -dijo Andrew, indignado y pesaroso a la vez- de que Gillon nunca ha sido mi socio. Brian Stone es el socio de Gillon.» Brian era el socio de ambos, el agente que controlaba el patrimonio de Agatha Christie. «En la placa de la agencia de Londres -dijo Andrew con amargura- todavía pone AITKEN & STONE.» Su disputa se debía al dinero, pero también a la diferencia de puntos de vista. Andrew tenía grandes sueños expansionistas; Gillon era cauto y siempre muy prudente con los asuntos económicos. No había sido una escisión agradable; un divorcio feo, como casi todos los divorcios. Andrew parecía un amante despechado, desdeñoso y desesperado simultáneamente.

La escisión de sus agentes lo preocupó mucho. Gillon y Andrew habían sido dos pilares de fuerza en los últimos años, y él se había apoyado en ellos plenamente. Ninguno de los dos había flaqueado ni por un instante ante el ataque islámico, y gracias a su valor muchos editores, por vergüenza, se habían mostrado más valientes de lo que quizá se habrían mostrado en otras circunstancias. No concebía la posibilidad de prescindir de ninguno de ellos,

pero ahora tendría que elegir. Aunque Gillon tuvo la elegancia de facilitarle la elección telefoneándolo al día siguiente para decirle: «Pero ¿cómo? Es evidente que tienes que quedarte con Andrew. Él era tu agente ya antes, él te trajo a mí, y lógicamente debes quedarte con él, eso es lo correcto sin lugar a dudas».

Habían pasado por muchas cosas juntos, hecho muchas cosas juntos. Su relación iba mucho más allá de la habitual cordialidad entre un autor y su agente. Ahora eran amigos íntimos. Y sin embargo tendría que perder a Gillon. Nunca había imaginado que llegaría ese día. Siempre había pensado que Gillon y Andrew se rían ambos sus agentes para siempre. «De acuerdo -dijo a Gillon-. Gracias. Pero por lo que a mí se refiere, nada ha cambiado entre nosotros.»

«Quedaremos a comer un día de estos», dijo Gillon, y ya no se habló más del asunto.

Italia había asumido la presidencia rotatoria de la Unión Europea e iniciado el proceso de convencer a todos los estados miembros de la comunidad de que aceptaran una carta, que firmarían conjuntamente la UE e Irán, reconociendo que la fetua sería válida eternamente a cambio de una breve declaración de Irán por la que se comprometería a no ejecutarla. Según las fuentes de Frances D'Souza, la troika de ministros de Asuntos Exteriores de la UE viajaría a Teherán para hablar de terrorismo, y se negaba a mencionar siquiera la fetua a menos que antes se aprobara ese texto, o lo que era lo mismo, dijo Frances, que lo aprobara él. El gobierno británico se mantenía al margen, pero le preocupaba su propio aislamiento. Él pidió a Frances que informara a sus fuentes de que no había luchado durante siete años para que ahora la Unión Europea aceptara la validez de una orden de asesinato extraterritorial. Nunca aprobaría una declaración como esa. «Que se jodan, esos cabrones oportunistas», dijo. No colaboraría en ese horrendo acto de amoralidad.

La «carta italiana» no llegó a firmarse ni enviarse.

Habló con Gail Rebuck de Random House para conseguir que asumiera la publicación en rústica de *Los versos satánicos*. Según Gail, ahora Alberto Vitale parecía «receptivo», pero ella necesitaba ciertas garantías en cuestión de seguridad. Él propuso a Gail y Caroline Michel que pidieran informes a todos los editores europeos de las versiones en rústica traducidas de *Los versos*, y a Central Books, los distribuidores del Consorcio en el Reino Unido, acerca de sus medidas de seguridad, si es que las había, y organizaran una reunión con Helen Hammington, Dick Wood y Rab Connolly para ver qué opinaban. *Centímetro a centímetro*, pensó. Lo conseguiremos, pero es de una *lentitud desesperante*.

Elizabeth se enteró de que Carol Knibb, la prima que la había criado al morir su madre, padecía de leucemia linfocítica crónica, la misma enfermedad contra la que combatía Edward Said en Nueva York. Elizabeth quedó

abrumada por la noticia. Carol era lo más parecido que tenía a una familia. También él se entristeció profundamente. Carol era una mujer amable y bondadosa. «Es un cáncer contra el que se puede luchar -le dijo a Elizabeth-. Podemos ayudarla a luchar. Ella debería hablar con el médico de Edward en Long Island, el doctor Kanti Rai.»

La muerte llegaba indiscriminadamente a los amables y a los biliosos. Dos semanas después de enterarse del cáncer de Carol, conoció la noticia de una muerte que no podía lamentar. El malévolo gnomo Kalim Siddiqui había lanzado su última amenaza. Mientras asistía a un congreso en Pretoria, Sudáfrica, murió de un infarto. Se supo que recientemente se había sometido a un bypass, pero después había seguido despotricando y rabiando, cuando un hombre más sensato habría optado por una vida más tranquila. Así que bien podía decirse que había elegido su final. *Eso no le habría pasado a un hombre más bondadoso*, pensó, pero no hizo ningún comentario en público.

Michael Foot telefoneó, muy contento. «¿Cómo se llama el Dios de los musulmanes? Su Dios, ¿cómo se llama?» Alá, Michael. «Ah, sí, Alá, eso. Bueno, está claro que no está del lado del viejo Siddiqui, ¿eh que no?» *Pase, doctor Siddiqui, su tiempo se ha agotado*.

Elizabeth había ido a visitar a Carol en Derbyshire. Cuando volvió, se alegró al enterarse del último viaje de Siddiqui. También leyó la recién acabada sinopsis de veinte páginas de la nueva novela, *El suelo bajo sus pies*, y le gustó tanto que la brecha abierta entre ellos se cerró y quedó olvidada. Y al día siguiente -el universo prefería no tenerlo contento demasiado tiempo- lo llevaron a la Central de Espionaje para comunicarle una noticia francamente aterradora.

Nunca era reconfortante acercarse a la gran fortaleza de color arena a orillas del río, ni siquiera cuando estaba inverosímilmente decorada con árboles navideños; cuando iba allí, nunca era para que lo animaran. Ese día, en una sala de reuniones anónima, se encontró ante la tarde y la mañana, el señor P— M— y el señor A— M—, el jefe de contraterrorismo para el Próximo Oriente y el hombre a cargo de los asuntos de Irán. Rab Connolly y Dick Wood también estaban presentes, en «función de oyentes». «Los servicios de seguridad saben ahora -dijo AM- que Irán, o lo que es lo mismo, Jamenei, el jefe supremo, y el ministro de Inteligencia, Fallahian, han puesto en marcha un plan a largo plazo para localizarlo y asesinarlo. Están dispuestos a fijar un plazo largo y gastar mucho dinero. Puede que el plan ya esté en marcha desde hace dos años, pero no hemos conocido su existencia con certeza hasta hace unos meses.» «Es nuestra obligación avisarlo -añadió PM-. Por eso hoy nos reunimos con usted usando nuestros verdaderos nombres.»

Mientras recibía la mala noticia del señor Mañana y el señor Tarde, esperaba en tensión a que anunciaran que su casa había sido localizada por el enemigo, pero no era el caso. Aun así, si su paradero llegaba a conocerse, afirmó el señor Mañana, sería muy alarmante. Como mínimo implicaría la necesidad de disponer de protección policial durante el resto de su vida.

Expresó sus temores por Zafar, Elizabeth, Sameen, su madre en Karachi. «No hay pruebas de que ningún miembro de su familia o sus amigos sean objetivos -aseguró el señor Tarde-, ni siquiera como vía para acceder a usted. No obstante, usted sigue siendo el objetivo número uno.»

«Los iraníes consideran de vital importancia que todo sea desmentible -prosiguió el señor Mañana-. Eso se debe a las críticas políticas de las que Irán ha sido blanco por los atentados de los últimos años.» *Shapur Bajtiar, los asesinatos del Mykonos*. «Probablemente no recurrirían a personal iraní.» «Pero -dijo el señor Tarde con la idea de que se sintiera un poco mejor- para la fase de enviar armas por valija diplomática o introducir personas en el país aún faltan meses o incluso años.»

Ese era el mayor de sus temores, un atentado a largo plazo como el de Bajtiar. El señor Mañana y el señor Tarde no sabían qué efecto tendría un acuerdo político con Irán en esa trama. Creían que el Ministerio de Asuntos Exteriores iraní quizá no conociese su existencia. «La operación se ha restringido a un grupo muy pequeño en el seno del Ministerio de Inteligencia», explicó el señor Mañana. «Incluso es posible que otros elementos del ministerio desearan frustrar el plan -añadió el señor Tarde-, pero Fallahian y Jamenei parecen resueltos a conseguir la ejecución de la fetua, y Rafsanjani probablemente también lo sabe.»

La buena noticia era que no lo habían localizado y que, en opinión de Tarde y Mañana, la amenaza de la «comunidad en su conjunto» se había desvanecido. «Y ahora -dijo el señor Mañana, y se vislumbró un destello acerado bajo sus modales corteses- podemos hacer todo lo posible por desbaratar la trama, por descargar un enorme puñetazo en medio de todo eso. Desbaratarla con tan severas repercusiones políticas que sea imposible volver a planear algo así.»

Quizá solo pretende que me sienta mejor, pensó, *pero surte efecto. Me gusta la idea del puñetazo*.

Por lo que se refería al resto del mundo, la historia de la fetua seguía apagándose. Ya no se hacía eco en los periódicos, y a él se lo veía aquí y allá, visitando a sus amigos, comiendo en algún que otro restaurante, apareciendo en distintos países para promocionar su último libro. Para la mayoría de la gente era obvio que la amenaza había remitido, y para muchos comentaristas la protección continuaba solo porque él insistía en ello, insistía no porque fuera necesaria, sino para satisfacer su monumental egotismo. Y en ese momento, cuando el viento se llevaba la pizca de comprensión pública que aún quedaba, le decían que el peligro era mayor que nunca, la amenaza contra su vida más seria de lo que se sabía hasta entonces. Y él ni siquiera podía decirlo. Eso el señor Mañana y el señor Tarde lo habían dejado muy claro.

Andrew le había encontrado una casa de alquiler en Long Island, muy aislada, en Little Noyac Path, en los montes por encima de Bridgehampton. Se alquilaría a nombre de Elizabeth y podrían disponer de ella durante dos

meses. Sí, dijo él, adelante. Había decidido continuar con el plan de recuperar su libertad trozo a trozo, comportarse como si no hubiera oído lo que había oído en la fortaleza adornada con árboles de Navidad. La única alternativa era volver a ser un prisionero, y a eso no estaba dispuesto. Por tanto: Sí, por favor, Andrew. Cerremos el trato. Al cabo de unos días Rab Connolly le dijo que, según creían ahora el señor Mañana y el señor Tarde, los asesinos habían decidido que en el Reino Unido estaba demasiado bien protegido, y por consiguiente quizá intentaran matarlo en uno de sus viajes al extranjero. Y él planeaba pasar dos meses en Long Island sin protección. Y se llevaba a Elizabeth y Zafar. Tuvo la sensación, una vez más, como el conductor de aquel Holden, de que se le echaba encima un cargamento de mierda y él iba derecho hacia un árbol, con las personas a quienes más amaba en el coche a su lado. Habló con Elizabeth. Ella quería ir de todos modos. Así pues, qué demonios, irían, y al hacerlo, quedaría demostrado que podía hacerse.

Fue a dar una charla a Barcelona. Viajó a Estados Unidos y pronunció el discurso en la ceremonia de graduación del Bard College. Nadie intentó matarlo. Sin embargo un disidente iraní en el exilio, Reza Mazlouman, un ex ministro de Educación de los tiempos del sha, que vivía discretamente en la zona residencial parisina de Créteil, fue hallado muerto. Dos tiros en la cabeza y uno en el pecho. El mundo, que se había iluminado brevemente con la publicación de *El último suspiro del moro*, volvió a ensombrecerse. En su imaginación seguía intentando escribir un final feliz para su propia historia, pero no se le ocurría ninguno. Quizá no lo hubiera. *Dos tiros en la cabeza y uno en el pecho*. Ese era otro posible final.

Elizabeth no se quedaba embarazada y la tensión entre ellos volvió a aumentar. Insistía en que, si no concebía pronto, probaría la fecundación in vitro pese a que el problema cromosómico de él reducía enormemente las probabilidades de éxito. Si ella quedaba embarazada, cabía la posibilidad de que perdiera el anonimato, tan celosamente protegido hasta entonces, y que las señas de Bishop's Avenue pasaran a ser de dominio público. Eso convertiría el lugar en un campamento armado; y en todo caso, ¿cómo iban a criar a un hijo en medio de la pesadilla en la que se veían obligados a habitar? ¿Qué clase de vida tendría ese niño? Pero contra todo razonamiento lógico ella antepuso su abrumadora necesidad, y él su determinación de que debían ser capaces de llevar una vida real, y por tanto seguirían adelante, seguirían intentándolo, harían lo que fuera necesario.

Vijay Shankardass telefoneó desde la India para darle una noticia esperanzadora. El nuevo ministro de Asuntos Exteriores del gobierno indio, Inder Gujral, era partidario de permitirle la entrada en la India, y el ministro del Interior coincidía con él. Por tanto cabía la posibilidad de que su largo exilio llegara pronto a su fin.

Andrew había hecho circular su sinopsis de *El suelo bajo sus pies*, que había

despertado el interés de sus editores, pero aún debía resolverse el problema de la publicación a largo plazo de la edición en rústica de *Los versos satánicos*, y Andrew quería plantear como condición para cualquier acuerdo en lengua inglesa que la editorial se quedase también con *Los versos*. A esas alturas ya había ejemplares en rústica impresos en todas partes, y la edición del Consorcio estaba aún en las librerías en inglés, pero eso en esencia era una forma de autoedición y no podía ser la solución a largo plazo. En Inglaterra, Gail Rebuck y Random House Reino Unido avanzaban hacia un acuerdo para reeditar el libro en rústica como título de Vintage Books, pero en Estados Unidos el máximo responsable de Random House, Alberto Vitale, no estaba muy dispuesto a hacerlo. La solución, propuso Andrew, podría ser Holtzbrinck, cuya división alemana, Kindler Verlag, ya había publicado la edición en rústica alemana sin dificultades y cuya editorial en Estados Unidos, Henry Holt, bajo la dirección del exuberante editor Michael Naumann, parecía dispuesta a hacer lo mismo. Él dijo que le gustaría seguir con Random House en el Reino Unido, y Andrew comentó que había llegado a la misma conclusión, así que estaban «en la misma onda».

Al final de la última glaciación, los glaciares se retiraron de Long Island, dejando atrás la morrena terminal que creó los montes boscosos en los que Elizabeth y él pasaron ese verano. La casa blanca, baja y espaciosa era propiedad de una pareja de ancianos llamados Milton y Patricia Grobow, a quienes al principio él no pudo conocer dado que teóricamente no existía, y Elizabeth había ido allí a pasar el verano sola para «escribir y ver a sus amigos». Después, cuando los Grobow dedujeron lo que ocurría, se alegraron sinceramente de proporcionarle un refugio estival. Eran excelentes personas, progresistas y con sentido ético, que tenían una hija que trabajaba en *The Nation* y estaban orgullosos, dijeron, de poder ayudarlo. Pero incluso antes de que lo descubrieran, él se sentía feliz allí, en un lugar donde el mayor peligro al que debían enfrentarse era la enfermedad de Lyme. Comunicaron a sus amigos más íntimos dónde residían, se mantuvieron alejados del «ambiente» de los Hamptons, pasearon por la playa al ponerse el sol, y él sintió, como siempre en Estados Unidos, el lento renacer de su verdadero yo. Empezó a escribir su nueva novela y la casa de los Grobow, rodeada de campos y bosques, resultó ser un lugar idóneo para trabajar. El libro, que, como ya veía, sería largo, empezaba a desplegarse lentamente. Elizabeth era una jardinera entusiasta y dedicó horas felices a cuidar de las plantas de los Grobow. Zafar se fue a Grecia con su madre; luego se reunió con ellos y le encantó el sitio, y durante un tiempo pudieron ser simplemente una familia veraneando a la orilla del mar. Compraban en las tiendas y comían en los restaurantes, y si alguien lo reconocía, tenía la discreción de no entrometerse en su intimidad. Una tarde Andrew y Camie Wylie los llevaron a cenar al Nick & Toni's, y el artista Eric Fischl, deteniéndose junto a su mesa de camino a la salida para saludar a Andrew, se volvió hacia él y preguntó: «¿Deberíamos asustarnos

todos porque está usted aquí con nosotros?». Lo único que se le ocurrió contestar fue: «Bueno, usted no tiene necesidad, porque al fin y al cabo ya se va». Sabía que Fischl no lo decía con mala intención, era solo una broma, pero en aquellos meses especiales en que escapaba de la burbuja de su irreal vida real, no le gustaba que le recordasen que la burbuja seguía allí, aguardando su regreso.

Volvieron a Londres a primeros de septiembre y poco después el mayor deseo de Elizabeth se hizo realidad. Estaba embarazada. Él de inmediato empezó a temer lo peor. Si uno de sus cromosomas defectuosos había sido seleccionado, el feto no se formaría y ella pronto abortaría. Probablemente al final de su siguiente ciclo menstrual. Pero ella estaba gozosamente segura de que todo saldría bien. Y su intuición no falló. No hubo aborto, y pronto pudieron ver una ecografía de su niño vivo y sano.

«Vamos a tener un hijo varón», dijo él.

«Sí -dijo ella-, vamos a tener un hijo varón.»

Fue como si el mundo entero cantara.

El último suspiro del moro había recibido el premio Aristeion de la Unión Europea a una obra literaria, ex aequo con la novela *Morbus Kitahara* del novelista austriaco Christoph Ransmayr, pero el gobierno danés anunció que no se le permitiría asistir a la ceremonia de entrega en Copenhague el 14 de noviembre de 1996 por razones de seguridad. Afirmaron conocer una «amenaza específica» contra su vida, pero la División Especial le dijo que ellos no tenían conocimiento de tal amenaza, y si la hubiera, los daneses estaban obligados a informarlos. Así que era solo un pretexto. Como de costumbre, su primera sensación fue de humillación, pero la segunda fue de indignación, y decidió que esta vez no lo toleraría. Hizo pública una declaración a través de Artículo 19. «Es un escándalo que Copenhague, la actual “capital de la cultura” de la UE, se niegue a permitir que el ganador del premio literario de la propia UE asista a la ceremonia de entrega. Es una decisión cobarde, precisamente lo contrario de lo que debería hacerse ante amenazas tales como la fetua iraní. Si uno desea asegurarse de que tales amenazas no se repetirán, es importante demostrar que no son eficaces.» Los políticos daneses de todos los partidos, incluido el partido gobernante, arremetieron contra la decisión, y el gobierno danés cedió. El 13 de noviembre viajó en avión a Dinamarca, y la ceremonia de entrega del premio tuvo lugar en el nuevo Museo de Arte Moderno Arken, que estaba rodeado de policías armados y parecía un campo de prisioneros, salvo por el hecho de que todos los reclusos iban vestidos de gala.

Después de la ceremonia, su editor, Johannes Riis, propuso ir con unos amigos a tomar una copa en un agradable bar de Copenhague, y mientras estaban en el bar, llegó la «cerveza de Navidad». Entraron hombres con gorros rojos de Papá Noel cargando cajas de la tradicional bebida navideña y le entregaron una de las primeras botellas, así como un gorro de Papá Noel,

que se puso. Alguien lo fotografió: el hombre al que habían considerado demasiado peligroso para permitirle la entrada en Dinamarca sentado como cualquier otro en un bar corriente, bebiendo una cerveza y con un sombrero de fiesta. Esa foto desafiantemente libre de amenazas casi le costó la continuidad al gobierno danés cuando apareció en la primera plana de todos los periódicos a la mañana siguiente. El primer ministro, Poul Nyrup Rasmussen, tuvo que disculparse públicamente por su anterior veto. Luego se celebró una reunión con Rasmussen, que lo felicitó por su pequeña victoria. «Sencillamente decidí luchar», le dijo al desconcertado primer ministro. «Sí -contestó Rasmussen, avergonzado-, y lo hizo muy bien.»

Deseaba pensar en otras cosas. Cuando inició el año en que cumpliría los cincuenta y sería padre por segunda vez, tomó conciencia de que estaba harto de luchar por un asiento en un avión, de alterarse por los insultos en los periódicos, de tener policías durmiendo en casa, de presionar a políticos y de oír hablar de asesinato a los encubiertos señores Mañana y Tarde. Su nuevo libro cobraba vida en su cabeza, y un nuevo ser se había agitado en el vientre de Elizabeth. Con vistas a escribir el libro, leía a Rilke, escuchaba a Gluck, veía una borrosa cinta de vídeo de la gran película brasileña *Orfeo negro* y hacía el feliz descubrimiento, en la mitología hindú, de un mito órfico a la inversa: el dios del amor, Kama, asesinado por Shiva en un momento de ira y devuelto a la vida solo gracias a las súplicas de su esposa Rati, Eurídice rescatando a Orfeo. Un triángulo rotaba lentamente en su imaginación, en cuyos tres vértices estaban el arte, el amor y la muerte. ¿Podía el arte, alimentado por el amor, trascender la muerte? ¿O debía la muerte, a pesar del arte, consumir inevitablemente el amor? O quizá el arte, meditando sobre el amor y la muerte, podía devenir en algo mayor que ambos. Tenía en el cerebro cantantes y compositores, porque en el mito de Orfeo las artes de la música y la poesía se hallaban unidas. Pero no era posible mantener a raya lo cotidiano. Preocupado, se preguntaba sin cesar qué clase de vida podría ofrecer al niño que venía a verlos, que entraba en este mundo procedente del vacío de no ser para encontrarse... ¿qué? ¿A Helen Hammington y sus efectivos siguiendo cada uno de sus movimientos? Era impensable. Y sin embargo tenía que pensarlo. Su imaginación deseaba volar, pero tenía lastres de plomo en los tobillos. *Podría encerrarme en una cáscara de nuez y considerarme rey del espacio infinito*, afirmó Hamlet, pero Hamlet no había intentado convivir con la División Especial. Si estuvieras encerrado en una cáscara de nuez junto con cuatro policías dormidos, seguro que tendrías pesadillas, oh, príncipe de Dinamarca.

En agosto de 1997 sería el quincuagésimo aniversario de la independencia de la India, y le habían pedido que recopilara una antología de textos indios para señalar la ocasión. Pidió a Elizabeth que lo ayudara. Sería algo que podrían hacer juntos, algo en que pensar juntos, aparte de las dificultades de sus vidas.

Había hablado con la policía de la posibilidad de cambiar el sistema de protección. Elizabeth y él necesitaban preparar una habitación para el bebé y tal vez buscar a una niñera que viviera en casa. Ya no podrían ofrecer alojamiento a cuatro agentes de policía por la noche y, en todo caso, ¿de qué servían si estaban todos dormidos? Por una vez encontró a Scotland Yard receptivo a sus ideas. Se acordó que los agentes de policía ya no dormirían en su residencia. Tendría un equipo durante el día y luego un turno de noche formado por dos agentes que se quedarían en la «sala de estar» de la policía, despiertos, controlando la batería de pantallas de vídeo. Con esta nueva organización, le dijeron, dispondría por fin de un «equipo dedicado», no compuesto por agentes a tiempo parcial procedentes de otros equipos, sino asignados solo a él, y eso le simplificaría la vida. El nuevo acuerdo se aplicó a principios de enero de 1997, y él notó alicaídos y malhumorados a todos los agentes de protección. *Ah*, pensó en un momento de lucidez, *es por las horas extra*.

Una de las grandes ventajas de intervenir en una «prote encubierta» como la Operación Malaquita y vivir con el principal las veinticuatro horas del día era el considerable número de horas extra. En todas las demás misiones de protección «no encubiertas», los equipos de protección volvían a casa por la noche y entonces unos agentes de uniforme protegían la residencia del principal. Ahora de pronto desaparecía el pago de horas extra nocturnas. No era de extrañar que estuvieran *un poco molestos, para ser sinceros, Joe*, y no era de extrañar que los mandamases de Scotland Yard se hubiesen apresurado a aceptar su propuesta. Les había ahorrado un montón de dinero.

Ese mismo fin de semana descubrió que la «ventaja adicional de un equipo dedicado» era ilusoria. Lo habían invitado a la casa de Ian McEwan en Oxford, pero de pronto el lugarteniente de Hammington, Dick Stark, cuya autocomplacencia había empezado a ser motivo de irritación continua, le informó repentinamente de que no había chóferes disponibles, así que tendría que quedarse en casa todo el fin de semana. Había «escasez de personal», aunque «obviamente» si Elizabeth necesitaba ir al hospital, encontrarían la manera. A partir de ese momento, «los fines de semana siempre habrá más dificultades». Él tendría que avisarlos antes del martes si deseaba algún «desplazamiento» el sábado o el domingo. El traslado a Oxford parecía exigir, le dijeron, «mucho personal para muy poca cosa».

Él intentó presentar argumentos en su favor. Ahora había tres agentes en su casa todo el día, así que si quería ir a un acto privado, como una cena en casa de un amigo, solo tenían que encontrar a un chófer más, ¿tan difícil era eso? Pero como de costumbre en Scotland Yard, el deseo de serle útiles era mínimo. Se avecinaban unas elecciones generales, pensó, y si ganaba el Partido Laborista, encontraría a personas más cordiales en altos cargos. Debía conseguir garantías de que lo ayudarían a llevar una vida vivible. No aceptaría un encarcelamiento donde las salidas fueran al arbitrio de la policía.

Entretanto Elizabeth se había obsesionado con el secretismo. No quería que

nadie externo a su círculo más íntimo supiera que estaba embarazada hasta que el bebé naciera. Él ya no sabía cómo mantener esos secretos. Quería que se le permitiera llevar una vida franca con su familia. Incluso le habló de matrimonio, pero cuando mencionó un acuerdo prenupcial, la conversación degeneró en pelea. Él intentó convencerla de que vivir en Estados Unidos sería más fácil, y la pelea fue a más. Estaban enloqueciendo, pensó. Encerrados y dementes. Dos personas que se querían se veían aplastadas por las tensiones que les imponían la policía, el gobierno e Irán.

El *Daily Insult* publicó un artículo en su sección para mujeres sobre un psicólogo alemán según el cual los hombres feos tenían éxito entre las mujeres guapas porque eran más atentos. «Ese debe de ser un dato bien recibido en el escondrijo de Salman Rushdie», fue la hipótesis del *Daily Insult*.

Habló con Frances D'Souza de la posibilidad de crear un grupo de parlamentarios simpatizantes para que defendieran su causa, y tal vez incluso se sumaran un par de lores afines como Richard Rogers. (Él no tenía un parlamentario de su propio distrito electoral, porque no era posible revelar su dirección.) A ella le pareció una buena idea. Una semana después Mark Fisher, el portavoz de cultura del Partido Laborista, lo invitó a la Cámara de los Comunes a tomar una copa con Derek Fatchett, el ayudante de Robin Cook, el portavoz de asuntos exteriores laborista y el probable ministro de Asuntos Exteriores en un futuro gobierno laborista. Fatchett lo escuchó con creciente ira y dijo: «Le prometo que, cuando lleguemos al poder, resolver esto será un asunto de la máxima prioridad». Mark se comprometió a reflexionar acerca de todos los aspectos del caso. ¿*Por qué*, se preguntó al salir, dándose de cabezazos contra la pared, *no se me había ocurrido antes el plan «adopta un parlamentario»*?

Fue a la fiesta anual de la Brigada «A», irritado con los altos cargos, y se marchó lo antes posible dentro de los límites de la cortesía. Después se le *permitió* cenar con Caroline Michel y Susan Sontag en un restaurante. Anunció a Susan el embarazo, y ella le preguntó si iban a casarse. Mmm, contestó él con un titubeo, así ya nos va bien. Hoy día hay mucha gente que no se casa. «¡Cásate con ella, cabrón! -exclamó-. ¡Ella es lo mejor que te ha pasado en la vida!» Y Caroline coincidió. «¡Sí! ¿A qué esperas?» Elizabeth parecía muy interesada en su respuesta a esa pregunta. Cuando llegó a casa, apoyado en su cocina Aga, dijo irónicamente: «Mejor será que nos casemos, pues». A la mañana siguiente, nada más despertar, Elizabeth preguntó: «¿Recuerdas lo que dijiste anoche?». Él descubrió que se sentía a gusto con la idea, cosa que lo asombró. Después de la catástrofe Wiggins, había pensado que nunca se arriesgaría a otro matrimonio. Pero ahí estaba otra vez, arriesgándose con el amor, como decía la canción.

Ella no quería casarse con barriga de embarazada. Así que quizá lo hicieran en verano, después de llegar el bebé, en Estados Unidos. Pocas semanas antes les habían *permitido*, como una especie de regalo de Navidad, aceptar la

invitación de Richard Eyre para ver su producción de *Guys and Dolls* en el Teatro Nacional, y ahora Elizabeth podía representar durante unos meses el papel de Adelaide, «la conocida prometida». Tan pronto como él hizo el chiste, la persona en cuestión cogió un resfriado.

La BBC TV intentaba adaptar *Hijos de la medianoche* a la pantalla en forma de miniserie de cinco episodios, pero el proyecto planteó dificultades a la hora de elaborar el guión. El escritor Ken Taylor, que con tanto éxito había adaptado *La joya de la corona* de Paul Scott, encontraba mucho más complicado *Hijos de la medianoche*, una obra muy distinta. Alan Yentob lo telefoneó para decirle: «Si quieres que se haga esta serie, me temo que vas a tener que intervenir». Kevin Loader, el productor de la serie, prometió dar a Ken Taylor la mala noticia, pero nunca lo hizo, y Ken, como es lógico, se enfureció al enterarse. Sin embargo se habían redactado ya los nuevos guiones y el director Tristram Powell le dijo que habían gustado mucho a Mark Thompson, el nuevo supervisor de BBC2, y que ahora este «apoyaba el proyecto en un ciento por ciento». Eso era bueno. Pero los verdaderos problemas a los que se enfrentaría este proyecto no procederían de la propia BBC.

Rab Connolly fue a verlo con actitud conciliadora. Negó que los parlamentarios laboristas hubieran presionado a Scotland Yard, pero parecía probable. «Creo que podemos decir que no volverá a tener problemas por cuestiones como la visita a McEwan.»

Era la semana del aniversario de la fetua y la información «supersecreta» que le habían dado el señor Mañana y el señor Tarde salía en todos los periódicos. Se había «aumentado la seguridad» en torno a él, informó *The Guardian*, cosa que no era verdad, «porque el MI5 sabe de una amenaza específica», cosa que sí lo era. Entretanto, Sanei del Bounty había aumentado el dinero de la recompensa en otro medio millón de dólares. *The Times* convirtió en principal titular el ofrecimiento de la recompensa, y en un editorial exigió que Gran Bretaña se pusiera al frente de la UE en la adopción de una nueva línea más dura ante Irán. Él personalmente escribió un artículo que fue muy difundido por todo el mundo y concedió entrevistas a la CNN y la BBC para respaldarlo; en él afirmaba que si un ataque así se hubiera dirigido contra alguien considerado «importante» -Margaret Thatcher, Rupert Murdoch, Jeffrey Archer-, la comunidad mundial no se habría quedado cruzada de brazos durante ocho años, emitiendo gemidos de impotencia. La falta de soluciones, por tanto, reflejaba la generalizada convicción de que la vida de algunas personas -la vida de escritores conflictivos, por ejemplo- era menos valiosa que la de otras.

Pero Zafar le preocupaba más que Irán. Se había sacado el carnet de conducir y le habían comprado un coche pequeño, pero la vida adulta parecía aún a cierta distancia. La emoción del coche lo indujo a ciertos

comportamientos alocados. Además, rondaba por ahí una chica, Evie Dalton, y Zafar hizo novillos en el colegio. Salió de casa temprano diciendo que habían emplazado a todo su curso para clases extra de literatura: ¡qué bien había aprendido a mentir! Esos eran los efectos negativos de la fetua, y si resultaban ser efectos negativos a largo plazo, sería insoportable. Una chica había llamado al colegio haciéndose pasar por Clarissa para decir que él tenía hora con el médico y llegaría más tarde. El colegio, sospechando que allí había gato encerrado, telefoneó a Clarissa para confirmarlo, y se descubrió la mentira. Clarissa habló con la madre de Evie, Mehra, y, como es lógico, la amable mujer india se quedó hondamente consternada.

Zafar apareció en el colegio a la hora del almuerzo y se vio en un buen aprieto. Sus padres lo castigaron sin salir, y no podría usar el coche durante bastante tiempo. El hecho de que pudiera desaparecer sin más, sabiendo el pánico que eso desencadenaría en su padre por su seguridad, era indicio de lo mucho que estaba apartándose del buen camino. Siempre había sido un chico bondadoso y considerado. Pero ahora era un adolescente.

Se llevó a Zafar a cenar, los dos solos, y eso ayudó. Comprendió que era importante hacerlo con regularidad y se sintió como un imbécil por no haberse dado cuenta antes. Zafar estaba preocupado por su nuevo hermano, dijo. *Tú eres un padre ya mayor, papá, y cuando él crezca, tendrá una vida muy extraña, como yo*. Sentía un gran deseo de llevar a su Evie a la casa de Bishop's Avenue. Pero dos semanas después tenía el corazón roto. Evie, a la que se sentía unido porque los dos eran medio indios, lo había abandonado por su mejor amigo, Tom. «Pero no puedo enfadarme con nadie más de unas horas», comentó Zafar conmovedoramente. Intentaba conservar la amistad de los dos (y lo consiguió; Evie y Tom siguieron siendo dos de sus amigos más íntimos). Pero la situación se cebó en su cabeza e incidió gravemente en su rendimiento escolar. Tenía que arrimar el hombro. Los exámenes de fin de curso estaban al caer.

Dos semanas después se dio permiso a Zafar para volver a usar el coche y casi de inmediato tuvo un accidente. Telefoneó a las nueve y cuarto de la mañana; el accidente había ocurrido a la vuelta de la esquina, en el cruce de Bishop's Avenue con Winnington Road, pero a su padre, el pájaro enjaulado, no se le *permitió* hacer lo que cualquier padre haría: correr al lugar de la colisión y asegurarse de que su hijo estaba bien. En lugar de eso, tuvo que quedarse en su jaula, muerto de preocupación, mientras Elizabeth iba a buscar a Zafar. El jovencito había tenido suerte: una hemorragia nasal y un corte en el labio, ningún traumatismo cervical ni huesos rotos. El accidente había sido culpa suya. Había intentado adelantar a un coche que había señalado el giro a la derecha con el intermitente, y embistió al coche y luego derribó la tapia baja de un jardín. La policía local le dijo que habría podido matar a alguien y que podían procesarlo por conducción temeraria (aunque al final no fue así). Entretanto, en la casa de Bishop's Avenue, los protectores de su padre decían muy útilmente: «Bueno, estaba excediéndose con la velocidad; ya se veía

venir que iba a tener un accidente».

Telefoneó a Clarissa, y ella llamó al colegio. Luego él llamó a Zafar, profundamente afectado, e intentó transmitirle amor y apoyo por teléfono, diciéndole las cosas habituales sobre la necesidad de aprender de lo ocurrido, aprender a conducir mejor como consecuencia de ello y demás. «Probablemente ya se habrá enterado todo el colegio cuando llegue allí -dijo Zafar sombríamente-. Han pasado unos en coche y me han visto.» Ese fin de semana su hijo fue un hombre mortificado, y escribió una amable carta a la mujer cuya tapia había derribado, y cuya reparación su padre, inevitablemente, pagaría.

Llegaron sus resultados en los exámenes preliminares a los finales, y su rendimiento en ese importante ensayo fue lamentable. Dos aprobados y un insuficiente en lengua y literatura. Furioso, le dijo a Zafar: «Si no haces algo al respecto ya mismo, no entrarás en ninguna universidad. Estás yéndote a pique».

La antología india estaba acabada. Él había escrito una introducción que, como bien sabía, suscitaría polémica en la India debido a su gran incorrección política; en ella sostenía que en la actualidad la literatura más interesante de escritores indios se escribía en inglés. Había pasado una velada con Anita y Kiran Desai preguntándose si eso era verdad. Habían estado buscando, dijeron ellos, un texto en hindi contemporáneo para traducirlo al inglés, y no habían encontrado nada digno. En cambio, otras personas con las que habló consideraban que sin duda había autores, Nirmal Verma, Mahasveta Devi, en el sur quizá O.V. Vijayan y Anantha Moorthy, pero en general no era un momento muy propicio para la literatura en las *bhashas* de la India. Por tanto, tal vez el argumento que él planteaba era válido, o al menos digno de ofrecerse como material de debate, pero sospechaba que sería atacado; y así fue.

Elizabeth y él entregaron la antología, y dos días después la policía estuvo a punto de matar a alguien.

Él estaba en su estudio, trabajando en la preparación de *El suelo bajo sus pies*, y de pronto oyó un ruido muy, muy fuerte. Cuando corrió escalera abajo, se encontró a todos los miembros del equipo de protección en el vestíbulo, sobresaltados y, debía decirse, con aire de culpabilidad. A uno de los agentes más amables del actual grupo de protección, un hombre flaco como un palo de escoba, canoso y bien hablado llamado Mike Merrill, se le había disparado el arma accidentalmente. Estaba limpiándola y no se había dado cuenta de que quedaba una bala en el cargador. La bala había cruzado la sala de estar de la policía, perforado la puerta cerrada, atravesado el vestíbulo y abierto un buen boquete en el otro extremo. Por pura suerte no había nadie allí en ese momento. Beryl, la mujer de la limpieza que contaba con el visto bueno de la División Especial (que además era amante, según descubrió él, de Dick Stark;

también él estaba casado, naturalmente), no se hallaba allí; no era uno de sus días de trabajo. Y Elizabeth había salido, y Zafar estaba en el colegio. Así que nadie corrió peligro. Pero con ese incidente algo cambió para él. ¿Y si Elizabeth o Zafar hubiesen pasado por allí en ese momento? En pocos meses llegaría un bebé a la casa, una casa en la que volaban balas. Allí lo visitaban sus amigos. Eso podría haber ocurrido en cualquier momento. «Esas armas -dijo en voz alta- tienen que salir de mi casa.»

Mike, abochornado, se disculpó una y otra vez. Lo retiraron de la protección y ya nunca más volvió, y eso fue una pérdida. Uno de los otros agentes de protección nuevos, Mark Edwards, dijo en un intento de tranquilizarlo: «De ahora en adelante el procedimiento de limpieza y verificación se hará contra la pared del fondo de la casa, nunca cerca de la puerta interior. Lo que se hizo está prohibido por el reglamento». Ah, dijo él, ¿así que la próxima vez abrirán un agujero en la pared de la casa y quizá maten a un vecino? No, gracias. Confiaba tanto en ellos que jamás se le habría pasado por la cabeza la posibilidad de un error así, pero ahora había ocurrido y difícilmente recuperaría la confianza. «La simple realidad es -admitió- que ya no puedo tener a hombres armados en la casa.» Había un nuevo mandamás al frente de su caso en Scotland Yard, el superintendente de investigación Frank Armstrong (que después sería el agente de protección personal de Tony Blair y luego comisario segundo provisional «a cargo de la cartera de operaciones», lo que significaba, en esencia, que sería el responsable de la Policía Metropolitana). Se había concertado una reunión con Armstrong al cabo de un mes. «No puedo esperar tanto -le dijo a su avergonzado equipo-. Quiero esa reunión ya.»

Consiguió ver a Rab Connolly, que fue a la casa para presentar su informe oficial. Dijo a Rab que no tenía intención de presentar una queja contra Mike ni contra nadie, pero el suceso le había planteado un nuevo imperativo. Las armas debían salir de la casa, y eso debía ocurrir de inmediato. Rab dejó caer el argumento habitual sobre lo que pasaría si se descubría la casa, la «operación con gran presencia de policías uniformados», la calle entera cerrada al tráfico, y ya no habría protección porque «todo el mundo se negaría a hacerlo». Añadió: «Si al principio hubiese estado al frente otra persona, y hubiese tomado la decisión adecuada, usted no habría tenido que esconderse en ningún momento, y ahora se encontraría en una situación totalmente distinta». En fin, con eso se sentía mucho mejor. Así era como le hablaba la policía. Si él quería tal cosa, ellos hacían tal otra. Si él quería tal otra, entonces ellos insistían en lo contrario. Ah, y si todo se hubiese hecho bien desde el principio, ahora no estaría mal hecho, pero como se había hecho mal ya no se podía corregir.

Él se sentía conmocionado. Un arma se había disparado dentro de su casa. Elizabeth no tardaría en volver. Tenía que serenarse antes de que ella llegara para poder hablarle del asunto debidamente. No serviría de nada si los dos se ponían histéricos. Tenía que controlarse.

Frank Armstrong, hombre de pobladas cejas y sonrisa profesionalmente alegre, fornido, acostumbrado a mandar, fue a la casa con Rab y Dick Stark.

Algo le preocupaba. Ronnie Harwood, allegado del señor Anton, era un viejo amigo del ministro del Interior, Michael Howard, y había solicitado una reunión para hablar sobre la protección de Rushdie. «¿Cuál es el problema?», quiso saber Frank Armstrong. «Imagino que tendrá que ver con la posibilidad de permitirme una vida un tanto más digna -contestó él-. Y con que necesitamos una estrategia por si esta casa llega a descubrirse. Eso tiene que ser una decisión política además de operativa. Necesito que todo el mundo se centre en eso y lo piense bien. Es lo que he estado diciendo a los dirigentes laboristas, y es lo que Ronnie va a decir a Michael Howard.»

Todo era política. Ahora que Armstrong veía que él disponía de cierta «influencia» política, se mostraba más dispuesto a cooperar, incluso deferente. La División comprendía su petición de que el personal armado se retirara de la vivienda, dijo. Tenía una propuesta que plantear. *Si usted accediera a contratar a un agente o un chófer retirado de la División para que trabaje con usted, quizá incluso uno de los agentes que ya conoce, podríamos tal vez retirarnos de la casa y dejar que esa persona se quedase a cargo de todos sus desplazamientos privados, y ofrecerle protección solo cuando acceda a espacios públicos*.

¡*Sí*!, pensó él de inmediato. *Sí, por favor*. «De acuerdo -dijo Armstrong-. Eso nos da una base de la que partir.»

Habló con Frank Bishop, Frank el Susurros, el entusiasta del críquet, el afable agente de protección con quien Elizabeth y él habían forjado la relación más estrecha. Frank estaba a punto de retirarse y mostró «interés» en el nuevo empleo. A Dennis el Caballo, también próximo al retiro, podía pagársele una cuota adicional como «hombre de respaldo», para sustituir a Frank cuando este estuviera enfermo o de vacaciones. «Tendré que consultarlo con mi mujer, claro», dijo Frank, y eso pareció razonable.

Frances D'Souza tenía un «colega en el MI6», y este le contó que los espías estaban enterados del embarazo de Elizabeth y sabían que, debido a ello, disponían de «un máximo de tres años para resolver el asunto». La idea de que su bebé estuviera haciendo política le arrancó una sonrisa. El MI6, decía el colega de Frances, había presentado al Foreign Office pruebas del alcance del terrorismo iraní, «diez veces mayor al de cualquier otro, al saudí, al nigeriano, a cualquiera», y por consiguiente el gobierno británico coincidía ahora en que no tenía sentido andarse con contemplaciones con Irán, el «diálogo crítico» era basura, y toda inversión o intercambio comercial con el país debía cesar. Los franceses y alemanes eran trabas, pero el MI6 creía que la nueva «línea dura subyugaría a los mulás en cuestión de un par de años». *Lo creeré cuando lo vea*, pensó él.

Y siempre las alas de ese enorme mirlo, el ángel exterminador, batiendo muy cerca. Andrew telefoneó para decir que Allen Ginsberg tenía un cáncer de hígado inoperable y que le quedaba un mes de vida. Y una noticia aún peor. Telefoneó Nigella. John Diamond tenía cáncer de garganta. Los médicos procuraban mostrarse tranquilizadores. Era «curable, como un cáncer de piel por dentro», con radioterapia. Sean Connery se había sometido con éxito a ese tratamiento siete años antes. «Me siento muy indefensa», dijo tristemente Nigella.

Indefensión: ese era un sentimiento que él conocía bien.

Isabel Fonseca había hablado con Elizabeth y ofrecido el hermoso jardín de su madre en East Hampton, con su deslumbrante campo de lilas rosadas, y los cosmos morados y blancos detrás, como entorno para celebrar la boda, y a ellos les pareció un sitio perfecto. Pero pocos días después Elizabeth hizo lo que hacía todo el mundo: leyó el diario de él cuando él no estaba y se enteró de su día en París con Caroline Lang. Luego mantuvieron la dolorosa conversación que tenía todo el mundo, y fue Elizabeth quien se sintió desdichada e *indefensa*, y la culpa era de él.

Hablaron durante los siguientes dos días y poco a poco, con alguna que otra recaída, ella empezó a apartarlo de su pensamiento. «Antes confiaba tanto en ti -dijo- que sentía que nada podía interponerse entre nosotros.» Y en otro momento: «No quiero más problemas en nuestra relación. Creo que eso acabaría conmigo». Y más adelante: «El hecho de casarnos se ha convertido en algo muy importante para mí, porque entonces no habrás sido infiel». «¿Quieres decir en nuestro matrimonio?» «Sí.»

Ella soñó con su infidelidad y él soñó que se encontraba con Marianne en un supermercado de alimentos biológicos y le pedía que le devolviera sus pertenencias. «Nunca te las devolveré», decía ella, y se alejaba con su carrito.

La consternación, el dolor, el llanto, la rabia llegaban en forma de olas y luego remitían. Le faltaba solo un mes para salir de cuentas. Decidió que el futuro era más importante que el pasado. Y lo perdonó, o al menos accedió a olvidarlo.

«¿Cómo era aquello que decías que tenía tu madre en lugar de memoria para ayudarla a soportar a tu padre?»

«Olvidoria.»

«También necesito eso.»

Se habían convocado elecciones generales y, salvo por una encuesta aislada, el Partido Laborista mantenía una ventaja del veinte por ciento ante los conservadores. Después de un largo y sombrío periodo conservador, se percibía euforia en el aire. En los días previos a la victoria de Blair, Zafar inició sus exámenes finales y sus padres cruzaron los dedos, y Rab Connolly anunció que lo habían asignado a la protección de la señora Thatcher y lo sustituiría Paul Topper, que parecía listo y simpático y entusiasta y un poco menos quisquilloso que Rab. Mientras tanto la Unión Europea proponía el

envío de embajadores a Irán sin siquiera molestarse en recibir la menor garantía respecto a la fetua. Irán, como siempre el participante más cínico y hábil en el juego, respondió negándose a enviar a sus propios embajadores y prohibiendo la entrada al enviado alemán «de momento», sencillamente porque le daba la gana. Él apartó sus pensamientos de la política y fue a la primera y muy animada lectura en mesa de sus guiones de *Hijos de la medianoche* en la BBC.

Los periodistas andaban husmeando en torno a la noticia del bebé, muchos de ellos convencidos de que el niño ya había nacido. El *Evening Standard* telefoneó a Martin Amis. «¿Ha ido a verlo ya?» A él le pareció ridículo que le pidieran que mantuviera el secreto, pero en eso Elizabeth coincidía con la policía. Entretanto empezaba a asomar un nombre preferido, «Milan», como Kundera, sí, pero era también un nombre de etimología india, derivado del verbo *milana*, mezclar o combinar o fundir; así pues, *Milan*, una mezcla, una unión, una fusión. No era un mal nombre para un niño en el que se unían Inglaterra y la India.

Llegó el día de las elecciones, y nadie pensaba en su hijo. Él se quedó en casa y no pudo votar, porque, como no le era posible dar su domicilio, no podía empadronarse. Leyó en los periódicos que incluso a las personas sin techo se les había concedido una dispensa especial para echar sus papeletas en la urna; pero para él no hubo dispensa especial. Apartó los pensamientos amargos y asistió a las fiestas de la noche electoral de sus amigos. Melvyn Bragg y Michael Foot volvieron a organizar una, y esta vez no se produciría el horrendo anticlímax. La abogada Helena Kennedy y su marido cirujano, Iain Hutchinson, habían preparado otra. Se conocieron los resultados: era una gran victoria para el «Nuevo Laborismo» de Blair. Se dio rienda suelta al júbilo. Los invitados de las fiestas contaban anécdotas de desconocidos que entablaban conversación felizmente en el metro -¡y eso en Inglaterra!- y de taxistas que prorrumpían en canto. *El cielo volvía a estar despejado*, como decía la canción. Renacía el optimismo, una sensación de posibilidades infinitas. Ahora tendría lugar una muy necesaria reforma del Estado de bienestar, y se asignarían cinco mil millones de libras a la construcción de nuevas viviendas para sustituir las viviendas públicas que se habían vendido al sector privado durante los años del thatcherismo y por fin se incorporaría a la ley británica la Convención Europea de Derechos Humanos. Unos meses antes de las elecciones, en un acto de entrega de premios a las artes, él había desafiado a Blair -de quien se rumoreaba que no le interesaban las artes, y como él mismo había reconocido solo leía libros de economía y biografías políticas- a reconocer el valor de las artes para la sociedad británica, a comprender que las artes eran la «imaginación nacional». Blair, presente en esa ceremonia, respondió que la misión del Nuevo Laborismo era entusiasmar a la nación con su propia imaginación, y esa noche, en el fervor de esa victoria electoral, era posible no ver esa respuesta como una evasiva. Esa noche era para la celebración. La realidad podía esperar hasta la mañana

siguiente. Años más tarde, en la noche de la elección de Barack Obama para la presidencia de Estados Unidos, él volvería a experimentar esos sentimientos.

Dos días después se cumplieron los tres mil días de la fetua. Elizabeth, excepcionalmente hermosa, estaba a punto de salir de cuentas. Abrieron el coche de Clarissa y le robaron el maletín con todas las tarjetas de crédito, junto con unas gafas de sol de Zafar de las que el ladrón obviamente se había encaprichado. Y esa noche fueron a una fiesta de la victoria ofrecida por *The Observer* en honor de Tony Blair en un lugar llamado Bleeding Heart Crypt, una reunión que Will Hutton, director del periódico, describió como «una imposición de manos». En la fiesta, la nueva élite blairiana lo recibió y lo trató como a un amigo: Gordon Brown, Peter Mandelson, Margaret Beckett, las dos Tessas, Blackstone y Jowell. Allí estaban Richard y Ruthie Rogers, y Neil y Glenys Kinnock. Neil lo atrajo hacia sí y le susurró al oído: «Ahora tenemos que conseguir que esos capullos lo hagan». Sí, desde luego. Ahora «su» bando estaba en el poder otra vez. Como Margaret Thatcher se complacía en decir: *Regocijaos*.

De camino a la fiesta de la victoria, Dick Stark le entregó una carta de Frank Armstrong en la que le pedía que «se replanteara» todos sus planes. No quería que la existencia de su nuevo hijo se conociera públicamente, no pensaba que la boda fuera una buena idea, no quería que el nombre de Elizabeth apareciera en el libro que habían recopilado juntos. El hecho de que la policía se sintiera autorizada a hablarle así era un aspecto vergonzoso de su vida. Envió una respuesta contenida a Armstrong. La estrategia policial, decía, debía basarse en lo que era humana y decentemente posible.

Cometió el error de acceder a salir en *Q&A with Riz Khan*, el programa de la CNN, y las preguntas fueron uniformemente hostiles. Desde Teherán le preguntaron por enésima vez si en su momento «sabía lo que hacía», y desde Suiza un hombre preguntó «Después de insultar a los británicos, Thatcher y la reina, ¿cómo puede seguir viviendo en Inglaterra?», y desde Arabia Saudí una mujer llamó para decir «Nadie debería hacerle caso, porque todos sabemos quién es Dios», y preguntaron repetidamente: «Pero ¿qué ha sacado usted de su libro? ¿Qué ha sacado?». Él intentó contestar a todas esas preguntas con desenfado, con humor. Ese era su destino, afrontar la hostilidad con una sonrisa.

Sonó su teléfono. Una mujer del *Daily Express* dijo: «Creo que corresponde darle la enhorabuena: su pareja espera un bebé». *The Sunday Times* le envió un fax. «¡Nos hemos enterado de que ha tenido un hijo! ¡Enhorabuena! ¡Una gran novedad! Por supuesto no daremos el nombre de la madre ni del hijo por razones de seguridad, pero (a) ¿cómo va a arreglárselas para ser padre?, (b) ¿ahora necesitará más seguridad?». El deseo de Armstrong de mantener en secreto el nacimiento del bebé era absurdo y lamentó que Elizabeth sintiera también esa necesidad de secretismo. Maldita sea, pensó, si no se andaran con tantos tapujos, la prensa no le daría tanta importancia. Cuando los periodistas

creían que se les ocultaba algo, su avidez aumentaba. Al día siguiente el *Express* publicó la noticia, aunque omitió el nombre de Elizabeth. ¿Qué más da?, pensó él. Se alegró de que saliera a la luz, y el artículo era francamente agradable y bienintencionado. Un secreto menos. *Bien*. Pero Elizabeth se enfureció, y aumentó el nivel de estrés. Ninguno de los dos entendía las frases del otro, malinterpretaban el tono de voz, reñían por nimiedades. Él despertó a las cuatro de la madrugada y la encontró llorando. Ella temía por la salud de Carol. Estaba alarmada tras ver su nombre en los periódicos. La entristecía su infidelidad. Todo la preocupaba.

Y he aquí que, justo en el momento más oportuno, Helen Hammington salió con la cantinela de siempre. Si la casa quedaba al descubierto, el coste de la protección se triplicaría, dijo. «Pero en última instancia, y basándonos en que es a petición suya, Joe, siempre y cuando entienda que es irreversible, estamos dispuestos a aceptar su plan de retirar al equipo de protección, y la elección de Frank Bishop como su hombre ha sido aprobada.» Esa parte, al menos, era razonablemente constructiva. Pero a partir de ese momento las cosas fueron a peor. «No queremos que el nombre de Elizabeth salga en esa antología suya -dijo-. Eso, para serle franca, nos horroriza. ¿Puede cambiarse a estas alturas? ¿Puede borrarse?» Él contestó: si quieren un escándalo público, esa es la manera de crearlo. «Podrían seguirla -dijo Paul Topper, el nuevo responsable-. Si me dijeran que Elizabeth vivía con usted, yo lo localizaría en una o dos semanas usando solo uno o dos hombres.» Él intentó conservar la calma. Señaló que cuando empezó la protección, tenía una esposa, cuyo nombre era conocido, cuya foto había salido en las primeras planas de todos los diarios, y sin embargo se había movido libremente desde los diversos refugios de él, y la policía no había visto ningún problema. Y ahora tenía una prometida cuyo nombre no era apenas conocido, cuya fotografía nunca se había publicado. Era absurdo convertirla en un problema.

Luego dijo mucho más. Dijo: «Lo único que pido es que se permita a esta familia británica seguir con su vida y criar a su hijo». Y también dijo: «No pueden exigir a las personas que no sean las personas que son y no hagan el trabajo que hacen. No pueden esperar que Elizabeth no ponga el nombre en su propia obra, y deben aceptar el hecho de que nuestro hijo va a nacer, y a crecer, y a tener amigos, y a ir al colegio; tendrá derecho a una vida vivible».

«Todo esto -respondió Helen- está analizándose a los más altos niveles del Ministerio del Interior.»

El 24 de mayo de 1997 Ali Akbar Nateq-Nouri, el «candidato oficial» en las elecciones presidenciales iraníes, sufrió una aplastante derrota ante el candidato «moderado» y «reformista» Mohammad Jatami. En la CNN, jóvenes mujeres iraníes exigían libertad de pensamiento y un futuro mejor para sus hijos. ¿Lo conseguirían? ¿Lo conseguiría él? ¿Resolverían el problema por fin los nuevos líderes de Irán e Inglaterra? Jatami parecía

erigirse en una figura a lo Gorbachov, capaz de proporcionar la reforma desde el seno del sistema existente. Eso podía ser insuficiente, como lo habían sido la *glasnost* y la *perestroika*. Le costaba entusiasmarse con Jatami. Ya había visto demasiados falsos amaneceres.

El martes 27 de mayo Elizabeth fue a ver a su ginecólogo, el doctor Smith, a las cuatro de la tarde. En cuanto llegó a casa, a eso de las seis y cuarto, empezó a tener contracciones muy seguidas. Él avisó al equipo de protección y cogió la maleta, preparada y lista en su dormitorio desde hacía más de una semana, y los llevaron al Ala Lindo del hospital St. Mary's en Paddington, donde les dieron una habitación individual en un ángulo del edificio, la 407, que era, les dijeron, donde la princesa Diana había tenido a sus dos hijos. El parto se desarrolló rápidamente. Elizabeth quería intentarlo sin anestesia y, con su habitual determinación, lo consiguió, aunque con los esfuerzos de dar a luz se puso de un mal genio impropio de ella. Entre contracciones le ordenaba que le masajeara la espalda, pero en cuanto una empezaba no le permitía tocarla y no lo quería ante sus ojos. En un momento dado exclamó cómicamente a una comadrona llamada Eileen: «Ese perfume que lleva me da náuseas, ¡lo detesto!». Eileen, muy amablemente y sin quejarse, fue a lavarse y cambiarse de ropa.

Él miró el reloj y de pronto pensó: *Nacerá a medianoche*. Pero al final el niño llegó ocho minutos antes. A las doce menos ocho nació Milan Luca West Rushdie, con tres kilos cuatrocientos gramos, unos pies y unas manos enormes y mucho pelo en la cabeza. El parto había durado cinco horas y media, de principio a fin. Ese niño quería salir, y allí estaba, resbaladizo, sobre el vientre de su madre, con el cordón umbilical largo y grisáceo formando un amplio lazo en torno a su cuello y sus hombros. Su padre se quitó la camisa y lo sostuvo contra su pecho.

Bienvenido, Milan, le dijo a su hijo. *Este es el mundo, con toda su alegría y su horror, y te espera. Sé feliz en él. Ten suerte. Eres nuestro nuevo amor.*

Elizabeth telefoneó a Carol y él a Zafar. Al día siguiente, el primero en la vida de Milan, lo visitó su hermano, y sus «tíos extra», Alan Yentob (que anuló sus citas en la BBC para ir al hospital) y Martin Amis, que fue con Isabel, la hija de ambos, Fernanda, y el hijo de Martin, Jacob. Era un día soleado.

También los agentes de la División Especial estaban emocionados. «Es nuestro primer bebé», dijeron. Hasta la fecha nadie había sido padre hallándose bajo su protección. Esa fue la primera vez que Milan era el primero: era el Bebé de la Brigada «A».

Había estado ayudando a Bill Buford a recopilar un «especial India» para *The New Yorker*, y decidieron tomar una fotografía en grupo de varios escritores indios. En un estudio de Islington se vio entre Vikram Seth, Vikram Chandra, Anita Desai, Kiran Desai, Arundhati Roy, Ardashir Vakil, Rohinton Mistry, Amit Chaudhuri, Amitav Ghosh y Romesh Gunesekera (nadie sabía

por qué se había incluido a un escritor de Sri Lanka, pero daba igual: Romesh era buena persona y buen escritor). El fotógrafo era Max Vadukul, y para él no era una fotografía fácil. Como Bill escribió después, Vadukul había intentado por todos los medios «englobar al crispado grupo en su encuadre. Los resultados son esclarecedores. En el montón de imágenes [que tomó Vadukul] hay diversas variaciones sobre un mismo tema de pánico mudo. Se observan miradas de afectación, de curiosidad, de vértigo». Él por su parte recordaba al grupo, en general, de bastante buen humor, pese a que Rohinton Mistry (delicadamente) y Ardu Vakil (con mayor estridencia) llamaron a Amit Chaudhuri a capítulo por las opiniones estereotípicas sobre la comunidad parsi que había expresado en una reseña de un libro de Rohinton. Amit era el único de los once escritores que después no fue al almuerzo, en el restaurante Granita de Upper Street, escenario del legendario pacto de dirección entre Blair y Brown. Después dijo a Bill: «Me he dado cuenta de que mi sitio no está en ese grupo. No son la clase de gente a la que pertenezco». Años después, en una entrevista con Amitava Kumar, Arundhati Roy afirmó que tampoco era la clase de gente a la que pertenecía ella. Al recordar ese día, le contó a Kumar, se «reía»: «Creo que todo el mundo estaba un poco susceptible. Hubo discusiones mudas, enfurruñamientos y cuchicheos. Hubo cortesía erizada. Todo el mundo estaba un poco incómodo. [...] En fin, dudo que alguien en esa fotografía tuviera la sensación de pertenecer realmente al mismo "grupo" que la persona de al lado». Él recordaba que ese día Arundhati Roy se había mostrado muy cordial y contenta de estar allí con los demás. Pero probablemente fue una percepción errónea.

Pocos días después de la sesión fotográfica asistió a la fiesta de presentación de *El dios de las pequeñas cosas*, porque su autora le inspiraba simpatía y deseaba ayudarla a celebrar su gran momento. Encontró a la señorita Roy de un ánimo más frío. Esa mañana había aparecido en *The New Yorker* una reseña de su novela, escrita por John Updike, y era básicamente una reseña favorable, no un diez sobre diez, pero sí quizá un ocho y medio. En cualquier caso, era una excelente reseña para una primera novela en una publicación importante, escrita por un coloso de las letras estadounidenses. «¿La has visto? -le preguntó él-. Debes de estar muy contenta.» La señorita Roy se encogió de hombros afectadamente. «Sí, la he visto -contestó-. ¿Y qué?» Eso fue sorprendente y, en cierto modo, impresionante. Pero él le dijo: «No, Arundhati, ¿qué frialdad es esa? Está sucediéndote algo maravilloso. Tu primera novela tiene un éxito extraordinario. No hay nada como el primer éxito. Deberías disfrutarlo. No seas tan fría». Ella lo miró a los ojos. «Soy bastante fría», contestó, y se dio media vuelta.

Después de una efusiva presentación de Stuart Proffitt, su editor, la señorita Roy ofreció una larga y lúgubre lectura, y Robert McCrum, que afortunadamente se recobraba de su embolia, susurró: «Cinco sobre diez». En el coche, en el camino de vuelta, el agente de protección Paul Topper comentó: «Después de oír al editor, estaba planteándome comprar el libro,

pero luego, cuando ha salido ella a leer un trozo, he pensado, mejor no».

Elizabeth y Milan volvieron a casa del hospital y Caroline Michel los visitó para entregarle «tu segundo bebé», el ejemplar acabado de la antología *Vintage Book of Indian Writing* (más adelante publicada en Estados Unidos con el título *Mirrorwork*). Fuera de la burbuja de protección, se propagaba la noticia del nacimiento de Milan. El *Evening Standard* la publicó incluyendo el nombre de Milan. La policía seguía muy preocupada por la posibilidad de que el nombre de Elizabeth llegara a los periódicos e intentaba impedirlo por todos los medios. De momento su nombre no apareció. A él lo llevaron de nuevo a la fortaleza del espionaje, donde el señor Tarde y el señor Mañana también expresaron su preocupación por Elizabeth y Milan. Pero, dijeron, se había «desbaratado» una «amenaza específica». Sin más detalles. Recordó el *enorme puñetazo*, esperando que hubiera surtido efecto. ¿No debía temer ya, pues, el plan de asesinato? «No hemos dicho eso», objetó el señor Tarde. «Todavía hay poderosas razones para seguir alertas», confirmó el señor Mañana. ¿*Puede decirme cuáles son esas razones*? «No», respondió el señor Tarde. *Ya veo. No, dice usted*. «Exacto», dijo el señor Mañana. «Pero en cuanto a la amenaza específica de la que tuvimos conocimiento en el momento de su viaje a Dinamarca... -explicó el señor Tarde-, esa amenaza se ha frustrado.» *Ah, ¿quiere usted decir que realmente había una amenaza específica en Copenhague*? «La había», afirmó el señor Tarde. ¿*Y por qué no me lo dijeron*? «Protección de las fuentes -contestó el señor Mañana-. No podíamos permitir que usted dijera a los medios que lo sabía.» Ante la alternativa de protegerlo a él o a la fuente, los espías habían optado por la fuente.

Entretanto, el *Daily Insult* se preparaba para publicar diversos artículos sobre el aumento del coste para la nación que conllevaba el nacimiento de Milan. (No hubo tal aumento.) Se dispuso a soportar titulares como EL BEBÉ RUSHDIE CUESTA UNA FORTUNA A LOS CONTRIBUYENTES. Y sin embargo el titular fue: RUSHDIE CHANTAJEA A LA BBC. Según decían, estaba obstaculizando el proyecto *Hijos de la medianoche* con unas pretensiones económicas exorbitantes. Las cifras mencionadas eran más del doble de lo que en realidad le pagaban. Dio instrucciones a sus abogados para entablar demanda contra el *Insult*, y al cabo de unas semanas los directores se echaron atrás y presentaron una disculpa en la propia prensa.

Fueron a la oficina del registro civil de Marylebone y en cuanto inscribieron el nacimiento y el nombre de Milan, Elizabeth se descompuso totalmente porque no incluía los dos apellidos, no era West-Rushdie, sino simplemente Rushdie. Precisamente el día anterior ella le había comentado lo mucho que le complacía decir a todos que el niño se llamaba Milan Rushdie, así que a él esa escena lo cogió del todo desprevenido. Habían tratado la cuestión del apellido muchas veces y llegado a un acuerdo, pensaba él, hacía meses. Y ahora ella sostenía que había reprimido sus verdaderos sentimientos porque «a ti no te

habría gustado». Pasó el resto del día atribulada e inconsolable. Al día siguiente era viernes 13, y ella seguía enfadada, abatida, en actitud acusadora. «Con qué eficacia estamos destruyendo la gran felicidad que nos ha sido concedida», escribió él en su diario. Se sentía alterado y profundamente disgustado. El hecho de que una mujer tan ecuánime hubiera entrado en un descalabro emocional tan absoluto inducía a pensar que en el fondo el conflicto era mucho mayor de lo que parecía. Esa Elizabeth al borde de la histeria no era la mujer que él conocía desde hacía siete años. Daba la impresión de que brotaba ahora de su interior toda la incertidumbre, el miedo y la angustia acumulados. La cuestión del doble apellido no era más que un MacGuffin: el pretexto que había desatado la trama real y oculta de cómo se sentía Elizabeth.

Ella tuvo un pinzamiento y la asaltó de pronto un intenso dolor. Él le suplicó que fuera a ver a un médico, pero ella se negó hasta que el dolor se agravó tanto que quedó literalmente inmovilizada. La tensión crepitaba entre ambos, y él dijo, con excesiva aspereza: «Así es como te enfrentas al dolor. Dices a todos los que quieren ayudarte que callen y desaparezcan de tu vista». Ella, furiosa, contestó a gritos: «¿Vas a criticar la manera en que di a luz?». *Oh, no, no, no*, pensó él. *No, esto no debería estar pasando*. Una gran brecha se había abierto entre ellos precisamente cuando deberían haber estado más unidos que nunca.

El día del Padre recibió una tarjeta: un contorno de la mano de Zafar, de dieciocho años y, dentro, un contorno de la mano de Milan, de dieciocho días. Se convirtió en una de sus más preciadas posesiones. Después de eso Elizabeth y él hicieron las paces.

Zafar cumpliría dieciocho años. «Mi orgullo por este muchacho es absoluto -escribió en su diario-. Se ha convertido en un joven excelente, sincero y valiente. La dulzura esencial que le era innata, su delicadeza, su calma, todo eso sigue presente, intacto. Posee un auténtico don para la vida. Ha recibido el nacimiento de Milan con elegancia y, según parece, sincero interés. Y conservamos una buena relación que permite que él me confíe sus sentimientos íntimos, una proximidad que no existió nunca entre mi padre y yo. ¿Conseguirá plaza en la universidad? Su destino está en sus propias manos. Pero al menos sabe, siempre ha sabido, que es muy querido. Mi hijo adulto.»

El cumpleañero vino a casa por la mañana y recibió su regalo -una radio para el coche- y una carta donde su padre le expresaba el orgullo que sentía por él, por su valor y por su gentileza. Zafar la leyó y, conmovido, dijo: «Me ha gustado mucho».

Él escribió y habló, discutió y luchó. Nada cambió. Bueno, sí cambió el gobierno. Tuvo una excelente reunión con Derek Fatchett, el segundo de Robin Cook en el Ministerio de Asuntos Exteriores, y el ambiente fue muy distinto del que se respiraba en los viejos tiempos del Partido Conservador.

«Presionaremos», prometió Fatchett, y se comprometió a echar una mano en el asunto de la prohibición de viajar a la India, a echar una mano con lo de British Airways, a echar una mano en general. De pronto tuvo la sensación de que el gobierno estaba de su lado. A saber si eso incidiría de alguna manera. El nuevo régimen iraní no daba señales muy prometedoras. Llegó un mensaje de cumpleaños del nuevo presidente «moderado», Jatami: «Salman Rushdie pronto morirá».

Laurie Anderson había telefoneado para preguntarle si tenía algún texto acerca del fuego. Estaba preparando una velada a base de performances a fin de recaudar dinero con el que construir un hospital pediátrico para la organización benéfica War Child. Contaba ya con un vídeo espectacular sobre el fuego, y necesitaba un texto para acompañarlo. Él reunió fragmentos de la parte del incendio en Londres de *Los versos satánicos*. Laurie había convencido a Brian Eno para que grabara varios bucles de sonido, que ella mezclaría desde una pequeña mesa entre bastidores mientras él leía. No había tiempo para ensayar, así que él salió al escenario sin más y empezó a leer, con el vídeo de las llamas a sus espaldas, mientras Laurie mezclaba la música de Eno, aumentando y disminuyendo el volumen sin previo aviso, olas de sonido por las que él tuvo que deslizarse como un surfista o un temerario skater, subiendo y bajando la voz, salvando los muebles. Fue una de las cosas más divertidas que había hecho en la vida. Zafar asistió a la velada en compañía de una chica llamada Melissa: era la primera vez que iba a una lectura de su padre. Después comentó: «Has tartamudeado un par de veces y te mueves demasiado; eso distrae un poco»; pero al parecer, en conjunto, le gustó.

Cenaron en casa de Antonia Fraser y Harold Pinter, y Harold tuvo a Milan en su regazo largo rato. Finalmente se lo devolvió a Elizabeth y dijo: «Cuando crezca dile que a su tío Harold le gustó tenerlo en brazos».

El máximo responsable de British Airways, Robert Ayling, fue a dar una charla al colegio de Zafar, y Zafar le preguntó por la negativa de la compañía aérea a admitir a su padre como pasajero, y lo criticó y reprendió durante varios minutos. Después, cuando por fin British Airways cambió de política respecto a la prohibición, Ayling comentó lo mucho que lo había conmovido la intervención de Zafar. Fue Zafar quien ablandó el corazón del responsable de las aerolíneas.

¡El verano en Estados Unidos! En cuanto Milan tuvo edad para viajar en avión, emprendieron sus semanas anuales de libertad veraniega... ¡esta vez en un avión británico, un vuelo directo, y los tres juntos! Virgin Atlantic había accedido a llevarlo, ofreciéndole una ruta directa a Estados Unidos. No más viajes a Viena, Oslo o París para coger un avión amigo. Había caído uno de los ladrillos del muro de la cárcel.

La casa de los Grobow los recibió acogedoramente, los rodearon sus amigos

-Martin e Isabel estaban en East Hampton, Ian McEwan y Annalena McAfee habían alquilado una casa en Sag Harbor, muchas otras buenas personas iban a verlos desde la ciudad-, y tenían un hijo recién nacido y un proyecto de boda. Esa era su inyección anual en el brazo, el tiempo que les daba fuerzas para sobrevivir el resto del tiempo. Había pájaros en los árboles y ciervos en los bosques, el mar era cálido, y Milan, a sus dos meses, con expresión traviesa, era tan dulce y risueño y milagroso como podía serlo. Todo era perfecto salvo por un detalle. Cuatro días después de su llegada se enteró por Tristram Powell de que el gobierno indio había denegado el permiso a la BBC para rodar *Hijos de la medianoche* en territorio indio. «Nos parece prudente evitar el posible malentendido -explicaba el gobierno en una declaración- de que damos algún tipo de apoyo al autor.» Esa declaración quedó grabada en su corazón. «El productor, Chris Hall, va de camino a Sri Lanka para ver si podemos rodar allí -añadió Tristram con su delicadeza habitual-. Todo el mundo en la BBC opina que, después de todo el esfuerzo que ha representado y lo buenos que son los guiones, hay que intentar salvar el proyecto.» Pero él se sintió profundamente angustiado. La India, su gran amor, lo había mandado a la mierda porque no quería darle ningún tipo de apoyo. *Hijos de la medianoche*, su carta de amor a la India, no se había considerado digno de rodarse en ninguna parte del país. Ese verano trabajaría en *El suelo bajo sus pies*, una novela sobre gente sin raíces, gente que soñaba con marcharse, no con su tierra. El alimento para ese libro sería cómo se sentía él mismo en ese momento: fatal, desconectado, rechazado.

La noticia llegó a la prensa británica, pero él no quiso saber nada. Estaba rodeado de amigos y escribía su libro y pronto se casaría con la mujer que amaba desde hacía siete años. Bill Buford fue a pasar unos días en compañía de su novia Mary Johnson, una dicharachera réplica de Betty Boop de Tennessee, y los Wylie y Martin e Isabel fueron a disfrutar de una potente barbacoa preparada por Bill, que se había convertido en todo un cocinero. Llevó a Elizabeth a una cita prenupcial en el hotel American de Sag Harbor. El director vanguardista Robert Wilson lo invitó a ver los ensayos de una nueva obra que estaba preparando y quería que le proporcionara un texto. Él escuchó a Bob explicarle la obra durante más de media hora y luego tuvo que admitir que no había entendido una sola palabra de lo que el gran hombre le había dicho. Robert McCrum fue a la casa a pasar una noche. Elizabeth se puso en contacto con Loaves & Fishes, el escandalosamente caro servicio de catering, para encargar la comida y la bebida de la boda. Fueron al Ayuntamiento de East Hampton y consiguieron una licencia matrimonial. Él se compró un traje nuevo. Zafar telefoneó desde Londres con una noticia excelente: los resultados de sus exámenes le permitían acceder a una plaza en la Universidad de Exeter. La felicidad y los planes de boda amortiguaron el golpe de la India.

Luego, un segundo rechazo de la India. Bill Buford había sido invitado a la gran celebración en Nueva York del quincuagésimo aniversario de la

independencia india, que tendría lugar en el consulado indio de Manhattan el día de la independencia, el 15 de agosto de 1997. Bill notificó a la gente del consulado que el señor Rushdie se hallaba en la ciudad, y ellos retrocedieron como si acabaran de encontrarse con una serpiente de cascabel. Una mujer telefoneó a Bill y le ofreció una balbuceante explicación. «En vista de todo lo que rodea [al señor Rushdie]... nos ha parecido... que no le conviene... un gran acontecimiento... mucha publicidad... el cónsul general no puede... a nosotros no nos conviene...» El día del quincuagésimo aniversario de la India, el día del cumpleaños de Saleem Sinai, el creador de Saleem, convertido ahora en Cenicienta, no iría al baile. No permitiría que su amor por el país y su gente se echara a perder por culpa de la India Oficial, se prometió. Aun cuando la India Oficial no le permitiera jamás volver a poner los pies en su tierra natal.

De nuevo se refugió en las cosas buenas. Fue a pasar unos días en la ciudad y encontró un regalo de boda para Elizabeth en Tiffany. Se dejó entrevistar con motivo de la antología *Mirrorwork* y fue a escuchar a David Byrne cantar «Psycho Killer» en Roseland. Cenó con Paul Auster y Siri Hustvedt. Paul dirigía una película titulada *Lulu on the Bridge* de la que también era guionista y quería que él interpretara el papel de un siniestro interrogador que sometería a Harvey Keitel al tercer grado. (Un interrogador siniestro después del ofrecimiento de *un médécin assez sinistre* de Robbe-Grillet: ¿estaban encasillándolo?) Zafar fue a reunirse con él y volvieron a Bridgehampton en microbús con una temperatura de treinta y ocho grados. Cuando llegó a Little Noyac Path, advirtió una actitud recelosa y desconfiada en Elizabeth. ¿Qué había ido a hacer a Nueva York? ¿A quién había visto? El daño causado por su breve infidelidad era aún palpable. Él no sabía qué hacer salvo decirle que la quería. Empezó a temer por su matrimonio. Pero cinco minutos después ella restó importancia a sus dudas y aseguró que estaba bien.

Ian McEwan y él fueron a buscar comida tailandesa para la cena. En el restaurante, el Chinda's, la mujer tailandesa dijo con marcado acento: «¿Sabe a quién se parece? Se parece a ese hombre que escribió ese libro». Sí, admitió él, ese soy yo. «Ah, qué bien -respondió ella-. Yo leí ese libro, me gustó, después usted escribió otro libro, pero no lo leí. Cuando ha telefoneado para hacer su encargo y ha pedido ternera, hemos pensado que sería Billy Joel, pero no, Billy Joel viene los martes». Durante la cena Martin comentó que iría a ver a Saul Bellow. Él envidiaba eso a Martin: su estrecha relación con el mayor novelista estadounidense de sus tiempos. Pero tenía cosas más importantes en que pensar. Iba a casarse al cabo de cuatro días, y el fin del mundo estaba a punto de llegar, o al menos el mundo según Arnold Schwarzenegger. El día posterior a su boda, el 29 de agosto de 1997, se utilizó en *Terminator 2* como fecha del «Día del Juicio», el día en que las máquinas, guiadas por el superordenador Skynet, desencadenaban su holocausto nuclear contra el género humano. Así que iban a casarse el último día de la historia del mundo tal como lo conocían.

Hacía un tiempo excelente y el campo de cosmos azules resplandecía tanto

como el cielo. Sus amigos se congregaron en el recinto residencial de la familia de Isabel y él fue a buscar al juez. Luego formaron un círculo Paul y Siri y también la pequeña Sophie Auster, y Bill y Mary, y Martin e Isabel y los dos chicos Amis y la hija de Martin, Delilah Seale, y la hermana de Isabel, Quina, e Ian y Annalena y los dos chicos McEwan, y Andrew y Camie y su hija Erica Wylie, y Hitch y Carol y su hija, la «ahijada sin religión» de él, Laura Antonia Blue Hitchens, y la madre de Isabel, Betty Fonseca, y el marido de Betty, Dick Cornuelle, en cuyo jardín estaban, y Milan en los brazos de Siri, y Zafar, y Elizabeth con rosas y azucenas en el pelo. Hubo lecturas: Bill leyó un soneto de Shakespeare, el de costumbre, y Paul, contra la costumbre pero consideradamente, leyó «La corona de hiedra», de William Carlos Williams, sobre el amor que llegaba avanzada la vida:

A nuestra edad la imaginación por encima de los pesarosos hechos nos eleva para anteponer las rosas a las espinas. Sí el amor es cruel y egoísta y del todo obtuso... o al menos, cegado está por la luz el amor juvenil. Pero nosotros somos ya mayores, yo para amar y tú para ser amada, hemos, a saber cómo, sobrevivido a fuerza de voluntad para conservar el inestimable premio siempre al alcance de nuestros dedos. Tal es nuestra voluntad de que así sea que así es más allá de todo azar.

Esa noche se regocijaron en sus siete años de inverosímil felicidad, esos dos seres que se habían conocido en medio de un huracán y se habían aferrado el uno al otro, no por miedo a la tormenta, sino por el placer del hallazgo. La sonrisa de Elizabeth había iluminado los días de él, y su amor, las noches, y su valor y atenciones le habían infundido fuerzas, y, claro, como él confesó ante ella y ante todos sus amigos en la alocución de la noche de la boda, fue él quien se abalanzó a los brazos de ella, y no al revés. (Cuando él admitió este hecho después de siete años de insistir en lo contrario, ella soltó una carcajada de asombro.) Y el mundo no acabó, sino que volvió a empezar al día siguiente, revigorizado, renovado, más allá de todo azar. *Solo somos mortales*, dijo el poeta, *pero, siendo mortales, / podemos desafiar a nuestro destino*.

El asunto del amor es la crueldad que, a fuerza de voluntad, transformamos para vivir juntos.

Y el día en que el mundo continuó, Ian y Annalena se casaron también, en el Ayuntamiento de East Hampton. Habían planeado una fiesta en la playa, pero el viento no les fue propicio, así que todos se trasladaron a Little Noyac Path y hubo más festejos nupciales durante toda la tarde y la noche. El día se despejó y jugaron al béisbol, de manera inepta y muy poco americana, en el campo situado detrás de la casa, y luego Ian y él volvieron al Chinda's a por comida tailandesa y él seguía sin ser Billy Joel.

Los periódicos británicos enseguida se enteraron de la noticia de la boda - los empleados del Ayuntamiento de East Hampton filtraron la noticia nada

más acabar la ceremonia-, y todos la publicaron, con el nombre completo de Elizabeth. Así que allí estaba ella, por fin visible. Al principio ella flaqueó notablemente; luego se recuperó y se acostumbró a la idea, con su habitual determinación y optimismo. Él, por su parte, sintió alivio. Estaba muy cansado de «esconderse».

Esa noche, después de una barbacoa en Gibson Beach, cuando se hallaban en casa de John Avedon, telefoneó David Rieff para comunicar que se había producido un accidente de circulación en París como consecuencia del cual la princesa Diana había resultado gravemente herida y su amante Dodi al-Fayed había muerto. La noticia apareció en todos los canales de televisión, pero no se dijo nada concluyente sobre la princesa. Más tarde, cuando se acostaban, él comentó a Elizabeth: «Si estuviera viva, nos lo habrían dicho. Si no informan sobre su estado, es porque ha muerto». Y a la mañana siguiente se publicó la confirmación en primera plana de *The New York Times* y Elizabeth lloró. A lo largo del día fueron conociéndose los detalles del hecho. La persecución de los paparazzi en sus motos. El coche a gran velocidad, el chófer borracho conduciendo a casi doscientos por hora. *Esa pobre chica no tuvo suerte*, pensó él. Su desdichado final llegó justo cuando comienzos más felices eran ya posibles. Pero morir porque uno no quería que lo fotografiaran era un disparate. Si se hubiesen detenido por un momento en la entrada del Ritz y hubiesen dejado que los paparazzi hicieran su trabajo, tal vez no los habrían perseguido y no habría sido necesario huir a esa velocidad delirante y morir en un paso subterráneo de hormigón, malgastando la vida por nada.

Se acordó de la gran novela de J.G. Ballard, *Crash*, sobre la letal combinación de amor, muerte y automóviles, y pensó, quizá todos seamos responsables, nuestra avidez por su imagen la ha asesinado, y al final, en el momento de la muerte, lo último que ella vio debió de ser el morro fálico de las cámaras acercándose a través de los cristales rotos de las ventanillas, disparando, disparando. Le pidieron que escribiera un texto para *The New Yorker* sobre el suceso y él les escribió algo de este tenor, y en Inglaterra el *Daily Insult* lo consideró una «versión satánica», de mal gusto, como si el *Insult* no hubiera estado dispuesto a pagar una fortuna para hacerse con las fotografías por las que los paparazzi la perseguían, como si el *Insult* hubiera tenido el buen gusto de no publicar las imágenes del accidente.

Milton y Patricia Grobow ya lo sabían todo; se habían enterado de la boda a través de los periódicos locales. Estaban encantados, y «orgullosos», y deseosos de mantener el acuerdo en años futuros. Patricia había sido la niñera de los Kennedy, dijo, y estaba «acostumbrada a ser discreta». Milton tenía casi ochenta años y una salud muy frágil. Los Grobow comentaron que quizá se plantearan vender la casa a los Rushdie.

Pocos días después de volver a Londres, él viajó a Italia para participar en el festival literario de Mantua, pero al parecer nadie había solicitado autorización para la visita a la policía local, que lo incomunicó en su hotel y

no le permitió asistir a las sesiones del festival. Finalmente, con muchos de los otros escritores a modo de guardia de honor, intentó repetir su estratagema chilena, saliendo a la calle sin más, y lo trasladaron a la comisaría, donde lo retuvieron durante varias horas en una «sala de espera» hasta que el alcalde y el jefe de policía decidieron permitirle hacer lo que había ido a hacer para evitar el escándalo. Después de varias semanas de vida normal en Estados Unidos, esa vuelta a las arbitrariedades europeas era descorazonadora.

En Londres Jack Straw, el ministro del Interior laborista, siempre deseoso de congraciarse con su electorado islámico, anunció nuevas leyes que ampliarían la ley contra la blasfemia, arcaica, obsoleta y digna de ser revocada, para abarcar otras religiones aparte de la Iglesia anglicana, lo que posibilitaría, entre otras cosas, reabrir el proceso contra *Los versos satánicos* y probablemente prohibir el libro. Eso lo decía todo del acceso al poder del «gobierno de sus amigos», pensó. Al final, el intento de Straw fracasaría, pero durante varios años el gobierno de Blair siguió buscando maneras de ilegalizar las críticas a la religión, es decir, al islam. En cierta ocasión, él fue al Ministerio del Interior para protestar al respecto, acompañado de Rowan Atkinson («Mister Bean va a Whitehall»). Rowan, que en la vida real es un hombre pensativo y callado, preguntó a los hombres sin rostro y al subsecretario qué pasaba con la sátira. Todos eran admiradores suyos, naturalmente, y deseaban que él a su vez también los apreciara, así que dijeron: *Ah, el humor, nos encanta, la sátira, eso no supone ningún problema*. Rowan asintió con expresión lúgubre y dijo que recientemente, en un sketch televisivo, había utilizado imágenes de musulmanes arrodillados durante las oraciones del viernes en, creía, Teherán, junto con una voz en off que decía: «Y sigue la búsqueda de la lentilla del ayatolá». ¿Eso sería aceptable con arreglo a la nueva ley -deseó saber- o iría a la cárcel? Ah, no, no pasaría *nada*, le contestaron, nada *en absoluto*, ningún problema. Mmm, musitó Rowan, pero ¿cómo sería posible asegurarse de eso? Es fácil, contestaron, bastaría con que presentara usted el guión a un departamento del gobierno para su aprobación, y *por supuesto se la darían*, y así lo sabría. «¿Por qué será que eso no acaba de tranquilizarme?, me pregunto», dijo Rowan sin inmutarse. El día que se presentó esa horrenda ley en la Cámara de los Comunes para la votación definitiva, los responsables de la disciplina del Partido Laborista, pensando que el rechazo a la ley era tan grande que estaba perdida, dijeron a Tony Blair que no hacía falta que se quedara hasta el recuento de votos. Así que el primer ministro se marchó a casa y la ley no se aprobó *por solo un voto*. Si se hubiera quedado, se habría producido un empate en la votación, y el presidente de la Cámara habría tenido que votar a favor del gobierno como era su obligación, y el proyecto de ley se habría convertido en ley. El margen fue así de estrecho.

La vida avanzaba a pequeños pasos. Barry Moss, el jefe de la División

Especial, fue a verlo para comunicarle que se había aprobado el nuevo acuerdo, por el cual él contrataría a Frank Bishop y, como respaldo, a Dennis Le Chevalier, y la policía se retiraría por completo de la casa de Bishop's Avenue. A partir del 1 de enero de 1998 su casa sería su casa, y él podría llevar a cabo todos sus «desplazamientos privados» solo, con la ayuda de Frank. Sintió que se quitaba un gran peso de encima. Elizabeth, Milan y él estaban a punto de disfrutar de una vida privada en Inglaterra por primera vez.

Frances D'Souza telefoneó para decirle que el temido ministro iraní de Inteligencia, Fallahian, había sido sustituido por un tal Najaf-Abadi, un supuesto «progresista, pragmático». Ya veremos, contestó él.

Gail Rebuck accedió a que Random House Reino Unido guardara en su almacén inmediatamente la edición en rústica de *Los versos satánicos* publicada por el Consorcio y pusiera el logotipo de Vintage en la siguiente reimpresión, que probablemente se necesitaría por Navidad. Ese fue ciertamente un paso de gigante: la tan ansiada «normalización» de la situación de la novela en el Reino Unido, nueve años después de su aparición.

La señorita Arundhati Roy ganó el premio Booker, como estaba previsto -había partido como clara favorita-, y al día siguiente declaró a *The Times* que la literatura de él era simplemente «exótica», mientras que la de ella era veraz. Eso fue interesante, pero él decidió no responder. Luego llegó de Alemania la noticia de que ella había hecho declaraciones similares a un periodista de allí. Él llamó a David Godwin, el agente de Arundhati Roy, para decirle que, a su juicio, no era bueno que dos ganadores indios del Booker se atacaran mutuamente en público. Él nunca había expresado públicamente su opinión sobre *El dios de las pequeñas cosas*, pero si ella quería guerra desde luego la tendría. No, no, dijo David, estoy seguro de que se han reproducido mal sus palabras. Poco después recibió un mensaje apaciguador de la señorita Roy en la misma línea. *Dejémoslo estar*, pensó él, y siguió con lo suyo.

Günter Grass tenía setenta años, y el teatro Thalia de Hamburgo planeaba una gran celebración de su vida y su obra. Voló a Hamburgo en un avión de sus nuevos íntimos amigos, Lufthansa, y participó en el acto junto con Nadine Gordimer y prácticamente todos los escritores importantes de Alemania. Cuando acabó la parte pública de la velada, hubo música y baile, y él descubrió que Grass era un excelente bailarín. Todas las jóvenes presentes en la fiesta posterior quisieron dar unos pasos con él, y Günter bailó incansablemente el vals, la gavota, la polka y el foxtrot durante toda la noche. Así que él ya tenía dos razones para envidiar al gran hombre. Siempre había envidiado la destreza de Grass como artista. ¡Qué liberador debía de ser poner fin a una jornada de escritor, irse a un taller de arte y empezar a trabajar de una manera totalmente distinta sobre los mismos temas! ¡Qué maravilloso crear uno las imágenes de las sobrecubiertas de sus propios libros! Los bronces y grabados de Grass -ratas, sapos, platijas, anguilas y niños con tambores de hojalata- eran objetos de gran belleza. Pero ahora también tenía que admirar su aptitud para el baile. Era realmente demasiado.

Las autoridades de Sri Lanka se mostraban favorables al proyecto *Hijos de la medianoche* de la BBC, pero -según Ruth Caleb, una de las productoras de la cadena- ponían como condición que él no asistiera al rodaje. Muy bien, dijo él, es agradable ser tan popular, y al cabo de unos días Tristram envió un fax desde Sri Lanka. «Tengo el permiso en la mano.» Ese fue un momento feliz. Pero al final resultó ser uno más en la larga serie de falsos amaneceres.

Milan empezaba a decir, con gran énfasis, «¡Ja! ¡*Ja*! JA». Cuando sus padres se lo repetían a él, se quedaba encantado y volvía a decirlo. ¿Era esa su primera palabra, la palabra que representaba la risa, y no simplemente la risa en sí misma? Parecía sentir el desesperado deseo de hablar. Pero desde luego era aún demasiado pronto.

Elizabeth se iba a pasar unos días con Carol, y no habían hecho el amor desde su boda, hacía muchos, muchos meses. «Estoy cansada», aducía ella, y luego se quedaba despierta hasta las dos de la mañana pegando fotos de la boda en el álbum. Pero las cosas entre ellos iban bien, en general muy bien, y pronto también esa cuestión dejó de ser algo que en realidad no estaba bien. *El asunto del amor es la crueldad que, a fuerza de voluntad, transformamos para vivir juntos*.

Cuando releía el registro que había llevado de su vida, se daba cuenta de que era más fácil plasmar en el papel algo desagradable que un momento de felicidad; más fácil consignar una pelea que una palabra afectuosa. La verdad era que durante muchos años Elizabeth y él habían mantenido una relación fluida y cariñosa la mayor parte del tiempo. Pero no mucho después de la boda esa fluidez y esa dicha fueron en disminución y aparecieron las grietas. «Los problemas en el matrimonio -escribió más tarde- son como el agua del monzón acumulada en una azotea: no te das cuenta de que está ahí, pero cada vez pesa más, hasta que un día, con gran estrépito, el tejado entero cae sobre tu cabeza.»

A pesar de que Flora Botsford trabajaba para la BBC, como corresponsal en Colombo, fueron sus fechorías lo que, en opinión del productor, Chris Hall, «echó por tierra nuestro proyecto». A veces era fácil creer que la gente de los medios prefería que las cosas salieran mal, porque TODO VA BIEN no era un titular con mucho gancho. La predisposición de Botsford, como empleada de la BBC, a causar problemas a una importante producción de la BBC era sorprendente o, más deprimente aún, no era sorprendente. Esa mujer se tomó la molestia de telefonear a unos cuantos parlamentarios musulmanes de Sri Lanka en busca de declaraciones hostiles, y encontró una, y con una bastó. En un artículo publicado en *The Guardian*, Botsford empezaba así: «A riesgo de ofender a los musulmanes locales, la BBC se dispone a rodar en Sri Lanka una controvertida serie en cinco episodios basada en el libro de Salman Rushdie *Hijos de la medianoche*, según confirmaron la semana pasada responsables de la cadena». A continuación el afanosamente localizado

parlamentario tuvo su momento de gloria. «Hay, como mínimo, un político musulmán de Sri Lanka que, dispuesto a hacer lo posible por detener el proyecto, ha planteado la cuestión en el Parlamento.“Salman Rushdie es una figura muy controvertida -declaró A. H. M. Azwar, parlamentario de la oposición-. Ha profanado y difamado al Santo Profeta, lo cual es imperdonable. Los musulmanes de todo el mundo detestan la sola mención de su nombre. En la India debe de existir una razón de peso para prohibir el rodaje, y deberíamos cuidarnos de suscitar aquí sentimientos comunales.”»

Las ondas se propagaron deprisa. En la India aparecieron numerosas columnas considerando un escándalo que la India hubiera negado el permiso, pero en Teherán el ministro de Asuntos Exteriores iraní telefoneó al embajador de Sri Lanka para expresar su protesta. Chris Hall tenía permiso por escrito para rodar de la propia presidenta, Chandrika Bandaranaike Kumaratunga, y por un momento pareció que la presidenta mantendría su palabra. Pero de pronto un grupo de parlamentarios musulmanes de Sri Lanka le exigió que se echara atrás en su decisión. Se lanzaron ataques no poco emponzoñados contra el autor de *Hijos de la medianoche* en los medios de Sri Lanka: era un cobarde y un traidor a la raza, e *Hijos de la medianoche* era un libro que insultaba y ridiculizaba a su propio pueblo. Un subsecretario anunció que el permiso para rodar se había revocado, pero sus superiores lo contradijeron. El viceministro de Asuntos Exteriores dijo: «Adelante». El viceministro de Defensa garantizó «el total apoyo del ejército». Sin embargo la espiral descendente se había iniciado. Él se olió la catástrofe que se avecinaba, pese a que el ministro de Asuntos Exteriores de Sri Lanka y el consejo de producción de la película confirmaron que se había dado permiso para el rodaje. Se celebró lo que Chris Hall describió como una reunión etílica de intelectuales locales en las oficinas de producción de la BBC, y todos ellos manifestaron su apoyo. También la prensa de Sri Lanka estaba casi uniformemente a favor de la producción. Pero persistió el presentimiento de inminente desastre. Al cabo de una semana se revocó el permiso para el rodaje sin explicación alguna, solo seis semanas después de que la presidenta concediera el permiso por escrito. El gobierno intentaba conseguir la aprobación de espinosas leyes en relación con el traspaso de poderes a organismos regionales y necesitaba el apoyo del puñado de parlamentarios musulmanes. Entre bastidores, Irán y Arabia Saudí habían amenazado con expulsar a los obreros de srilanqueses si la producción se llevaba a cabo.

No había habido protestas públicas contra la producción ni en la India ni en Sri Lanka. Pero el proyecto se había frustrado en los dos países. Se sintió como si alguien le hubiera dado un golpe brutal. *No debo venirme abajo*, pensó, pero estaba abatido.

Chris Hall seguía convencido de que el artículo de Flora Botsford había prendido la llama. «La BBC no te ha hecho un gran servicio», dijo. La presidenta Kumaratunga le escribió una carta para disculparse personalmente por la anulación. «He leído el libro titulado *Hijos de la medianoche* y me ha

gustado mucho. Me habría gustado verlo en forma de película. A veces, sin embargo, las consideraciones políticas pesan más que causas quizá más valiosas. Espero que pronto llegue el momento en Sri Lanka en que la gente vuelva una vez más a pensar racionalmente y en que prevalezcan los verdaderos y más profundos valores de la vida. Entonces mi país será una vez más el "Serendib" que merece ser.» En 1999 la presidenta sobrevivió a un atentado de los Tigres Tamiles, pero perdió la vista de un ojo.

El último acto de la historia del rodaje de *Hijos de la medianoche*, el acto con final feliz, empezó once años más tarde. En otoño de 2008 él estaba en Toronto con motivo de la publicación de su novela *La encantadora de Florencia*, y una noche que no tenía ningún compromiso relacionado con la promoción del libro, cenó con su amiga la directora de cine Deepa Mehta, que le dijo: «Entre tus libros, el que realmente me gustaría llevar al cine es *Hijos de la medianoche*. ¿Quién tiene los derechos?». «Da la casualidad -contestó él- de que los tengo yo.» «¿Puedo hacerla, pues?», preguntó ella. «Sí», respondió él. Le dio una opción de compra por un dólar y durante los dos años siguientes se dedicaron a recaudar el dinero y escribir el guión. Después de tanto tiempo los guiones que él había escrito para la BBC le parecían rígidos y poco naturales, y la verdad era que se alegraba de que no hubieran llegado a rodarse. El nuevo guión se le antojaba verdaderamente cinematográfico y las intuiciones de Deepa respecto a la película eran muy afines a las de él. En enero de 2011 *Hijos de la medianoche*, ahora en forma de largometraje, no de serie televisiva, volvió a la India y Sri Lanka para su rodaje, y treinta años después de la publicación de la novela, catorce años después de abandonarse el proyecto de la serie para la BBC, el filme se realizó por fin. El día que se acabó el rodaje en Colombo se sintió como si se hubiera retirado una maldición. Había llegado a la cima de otra montaña.

A medio rodaje los iraníes intentaron una vez más interrumpirlo. El embajador de Sri Lanka fue emplazado en el Ministerio de Asuntos Exteriores de Teherán para transmitirle el malestar de Irán ante el proyecto. Durante dos días el permiso para la realización de la película se revocó de nuevo. También en esta ocasión disponían de una carta del presidente concediéndoles permiso, pero él temió que también este presidente se amedrentara ante las presiones. Sin embargo esta vez el resultado fue distinto. El presidente dijo a Deepa: «Siga y acabe su película».

La película se terminó, y el estreno se programó para 2012. Qué cascada de emociones ocultaba esa frase desnuda. *Per ardua ad astra*, pensó. Aquello se había conseguido.

A mediados de noviembre de 1997 John le Carré, uno de los pocos escritores que se había pronunciado contra él cuando se inició el ataque a *Los versos satánicos*, se quejó en *The Guardian* de que había sido injustamente «difamado» y «embreado con la brocha antisemita» por Norman Rush en *The*

New York Times Book Review, y describió «el opresivo peso de la corrección política como una especie de movimiento macarthista en sentido inverso».

Él podría haberse callado sus opiniones, claro, pero no pudo contenerse y respondió. «Sería más fácil solidarizarse con él -escribió en una carta al periódico- si no hubiese estado tan dispuesto a sumarse a una anterior campaña de vilipendio contra un colega escritor. En 1989, durante los peores días del ataque islámico contra *Los versos satánicos*, Le Carré, muy ampulosamente, hizo causa común con mis agresores. Sería un detalle por su parte si admitiera que comprende el carácter de la Policía del Pensamiento ahora que, al menos en su propia opinión, es él quien está en la línea de fuego.»

Le Carré mordió el anzuelo de pleno. «La actitud de Rushdie respecto a la verdad es tan interesada como siempre -repuso-. Yo no me uní a sus agresores. Tampoco tomé el camino fácil de declararlo inmaculadamente inocente. Mi postura fue que no existe ley, ni en la vida ni en la naturaleza, por la cual las grandes religiones puedan insultarse con impunidad. Escribí que en ninguna sociedad existe un modelo absoluto de libertad de expresión. Escribí que la tolerancia no llega al mismo tiempo, y de la misma forma, a todas las religiones y culturas, y que también la sociedad cristiana, hasta muy recientemente, definió los límites a la libertad con relación a lo que era sagrado. Escribí, y volvería a escribir hoy, que en lo tocante a la posterior explotación de la obra de Rushdie en rústica, me preocupaba más la chica de Penguin Books a la que podían volarle las manos en la valija de la editorial que el cobro de derechos de Rushdie. Para entonces cualquiera que deseara leer el libro tenía sobrado acceso a él. Mi intención no era justificar la persecución de Rushdie, cosa que, como cualquier persona decente, deploro, sino presentar un matiz menos arrogante, menos colonialista y menos moralista que el que percibíamos en la seguridad del bando de sus admiradores.»

Para entonces *The Guardian* estaba disfrutando tanto con la pelea que publicaba las cartas en primera plana. Su respuesta a Le Carré apareció al día siguiente: «John le Carré [...] afirma no haberse unido al ataque contra mí, pero también afirma que “no existe ley, ni en la vida ni en la naturaleza, por la cual las grandes religiones puedan insultarse con impunidad”. Un somero análisis de esta altanera formulación revela que (1) adopta el argumento islámico radical reduccionista y zafio de que *Los versos satánicos* no fue más que un “insulto”, y (2) sostiene que todo aquel a quien desagrade la gente islámica radical reduccionista y zafia pierde su derecho a una vida segura. [...] Dice que le interesa más salvaguardar al personal de una editorial que el cobro de mis derechos. Pero son precisamente esas personas, los editores de mi novela en unos treinta países, junto con los empleados en las librerías, quienes más apasionadamente han apoyado y defendido mi derecho a publicar. Es innoble por parte de Le Carré utilizarlos a ellos como argumento para la censura cuando ellos han salido en defensa de la libertad tan valerosamente.

John le Carré tiene razón al decir que la libertad de expresión no es un absoluto. Tenemos las libertades por las que luchamos, y perdemos aquellas que no defendemos. Siempre había pensado que eso George Smiley lo sabía. Su creador parece haberlo olvidado».

En este punto Christopher Hitchens intervino en la refriega sin ser invitado, y su respuesta llevó al autor de novelas de espías a grados aún más altos de ira. «La conducta de John le Carré en sus páginas no podría parecerse más a la de un hombre que, tras orinar en su propio sombrero, se apresura a encasquetarse el rebosante *chapeau* en la cabeza -opinó Hitch con su habitual contención-. En su día se mostraba evasivo y eufemístico ante la petición manifiesta de asesinato, a cambio de una recompensa, basándose en la idea de que los ayatolás también tenían sentimientos. Ahora nos dice que su mayor preocupación era la seguridad de las chicas en la valija. Para curarse en salud, contrapone arbitrariamente la seguridad de ellas y los derechos de Rushdie. ¿Podemos presuponer, pues, que él no habría planteado objeción alguna si *Los versos satánicos* se hubiesen escrito y publicado gratuitamente y distribuido de balde desde puestos no atendidos por nadie? Eso al menos habría complacido a aquellos que parecen creer que la defensa de la libertad de expresión debería estar exenta de costes y de riesgos. Da la casualidad de que ninguna chica en ninguna valija ha resultado herida a lo largo de ocho años de desafío a la fetua. Y cuando las nerviosas cadenas de librerías de Norteamérica retiraron brevemente *Los versos satánicos* por dudosas razones de "seguridad", fueron sus sindicatos los que protestaron y se ofrecieron voluntariamente a colocarse junto a los escaparates de cristal cilindrado para defender el derecho del lector a comprar y leer cualquier libro. A ojos de Le Carré, ¡esa valiente decisión se tomó desde la "seguridad" y además era blasfema para una gran religión! ¿No habría podido ahorrarnos esta revelación del contenido de su sombrero... quiero decir, de su cabeza?»

Al día siguiente le tocó a Le Carré: «Cualquiera que haya leído las cartas de Salman Rushdie y Christopher Hitchens publicadas ayer quizá se pregunte en qué manos ha caído la gran causa de la libertad de expresión. Proceda del trono de Rushdie o de la alcantarilla de Hitchens, el mensaje es el mismo:"Nuestra causa es absoluta, no admite disensión ni salvedad alguna; todo aquel que la ponga en tela de juicio es por definición una no persona zafia, ampulosa y semianalfabeta". Rushdie se burla de mi lenguaje y pone por los suelos un discurso reflexivo y bien acogido que pronuncié ante la Asociación Anglo-Israelí, y que *The Guardian* consideró oportuno publicar. Hitchens me retrata como un bufón que se vierte en la cabeza su propia orina. Dos ayatolás rabiosos no podrían haberlo hecho mejor. Pero ¿perdurará la amistad? Me asombra que Hitchens haya soportado durante tanto tiempo la autocanonización de Rushdie. Rushdie, por lo que alcanzo a deducir, no niega el hecho de que insultara a una gran religión. En lugar de eso me acusa -obsérvese su lenguaje absurdo para variar- de adoptar el argumento islámico radical reduccionista y zafio. No sabía que yo fuera tan listo. Lo que sí sé es

que Rushdie se enfrentó a un enemigo conocido y luego, cuando este actuó como era propio de él, gritó "falta". El dolor que ha tenido que padecer es espantoso, pero no lo convierte en mártir, ni -por más que ese fuera su deseo- borra toda argumentación sobre las ambigüedades de su participación en su propia caída».

De perdidos, al río, pensó. «Es verdad que lo llamé ampuloso [a Le Carré], epíteto que me pareció bastante suave dadas las circunstancias."Ignorante" y "semianalfabeto" son orejas de burro que él se coloca hábilmente en su propia cabeza. [...] Esa costumbre que Le Carré tiene de concederse buenas reseñas ("discurso reflexivo y bien acogido") se debe a que..., en fin, alguien ha de escribirlas. [...] No es mi intención repetir una vez más mis numerosas explicaciones de *Los versos satánicos*, novela de la que sigo sintiéndome en extremo orgulloso. Novela, señor Le Carré, no pulla. Ya sabes lo que es una novela, ¿no, John?»

Y así sucesivamente. Sus cartas, dijo Le Carré, deberían ser lectura obligatoria para todos los alumnos de secundaria británicos, como modelo de «intolerancia cultural disfrazada de libertad de expresión». Él quería acabar con la pelea, pero se sintió obligado a contestar a la acusación de *enfrentarse a un enemigo conocido y gritar «falta»*. «Supongo que nuestro héroe de Hampstead diría lo mismo a los muchos escritores, periodistas e intelectuales en y de Irán, Argelia, Turquía y demás lugares, que luchan también contra el fundamentalismo islámico, y en favor de una sociedad secularizada; en pocas palabras, en favor de la libertad ante la opresión de las Grandes Religiones del Mundo. Por mi parte, he intentado, en estos malos años, dirigir la atención del público hacia la difícil situación de todas esas personas. Algunas de las mejores -Farag Fouda, Tahar Djaout, Ugur Mumcu- han sido asesinadas por su predisposición a "enfrentarse a un enemigo conocido". [...] Da la casualidad de que no considero que los sacerdotes y los mulás, y menos aún los terroristas y los asesinos, sean las personas más idóneas para imponer límites a lo que se puede pensar.»

Le Carré se sumió en el silencio, pero entonces saltó a la palestra su amigo William Shawcross. «Las afirmaciones de Rushdie son indignantes y [...] despiden el hedor del moralismo triunfalista.» Esto resultó en extremo violento, porque Shawcross era el presidente saliente de Artículo 19, y la organización después tuvo que escribir una carta distanciándose de sus acusaciones. *The Guardian* era reacio a dejar que la polémica se apagase, y su director, Alan Rusbridger, lo telefoneó para preguntarle si le apetecía contestar a la carta de Shawcross. «No -respondió a Rusbridger-. Si Le Carré quiere que sus amigos gimoteen en su nombre, allá él. Yo ya he dicho lo que tenía que decir.»

Varios periodistas, buscando la causa de la hostilidad de Le Carré, se remontaron a la antigua reseña desfavorable de *La casa Rusia*, pero a él lo invadió una profunda tristeza por lo sucedido. El Le Carré de *El topo* y *El espía que llegó del frío* era un autor que admiraba desde hacía mucho tiempo.

En tiempos más felices incluso habían compartido escenario como buenos camaradas en favor de la Campaña de Solidaridad por Nicaragua. Se preguntó si Le Carré respondería positivamente en caso de que llegara a tenderle la mano en son de paz. Pero Charlotte Cornwell, la hermana de Le Carré, había expresado su ira a Pauline Melville, con quien se encontró en una calle del norte de Londres -«¡Vaya! ¡Hay que ver con tu amigo!»-, así que quizá los ánimos estaban un poco demasiado enardecidos en el bando de los Cornwell para que en ese momento triunfara una iniciativa de paz. Pero él lamentó la pelea, y tuvo la sensación de que nadie había «ganado» la discusión. Los dos habían perdido.

No mucho después de esta rencilla lo invitaron a la Central de Espionaje para dar una charla ante un grupo de jefes de delegación de los servicios de inteligencia británicos, y la temible Eliza Manningham-Buller, del MI5, una mujer a quien le cuadraba perfectamente su nombre, a medio camino entre la tía Dahlia de Bertie Wooster y la reina, estaba furiosa con Le Carré. «¿Qué se ha creído? -preguntó-. ¿Es que no entiende nada? ¿Es que es un idiota redomado?» «Pero -preguntó él a Eliza-, ¿no fue de los suyos en su día?» Eliza Manningham-Buller era una de esas mujeres valiosas y poco comunes capaces de resoplar de verdad. «¡Ja! -dijo con un resoplido, como una auténtica tía en un libro de Wodehouse-. Supongo que sí trabajó para nosotros en alguna función menor durante unos cinco minutos, pero jamás, querido, accedió a los niveles de las personas con quienes ha estado hablando usted esta noche, y permítame decirle que, después de este asunto, nunca accederá.»

Once años más tarde, en 2008, leyó una entrevista con John le Carré en la que su antiguo adversario decía de su viejo contratiempo: «Quizá me equivoqué. Si fue así, me equivoqué por buenas razones».

Cuando llevaba escritas casi doscientas páginas de *El suelo bajo sus pies*, las esperanzas de Paul Auster de incluirlo en el reparto de su película *Lulu on the Bridge* se truncaron. El Sindicato de Camioneros -«¿Te lo puedes creer, esos camioneros tan grandes y fuertes?», se lamentó él- sostenía que le daba miedo que el señor Rushdie interviniera en la película. Querían más dinero, claro, dinero por peligrosidad, pero esa era una producción de bajo presupuesto y no había más dinero. Paul y su productor, Peter Newman, hicieron todo lo posible por conseguirlo, pero al final tuvieron que aceptar la derrota. «El día que me di cuenta de que no podríamos hacerlo -dijo Paul-, me encerré en mi habitación y lloré.»

Su papel se asignó casi sin previo aviso a Willem Dafoe. Lo cual, al menos, fue halagador.

Fue a escuchar a Edward Said en la redacción del *London Review of Books*, y un joven llamado Asad se acercó a él y confesó que en 1989 estaba al frente de la Sociedad Islámica de Coventry y había sido el «enlace en West Midlands» de las manifestaciones contra *Los versos satánicos*. «Pero no se

preocupe -dijo de pronto, abochornado-; ahora soy ateo.» En fin, eso era un avance, comentó él, pero el joven tenía algo más que decir. «Y hace poco leí su libro -exclamó Asad- y no entendí a qué había venido tanto jaleo.» «Eso está bien -contestó él-, pero debo señalar que usted, que no había leído el libro, fue quien organizó el jaleo.» Recordó el viejo proverbio chino, atribuido a veces a Confucio: *Si te quedas sentado a orillas del río el tiempo suficiente, verás pasar flotando el cadáver de tu enemigo*.

Milan tenía siete meses, sonreía a todo el mundo, gorjeaba continuamente, alerta, bueno, precioso. Una semana antes de Navidad empezó a gatear. La policía desmontaba su equipo de vigilancia y se marchaba. El día de Año Nuevo Frank Bishop empezó a trabajar para él, y después de unas semanas de «transición» tendrían la casa para ellos solos. Solo por eso, tanto Elizabeth como él tuvieron la sensación de que, pese a todas las decepciones del año, este había acabado bien.

Al principio del año del principio del fin, cuando despidió por última vez a los cuatro policías que habían vivido con él bajo muchos nombres distintos y en muchos lugares distintos durante los nueve años anteriores, y con eso puso fin al periodo de protección las veinticuatro horas del día que Will Wilson y Will Wilton le habían ofrecido en Lonsdale Square al final de una vida anterior, se preguntó si estaba recuperando la libertad para sí mismo y para su familia o si estaba firmando la sentencia de muerte de todos. ¿Era él el más irresponsable de los hombres, o un realista con buena intuición que quería reconstruir en privado una vida privada real? La respuesta solo podría obtenerse en retrospectiva. Pasados diez o veinte años sabría si su intuición había sido acertada o no. La vida se vivía hacia delante pero se juzgaba en sentido inverso.

Así pues, al principio del año del principio del fin; y sin conocer el futuro; y con un bebé que prestaba atención a las cosas a las que los bebés prestan atención, cosas como sentarse sin ayuda por primera vez, erguidos, cosas como intentar ponerse de pie en su cuna, y no conseguirlo, y volver a intentarlo, hasta que llegaba el día en que dejaban de ser seres reptantes y se convertían en *Homo erectus*, ya camino de *sapiens*; y mientras el hermano mayor del bebé, tomándose un año sabático, se iba a la aventura a México, donde lo detendría la policía y vería jugar y nadar a las ballenas en charcas bajo altas cascadas en Taxco y vería a los picadistas provistos de antorchas lanzarse desde los acantilados de Acapulco y leería a Bukowski y a Kerouac y se reuniría con su madre e iría con ella a Chichén Itzá y Oaxaca y asustaría a su padre no poniéndose en contacto durante periodos alarmantemente largos, su padre que no podía evitar temer lo peor, que había temido en silencio por la seguridad de su hijo desde el día de las llamadas de teléfono no atendidas y la casa con la puerta delantera identificada erróneamente nueve años atrás; un viaje del que el chico de dieciocho años volvería tan esbelto, tan bronceado,

tan apuesto, que cuando llamó a la puerta y su padre lo vio por la pantalla del monitor del interfono, no lo reconoció, *¿Quién es*?, exclamó asombrado, y de pronto cayó en la cuenta de que ese joven dios era su propio hijo; mientras proseguía la cotidianidad de la vida cotidiana, como era bueno que prosiguiese, incluso en medio de otra existencia absorbente que seguía siendo extraordinaria, llegó el día, un lunes 26 de enero de 1998, en que durmieron solos en su casa, y en lugar de sentir miedo por el silencio que los rodeaba, por la ausencia de tecnología de seguridad y de corpulentos policías dormidos, no podían dejar de sonreír y se acostaron temprano y durmieron como los muertos; no, no los muertos, como los vivos felices y sin preocupaciones. Y de pronto, a las cuatro menos cuarto de la madrugada se despertó y ya no pudo volver a dormirse.

Pero la falta de bondad del mundo nunca andaba lejos. «No hay ninguna posibilidad de que se permita a Rushdie visitar la India en un futuro previsible», dijo un funcionario del gobierno indio. El mundo se había convertido en un lugar donde su llegada a un país que amaba *podía provocar una crisis política*. Pensó en el pequeño Kay de «La reina de las nieves», el cuento de Hans Christian Andersen, que tiene frías esquirlas de un espejo del diablo en el ojo y el corazón. Su tristeza era esa esquirla, y temía que eso cambiara su personalidad y lo llevara a ver el mundo como un sitio lleno de odio y de gente a quien despreciar y aborrecer. A veces conocía a personas así. En la fiesta de cumpleaños de su amiga Nigella, nada más enterarse de la insoportable noticia de que al marido de ella, John, le habían detectado un nuevo tumor, y de que la cosa pintaba mal, de pronto lo abordó un periodista cuyo nombre no podía obligarse a escribir siquiera una docena de años después, y dicho periodista, que quizá había tomado una copa de vino de más, empezó a insultarlo con un vocabulario tan extremo que al final él tuvo que marcharse de la fiesta de Nigella. Después de ese encuentro fue incapaz de hacer nada durante varios días, incapaz de escribir, incapaz de entrar en un lugar donde un hombre pudiera acercarse a él e increparlo, y anuló compromisos y se quedó en casa y sintió la esquirla del espejo frío en su corazón. Dos de sus amigos periodistas, Jon Snow y Francis Wheen, le contaron que ese mismo periodista los había insultado también a ellos, y con vocabulario muy similar, y como mal de muchos consuelo de tontos, él se animó al oírlo. Pero fue incapaz de trabajar durante una semana más.

Tal vez porque estaba perdiendo la fe en el mundo en el que se veía obligado a vivir, o en su propia capacidad para encontrar alegría en él, introdujo en su novela la idea de un mundo paralelo, un mundo donde la ficción era real mientras que sus creadores no existían, donde Alexander Portnoy era real y Philip Roth no, donde don Quijote había vivido en otro tiempo pero Cervantes no; y de una variante de ese mundo donde Jesse Presley había sido el gemelo que vivió en tanto que Elvis moría; donde Lou Reed era una mujer y Laurie Anderson un hombre. Mientras escribía la

novela, el hecho de habitar en un mundo imaginado por alguna razón le pareció más noble que el chabacano asunto de vivir en el mundo real. Pero por ese camino se llegaba a la locura de don Quijote. Nunca había creído en la novela como sitio al que escapar. No debía empezar a creer en la literatura escapista en ese momento. No, escribiría sobre mundos en colisión, sobre realidades en conflicto que pugnaban por el mismo segmento del espacio-tiempo. Esa era una época en que con frecuencia realidades incompatibles chocaban entre sí, tal como había dicho Otto Cone en *Los versos satánicos*. Israel y Palestina, por ejemplo. Igualmente, la realidad en la que él era un hombre honorable y decente y un buen escritor había chocado con otra realidad en la que él era una criatura diabólica y un escritorzuelo. No estaba claro que ambas realidades pudieran coexistir. Quizá una de ellas expulsaría a la otra.

Era la noche de la fiesta de la Brigada «A» en Peelers, el Baile de la Policía Secreta, y ese año estaba allí Tony Blair y los policías los juntaron. Él habló con el primer ministro y le soltó su rollo, y Blair estuvo cordial pero no se comprometió a nada. Después de eso Francis Wheen le hizo un gran favor en *The Guardian* atacando a Blair por su pasividad en el caso Rushdie, su negativa a ponerse del lado del escritor y mostrar su apoyo. Casi de inmediato recibió una llamada de Fiona Millar, la mano derecha de Cherie Blair, que adoptó un tono de disculpa y los invitó a Elizabeth y a él a cenar en Chequers el día del noveno aniversario de la fetua, y no, no había inconveniente en que llevaran a Milan, sería una ocasión informal entre familiares y amigos. Milan, para celebrar su invitación, aprendió a saludar con la mano.

Querido señor Blair: Gracias por la cena. ¡Y en Chequers! Gracias por dejarnos ver la residencia. El diario de Nelson, la mascarilla de Cromwell; yo estudié historia, así que me gustó todo eso. Elizabeth adora los jardines, así que le encantaron las hayas, etcétera. Para mí, todos los árboles son «árboles» y todas las flores son «flores», pero sí, me gustaron las flores y los árboles. También me gustó que los elementos de la decoración estuvieran un tanto descoloridos, que fueran de un refinamiento ligeramente insípido; eso confería al lugar el aspecto de una casa en la que de verdad vivían personas, y no el de un pequeño hotel rural. Me gustó que el servicio vistiera con mucha más elegancia que los invitados. Seguro que Margaret Thatcher nunca recibió a sus visitas en vaqueros. Recuerdo que coincidí con usted y Cherie en una cena ofrecida por Geoffrey Robertson en su casa no mucho después de convertirse usted en líder del partido. ¡Dios mío, qué tenso se lo veía! Pensé: He aquí un hombre que sabe que todo su partido se irá al garete si la pifia en las próximas elecciones. Mientras, Cherie se mostraba relajada, segura de sí misma, culta, toda una abogada de éxito con amplios intereses artísticos. (Esa fue la noche que usted admitió que no iba al teatro ni leía por placer.) ¡Cómo cambia uno cuando consigue el cargo! En Chequers su sonrisa era casi natural, su lenguaje corporal cómodo, todo usted desenvuelto. Cherie, por el contrario, estaba

hecha un manojo de nervios. Mientras nos enseñaba la casa -«y este, claro, es el famoso Salón Alargado, y aquí, echen un vistazo, está el famoso bla bla, y colgado de esa pared está el famoso bla bla bla»-, tuvimos la sensación de que ella habría preferido colgarse a desempeñar el papel de castellana de Chequers y buena esposa a la sombra de su marido durante los siguientes cinco o diez años. Era como si hubieran intercambiado ustedes los personajes. Muy interesante. Y en la cena su familia estuvo encantadora, y Gordon Brown y su Sarah, y Alastair Campbell y su Fiona, estuvieron ciertamente muy agradables. ¡Y Cameron Mackintosh! ¡Y Mick Hucknall! Y la despampanante novia de Mick, como se llame. No habríamos podido pedir más. Nos animó lo indecible, se lo aseguro, porque habíamos tenido un mal día, Elizabeth y yo, obligados a digerir las felices ocurrencias que nos llegaron de Irán. Sanei del Bounty ofreció una bonificación si me mataban en Estados Unidos, «porque todo el mundo odia a Estados Unidos». Y el fiscal general Morteza Moqtadaie declaró que «el derramamiento de la sangre de ese hombre es obligatorio», y una emisora de radio de Teherán bajo control estatal especuló con la idea de que «la aniquilación de la inútil vida de ese hombre insuflaría nueva vida al islam». Un poco perturbador, ¿sabe? Estoy seguro de que se hace usted cargo si me vio un poco alicaído. Pero estoy cogiéndoles mucho aprecio, debo admitir, a Robin Cook y Derek Fatchett. Significó mucho para mí en ese aniversario no deseado oír al ministro de Asuntos Exteriores exigir el final de la fetua, exigir que Irán inicie un diálogo sobre su anulación. Permítame decirle que ha habido ministros de Asuntos Exteriores que..., pero es mejor no recrearse en el pasado. Solo quería decir que me sentí agradecido por la nueva gestión política y la voluntad de combatir el fanatismo religioso. Ah, por cierto, ha llegado a mis oídos que son los dos, Cherie y usted, fervientemente religiosos. Enhorabuena por lo bien que lo disimulan. Recuerdo un momento sorprendente en la cena. Bueno, dos. Recuerdo que usted meció al pequeño Milan en su rodilla. Eso fue muy amable. Y luego, si la memoria no me engaña, empezó a hablar de la libertad, y yo pensé, eso me interesa, así que le di la espalda a la despampanante novia de Mick Hucknall para escucharlo a usted, y allí estaba, hablando de la libertad de mercado como si fuera eso a lo que se refería al hablar de libertad, cosa que no podía ser, porque usted es un primer ministro laborista, ¿no? Así que debí de entenderlo mal, o quizá fuera una de esas cosas del Nuevo Laborismo, libertad = libertad de mercado, un nuevo concepto, tal vez. En todo caso, una auténtica sorpresa. Y luego, cuando nos íbamos, los miembros del servicio se despidieron embobados de Milan y dijeron que para ellos era muy agradable tener niños pequeños en la casa, porque los primeros ministros tendían a ser mayores y a tener hijos ya crecidos, pero ahora oían los pasitos de los Blair menores, y eso daba vida a la vieja casa. Ese detalle nos gustó, a Elizabeth y a mí, y nos gustó ver el enorme oso de peluche en el vestíbulo, obsequio de un jefe de Estado extranjero, el presidente, quizá, del Perú Más Oscuro. «¿Cómo se llama?», pregunté, y Cherie contestó que todavía no había pensado en un nombre, y sin detenerme

a pensar, dije: «Deberían llamarlo Tony Bear».[5] Broma que, admito, acaso no fuera brillante, pero al menos estuve rápido, así que quizá merecía una mínima sonrisa. Pero no, usted se quedó inexpresivo y dijo: «No, me parece que ese no es en absoluto un buen nombre». Y me fui pensando: Vaya por Dios, el primer ministro no tiene sentido del humor. Pero me dio igual. Su gobierno estaba de mi lado y eso significaba que podían pasarse por alto las pequeñas notas chirriantes, e incluso más tarde en su mandato, cuando las notas chirriantes fueron más sonoras y más discordantes, y fue realmente difícil no prestarles atención, yo siempre sentí cierta debilidad por usted, no podría odiarlo nunca como empezaron a odiarle muchos, porque se propusieron ustedes sinceramente, o al menos el señor Cook y el señor Fatchett, cambiar mi vida para mejor. Y al final lo consiguieron. Lo cual quizá no sea descargo suficiente por la invasión de Irak, pero tuvo su peso en mi balanza personal, eso desde luego. Gracias de nuevo por una grata velada.

Al día siguiente de la cena en Chequers -el día en que se dio a conocer la noticia de que esta había tenido lugar-, Irán anunció su «sorpresa» ante la solicitud de Robin Cook de poner fin a la fetua. «Durará diez mil años», afirmaba la declaración iraní, y él pensó: *Bueno, si consigo vivir diez mil años, ya me parecerá bien*.

Y al otro día, en la Sala de Espera de los Embajadores del Foreign Office, Robin Cook y él aparecieron juntos ante la prensa y los fotógrafos, y Cook hizo una serie de comentarios severos e inflexibles, y ese fue otro mensaje alto y claro para el gobierno de Jatami en Irán. Cuando salieron del edificio, su agente de protección, Keith Williams, le dijo en un susurro: «Lo han tratado con todos los honores».

La nueva postura enérgica del gobierno británico parecía surtir cierto efecto.

Mary Robinson, la ex presidenta de Irlanda y nueva comisaria de derechos humanos de la ONU, visitó Teherán y se reunió con funcionarios de alto rango y, después, anunció que Irán «en modo alguno daba apoyo» a la ejecución de la fetua. Al informador especial de la ONU sobre Irán le dijeron que «existía la posibilidad de ciertos progresos respecto a la fetua». Y el ministro de Asuntos Exteriores italiano, Lamberto Dini, se reunió con su homólogo iraní Kamal Jarrazi, quien le dijo que Irán estaba «totalmente dispuesto a cooperar con Europa para resolver los problemas políticos existentes».

Ahora tenían un hogar para la vida en familia. Uno de los dormitorios de los policías estaba convirtiéndose en la habitación de Milan, y la «sala de estar» de los agentes, con los muebles muy gastados, podía ser una sala de juegos, y había otros dos dormitorios libres. «Si la casa queda al descubierto, sería un gran problema», les decían continuamente, pero la verdad fue esta: *La casa nunca quedó al descubierto*. Nunca llegó a conocerse, nunca apareció en los periódicos, nunca se convirtió en un problema de seguridad, nunca exigió el «colosal» gasto en equipo de seguridad y horas de trabajo de los agentes con

que los habían amenazado. Eso no sucedió, y una de las razones, llegó a creer él, fue la bondad natural de la gente corriente. Seguía convencido de que los operarios que habían participado en la reforma sabían de quién era la casa en la que trabajaban, y no se tragaron la historia de «Joseph Anton»; y no mucho después de marcharse la policía y empezar a trabajar Frank para él, surgió un problema con la puerta del garaje -una puerta de madera sospechosamente pesada con blindaje de acero oculto en el interior, cuyo enorme peso provocaba frecuentes averías en el mecanismo de apertura-, y la empresa que la había instalado envió a un mecánico, quien con toda naturalidad comentó a Frank al ponerse manos a la obra: «Usted sabe de quién era esta casa, ¿verdad? Era de ese tal Rushdie, ese pobre cabrón». Así que la gente sabía lo que «no debía» saber. Pero nadie se fue de la lengua, nadie acudió a la prensa. Todo el mundo sabía que era un asunto grave. Nadie habló.

Y por primera vez en nueve años dispuso de un «equipo dedicado» de agentes de protección para sus aventuras «en público» (comidas en restaurantes, paseos por Hampstead Heath, alguna que otra película en el cine, y muy de vez en cuando un acto literario: una lectura, una firma de libros, una charla). Bob Lowe y Bernie Lindsey, los apuestos demonios que se convirtieron en ídolos del ambiente literario londinense, alternándose con Charles Richards y Keith Williams, que no llegaron a tanto. Y los SCM, Russell y Nigel alternándose con Ian y Paul. Estos agentes no solo eran «dedicados» en el sentido de que trabajaban en Malaquita y en ninguna otra misión de protección; además, se sentían comprometidos con su causa, totalmente de su lado, dispuestos a librar las batallas de él. «Todos admiramos su aguante -le dijo Bob-. De verdad que sí.» Consideraban que no existía ninguna razón para que él no pudiera llevar una vida tan plena como quisiera, y que su cometido consistía en que eso fuera posible. Convencieron a los jefes de seguridad de varias compañías aéreas reacias, influidas por la permanente negativa de British Airways a aceptarlo en sus vuelos, de que no siguieran el ejemplo de BA. Ellos le deseaban una vida mejor y tenían la firme determinación de ayudarlo. Él nunca olvidaría, ni dejaría de valorar, su amistad y su apoyo.

Permanecieron en guardia. Paul Topper, el supervisor del equipo en Scotland Yard, dijo que los informes de los servicios de inteligencia señalaban «actividad». No era momento para descuidos.

Llegaron noticias tristes: Phil Pitt -el agente a quien sus compañeros llamaban «Rambo»- se había visto obligado a retirarse a causa de una enfermedad degenerativa en la columna vertebral y podía acabar en silla de ruedas. La caída de uno de esos hombres grandes, fuertes, activos y en buena forma tenía algo de desconcertante. Y eran protectores profesionales. Su trabajo consistía en asegurarse de que otras personas estuvieran bien. Teóricamente no tenían que desmoronarse. Eso era lo contrario de lo que debía ser.

Elizabeth quería otro hijo, y lo quería de inmediato. A él se le cayó el alma a los pies. Milan era todo un regalo, toda una alegría, pero él no sentía el menor deseo de dar más vueltas a la ruleta de la genética. Tenía dos hijos hermosos, y con eso le bastaba y le sobraba. Pero Elizabeth era una mujer resuelta cuando deseaba algo de verdad -incluso podría calificársela de *testaruda*-, y él temía perderla, y con ella a Milan, si se negaba. Él personalmente no necesitaba otro hijo. Lo que necesitaba era libertad, y eso quizá nunca lo encontrara.

En esta ocasión concibió enseguida, cuando todavía amamantaba a Milan. Pero esta vez no hubo suerte. Dos semanas después de confirmarse el embarazo se produjo la tragedia cromosómica del aborto.

Tras el aborto Elizabeth se apartó de él y se concentró exclusivamente en el pequeño Milan. Encontraron a una niñera, Susan, la hija de un agente de la División Especial, pero Elizabeth se resistió a contratarla. «Yo solo quiero a alguien para una hora o dos al día -dijo-. Solo un poco de ayuda en los cuidados del niño.»

Sus vidas se distanciaron mucho. Ella ni siquiera quería viajar en el mismo vehículo que él, prefiriendo ir en su propio coche con el bebé. Él rara vez la veía durante el día y, en aquella casa grande y vacía, empezaba a sentir que su vida también se vaciaba. A veces comían una tortilla juntos a eso de las diez de la noche y después ella estaba «demasiado cansada para quedarse despierta», en tanto que él estaba demasiado despejado para irse a dormir. Ella no quería ir a ningún sitio con él, no quería hacer nada con él, ni pasar una velada con él, y le molestaba que él le anunciara que iba a salir sin ella. Así que continuó el encarcelamiento por el bebé. «Quiero otros dos hijos», afirmó ella categóricamente. A eso, o poco más, se reducían sus conversaciones.

Sus amigos empezaron a advertir la creciente distancia entre ellos. «Ella ya nunca te mira -comentó Caroline Michel, preocupada-. Nunca te toca. ¿Qué pasa?» Pero él no quería contar qué pasaba.

Milan dio sus primeros pasos. Tenía diez meses y medio.

Random House trasladó los ejemplares de la edición en rústica de *Los versos satánicos* a su almacén, y de inmediato la prensa británica intentó armar revuelo. *The Guardian* publicó un provocador artículo en primera plana insinuando que la decisión de Random House «reavivaría» el conflicto, y en efecto lo reavivó. El *Evening Standard* amenazó con publicar un artículo declarando que Random House había actuado sin consultar con la policía. Dick Stark los telefoneó para decirles que eso no era así, y entonces el periódico amenazó con publicar un artículo afirmando que Random House había aceptado la distribución del libro *a pesar de* los consejos de la policía. Dick Stark habló con los hombres de la fortaleza adornada con árboles de Navidad y le dijeron que el riesgo era «mínimo», lo cual tranquilizó a Gail Rebuck. Andrew, Gillon y él tenían en prensa la edición en rústica del Consorcio desde hacía ya cinco años, por lo que este cambio de almacén ni

siquiera debería haber sido noticia. La publicación en rústica estaba «normalizada» en toda Europa, en Canadá e incluso en Estados Unidos, donde el sello Owl de Henry Holt se había encargado de la distribución sin ningún problema. Pero unos cuantos artículos hostiles podían dar un cariz muy distinto a la experiencia británica. Random House y la División Especial hicieron todo lo posible por tranquilizar al *Standard* y al final el artículo no apareció. Y en *The Telegraph* apareció un texto equilibrado, comedido y, en conjunto, sensato. El riesgo disminuyó. No obstante, Random House introdujo escáneres de explosivos en su valija y puso sobre aviso a su personal. Los directivos seguían preocupados ante la posibilidad de que la prensa suscitara una gran reacción entre los sectores fundamentalistas islámicos. Pero justo es reconocer que estaban preparándose para reimprimir y sacar la edición de Vintage. «Estoy seguro de que lo peor que podemos hacer es flaquear o retrasarnos -dijo Simon Master-. Si tenemos un buen fin de semana, imprimiremos.» En Rusia, los editores de *Los versos satánicos* recibían amenazas de los musulmanes locales. Eso fue alarmante. Pero, como pudo verse, no ocurrió nada en Inglaterra, y por fin la publicación en rústica de *Los versos satánicos* fue asumida por Vintage Books, y se reanudaron los servicios normales. El Consorcio se disolvió.

Ocurrieron otras cosas buenas de menor trascendencia. Gloria B. Anderson, de la agencia de distribución de *The New York Times*, volvió a dar señales de vida cuatro años después de vetar sus jefes el anterior ofrecimiento de una columna para la agencia y le dijo que esta vez todo el mundo estaba muy interesado en que escribiera para el periódico. No ganaba nada alimentando rencores. Se trataba de *The New York Times*, y le proporcionaría una tribuna mensual en todo el mundo. Y seguramente serviría para cubrir los gastos de Frank el Susurros y Beryl, la mujer de la limpieza, y quizá también una niñera.

Su sobrina Mishka, una niña pálida y flaca de seis años, había manifestado un asombroso talento para la música en una familia en general sin oído musical. Ahora los colegios Purcell y Menuhin se la disputaban. Sameen eligió el Purcell porque Mishka no era solo una virtuosa de la música, sino que también aventajaba académicamente en varios años a su grupo de edad, y el Purcell proporcionaba una educación general mejor a sus alumnos. El Menuhin era un semillero orientado exclusivamente a la música. La extraordinaria precocidad musical de Mishka tuvo su precio. Era demasiado brillante para sus coétaneos y demasiado joven para sus iguales en el plano académico, así que la suya era y sería una infancia solitaria. Pero los había dejado a todos atónitos tanto en el Purcell como en el Menuhin, y ya a su tierna edad era evidente que eso, una vida en la música, era lo que deseaba. Un día, en el coche de la familia, cuando los padres hablaban de los pros y los contras de ambos colegios, la pequeña Mishka terció desde el asiento de atrás con su aflautada voz: «¿Eso no debería ser decisión mía?».

El colegio Purcell dijo a Sameen que Mishka poseía un talento excepcional, y sería para ellos un privilegio tenerla como alumna. Podía empezar en septiembre, porque su seguro no cubría la enseñanza a niños menores de esa edad, y ella sería la persona más joven que habría recibido una beca integral en el colegio. ¡Un entusiasmo absoluto! Una rutilante nueva estrella surgía en la familia y tendrían que protegerla y guiarla hasta que tuviera edad para resplandecer por sí sola.

A él le concedieron el Gran Premio de Budapest a una Obra Literaria y fue a recogerlo. En Budapest, el alcalde, Gábor Demszky, que había sido un importante editor de textos *samizdat* en la era soviética, abrió la vitrina de su despacho para enseñar los pre ciados libros, antes ilegales, que eran ahora los emblemas de su mayor orgullo. Se habían impreso en una prensa portátil de Huddersfield que trasladaban en secreto de un apartamento a otro por la noche para impedir que cayera en malas manos; una máquina tan importante que nunca la mencionaban por su nombre en sus conversaciones, usando en su lugar un nombre de mujer. «La Huddersfield desempeñó un papel importante en la lucha contra el comunismo», dijo Demszky. Luego subieron a la motora del alcalde y navegaron a toda velocidad Danubio arriba, Danubio abajo. El gran premio en sí mismo fue una sorpresa: una pequeña caja metálica grabada que, como vio al abrirla, estaba llena de dólares estadounidenses en billetes nuevos. Muy útil.

Zafar fue a Florencia a hacer un curso de italiano, y estaba muy contento. Había varias chicas nuevas en su vida, una cantante de ópera con la que rompió «porque de pronto empezó a recordarme a mi madre», y una rubia alta, un tanto mayor que él. Evie era ahora su mejor amiga, y él había entablado una relación tan estrecha con su familia, los Dalton, que a veces la madre y el padre de él casi sentían celos. Pero Zafar se lo pasaba en grande, planeando excursiones a Siena, Pisa y Fiesole. No había tenido la más fácil de las infancias, y era bueno verlo madurar y convertirse en ese gran chico, tan seguro de sí mismo.

Harold Pinter y Antonia Fraser fueron a cenar a Bishop's Avenue. Robert McCrum, un poco más lento que antes, con una sonrisa dulce y difusa en el rostro, y su esposa, Sarah Lyall, eran los otros invitados, y cuando Harold se enteró de que Robert trabajaba para el *Observer*, publicación con la que él había mantenido una disputa política poco memorable, y de que Sarah trabajaba para el detestado -por ser estadounidense- *The New York Times*, se dejó llevar por uno de sus arrebatos de pintereo más estridentes, más largos y menos atractivos.

Querido Harold: Ya sabes, espero, lo mucho que te admiro y que valoro nuestra amistad; pero no puedo pasar por alto las circunstancias de anoche sin un comentario. Robert, un buen hombre que lucha valientemente por recuperarse de una embolia, no es capaz de hablar y debatir con la misma

libertad que antes, y ante tu ataque se refugió en un triste silencio. Sarah, por quien siento una gran simpatía, acabó al borde del llanto y, peor aún, asombrada de verse en la situación de defender el sionismo-imperialismo de Estados Unidos tal como lo encarna *The New York Times*. Elizabeth y yo tuvimos la impresión de que se había abusado de nuestra hospitalidad y echado a perder la velada. De hecho, todo un éxito. No puedo evitar decir que estas cosas me preocupan. Ocurren continuamente, y como amigo tuyo debo pedirte que PARES YA. Hablando de Cuba, hablando de Timor Oriental, hablando de muchos temas, hay más de cierto que de falso en tus palabras, pero esas diatribas -cuando pareces dar por supuesto que los otros son incapaces de advertir las ofensas que a ti te indignan- son sencillamente tediosas. Creo que nos debes a todos una disculpa. Con todo mi afecto, *Salman*

Querido Salman: Leer tu carta fue para mí muy doloroso, pero te la agradezco. Me escribes como un verdadero amigo. Lo que dices es totalmente cierto, y en este caso la verdad es amarga. Mi comportamiento es injustificable y no admite defensa. Solo puedo decir esto: me oigo a mí mismo intimidando y aburriendo pero es como el baile de san Vito, una fiebre, una caída espantosa y nauseabunda -y sin duda fruto de la ebriedad- en la incoherencia y el insulto. Lamentable. Tu carta fue ciertamente un cubo de agua helada y tuvo un profundo efecto en mí. Debo creer que aún no es tarde para que madure. Os presento mis más sinceras disculpas a ti y a Elizabeth. Os aprecio muchísimo. Ya he escrito a los McCrum. Con afecto, *Harold*

Querido Harold: Gracias por tu carta. Te queremos mucho. Agua pasada.

Salman

Al día siguiente del primer cumpleaños de Milan viajaron a Estados Unidos para pasar tres meses -¡*tres meses*!, ese sería su periodo más largo de libertad- en la casa de Little Noyac Path. Había transcurrido un año desde que, estando en casa de John Avedon, se enteraron de la muerte de Diana, y a eso siguió el fenómeno mundial de esa muerte y el milagro de las flores y demás, y ahora él volvía a estar en Bridgehampton con sus imaginarios Ormus y Vina, y el suelo se abría bajo los pies de Vina y la tierra se la tragaba y también ella se convertía en un fenómeno mundial. Se acercaba el final de su novela, concluía el capítulo «Bajo sus pies» y escribía el capítulo «Vina Divina» y, naturalmente, la muerte de Diana incidió en la de Vina, y le pareció oportuno escribir ese pasaje en el mismo lugar donde había oído la noticia. Compuso una canción para Ormus, la canción que Ormus compuso para ella, su himno órfico al amor perdido, *lo que yo amaba robó a mi amor: el suelo bajo sus pies*, y siguió adelante hacia el final lennonesco de su libro interminable.

En los meses posteriores terminó, revisó, pulió e imprimió el libro, y se lo dio a leer a otros. El día que lo acabó, en el pequeño estudio al que se accedía por una escalera independiente y que había sido su aguilera durante el verano, se hizo una promesa. *El suelo bajo sus pies* era uno de sus tres libros muy largos, junto con *Los versos satánicos* e *Hijos de la medianoche*. «No más

monstruos de 250.000 palabras -se dijo-. Libros más cortos, más a menudo.» Durante más de una década mantuvo esa promesa, escribiendo dos novelas cortas y dos de extensión media entre 2000 y 2009. Entonces empezó a trabajar en sus memorias, y se dio cuenta de que había reincidido.

Era el Verano de Monica y no estaba claro que el presidente Clinton sobreviviera al *impeachment*. Circulaban espantosos chistes de humor negro.

Las manchas del vestido no podían proporcionar una identificación inequívoca porque en Arkansas todos tienen el mismo ADN.

«La felicidad escribe con tinta blanca -escribió Henry de Montherlant-. No se ve en la página.» Ese verano la felicidad fue una casa blanca y baja rodeada de campos verdes en medio de montes y bosques, y paseó con Elizabeth y sus hijos por la playa a última hora del día mientras el sol descendía en el cielo y una bruma oscurecía el horizonte. Fue la visita a la copistería de Bridgehampton Commons y la espera mientras fotocopiaban su novela. «Puede volver más tarde», dijo la mujer de la tienda, pero él aguardó. Fue una cena para celebrar su primer aniversario de boda en el hotel American de Sag Harbor. Fue un viaje al Yankee Stadium con Don DeLillo para ver jugar a los Yanks contra los Angels, pese a que perdieron el partido. Y fue una carta de su nuevo editor, Michael Naumann de Henry Holt, quien habló de *El suelo bajo sus pies* con un lenguaje tan exaltado que él no pudo reproducir sus palabras ante nadie. Sin embargo, solo seis días después de la llegada de esa carta, Michael Naumann dimitió de su cargo en Holt y pasó a ser el nuevo ministro alemán de Cultura. *Vaya*, pensó él. Aun así, era una carta maravillosa.

Nigella telefoneó desde Londres. John definitivamente había recaído en el cáncer. Tuvieron que extirparle una amplia sección de la lengua. John Diamond, uno de los hombres que mejor se expresaba, con un extraordinario don de la palabra, de ingenio vivo y gran sentido del humor, se veía privado del habla. Eso fue algo muy triste, muy malo.

Y Susan Sontag también tenía cáncer.

Regresaron a Londres y, como de costumbre, fue igual que entrar en una habitación cerrada. En el Teatro Nacional estaban ensayando la producción de *Harún y el Mar de las Historias*, pero, según la policía, sería demasiado peligroso que él asistiera la noche del estreno porque «el enemigo prevería su presencia allí», y se requeriría una operación policial de una magnitud y un coste inmensos. Así que volvió a declarar la guerra de inmediato. Lo llevaron a la fortaleza del espionaje adornada con árboles de Navidad y el señor Mañana y el señor Tarde le dijeron que no, no había pruebas de ninguna actividad específica, pero sí, el nivel de amenaza evaluado seguía tan alto como siempre. El 22 de septiembre de 1998 mantuvo una esclarecedora reunión con el sucesor de Helen Hammington, Bob Blake, quien admitió que su deseo de asistir al estreno de *Harún* era lógico, y que el riesgo implícito en realidad no era muy grande.

El máximo responsable de British Airways, Bob Ayling, había accedido por fin a recibirlo. Le habló de su encuentro con Zafar y de lo mucho que lo había conmovido. Apareció un resquicio en la puerta cerrada. Visitó la casa de Clarissa en Burma Road por primera vez en mucho tiempo. Zafar ofrecía una fiesta para celebrar el inminente inicio de su vida universitaria en Exeter. Complació mucho a su hijo oír lo que había dicho Ayling, tener la sensación de que había ayudado a su padre. Y de pronto, esa noche, la televisión, la radio y el teléfono enloquecieron.

Dio la noticia la CNN. El presidente Jatami de Irán había dado por «concluida» la amenaza de muerte. Después de eso él se pasó toda la noche al teléfono. Christiane Amanpour le dijo que tenía «la certeza de que está ocurriendo», y que le habían llegado declaraciones no oficiales de Jatami en la línea de que pronto habría más novedades y de que había llegado a un «acuerdo» con Jamenei al respecto. A las nueve y media de la noche, «su» nuevo hombre en el Foreign Office, Neil Crompton, llamó y lo citó a las diez y media de la mañana siguiente. «Está claro que algo ocurre -dijo-. Probablemente sea una buena noticia. Pensemos en esto juntos.»

En el Foreign Office se respiraba un ambiente de creciente excitación. «De acuerdo -dijo él-, pero debemos emplear un lenguaje inequívoco sobre la fetua y la recompensa. El gobierno británico debe estar en condiciones de anunciar con toda claridad que esto ha terminado. De lo contrario, sería como permitir que Irán escurriera el bulto y posibilitar un atentado desmentible por parte del ala dura o de Hezbolá. Si es una buena noticia, debería decirlo el señor Blair. Ha hablado el máximo representante de ellos, y también debe hablar el nuestro.» En Nueva York estaba reunida la Asamblea General de la ONU. Esa tarde se celebraría un encuentro entre funcionarios británicos e iraníes para hablar del asunto. Los dos ministros de Asuntos Exteriores, Robin Cook y Kamal Jarrazi, se verían a la mañana siguiente. Daba la impresión de que Irán deseaba en efecto llegar a un acuerdo.

Robin Cook lo telefoneó a las nueve de la mañana del día 24 -¡las cuatro de la madrugada en Nueva York!- y le explicó lo que, en su opinión, podía obtenerse. «Conseguiremos una garantía, pero la fetua no se revocará formalmente, porque, dicen ellos, eso ya no es posible hacerse ahora que Jomeini ha muerto. No parece haber actividad de la línea dura en Irán. Ese es seguramente el mejor acuerdo que podemos conseguir. Este es el lenguaje más firme que les hemos oído hasta ahora.» Así que allí estaba él, entre la espada y la pared. La recompensa y la fetua seguirían, pero el gobierno iraní «se disociaría» de ellas, y «no alentaría ni permitiría» a nadie llevar a cabo la amenaza. Robert Fisk, de *The Independent*, decía que eso no era ya asunto de interés en Irán. ¿Era eso verdad? En el mejor de los casos imaginables, Cook tenía razón, los iraníes se comprometían sinceramente y deseaban de verdad dejar todo eso atrás, poner el punto final, y por otro lado el gobierno británico, aceptando el acuerdo, se jugaba su propio prestigio, y cualquier incumplimiento de dicho acuerdo pondría en ridículo a ambas partes. La

mayor amenaza contra su vida había procedido siempre del Ministerio de Inteligencia y Seguridad iraní, y si a este lo estaban «retirando del juego», cabía suponer que el señor Tarde y el señor Mañana podrían confirmarlo. Y un acuerdo público muy visible crearía la *sensación* generalizada de que el problema se había acabado. *De facto* conduciría a *de jure*.

Y en el peor de los casos imaginables, la línea dura seguiría intentando matarlo y, una vez retirada la protección, lo conseguiría.

Esa tarde, a las cuatro, se reunió con Frances D'Souza y Carmel Bedford en las oficinas de Artículo 19, en Islington, y los tres estaban muy preocupados. El acuerdo parecía insuficiente, lo que se ofrecía no bastaba, pero si él no reaccionaba favorablemente, podían acusarlo de obstruccionista, en tanto que si accedía, la campaña de defensa perdería todo poder negociador. Su única esperanza, dijo a Frances y Carmel, era que la credibilidad de los dos gobiernos dependiera del acuerdo.

A las cinco y veinte de esa tarde los tres fueron al Foreign Office para reunirse con Derek Fatchett. Este, un hombre decente y claro, siempre le había caído bien, y ahora, mirándolo a los ojos, le decía: «El acuerdo es auténtico, los iraníes se han comprometido, todos los segmentos de la cúpula coinciden. Voy a pedirle que confíe en el gobierno británico. Debe saber que Neil Crompton y sus colegas aquí en el Foreign Office llevan negociando esto desde hace meses, con toda la dureza posible. Tienen la certeza de que Irán va en serio». «¿Por qué habría de creérmelo? -preguntó él a Fatchett-. Si no están anulando nada, ¿por qué no he de sacar la conclusión de que todo esto no son más que tonterías?» «Porque -contestó Fatchett- en Irán nadie se anda con tonterías al hablar del caso Rushdie. Esos políticos arriesgan su carrera. No lo harían a menos que estuvieran seguros de contar con apoyo al más alto nivel.» Jatami acababa de regresar a Teherán tras la asamblea general, donde había declarado que «el caso de Salman Rushdie se daba por zanjado definitivamente», y lo recibió y abrazó en el aeropuerto el representante personal de Jamenei. Eso fue un gesto significativo.

Preguntó por la información respecto a la seguridad que acababa de recibir del señor Mañana y el señor Tarde, quienes le habían comunicado que el nivel de amenaza contra su vida seguía siendo el mismo. «Eso está desfasado», afirmó Fatchett. Preguntó por Hezbolá en el Líbano, y Fatchett respondió: «No tienen nada que ver». Continuó formulando preguntas durante un rato y de pronto algo se abrió dentro de él, una gran emoción lo invadió y dijo: «De acuerdo». Dijo: «En ese caso, hurra, y gracias, gracias a todos, desde el fondo de mi corazón». Las lágrimas asomaron a sus ojos y la emoción lo obligó a callar. Abrazó a Frances y Carmel. La televisión estaba encendida, y en la pantalla vio a Cook y Jarrazi, uno al lado del otro, en Nueva York, en directo por Sky News, anunciando el fin de la fetua. Permaneció en el despacho de Fatchett en el Foreign Office y vio al gobierno hacer cuanto estaba en sus manos para salvarle la vida. Luego salió con Derek Fatchett. Las cámaras los

esperaban. Él se acercó a ellas y declaró: «Parece que se ha acabado». «¿Qué significa eso para usted?», preguntó la agradable joven que sostenía el micrófono. «Lo significa todo -dijo él, conteniendo las lágrimas-. Significa libertad.»

Cuando estaba ya en el coche, llamó Robin Cook desde Nueva York, y también a él le dio las gracias. Hasta los policías se conmovieron. «Esto es muy emocionante -dijo Bob Lowe-. Un momento histórico.»

En casa, Elizabeth tardó en creérselo, pero gradualmente el ánimo de júbilo fue en aumento. Martin Bache, amigo de Elizabeth de sus tiempos en la universidad, estaba allí, y Pauline Melville llegó apresuradamente, así que cada uno tenía a uno de sus amigos más íntimos presente, cosa que les pareció oportuna. Y allí estaba Zafar, más visiblemente conmovido de lo que nunca lo había visto su padre. Y estaba el teléfono, el teléfono. Tantos amigos y gente llena de buenos deseos. Llamó William Nygaard, quizá la llamada más importante de todas. Andrew, llorando. Él telefoneó a Gillon para darle también las gracias. Telefoneó a Clarissa para darle las gracias por haber cuidado de Zafar durante esos años largos y difíciles. Sus amigos llamaron uno tras otro. *Las ceremonias de la alegría*, pensó. El día que creía que nunca llegaría había llegado. Y sí, fue una victoria: tenía que ver con algo importante, no solo con su vida. Había sido una lucha por cosas esenciales, y ellos se habían impuesto, todos ellos, juntos.

Telefoneó a Christiane Amanpour e hizo una declaración. Todos los demás tendrían que esperar a la rueda de prensa del día siguiente.

Y si hubiera vivido en un cuento de hadas, se habría ido a dormir y habría despertado siendo un hombre libre y las nubes habrían desaparecido del cielo y él y su mujer y sus hijos habrían sido felices para siempre.

No vivía en un cuento de hadas.

Para algunas personas, este no puede ser un gran día. Me gustaría pensar en especial en la familia del profesor Hitoshi Igarashi, el traductor japonés de Los versos satánicos, *que fue asesinado. Me gustaría pensar en el traductor italiano, el doctor Ettore Capriolo, que fue apuñalado y afortunadamente se recuperó. Y en mi distinguido editor noruego, William Nygaard, que recibió varios balazos en la espalda y por suerte se restableció plenamente. No olvidemos que este ha sido un suceso espantoso, un suceso espantoso, y me gustaría expresar también lo mucho que lo siento por todos aquellos que murieron en manifestaciones, especialmente en el subcontinente indio. Como se ha visto, en muchos casos ni siquiera sabían contra quién o por qué se manifestaban, y eso fue un derroche de vida terrible y espeluznante, y lamento eso tanto como todo lo demás que ha ocurrido.*

Estamos aquí para reconocer el final de una amenaza terrorista por parte del gobierno de un país contra ciudadanos de otros países, y ese es un gran momento y deberíamos identificarlo como tal. La razón por la que hemos

podido librar esta campaña, por la que mucha gente ha creado comités de defensa en todo el mundo, la razón por la que este conflicto se ha mantenido vivo, no ha sido solo que la vida de alguien estuviera en peligro -ya que el mundo está lleno de personas cuya vida está en peligro-, la razón ha sido que aquí se luchaba por cosas muy importantes: el arte de la novela y, por encima de eso, la libertad de la imaginación y el tema abrumador y amplísimo de la libertad de expresión, y el derecho de los seres humanos a pasear por las calles de sus propios países sin miedo. Muchos de nosotros que no somos políticos por inclinación hemos estado dispuestos a convertirnos en animales políticos y librar esta lucha porque merecía la pena lucharla, no solo por mí, no solo para salvar mi pellejo, sino porque representaba muchas de las cosas de este mundo que más nos importan.

No creo que este sea momento para sentir nada aparte de una satisfacción seria y circunspecta por el hecho de que se haya defendido uno de los grandes principios de las sociedades libres.

Me gustaría dar las gracias a todos aquellos que han contribuido a esa lucha. Frances y Carmel y Artículo 19 y los comités de defensa de Estados Unidos, Escandinavia, Holanda, Francia, Alemania y demás han sido esenciales. Esta es una lucha que ha librado gente corriente. Al final, se ha producido una negociación política cuyo resultado ha sido este final feliz. Pero la lucha ha triunfado gracias a personas corrientes: lectores, escritores, libreros, editores, traductores y ciudadanos. Este no es solo mi día, sino el día de todos. Pienso que simplemente debemos reconocer que, detrás de las cuestiones del terrorismo y la seguridad y la protección de la División Especial y cuál es su coste y todo eso, está este principio fundamental que hemos intentado defender, y ha sido un privilegio que se nos permita defenderlo.

Habló sin notas, de manera improvisada, ante la prensa que abarrotaba las oficinas de Artículo 19, y también dio las gracias a Elizabeth y Zafar por su amor y su apoyo. Lo filmaron caminando solo por Upper Street, en Islington, un «hombre libre», y levantó un puño tímido y vacilante. Luego siguió un día entero de entrevistas. Llegó a casa pensando que la jornada había ido bien y se encontró con un editorial del *Evening Standard* describiéndolo como un elemento desagradable e irritante para la sociedad. Y en los noticiarios de la BBC y la ITN, el enfoque era: «Ninguna disculpa». Así fue como los medios británicos presentaron los acontecimientos del día. Este elemento desagradable e irritante para la sociedad se había negado, después de todo lo sucedido, a pedir disculpas por su horrible libro.

Ese domingo llevó a Zafar a la Universidad de Exeter, y Elizabeth y Clarissa los acompañaron. Cuando Zafar entró en su habitación de Lopes Hall, el desánimo se reflejó en su rostro y la tristeza se adueñó de él. Intentaron ofrecerle consuelo y apoyo pero pronto llegó la hora de marcharse. Fue un momento difícil para Clarissa. «Ya no nos necesita», dijo, y tuvo que

agachar la cabeza para esconder las lágrimas. «Sí que nos necesita -afirmó él-. No va a ir a ninguna parte. Nos quiere a los dos y se quedará cerca. Simplemente está haciéndose mayor.»

Cuando volvieron a Londres, ya tarde, se encontraron con que la noticia de las televisiones británicas con el encabezamiento «ninguna disculpa» se había traducido en Irán como «comentarios insultantes», y he aquí al embajador electo iraní Muhammadi reafirmando la fetua, y a los periódicos iraníes exigiendo su asesinato y afirmando que si él se creía a salvo, sería más fácil matarlo. ¿Lo habían vendido?, se preguntó, y al mismo tiempo supo que tendría que seguir liberándose de los grilletes de la seguridad, aun si así era más fácil asesinarlo.

Dos días después volvía a visitar la Central de Espionaje para una reunión conjunta entre el señor Mañana y el señor Tarde en representación de los servicios de seguridad, un tal Michael Axworthy en representación del Foreign Office, y él. Para su horror, el señor Tarde y el señor Mañana dijeron ambos que no podían garantizar su seguridad ante la Guardia Revolucionaria iraní (los temidos *pasdaran*, los implacables «protectores» de la revolución islámica), o los asesinos enviados en nombre de Hezbolá del Líbano, y por consiguiente se negaban a reducir la valoración del nivel dos de amenaza. Esas eran cuestiones sobre las que él había insistido expresamente a Derek Fatchett y le habían dado garantías categóricas, llegando Fatchett a decir incluso que la información de los servicios de seguridad estaba desfasada. Era evidente que los servicios de seguridad, así como Scotland Yard, se habían enfurecido con el Foreign Office por cerrar un acuerdo precipitadamente. Dijeron que necesitarían como mínimo hasta Navidad para verificar la postura iraní, y no existían garantías de que el resultado fuera positivo.

Fue en ese momento cuando él levantó la voz a Michael Axworthy, que empezó a sudar y temblar. Le habían mentido, gritó, le habían mentido descaradamente, y el Foreign Office estaba lleno de embaucadores y astutos canallas. Axworthy abandonó la sala para hacer una llamada y a su regreso dijo, con encomiable dominio de sí mismo, que Robin Cook lo telefonearía al día siguiente exactamente a las 11.40 horas.

Siguió una reunión en Scotland Yard durante la cual la policía comprendió su cólera. Richard Bones, el agente de la División Especial que había asistido a la reunión con los servicios de inteligencia, sentado discretamente en el fondo de la sala, comentó: «Lo han tratado muy mal. Su análisis es impecable. Presentaré testimonio a favor de usted si alguna vez lo necesita». La policía acordó continuar con la protección como antes hasta que la situación se esclareciese. Y él, cuando se tranquilizó, concibió la posibilidad de que en Irán las cosas se calmaran después de la conmoción inicial provocada por el acuerdo. De momento los principales mulás no habían condenado el acuerdo. Quizá bastaba con dejar pasar el tiempo, quizá en Navidad sería ya libre.

Por la mañana Robin Cook lo telefoneó para asegurarle que el gobierno se comprometía a resolver el problema. «Me decepciona ese análisis de

seguridad que le han dado -dijo-. He pedido una lectura a los servicios de inteligencia para antes del fin de semana.» Cook coincidió con él en que podía haber, debía haber, un resultado positivo antes de Navidad: en menos de tres meses.

Pasarían más de tres años hasta que el señor Mañana y el señor Tarde empezaran a mostrar una actitud positiva.

La reacción a la declaración Cook-Jarrazi se volvió cada vez más violenta. La mitad del Majlis iraní firmó una petición para que se ejecutara la fetua. Un misterioso grupo nuevo de «estudiantes radicales» ofreció otra recompensa de 190.000 libras por su muerte. (Al final resultó ser un error; la cifra real era 19.000 libras.) La *bonyad*, o fundación, Jordad, dirigida por Sanei del Bounty, aumentó su oferta en unos 300.000 dólares. El encargado de negocios iraní, Ansari, fue emplazado en el Foreign Office para escuchar la protesta británica, y culpó a la información aparecida en la prensa británica, así como a las declaraciones de los ministros británicos y de Rushdie, que habían «sometido a una gran presión al Ministerio de Asuntos Exteriores de Teherán: no se esperaban que la noticia tuviera tanta repercusión». Pero renovó el compromiso de Irán con el acuerdo de Nueva York. Y a saber qué quería decir con eso.

Clarissa estaba preocupada. Dos «hombres de aspecto musulmán» se habían presentado en su casa preguntando por Zafar, pero su hijo estaba en Exeter, naturalmente. Clarissa pensó que tal vez fuera porque ahora Zafar constaba en el censo electoral.

Alun Evans, el directivo de British Airways a quien se había pedido que actuara de enlace con él, y que estaba muy «de su lado», telefoneó para anunciar que, a su juicio, BA iba «camino de cambiar de postura» y que, una vez resueltos ciertos detalles «comparativamente menores», deberían estar en situación de tomar una decisión favorable. «Dentro de unas semanas.» Y así fue. Al cabo de unas semanas, después de nueve años y medio sin poder volar en un aparato de la compañía nacional, fue bienvenido a bordo de nuevo.

Se estrenó la versión teatral de *Harún y el Mar de las Historias*, y era una producción excepcional, en la que se creaba una atmósfera muy adecuadamente mágica a un coste mínimo, con el mar hecho de ondulantes pañuelos de seda, todos los actores realizando pequeños trucos de magia mientras interpretaban sus papeles; y en el clímax, cuando Harún descubría el origen de todas las historias, un foco iluminaba los rostros del público y lo identificaba: el propio público era el preciado origen. Como había ocurrido en la firma de libros de Hampstead ante la que el comandante Howley había armado tal revuelo, tampoco en esta ocasión hubo manifestaciones ni problemas de seguridad. Fue solo una buena noche de teatro.

Él había enviado a Bono el manuscrito de *El suelo bajo sus pies* para saber qué opinaba, y para que le señalara cualquier error muy visible sobre la industria musical que requiriese corrección. Lo que ocurrió fue totalmente

inesperado. Bono telefoneó para decir que había cogido alguna de las letras del texto de *El suelo bajo sus pies* y compuesto «un par de melodías». «Una de ellas es muy bonita -dijo-. El tema del título. Es una de las más bonitas que hemos hecho nunca.» Él sonrió. Ni siquiera había pensado en ella como «tema del título», dijo, pero sí, sabía a qué canción se refería Bono. *Toda mi vida yo la adoré: / su voz dorada, su suave piel*. Bono quería que fuese a Dublín para poder tocarla ante él. Aquella era una novela sobre la frontera permeable entre los mundos imaginario y real, y allí estaba una de sus canciones imaginarias cruzando esa frontera y convirtiéndose en una canción real. Unas semanas más tarde fue a Irlanda y, en la casa de Paul McGuinness en Annamoe, County Wicklow, Bono lo llevó a su coche y, allí sentados, le puso el cedé de la maqueta. El equipo de sonido del coche de Bono no era como el equipo de sonido del coche de ninguna otra persona. Aquello eran palabras mayores. Bono reprodujo el tema tres veces. A él le gustó ya la primera. No se parecía en nada a la melodía que él había imaginado en su cabeza, pero era una balada evocadora, y a U2 se le daban bien las baladas evocadoras. Dijo que le gustaba, pero Bono volvía a ponerla una y otra vez para asegurarse de que no hablaba por hablar, y cuando por fin se quedó convencido, dijo: «Vamos a la casa y que la oigan los demás».

La India anunció que retiraba la prohibición a sus visitas. Salió en el informativo de las seis de la BBC. Vijay Shankardass habló con tono triunfal. «Muy pronto -dijo- tendrás tu visado.» Cuando recibió la noticia, al principio su sensación de tristeza fue mayor que su alegría. «Nunca pensé -escribió en su diario que no esperaría con placer ir a la India; sin embargo ahora es así. Casi lo temo. Pero iré. Iré para reivindicar mi derecho a ir. Debo mantener el vínculo por el bien de mis hijos. Para poder enseñarles aquello que amé y que les pertenece también a ellos.» Y sí, fue un gobierno nacionalista hindú del BJP (Partido Bharatiya Janata) el que le permitió la entrada, e inevitablemente se diría que otorgarle un visado era un acto antimusulmán, pero él se negó a desempeñar el papel de demonio que se había construido para él. Era un hombre que aún amaba su país natal pese al largo exilio y la prohibición de su libro. Era un escritor para quien la India había sido el más profundo manantial de inspiración, y aceptaría el visado de cinco años cuando se le ofreciese.

Su melancólica reacción inicial se desvaneció. Habló felizmente, con entusiasmo, del regreso a la India durante una cena entre un grupo de escritores con quienes había participado en una lectura benéfica organizada por Julian Barnes. Louis de Bernières se sintió en la obligación de indicar a su feliz y entusiasta colega que no fuera allí bajo ninguna circunstancia, porque dejándose ver en el país volvería a ofender gravemente a los musulmanes de la India. A continuación De Bernières soltó una breve charla sobre la historia de la política musulmana-hindú a un escritor cuya vida creativa e intelectual se había centrado por completo en ese tema y que, solo posiblemente, sabía más sobre eso que el autor de una novela que, como todo el mundo sabía, había distorsionado la historia de la resistencia comunista griega ante las

fuerzas invasoras italianas durante la Segunda Guerra Mundial en la isla de Cefalonia. Nunca había estado tan cerca de dar un puñetazo en la nariz a otro novelista. Helen Fielding, también presente en la cena, vio teñirse de sangre sus ojos y se puso en pie de un salto, desplegando una sonrisa lo más alegre posible. «¡En fin! Una velada encantadora. Realmente encantadora. ¡Me voy!», exclamó, y eso salvó la situación, permitiéndole a él levantarse y marcharse también, y la nariz del señor De Bernières permaneció petulantemente indemne.

Tuvo una reunión privada con Derek Fatchett, que repitió: *Confíe en mí*. Toda la información procedente de Irán era uniformemente positiva. Todas las partes se habían adherido al acuerdo, todos los perros habían sido retirados. Sanei era un elemento peligroso, pero en todo caso no disponía del dinero. «Seguiremos tirando de todos los hilos -explicó-. Ahora lo importante es mantener la calma.» Fatchett añadió que su propia declaración en la que describía el acuerdo como un «éxito diplomático para Gran Bretaña» había creado un problema en Irán. «Como lo creó su declaración "Significa libertad".»

Se le pidió que hiciera algo difícil: que se mordiera la lengua. Si lo hacía, las voces airadas poco a poco se acallarían, y la fetua se apagaría.

Mientras tanto, en Teherán, mil estudiantes de Hezbolá se manifestaban por las calles, afirmando que estaban dispuestos a atentar contra el autor y sus editores, dispuestos a prenderse bombas al cuerpo, y todo eso, entonando la triste y vieja canción de los terroristas.

Fue a reunirse con Robin Cook en la Cámara de los Comunes. Cook dijo que le habían confirmado que Jamenei y todo el Consejo de Discernimiento se habían «adherido al acuerdo de Nueva York». Por lo tanto, se deducía que todos los asesinos habían sido retirados. No cabía la menor duda, agregó, en cuanto al Ministerio de Inteligencia y Seguridad y Hezbolá en el Líbano. Sus asesinos habían sido apartados del juego. Por lo que se refería a la Guardia Revolucionaria, era un caso de «información secreta negativa»: no había señales de que estuviese preparándose ningún ataque por ese lado. «Se ha recibido la garantía del gobierno iraní de que se impedirá abandonar el país a cualquiera con intención de atentar contra usted. Saben que ahora su prestigio depende de eso.» El significado simbólico de la aparición «hombro con hombro» de Cook y Jarrazi se había sopesado cuidadosamente y se había difundido a través de las televisiones de todos los países musulmanes del mundo, «y si lo asesinan a usted, francamente, la credibilidad de ellos se vendrá abajo». Añadió: «Para nosotros, el asunto no acaba aquí. Ejerceremos mayor presión y esperaremos mayores resultados».

Luego el ministro de Asuntos Exteriores del Reino Unido formuló una pregunta que no era fácil de contestar. «¿Por qué necesita una campaña de defensa contra mí? -deseaba saber Robin Cook-. Estoy dispuesto a ofrecerle acceso a mí y reuniones informativas regulares. Lucho en interés suyo.»

Él contestó: «Porque mucha gente piensa que ustedes me están vendiendo, que un acuerdo débil se presenta como un acuerdo sólido, y que están dejándome de lado por razones comerciales y geopolíticas».

«Ah -respondió Cook con desdén-. Piensan que Peter Mandelson está diciéndome qué debo hacer.» (Mandelson era el ministro de Comercio e Industria.) «No es así -afirmó, y luego, reproduciendo las palabras de Derek Fatchett, añadió-: Va a tener que confiar en mí.»

Él permaneció callado por un largo momento, y Cook no intentó obligarlo a apresurarse en su decisión. ¿Estaban embaucándolo?, se preguntó. Solo habían pasado unos días desde que levantó la voz a Michael Axworthy para acusarlos de traición. Pero aquellos eran dos políticos que le inspiraban simpatía y que habían luchado por él con más denuedo que ningún otro a lo largo de una década, y le pedían que tuviera fe, que conservara la calma, y sobre todo que, durante un tiempo, guardara silencio. «Si arremete contra la fundación Jordad, será una noticia excelente para ellos, porque así el gobierno iraní no podrá proceder contra ellos sin dar la impresión de que usted lo manipula.»

Pensó y pensó. La campaña de defensa se había iniciado para combatir la inercia de los gobiernos. Ahora su propio gobierno le prometía trabajar enérgicamente en su nombre. Quizá esa era una nueva fase. Trabajar en colaboración con el gobierno y no contra él.

«De acuerdo -dijo-, lo haré.»

Fue a las oficinas de Artículo 19 a ver a Frances D'Souza y le pidió que disolviera la campaña de defensa. Carmel Bedford asistía en Oslo a una reunión de representantes de varios comités de defensa, y cuando él la llamó para comunicarle su decisión, ella montó en cólera, culpando a Frances de ello. «¡Ha sido preseleccionada para un cargo en el Foreign Office! ¡Es a ella a quien le interesa acabar con esto!» Frances y Carmel ya no se llevaban bien. Él comprendió que había tomado la decisión adecuada.

Así que la Campaña de Defensa Rushdie terminó. «Esperemos -escribió en su diario- que mi decisión esté justificada. Pero en cualquier caso es mía. No puedo culpar a nadie más.»

ALDEANOS IRANÍES OFRECEN UNA RECOMPENSA POR RUSHDIE
Los vecinos de una aldea iraní próxima al mar Caspio han ofrecido una nueva recompensa por Salman Rushdie, que incluye tierras, una casa y alfombras. «La aldea de Kiyapay entregará 4.500 metros cuadrados de tierra de labranza, 1.500 metros cuadrados de vergeles, una casa y diez alfombras como recompensa», declaró un funcionario de la aldea. Además, los dos mil vecinos han abierto una cuenta bancaria para recaudar donaciones.

No siempre era fácil mantener la calma, guardar silencio, no perder la compostura.

Fue a Nueva York para la realización de un telefilme sobre *El suelo bajo sus*

pies para la televisión francesa. El mundo se abrió de inmediato. Paseó solo por las calles de la ciudad y no se sintió en peligro. En Londres se veía atrapado por la cautela de los servicios de inteligencia británicos; allí en Nueva York, en cambio, su vida estaba en sus propias manos: podía decidir por sí mismo qué era sensato y qué arriesgado. En Estados Unidos podía recuperar su libertad antes de que los británicos aceptaran que era hora de devolvérsela. *La libertad se toma, nunca se da*. Él bien lo sabía. Tenía que actuar conforme a eso.

Bill Buford, disfrazado con una cabeza de *Mars Attacks*, lo llevó a una cena de Halloween en la parte alta de la ciudad. Él se puso un *kufiya*, cogió un sonajero en una mano y un panecillo crujiente en la otra, y fue de «Sheikh, Rattle and Roll».[6]

Ya otra vez en Londres, Jeanne Moreau cumplía setenta años, y lo invitaron a un almuerzo en su honor en la residencia del embajador francés. Él se sentó entre Moreau, todavía glamourosa e incluso sexy a sus setenta, y la gran bailarina Sylvie Guillem, que quería ir a ver la versión teatral de *Harún*. Resultó que Moreau era una extraordinaria *raconteuse*. Otro de los comensales era un funcionario de la embajada cuya misión consistía en lanzarle preguntas ligeras para hacerla hablar, por ejemplo: «Ahora cuente cómo conoció a nuestro gran cineasta francés François Truffaut», y ella enseguida se embalaba. «Ah, François. Fue en Cannes, sabe usted, y yo estaba allí con Louis.» «Se refiere a nuestro también gran director francés, Louis Malle...» «Sí, ese Louis, y estamos en el Palais du Cinéma, y François se acerca y saluda a Louis, y durante un rato ellos caminan juntos y yo me rezago con otro hombre, y luego yo voy al lado de François, y resulta muy extraño porque él no me mira a la cara, siempre mira al suelo y a veces, por un momento, levanta la vista, y luego mira otra vez al suelo, hasta que al final me mira a mí y dice: "¿Puede darme su número de teléfono?".» «Y usted se lo dio», dijo el funcionario. Él asumió personalmente el interrogatorio y le preguntó por su trabajo con Luis Buñuel en *Diario de una camarera*. «Ah, don Luis -respondió ella con su voz profunda y gutural de fumadora-. Lo adoro. Un día le digo: "¡Ay, don Luis, ojalá fuera su hija!". Y él me contesta:"No, querida, no te conviene desear eso, porque si fueras hija mía, te tendría encerrada y no trabajarías en el cine".»

«Siempre me ha encantado esa canción que usted canta en *Jules et Jim* -comentó él mientras tomaban su Château Beychevelle-."Le Tourbillon." ¿Es una canción antigua o se compuso para la película?» «No -contestó ella-. Se compuso para mí. Verá, era de un antiguo amante, y cuando rompimos, él compuso esa canción. Y luego, cuando François va y me dice que quiere que cante, le propongo esa canción y él accede.» «Y ahora -preguntó él-, ahora que es una famosa escena del cine, ¿aún piensa en ella como la canción que compuso para usted su antiguo amante, o es "la canción de *Jules et Jim*"?» «Ah -dijo ella encogiéndose de hombros-. Ahora es la canción de la película.»

Antes de marcharse de la *résidence*, el embajador lo llevó aparte y le comunicó que se le había otorgado el más alto rango, *commandeur*, en la Ordre des Arts et des Lettres, un inmenso honor. La decisión se tomó varios años antes, explicó el embajador, pero el anterior gobierno francés la mantuvo oculta. Sin embargo ahora se celebraría una fiesta en su honor en la *résidence* y él recibiría su medalla y su cinta. Eso era una noticia magnífica, dijo él, pero al cabo de pocos días se inició la marcha atrás. La responsable de enviar las invitaciones explicó que estaba «en compás de espera», porque «aguardaba la aprobación de París», y luego, curiosamente, ni el embajador ni el agregado de cultura Olivier Poivre d'Arvor se ponían al teléfono. Después de varios días de evasivas, llamó a Jack Lang, que le informó de que al cabo de diez días llegaría el presidente iraní en visita oficial y por eso el Quai d'Orsay estaba retrasándolo. Lang hizo unas cuantas llamadas, y surtieron efecto. Olivier volvió a telefonearlo. ¿Sería posible elegir una fecha en la que el propio monsieur Lang pudiera asistir y rendir los honores? Sí, contestó. Por supuesto.

Zafar planeaba una fiesta y quería que él asistiera. El equipo de protección lo metió apresuradamente en el club nocturno y luego procuró hacer la vista gorda a las cosas que solían ocurrir en tales clubes. Se encontró en una mesa con Damon Albarn y Alex James del grupo Blur, que habían oído hablar de su colaboración con U2 y también querían grabar una canción con él. De pronto sus servicios como letrista estaban muy solicitados. Alex se había bebido la mayor parte de una botella de absenta, lo cual quizá no fue muy sensato. «Se me ha ocurrido una idea cojonuda -dijo-. Yo escribo la letra y tú compones la música.» «Pero, Alex -dijo él con gentileza-, yo no compongo música ni sé tocar un instrumento musical.» «No tiene mayor misterio -contestó Alex-. Ya te enseñaré yo a tocar la puta guitarra. No nos llevará más de media hora. No tiene mayor misterio. Luego tú compones la música y yo escribo la letra. Será una pasada.» La colaboración con Blur no se llevó a cabo.

Se reunió con Bob Blake, ahora jefe de la Brigada «A», en Scotland Yard para hablar del futuro. Iba a publicarse una nueva novela en el nuevo año, anunció él, y quería gozar de libertad para promocionarla debidamente, con los correspondientes anuncios previos a las apariciones y las firmas de ejemplares. Para entonces ya habían celebrado actos más que suficientes para tener la certeza de que no habría problemas. Por otra parte, deseaba reducir el nivel de protección aún más. Entendía que las compañías aéreas aún se sentirían más cómodas si el equipo de protección lo acompañaba hasta el avión, y que los locales públicos también agradecían la presencia policial en sus apariciones, pero, aparte de eso, Frank y él podían ocuparse de casi todo. Curiosamente, Blake parecía abierto a todas estas propuestas, lo que indicaba que la valoración del nivel de amenaza estaba disminuyendo, por más que aún no se le hubiese notificado el cambio. «Muy bien -dijo Blake-, veamos qué

puede hacerse.» No obstante, estaba preocupado por la India. En opinión del señor Mañana y el señor Tarde, si llegara a viajar a la India en enero o a principios de febrero existía el riesgo de un atentado iraní. ¿Podía saber él en qué se basaban sus temores? «No.» «Bueno, de todos modos no tenía pensado ir a la India por esas fechas.» Cuando lo dijo, el policía se relajó perceptiblemente.

Llegó al despacho del ministro de Asuntos Exteriores en la Cámara de los Comunes y se encontró con que allí lo esperaba Stephen Lander, el director general del MI5, junto con Robin Cook, que tenía una mala noticia que darle. Habían recibido informes de los servicios de inteligencia, comunicó Cook, referentes a una reunión del Consejo Supremo de Seguridad Nacional iraní -la sola mención de ese nombre le valió a Cook una mirada de desaprobación de Lander, pero lo mencionó de todos modos- en la que Jatami y Jarrazi no habían conseguido apaciguar a los representantes de la línea dura. Jamenei «no estaba en situación» de retirar a la Guardia Revolucionaria o a Hezbolá. Así que su vida aún corría peligro. Pero, dijo Cook, él «personalmente» y el Foreign Office se comprometían a resolver los problemas, y no existían pruebas de ningún plan de atentado, salvo por la preocupación respecto a la India. Eran ya muy pocas las probabilidades de que se produjera un atentado en un país occidental, añadió Lander. *Muy pocas probabilidades* era un pobre consuelo, pero eso era lo único que iba a conseguir. «Hice saber a Jarrazi -dijo Cook- que estamos al corriente de la reunión del Consejo Supremo de Seguridad Nacional, y él se llevó una gran sorpresa. Intentó convencerme de que el acuerdo seguía en pie. Sabe que su reputación, y la de Jatami, están en juego.»

Mantén la calma.

Nunca nada era perfecto, pero ese era un nivel de imperfección que resultaba difícil de aceptar. Aun así, se mantuvo firme en su determinación. Tenía que volver a coger las riendas de su vida. No podía seguir esperando que el «factor de imperfección» descendiera a un nivel más asumible. Pero cuando hablaba con Elizabeth sobre Estados Unidos, ella se negaba a escuchar. Prefería escuchar a Isabel Fonseca: «Estados Unidos es un país peligroso, y allí todo el mundo va armado». El antagonismo de ella frente al sueño neoyorquino de él arreciaba. A veces incluso le parecía ver un desgarrón irregular entre ellos, cada vez más ancho, como si el tejido del mundo fuera una hoja de papel y ellos estuvieran en mitades opuestas, alejándose el uno del otro, como si fuera inevitable que tarde o temprano sus historias se separaran, pese a los años de amor, porque cuando la vida empezaba a hablar en imperativos los vivos no tenían más opción que obedecer. Para él, el mayor imperativo era la libertad, y para ella era la maternidad, y sin duda que una vida en Estados Unidos sin protección policial se le antojara insegura e irresponsable se debía en parte al hecho de que era

madre, y en parte a que era inglesa y no quería que su hijo se criara como norteamericano, y en parte a que apenas conocía Estados Unidos, porque su Estados Unidos no era mucho mayor que Bridgehampton, y temía quedarse aislada y sola en Nueva York. Él comprendía todos sus temores y dudas, pero sus propias necesidades eran como mandatos, y sabía que haría lo que debía hacerse.

A veces el amor no bastaba.

Su madre cumplía ochenta y dos años. Cuando él le dijo por teléfono que iba a aparecer un nuevo libro suyo en 1999, ella dijo, en urdu: *Is dafa koi achchhi si kitab likhna*. «Esta vez escribe un libro agradable.»

IX

LA ILUSIÓN MILENARIA

A veces el amor no bastaba. En los años posteriores a la muerte de su esposo, Negin Rushdie se enteró de que su primer marido, el apuesto joven que se había enamorado de ella cuando aún era la bonita joven Zohra Butt, seguía vivo. El suyo no había sido un matrimonio concertado, sino un auténtico «emparejamiento por amor», y no se separaron porque hubieran dejado de amarse, sino porque él era incapaz de engendrar hijos, y la maternidad era un imperativo. La tristeza en la que se sumió al tener que trocar el amor de un hombre por el amor de sus hijos todavía no nacidos fue tan profunda que durante muchos años no pronunció el nombre de él, y sus hijos, cuando llegaron y crecieron, no supieron nada de su existencia, hasta que un día, de pronto, se lo contó a Sameen, su hija mayor. «Se llamaba Shaghil», dijo, y se sonrojó, y lloró, como si confesara una infidelidad. Nunca se lo mencionó a su hijo, nunca explicó cómo se ganaba la vida o en qué ciudad residía. Él era su fantasma, el espectro del amor perdido, y por lealtad a su marido, el padre de sus hijos, sufrió en silencio la presencia de ese fantasma.

Después de la muerte de Anis Rushdie, el hermano de Negin, Mahmood, dijo a esta que Shaghil aún vivía, que no había vuelto a casarse, que todavía la amaba y quería volver a verla. Sus hijos la animaron a ponerse en contacto con él. Ya nada se interponía entre los dos viejos amantes. El imperativo de la maternidad obviamente no era ya óbice. Y era una estupidez permitir que sentimientos ilógicos de traición al difunto Anis fueran un obstáculo. Ella no estaba obligada a llevar una vida solitaria hasta el fin de sus días -y vivió dieciséis años tras la muerte de Anis- cuando existía la posibilidad de renovar un viejo amor y permitirle iluminar sus últimos años. Pero cuando ellos le hablaron en esos términos, ella esbozó una pequeña sonrisa rebelde y movió la cabeza en un gesto de negación como una niña. Durante los años de la fetua, Negin visitó Londres varias veces y se alojó en casa de Sameen, y él la visitaba siempre que podía. El primer marido, Shaghil, aún no era más que un nombre para él. Ella seguía negándose a hablar de ese hombre, a decir si era divertido o serio, o qué le gustaba comer, o si cantaba bien, o si era alto como su erguido hermano Mahmood o bajo como Anis. En *Hijos de la medianoche* su hijo había escrito sobre una madre con un primer marido que no podía darle hijos, pero ese triste poeta-político, «Nadir Khan», surgió exclusivamente de la imaginación del autor. No podía encontrarse en él ni el

menor rastro de Shaghil, salvo por el problema biológico. Pero ahora el hombre real escribía cartas a Negin, y ella, cuando no sonreía como una niña tonta, apretaba los labios y movía la cabeza en un tajante gesto de negación, eludiendo el tema.

En *El amor en los tiempos del cólera*, la gran novela de Gabriel García Márquez, los amantes Fermina Daza y Florentino Ariza se separaron cuando aún eran muy jóvenes, pero volvieron a reunirse en el ocaso de sus vidas. A Negin Rushdie se le ofrecía ese mismo amor en el ocaso, pero, por razones que nunca explicó, se privó de él. También para una privación como esta existía un antecedente literario, en *La edad de la inocencia*, de Edith Wharton: Newland Archer, ya en la última etapa de su vida, acompañado de su hijo adulto, está sentado en una pequeña plaza francesa bajo el toldo y el balcón del apartamento de su viejo amor, la condesa Olenska, paralizado e incapaz, después de todos esos años perdidos, de subir por la escalera para verla. Tal vez no quería que ella lo viese en su vejez. Tal vez no quería verla a ella en su vejez. Tal vez lo abrumaba el recuerdo de lo que no había tenido el valor de atrapar. Tal vez lo había enterrado demasiado hondo y ya no podía exhumarlo, y el horror de estar con la condesa Olenska y no sentir ya lo que había sentido era más de lo que podía soportar.

«Para mí es más real aquí que si subiera», se oyó decir de pronto; y el temor a que esta última sombra de realidad perdiera su fuerza lo mantuvo pegado a su asiento mientras transcurrían uno tras otro los minutos.

Negin Rushdie no había leído ninguno de los dos libros, pero si los hubiera leído, no habría dado crédito al feliz reencuentro de Fermina y Florentino, o mejor dicho, existía algo dentro de ella que no le permitía dar crédito a un final así. Estaba paralizada como Newland Archer, el paso de los años la había condicionado, y aunque una expresión de amor asomaba a su rostro cada vez que se mencionaba el nombre de él, era incapaz de actuar en consonancia con sus sentimientos. Para ella, aquello era más real sin la presencia de él que con él. Así que nunca respondió a sus cartas, nunca lo telefoneó, y nunca lo vio en los dieciséis años de vida que le quedaban. Murió siendo la viuda de su marido y la madre de sus hijos, y no pudo, o no quiso, escribir un último capítulo de su historia. A veces el amor no bastaba.

Anis Rushdie también había estado casado antes de ser el marido de Negin. En ese sentido eran una pareja atípica, en su clase y lugar y tiempo, por ser ese el segundo matrimonio para ambos. Respecto a la primera esposa de Anis, sus hijos solo sabían que era una mujer de mal genio y que la pareja se peleaba continuamente. (A sus hijos también les constaba que su padre tenía mal genio.) Y sabían asimismo que hubo una gran tragedia. Anis y su primera mujer habían tenido una hija, la hermanastra de ellos, cuyo nombre nunca supieron. Una noche la primera mujer telefoneó a Anis para decir que la niña estaba muy enferma y podía morir, y él pensó que era mentira, que se trataba de una treta para atraerlo, así que no hizo caso del mensaje, y la niña murió. Cuando él se enteró de que su hija había muerto, corrió a la casa de su primera

esposa, pero ella no lo dejó entrar, pese a que él aporreó la puerta y lloró.

El matrimonio de Anis y Negin seguía siendo un misterio para su hijo. A sus hijos, ya mayores, les parecía una vida desdichada, en la que la creciente decepción de Anis se expresaba cada noche en arrebatos de ira etílicos de los que Negin intentaba proteger a los niños. En más de una ocasión los hijos mayores, Sameen y Salman, procuraron convencer a sus padres de que se divorciaran, para poder así ellos, los hijos, disfrutar de la compañía de cada padre sin tener que sobrellevar los efectos secundarios de su desdicha. Anis y Negin no siguieron el consejo de sus hijos. Había algo que los dos consideraban «amor» bajo el sufrimiento de las noches y, como los dos creían en él, podría decirse que existía. El misterio en el centro de la intimidad de otras personas, la incomprensible supervivencia del amor en el centro de la desafección: eso fue algo que él aprendió de la vida de sus padres.

También: si tanto tu padre como tu madre han pasado antes por sus respectivos divorcios, y luego han llevado vidas infelices «con amor», creces creyendo en lo transitorio que es el amor, en que el amor es una emoción más oscura, más áspera, menos confortable, menos reconfortante de lo que predican las canciones y las películas. Y si eso es verdad, él, con sus muchos matrimonios rotos, ¿qué lección daba a sus hijos? Una vez un amigo le dijo que la tragedia era permanecer en un matrimonio infeliz, no el divorcio. Pero el dolor que él causó a las madres de sus hijos, las dos mujeres que lo amaron más que nadie, lo atormentaba. Tampoco culpaba a sus padres por darle mal ejemplo. Eso fue todo obra y responsabilidad suya. Cualesquiera que fuesen las heridas que la vida le había infligido, eran peores las heridas que él infligió a Clarissa y Elizabeth. Él las había amado a las dos, pero su amor no había sido lo bastante fuerte.

Él había querido a sus hermanas, y todos se habían querido mutuamente, pero casi todas esas relaciones habían acabado también en el distanciamiento. Solo Sameen y él permanecían muy unidos. En su infancia, él era el buen chico y ella la traviesa. Él la sacaba de apuros ante sus padres y ella pegaba a los demás por él. Una vez el padre de uno de los niños a quienes ella había dado un puñetazo, un tal Mohan Mathan, se presentó en su casa, la Villa Windsor, para quejarse a Anis. «¡Su hija ha tumbado a mi hijo!», exclamó el hombre, indignado, y Anis se echó a reír. «Yo que usted -dijo- bajaría la voz antes de que se entere todo el barrio.»

El lazo entre ambos nunca se debilitó, pero poco a poco los dos se dieron cuenta de que eso molestaba a su hermana Bunno (su verdadero nombre era Nevid, pero en la familia siempre la llamaron Bunno). Tenía cinco años menos que él, cuatro menos que Sameen, y su experiencia de la infancia era verse excluida de la intimidad de sus hermanos mayores. Al final tuvo una espantosa pelea con los dos, y con sus padres, y se marchó a California para estar lejos de todos ellos. Él a menudo sentía dolor por su «hermana perdida», pero entonces ella irrumpía en su vida tan violentamente que él volvía a

retroceder. En cierto momento a Bunno se le metió en la cabeza la absurda idea de que Sameen y él de algún modo la habían privado de su herencia y amenazó con sacarlo a la luz y denunciarlo a él en público. Él tuvo que pedir a sus abogados que la disuadieran y después de eso no se hablaron durante mucho tiempo. La más joven de la familia, Nabeelah, conocida por el nombre de Guljum, tuvo unos comienzos brillantes como mujer de gran belleza y talentosa ingeniera de estructuras, pero el desequilibro mental que arruinó su trabajo, su matrimonio, sus relaciones con la familia y al final su vida se dejó sentir: empezó a mascar tabaco y a abusar de los fármacos y a comer hasta que su belleza quedó enterrada bajo una montaña de grasa, y de pronto un día, para consternación de todos, la encontraron muerta en su cama, y fue así como la más joven de los cuatro fue la primera en marcharse.

El amor, en su familia, normalmente no había bastado.

Se cumplió el décimo aniversario de la quema de libros en Bradford y luego el décimo aniversario de la fetua -¡*Diez años*, pensó, *cómo vuela el tiempo cuando te lo pasas bien*!- y la gente de siempre armó el revuelo de siempre. El señor Shabbir Ajtar, a quien *The Independent* describió como un pensador «brillante», dijo que ahora no quemarían *Los versos satánicos* porque ya no se sentían «excluidos». (En los años posteriores, muchos musulmanes británicos, incluidos algunos de los más fanáticamente hostiles, afirmarían que la campaña contra la novela había sido un error. Algunos solo querían decir que fue una táctica equivocada, porque había aumentado la fama del autor y las ventas del libro, pero otros llegaron al extremo de afirmar que habían aprendido la importancia de defender la libertad de expresión.) El día de San Valentín la Guardia Revolucionaria iraní proclamó en Teherán que la fetua «se cumpliría» y Sanei del Bounty confirmó que el plan para su «aniquilación» seguía en pie. Pero no hubo manifestaciones, ni concentraciones en mezquitas, ni ayatolás de alto rango pronunciando sermones sanguinarios. Así que todo estuvo más tranquilo de lo que él se había temido.

Siguió presionando a la policía para obtener más libertad. Ahora que Frank Bishop trabajaba para él, a cuenta de él, sin duda podía asumir más responsabilidades y, de paso, ahorrarles mucho dinero. Él conocía ya más que de sobra la diferencia entre «amenaza» y «riesgo» para saber que el riesgo que corría presentándose sin previo aviso en una fiesta privada, un restaurante, un teatro o un cine era casi nulo. No había motivos para que interviniese todo un equipo de protección. Frank podía ocuparse de eso. Pero la policía era reacia a reducir la protección. Le pidió que dejara las cosas como estaban hasta después de su visita veraniega a Long Island, y él accedió de mala gana.

El primer furor de 1999 se produjo tras concedérsele el visado indio. En el último momento, un funcionario de la Casa India, el encargado de los visados, dijo que solo le darían un visado de visitante corriente por seis meses, y Vijay Shankardass tuvo que ir a la Casa India y entrevistarse con el alto

comisionado Lalit Mansingh, y también con el ministro de Asuntos Exteriores, que casualmente estaba en Londres; accedieron a «hacer lo correcto» y concederle el visado pleno por cinco años al que tenían derecho las personas de origen indio. También se acordó que si él visitaba el país, tendría derecho a la protección de la policía india.

De inmediato se desencadenó la «ira» de los musulmanes indios. El feroz y anciano imán Bujari, de la Juma Masjid de De lhi (quien, diez años antes, había condenado al Salman «equivocado»), expresó sus airadas quejas contra la decisión del visado ante tres mil fieles en las oraciones del viernes. Estaba «dispuesto a morir», dijo, con tal de evitar una visita del señor Rushdie. Dos días después el *Tehran Times* vaticinó que sería asesinado en la India. «Tal vez la Providencia haya decretado que este sinvergüenza encuentre su final allí donde nació.» En la India el único dirigente ajeno al BJP que apoyó la decisión del visado fue el secretario general del Partido Comunista de la India (marxista). Mani Shanker Aiyar, del Partido del Congreso, dijo que su partido había «hecho bien» en prohibir *Los versos satánicos* y a su autor, y si el BJP había accedido a conceder un visado, debía «aceptar las consecuencias». Pero luego, curiosamente, añadió que si el señor Rushdie visitaba la India, «será un invitado y habrá que darle la bienvenida». El imán Bujari dijo que los musulmanes «objetarían conforme a la Constitución», pero si un musulmán devoto decidía matar al blasfemo, contaría con el apoyo de todos los musulmanes. La escritora Githa Hariharan le envió por correo electrónico una serie de mensajes didácticos e ideológicos que le resultaron sencillamente irritantes. Estaba claro que el viaje a la India tendría que esperar hasta que se calmaran los ánimos.

Theresa, de la oficina de Bono, telefoneó. «Hola. ¿Salman? ¿Tienes una copia de la letra de tu canción, cómo se llama, “El suelo bajo sus pies”?» Pues sí, de hecho tenía una copia. «¿Podrías enviarla por fax al estudio ahora mismo, porque están a punto de grabar las voces y Bono la ha perdido?» Sí, puedo. Enseguida. Sí.

Luego, durante un tiempo, todo fue enfermedad y médicos y el batir de alas del ángel exterminador. La prima de Elizabeth, Carol Knibb, y su marido, Brian, vinieron a pasar unos días a Bishop’s Avenue, y una noche, ya tarde, él vio por primera vez la cabeza calva de Carol por efecto de la quimioterapia. Le recordó, contra su voluntad, la escena de *Las brujas* de Roald Dahl en la que las brujas se despojan de su disfraz mundano «humanizante». Él apreciaba mucho a Carol y se enfadó consigo mismo por esta reacción, que fue, por decir poco, ignominiosa. Carol había ido a Estados Unidos a ver a Kanti Rai, y este la estaba tratando, pero ella no reaccionaba al tratamiento tan bien como Edward Said, y el pronóstico no era bueno. No obstante, aún quedaban cosas que probar, dijo ella, resueltamente animada.

Iris Murdoch murió. Él había asistido a un almuerzo del Arts Council en su

honor no mucho después de la publicación de su última novela, *El dilema de Jackson*, un libro que había recibido un varapalo de la crítica. Iris estaba por entonces baja de ánimo, recordó, y le había comentado que pensaba que debía dejar de escribir. «No por unas cuantas malas reseñas, eso desde luego -dijo él-. Eres *Iris Murdoch*.» «Sí -contestó ella con tristeza-, pero a veces a la gente ya no le gusta tu obra y te quedas sin ideas y quizá sencillamente debes dejarlo.» Solo unos meses después se le diagnosticó el principio de la enfermedad de Alzheimer.

Y Derek Fatchett murió. Tuvo un infarto en un pub y ese fue su final. Nadie se había esforzado más que él, ni con más determinación, para resolver el problema de la fetua. Contaba solo cincuenta y cuatro años.

Él padecía una dolencia llamada ptosis. Los párpados no se le abrían bien y cada vez le caían más, en especial el derecho. Empezaba a entorpecerle la visión. Si no se operaba, llegaría el día en que no podría abrir los ojos en absoluto. Sus ojos de párpados caídos, a lo Sleepy LaBeef, se emplearon a menudo como metáfora de su villanía, pero resultó que no eran más que una afección.

El mejor cirujano especializado en ptosis se llamaba Richard Collin. Pertenecía al hospital para oficiales King Edward VII, «donde se opera toda la familia real», le explicó el doctor Collin, pero antes de ingresar le dijeron que la «enfermera jefa» se había negado a aceptarlo como paciente por razones de seguridad. El equipo fue a verla y, por suerte, pudo tranquilizarla, y se siguió adelante con la operación. Siempre lo había angustiado estar tan a la merced del miedo de los demás; era como recibir una bofetada, y nunca podía devolverla. El día anterior a la operación lo telefoneó Clarissa. Zafar estaba empeñado en dejar los estudios. Detestaba la universidad. Era un «pozo de mierda». Le habían ofrecido la oportunidad de ponerse al frente de un club nocturno londinense, y esperaba ser promotor de conciertos, y tenía un amigo con quien, según creía, podría organizar un acto en el estadio de Wembley, y esa era la vida que deseaba. Además, estaba en números rojos en el banco, y eso tenía que resolverse. A los dos les preocupaba mucho que su hijo viviera, como dijo Clarissa, «en un mundo de fantasía», y su preocupación volvió a unirlos. En ese momento Zafar necesitaba unos padres fuertes y unidos. Hablaron con él, y accedió a abandonar la idea del concierto en Wembley. Pero no se quedó contento.

Cuando él recuperó el conocimiento después de la operación, tenía los ojos vendados. Llamó y no contestó nadie. «¿Hola?» Llamó otra vez y luego una vez más y no hubo respuesta. No sabía dónde se hallaba, estaba ciego y nadie le hablaba. A lo mejor algo había ido muy mal. A lo mejor lo habían secuestrado. O a lo mejor aguardaba las atenciones del diablo en la antesala del infierno. *Hola hola hola* ninguna respuesta *alguien me oye* no no lo oía nadie *hay alguien aquí hay alguien allá* en fin si había alguien se lo callaba.

Los minutos, o semanas, de pánico ciego (literalmente) terminaron cuando la voz de una enfermera dijo sí, ella estaba allí, lo sentía, Elizabeth acababa de marcharse a casa a dormir, eran las tres de la madrugada, y ella había tenido que ir al baño. *Muy oportuno*, pensó él, *salgo de la anestesia justo cuando la enfermera se va a mear*.

Por la mañana le retiraron la venda y se produjo otro momento extraño cuando los párpados no respondieron debidamente a las órdenes de su cerebro. Iniciaron un pestañeo enloquecido e independiente el uno del otro y al cabo de un momento todo se normalizó. No lo había cegado el bisturí por accidente, y cuando le acercaron un espejo, descubrió que tenía los ojos bien abiertos, el derecho quizá un poco demasiado. «Sí -dijo el doctor Collin-, esperaremos una semana y luego quizá hagamos un pequeño ajuste.»

Estrenó sus nuevos párpados en una ocasión triste pero decididamente animada, una fiesta en casa de Ruthie y Richard Rogers para celebrar el décimo aniversario de boda de Nigella Lawson y John Diamond. En cuanto a John, las noticias eran malas, peor que malas: no tenía sentido volver a operar, y la quimioterapia podía proporcionarle un poco más de tiempo, pero nada más. Sus amigos se reunieron para celebrar su vida y John pronunció un «discurso» escribiéndolo y proyectándolo simultáneamente en una alta pared blanca, un discurso cuya característica más notable fue que hizo reír mucho a los allí reunidos.

Entretanto, los nuevos párpados causaban un gran efecto en la gente. *¿Llevas gafas nuevas? ¡Tienes muy buen aspecto! ¿Has tomado el sol? Se ve tan... ¡feliz*! Después, cuando la prensa se enteró de lo ocurrido, *The Sunday Times* sacó un artículo que era casi una disculpa por la imagen que se había formado de él a lo largo de los años. De pronto el periódico comprendió que su «mirada altiva, arrogante y siniestra de hampón» no era más que producto de una afección del párpado en gradual deterioro. Se lo veía «revitalizado, renacido -decía el artículo-. Cómo engañan los ojos».

Tuvo que ir a Turín, Italia, para recibir un doctorado honorífico antes de que Richard Collin pudiera ajustar su ojo derecho excesivamente abierto y, en las fotografías del acto, ofrecía un aspecto un tanto desquiciado. El viaje fue bien; esta vez la policía italiana se mostró cordial, deseosa de complacer, y no puso ningún obstáculo, a diferencia de sus colegas de Mantua. En el mismo acto se homenajeó también a John Beumer III, un médico especialista en cáncer de boca de UCLA que pronunció un discurso considerablemente truculento sobre nuevas técnicas en el tratamiento del carcinoma oral, lenguas cosidas a las mejillas y cosas así, y mientras escuchaba a Beumer, pensaba: *Nada de eso ha salvado a mi amigo*.

Casualmente, el presidente Jatami de Irán se hallaba de visita en Roma ese mismo día, y la prensa, excitada por la sincronía, le dio mucho bombo. Jatami, inevitablemente, pensó que no era causalidad, y expresó una «crítica contundente» contra Europa por dar apoyo al novelista. «El apoyo a Rushdie equivale a apoyar la guerra entre las civilizaciones -declaró-. Lamento mucho

que una persona que ha insultado las cosas más sagradas de más de mil millones de musulmanes reciba ahora elogios en los países europeos.» Ese era un hombre que, según decía, rechazaba el choque de civilizaciones, pero luego describía como «guerra» todo aquello que no le gustaba; un hombre que afirmaba estar «contra el terrorismo», pero excluía actos violentos tales como la fetua, sosteniendo que eso no era terrorismo, era justicia. Y ese era el hombre «moderado» en cuya palabra debía confiar a petición del gobierno británico.

La fecha de publicación de *El suelo bajo sus pies* se acercaba y la gira por Estados Unidos representaba un problema. Ahora la mayoría de las compañías aéreas europeas se prestaban a llevarlo, pero las estadounidenses aún se negaban. Podía llegar a Nueva York y, mediante Air Canada, viajar a la Costa Oeste, pero para el resto del país sería necesario alquilar un avión privado. Y a eso se añadiría el coste de los servicios de seguridad de Jerry Glazebrook. Tenían que conseguir de algún modo 125.000 dólares para una gira de dos semanas, y los editores estaban dispuestos a poner solo 40.000. Habló con Andrew Wylie y Jerry Glazebrook y consiguieron recortar los gastos de seguridad en 10.000 dólares, y varios de los locales se ofrecieron a aportar, en total, unos 35.000 en honorarios por sus charlas además de cubrir los costes de seguridad. Si él cedía lo que le pagaba *The New Yorker* por un fragmento del libro, y los ingresos generados en los últimos tres o cuatro meses por su columna para la agencia de distribución de *The New York Times*, podrían pagar las facturas. Decidido a seguir adelante con la gira, dijo a Andrew que aceptara, a pesar de que eso significaba sacrificar unos 80.000 dólares en ingresos. Habían salido ya las críticas inglesas, en general muy favorables, y no quería que la edición norteamericana se resistiera.

No tenía sentido dar muchas vueltas a lo que decían los críticos -al fin y al cabo, les gustaba el libro o no les gustaba-, pero el extraño caso de James Wood merece una pequeña nota a pie de página. El señor Wood reseñó *El suelo bajo sus pies* en *The Guardian*, que también publicó el primer fragmento del libro en el Reino Unido, y su crítica fue magnífica. «Su espectacular nueva novela [...] un logro considerable, imaginativa y compleja [...] esta brillante novela [...] exuberante, afable, salpicada de juegos de palabras, transmite júbilo creativo, la más generosa en cuanto al placer de la libertad desde *Hijos de la medianoche*. Sospecho que se convertirá merecidamente en el libro más disfrutado de Rushdie.» *Vaya, gracias, James*, pensó. Cuando la novela se publicó en Estados Unidos, el señor Wood expresó un juicio más severo. Escribió otra reseña, en *The New Republic*, una versión revisada del artículo de *The Guardian*, en la que el «merecidamente» quedaba excluido de sus elogios. El libro era ahora una «típica derrota posmodernista», cuyas «procacidades seductoras carecen de suelo bajo sus pies». Habían transcurrido siete semanas entre la publicación de uno y otro artículo. Un crítico que se contradecía en función de las predilecciones

literarias de quienes le pagaban tenía quizá alguna explicación que dar.

Viajó a Nueva York para someterse a una serie de entrevistas y casi de inmediato empezó a sentirse muy enfermo. Hizo lo posible por seguir adelante con la ardua agenda, pero al final la elevada fiebre lo obligó a visitar a un médico. Le dijeron que tenía una grave infección en el pecho, casi pulmonía, y si hubiera dejado pasar un día más, casi con toda seguridad habría acabado hospitalizado. Le administraron potentes antibióticos y, a saber cómo, consiguió acabar las entrevistas. Una vez concluido el trabajo, se sentía débil pero mejor, y fue a una recepción a casa de Tina Brown, donde se encontró entre un pequeño círculo de invitados que incluía a Martin Amis, Martin Scorsese, David Bowie, Iman, Harrison Ford, Calista Flockhart y Jerry Seinfeld. «Señor Rushdie -dijo Seinfeld, nervioso-, ¿llegó usted a ver el episodio del programa que le dedicamos?» Ese era el episodio en que Kramer afirmaba haber visto a «Salman Rushdie» en la sauna, y Jerry y él interrogaban al hombre cuyo nombre, «Sal Lubina», era, según pensaban, el nombre en clave de *Salmon*. Cuando aseguró al señor Seinfeld, para su tranquilidad, que el episodio le había parecido muy gracioso, el cómico se relajó visiblemente.

La gira por ocho ciudades de Estados Unidos se inició sin alarmas, solo que la gran feria del sector, la BEA de Los Ángeles, se negó a aceptar su presencia en el recinto. No obstante, mientras estaba en Los Ángeles, lo invitaron a la Mansión Playboy, cuyo propietario era a todas luces más valiente que los organizadores de BookExpo America. Morgan Entrekin, el director de Grove/Atlantic, había publicado el libro de Hugh Hefner *The Century of Sex*: Playboy's *History of the Sexual Revolution*, y a raíz de eso se le permitió dar una fiesta para gente del mundo del libro en la mansión. La gente del mundo del libro, cómo no, acudió en tropel a Holmby Hills y, con gran entusiasmo, bebió champán tibio en una carpa del jardín de Hefnerlandia bajo la mirada desdeñosa de las conejitas mortalmente aburridas. A media velada, Morgan se acercó muy brioso a él, acompañado por una joven rubia de sonrisa amable y cuerpo inverosímil. Era Heather Kozar, la recientemente elegida Chica Playboy del Año, una muchacha muy joven con excelentes modales que, para decepción de él, insistió en tratarlo de usted. «Perdone, no he leído ninguno de sus libros -se disculpó-. Para serle sincera, no leo muchos libros, porque me canso y me entra sueño.» Sí, claro, coincidió él, a él a menudo le pasaba lo mismo. «Pero hay algunos libros -añadió ella-, como *Vogue*, que me siento obligada a leer para mantenerme al corriente de lo que pasa.»

Él volvió a Londres y le ajustaron los párpados hasta que parecieron normales, y celebró el segundo cumpleaños de Milan y el vigésimo de Zafar, y luego él cumplió cincuenta y dos. El día de su cumpleaños, Sameen y sus dos hijas fueron a cenar, y también Pauline Melville y Jane Wellesley, y unos días después llevó a Zafar a la Pista Central de Wimbledon para ver a Sampras derrotar a Henman en la semifinal. De no haber sido por los policías, la vida casi le habría parecido normal. Quizá los antiguos nubarrones se

disipaban lentamente, pero otros nuevos estaban formándose. «La brecha entre E. y yo por la posibilidad de vivir en Nueva York amenaza nuestro matrimonio -escribió en su diario-. No veo salida. Tendremos que pasar un tiempo separados, yo en un apartamento en Manhattan, ella en Londres. Pero ¿cómo voy a soportar la separación de este niño encantador a quien tanto quiero?»

A mediados de julio fueron a casa de los Grobow en Bridgehampton para quedarse allí nueve semanas, y fue durante ese periodo cuando él sucumbió a su ilusión milenaria.

Incluso si uno no creía que el inminente fin del milenio traería el Segundo Advenimiento de Cristo, era posible dejarse seducir por la romántica idea «milenaria» de que dicho día, uno cada mil años, podía iniciar una gran transformación, y que la vida -la vida del mundo pero también la de los individuos que lo habitaban- sería mejor en el milenio que nacía. *Bueno, la esperanza nunca se pierde*, pensó.

A principios de agosto de 1999 la ilusión milenaria que lo desbordaría y cambiaría su vida se le apareció en forma femenina nada menos que en Liberty Island. Fue ciertamente risible que se encontrara con ella bajo la Estatua de la Libertad. En ficción, el simbolismo de una escena así habría resultado pesadamente excesivo. Pero a veces la vida real era contundente en sus argumentaciones para asegurarse de que uno captaba el mensaje, y en su vida real Tina Brown y Harvey Weinstein ofrecieron una espléndida fiesta en Liberty Island para el lanzamiento de su efímera revista *Talk*, y hubo fuegos artificiales en el cielo y Macy Gray cantó *I try to say goodbye and I choke, I try to walk away and I stumble*, y una lista de invitados que iba desde Madonna hasta él mismo. Esa noche no conoció a Madonna, o quizá le habría preguntado algo sobre lo que su ayudante Caresse le había dicho a un productor de televisión que le envió un ejemplar de *El suelo bajo sus pies* con la esperanza de conseguir un comentario favorable de la gran dama; al fin y al cabo, el libro trataba de una gran aunque imaginaria estrella del rock. «Ah, no -dijo Caresse-, Madonna no *leyó* el libro. Lo hizo pedazos.» (Cuando por fin conoció a Madonna con Zadie Smith varios años después en la fiesta de los Oscar de *Vanity Fair*, ella habló solo del valor de la propiedad inmobiliaria en la zona de Marble Arch de Londres, y él no se molestó en sacar a colación el asunto del libro roto, porque Zadie y él hacían todo lo posible por contener la risa ante el joven semental italiano alto y espectacular cuya frase para ligar dicha en susurros pareció impresionar a la señorita Ciccone: «Eres italiana, ¿no? -le preguntó, inclinándose hacia ella-. Se nota...»)

Elizabeth se había quedado en Bridgehampton con Milan y él fue a la ciudad en coche con Zafar, Martin e Isabel. En Liberty Island pendían luces de los árboles y soplaba desde el agua una fresca brisa veraniega, y ellos no conocían a nadie, y en todo caso, al oscurecer, era difícil ver quién había allí, pero eso daba igual. De pronto, bajo un farolillo chino, al pie de la enorme señora de cobre, se encontró cara a cara ante Padma Lakshmi, y de inmediato

cayó en la cuenta de que ya la había visto antes, o al menos había visto su foto, en una revista italiana en la que también él aparecía, y recordó haber pensado: *Si alguna vez conozco a esta chica, será mi perdición*. Ahora dijo: «Tú eres esa chica india tan guapa que tenía un programa en la televisión italiana y luego volvió a Estados Unidos para ser actriz». Ella no pudo creerse que él supiera algo de ella, así que empezó a dudar que él fuera quien ella creía que era y lo obligó a decir su nombre completo, y así se rompió el hielo. Hablaron solo durante unos minutos, pero consiguieron intercambiar sus números de teléfono, y al día siguiente, cuando él la llamó, la línea comunicaba porque en ese mismo momento ella lo llamaba a él. Él estaba sentado en su coche ante Mecox Bay y le llegó, flotando por encima del agua reluciente, un fuerte aroma a oca al horno.[7]

Él era un hombre casado. Su mujer y su hijo de dos años lo esperaban en casa, y si las cosas hubiesen sido distintas, habría comprendido la verdad obvia de que una aparición que semejaba encarnar todo aquello que él esperaba de su futuro, una Lady Libertad de carne y hueso, tenía que ser un espejismo, y que lanzarse hacia ella como si fuera real era tentar al desastre, infligir un desmedido dolor a su mujer y obligar a cargar con un peso injusto a la propia Ilusión, una norteamericana de origen indio que tenía grandes ambiciones y planes secretos que no guardaban relación alguna con la realización de las necesidades más profundas de él.

Su nombre era una rareza, un nombre partido en dos por el divorcio de su madre. Había nacido con el de Padmalakshmi Vaidyanathan en Delhi (aunque casi toda su familia «tam bram», o tamil brahmán, vivía en Madrás), pero su padre, Vaidyanathan, las había abandonado a ella y su madre Vijayalakshmi cuando ella contaba un año. Vijayalakshmi se deshizo inmediatamente del apellido de su ex marido, biseccionando su propio nombre y el de su hija. Poco después se marchó para ocupar un puesto de enfermera jefa en el Sloan-Kettering de Nueva York, y más tarde se trasladó a Los Ángeles y volvió a casarse. Padma no conoció a su padre hasta que tenía casi treinta años. Otra mujer con un padre ausente. El patrón de su vida romántica seguía repitiéndose.

«Viste una ilusión y destruiste a tu familia por eso», le diría Elizabeth, y tenía razón. El Fantasma de la Libertad era un espejismo de un oasis. Ella parecía contener el pasado indio de él y su futuro americano. Estaba libre de las cautelas y las preocupaciones que habían asediado su vida con Elizabeth y que Elizabeth no podía dejar atrás. Era el sueño de dejarlo todo atrás y volver a empezar -un sueño americano, de peregrino-, una fantasía estilo *Mayflower* más atractiva aún que su belleza, y su belleza brillaba más que el sol.

En casa estalló otra gran pelea por las cosas que se habían convertido en las cosas por las que siempre se peleaban. La exigencia de Elizabeth de tener más hijos de inmediato, que él no quería, entraba en conflicto con su semirrealizado sueño de libertad en Estados Unidos, que ella temía, y lo impulsó, al cabo de una semana, a ir a Nueva York, donde en una suite del

hotel Mark, Padma le dijo «Hay un ser malo dentro de mí que, cuando sale, se apodera de todo aquello que desea», y ni siquiera esa advertencia lo indujo a marcharse corriendo a su lecho conyugal. La Ilusión se había convertido en algo demasiado poderoso para desvanecerse ante todas las pruebas que la realidad proporcionaba. Ella no podía ser el sueño que él soñaba. Sus sentimientos hacia él -como él descubriría- eran reales, pero intermitentes. Era ambiciosa de una manera que a menudo borraba los sentimientos. Tendrían una especie de vida juntos -ocho años desde su primer encuentro hasta el divorcio final, no un tiempo despreciable-, y al final, inevitablemente, ella le rompería el corazón como él se lo había roto a Elizabeth. Al final ella misma sería la mejor venganza de Elizabeth.

Fue solo una noche. Ella regresó a Los Ángeles, y él volvió primero a Little Noyac Path y luego a Londres. Estaba trabajando en una propuesta de libro de ochenta páginas, preparando esbozos de cuatro novelas y un libro de ensayos, que esperaba que le procuraran dinero suficiente en anticipos para permitirle comprar su casa de Manhattan, y entre Elizabeth y él siguieron las fricciones; pero él vio a sus amigos y recibió un doctorado honorífico en Lieja y se alegró de que Günter Grass recibiera por fin el premio Nobel, y si consiguió no preocuparse demasiado por no haber sido seleccionado como candidato al premio Booker (tampoco lo habían sido los muy elogiados Vikram Seth y Roddy Doyle), fue porque telefoneaba a Padma a su apartamento de West Hollywood ya entrada la noche y ella lo ayudaba a sentirse como no se sentía desde hacía años. Después viajó a París para la publicación de *La terre sous ses pieds*, y ella se reunió allí con él durante una semana de placer embriagador salpicado por los mazazos de la culpabilidad.

Zafar no había regresado a Exeter, pero cualquiera que fuese la opinión de sus padres al respecto, de pronto eso quedó en segundo plano porque Clarissa fue ingresada en el hospital con más de un litro de líquido en los pulmones a causa de una infección grave en la zona de las costillas. Llevaba un tiempo quejándose a su médico de cabecera de molestias agudas, pero él, sin encargar ninguna prueba, le había dicho que todos sus males estaban en su cabeza. Ahora ella quería demandarlo por negligencia, pero tras sus iracundas palabras afloraba un miedo atroz. Se cumplían casi exactamente cinco años desde que la habían declarado curada del cáncer, y después de cinco años supuestamente uno podía relajarse, pero ahora ella temía que ese terrible mal hubiera regresado. Telefoneó para decirle: «No se lo he dicho a Zafar, pero es posible que haya un cáncer secundario en el pulmón o el hueso. Me harán la radiografía la semana que viene, y si aparece cualquier sombra, probablemente sea inoperable». La voz le temblaba y se le quebraba, pero al final se serenó. Estaba siendo fuerte, pero, pasado el fin de semana, su hermano Tim llamó para confirmar que el cáncer había vuelto. Se habían detectado células cancerosas en el líquido extraído de los pulmones. «¿Se lo dirás a Zafar?» Sí, se lo diría.

Fue lo más difícil que había tenido que decirle a su hijo. Zafar no se lo esperaba, o había logrado cerrar su mente a esa posibilidad, y por tanto la noticia fue para él toda una conmoción. En muchos sentidos se parecía más a su madre que a su padre. Tenía el temperamento introvertido de ella, sus ojos verdes y su gusto por la aventura; juntos, recorrían los montes galeses en todoterreno y, en vacaciones, pasaban semanas viajando en bicicleta por Francia. Ella había estado a su lado a diario durante la crisis en la vida de su padre y lo había ayudado a tener una niñez y crecer sin volverse loco. No era ella el progenitor que Zafar temía perder.

«Ay, mi querido y dulce hijo -escribió él en su diario-, qué dolor debo ayudarte a afrontar.» Las radiografías revelaron que el cáncer había llegado al hueso y también eso era algo que solo su padre podía decir a Zafar. Los ojos del joven se anegaron en lágrimas y empezó a temblar, y se dejó abrazar brevemente. Los médicos habían dictaminado que, si Clarissa respondía al tratamiento, quizá le quedaran unos años más de vida. Él no se lo creyó y decidió que era mejor plantear a su hijo la perspectiva más lúgubre. «Zafar -dijo él-, lo único que sé del cáncer es que cuando se adueña de un cuerpo va muy deprisa.» Estaba pensando en su propio padre, la velocidad a la que al final lo mató su mieloma. «Ya -respondió Zafar, rogando que él le diera la razón-, pero al menos aún le quedan meses y meses, ¿no?» Él negó con la cabeza. «Me temo que puede ser cuestión de semanas, o incluso días. Al final, puede ser como caerse de un precipicio.» Dio la impresión de que Zafar había recibido una bofetada. «Vaya -dijo, y otra vez-: Vaya.»

Ella estaba internada en el hospital de Hammersmith y empeoraba rápidamente. Tim dijo que habían descubierto cáncer también en los pulmones, y Clarissa llevaba una mascarilla de oxígeno para ayudarla a respirar y no podía ingerir alimentos sólidos. La velocidad de su declive fue aterradora. Tal era su debilidad que los médicos de Hammersmith no sabían qué hacer.

No podían operar ni iniciar la quimioterapia antes de resolver el problema del líquido en los pulmones, y ella se debilitaba por momentos.

Estaba muriéndose, comprendió él. Se apagaba muy deprisa.

Zafar telefoneó al doctor Waxman, el jefe de departamento de Hammersmith, y Waxman le dijo que no convenía comentar el caso por teléfono, pero accedió a hablar con Zafar si iba al hospital. «Eso no augura nada bueno», dijo Zafar, y tenía razón. Luego Zafar fue a ver al médico de cabecera de Clarissa, quien admitió haber cometido «dos errores graves». No se había tomado en serio los dolores en el pecho cuando ella se los mencionó la primera vez, y no se había replanteado su postura cuando ella se quejó repetidamente de los dolores. «El ochenta y cinco por ciento de los dolores en el pecho se deben al estrés -dijo-, y me regí por la estadística.» Además, Clarissa se había hecho una mamografía hacía menos de dos meses y estaba bien. Pero el cáncer no había reaparecido en la mama. Clarissa se quejaba de sus dolores desde junio o principios de julio, dijo Zafar, y el médico no había

hecho nada. Ahora, ese hombre insensible, sin el menor tacto y con extrema crueldad, dijo al hijo de la mujer agonizante:«Compréndelo, ella había tenido ya antes un cáncer muy grave, y no estoy muy seguro de que lo hubiera asumido. Ahora tiene los días contados».

«Iré a por ese cabrón -escribió él en su diario-. Iré a por él.»

Estuvo con Zafar junto al lecho de Clarissa la tarde del martes 2 de noviembre de 1999. Estaba demacrada y amarillenta y muy débil, muy asustada. Apenas podía firmar su nombre en los cheques que, según ella, tenía que enviar. No quería firmar su testamento, pero al final lo firmó. Waxman habló de iniciar la quimioterapia en el acto, porque era la única oportunidad que le quedaba y existía un sesenta por ciento de probabilidades de éxito, pero no se lo veía muy convencido. El rostro de Zafar reflejaba una honda desesperación, y aunque su padre adoptó un tono lo más positivo posible, no sirvió de nada.

A la mañana siguiente Waxman anunció que a Clarissa le quedaban muy pocos días de vida. Habían iniciado la quimioterapia, y ella había tenido una reacción negativa y se habían visto obligados a interrumpirla. No podía hacerse nada más. «Sí hay otra opción», afirmó Zafar. Se había pasado la noche rastreando en internet y había encontrado un fármaco milagroso. El doctor Waxman, amablemente, le dijo que ya era tarde para todo eso.

Internet. Esa era una palabra que estaban aprendiendo a usar. Ese fue el año que alguien pronunció por primera vez la palabra Google *en su presencia. Ahora existían esos nuevos horizontes electrónicos, esa nueva «*terra incognita *que se expande en todas las miradas», en la que el Augie de Bellow había situado en su día la aventura humana. Si ese «Google» hubiese existido en 1989, el ataque dirigido contra él se habría propagado mucho más deprisa y más ampliamente, tanto que él no habría tenido la menor oportunidad. Había sido una suerte que el ataque se produjera justo antes de los albores de la era de la información. Pero ese día no era él quien moría.*

A Clarissa le quedaban menos de veinticuatro horas, le anunciaron, y él, sentado junto a su lecho, les cogía la mano a ella y a Zafar, mientras Zafar cogía a su madre de la otra mano. Tim y su mujer, Alison, y dos íntimas amigas de Clarissa, Rosanne y Avril, estaban también allí. En un momento dado, ella se sumió en algo peor que el sueño, y Zafar lo llevó aparte y preguntó: «Dijiste que al final todo va muy deprisa, ¿el final es este? Parece que la vida se le haya ido de la cara». Él pensó, sí, es posible, y se acercó a ella para despedirse. Se inclinó y la besó tres veces a un lado de la cabeza... y de pronto ella se incorporó y abrió los ojos. *Vaya, eso sí ha sido un beso*, pensó, y entonces Clarissa se volvió y lo miró a la cara. Con expresión de terror en los ojos, le preguntó: «Me estoy muriendo, ¿verdad?». «No -mintió él-, solo estás descansando», y durante el resto de su vida se preguntó si había hecho bien en mentirle. Si él plantease esa pregunta en su lecho de muerte, esperaría que le dijesen la verdad, pero había visto el terror en ella y no había sido capaz de pronunciar las palabras. Después de eso Clarissa pareció más

fuerte durante un rato, y él cometió otro error espantoso. Se llevó a Zafar a casa a descansar durante unas horas. Mientras ellos dormían, ella volvió a apagarse y se fue allí donde el poder órfico del amor ya no sería capaz de rescatarla. Esta vez no volvió. A las 00.50 sonó el teléfono y él oyó la voz de Tim y comprendió su estupidez. Zafar, ese joven hombretón, lloró en sus brazos durante todo el trayecto al hospital mientras la policía los llevaba a Hammersmith, rápidos como el viento.

Clarissa murió. Murió. Tim y Rosanne estuvieron a su lado en sus últimos momentos. Su cuerpo yacía en una sala tras unas cortinas. Tenía la boca ligeramente abierta, como si intentara hablar. Estaba un poco fría al tacto pero no del todo. Zafar no se sintió capaz de quedarse con ella. «Esa no es mi madre», dijo, y se marchó, y no volvió a verla muerta. Él en cambio no pudo separarse de ella. Se sentó a su lado y le habló durante toda la noche. Le habló de su largo amor y de su agradecimiento por el hijo de ambos. Le dio las gracias otra vez por sus cuidados maternales durante esos tiempos difíciles. Era como si los años de su separación se hubiesen desvanecido y de nuevo tuviese pleno acceso emocional a un yo anterior, un viejo amor, en el momento mismo en que esas cosas se habían perdido para siempre. Lo desbordó el dolor y sollozó descontroladamente y se culpó a sí mismo de muchas cosas.

Le preocupaba que Zafar intentara aislar su dolor, como podría haber reaccionado la propia Clarissa, pero su hijo, en lugar de eso, habló durante días, recordando todo lo que ella y él habían hecho juntos, las excursiones en bicicleta, las vacaciones en yate, el viaje a México. Tuvo un comportamiento asombrosamente maduro y valiente. «Estoy muy orgulloso de mi hijo -escribió su padre en su diario- y lo envolveré en mi amor.»

Clarissa fue incinerada el sábado por la tarde, el 13 de noviembre de 1999, en el crematorio Golders Green. Seguir el coche fúnebre fue insoportable. Su madre, Lavinia, viendo a su hija emprender su último viaje, se desmoronó por completo y él la rodeó con sus brazos mientras ella lloraba. Recorrieron el Londres de Clarissa, el Londres donde habían vivido juntos y separados: Highbury, Highgate, Hampstead. Ay, ay, aulló él para sus adentros. Había más de doscientas personas esperándola en el crematorio y el dolor estaba en el rostro de todos. Junto al ataúd, él habló de los inicios de su relación, cuando la vio por primera vez servir el té a Mama Cass Elliot en el escenario en un acto benéfico, de que sus amigos Connie Carter y Peter Hazell-Smith habían organizado una cena *à quatre* para presentarlos, de que él la había esperado durante dos años. «Yo me enamoré deprisa, ella despacio», dijo. Del nacimiento de su hijo, su mayor tesoro, un domingo de junio. Después del parto, la comadrona lo había echado mientras lavaban y vestían a la joven madre, y él se paseó por las calles dominicales vacías buscando flores y dio diez libras a un quiosquero por un ejemplar del *Sunday Express* solo para poder decir: «Quédese con el cambio, acabo de tener un hijo». *Nunca discrepamos sobre ti, Zafar, y ahora ella vive en ti. Te miro a la cara y veo*

sus ojos.

Los meses posteriores fueron quizá la época de mayor desánimo de Zafar, porque además del duelo por su madre, se vendió su casa de Burma Road y él tuvo que buscarse un sitio nuevo donde vivir. Por otro lado, la razón por la que había abandonado Exeter, una gira musical de un par de DJ llamados Phats y Smalls de la que él era promotor, se frustró y su socio, Tony, desapareció dejándolo a él con la responsabilidad de unas deudas bastante cuantiosas, y su padre perdió cierta suma de dinero rescatándolo. Así que, durante un breve periodo, sintió que lo había perdido todo: su madre, su trabajo, su casa, la seguridad en sí mismo, la esperanza, y allí estaba su padre diciéndole que probablemente se separaría de Elizabeth y se iría a vivir a Estados Unidos, y en fin, eso era estupendo.

Era bueno poder decir, con una perspectiva de una docena de años en el futuro, que Zafar demostró que el camino elegido era el correcto para él, que trabajó con verdadero ahínco para abrirse paso y desarrolló una carrera de éxito en el mundo del espectáculo, las relaciones públicas y la organización de actos, que inspiraba simpatía y respeto a todo el mundo y que llegó el momento en que la gente dejó de decirle «Ah, tú eres el hijo de Salman», y en lugar de eso empezó a decir a su padre: «Ah, tú eres el padre de Zafar».

Querido yo, edad 52: ¿En serio? Tu hijo mayor está hecho trizas en el suelo por el dolor de la pérdida de su madre y también por el miedo existencial al futuro, y tu hijo menor tiene solo dos años, y ahí estás tú, en Nueva York, buscando apartamento, y luego en Los Ángeles persiguiendo a tu sueño imposible que siempre se disfrazaba de Pocahontas en Halloween, ¿tu perdición? ¿Ese eres tú? Caramba, cuánto me alegro de que hayas madurado hasta convertirte en lo que yo soy. Atentamente, *Yo, edad 65*

Querido 65: ¿De verdad has madurado? Atentamente, *52*

«Somos la misma persona -le dijo ella-, queremos lo mismo.» Él empezó a presentarla a sus amigos de Nueva York, y a conocer a los de ella, y cuando estaba en Nueva York con ella, sabía que lo que quería era una vida nueva en el Nuevo Mundo, una vida con ella. Pero persistía una duda: ¿en qué medida estaba dispuesto a ser cruel en la búsqueda de su propia felicidad?

Había otra duda: ¿se negaría la gente a venderle un espacio donde vivir por el miedo que inspiraba la nube suspendida sobre su cabeza? A juicio de él, la nube estaba disipándose, pero otra cosa era lo que opinaban los demás. Encontró apartamentos que le gustaban, en TriBeCa y en Chelsea, y no fraguaron porque la promotora inmobiliaria, movida por el pánico, adujo que si él se instalaba en el edificio, nadie más querría vivir allí. Los agentes de bienes raíces dijeron que entendían la postura de las promotoras. Él tomó la firme determinación de vencer tales objeciones.

Viajó a Los Ángeles para ver a Padma y la primera noche allí ella provocó una pelea desconcertante. El mundo real no habría podido decirle más claramente que estaba en el sitio equivocado con la mujer equivocada, en la

ciudad equivocada, en el continente equivocado y en el momento equivocado. Se marchó del apartamento de Padma al hotel Bel-Air, reservó pasaje en un vuelo para regresar temprano a Londres y la telefoneó para decir que se había roto el hechizo, que había recobrado la sensatez y volvía con su mujer.

Llamó a Elizabeth y le anunció que había cambiado de planes, pero al cabo de unas horas Padma estaba ante su puerta rogándole que le perdonara. Y al final de esa semana había conseguido hacerlo cambiar de idea otra vez.

En ese momento y después él vio claramente que esos meses de vacilación causaron a Elizabeth mayor dolor que cualquier otra cosa. Intentó despedirse y se atragantó. Intentó alejarse y tropezó. Y en sus idas y venidas le ocasionó cada vez más daño. Regresó a Londres y la Ilusión le mandó mensajes de correo electrónico rebosantes de encendido deseo. *Tú espera. Solo quiero complacerte. Estoy impaciente por matarte de felicidad.*

Mientras tanto, pocos días antes de Navidad, entraron a robar en la casa de Bishop's Avenue.

Beryl, la mujer de la limpieza, al llegar, encontró la puerta abierta de par en par y una de las maletas de ellos y la caja de herramientas de Zafar en el patio. Todas las puertas interiores de la planta baja estaban abiertas, lo que también era anormal. Por la noche tenían la costumbre de cerrarlas. A Beryl le pareció oír ruido arriba, levantó la voz, no obtuvo respuesta, se asustó, decidió no entrar y telefoneó a Frank Bishop. Frank lo llamó al móvil, pero en ese momento él dormía, y saltó el buzón de voz. Luego Frank llamó al fijo y despertó a Elizabeth, que le ordenó bruscamente: «Levántate». También estaban abiertas las ventanas del segundo piso, así como las persianas y las cortinas. Él recorrió la casa precipitadamente. Despertó a Zafar, que no había oído nada. Encontró otra ventana abierta de par en par. En su despacho habían desaparecido su medalla de la Ordre des Arts et des Lettres francesa y una cámara. Sus ordenadores portátiles, su pasaporte, su videocámara estaban intactos. Se habían llevado su reloj y unos cuantos dólares estadounidenses en billetes, pero su tarjeta American Express, que estaba justo al lado del dinero, seguía allí. No faltaba ninguna joya de Elizabeth; un anillo de diamantes, muy a la vista, continuaba en su sitio. El aparato de música de Zafar había desaparecido, así como algunos adornos del salón, una Ganesha de metal blanco, un colmillo de marfil tallado comprado en la India a principios de los años setenta, una caja de plata, una lupa antigua y un Corán iluminado octogonal que le había regalado la abuela de Clarissa, May Jewell, antes de su boda. Y en el comedor había volado toda la cubertería en su estuche de madera. Eso era todo.

La ventana del dormitorio principal estaba abierta. Aquello había sido obra de un hábil palquista. Entró por la ventana del dormitorio y dejó huellas de barro en el suelo, sin despertar a nadie. Solo pensarlo era escalofriante. El hombre había pasado junto a ellos y ninguno de los tres había abierto los ojos. ¿Sabía el ladrón de quién era la casa en la que había entrado? ¿De quién era la

medalla que había robado? ¿Reconoció al hombre que dormía en la cama? ¿Era consciente del peligro que había corrido? Si hubiese habido un policía en la casa, probablemente lo habría matado.

Todos estaban bien. Eso era lo importante. Pero ¿había quedado la casa al descubierto? Llegó Frank Bishop, Beryl entró, y acudieron unos agentes de Scotland Yard para evaluar la situación. Si se trataba de un ratero normal y corriente, como era lo más probable, difícilmente revelaría la ubicación a los terroristas islámicos, ni informaría a la prensa por temor a delatarse. Había que mantener la calma, pues, y esperar lo mejor. Sí. Eso harían.

Elizabeth se fue a ver a Carol, llevándose a Milan, y él se quedó con su atormentado examen de conciencia. Las celebraciones del milenio se avecinaban, y él se sentía dividido. Ah, y en Irán se dijo que quinientos elementos de la «línea dura» se habían comprometido a vender un riñón cada uno para recaudar el dinero con que matarlo, lo cual podía resolver el problema. *Una cura segura para todas las enfermedades*, había dicho Tomás Moro acerca del hacha del verdugo.

Murió Joseph Heller, y con él se fue un gran sentido del humor. Murió Jill Craigie, y con ella se marchó una gran bondad.

En Nochevieja el gurú de las relaciones públicas Matthew Freud y su prometida, la hija de Rupert Murdoch, Elisabeth, los invitaron a la Cúpula del Milenio. Él llevó a Elizabeth, Zafar, Martin e Isabel, y Susan, la nueva niñera, se quedó en casa para cuidar de Milan. En la Cúpula, Tony Blair se acercó a saludar a Matthew y a Elisabeth y le estrechó la mano también a él. Cuando llegó el momento de cantar «Auld Lang Syne», la reina tuvo que cogerle la mano a Blair y la expresión del rostro de ella reflejaba cierto desagrado. Elizabeth le cogió la mano a él y la expresión de su rostro era de un amor y una angustia terribles. *Deberían olvidarse las viejas amistades y nunca recordarse*, entonaron, y llegaron las doce de la noche y las campanas de las iglesias tañían por toda Inglaterra y el virus Y2K no atacó y no se produjeron atentados terroristas y nació la nueva era y nada era distinto. No había magia en los momentos. Solo los seres humanos podían generar transformación, magnífica o diabólica. Su destino estaba en sus propias manos.

Querido Milenio: En todo caso, eres una impostura. El paso de 1999 a 2000 solo sería el milenio si hubiese existido un Año Cero después de Cristo antes de un Año 0001, y no existió, lo que significa que se cumplirán los dos mil años al final del año dosmilésimo y no se cumplieron al principio. Estas campanas y fuegos artificiales y fiestas en las calles ocurren todas un año antes de tiempo. El verdadero momento de transformación aún está por llegar y, como escribo esto desde mi lugar omniscio en el futuro, puedo asegurarte con absoluta autoridad que, con las elecciones norteamericanas de noviembre de 2000 y los posteriores y de sobra conocidos sucesos de septiembre de 2001, el cambio se produjo un año después de este falso milenio.

El día de Reyes, un par de semanas después de que Elizabeth se llevara a Milan a ver a su «abuela», Carol Knibb intentó suicidarse, dejando cartas a varias personas, incluida Elizabeth. Decía que no tenía fe en su tratamiento y prefería «poner fin». No lo consiguió porque no tomó morfina suficiente. Su marido, Brian, la sacó de su sueño, y aunque ella dijo que habría preferido que no la despertara, muy probablemente habría recobrado el conocimiento de todos modos. Ahora estaba en una sala de aislamiento, porque en su estado la menor infección podía llevársela. Su recuento de glóbulos blancos había bajado a dos (tenía que estar en doce), y el de glóbulos rojos también era muy bajo. La quimioterapia había tenido un efecto muy destructivo. Brian telefoneó al médico de Edward Said, el doctor Kanti Rai, que dijo que sí, que en Estados Unidos había otros tratamientos disponibles, pero no podía garantizar que fuesen mejores que los que ya recibía. El intento de suicidio de Carol afectó mucho a Elizabeth. «Era como un pilar para mí -dijo, y luego añadió-: Aunque en cierto modo yo he sido mi propio pilar desde la muerte de mi madre.» Él la abrazó para reconfortarla, y ella dijo «¿Tú todavía...?», pero se interrumpió y salió de la habitación. A él se le desgarró el corazón.

Poco después llegó el cumpleaños de Elizabeth y él la llevó a cenar al Ivy, junto con Zafar y cinco de los amigos más antiguos de ella. Pero cuando llegaron a casa, se encaró con él y exigió saber cuáles eran sus planes. Él le habló del efecto destructivo que había tenido el conflicto entre el deseo de ella de tener más hijos y el de él de trasladarse a Nueva York, y pronunció por vez primera la palabra *divorcio*.

Al final de un matrimonio nunca había originalidad. El que le ponía fin se distanciaba lentamente, y el que no quería ponerle fin oscilaba entre las lágrimas de amor y la ira vengadora. Había días en que recordaban a las personas que siempre habían sido y encontraban la manera de ser generosos y comprensivos, pero esos días eran cada vez más infrecuentes. Después venían los abogados, y esas dos personas se enfurecían y la que ponía fin al matrimonio dejaba de sentirse culpable, *entraste en mi vida montada en bicicleta, con un trabajo de editora auxiliar y viviendo de alquiler en una buhardilla, y ahora quieres salir de ella multimillonaria*, y el que no había querido ponerle fin hacía todo lo que antes habría jurado que nunca haría y ponía impedimentos al otro para ver a su hijo. *Nunca te lo perdonaré, has arruinado la vida del niño, no estoy pensando en ti, pienso en él*, y tenían que presentarse ante los tribunales con todo eso y el juez les decía que no debían estar en su sala, que debían aclarar las cosas entre ellos por el bien de su hijo. Estas no eran las personas que en realidad eran. Esas personas reaparecerían con el tiempo, una vez que hubiera pasado la etapa de los insultos y la codicia y las actitudes destructivas, una vez que la abandonada se hubiera encontrado ya cara a cara ante la Ilusión en Nueva York y la hubiera increpado con un vocabulario que nadie sabía siquiera que conociese, una vez que hubieran acordado cómo compartir a su hijo. En cierto punto de ese futuro, ya acabada

la guerra y diluido parcialmente el dolor, se recapturaron y recordaron que se apreciaban y que, al margen de ese aprecio, era necesario que actuasen como padres con su hijo, y entonces un asomo de cordialidad volvió a entrar en la relación, y muy pronto hablaban de las cosas como adultos, todavía en desacuerdo, muy en desacuerdo, de hecho, y a veces todavía perdiendo la paciencia el uno con el otro, pero consiguiendo hablar, incluso verse, encontrando el camino de regreso no tanto el uno hacia el otro como cada uno hacia sí mismo, y hasta consiguiendo, alguna que otra vez, sonreír.

Y lo que requirió aún más tiempo, pero al final ocurrió, fue el retorno a una amistad, que les permitió hacer cosas como una familia otra vez, comer uno en casa del otro, salir a cenar y al cine con los chicos, incluso ir juntos de vacaciones a Francia, a la India, y sí, también a Estados Unidos. Al final sería una relación de la que podían estar orgullosos, una que se había roto y pisoteado y vuelto a romper, pero luego habían reconstruido, no fácilmente, no sin momentos destructivos, sino poco a poco, en serio, las personas que en realidad eran, que habían resurgido de la armadura de la ciencia ficción, los descabellados disfraces de monstruos del cine, de las personas en que las había convertido el divorcio.

Eso tardaría años en ocurrir, y sería necesario que antes su Ilusión le diera una puñalada en el corazón y desapareciera de su vida, no en una nube verde de humo como la Bruja Mala del Oeste, sino en un viejo avión privado de Gilito McPato, para adentrarse en el mundo privado del Castillo McPato y otros lugares llenos de desdicha y billetes. Después de ocho años en los que venía diciéndole una media de una vez por semana que él era demasiado viejo para ella, lo dejó por un pato que tenía doscientos años más, porque el Tío Gilito podía abrir la puerta encantada que a ella le daría acceso a su propio mundo de ensueño secreto de infinitos derechos, de vida vivida sin límites en la Gran Montaña de Caramelo, con los pájaros y las abejas y los árboles de cigarrillos; y porque en una sala privada de una cúpula del placer privado de Patolandia, en Estados Unidos, había una piscina llena de doblones de oro y podían lanzarse a ella desde un trampolín bajo y nadar durante horas como le gustaba nadar al Tío Gilito, en la balsámica liquidez de su dinero; ¿y qué más daba si era íntimo amigo de Duck Cheney y si John McDuck (sin lazos de parentesco)[8] le decía que podría elegir la embajada que quisiera después de la derrota de Barack Obama? Eso daba igual, porque en el sótano de su castillo privado estaba el Diamante Grande como el Ritz, y en la cueva en el centro de la Montaña del Pato -que él había comprado en un golpe de mano de especulación capitalista mucho antes, en el Jurásico, cuando él era un joven patito de setenta primaveras o algo así-, su tiranosaurio amaestrado, flanqueado por sus leales velocirraptores, protegían de todos los merodeadores su legendario tesoro del dragón, su alijo incontable privado.

En cuanto ella se marchó al mundo de fantasía, se impuso de nuevo la realidad. Elizabeth y él no se casaron por segunda vez, ni volvieron a ser amantes, porque eso habría sido poco realista, pero pudieron ser mejores

padres, y también grandes amigos, y las verdaderas personalidades de ambos se mostraron no en la guerra que libraron, sino en la paz que forjaron.

En el año 2000, aquella vieja historia, la fetua, volvía a aflorar de vez en cuando. Él estaba en Manhattan, en la acera de Barrow Street, después de ver un posible apartamento de alquiler, cuando el ministro de Asuntos Exteriores británico lo llamó al móvil. *Qué extraño es todo esto*, pensó él. *Estoy aquí, sin protección, ocupándome de mis asuntos cotidianos, y Robin Cook me comunica que su homólogo iraní, Jarrazi, ha prometido que en Irán todo el mundo respalda el acuerdo, pero los servicios de inteligencia británicos aún no están del todo convencidos, y por cierto, Jarrazi asegura que la historia de los hombres que venden sus riñones no es cierta, bla bla bla*. Había pulsado un interruptor en su cabeza, y ya no esperaba a que el gobierno británico o Irán le dieran luz verde; estaba construyendo su libertad por sí solo allí en las aceras de Nueva York, y si encontraba un sitio donde vivir, sería de gran, gran ayuda.

Había un apartamento en la esquina de la calle Sesenta y cinco con Madison, frente a la tienda de Armani. Los techos no eran muy altos y no era muy bonito, pero podía permitírselo y el dueño estaba dispuesto a vendérselo. Era una comunidad de propietarios, así que la junta debía aprobarlo, pero el vendedor era el presidente y aseguró que no habría ningún problema, lo que demostró que incluso los presidentes de las comunidades de vecinos del Upper East Side podían ser ajenos a lo que la gente pensaba realmente de ellos, porque cuando llegó el momento de la entrevista, la hostilidad de la junta hacia el candidato no habría podido explicarse exclusivamente por la nube que pendía sobre la cabeza de dicho candidato. Llegó a un apartamento de oropel, poblado por señoras de pelo lacado y rostro inamovible, como personajes enmascarados en una tragedia griega, y le pidieron que se descalzara para no estropear la suave y mullida alfombra blanca. Siguió una entrevista tan expeditiva que solo podía significar una de dos cosas: las diosas enmascaradas ya habían decidido que sí, o ya habían decidido que no. Al final del encuentro, él dijo que les agradecería una decisión rápida, ante lo que la más grande de las grandes damas se encogió de hombros elocuentemente y, a través de la orestiana inmovilidad de su rostro, dijo que la decisión se tomaría cuando se tomara, y añadió: «Nueva York es una ciudad muy dura, señor Rushdie, y no me cabe duda que entiende usted por qué». «¿Ah, sí? -deseó decir él-. Pues no, de hecho, no lo entiendo, señora Sófocles, ¿podría explicármelo?» Pero supo qué era en realidad lo que ella quería decir: «No, por encima de mi cadáver relleno de botox liposuccionado con las costillas extraídas y el colon irrigado. Ni en un millón de años».

En los años posteriores alguna vez lamentó no recordar el nombre de esa mujer, porque le debía unas palabras de sincero agradecimiento. Si la junta lo hubiese aprobado, se habría visto obligado a comprar un apartamento que en realidad no le gustaba. No superó la prueba, y esa misma tarde encontró su

nueva casa. A veces era difícil no creer en el Destino.

La canción de U2 -«su» canción- sonaba en las emisoras de radio y, por lo visto, gustaba a los DJ. «En la película -le dijo Padma- tengo que hacer el papel de Vina Apsara. Soy la elección perfecta para ese personaje. Obviamente.» *Cómo me hacía sentir, qué real me hacía*. «Pero tú no eres cantante», objetó él, y ella se irritó. «Estoy tomando lecciones de canto -contestó-. Mi profesor dice que tengo muchas aptitudes.» Los derechos cinematográficos de la novela los había adquirido recientemente el productor portugués Paulo Branco, hombre de una gallardía piratesca, y Raúl Ruiz dirigiría la película. Se reunió con Branco y propuso a Padma para la protagonista femenina. «Por supuesto -dijo Branco-. Será perfecta.» Por aquel entonces él no había aprendido a traducir al inglés la jerga de los productores. No se dio cuenta de que en realidad Branco decía: «Ni hablar».

Comió en Londres con Lee Hall, el aclamado guionista de *Billy Elliot*, nominado para el Oscar, a quien le encantaba *El suelo bajo sus pies* y deseaba trabajar en el guión. Cuando Ruiz no accedió a reunirse siquiera con Hall, el proyecto empezó a irse a pique rápidamente. Ruiz contrató a un guionista argentino, Santiago Amigorena, un hispanohablante que escribiría el guión en francés, tras lo cual se traduciría al inglés. El primer borrador de esta Quimera, este Testadoble de guión, fue, como era de prever, espantoso. «La vida es una alfombra -debía decir uno de los personajes-, y solo vemos el dibujo completo en nuestros sueños.» Esa era una de las mejores frases de los diálogos. Se quejó a Branco y le preguntaron si estaba dispuesto a colaborar con Amigorena en una versión revisada. Él accedió y voló a París para reunirse con Santiago, un buen hombre y sin duda un excelente escritor en su propio idioma. Tras sus conversaciones, sin embargo, Amigorena le mandó un segundo borrador tan opacamente místico como el primero. Respiró hondo y dijo a Branco que le gustaría escribir un borrador él mismo. Cuando envió este guión a Branco, le dijeron que Raúl Ruiz se había negado a leerlo. «¿Ni siquiera quiere leerlo? ¿Por qué?», preguntó a Branco por teléfono. «Tiene que entender -contestó Branco- que estamos en el Universo de Raúl Ruiz.» «Ah -dijo él-, creía que estábamos en el universo de mi novela.» El proyecto se fue al traste irreparablemente al cabo de unos días, y el sueño de Padma de interpretar a Vina Apsara llegó a su fin prematuramente.

«Nueva York es una ciudad dura, señor Rushdie.» Una mañana, al despertar, se encontró con una fotografía de Padma a toda página en la primera plana del *Post*, y a su lado, debajo de un pequeño encarte con una foto de él, aparecía el titular, en letras de cinco centímetros, POR QUIEN MORIR.

Y al día siguiente, en el mismo periódico, salía una caricatura en la que se veía el rostro de él bajo la cruceta del rifle de un francotirador. El pie rezaba: *NO SEAS TONTA, PADMA, ESOS IRANÍES CHIFLADOS NUNCA VENDRÍAN A POR MÍ EN NUEVA YORK*. Y unas semanas después, otra vez

en el *Post*, vio una fotografía de los dos paseando juntos por una calle de Manhattan, y el titular POR QUIEN MERECE LA PENA MORIR. La historia corría por todas partes, y en Londres el director de un periódico afirmó que estaba llegando a la redacción un «aluvión» de cartas para exigir que se incautaran los derechos de autor de Rushdie, porque vivir abiertamente en Nueva York era una «burla a Gran Bretaña».

Padma se asustó. Su foto había aparecido en todos los diarios del mundo y se sentía vulnerable, dijo. Él se reunió, en el despacho de Andrew Wylie, con agentes de la división de inteligencia del Departamento de Policía de Nueva York, que le hablaron con tono sorprendentemente tranquilizador. En cierto modo, el *Post* le había hecho un favor, dijeron. Había anunciado su llegada a la ciudad de manera tan estridente que si eso hubiese suscitado el interés de alguno de los «malos» que tenían bajo vigilancia, se habría producido una reacción inmediata. Pero no hubo el menor revuelo en el cuerpo de policía. Todo estaba en calma. «No creo que haya nadie interesado en usted a estas alturas -le dijeron-. Así que no tenemos ningún inconveniente en que siga adelante con sus planes.»

Esos planes incluían una intencionada política de dejarse ver en público. Se acabó lo de «esconderse». Comería en el Balthazar, el Da Silvano y el Nobu, iría a los preestrenos y presentaciones de libros y se lo vería divirtiéndose en locales nocturnos de moda como Moomba, donde Padma era muy conocida. Inevitablemente se mofarían de él en algunos sectores por convertirse en una especie de monstruo de las fiestas, pero era la única manera que se le ocurría de demostrar a la gente que no tenían nada que temer, que en adelante las cosas serían distintas, que no pasaba nada. Solo viviendo visiblemente, a las claras y sin miedo, y saliendo en la prensa por eso, podía reducir el clima de miedo que lo rodeaba, lo que en ese momento era, a su juicio, un obstáculo mayor que cualquier amenaza iraní todavía vigente. Y Padma, pese a sus frecuentes cambios de humor, a su capacidad para el «comportamiento de modelo» caprichosa y su no infrecuente frialdad hacia él, convino, todo hay que decirlo, en que era así como él debía vivir, y estuvo dispuesta a permanecer a su lado mientras él llevaba a cabo ese plan, por más que en Besant Nagar, Madrás, su abuelo K.C. Krishnamurti -«K. C.K.» concediera entrevistas a la prensa afirmando estar «horrorizado» por la presencia de ese tal Rushdie en la vida de su nieta.

(En sus años juntos, él visitó varias veces a los parientes de Padma en Madrás. K. C. K. pronto abandonó su oposición a la relación, incapaz, dijo, de negar a su querida nieta algo que, según ella, la hacía feliz. «Ese tal Rushdie», por su parte, llegó a ver a la familia de Padma como lo mejor de ella, la parte india en la que él tanto deseaba creer. Entabló una relación especialmente estrecha con la hermana mucho menor de su madre, Neela, que para Padma era más una hermana mayor que una tía, y para él fue casi como tener una nueva hermana. Cuando Padma estaba con su familia de Madrás, gente con sentido del humor y sin pretensiones, se convertía en otra persona, más

sencilla, menos afectada, y la combinación de esa sencillez madrasí y su extraordinaria belleza era del todo irresistible. A veces él pensaba que si ellos dos llegaban a formar una vida en familia en la que ella se sintiera tan segura como en ese pequeño mundo de Besant Nagar, quizá podría ser siempre esa otra Padma mejor y más natural, y si eso ocurría, sin duda podrían ser felices juntos. Pero no era eso lo que les depararía la vida.)

La *Orestíada* se representaba en el Teatro Nacional de Londres, y mientras proseguía el desagradable trato de los medios (además, en el aniversario de la fetua, habían llegado de Irán los habituales comentarios en la línea de «vamos a matarte», induciéndolo a plantearse por enésima vez la sensatez de lo que estaba haciendo), se preguntó si también a él lo perseguirían las Furias hasta el final de sus días, las tres Furias del fanatismo islámico, las críticas de la prensa y una esposa abandonada iracunda; o acaso, como Orestes, un día rompería la maldición que pesaba sobre su casa, sería absuelto por la justicia de una Atenea moderna y se le permitiría vivir en paz el resto de su vida.

Había empezado una novela titulada *Furia*. Lo habían invitado a escribirla para ofrecerla como «regalo» en la Semana del Libro Holandés, el primer autor no holandés a quien se concedía ese honor. Todos los años, durante la Semana del Libro Holandés, el «regalo» se entregaba a todo aquel que comprara un libro en una librería. Se distribuían cientos de miles de ejemplares. En general, eran libros breves, pero *Furia* estaba creciendo e iba a convertirse en un libro con toda la extensión de una novela. Pese a todo lo que ocurría en su vida, el contenido brotaba de él, insistiendo en ser escrito, exigiendo existir con un apremio que a él casi lo asustaba. En realidad por entonces trabajaba en otra novela -el libro que al final se convertiría en *Shalimar el payaso*-, pero *Furia* había irrumpido con fuerza y apartado provisionalmente a *Shalimar* de su mesa.

En el centro del libro residía la idea de que él había llegado a Manhattan cuando la ciudad creía estar experimentando una era dorada -«la ciudad rebosaba dinero», escribió-, y él sabía que esos «periodos de auge» eran siempre de escasa duración. Decidió que quería correr el riesgo creativo de capturar el momento a la vez que lo vivía, abandonar la perspectiva de la historia y meter la nariz en el presente, plasmarlo en el papel mientras todavía ocurría. Si le salía bien, pensó, los lectores contemporáneos del libro, en particular en Nueva York, experimentarían el placer del reconocimiento, la satisfacción de decirse *Sí, así es*, y en el futuro el libro devolvería a la vida ese momento para los lectores que en su día eran demasiado jóvenes para vivirlo, y estos dirían *Sí, así debió de ser, así fue*. Si le salía mal..., bueno, donde no había riesgo de fracaso, tampoco había posibilidad de éxito. El arte era siempre un riesgo, siempre se realizaba en el límite de lo posible, y siempre ponía al artista en tela de juicio, y a él le gustaba que así fuera.

Iba y venía por la ciudad un hombre creado por él para que fuera como él y distinto de él: como él porque era de la misma edad, de origen indio con un

pasado británico y un matrimonio roto, un recién llegado a Nueva York. Quería dejar claro que no podía escribir sobre la ciudad tal como lo haría un neoyorquino nacido y criado allí, y que no era ese su propósito. Escribiría otra clase de historia característicamente neoyorquina, una narración sobre la llegada. Pero la anomia y el mal genio de su Malik Solanka se desarrollaron expresamente para separarlo de su creador. La actitud un tanto amarga y desilusionada hacia la ciudad a la que había ido buscando la salvación era intencionada, cómicamente contradictoria; estaba en contra de aquello de lo que estaba a favor, se quejaba de las mismas cosas que lo habían atraído de esa ciudad. Y la Furia no era una criatura que perseguía a Malik Solanka y le hincaba las garras en la cabeza, sino aquella que más temía dentro de sí.

Saladin Chamcha, en *Los versos satánicos*, había sido otro intento de crear un anti-yo o un yo opuesto, y era desconcertante que en ambos casos los personajes que él había creado con la intención de que fuesen distintos de él fueran interpretados por mucha gente como simples autorretratos. Pero Stephen Dedalus no era Joyce, y Herzog no era Bellow, y Zuckerman no era Roth, y Marcel no era Proust; los escritores siempre habían trabajado arrimados al toro, como los matadores, habían jugado a juegos complejos con la autobiografía, y sin embargo sus creaciones eran más interesantes que ellos. Sin duda esto era un hecho sabido. Pero lo que era sabido también podía olvidarse. Debía confiar en que el paso de los años esclareciera las cosas.

El suelo bajo sus pies había sido declarado ganador de la «región euroasiática» del Premio al Mejor Libro de Escritores de la Commonwealth. El ganador absoluto sería anunciado en abril durante una ceremonia en Nueva Delhi. Decidió ir. Llevaría a Zafar consigo e iría. Reclamaría la India después de tantos años perdidos y a veces coléricos. (*Los versos satánicos* seguía prohibido en la India, naturalmente.)

Vijay Shankardass lo telefoneó antes de que saliera de Londres. La policía de Delhi estaba muy nerviosa por su inminente llegada. ¿Sería tan amable de procurar pasar inadvertido en el avión? Su calva era muy reconocible: ¿sería tan amable de ponerse un sombrero? Sus ojos también se identificaban fácilmente: ¿sería tan amable de ponerse gafas de sol? Su barba también debía ocultarse. Debería tapársela con una bufanda. ¿Demasiado calor? Ya, pero había bufandas de algodón... «Salman -dijo Vijay con cuidado-, por aquí hay mucha tensión. Yo mismo estoy bastante inquieto.»

Él no sabía qué esperar. ¿Le darían la bienvenida o lo rechazarían? Solo había una manera de averiguarlo.

Cuando bajó del avión en Delhi sintió el impulso de besar el suelo, o más bien la alfombra azul del «finger», pero le dio vergüenza hacerlo bajo la atenta mirada de un pequeño ejército de guardias de seguridad. El caluroso día los envolvió a él y a Zafar como un abrazo. Se apretujaron en el reducido interior de un Hindustan Ambassador blanco. El aire acondicionado no funcionaba. Volvía a estar en su país.

La India lo asaltó desde todas direcciones. ¡COMPRE TRAMPAS PARA CUCARACHAS CHILLY!, ¡BEBA AGUA MINERAL HELLO!, ¡LA VELOCIDAD ES EMOCIONANTE PERO MATA!, proclamaban las vallas publicitarias. También había otro tipo de mensajes nuevos. APÚNTESE A ORACLE 81. GRADÚESE TAMBIÉN CON JAVA. Y como prueba de que los largos años de proteccionismo habían acabado, Coca-Cola había vuelto con saña. La última vez que él estuvo en la India, la Coca-Cola estaba prohibida, dejando el campo libre a repugnantes imitaciones locales: Campa-Cola y Thums Up. Ahora se veía un anuncio rojo de Coca-Cola cada cien metros poco más o menos. El eslogan de Coca-Cola del momento aparecía en hindi, transcrito al alfabeto latino: *Jo Chaho Ho Jaaye*. Que podría traducirse, literalmente, como «todo aquello que desees déjalo que ocurra». Decidió considerarlo una bendición.

BOCINA POR FAVOR, exigían los carteles en la parte de atrás de un millón de camiones que obstruían la carretera. Todos los demás camiones, coches, bicicletas, motos, taxis y rickshaws de motor respondían con entusiasmo, dándoles la bienvenida a la ciudad con una vigorosa versión de la sinfonía de la calle india. ¡*Espera para adelantar! ¡Lo siento chao chao! ¡Bravo*!

Zafar no se dejó tentar ante la propuesta de vestir el traje nacional indio. Él se puso el fresco y holgado kurta-pijama en cuanto llegó, pero Zafar insistió «Es que no es mi estilo», y prefirió seguir con su uniforme de joven londinense: camiseta, pantalón con muchos bolsillos y zapatillas de deporte. (Al final del viaje llevaba el pijama blanco, pero no el kurta; aun así, algo había progresado.)

En el Fuerte Rojo unos carteles anunciaban un espectáculo nocturno de *son et lumière*. «Si mamá estuviera aquí -dijo Zafar de pronto-, insistiría en ir a verlo.» *Sí*, pensó él, *insistiría*. «Bueno -contestó a su hijo-, ella estuvo aquí, ya lo sabes.» Empezó a hablar a Zafar del viaje que realizaron ambos en 1974 y de lo que su madre pensaba de esto o aquello, lo mucho que le gustaba la serenidad de tal lugar, o el bullicio de tal otro. El viaje adquirió una nueva dimensión.

Sabía que la primera visita sería la más complicada. Si iba bien, luego las cosas se suavizarían. ¿Y la segunda visita? «Rushdie vuelve de nuevo» no era una gran noticia. Y la tercera -«Vaya, ya está aquí otra vez»- apenas sonaba siquiera a noticia. En el largo y arduo camino de vuelta a la «normalidad», el acostumbramiento, incluso el aburrimiento, era un arma útil. Planeaba someter a la India a fuerza de aburrirla.

Sus protectores habían concebido una perspectiva de pesadilla, con turbamultas alborotadas. En la Vieja Delhi, donde vivían muchos musulmanes, estuvieron especialmente tensos, sobre todo cuando alguien del público incurría en el paso en falso de reconocerlo. «Señor, ¡lo han puesto al descubierto! ¡Nos han descubierto! ¡Señor, han dicho el nombre, señor! ¡Se ha pronunciado el nombre! ¡Señor, por favor, el sombrero!»

La oficialidad británica se mantuvo a distancia. El director del British Council de la India, Colin Perchard, se negó a darle permiso para usar su auditorio, donde pretendía ofrecer una rueda de prensa. El alto comisionado británico, sir Rob Young, tenía instrucciones del Foreign Office de no acercarse a él. Procuró quitarle importancia, recordándose para qué había ido allí realmente. El Premio de Escritores de la Commonwealth era solo un pretexto. Ese viaje con Zafar era la verdadera victoria. La propia India era el premio.

Hicieron un viaje por carretera: Jaipur, Fatehpur Sikri, Agra, Solan. Había más camiones de los que recordaba, muchos más, estruendosos y letales, a menudo avanzando derechos hacia ellos por el carril indebido. Cada pocos kilómetros veían los restos de un choque frontal.

Mira, Zafar, ese es el santuario de un destacado santo musulmán; todos los camiones se paran allí y piden suerte con una plegaria, incluso los hindúes. Luego vuelven a las cabinas de sus camiones y arriesgan atrozmente su vida, y de paso la nuestra. Mira, Zafar, un tractor con el remolque cargado de hombres. En época de elecciones se ordena al *sarpanch*, o jefe de cada aldea, que proporcione esos cargamentos para los mítines de los políticos. Para Sonia Gandhi, se requieren diez remolques por aldea. Hoy día la gente se siente tan defraudada por los políticos que ya nadie iría a los mítines por propia voluntad. Mira, aquellas son las chimeneas contaminantes de los hornos de ladrillos que echan su humo a los campos.

Fuera de la ciudad el aire es menos inmundo, aunque tampoco esté limpio. Pero en Bombay, entre diciembre y febrero, fíjate, los aviones no pueden aterrizar ni despegar antes de las once de la mañana a causa del smog.

Cada cien metros poco más o menos veían un letrero que rezaba STD-ISD-PCO. PCO era Personal Call Office (locutorio de llamadas personales), y ahora todo el mundo podía entrar en una de esas pequeñas cabinas y hacer llamadas a cualquier lugar de la India o, de hecho, del mundo, y pagar al salir. Esa fue la primera revolución de la India en el ámbito de las comunicaciones. Unos años después se produciría una segunda, y centenares de millones de teléfonos móviles pondrían a los indios en contacto entre sí y con el resto del mundo como nunca antes.

Zafar tenía casi veintiún años. Ir con él a Solan, a su villa recuperada, fue un momento emotivo. Algún día pertenecería a Zafar y al pequeño Milan. Serían la cuarta generación de la familia que iría allí. La suya era una familia muy dispersa, y esa media hectárea representaba mucho.

El aire era más fresco, altas coníferas crecían inclinadas en escarpadas pendientes. Cuando el sol se puso, las luces de las primeras localidades de veraneo en la montaña empezaron a resplandecer por encima de ellos en el crepúsculo. Adelantaron a un tren de vía estrecha en su lento y pintoresco ascenso hacia Shimla. Se detuvieron en un *dhaba* cerca de Solan para cenar y el dueño se alegró de su presencia allí. Otra persona se acercó a pedir un autógrafo. Él hizo caso omiso de la cara de preocupación del jefe del equipo

policial, Akshey Kumar. No había ido a Solan desde que tenía doce años, pero se sentía como en casa.

Era de noche cuando llegaron a la Villa Anis. Desde la carretera tuvieron que bajar ciento veintidós escalones para llegar a ella. Al pie había una pequeña verja, y Vijay le dio la bienvenida formalmente a la residencia que había recuperado para la familia. El *chowkidar* Govind Ram se aproximó corriendo y, para asombro de Zafar, se agachó y le tocó los pies. El cielo estaba encendido de estrellas. Salió al jardín trasero. Necesitaba permanecer un rato a solas.

A las cinco de la mañana lo despertó una música y cantos amplificados procedentes de un templo hindú al otro lado del valle. Se vistió y recorrió la casa a la luz del amanecer. Con sus tejados de intenso color rosa y sus pequeñas torrecillas en los ángulos, era más hermosa de lo que recordaba, más hermosa de lo que parecía en las fotografías de Vijay, y la vista de las montañas era pasmosa. Producía una sensación muy extraña pasear por una casa que no conocía y que de algún modo le pertenecía.

Pasaron casi todo el día deambulando por el recinto, sentados en el jardín a la sombra de las grandes y viejas coníferas, comiendo los huevos revueltos especiales de Vijay. El viaje había merecido la pena: lo supo por la expresión en el rostro de Zafar.

Corrió el rumor de su presencia en la India. Un par de organizaciones islámicas habían jurado causar problemas. En el restaurante Himani de Solan, él se disponía a disfrutar de una picante versión india de la comida china cuando lo identificó un periodista de Doordarshan llamado Agnihotri que estaba allí de vacaciones con su familia. Al poco rato apareció un reportero de la prensa local y le formuló unas cuantas preguntas cordiales. Nada de eso era muy imprevisto, pero como resultado de estos encuentros casuales la crispación de la policía subió de nivel, y acabó provocando una discusión a gran escala. De regreso en Villa Anis, Vijay recibió una llamada en su móvil de un policía de Delhi, un tal Kulbir Krishan. Dicha llamada llevó a Vijay a perder la compostura por primera vez en los muchos años que hacía que eran amigos. Casi temblaba cuando dijo: «Nos acusan de haber emplazado a esos periodistas en el restaurante. Según este hombre, no nos hemos comportado como caballeros, no hemos mantenido nuestra palabra y, por increíble que suene, hemos “hablado cuando no tocaba”. Al final el hombre va y dice: “Mañana habrá disturbios en Delhi, y si disparamos contra la multitud y hay muertos, la sangre pesará sobre sus cabezas”».

Él se horrorizó. Aquello estaba convirtiéndose en un asunto de vida o muerte. Si la policía de Delhi era ahora tan aficionada al uso de las armas como para estar dispuesta a matar a la gente, había que impedírselo antes de que fuera demasiado tarde. No había tiempo para contemplaciones. Zafar, aturdido, lo observó mientras él arremetía premeditadamente contra el pobre y honrado Akshey Kumar (que no tenía culpa de nada) y le dijo que a menos

que Kulbir Krishan volviera a ponerse al teléfono y se disculpara ante Vijay personalmente y le garantizara que no existía ningún plan para asesinar a nadie al día siguiente, se pasaría toda la noche conduciendo para regresar a Nueva Delhi y esperar al primer ministro Vajpayee ante la puerta de su despacho al amanecer a fin de pedirle que se ocupara él mismo del problema. Después de este largo y colérico exabrupto, Kulbir por fin volvió a telefonear para hablar de «malentendidos» y prometió que no habría tiroteos ni muertes. «Si he hablado fuera de contexto -concluyó memorablemente-, desde luego lo lamento mucho.»

Él soltó una carcajada por lo absurdo de semejante formulación y colgó el teléfono. Pero no durmió bien. El significado de ese viaje a la India se definiría por lo que ocurriera en los dos días siguientes, y pese a que esperaba y creía que el nerviosismo de la policía era injustificado, no podía tener la total certeza. Delhi era la ciudad de ellos, y él era Rip van Winkle.

A las doce y media del día siguiente estaban de vuelta en Delhi, y él se reunió con R.S. Gupta, el comisario segundo encargado de la seguridad de toda la ciudad, un hombre tranquilo y vigoroso. Este pintó un panorama muy lúgubre. Un político musulmán, Shoaib Iqbal, planeaba asistir a las oraciones del mediodía del viernes en la Juma Masjid y solicitar ayuda al imán Bujari para organizar una manifestación contra él, y contra el gobierno indio por permitirle la entrada en el país. La asistencia podía ser multitudinaria y paralizar la ciudad. «Estamos negociando con ellos -explicó Gupta- para que el número sea pequeño y el acto pacífico. Quizá lo consigamos.» Tras un par de horas de espera de alta tensión, durante las que de hecho lo mantuvieron retenido -«Señor, ningún movimiento, por favor»-, las noticias fueron buenas. Se manifestaron menos de doscientas personas -y en la India, doscientos manifestantes era menos que cero- y todo transcurrió sin el menor percance. La perspectiva de pesadilla no se había hecho realidad. «Por suerte -dijo el señor Gupta-, hemos podido controlarlo.»

¿Qué pasó verdaderamente? El punto de vista de la seguridad siempre era impresionante y a menudo convincente, pero era solo una versión de la verdad. Una de las características de las fuerzas de seguridad de todo el mundo era su empeño en tener siempre la razón. Si hubiese habido manifestaciones multitudinarias, habrían dicho: «Ya ve, nuestro nerviosismo estaba más que justificado». Pero no se produjeron tales manifestaciones, y por tanto: «Hemos podido prevenir el conflicto gracias a nuestra previsión y destreza». Puede ser, pensó él. Pero también podría ser que para la gran mayoría de los musulmanes indios, la controversia en torno a *Los versos satánicos* sea agua pasada, y a pesar de los esfuerzos del político y el imán (quienes pronunciaron discursos apocalípticos), nadie tenía el menor interés en manifestarse. *Ah, ¿conque hay un novelista en la ciudad que va a asistir a una cena? ¿Cómo se llama? ¿Rushdie? ¿Y qué*? Esta fue la postura adoptada, casi sin excepción, por la prensa india en su análisis de los acontecimientos del día. Se mencionó la pequeña manifestación, pero también se señalaron los

intereses políticos personales de sus organizadores. En la cabeza de la gente se estaba reescribiendo el guión. La catástrofe anunciada -disturbios, matanzasno se había producido. Lo que sucedió en lugar de eso fue extraordinario y, para Zafar y para él, un hecho de inmenso impacto emocional. En la ciudad no estalló la violencia, sino el júbilo.

A las ocho menos cuarto de la tarde Zafar y él llegaron a la recepción del Premio de los Escritores de la Commonwealth en el hotel Oberoi, y desde ese momento hasta que se marcharon de la India las celebraciones fueron continuas. Los rodeaban periodistas y fotógrafos, sus rostros adornados con las sonrisas menos periodísticas. Los amigos atravesaban la muralla formada por los medios para abrazarlos. El actor Roshan Seth, recién recobrado de una grave afección cardiaca, lo estrechó y dijo: «Míranos, *yaar*, los dos teníamos que estar muertos pero seguimos al pie del cañón». La eminente columnista Amita Malik, amiga de la familia Rushdie de los viejos tiempos en Bombay, en un primer momento confundió a Zafar con un guardaespaldas de su padre (para gran satisfacción de Zafar), pero luego evocó maravillosamente el pasado elogiando el ingenio de Anis Rushdie, su ágil don para la conversación, y contando anécdotas del querido hermano de Negin, Amid, que murió a muy corta edad hacía mucho tiempo. Jóvenes escritores de gran talento -Raj Kamal Jha, Namita Gojale, Shauna Singh Baldwin- se acercaron para dirigirle generosos comentarios sobre la influencia de su obra en la de ellos. Una de las grandes damas de la literatura india en lengua inglesa, la novelista Nayantara Sahgal, le cogió las manos y susurró: «Bienvenido a casa». Y allí estaba Zafar, entrevistado por la televisión, hablando conmovedoramente de su propia dicha por estar allí. Él sintió desbordado su corazón. Ciertamente no se había atrevido a esperar aquello. Se había dejado contagiar por los temores de la policía y se había defendido contra muy diversas formas de decepción. Por fin las defensas se desmoronaron y la felicidad surgió como un amanecer tropical, rápido, luminoso y tórrido. La India era suya otra vez. Se le antojó raro que se cumpliera uno de sus deseos.

No ganó el Premio de los Escritores de la Commonwealth, que recayó en J. M. Coetzee. Pero eso fue una fiesta de bienvenida a casa más que la ceremonia de entrega de un premio. RUSHDIE EN LA INDIA: SOLO HAY REGOCIJO, MUCHO REGOCIJO. Como puso de manifiesto el titular de primera plana hiperbólicamente afectuoso de *The Indian Express*, el espíritu festivo se filtraba en los medios, ahogando las pocas y apagadas voces negativas. En sus conversaciones con la prensa procuró no reabrir viejas heridas, asegurar a los musulmanes indios que él no era ni había sido nunca su enemigo, y subrayar que con su estancia en la India pretendía reparar los lazos rotos y empezar, por así decirlo, un nuevo capítulo. *The Asian Age* coincidió: «Pasemos página». En otras partes, en *Outlook*, se expresaba la satisfacción de que la India lo hubiera «desagraviado un poco por haber sido el primer país en prohibir *Los versos satánicos* y someterlo posteriormente a persecución y tormento». *The Pioneer* manifestó su satisfacción porque la India, una vez

más, defendiera los «valores democráticos y el derecho de los individuos a expresarse». En un tono menos elevado, también lo acusó, inverosímil pero placenteramente, de «convertir en un puñado de colegialas risueñas a las sofisticadas mujeres asiduas de las fiestas», que decían a sus hombres: «Cariño, él podría mandar de vuelta al colegio a más de un guaperas de Bollywood». Dilip Padgaonkar, de *The Times of India*, lo expresó de manera más conmovedora: «Se ha reconciliado con la India, y la India con él. [...] Le ha ocurrido algo sublime, que debería capacitarlo para seguir hipnotizándonos con sus historias. Ha regresado al lugar donde su corazón siempre ha estado. Ha regresado a casa». En el *Hindustan Times* salió un editorial con el titular RECONSIDEREMOS LA PROHIBICIÓN. De este sentimiento se hicieron eco todos los medios. En *The Times of India*, un estudioso islámico, entre otros intelectuales, secundó el final de la prohibición. En los medios electrónicos, las encuestas de opinión revelaron que un setenta y cinco por ciento de los encuestados era partidario de permitir que *Los versos satánicos* se publicara por fin libremente en la India.

Vijay ofreció una fiesta de despedida en su honor. Asistieron sus dos tías actrices, Uzra Butt y su hermana Zohra Segal, con la prima de él, Kiran Segal, hija de Zohra y una de las principales exponentes y profesoras de la escuela Odissi de danza clásica india. Esa era el ala estrafalaria de la familia, personas de lengua afilada y mirada pícara. Uzra y Zohra eran las grandes damas del teatro indio, y todo el mundo había estado un poco enamorado de Kiran en un momento u otro. Zohra y Kiran vivieron en un apartamento de Hampstead en la década de 1960, y él, durante su etapa en Rugby, a veces pasaba las vacaciones en su habitación de invitados, contigua a la de Kiran, en cuya puerta había un gran cartel admonitorio con un cráneo y unos huesos cruzados. Vijay Shankardass y Roshan Seth se alojaron también en esa misma habitación de invitados durante esa época. Los tres habían mirado melancólicamente el cráneo y los huesos, y ninguno había pasado de ahí.

«Hace años que no te veo bailar», dijo él a Kiran.

«Vuelve pronto -contestó ella-. Entonces bailaré.»

Érase una vez un niño llamado Milan y su padre que vivían a orillas de un río mágico. Si uno remontaba el río hacia su origen, se rejuvenecía a medida que avanzaba. Si uno iba río abajo, envejecía. Si uno iba hacia un lado por uno de los muchos afluentes del río, ¡cuidado! Podía convertirse en otra persona muy distinta. Milan y su padre viajaron río abajo en un pequeño bote, y el niño creció y se convirtió en hombre, pero cuando vio lo mucho que había envejecido su padre, ya no quiso ser un hombre, quiso ser otra vez niño. Así que volvieron a casa y él se rejuveneció otra vez, y su padre también volvió a la normalidad. Cuando Milan se lo contó a su madre, ella no se creyó la historia, pensó que el río mágico no era más que un río y le trajo sin cuidado de dónde venía o adónde iba o qué ocurría a aquellos que se desplazaban por sus aguas. Pero era verdad. Su padre y él sabían que era

verdad, y eso era lo que contaba. Fin.

«Me gustas, papá. Ya te he dicho que podías acostarme.»

Seguía viviendo en la casa de Bishop's Avenue cuando estaba en Londres, durmiendo en una de las habitaciones que antes ocupaba la policía, pero eso tenía que cambiar. «Acabemos con esto. Estoy harta de vivir contigo», dijo Elizabeth, pero añadió: «Sabes que podríamos conseguir fácilmente que esto funcionara si quisieras». Se pelearon, y luego ella quiso cogerle la mano y luego se pelearon otra vez. Ese fue un momento muy difícil. *En esto no llevas la voz cantante. Tú has creado esta situación y ahora debes afrontar las consecuencias*. Y otro día: *Todavía te quiero. No sé qué hacer con todos estos sentimientos*. Pero en el futuro pasearían juntos por una playa de Goa, y recorrerían la *route de Cézanne* en Francia, y ella iría a Nueva York y se alojaría en su casa y se disfrazaría de Morticia Addams (Milan era Michael Jackson y él era Tony Soprano) e irían al Village en Halloween.

Carol Knibb murió diez días después del tercer cumpleaños de Milan, pero él nunca la olvidó. Su única abuela «auténtica» vivía muy lejos y se negaba ya a subirse a un avión por más que se lo pidieran, y él no llegó a conocerla. Carol era lo más parecido que tenía a una abuela y ahora la había perdido. Era demasiado joven para conocer de tan cerca la muerte.

Telefoneó Helen Fielding. «Hola, Salman. ¿Qué te parecería ponerte en ridículo?» Estaban llevando al cine *El diario de Bridget Jones*, y Helen quería que él actuase en una escena de una fiesta de presentación de un libro en la que Bridget preguntaba a un escritor dónde estaba el cuarto de baño. «De acuerdo -dijo él-, ¿por qué no?» La interpretación era su anhelo insatisfecho. En el colegio había encarnado (con leotardos de lana y joroba) a la doctora loca fräulein Mathilde von Zahnd en *Los físicos* de Dürrenmatt. En Cambridge le habían asignado unos cuantos papeles menores en producciones de estudiantes: un juez asustado en *La vida privada de la raza superior* de Bertolt Brecht; una estatua que cobraba vida en *El porvenir está en los huevos* de Eugene Ionesco, y Pertinax Surly, el escéptico adlátere del ingenuo sir Epicure Mammon, en *El alquimista* de Ben Jonson. Luego, después de Cambridge, llegó el Oval House. A veces, hablando con Bill Buford, los dos habían soñado con escaparse un verano y unirse a una desconocida compañía de repertorio en el Medio Oeste y actuar en comedias absurdas y melodramas espantosos, pero eso ahora quedaba descartado. Tendría que conformarse con un par de días poniéndose en ridículo en *Bridget*.

Se necesitaron dos días para rodar la escena de la fiesta. Renée Zellweger se aferraba a su acento inglés a todas horas, incluso cuando no estaba ante la cámara, así que él tuvo la extraña sensación de haber conocido a Bridget Jones, no a la actriz que interpretaba el papel. Colin Firth era divertido y afectuoso. «Espero secretamente que esto se te dé fatal, porque yo soy incapaz de escribir un libro.» Y Hugh Grant lo besó. Había una escena en la que Hugh y él tenían que saludarse como viejos amigos que no se veían desde hacía

mucho tiempo, y antes de una de las tomas, Hugh le preguntó: «¿Te importa si esta vez te beso?». Luego, para su asombro, le plantó un besazo en plena boca. La escena no llegó al montaje final de la película. Su primer beso en la pantalla. ¡Y fue con Hugh Grant! Y acabó en el suelo de una sala de montaje. (El otro único hombre a quien había besado en su vida era el director de cine Abel Ferrara, que una vez lo abrazó en un club nocturno de Nueva York y usó su lengua cartilaginosa. En esa ocasión, por suerte, no había ninguna cámara encendida.)

Era más difícil de lo que esperaba interpretar a un personaje llamado Salman Rushdie cuyo diálogo había escrito otra persona. Si él hubiese estado en una fiesta de presentación de un libro y una relaciones públicas inexperta se hubiese comportado ante él de forma torpe y bobalicona, instintivamente habría sido amable con ella, e intentó presentarlo así, pero eso no tenía gracia. Cuanto más altiva era su actitud, más cómica era la confusión de Bridget. Jeffrey Archer también aparecía en la escena de la fiesta, y le molestó mucho no tener ninguna frase que decir. «Me he tomado la molestia de venir -decía una y otra vez a los productores-. Lo mínimo que podrían hacer es escribir una o dos frases para mí.» No lo hicieron. El guión de Richard Curtis era el guión, y se acabó. Él mismo intentó añadir un poco más de diálogo para «Salman Rushdie» -obviamente-, pero se eliminó en la película acabada, salvo por un intercambio que podía oírse de fondo, ligeramente. Alguien le preguntaba cuánto había de autobiográfico en sus libros y él contestaba: «¿Sabe? Eso no me lo había preguntado nadie».

Ahora ya tenían casa en Nueva York, y la Ilusión, de cerca, empezaba a ser real. Era capaz de decir cosas de un narcisismo tan majestuoso que él no sabía si esconder la cabeza entre las manos o aplaudir. Sin ir más lejos, cuando eligieron a la estrella de cine india Aishwarya Rai la mujer india más bella del mundo en tal o cual revista, Padma afirmó, en una sala llena de gente, que tenía «serias dudas al respecto». Sus cambios de humor eran impredecibles y extremos. En cuanto a la relación, era cauta. «Yo a esto solo le doy hasta finales del verano; luego ya veremos.» Saltaba del calor al frío, y él empezaba a dudar que los momentos de calor compensaran el frío. Se pasaba varios días seguidos sombría y cerrada en sí misma y de pronto una mañana el sol irradiaba de su rostro. El diario de él reflejaba sus muchas dudas. «¿Cuánto tiempo aguantaré al lado de esta mujer cuyo egoísmo es su rasgo más destacado?» Una noche estaban en Washington Square Park después de reñir durante una cena, y él le dijo: «Para mí esto no funciona». A raíz de eso, ella fue durante varios días la más dulce de las mujeres y él se olvidó de por qué había dicho lo que había dicho. Ella conoció a algunas de las amigas de él, quienes en su mayoría la aprobaron. Cuando él le contaba lo que decían, a ella le importaban menos los comentarios positivos sobre su personalidad que los elogios a sus pechos perfectos. El *Playboy* francés encontró unas fotografías de unos desnudos suyos y publicó una en portada, presentándola como la

«prometida» de él. A ella no le importaron las palabras ni el hecho mismo de que su imagen apareciera allí, pero quería que le pagaran, y él tuvo que contratar a un abogado francés para que la representara legalmente. *A esto me dedico ahora*, pensó él, atónito. *Mi novia sale desnuda en la portada de* Playboy *y yo negocio los honorarios*.

La madre de Padma telefoneó, llorando, en plena crisis conyugal. Quería alejarse de su marido, el padrastro de Padma. «Por supuesto -propuso él en el acto-, que venga y se quede con nosotros.» «Ese fue el día que supe que te amaba -dijo Padma después-. Cuando accediste de inmediato a cuidar de mi madre.» Y sí, se amaban. Durante varios años él pensó en ello como una gran historia de amor, una gran pasión, y creía que ella también lo veía así. Sí, era un amor inestable, y sí, tal vez estaba condenado al fracaso, pero mientras lo estaban viviendo él no pensó en ello como algo ilusorio. Creía que era verdadero.

Zafar viajó a Nueva York y la conoció. Aunque le cayó bien, según dijo, le resultó extraño que ella estuviera más cerca de su propia generación que de la de su padre, y añadió que formaban una «extraña pareja, el intelectual y la modelo». Pero pensó que era «muy simpática» y «si eso es lo que quieres, yo te apoyo». Sin duda veía, como lo veía todo el mundo, la importancia para su padre de su nueva vida sin protección en Nueva York, y que eso no tenía vuelta atrás.

Ese verano no quiso volver a Little Noyac Path, pero la viuda de Joseph Heller, Valerie, le ofreció su casa en Skimhampton Road, en la zona limítrofe entre East Hampton y Amagansett. La habían invitado a Italia y necesitaba cambiar de aires. «No he embalado nada, la ropa de Joe sigue en los armarios, y quiero que cuide de la casa alguien conocido.» La idea de escribir en la mesa de Joseph Heller era emocionante y al mismo tiempo le resultaba desorientadoramente extraña. «Sus camisas te irían bien -añadió Valerie-. Ponte lo que quieras con entera libertad.» *No*, pensó. *Eso sería ir demasiado lejos. No, gracias*.

Pasaba mucho tiempo solo, porque Padma tenía un papel en una película de Mariah Carey que se rodaba en Toronto, y al final de ese verano ya había acabado el borrador de *Furia*. Cuando regresó a la ciudad y se lo dio a leer a la mujer con quien intentaba forjar una nueva vida, ella no tuvo casi nada que decir al respecto, salvo acerca del personaje que se parecía a ella. *De acuerdo*, se dijo, *nadie lo da todo*. Dejó de lado el manuscrito y esa noche salieron. A altas horas de la madrugada lo asaltó una idea: *La verdad es que me estoy divirtiendo*. «Cosa que, amigos -escribió en su diario-, estoy autorizado a hacer.»

Se produjo una noticia extraordinaria. Por fin los servicios de inteligencia británicos habían rebajado el nivel en su evaluación de la amenaza: ya no estaba en el dos. Ahora se consideraba solo de nivel tres, lo cual era un paso

de gigante hacia la normalidad, y si las cosas seguían yendo bien, dijeron, cabía la posibilidad de que pasados unos seis meses se redujera a nivel cuatro. Nadie a nivel cuatro recibía protección de la División Especial, así que, cuando llegara a ese punto, podían dar por concluida la situación. Él dijo: «¿No están pecando ya de excesiva cautela? Cuando estoy en Estados Unidos, cojo taxis, me desplazo en metro, voy a algún que otro partido o de picnic al parque. Luego vuelvo a Londres y tengo que desplazarme otra vez en el coche blindado». Así es como nos gusta hacer las cosas, respondieron ellos. Despacio y paso a paso. Llevamos demasiado tiempo en esto para cometer ahora un error con usted.

¡Nivel tres! Eso lo llevó a pensar que sus anteriores intuiciones eran acertadas. Se había propuesto demostrar a todo el mundo que podía recuperar su vida, y algunos de sus amigos pensaron que era un disparate. Isabel Fonseca le había escrito largos e-mails donde le decía, llena de preocupación, que si no «recobraba la sensatez» y contrataba a guardaespaldas, «lo evidente» sería «inevitable». Pero ahora, muy despacio, demasiado despacio para su gusto, la red de protección del mundo de la seguridad empezaba por fin a liberarlo. Debía seguir demostrando que él tenía razón y los agoreros se equivocaban. Recuperaría la libertad. Estaba impaciente por llegar al nivel cuatro.

Poco después de esta noticia obtuvo otra gran concesión. Se había hablado de la situación de su matrimonio, le comunicó la División Especial, y se daba por supuesto que en algún momento él querría abandonar el hogar conyugal, y muy probablemente no le quedaría más remedio. Los altos cargos de Scotland Yard, después de conversaciones con el señor Mañana y el señor Tarde, habían acordado que podía disponer de protección «no encubierta» durante seis meses en una nueva dirección. Después de eso, en el supuesto de que no hubiera cambios negativos en el nivel de amenaza, confirmarían el final del peligro para su vida y cesaría la protección. Ahí estaba por fin. La línea de meta se hallaba a la vista.

Aunque muchas de sus amigas lo apoyaban enormemente (no todas; la crítica Hermione Lee lo vio en un restaurante y lo llamó, no del todo afectuosamente, «sinvergüenza»), siguió preocupado por Milan. Y un día se encontró con otro comportamiento delirante por parte de la mujer real oculta detrás de la Ilusión, una pelea surgida de la nada, y acabó pensando *Me vuelvo, lo haré por el bien de Milan*, y cometió el estúpido error de mencionar la posibilidad a Elizabeth, que reaccionó con hostilidad, interesada -comprensiblemente- en su propio dolor, no en los problemas de él. Lo intentó una segunda vez y luego una tercera. Pero ella estaba tan dolida, tan a la defensiva, que no podía responder. Y entretanto, en Nueva York, la hermosa mujer que lo tenía subyugado le rogaba que no se fuera, y finalmente reconoció que todo lo que él había dicho era cierto y que sus críticas estaban justificadas, pero ella quería que la relación saliera adelante, y lo conseguiría.

Él la creyó. No pudo evitarlo. Ella era su sueño del futuro, y él no podía renunciar a eso. Así que volvió la espalda a Elizabeth una vez más. Fue su última vacilación, y la más cruel, la más débil. Detestó lo que había hecho.

Los abogados se declararon la guerra. Habían pasado diez años desde que Elizabeth y él comieron cordero y capuchinas en el apartamento de Liz Calder. Había pasado un año desde la caída del rayo en Liberty Island.

Después de dos falsos comienzos, dos apartamentos cuyos dueños se dejaron intimidar por cuestiones de seguridad, accedió a alquilar, durante un año, una antigua caballeriza rehabilitada en Notting Hill propiedad de la estrella del pop Jason Donovan, antiguo protagonista del musical *Joseph and the Amazing Tecnicolor Dreamcoat*. Cuando se supo la noticia, el *Daily Insult*, como era de esperar, se enfureció ante el hecho de que ese hombre, que «aborrecía Gran Bretaña», tuviera policías de uniforme ante su puerta las veinticuatro horas del día porque ya no quería «esconderse». *Vaya desfachatez la suya, señor Rushdie*, dijo el *Insult*. Elizabeth no permitía que Milan fuese a la casa nueva. No era segura, decía. Lo alteraría mucho. «Eres un egoísta que va por la vida arruinando la vida de los demás -reprochó ella-. ¿A quién has hecho feliz? ¿Cómo eres capaz de vivir contigo mismo?» Él no encontró una buena respuesta. Pero al final Milan iría a la casa para estar con él. Al final Milan y él mantendrían una relación estrecha y afectuosa, y Milan, al crecer, se convertiría en un muchacho maduro, sereno, resuelto, amable y excepcional. Al final quedaría claro que la vida de Milan no se había arruinado, y que era un chico feliz y de gran corazón. Sí, al final, al final. Pero antes del final, por desgracia, tenía que haber algo en medio.

El señor Joseph Anton, editor internacional de origen estadounidense, falleció sin que nadie lo llorara el día que Salman Rushdie, novelista de origen indio, surgió de sus largos años de clandestinidad y se estableció parcialmente en Pembridge Mews, Notting Hill. El señor Rushdie celebró ese momento, aunque nadie más lo celebrara.

X
EN EL HOTEL HALCYON

Antes de iniciar su vida con Padma sabía muy poco de la ciudad de Los Ángeles, más allá de la convencional noción de que era el lugar donde nacían las ilusiones. Durante mucho tiempo creyó que el logo de la Twentieth Century-Fox era un edificio real, y no sabía que el león de la MGM bostezaba, no rugía, y deseaba conocer el nombre de la cordillera en que se encontraba el monte de la Paramount. En otras palabras, era tan crédulo como la mayoría de los fanáticos del cine, pese a haberse criado en una ciudad del cine tan importante como Hollywood, y debería haber sido por derecho propio un cínico encallecido que veía las cosas desde dentro y no tenía más objetivo que demoler la autopromoción, la vanidad, la crueldad y los engaños de la industria. En cambio, se dejó seducir por todo ello, toda esa trampa de las

huellas en el cemento del Teatro Chino; sabía que la influencia formadora en su imaginación de Fellini y Buñuel -pero también la de John Ford y Howard Hawks y Errol Flynn, y *Siete novias para siete hermanos* y *Los caballeros de la mesa redonda* y *Scaramouche*- era tan profunda como la de Sterne o Joyce; y los nombres de las calles, Sunset Boulevard, Coldwater Canyon, Malibu Colony, le aceleraban el pulso; y allí era donde vivía Nathanael West cuando escribió *El día de la langosta*, y allí era donde vivía Jim Morrison en los primeros tiempos de los Doors. No era un paleto absoluto; su amiga nicaragüense Gioconda Belli vivía en Santa Mónica y le dio a conocer otro Los Ángeles más inteligente, más político, y lo mismo hizo su amiga Roxana Tynan, que trabajaba en la campaña electoral del futuro alcalde Antonio Villaraigosa, y un día se encontró con el académico Zachary Leader en la farmacia Rexall, en la esquina de Beverly y La Cienega, y Leader le contó que allí era donde Aldous Huxley tomó mescalina por primera vez, «así que esas -dijo, señalando las puertas corredizas de cristal de la farmacia- son las puertas de la percepción».

La familia inmediata de Padma (su madre había vuelto con su padrastro después de una separación de un par de meses) vivía en West Covina, una zona muy poco elegante, y ella había estudiado en el instituto La Puente -en un barrio tan inseguro, le contó, que todos los días después de clase volvía a casa a todo correr y no paraba hasta que llegaba allí-, así que esa era otra versión de la ciudad que él podía explorar. Incluso en Hollywood recordó la tristeza de los relatos de Pat Hobby, de F. Scott Fitzgerald, sobre un guionista acabado, y aún sucumbía al morbo hasta el punto de ir en busca de Cielo Drive y el fantasma de Sharon Tate. Todavía se sentía como un recluso recién salido de la cárcel, por lo que para él uno de los mayores placeres de la ciudad era lo que muchos detestaban de ella: conducir. Hacía años que no podía conducir, de modo que alquiló un coche y se pasó horas conduciendo, aprendiéndose las calles de la ciudad y los laberínticos cañones, subiendo por la Pacific Coast Highway y bajando hasta el hotel Million Dollar, y si encontraba atascos en las autovías, tomaba por las carreteras secundarias y en todo caso no le importaba quedarse en medio de un embotellamiento tarareando la vieja canción de las Pointer Sisters «Fire» (*Voy en tu coche / enciendes la radio...*), que recordaba porque había sonado mucho cuando él viajó a Estados Unidos de joven como redactor publicitario para hacer anuncios de Nice‘n’Easy de Clairol y deambuló por la ciudad escoltado por un par de agentes de policía de Beverly Hills con gafas de espejo que se creían Starsky y Hutch. («¿Quiere que pare el tráfico para usted? ¿Seguro que no? Porque podría pararlo sin mayor problema, ¿eh?») Ahora no había policías y vivía con una mujer hermosa en su apartamento de West Hollywood en Kings Road, entre Beverly y Melrose, mientras reformaba el apartamento de Nueva York, y había días en que la vida le parecía muy, muy buena.

El apartamento era pequeño, así que a menudo trabajaba en la biblioteca de

Beverly Hills, felizmente anónimo, y como le encantaba la historia local, se sumergió en el pasado de la ciudad, y averiguó que los ángeles que daban nombre a la ciudad eran los de la primera y pequeña iglesia de san Francisco de Asís, la Porziuncola, y conoció a los legendarios Hombres Lagarto que habían vivido en túneles bajo la ciudad miles o cientos de años atrás, o quizá la semana pasada. Por un breve momento quiso escribir sobre G. Warren Shufelt, que en 1934 inventó una especie de máquina vibradora que de hecho *encontró los túneles*, a los cuales podía accederse desde un sótano de la biblioteca central y se extendían hasta el Dodger Stadium y luego, después de su gran hallazgo y antes de poder enseñar los túneles a nadie, el gran Shufelt ¡*desapareció misteriosamente y nadie volvió a verlo! En serio, ¿qué fue de él*? Mmm, se dijo, pensándolo bien, quizá no sea tan buena idea escribir sobre el viejo G. Warren.

Hollywood era un pueblo dentro de una gran ciudad y durante cinco minutos un recién llegado como él era el hombre del momento. El director de cine Michael Mann lo invitó a cenar y hablaron de un proyecto para una película sobre la frontera mexicana. El actor Will Smith le contó que Muhammad Ali le había enseñado a hacer el «juego de pies de Ali». El productor Brian Grazer lo invitó a su despacho para preguntarle si quería escribir el guión de una película sobre su propia vida. Unos años antes había sabido por mediación de Christopher Hitchens que Milos Forman se planteaba que una película sobre Rushdie podía ser un buen acompañamiento para su otra película sobre la libertad de expresión, *El escándalo de Larry Flynt*, pero eso a él ya entonces no le había parecido bien, y tampoco se lo parecía ahora. Si contaba su historia, dijo a Grazer, prefería hacerlo en un libro. (Además, le gustaba estar en Hollywood sin trabajar en la industria. En fin, le veía más encanto: en cuanto firmara un contrato para un guión, no sería más que otro empleado.)

Comió con Christopher Hitchens y el gran admirador de Christopher, Warren Beatty, en el hotel Beverly Hills. «¿Me permites que te diga -comentó Warren Beatty- que el otro día, cuando te vi cenando en Mr. Chow, estabas con una mujer tan guapa que por poco me desmayo?» Por aquel entonces él confiaba plenamente en ella, así que contestó: «La llamaré. Quizá pueda venir». «¿Serías tan amable de decirle -pidió Beatty- que Warren Beatty está aquí y que pensó que ella era tan guapa que por poco se desmaya?» Cuando él la llamó, Padma estaba en su coche, irritada. (No le gustaba conducir.) «Estoy comiendo con Warren Beatty -dijo él-, y me pide que te diga que opina que eres muy guapa y cuando te vio por poco se desmaya.» «Calla -respondió ella-, ahora no tengo tiempo para tus chistes.»

Cuando la convenció de que decía la verdad, fue a reunirse con ellos. Con toda intención, no hizo nada por arreglarse, y llegó en pantalón de chándal y camiseta sin mangas, con un aspecto ante el que desde luego Warren Beatty bien podía desmayarse. «Me disculparás -le dijo el legendario amante- si me pongo en evidencia ante tu dama durante cinco minutos. Después podemos

seguir comiendo.» Probablemente era una suerte que existiera Annette Bening, se dijo él, o de lo contrario..., en fin, dejémoslo. Continuaron con el almuerzo, y ahí acabó la historia.

Carrie Fisher, su amiga más íntima en Hollywood, mujer de afilado ingenio y lengua afilada, no estaba muy segura con respecto a Padma. Ofreció una fiesta para que él conociera, en concreto, a Meg Ryan, que podía ser más adecuada, y que a él le cayó bien, pese a que repitió sin parar (tres veces): «¡Hay que ver lo equivocada que está la gente contigo!». Pero después la conversación pasó a la vida espiritual y Meg habló de sus muchas visitas a ashrams de la India y su admiración por el swami Muktananda y Gurumayi. Eso se interpuso entre ellos, sobre todo porque él expresó su escepticismo respecto a la industria de los gurús y le sugirió que quizá le fuera provechoso leer el libro de Gita Mehta titulado *Karma Cola*. «¿Por qué eres tan cínico?», preguntó ella, como si de verdad quisiera conocer la respuesta, y él contestó que si uno se criaba en la India era fácil llegar a la conclusión de que esas personas eran farsantes. «Sí, claro que hay muchos charlatanes -convino ella, con sensatez-, pero ¿no puedes discriminar?» Él movió la cabeza en un triste gesto de negación. «No, no puedo.» Y ahí se acabó la conversación.

Las idas y venidas entre West Hollywood y Pembridge Mews, que eran brutales, y el divorcio, que se había convertido en algo demasiado desagradable para describirlo, y las grandes dificultades en torno al acceso a su hijo, que lo enloquecían, y el creciente coste de las reformas en el apartamento de Nueva York, que resultó hallarse en mucho peor estado de lo que él pensaba, y los cambios de humor de Padma, que eran tan frecuentes que él se daba por contento con que las cosas fueran bien entre ellos durante dos días consecutivos; todo ello tuvo que afrontarlo a través de la mortecina nebulosa del jet lag. Y un día en Los Ángeles se enteró de la noticia que temía desde hacía años: John Diamond había muerto. Hundió la cara en las manos, y cuando la mujer que decía que lo amaba le preguntó qué pasaba y él se lo dijo, ella contestó: «Siento que estés triste, pero vas a tener que seguir triste hasta que dejes de estarlo». En momentos así, él pensaba que no podría seguir con ella dos segundos más.

Pero se quedó. Se quedó otros seis años. Cuando volvía la vista atrás hacia esos días, con los ojos desilusionados de la etapa posterior al divorcio, no acababa de entender su propio comportamiento. Quizá había sido una forma de obstinación, o una negativa a destruir la relación por la que había destruido un matrimonio, o una reticencia a salir del sueño de un futuro feliz con ella, aunque fuera un espejismo. O quizá se debía solo a que ella era demasiado espectacular para abandonarla.

En aquel momento, sin embargo, tenía una respuesta más sencilla. Se quedaba con ella porque la amaba, porque se amaban, porque estaban enamorados.

Rompieron varias veces durante esos años, durante breves periodos, y a menudo era él quien se apartaba de ella; pero al final le pidió que se casara

con él, y poco después de la boda fue ella quien lo abandonó. Cuando ella salió de su vida, Milan, que había sido el portador de las alianzas en la ceremonia, le preguntó: «Papá, ¿cómo es posible que un día tan hermoso no haya significado nada?». Él no supo qué responder. Sentía lo mismo.

Hubo buenos momentos, claro está. Montaron una casa juntos, la decoraron y amueblaron tan felizmente como cualquier pareja. «La construí contigo con amor y pureza de corazón», le dijo ella años más tarde, cuando volvían a dirigirse la palabra, y él la creyó. Había amor y pasión entre ellos, y cuando las cosas iban bien, iban realmente muy bien. Fueron juntos al Boekenbal de Amsterdam para la publicación de *Woede*, que era *Furia* en holandés, y ella tuvo mucho éxito; todo el mundo quedó deslumbrado por su belleza, el noticiario nacional puso a las imágenes de la llegada de ella al aeropuerto la voz de Charles Aznavour cantando «Isn't She Lovely», y a eso siguió una tertulia sobre su extraordinaria hermosura entre cuatro críticos salivantes. Así que estaba contenta, y lo trató con cariño, y fue la novia perfecta. No obstante, siempre había momentos bajos, y cada vez más bajos, y esos empezaban a ser más y más frecuentes. Poco a poco él comprendió que ella comenzaba a competir con él y pensaba que él le hacía sombra. No le gustaba quedar en segundo plano. «No vengas conmigo -le dijo hacia el final de su época juntos cuando los invitaron a una entrega de premios cinematográficos en honor de la amiga de él, Deepa Mehta-, porque cuando estás tú la gente solo quiere hablar contigo.» Él replicó que no podía elegir los días de la semana en que estaba casada. «Yo siempre me he sentido orgulloso de estar a tu lado - añadió-. Y me entristece que tú no sientas lo mismo conmigo.» Pero ella estaba decidida a librarse de su sombra, a ir a la suya, y al final fue eso lo que hizo.

En la Era de la Aceleración, una columna periodística no podía escribirse con varios días de antelación. El día que debía entregar su artículo mensual para la agencia de distribución de *The New York Times* tenía que levantarse temprano, leer las noticias, decidir qué tema o temas inquietaban más a la gente, pensar en algo digno que ofrecer sobre uno de esos temas y escribir mil palabras antes de las cinco de la tarde, como mucho. El periodismo con un plazo de entrega fijo no se parecía en nada al oficio del novelista, y a él le costó un tiempo adquirir el hábito. Llegado un punto, casi le resultaba estimulante la obligación de pensar a esa velocidad. Por otro lado, era un privilegio haber accedido al «comentariado», ese reducido grupo de columnistas designados forjadores de opinión del mundo. Ya había descubierto lo difícil que era tener opiniones, sobre todo la clase de opiniones que «iban bien» en esas columnas: opiniones contundentes, defendidas con intensidad. Le costaba concebir una opinión contundente al mes, y por lo tanto le inspiraban gran respeto aquellos colegas -Thomas Friedman, Maureen Dowd, Charles Krauthammer y otros- capaces de expresar dos opiniones así *todas las semanas*. Él iba ya por su tercer año, y había escrito sobre el antiamericanismo, Charlton Heston y la Asociación Nacional del Rifle,

Cachemira, Irlanda del Norte, Kosovo, el ataque contra la enseñanza de la teoría de la evolución en Kansas, Jörg Haider, Elián González y Fiji. Tenía la sensación de estar al borde de quedarse sin temas sobre los que desarrollar posturas contundentes, y comentó a Gloria B. Anderson, la responsable de la agencia de distribución de *The New York Times*, que quizá estaba cerca del final de su colaboración como columnista. Ella hizo lo posible por disuadirlo. Varias de sus columnas habían causado gran impacto, dijo. A principios del año 2000 había escrito que «la lucha que definirá la nueva era será entre el Terrorismo y la Seguridad». Ese era un asunto acerca del cual él podía escribir con autoridad, dijo ella, y si tenía razón, y estaba segura de que así era, «las noticias lo confirmarán, y la gente querrá saber qué tienes que decir».

Gloria no sabía, como tampoco lo sabía él, qué repentina y enfáticamente se produciría el cambio que ella había vaticinado en las noticias. Nadie miraba por la ventana del aula hacia la tormenta alada que se congregaba en el patio de recreo. Él no sabía, como tampoco lo sabía Gloria, que los pájaros se habían acumulado en el trepador del patio y se disponían a atacar.

Él tenía la atención puesta en otra parte. Estaba a punto de salir una novela suya en Inglaterra. En la portada aparecía una foto en blanco y negro del Empire State Building con una pequeña nube negra, de contorno reluciente, justo encima. Era un libro sobre la furia, y aun así su autor no tenía la menor idea de la furia que se avecinaba.

Fue su novela peor recibida desde *Grimus*. A uno o dos críticos les gustó y escribieron sobre ella con actitud comprensiva y afín. Muchos otros reseñistas británicos la presentaron como una autobiografía pobremente disfrazada, y más de una reseña iba acompañada de una foto de él con su «sexy nueva novia». Aquello fue doloroso, sí, pero al final le proporcionó otra clase de libertad. Siempre le había preocupado, a veces en exceso, recibir buenas críticas. Ahora veía que eso, también, era otra versión de la trampa de desear ser querido en la que él había caído catastróficamente varios años antes. Al margen de lo que se dijera sobre su nuevo libro, seguía orgulloso de él, sabía por qué era como era, y aún consideraba que había buenas razones artísticas para sus elecciones. Así que de pronto se vio capaz de quedarse indiferente ante el oprobio. Como todos los escritores, quería que su obra se apreciase, eso seguía siendo así. Como todos los escritores, realizaba un viaje intelectual, lingüístico, formal y emocional; los libros eran mensajes desde ese viaje, y confiaba en que los lectores disfrutaran viajando con él. Pero, como ahora veía, si en algún punto los lectores no eran capaces de seguir por el camino que él había tomado, lo sentía mucho, pero él continuaría igualmente por ese camino. *Si no podéis acompañarme, lo lamento*, dijo en silencio a sus críticos, *así y todo, seguiré por este camino*.

En Telluride, Colorado, no debía andar demasiado deprisa, ni subir por las escaleras demasiado rápido, ni beber más alcohol de la cuenta. El aire estaba enrarecido, y él era asmático. Pero aquello era un paraíso de montaña. Quizá

también en el otro Edén, el de la trampa para hombres de la serpiente y la manzana situado en algún lugar al oeste de la tierra de Nod, el aire estuviera enrarecido, pensó, pero sin duda allí no se proyectaban tantas buenas películas.

Tom Luddy y Bill Pence, los comisarios del Festival de Cine de Telluride, invitaban cada año a un tercer comisario, y en 2001 le tocó a él. Eligió una breve lista de películas «personales» que presentar, incluida *La fortaleza dorada* de Satyajit Ray, sobre un niño que soñaba con una vida anterior en una fortaleza dorada llena de joyas; *Solaris* de Andrei Tarkovsky, sobre un planeta que era una única mente tan poderosa que podía hacer realidad los deseos más profundos de los hombres; y la obra maestra del cine mudo de Fritz Lang, *Metrópolis*, un oscuro poema sobre la tiranía y la libertad, el hombre y la máquina, restaurada y rescatada por fin de la banda sonora electrónica de Giorgio Moroder.

Era el puente del día del Trabajo, el último fin de semana libre antes del lanzamiento de *Furia* en Estados Unidos. Se reunió con Padma en Los Ángeles y volaron a Colorado para celebrar el treinta y un cumpleaños de ella, que era el primero de septiembre, viendo películas en las montañas y paseando por las calles informales del pueblo donde Butch y Sundance atracaron el primer banco, tomando café con Werner Herzog aquí, charlando con Faye Dunaway allá. En Telluride nadie iba con prisas ni vendía nada y todo el mundo era accesible. Allí estaban los eruditos del cine Leonard Maltin y Roger Ebert, el realizador de documentales Ken Burns y otras personas del cine bien informadas, impartiendo sabiduría e intercalando comentarios ocurrentes. En Telluride existía el consenso de que Tom Luddy conocía a todo el mundo. El gran Luddy, el Señor del Desgobierno y maestro de ceremonias, asumió la mayor parte de la responsabilidad. Telluride era un lugar para la broma. Para subir por la ladera de la montaña con telearrastre hasta el teatro Chuck Jones había que hacer una Reserva de Conejos (en alusión a Bugs Bunny).

Vieron el éxito cinematográfico francés *Amélie*, con sus elementos de fantasía un tanto dulzones, y la película croata *En tierra de nadie*, de Danis Tanovic, que era como *Esperando a Godot* en una trinchera bajo el fuego enemigo, y el eficiente filme de Agnieszka Holland *Historia de vida*, financiado por la HBO, una adaptación del libro de Mikal Gilmore sobre su hermano asesino, Gary. Vieron tres películas al día, en algunas de las cuales se durmieron, y entre proyecciones y después había fiestas. Bajaron de la montaña el 3 de septiembre y ocho días después sería imposible no recordar ese momento edénico como un paraíso del que no solo ellos, sino todo el mundo, había sido expulsado.

La fecha de la publicación oficial de *Furia* en Estados Unidos era el 11 de septiembre de 2001. Ese día una novela que pretendía ser un retrato ultracontemporáneo y satírico de Nueva York se transformó, debido a los acontecimientos, en una novela histórica sobre una ciudad que ya no era

aquella acerca de la que él había escrito, cuya época dorada había terminado de la manera más brusca y horrorosa posible; una novela que, al ser leída por quienes recordaban la ciudad tal como había sido, inspiraba una emoción que ya no formaba parte de los planes del autor: la nostalgia. En la tira cómica de Garry Trudeau, *Doonesbury*, uno de los personajes decía, entristecido: «La verdad es que echo de menos el 10 de septiembre». Eso era lo que había ocurrido con su novela, comprendió él. Los acontecimientos del 11 de septiembre la habían convertido en un retrato del día antes. La fortaleza dorada llena de joyas era ahora solo un sueño de una vida anterior ya desaparecida.

El 10 de septiembre de 2001 no estaba en Nueva York, sino en Houston, Texas. El día 5 había ofrecido una lectura en el establecimiento de Barnes & Noble en Union Square; luego viajó a Boston para la gira de promoción del libro y estuvo allí el 6 y el 7. La mañana del 8 de septiembre voló desde el aeropuerto de Logan solo tres días antes de los fatídicos aviones, y permaneció dos días en Chicago. Luego, la noche del 10, hubo lleno total en el teatro Alley de Houston -novecientas personas en la sala, doscientas se quedaron en la calle, lo informó Rich Levy, responsable de las series de lecturas de Inprint, su anfitrión de esa noche-, y fuera se produjo una sorpresa: una pequeña manifestación islámica contra su presencia, formada por unas doscientas personas. Aquello fue como una aparición del pasado. A la mañana siguiente se acordó de los manifestantes barbudos con pancartas y se preguntó si lamentaron identificarse como extremistas precisamente aquel día, entre los muchos días que podían haber elegido para exhibir su fanatismo.

Acababa de despertar cuando un periodista de la radio lo telefoneó a la habitación de su hotel. Él había accedido a hablar con la emisora antes de coger el vuelo a Minneapolis, pero aún era demasiado temprano para eso. «Lo siento -dijo la voz-, pero vamos a tener que anular la entrevista. Debido a lo que ha ocurrido en Nueva York estamos volcándonos en la información sobre eso.» Él nunca había adquirido el hábito estadounidense de encender el televisor a primera hora de la mañana. «¿Qué está pasando en Nueva York?», preguntó. Tras una pausa, la voz le dijo: «Encienda la tele». Él cogió el mando a distancia y menos de un minuto después vio el segundo avión.

Fue incapaz de sentarse. No le parecía bien sentarse. Permaneció de pie ante el televisor con el mando en la mano, y el número *cincuenta mil* se repetía en su cerebro. Cincuenta mil personas trabajaban en las Torres Gemelas. No podía imaginar el número de muertos. Pensó en su primera noche en Nueva York, su visita al Windows on the World. Se acordó de Paul Auster hablándole de cuando Philippe Petit caminó por la cuerda floja entre las dos torres. Pero sobre todo se quedó allí y vio los edificios arder, y luego, con atormentada incredulidad, exclamó, al mismo tiempo que otras miles de personas en todo el mundo: «¡Ya no está! ¡Ya no está ahí!», cuando la Torre Sur se desplomó.

Los pájaros graznaban en el cielo.

Como no sabía qué hacer, partió hacia el aeropuerto, pero cuando estaba a medio camino, supo que debía dar media vuelta porque, según informó la radio, se había interrumpido el tráfico aéreo a nivel nacional. Al regresar al Four Seasons, no disponía ya de habitación, y el vestíbulo estaba abarrotado de gente en la misma situación que él. Encontró un sillón en un rincón y empezó a hacer llamadas. Rich Levy, de Inprint, acudió al rescate. Habló con el poeta Ed Hirsch y su esposa Janet, que se habían quedado varados en Washington, y le ofrecieron su casa cerca de la Colección Menil en la zona de los museos si accedía a dar de comer al perro. Fue reconfortante pasar ese día en la casa de un escritor, solo entre libros, en el mundo de la razón mientras la sinrazón regía el mundo.

Habían muerto miles de personas, pero ningún conocido suyo. La mujer de Peter Carey, Alison Summers, estaba en el cajero automático al pie de la Torre Norte cuando se estrelló el primer avión, pero había sobrevivido. Caryl Phillips, desde Hudson Street, lo vio, como también Robert Hughes, este desde Prince. La joven Sophie Auster, en su primer día de instituto, y sola en un vagón de metro por primera vez en su vida, pasó por debajo de las Torres Gemelas mientras aquella atrocidad se desarrollaba encima. El 12 de septiembre fue un segundo día de horror y tristeza. *Mira nuestra hermosa ciudad ahora quebrantada*, pensó, llorando, y tomó conciencia del profundo apego que sentía por ella. Recorrió la calle desde la casa de los Hirsch hasta la capilla Rothko. Incluso para un hombre irreligioso parecía un buen sitio donde estar. Había allí otras personas; no muchas, solo unas pocas, con expresión seria. Nadie hablaba con nadie. No había nada que decir. Todo el mundo estaba solo con su propio dolor.

Como es natural, la gira de promoción del libro se suspendió. Nadie tenía el menor interés en los libros. Los únicos libros que se vendieron en las semanas siguientes fueron la Biblia, el Corán y libros sobre Al-Qaeda y los talibanes. Un psicológo dijo que los neoyorquinos que no se hallaban con sus familiares el 11-S debían ir a reunirse con sus seres queridos para demostrar que estaban bien. No bastaba con llamarlos por teléfono. Ellos necesitarían la prueba de verlo con sus propios ojos. *Sí*, pensó él, *debo ir a Londres*. Pero todavía no era posible. Se puso fin a la interrupción del tráfico aéreo y empezaron a reabrir los aeropuertos. El de Houston se reabrió, y luego el de Los Ángeles, pero los de Nueva York permanecieron cerrados y los vuelos internacionales siguieron suspendidos. Tendría que esperar unos días más.

Telefoneó a Padma a Los Ángeles para decir que iría a verla. Ella le contestó que estaba haciendo unas sesiones de fotos de ropa interior.

Diez días después de los atentados, en su última noche en Los Ángeles antes de viajar a Londres, cenó en casa de Eric y Tania Idle con Steve Martin, Garry Shandling y otros. Estaban sentados a la mesa al menos tres de los hombres más graciosos de Estados Unidos, pero era difícil verle humor a la situación.

Finalmente, Garry Shandling, con la pesadumbre de un sabueso en la voz y el cuerpo, dijo: «Qué horror. Parece que todo el mundo ha perdido a alguien, o conoce a alguien que ha perdido a alguien. [...] De hecho, yo conocía a varios de los terroristas. [...]». Fue el más negro de los humores, el primer chiste del 11-S, y las risas aliviaron parte del dolor que todos sentían, pero por alguna razón dudaba que Shandling introdujera ese gag en su repertorio en fecha próxima.

Robert Hughes, el crítico de arte de la revista *Time*, le contó por teléfono que, después de ver los aviones sobrevolar SoHo, había deambulado por la ciudad en estado de shock. De camino a casa se detuvo en una panadería y descubrió que los estantes estaban vacíos. No quedaba una sola barra de pan, ni un panecillo, y el viejo panadero, de pie en medio de ese vacío, extendió los brazos y dijo: «Debería pasar todos los días».

En Londres, sus problemas conyugales ahora parecían triviales. Elizabeth cedió brevemente y dejó que Milan fuera a estar con él en Pembridge Mews. Él recogió a su hijo en el colegio, le dio de comer, le lavó el pelo, lo acostó y permaneció junto a él durante una hora, mirándolo mientras dormía. Milan le había dado un largo y fuerte abrazo cuando regresó, y también Zafar había demostrado su afecto físicamente más de lo habitual en él. El psicólogo tenía razón. Pese a que los dos sabían, con la parte «cognoscitiva» de su cerebro, que él no se encontraba en Nueva York al producirse los hechos y por tanto sin duda estaba a salvo, necesitaban la prueba de verlo con sus propios ojos.

En *Le Nouvel Observateur* francés y en *The Guardian* londinense, definían su novela como clarividente, e incluso profética. Él no era un profeta, dijo a un periodista. Había tenido algún que otro problema con los profetas en su día, y no le interesaba aspirar al empleo. Pero se preguntó por qué el libro le había suscitado tal apremio, por qué le había reclamado con tal insistencia que lo escribiera *de inmediato*, y de dónde habían salido esas Furias que se cernían sobre Nueva York y dentro del corazón de su personaje.

Le pidieron que escribiera algo -desde luego ahora no tenía ninguna duda sobre la noticia prioritaria-, pero no lo hizo hasta dos semanas después de los atentados. Muchas de las primeras ideas que se le ocurrieron le parecieron redundantes. Todo el mundo había visto el horror y no necesitaba que le dijeran qué debía sentir al respecto. Luego, poco a poco, sus pensamientos cristalizaron. «El integrista se propone derribar mucho más que edificios -escribió-. Esa gente está en contra, por mencionar solo una breve lista, de la libertad de expresión, el sistema político multipartidista, el sufragio universal para adultos, el gobierno obligado a rendir cuentas, los judíos, los homosexuales, los derechos de la mujer, el pluralismo, el secularismo, la minifalda, el baile, el afeitado de la barba, la teoría de la evolución, el sexo. [...] El integrista cree que nosotros no creemos en nada. Según su visión del mundo, él tiene sus certezas absolutas, mientras que nosotros nos sumimos en excesos sibaríticos. Para demostrarle que se equivoca, primero debemos saber

que se equivoca. Debemos ponernos de acuerdo en qué es importante: besarse en público, los bocadillos de beicon, las discrepancias, la moda de rabiosa actualidad, la literatura, la generosidad, el agua, una distribución más equitativa de los recursos del mundo, el cine, la música, la libertad de pensamiento, la belleza, el amor. Esas serán nuestras armas. No los derrotaremos mediante la guerra, sino eligiendo una forma de vida sin miedo. ¿Cómo se derrota el terrorismo? Sin aterrorizarse. Sin permitir que el miedo rija nuestra vida. Aunque uno esté asustado.»

(Mientras escribía esto, llegó a la prensa la noticia de que la Administración Federal de Aviación de Estados Unidos había prohibido a las aerolíneas norteamericanas aceptarlo en sus vuelos. British Airways y las compañías europeas conservaron la calma, pero en Estados Unidos el pánico generalizado volvió a crearle problemas para viajar. «Ya veo -pensó, no sin cierta amargura-, primero dejáis a los terroristas subir a los aviones, y ahora queréis dejar en tierra a los novelistas antiterroristas, y ese es vuestro plan para mantener Estados Unidos a salvo.» Cuando las cosas se apaciguaron, la Administración Federal de Aviación también se apaciguó y retiró sus restricciones; eso suavizó sus problemas de inmediato, pero dos compañías estadounidenses se negaron a aceptarlo durante otros diez años.)

Fue a Francia para la publicación de *Furie*, que en el nuevo mundo que acababa de cobrar existencia recibió una acogida mucho mejor que la que había tenido en lengua inglesa en el viejo mundo que había dejado de existir. Cuando regresó a Londres, asistió a una cena en el apartamento de un amigo, y otro invitado, un tal señor Proudie, inició la ya habitual argumentación: «Estados Unidos se lo ha buscado/Estados Unidos se lo merecía». Él objetó contundentemente, afirmando que no era hora para esa clase de antiamericanismo británico, que faltaba al respeto y criminalizaba a las víctimas inocentes. El señor Proudie respondió, con extrema hostilidad: «Nosotros a usted lo protegimos, ¿no?». Como si eso demostrara su razonamiento. En la posterior discusión casi llegaron a las manos.

Escribió un segundo artículo, en el que concluía: «Si se quiere derrotar al terrorismo, el mundo islámico debe subirse al tren de los principios humanistas secularistas en los que se basa el mundo moderno, y sin los que la libertad en sus países seguirá siendo un sueño lejano». En su día muchos creían que esto era una entelequia en el mejor de los casos, y en el peor, el necio rechazo de un progresista a aceptar la renuencia de la visión del mundo islámica. Una década después, los jóvenes del mundo árabe, en Túnez, Egipto, Libia, Siria, y en todas partes, intentaron transformar sus sociedades con arreglo precisamente a esos principios. Deseaban empleo y libertad, no religión. No estaba claro que fueran a conseguir lo que querían, pero no dejaron la menor duda de que lo querían.

Hizo un otoño hermoso en Nueva York, pero la ciudad no era la de siempre. Él paseaba por las calles y veía la misma expresión de miedo en todas las

caras. Cualquier ruido estrepitoso se convertía en presagio de otro inminente desastre. Todas las conversaciones eran un acto de duelo, todas las reuniones parecían velatorios. Luego, poco a poco, se recompusieron los ánimos. Un día se cerró el puente de Brooklyn por una amenaza, y la gente, en lugar de asustarse, se indignó por ver interrumpidos sus desplazamientos. Ese era el Nueva York de *aquí estoy yo* que él adoraba. Volvía a estar en la brecha. Seguían vigentes las restricciones para ir más allá de la calle Catorce, pero eran cada vez menores. La Estatua de la Libertad seguía cerrada a los visitantes, pero se reabriría. El espantoso agujero en el suelo, y el igual de melancólico agujero en el cielo, seguían allí, y bajo tierra aún ardía el fuego, pero incluso ese sufrimiento era llevadero. La vida se impondría a la muerte. No sería lo mismo que antes, pero todo se resolvería. Ese año pasó el día de Acción de Gracias en casa de Paul, Siri y Sophie Auster, y Peter Carey y Alison Summers también estaban allí, y dieron las gracias por la supervivencia de Sophie y Alison, y por las cosas buenas del mundo, que ahora, más que nunca, había que atesorar.

La historia de su pequeña batalla tocaba también a su fin. El prólogo quedaba atrás y ahora el mundo lidiaba con el acontecimiento principal. Habría sido fácil, después de todo lo que le había ocurrido, y después de la atrocidad del crimen contra esa ciudad, sucumbir al odio hacia la religión en cuyo nombre se hacían esas cosas y también hacia sus adeptos. En las semanas y meses posteriores, cualquiera con un mínimo aspecto árabe sufrió parte de esa reacción. Los jóvenes llevaban camisetas con el rótulo A MÍ NO ME ECHES LA CULPA, SOY HINDÚ. Taxistas, muchos con nombres musulmanes, adornaban sus vehículos con banderines y pegatinas patrióticas para protegerse de la ira de sus pasajeros. Pero también en cuanto a la cólera la ciudad en su conjunto demostró contención. No se consideró a la mayoría culpable de los crímenes de la minoría. Y también él se negó a la ira. La indignación lo convertía a uno en marioneta de aquellos que lo indignaban, les otorgaba demasiado poder. La indignación mataba la razón, y ahora más que nunca la razón necesitaba vivir, encontrar la manera de elevarse por encima de la sinrazón.

Eligió creer en la naturaleza humana, y en la universalidad de sus derechos y su ética y sus libertades, y oponerse a las falacias del relativismo presentes en el centro de la invectiva de los ejércitos de las personas religiosas (*te odiamos porque no somos como tú*) y de sus compañeros de viaje en Occidente, muchos de los cuales, decepcionantemente, pertenecían a la izquierda. Si algo revelaba el arte de la novela era que la naturaleza humana constituía la gran constante, en cualquier cultura, en cualquier lugar, en cualquier época, y que, como dijo Heráclito hacía dos mil años, el *ethos* de un hombre, su manera de estar en el mundo, era su *daimon*, el principio rector que daba forma a su vida, o, según la formulación más concisa y familiar de la idea, que el carácter era el destino. Costaba aferrarse a esa idea mientras el humo de la muerte flotaba en el cielo por encima de la Zona Cero y los

asesinatos de miles de hombres y mujeres cuyos caracteres no habían determinado su destino estaban aún en la cabeza de todos; daba igual si eran muy trabajadores o amigos generosos o padres afectuosos o grandes románticos, a los aviones les había traído sin cuidado su *ethos*; y sí, ahora el terrorismo podía ser el destino, la guerra podía ser el destino, nuestras vidas ya no estaban plenamente bajo nuestro control, y aun así, era necesario insistir en nuestra naturaleza soberana, quizá ahora más que nunca en medio de tanto horror, era importante pronunciarse a favor de la responsabilidad humana individual, decir que los asesinos eran moralmente responsables de sus crímenes, y ni su fe ni su ira contra Estados Unidos eran una excusa; era importante, en un momento de ideologías infladas, pantagruélicas, no olvidar la escala humana, seguir insistiendo en nuestra humanidad esencial, seguir haciendo el amor, por así decirlo, en una zona de combate.

En las páginas de una novela estaba claro que la identidad humana era heterogénea, no homogénea, no una cosa, sino muchas, múltiple, fragmentada y contradictoria. La persona que uno era para sus padres no era la persona que era con sus hijos, la identidad en el trabajo era distinta de la identidad de uno como amante, y según la hora del día y el estado de ánimo, uno podía verse como alto, como flaco, o indispuesto o aficionado al deporte o conservador o timorato o sexy. Todos los escritores y lectores sabían que los seres humanos tenían identidades amplias, no estrechas, y era la amplitud de la naturaleza humana lo que permitía a los lectores encontrar un terreno común y puntos de identificación con Madame Bovary, Leopold Bloom, el coronel Aureliano Buendía, Raskólnikov, Gandalf el Gris, Oskar Matzerath, las hermanas Makioka, el agente de la Continental, el conde de Emsworth, Miss Marple, el Barón Rampante y Salo el mensajero mecánico del planeta Tralfamadore en *Las sirenas de Titán* de Kurt Vonnegut. Los lectores y los escritores podrían llevar ese conocimiento de una identidad de base amplia al mundo más allá de las páginas de los libros y emplear el conocimiento para encontrar un terreno común con sus congéneres. Dos personas pueden ser seguidoras de equipos de fútbol distintos pero votar al mismo partido. Pueden votar a distintos partidos pero estar de acuerdo sobre la mejor manera de educar a los hijos. Pueden discrepar en cuanto a la educación de los hijos pero compartir el miedo a la oscuridad. Pueden asustarse ante distintas cosas pero gustarles la misma música. Pueden detestar sus mutuos gustos musicales pero venerar al mismo Dios. Pueden tener marcadas diferencias en cuestiones de religión pero ser seguidores del mismo equipo de fútbol.

Eso era lo que la literatura sabía, lo que siempre había sabido. La literatura intentaba *abrir el universo*, aumentar, aunque fuera solo un poco, la suma total de lo que para los seres humanos era posible percibir, comprender y por tanto, en último extremo, ser. La gran literatura llegaba hasta los lindes de lo conocido y empujaba los límites del lenguaje, la forma y la posibilidad, para crear la sensación de que el mundo era más grande, más amplio, que antes. Sin embargo en estos tiempos se arrastraba a los hombres y las mujeres hacia

una definición cada vez más estrecha de sí mismos, se los alentaba a considerarse solo una cosa, serbio o croata o israelí o palestino o hindú o musulmán o cristiano o bahaísta o judío, y cuanto más estrechas se volvían esas identidades, mayor era la probabilidad de conflicto entre ellas. La visión de la naturaleza humana presentada por la literatura inducía a la comprensión, la solidaridad y la identificación con personas distintas a uno mismo, pero el mundo empujaba a todos en la dirección opuesta, hacia la estrechez, el fanatismo, el tribalismo, el sectarismo y la guerra. Eran muchos quienes no querían un universo abierto, quienes, de hecho, preferían cerrarlo lo más posible, y por eso cuando los artistas se acercaban a la frontera y empujaban, a menudo se encontraban con la resistencia de poderosas fuerzas. Y aun así, hacían lo que tenían que hacer, incluso a costa de su propia tranquilidad, y a veces de su vida.

El poeta Ovidio fue exiliado por César Augusto a un pequeño infierno en el mar Negro llamado Tomis. Pasó el resto de sus días suplicando permiso para volver a Roma, pero nunca se lo concedieron. Así que le arruinaron la vida; pero su poesía sobrevivió al Imperio romano. El poeta Mandelstam murió en un campo de trabajo de Stalin, pero la poesía de Mandelstam sobrevivió a la Unión Soviética. El poeta Lorca fue asesinado por los matones falangistas de la España del generalísimo Franco, pero la poesía de Lorca sobrevivió al régimen tiránico de Franco. El arte era fuerte, los artistas no tanto. El arte podía cuidar de sí mismo, quizá. Los artistas necesitaban defensores. A él lo habían defendido colegas artistas cuando lo necesitó. En adelante intentaría hacer lo mismo por otros en situación de necesidad, otros que empujaran límites, que transgredieran, y sí, que blasfemaran; todos esos artistas que no permitían que los hombres en el poder o los hombres con hábito trazaran líneas en la arena y les ordenaran no cruzarlas.

Pronunció las Conferencias Tanner en Yale. Se titulaban «Pásate de la raya».

En cuanto a la batalla por *Los versos satánicos*, todavía era difícil saber si aquello acababa en victoria o derrota. El libro no se había retirado y tampoco se había eliminado a su autor, pero los muertos seguían muertos, y se había creado un clima de miedo en el que era más difícil publicar libros como el suyo, o incluso, quizá, escribirlos. Otras religiones siguieron enseguida el ejemplo del islam. En la India, los extremistas hindúes arremetieron contra películas y actores (la superestrella Shah Rukh Khan fue blanco de violentas protestas solo por decir que debería haberse incluido a los jugadores de críquet paquistaníes en un torneo en la India) y contra obras eruditas (como la biografía escrita por James Laine del rey guerrero maratha Shivaji, que «ofendió» tanto a los admiradores contemporáneos de dicho monarca que atacaron la biblioteca de Pune donde Laine había llevado a cabo parte de su investigación y destruyeron muchos documentos y objetos antiguos insustituibles). En Gran Bretaña, los sijs agredieron al autor sij de *Behzti* («Deshonor»), una obra de teatro que no veían con buenos ojos. Y la violencia

islámica prosiguió. En Dinamarca, un somalí con un hacha y un cuchillo, vinculado a la milicia radical al-Shabab, entró por la fuerza en la casa del caricaturista Kurt Westergaard en Aarhus tras la publicación de las llamadas «caricaturas danesas», que habían despertado las iras de los extremistas islámicos. En Estados Unidos, Yale University Press, la editorial de un libro sobre el caso de las «caricaturas danesas», no se atrevería a incluir las propias caricaturas en ese libro. En Gran Bretaña, llegó un paquete bomba a la casa del editor de un libro sobre la esposa más joven del profeta Mahoma. Sería necesaria una lucha mucho más prolongada hasta que pudiera decirse que la era de las amenazas y los temores había llegado a su fin.

Conforme se acababa 2001, la adaptación teatral de *Hijos de la medianoche* realizada por la Royal Shakespeare Company viajó a Estados Unidos para representarse en Ann Arbor, Michigan, y luego en el teatro Apollo de Harlem; una noche, durante las representaciones en Nueva York, lo entrevistaron en el escenario después de la función y vio realizado así uno de sus más delirante sueños: pisar las tablas del Apollo. Al mismo tiempo trabajaba en *Shalimar el payaso*. En el fondo, eso era él, un contador de cuentos, un creador de formas, un forjador de cosas que no existían. Sería sensato retirarse del mundo de los comentaristas y la polémica y volver a centrarse en lo que más amaba, el arte que se había apoderado de su corazón, su mente y su espíritu, desde la juventud, y vivir de nuevo en el universo del érase una vez, del *kan ma kan*, era así y no era asá, y realizar el viaje hacia la verdad por las aguas de la fantasía.

Desde la posición dickensiana del autor que ata cabos desde el futuro, vio florecer el talento musical de su sobrina Mishka; a su sobrina Maya iniciar satisfecha una vida como maestra de niños pequeños; y la boda de su sobrina Meena, la hija de su distanciada hermana Bunno. Vio a Zafar hacer bien su trabajo y ser feliz, y a Milan crecer hasta convertirse también él en un excelente joven. Y Elizabeth y él volvieron a entablar buenas relaciones. Bill Buford se divorció, volvió a casarse más felizmente y se convirtió en autor de éxito de libros gastronómicos. Nigella Lawson también se convirtió en autora de inmenso éxito de libros de gastronomía y se casó con el coleccionista de arte Charles Saatchi. Frances D'Souza se convirtió en baronesa y luego, en 2011, en presidenta de la Cámara de los Lores. William Nygaard se jubiló y su hijo Mads ocupó su puesto en Aschehoug. Marianne Wiggins empezó a dar clases de literatura en la Universidad de Southern California. James Fenton y Darryl Pinckney se marcharon de Long Leys Farm y se instalaron en Nueva York. Pauline Melville fue agredida por un intruso con intenciones asesinas en su casa de Highbury Hill, pero consiguió zafarse y escapar por una ventana. El intruso fue atrapado y encarcelado. La vida humana prosiguió. Las cosas siguieron adelante tan bien como siempre, y mucho mejor de lo que él habría podido esperar en aquel lúgubre día de San Valentín de 1989.

No todo terminó bien. En agosto de 2005 Robin Cook tuvo un infarto en una montaña de las tierras altas de Escocia y murió.

¿Y qué hay de su Ilusión, su Fantasma de la Libertad? El 24 de marzo de 2002 llevó a Padma a la cena y fiesta de *Vanity Fair* en Hollywood el día de la entrega de los Oscar. Llegaron al Morton's, y mientras ella posaba y hacía piruetas ante la pared humana de fotógrafos vociferantes, ardiendo con la viva llama de su juventud y su belleza, él observó la expresión de su rostro y de pronto pensó: *Eso es sexo, sexo con cientos de hombres al mismo tiempo, y ellos ni siquiera alcanzan a tocarla, no hay forma de que un hombre real pueda competir con eso*. Y al final él la perdió, sí, pero fue mejor perder las ilusiones y vivir en el conocimiento de que el mundo era real, y de que ninguna mujer podía convertir ese mundo en lo que él quería que fuese. Eso le correspondía a él.

Dos días después de los Oscar, regresó a Londres y lo recibió en el aeropuerto Nick Cottage, un cordial agente de la División Especial con un bigote de otra época, que le dijo que uno de los agentes de alto rango, Bob Sait, dueño él mismo de un magnífico mostacho a lo lord Kitchener, quería ir a verlo a la mañana siguiente. «Yo que usted -añadió Nick misteriosamente no haría ningún plan hasta más adelante en el día.» Se negó a aclarar qué quería decir, pero exhibió la sonrisa enigmática de un policía secreto.

Lo llevaron al hotel Halcyon de Holland Park, un elegante edificio rosa, donde había reservado una suite. Jason Donovan había recuperado su casa de Pembridge Mews después del año de alquiler. Antes de viajar a Los Ángeles para la entrega de los Oscar, había encontrado otra casa de alquiler en Notting Hill, en Colville Mews, enfrente del taller en rápido auge de la joven diseñadora Alice Temperley. Dispondría de la casa en un par de semanas, así que había dejado sus cosas en un almacén y tomado una habitación en el Halcyon para cubrir ese periodo, inicialmente de solo dos noches. Al día siguiente Milan empezaba sus vacaciones de Pascua, y él tenía previsto pasar una semana en Francia con sus dos hijos. Irían en coche a casa de unos amigos en Courtoin, Borgoña, y de regreso visitarían París y Eurodisney.

A las diez en punto de la mañana del miércoles 27 de marzo de 2002, Bob Sait y Nick Cottage se reunieron con él en el hotel Halcyon. «En fin, Joe... -dijo Sait, y enseguida se corrigió-: Perdone, Salman. Como sabe, hemos mantenido esta protección por recomendación de los servicios de inteligencia hasta que llegara el momento en que ellos consideraran que era posible reducir el nivel de amenaza contra su vida evaluado.»

«Ha sido un poco extraño, Bob -respondió él-, porque en Estados Unidos llevo años actuando como un ciudadano corriente, pero cuando vengo aquí, ustedes insisten en seguir...»

«Confío en que le complazca, pues -atajó Bob Sait-, saber que el nivel de amenaza se ha reducido, muy drásticamente, de hecho, y por lo general no ofreceríamos protección a nadie en ese nuevo nivel.»

El corazón había empezado a latirle con fuerza, pero procuró mantener una apariencia de control. «Entiendo -dijo-. Retirarán, pues, la protección.»

«Solo quería brindarle la oportunidad -explicó Bob Sait- de decir si eso le parece a usted aceptable. Estaría en consonancia con lo que ha estado defendiendo, ¿no es así?»

«Sí -contestó él-, así es, y sí, sería aceptable.»

«Nos gustaría ofrecer una fiesta para usted en Scotland Yard en cuanto le venga bien -dijo Nick Cottage-. Para reunir al mayor número de muchachos posible de todos los que han trabajado con usted a lo largo de los años. Ha sido una de nuestras misiones de protección más largas y estamos muy orgullosos de lo que se ha conseguido. También somos muy conscientes de lo que usted ha padecido; muchos miembros del equipo han dicho que ellos no habrían aguantado lo que usted aguantó, así que estaría bien tener la ocasión de celebrarlo, si usted está de acuerdo.»

«Eso me parece estupendo», dijo él, sonrojándose.

«También nos gustaría invitar a sus amigos más íntimos -dijo Nick-, los que nos han ayudado tanto a lo largo de los años.»

No había nada más que decir. «¿Y ahora qué? -preguntó él-. ¿Qué hay que hacer?» Bob y Nick se pusieron en pie. «Ha sido un privilegio, Joe... disculpe, Salman», dijo Bob Sait, y le tendió la mano. «Enhorabuena, amigo», dijo Nick. Él les estrechó la mano y ellos se dieron media vuelta y se marcharon. Eso fue todo. Hacía más de trece años que la policía había entrado en su vida, y de pronto giró sobre sus talones y salió de ella. Ante lo repentino de la situación, él se echó a reír a carcajadas.

La fiesta de la División Especial tuvo lugar poco después. Uno de los agentes que asistieron fue Rab Connolly, que había acabado sus estudios de literatura poscolonial, iniciados durante la misión de protección. «Tengo algo para usted», susurró como un villano en una obra teatral, y le colocó un pequeño objeto metálico en la palma de la mano. «¿Qué es?», preguntó a Rab. «Es la bala», contestó Rab, y en efecto lo era. La bala que el pobre Mike Merrill había disparado accidentalmente dentro de la casa de Bishop's Avenue mientras limpiaba su pistola. «Aquello fue por los pelos -dijo Rab-. He pensado que quizá le gustaría guardarla de recuerdo.»

De pie en la puerta del hotel Halcyon, vio marcharse los Jaguar de la policía. Recordó entonces que debía ir a ver a los agentes inmobiliarios de Westbourne Grove, firmar el contrato de alquiler de la casa de Colville Mews y echar otro vistazo al lugar. «Muy bien, pues -pensó-, allá vamos.» Salió del hotel Halcyon a la calle, Holland Park Avenue, y levantó el brazo para parar un taxi que pasaba.

AGRADECIMIENTOS

Me gustaría dar las gracias a todos aquellos cuya ayuda y consejos dieron forma a estas memorias: a cuantos trabajan en los archivos MARBL de la

Universidad de Emory, sin cuyo esfuerzo de ordenación y catalogación en los últimos años mis papeles habrían presentado un estado demasiado caótico para permitirme siquiera pensar en este proyecto, y gracias a ellos ha sido posible escribirlo; a Vanessa Manko, por su inestimable investigación en los medios de comunicación; a mis editores en Random House, Louise Dennys, Dan Franklin, Will Murphy y Susan Kamil, por sus comentarios sobre el borrador; y a los otros primeros lectores del libro, Andrew Wylie, Sameen Rushdie, Elizabeth West, Aimee Mullins, Taryn Simon, Hanan al-Shaykh, Bill Buford, Ian McEwan, Pauline Melville, Reggie Nadelson, Min Katrina Lieskovsky, Francesco Clemente, Deepa Mehta y Christopher Hitchens, por sus útiles respuestas. Algunos fragmentos contenidos en estas páginas habían aparecido ya antes, de forma un tanto distinta, como ensayos y artículos en distintos periódicos y revistas, especialmente en *The New Yorker* y *The New York Times*. Gracias a Universal Studios por el permiso para reproducir el guión realizado por Evan Hunter de *Los pájaros* de Alfred Hitchcock; a Harvill Secker por el permiso para reproducir un fragmento de *El maestro y Margarita* de Mijaíl Bulgákov; a New Directions por el permiso para reproducir versos de «La corona de hiedra» de William Carlos Williams; a George Braziller por el permiso para reproducir fragmentos de la antología *Para Rushdie*; a Lisa Appignanesi y Sara Maitland, recopiladoras de *The Rushdie File*, a Carmel Bedford, recopiladora de *Fiction, Fact, and the Fatwa*, así como a otros muchos comentaristas cuyos pensamientos y opiniones se reproducen en todo el libro.

Se han cambiado los nombres de algunas personas, en gran parte los de los miembros de mis equipos de protección, a quienes, finalmente, quisiera expresar mi agradecimiento de manera muy especial. Si no hubiese sido por los esfuerzos de los agentes de la Brigada «A», la División Especial, la Policía Metropolitana y sus colegas en los Servicios de Inteligencia Especial (SIS) del Reino Unido, posiblemente no habría estado en situación de escribir este libro o, de hecho, ningún otro.

S. R.

Salman Rushdie es autor de dieciséis libros, entre los que se cuenta *Hijos de la medianoche*, que ganó el premio Booker en 1981, el «Booker de los Booker» en 1993 y, en 2008, «el Mejor de los Booker». *El último suspiro del moro* recibió los premios Whitbread en 1995 y Aristeion de Literatura de la Unión Europea en 1996. En 2007, Salman Rushdie fue nombrado caballero por sus servicios a la literatura. Es miembro de la Royal Society of Literature y Commandeur dans l'Ordre des Arts et des Lettres.

Título original: *Joseph Anton*

Edición en formato digital: septiembre de 2012

© 2012, Salman Rushdie. Todos los derechos reservados

© 2012, Random House Mondadori, S. A. Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2012, Carlos Milla Soler, por la traducción

Diseño de la cubierta: Random House Mondadori, S. A.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-397-2662-3

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.megustaleer.com

Random House Mondadori

Consulte nuestro catálogo en: www.megustaleer.com

Random House Mondadori, S.A., uno de los principales líderes en edición y distribución en lengua española, es resultado de una *joint venture* entre Random House, división editorial de Bertelsmann AG, la mayor empresa internacional de comunicación, comercio electrónico y contenidos interactivos, y Mondadori, editorial líder en libros y revistas en Italia.

Forman parte de Random House Mondadori los sellos Beascoa, Debate, Debolsillo, Collins, Caballo de Troya, Electa, Grijalbo, Grijalbo Ilustrados, Lumen, Mondadori, Montena, Plaza & Janés, Rosa dels Vents, Sudamericana y Conecta.

Sede principal: Travessera de Gràcia, 47-49 08021 BARCELONA España Tel.: +34 93 366 03 00 Fax: +34 93 200 22 19

Sede Madrid: Agustín de Betancourt, 19 28003 MADRID España Tel.: +34 91 535 81 90 Fax: +34 91 535 89 39

Random House Mondadori también tiene presencia en el Cono Sur (Argentina, Chile y Uruguay) y América Central (México, Venezuela y Colombia). Consulte las direcciones y datos de contacto de nuestras oficinas en www.randomhousemondadori.com.

notes

Notas a pie de página

1 Por la similitud de sonidos con car loss, «pérdida de coche». (N. del T.)

2 En inglés, The Nigger of the «Narcissus». «Nigger», término despectivo en referencia a las personas de color. (N. del T.)

3 El autor juega con la palabra bounty, que significa «prodigalidad», y es a la vez el nombre del barco en el que se produjo el célebre motín. (N. del T.)

4 En inglés, You shouldn't otter done it. Aquí otter (que normalmente significa «nutria») es una desviación agramatical de oughtn't, «no deberías». (N. del T.)

5 «Oso Tony». La gracia está en la similitud de sonidos entre Blair y bear. (N. del T.)

6 Alusión al título de un tema rock de los años cincuenta que podría traducirse aproximadamente como «Jeque, haz ruido y menéate». El autor juega con el doble sentido de las palabras rattle («sonajero») y roll («panecillo»). (N. del T.)

7 La oca aquí mencionada alude a la frase anterior «será mi perdición», como se ha traducido la frase hecha del inglés my goose is cooked («mi oca está guisada»). (N. del T.)

8 Duck, «pato» en inglés. Así, Dick Cheney se convierte en Duck Cheney y el apellido McDuck se traduciría como «McPato». (N. del T.)